

Fernando Diez de Medina

MATEO MONTEMAYOR

Novela

1969

Un relato del hombre sudamericano
Para sus hermanos del mundo

*
*
*
*

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz- Bolivia

INDICE

[AMÉRICA](#)
[EL NARRADOR](#)
[CUATRO ÍDOLOS NEGROS](#)
[KHANTATALLITA](#)
[LA MAGA Y SUS CORCELES](#)
[INTERIORIDAD](#)
[LA JOVEN CIUDAD](#)
[MESTIZO, EL ATREVIDO](#)
[ENTENDERSE](#)
[EROS 1 — LA DESCONOCIDA](#)
[CONVULSA PERO SANA](#)
[LOS POBLADORES](#)
[DIALOGO Y DOMINIO](#)
["FUR ELISE"](#)
[CURA DE AMOR Y DISCIPLINA](#)
[DEL TIEMPO Y SU RITMO](#)
[CONTRA EL CAOS](#)
[LOS CONSPIRADORES](#)
["PACHA": EL DIOS MAS REMOTO](#)
[ILLIMANICA DECIMA](#)
[MUSICA Y POLÍTICA](#)
[AQUÍ ME QUEDO](#)
[ÉTICA Y ESTÉTICA](#)
[EROS 2 — NUEVO ENCUENTRO](#)
[DEFENSA DE LOS DEMORADOS](#)
[EL VENCEDOR ATRIBULADO](#)
[PUREZA INVICTA](#)
[REVOLUCIÓN](#)
[UN INDIECITO](#)
[UNA PREGUNTA](#)
[NOVELAS Y NOVELITAS](#)
[LOS CRÓTALOS](#)
[ILLIMANICA NOVENA](#)
[AL AMANECER](#)
[EL NEGADOR](#)
[NUESTRO MUNDO](#)
[DEL ENIGMA ÉTNICO](#)
[UN ÓPALO FATAL](#)
[LOS AMIGOS](#)
[EL HOMBRES Y SUS FANTASMAS](#)
[EL GIGANTE](#)
[COMARCA Y COSMÓPOLIS](#)
[POLÍTICA Y ESPÍRITU](#)
[EROS 3 — GRADIVA](#)
[OPTIMISMO HEROICO](#)
[FIDELIDAD](#)
[EL MATERIALISTA EMPEDERNIDO](#)
[LOS VENCEDORES](#)
[DOS HOMBRES, DOS AMIGOS](#)
[ILLIMANICA OCTAVA](#)

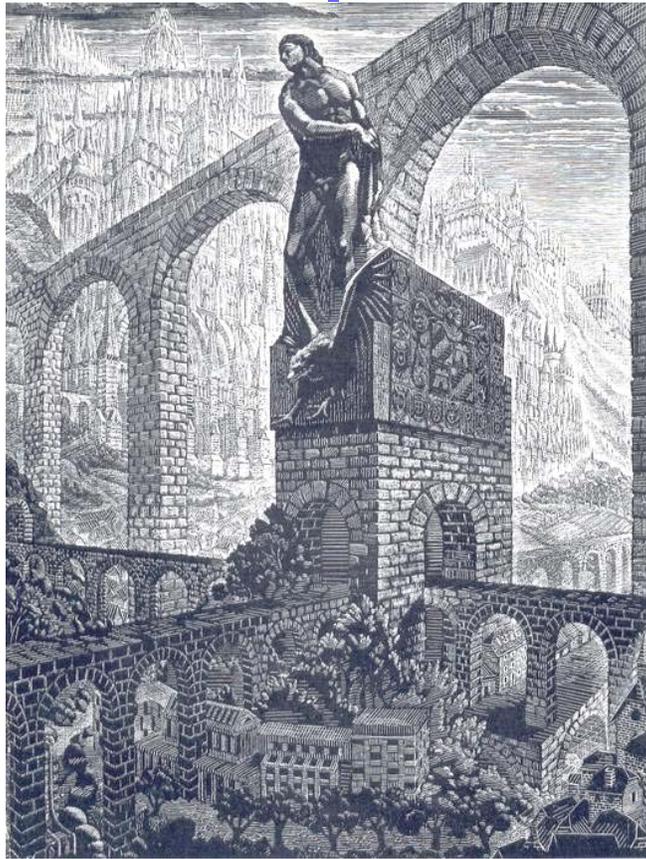
[RESTITUCIÓN DE LA CONFIANZA](#)
[DOS TENSIONES](#)
[DEL POLÍTICO](#)
[MYSTERIUM TREMENDUM](#)
[BEETHOVEN](#)
[LA GRAN PUERTA](#)
[COMPENSIÓN](#)
[EL VIAJERO](#)
[ESTILO Y TEMPESTAD](#)
[LOS INGRATOS](#)
[LOS DOS IMANES](#)
[EROS 4 — REVELACIÓN](#)
[LA PRUEBA](#)
[DESPERTAR AL HOMBRE](#)
[ILLIMANICA SÉPTIMA](#)
[LA NOBLE ESPERANZA](#)
[LUZBEL](#)
[EL DESCONOCIDO](#)
[PERPLEJIDAD](#)
[EN EL PARQUE](#)
[EL HERMANO DIFÍCIL](#)
[TRES TITANES](#)
[EROS 5 — DIANA VENCEDORA](#)
[VIRIL CONFIANZA LUCIDA](#)
[EL Y ELLOS](#)
[EL PRISIONERO](#)
[ILLIMANICA SEXTA](#)
[EL NIÑO PRODIGIOSO](#)
[SEIS HERMANOS](#)
[INQUIETUD](#)
[EL ENIGMA](#)
[LIDERES Y CRÍTICOS](#)
[LA VICTORIA](#)
[LO INCOMPENSIBLE](#)
[EROS 6 — PENAS](#)
[EL EXIGENTE](#)
[LA SECRETA LEY](#)
[EN LA COMUNIDAD](#)
[CONSTRUCTORES](#)
[EL VISIONARIO](#)
[ILLIMANICA QUINTA](#)
[LA FURTIVA VISITA](#)
[DIOS Y EL DESTINO](#)
[UN CAUDILLO](#)
[ANTES, AHORA](#)
[CON LOS TUYOS](#)
[EL TORBELLINO](#)
[EROS 7 — REENCUENTRO](#)
[EL COMBATE](#)
[ACHOKALLA](#)
[ILLIMANICA CUARTA](#)
[EL ORDEN SALDRÁ DEL DESORDEN](#)
[LA ESFINJE POLÍTICA](#)
[EL COMBATIENTE NO VICTORIOSO](#)
[MOZART](#)
[CODA FINAL](#)
[LA DERROTA VENCEDORA](#)
[CONTRA DUREZA Y AMARGURA](#)
[EROS 8 — INTRODUCCIÓN A LA DICHA](#)
[DEL BUEN CAMINO](#)
[EN LA MISTERIOSA LEJANÍA](#)
[ILLIMANICA TERCERA](#)
[CUANDO LOS DIOS SE ROMPEN EN TU CORAZÓN](#)
[¡SALVE PALLAS AMÉRICA!](#)
[LAS TRES MARÍAS](#)
[LA HORDA Y EL ARQUERO](#)
[MADRE ENTRANABLE](#)
[SECRETA VOCACIÓN](#)
[EROS 9 — CONSAGRACIÓN DEL AMOR](#)
[DUREZA, SAGACIDAD](#)
[LA SAETA SIN TÉRMINO Y SIN CLAVE](#)
[ILLIMANICA SEGUNDA](#)
[EL ACOSADO Y LA JAURÍA](#)
[UN SENDERO EMPINADO Y DISTANTE](#)
[AVANZAR HACIA LAS ALTAS ALEGRÍAS](#)
[DEL MONTAÑÉS Y DEL HOYO INMEMORIAL](#)
[LA DEIDAD INCOMPENSIBLE](#)
[EROS 10 — MATEO, AMADOR DE GRADIVA](#)
[SUEÑO DEL ABISMO ARMONIOSO](#)
[MIRAR EL HORIZONTE](#)
[DIOS EN EL HOMBRE](#)
[LA OLVIDADA, LA PRETERIDA](#)
[DOS PRECIPICIOS](#)
[MATERIA DE TU CANTO](#)
[LEGADO AL HIJO](#)

[ILLIMANICA PRIMERA](#)
[MEDITACIÓN CREPUSCULAR](#)
[BACH](#)
[EROS 11 — LA ESTRELLA EN EL CAMINO](#)
[EL CAOS Y LA DICHA](#)
[TERCERA MEDITACIÓN DE TIWANAKU](#)
[LA FE CONTRA EL NÚMERO](#)
[DEL ÁNGEL Y DEL ARTE](#)
[AHONDAR EN SI, PARA EXPANDIRSE](#)
[DESCENSO A LOS INFIERNOS](#)
[ETERNO RETORNO](#)
[FAUSTO Y NAYJAMA](#)
[LA BÚSQUEDA FINAL](#)

INDICE DE GRABADOS

- [I](#).- “Y será tu marcha de la nocturna sombra a la esclarecedora aurora”
[II](#).- “... los pueblos que se agitan como corceles impacientes...”
[III](#).- “Surgen y se hundén fortunas”.
[IV](#).- “... el enjambre de las estrellas acercaba Dios al corazón”.
[V](#).- La vida que sube; ese debe ser el objetivo”.
[VI](#).- “... y la causa consistía en derribar al Dictador”
[VII](#).- “...pueden levantar fortunas en un parpadeo y derribar otras...”
[VIII](#).- “Se pelea por dentro y hacia fuera”.
[IX](#).- “...una sociedad cruel, rígida, monótona, opresiva”.
[X](#).- “Por ahí se va al misterio”.
[XI](#).- “La hembra maldita: no sabía si la odiaba”.
[XII](#).- “Hablabá, a veces, de mundos desconocidos, de cosas tan extrañas...”
[XIII](#).- “No se cuentén horrores, sino fulgores del humano destino”.
[XIV](#).- “Y el contrato salió como quería la bella...”
[XV](#).- “Un cielo negro, un cielo gris, un cielo azul...”
[XVI](#).- “...opinaron que era mejor continuar la prédica reformista...”
[XVII](#).- “...nada es más atrayente para un país subdesarrollado que la sirena revolucionaria...”
[XVIII](#).- “...como si la palabra de Dios me fuera a ser revelada...”
[XIX](#).- “... el río de pasiones en las almas...”
[XX](#).- “...que en torno a una mesa podían solucionarse todos los problemas... “
[XXI](#).- “...como queriendo alzar un muro invisible entre el aspirante y su vedada intimidad...”
[XXII](#).- “... hija de los montes altaneros, del espacio en movimiento...”
[XXIII](#).- “Admite que el mundo fue bien construido y que es precisa la desigualdad...”
[XXIV](#).- “Para curarnos de soberbias y descreimientos, Dios nos entregó al Cristo...”
[XXV](#).- “...volverme uno con mi tierra, sumergirme en el misterio de su perdurancia...”
[XXVI](#).- “...la primera derrota que templó mi juventud y me enseñó a desconfiar...”
[XXVII](#).- “... la envidia que nos devora. Cada uno contra todos, todos contra cada uno”
[XXVIII](#).- “Épico misterio: la eternidad asoma detrás de los corales dichosos”.
[XXIX](#).- “Fueron ciertamente grandes, fuertes, osados por su genio constructor...”
[XXX](#).- “Pasarán los años, pasarán los terribles contemporáneos...”

El autor agradece al gran artista belga, Víctor Delhez, por haberle permitido elegir 30 de sus notables grabados en madera para enaltecer las páginas de este libro.



Grabó Víctor Delhez.

“Y será tu marcha de la nocturna sombra a la esclarecedora aurora”.

A LA MEMORIA
DE MARIA,
MI ESPOSA,
CON PROFUNDO
AMOR Y GRATITUD

Sea el relato para la gente actual.
Para el mundo que la enarca desde un
pasado vertiginoso hasta un destino zodiacal.
Para todos los que aman la dignidad del
hombre, a pesar de su miseria y su ansiedad.

*

La física nuclear y los astronautas
destruyeron el camino que conduce a
Dios. Rehacerlo con hermosa paciencia es
nuestra tarea.

*

Ética y estética: quien se alza contra
su época no irá muy lejos, pero es probable
que esté más cerca de la verdad.

AMÉRICA

Conocerse, aproximarse.

América, la nuestra, en trance de nacer todavía, semi-velada por oscuridad e incomunicación, funde en las palabras arcanas mensaje y símbolo a la vez.

Cuando Mateo Montemayor, hombre sudamericano, perdió el último amigo, soledad y silencio lo acosaron. Soledad de montaña, silencio de espacios vacíos. En largos años de lucha y de trabajo se había esforzado por ganarse la confianza de los demás; pero al cabo sólo encontró envidia, recelo, desafectos. Si la amistad se hizo imposible, el diálogo difícil. Entonces comprendió que América es un drama de dispersión y desconfianza. Tensiones de hurañía y de disturbio que brotan de lo no fraternal. Más no renegó de los hombres ni de la gran Patria Sudamericana, porque veía arder el amor en los ojos no obstante las voluntades mal encaminadas. Y alzándose contra el instinto de pelea quiso comprender, aproximar. Prefirió ser escarnecido a ser perseguidor.

Ansioso de dar nuevo sentido a la búsqueda de su destino, de la dicha de su pueblo, del concierto plural de veinte naciones jóvenes que giran como esferas armoniosas alejadas entre sí, desde la profunda soledad compuso estas páginas que entrega a los jóvenes de alma pura y fuerte voluntad.

Porque América es la Fe que se templea en los quebrantos.

Y así comienza el diario de Mateo Montemayor, hombre sudamericano, que amó lo suyo sin desmedro de las músicas lejanas.

EL NARRADOR

Yo, Mateo Montemayor, hombre sudamericano nacido en las montañas de los Andes, he sentido el llamado de los días de ansiedad, de las tensiones del mundo, del dolorido sentir humano, de los delirios del soñador.

Soy el retrasado, el que llegó tarde al festín.

Una voz mandó en mi corazón:

—Hombre nuevo de América, Jacob paciente, valeroso, el Ángel llama a tu puerta. Acepta la pelea. Te vencerás primero en ti mismo para alcanzar quietud con los demás.

Mahanaim se nombró el campo del Señor, y Nayjama es también su criatura. Yo vi la escala resplandeciente que subía por los caminos sin figura del aire: alas y serafines la envolvían con hálito de fuego. Tal vez llegue un día al lugar llamado Peniel, donde es lícito ver al Señor cara a cara y es librada el alma. Pero son mi quehacer el Ande y su habitante proyectados a la vastedad americana, donde hallarán tarea mayor y necesaria. Porque el dolor de uno será redención de muchos. Y busco su misterio ancestral, su desorden fecundo, su destino de amor y regocijo aunque penumbra y pesadumbre los tengan en acoso.

En la variedad de una vida, en la vibración de la mente, todo puede ser necesario, nada importante. Sólo cuenta la pasión que incendió el instante.

Séanme perdonados orgullo y suficiencia, que el mucho saber fatigó mis días y es difícil desprenderse de la cáscara sapiente.

Y a los hombres de hoy digo, a los de mañana, con labio fraterno:

—No andéis en soledad, juntaos a los vuestros. Es el tiempo de los grandes corales sagrados.

Y éstos son los cuadernos de Mateo Montemayor, hijo de un tiempo que nace y otro que desaparece.

CUATRO ÍDOLOS NEGROS

Desbrujulados, sin sostén, avanzamos por los caminos del Continente: ellos y nosotros, los que amanecen y los que entramos al otoño.

El hombre de ayer tuvo una escala de valores para medir el mundo y conocer su sitio; el hombre actual ignora la dimensión real de su contorno, la fuerza interior del espíritu.

¿Qué se puede oponer a la balística nuclear, al armamentismo desmedido, dinero y mando corruptores, y esas bocas dentadas de la economía y de la técnica trituradoras de la persona humana?

Una filosofía cínica y voraz, de violencia compulsiva, de grosero hedonismo, debilita el sentimiento ético y religioso. La moral se admite pero pocos la practican. Sociedad ya no es fraternidad, sino pugna desesperada por subir aplastando a los demás. Política supone fraude. ¿El ser? Nada es frente al tener y al representar. La familia se disuelve en el distanciamiento cotidiano. El dinero es la deidad de nuestra época. Y cuando se busca al Hombre, se tropieza con la manada: números, militantes, ambiciosos, fieras. Los viejos regímenes se tambalean. Las revoluciones, desviando su propósito inicial, se frustran a mitad de camino. Democracia y comunismo parecen impotentes para responder al ideal de una sociedad más justa. La ciencia cada día más alto, el hombre con sus letras y sus artes cada hora más bajo. Desprovisto de las alas misteriosas que lo remontaron por la historia —solidaridad, integridad — el hombre vuela más rápido y más lejos, pero en la dura tierra yace su conciencia. El animal inteligente más fuerte, más osado es capaz de las mayores osadías. No le preguntéis si posee un sentido moral o el sentido de su misión terrena, cosas que no cuentan ya para la problemática moderna.

Tiempos crueles porque nadie escucha a nadie y cada cual transcurre dentro de su propia soledad y desvarío.

Fácil sería refugiarse en el estudio del pasado, sumirse desapoderadamente en las maravillas presentidas del futuro, o entregarse al goce hedonista de los sentidos. Fácil sería: la evasión como instrumento cómodo elusivo del presente. Pero sería, a un tiempo, cobardía, deserción. Evitar el riesgo de una responsabilidad, soslayar el deber de cada día, callar, permanecer inerte, olvidar la hermosa melodía del alma inmortal serían deserción y cobardía.

Sólo partiendo de una entrañable intimidad, reconociendo la confusión que nos agobia, se puede recorrer el camino de veracidad que nos conduzca al rescate final:

—¡Mira en tí: allí duermen problema y solución!

Ni a los libros preguntes mucho ni de los hombres esperes tanto. Ayuda alguna, por grande que sea, podrá salvarnos. Ni métodos ni ciencia foráneos. Técnica, máquinas, dinero como gases volátiles, si el americano mismo no toma conciencia de su energía espiritual, del poder resurrector de su trabajo y su conducta, si no mira a su centro más que a su contorno.

Nacimos retrasados a la explosión tecnológica. Nuestra tarea inmediata no consiste en perseguir nivelaciones rápidas y utópicas. Una lenta y segura maduración, adecuada al propio límite, será más provechosa.

¿Ciudades vertiginosas, economías gigantescas, almas en perpetua tensión y ansiedad?

No es el destino del Continente de la Esperanza.

Ni dirá la última palabra la geografía modificada en artificio, porque la tierra muda sin descanso. Pero si el hombre ignora sus caminos y no endereza el rumbo, vana será su andadura y como cielo gris su transcurrir.

Ni la tristeza ensimismada que disuelve lentamente, ni el júbilo báquico que destruye en pérfidos tormentos.

Hombre americano: defiende tu intimidad, tu ser fidedigno, el derecho de ser distinto a los demás. ¡Cuán tierna tu morada, tu pueblo cuán entrañable! No es que sea malo absorber influencias, en un mundo que se liga por lo externo; pero es mejor la espiga que crece en su tallo. Y la enseñanza antigua puede renacer en leyes nuevas, rehuyendo el extravío de estas horas sin Dios. Porque está escrito: cada cual pertenece a su comarca, a su pueblo, al singular destino que lo acosa. Y si te sientes confuso y acosado, es que fuiste elegido para larga pelea y sacrificio.

Y será tu marcha de la nocturna sombra a la esclarecedora aurora.

Cuatro ídolos negros hipnotizaron tu pasado con sus ojos de turmalina deslumbrante: incomunicación, silencio, desorden y desgano. ¡Derríbalos!

Que verdad y entereza te acompañen.

KHANTATALLITA

Superar los nacionalismos estrechos, dar un sentido al presente, una brújula al futuro, aprendiendo estas dos palabras fundamentales: Patria Sudamericana.

Amarás tiernamente el suelo nativo, pero llama a deberes más altos la nación continental.

Y es la hora de buscarse y entenderse, si no queremos ser presa fácil para nórdicos y asiáticos.

"Khantatallita", en aimára, quiere decir: lo que se esconde al amanecer. Quisiera poder referirme a muchos sucesos que transcurren en las áreas subyacentes de nuestros jóvenes países, a maneras del sentir y el expresar de estas naciones en agraz. Porque máscaras de incompreensión y de ignorancia velan la faz de América. Y un rostro nuevo asoma ya detrás del velo de sombra que nos oscurece.

"Khantatallita": estamos naciendo todavía. Lo que se esconde y también lo que revela el amanecer.

LA MAGA Y SUS CORCELES

Una bandera echada al viento...

Furiosa, alegremente agitada, batiendo sus pliegues en un frenesí de curvas y revuelos. Tres colores danzan como soles jóvenes: rojo, amarillo, verde. Y al fondo el cristal sin límite de un cielo de cobalto. ¡Azul, azul, azul! No existe combinación cromática más bella. Sobre el firmamento de índigos marinos resaltan como estrellas nítidas: el color de la sangre que da vida; el color de la llama que consume: el color de los herbolarios y los niños.

En los días de invierno, cuando el cielo de añil fosforece al esplendor del mediodía y aproxima los perfiles, la tricolor intensifica su llamear: la púrpura más firme, el gualda más intenso, más intrépido el tono de los verdes.

Una voz arcana llama desde el interior de las cosas. Cruzan las imágenes vivaces, rapidísimas, y se pierden cual pájaros remotos en el confín.

Se diría que el mundo está regido por el galope de tres corceles indómitos: uno como el rubí, otro de topacio, el tercero semejante a una esmeralda. Piafan de impaciencia, arrastran en su ira al paisaje. O se apaciguan en la gran llanura de zafiro, dejan que el viento mezca sus ardores y vuelven a su cólera obstinada. Empujan, incitan, acosan. Son los que dan las horas y encienden tumultos en el alma.

Yo diré que los pueblos que se agitan como corceles impacientes, y aquellos que se sumergen en fiesta de colores, son los elegidos.

¡Caballos, colores! Y el corazón se dispara al horizonte movido por el doble sortilegio de la voluntad y del ensueño.

2



Grabó Víctor Delhez

“...los pueblos que se agitan como corceles impacientes...”

INTERIORIDAD

Tienes tres caminos al frente: estudio, política, arte. ¿Varón de meditaciones, soldado en acción? Técnico u organizador, conductor o conducido, criatura de sueño y creaciones.

—¿Quieres manejar técnicas de trabajo, hombres, materia nueva brotada de tu inteligencia?

Y el aspirante ha contestado, entre altanero y desconfiado:

—Manejar no es la palabra. Deseo sumergirme en la onda quieta de una playa desconocida que me revelará su profundidad.

El interrogador, sarcástico:

—Aislarte, en vez de mezclarte con los demás. El hombre se hace entre hombres. ¿Cómo hallar el camino que lleva a su corazón, si no hay proximidad?

El aspirante, sereno:

—Desde la profunda soledad.

Porque sólo quien sea capaz de recogerse en sí, aprendiendo sin maestro y sin consejos, podrá más tarde proyectarse en su suelo y en su gente.

Trabaja desde adentro. Un día el mundo se rendirá a tu fatiga y a tu búsqueda.

Me he preguntado cómo conciliar la pugna eterna entre los que quieren enseñar y los rebeldes a toda disciplina.

Habrá una ley para las masas y otra para el genio libre y creador del hombre.

LA JOVEN CIUDAD

Dichoso el joven que conoce el poder de distensión de su arco emotivo, el vuelo remontado de sus flechas líricas. Porque cada cual obtiene lo que proyecta desde su propio centro. Y el que ama su paisaje se siente impelido a las hondas aventuras sin frontera.

La joven ciudad ¡cuán digna era de amor!

Pequeña, limpia, recatada en su intimidad. Vasta y misteriosa al miraje exterior. Comarca juvenil y al mismo tiempo el paraje remotísimo de un pasado sin nombre. Contemplada en escorzo geológico, avizorada en el juego geométrico de sus líneas y curvas dinámicas, se transforma en un recinto mágico imponente de grandeza y variedad. Siempre igual a sí misma, siempre diferente, materia de una indefinible arquitectura. Puede contener, simultáneos, el desvelo del arqueólogo y la quietud del poeta. Retiro pacífico, trepidante taller. Porque la línea móvil de los altos cerros y el vacío abierto a sus flancos acunan e impelen a la vez. Y el habitante transcurre indistinto en el clima moroso de los antiguos hábitos y en el ritmo veloz de las prisas modernísimas. Se es dos siendo uno. Y el poblador todavía dueño de su tiempo, de su movimiento, de su espacio dilatado.

La ciudad se asienta en el hoyo milenario, sus calles trepan los montes, se dislocan por cuevas y pendientes. Pocos saben sus míticos orígenes, la tensión de ese constante renacer al espoleo de la geografía y de la historia; pero basta echar una mirada al potente anfiteatro para absorber su carga de misterio y de relámpago. Es lo que camina sin moverse. Perspectivas profundas y también en raptos verticales como si un maestro itálico y un pintor moderno hubieran combinado, en un mismo lienzo, sus planos múltiples circundados de cerros y vacíos. Aparentemente todo quieto, silencioso. Mas profundizando el ver masas y perfiles se animan con graciosa lentitud, como si el mundo exterior fuera el taller de un cíclope o la imagen incitante de una tempestad petrificada.

Al mucho mirar se siente el lento alzamiento inmóvil de los montes, la caída sin ruido de quiebras y hondonadas. Es, entonces, como si la tierra se expresara en palabras, y su habla de maravilla dice siempre cosas nuevas al oído.

—Mateo: pareces enraizado a tu comarca. ¿Qué te atrae en ella?

—Estamos comunicando...

—¿No te basta el lenguaje de los hombres, tus hermanos?

—Más noble y dulce suena el habla telúrica. Pregúntale al paisaje: devuelve, siempre, la respuesta exacta. Entrega sorpresas. Cuanto más lo frecuentas, mejor enseña su sabiduría recóndita. Y unas como dagas finísimas te asaetean sin herirte. Ahonda en el sitio habitual: la hermosura de la naturaleza trasciende la verdad del mundo.

—Pero hay tantas, tantísimas ciudades más bellas que ésta...

—Para el fiel amator, una sola, como la Bien Amada: única, perfecta, serenísima.

Que cada cual atienda a la excelencia de su solar y su paraje.

Al caer de la tarde el ceramista prodigioso modela cielos en porcelana azul. Por arpas de oro la música del sol. Y el aire fino, delgadísimo, entrega la comarca en su total extensión y señorío. Gozosa cercanía: todo nítido, perfecto. Armonía indecible de un extraño desorden que sólo entiende la costumbre de persistir en idénticos mirajes. ¡Asombro, asombros! Un paisaje encantado con soplo de revelación y profecía. Cien metros arriba y se es dueño del agujero cósmico: aparecen pausados los colosos de nieve. Para hacer guarda al otro, el Nevado Mayor, el que dio mito y renombre a la villa desde un tiempo anterior al bautizo católico.

Encaramada en la gran Cordillera, lejos del Mar, la joven ciudad vive demorada en relación al resto presuroso del mundo. Por ello ha conservado la calidad humana de sus gentes, la nobleza de sus hábitos, ciertas formas arcaicas de la cortesía y del buen uso, tintes y matices que escapan al pincel atormentado del moderno.

Los altos eucaliptos, los fornidos pinos, las acacias de fronda tremulante y el verde tierno de los sauces esmaltan la dramática adustez del suelo. El aire seco transmite pureza de cumbres, fragancia de rosas y claveles.

Suelen ser tan hermosas las nubes en el crepúsculo tardío, levantan con tal docilidad catedrales, castillos, pagodas, minaretes, ciudades y puentes fabulosos, que en parte alguna se daría materia aérea de dibujo tan fino y vibrador.

Y a la hora del éxtasis ardiente, cuando el hoyo arde con luz nueva, otra ciudad fantástica diseña sus perfiles de amaranto detrás de la joven y sorprendida ciudad de las alturas.

MESTIZO, EL ATREVIDO

Hay quienes enseñan que las historias nacionales se fraguan en desgracia, fracaso, miseria. La fatalidad lo explica todo; los pueblos se edifican sobre dolor y derrota. Y aun se atreven —magísteres de pesimismo— a difundir este juicio equívoco: pueblos mestizos, sociedades debilitadas desde el tejido interno.

Sucede, justamente, a la inversa. El mestizaje da sus corrientes sanguíneas a la sociedad americana y la fortalece por medio de simbiosis permanentes. Por mucho que indio, cholo y blanco habitaron planos diferentes, aun distanciándose se confundieron. El continente nivela para arriba: dos, tres generaciones bastan para que el hijo de indio o de mestizo absorba la apariencia física, las técnicas de trabajo, los modos culturales del varón occidental. Mestizaje es esa operación irresistible que toma la substancia, la energía vital, el hálito característico de cada raza, su toque final determinante; los mezcla, los confunde en su variedad étnica y psicológica; y al cabo los sublima y unimisma en un nuevo tipo general vigoroso y audaz, que empuja siempre hacia adelante.

El atrevimiento mestizo es signo de vida fecunda y renovada.

El drama sudamericano, de soledad y de aislamiento, será superado cuando el empuje mestizo termine la fusión de las razas e inicie el acercamiento de las gentes.

No es justo pensar que entre las naciones indomestizadas de nuestra América, México es la única sociológicamente integrada. También las otras hacen su camino, aunque su marcha sea más lenta.

Tampoco es evidente que existan pueblos o países acosados por el infortunio y el desorden. No hay desventura que resista la voluntad victoriosa del esforzado.

Ni la historia, ni la sociología, ni ciencia alguna deben servir de pretexto para explicar el retraso nacional o el desorden de una sociedad humana.

Hombres nuevos de América: como seáis vosotros, serán vuestras patrias surgentes, la gran familia continental futura. Corred doble cerrojo sobre el sepulcro del fatalismo histórico y de las desgracias nacionales. Sólo una severa disciplina de estudio y de trabajo, una fuerza obstinada de empuje, la conciencia reflexiva, y el sentimiento de responsabilidad doblan el arco de la historia: para que la flecha se pierda en el azul del aire, hay que saber tensar las fuerzas de impulsión.

Necesitamos conductores que no desfallezcan jamás, aunque duden, vacilen y tengan que cargar con toda la miseria humana que los rodea.

Es tiempo de vigilia. América debe olvidarse de quejas y recriminaciones, para pensar y obrar desde el duro presente. Doscientos millones de seres aguardan la voz de mando para ponerse a caminar en la marcha solidaria de una nueva verdad.

Más ningún resurgimiento brotó de pesimistas y desconfiados. Que una filosofía viril y matinal sacuda vuestras almas. Porque el mundo es de los atrevidos y los perseverantes, y el destino palabra que los hombres inventaron para esconder sus errores y sus debilidades.

ENTENDERSE

Se dijo ya demasiado del paraíso telúrico, y es la hora llegada de las muchedumbres. Súmete en ellas. Comparte, reparte. Y cuando todo americano sea uno entre muchos, corazón que alivia y participa, mano fraterna con manos que se buscan, estaremos restaurando la norma del Cristo y el precepto del Inka: amor sin exclusiones, bienestar decoroso para todos.

EROS 1 —LA DESCONOCIDA

¿Hay algo más bello que el paso rítmico y altivo de una mujer hermosa?

Las hay que saben caminar, pero son pocas. Arrogantes, indolentes, con natural elegancia de movimiento. El macho se petrifica, el soñador queda en suspenso. Que nada turbe, que nada pueda detener esta máquina de plástico oleaje. Jamás ví mujer de planta más soberbia. Su cara resplandecía. Una majestad de porte y de marcha que paralizaba a las gentes.

He pensado: "demasiado perfecto para ser espontáneo".

Pero he vuelto a verla y mi desconfianza se desvaneció. Ni sombra de artificio en ella. Pasa natural, armoniosa, educada al modo antiguo; no pide admiración ni busca la mirada de los hombres. No se juzga el centro del mundo: lo es. Lo ignora o no le importa. Pasa. Entra a una tienda. Sale, camina con gracia tranquila, ingresa a otra. Reaparece. Luego cruza la calle con ritmo lento, regulado, sin que la intimiden los vehículos.

¿Quién es?

Nada es comparable al nacimiento del amor, ese instante fugaz, relampagueante, que abre las puertas del hado. Porque amor, si es de verdad, es vida entera y su sentido. Puede el varón gustar de muchas, mas sólo amaré y se entregará a una: la elegida para siempre.

¿Pero es que basta elegir para ser aceptado? Y ella ¿habrá reparado en mí?

Desconfío del falso don Juan, buscador de aventuras, y del macho agresivo tumbador de hembras. El varón distinguido guardará su corazón aun en medio de la tormenta fisiológica del sexo. Porque sólo una será digna de su dicha y de su entrega.

Pensar en la mujer como se piensa en una estrella distante: más amada cuanto más lejana. O en una fortaleza inaccesible merecedora de larga y porfiada pelea. O en la madre futura que renace acrecida en el regalo de los hijos.

No sé si me atreveré a confesar mi amor a esta joven bellísima. Acaso nunca sabrá que la quise con fiel adoración desde el primer encuentro. Mas la tengo elegida: para ella viviré, por ella mis fatigas y mis ansias. Lucharé para poder entrar al cerco de oro en que habita. Si conquisto su amor, si fundo hogar con ella, la victoria unirá mi vida: una buena compañera es la mitad mejor en el tránsito terrestre.

¿Y si no alcanzo a merecer su amor, si estuviera destinada a otro?

Tiene los tobillos finos, manos señoriales. Unas piernas admirables de Diana Vencedora. El talle esbelto. El busto pleno y atrevido. Los rasgos de la cara en concierto armonioso, como música intensamente escuchada. En los grandes ojos oscuros un mirar dardeante que enciende todo lo que toca.

Es un sueño que se ha puesto a caminar.

Encanto y distinción. ¿Quién es?

CONVULSA PERO SANA

Torpe el juicio que nos atribuye sólo fuerza bárbara, regresiva, desequilibrio emocional e intelectual. No es así. Y la novela tremendista, escandalosa, procalálica: miente. Por miseria y tragedia que aloje en su seno, América es superficie sana, aunque brotes morbosos la deformen todavía.

También un sudamericano puede elevarse a las cimas del saber culto, del aristado pensar, del estilo magnético y osado.

No tuvimos medioevo ni renacimiento, pero nuestra cultura matinal fluye por tres venas inexauribles: el deslumbramiento cósmico de los mitos telúricos; el hervor generoso de la tensión mestiza; la savia crepuscular de España y Portugal.

Cuando la técnica, la producción, y la gran industria hayan cuadrado la sociedad futura, el humanista, el poeta, y el artista buscarán refugio en nuestra América surgente.

LOS POBLADORES

El paisaje es substancial, connatural a nosotros. No obstante, en cierto modo, de tanto pensar en la tierra hemos olvidado al hombre.

¡Basta ya de la América pánica, virgínea, telúrica que hacía las delicias de los bisabuelos!

Sus épicas bellezas, su fuerza modeladora y radiante, cuajaron ya en obras de imperecedero encanto. Y aunque no nacieron todavía el Homero andino ni el vate de dimensión continental, aguardemos: es más urgente el bien pasar de muchos que la exaltación de uno.

Que el continente nuevo sea habitación segura, y dé sustento a todos. Después el libro, el verso, el canto, la música, pinceles y cinceles darán la dimensión de su grandeza espiritual.

DIALOGO Y DOMINIO

Diálogo con un estudiante:

—Mateo: ¿por qué unas veces hablas para mí, otras para muchos, y algunas como si sólo quisieras oír tu propia voz?

He contestado:

—Hay tiempo y tiempos. Uno el de la siembra que cae en el barbecho; otro el de la siega para multitudes; y un tercero, a la hora vespéral, para meditar tras la faena realizada. Diálogo, discurso, soliloquio son vasos de comunicación. Se llenan y vacían a voluntad y a veces contra ella.

El estudiante ha insistido:

—¿Por qué dijiste el otro día "puerta cerrada es tu hermano?"

—Porque ya no sabemos escuchar.

—¿Y cómo hacerse escuchar?

—No depende de los otros, sino de ti. Comienza por decir: puerta cerrada que abriré...

—Eso sería confiar demasiado en mi poder de persuadir.

—No intentes persuadir; señala sólo por donde serpea el sendero.

—¿Por qué te gustan los símbolos, las alusiones, las metáforas? No te comprendo bien; a veces me das la impresión de enmascarar tu pensamiento...

He sonreído antes de contestar:

—La verdad sin velos hiera. No todo es decible, y la premura daña. Si te rodean vulgaridad y simulación ¿cómo hacerte entender? Detesto a los ensimismados, a los pedantes, pero suele ocurrir que vestimos de sombras tenues la idea para precavernos contra la incomprensión y la malevolencia. Ni cuerpo ni alma se desnudarán imprudentes. El recato sienta mejor.

—El recatado es tímido, no se atreve a nada...

—Te equivocas: recato es modestia, reserva, actitud contenida, y es también cautela, astucia. La prudencia no está reñida con el valor ni la reflexión con la osadía.

El estudiante, acalorado:

—Yo no entiendo cómo se puede ser, al mismo tiempo, dinámico y tranquilo. A veces desvarías, Mateo, y me quitas las ganas de seguir conversando.

—Aprende a conversar sin perder la soberanía de tus razones. Si te irritas, ni entiendes ni te entiendes. En el diálogo se modela la persona. El grito y la explosión verbal para el salvaje y para el niño; el pensamiento reflexivo, la palabra serena para el hombre.

El estudiante se marcha pensativo.

"FÜR ELISE"

Puro el sonido, desnudo, como debió nacer el día primero. Noble el tema cual un rayo de luz, la melodía sencilla como el dibujo lineal del paisaje. Parece la confianza de un niño, la confianza de un sabio. Vierten las notas del piano una ternura trascendida: amor, adioses, penar y júbilos alternos, y esas manos sutiles del recuerdo, campaneras del corazón.

Jamás se dio en tan extrema economía de la estructura sonora, tal condensación del sentimiento.

Es toda la música en una gota de luz. Y tocada por Schnabel adquiere la mayor intensidad expresiva.

Apenas un estudio para piano, un sueño leve, un batir de alas indecibles. El dolor vuelto ternura. La melancolía que madura en modo regresivo hacia un ámbito de infancia.

"Für Elise": la invención más delicada de Beethoven.

CURA DE AMOR Y DISCIPLINA

No existen razas —afirma la ciencia. Sólo diferencias antropológicas, somáticas, psíquicas, de ambiente.

En muchas ciudades y comarcas de América habitan indios, mestizos, blancos. Ocupan planos diferentes, parecen no tocarse. Conviven sin embargo. ¿Se puede configurar naciones con ingredientes étnicos tan disímiles?

Se puede. Países indios no lo somos, solamente mestizos tampoco, ni regiones de los blancos. Mas la mezcla fluída de tres fuerzas participantes en procura de una cuarta que las transfunda y unimisme. Se ha de hablar, únicamente, del hombre sudamericano, de la raza sudamericana, que es como una suma de viejísimas esencias y novísimos perfumes.

Vendrá la nivelación por lo alto: cada generación tratando de superar a la precedente y en los estratos sociales una pugna por avanzar.

Acaso México dé el ejemplo edificante: ni nación indígena ni país occidental. Un mestizaje arrollador que absorbe de ambos, aporta lo suyo, y no obstante es vieja cosa nueva, planta virgen en proceso de ascensión.

El político quiere civilizar con fines egoístas:

—Necesito votos, formar consumidores, hacer del indio un ciudadano útil, un contribuyente, un partidario.

El sociólogo responde:

—Mantengamos esos hermosos tipos humanos en su medio y con sus hábitos. Más vale campesino real que ciudadano postizo. Darles técnica y educación dosificadas, para no despersonalizarlos.

Concediéndoles la propiedad de la tierra, se resuelve el problema —arguyen los demagogos. Para los profesores se trata de alfabetizar. Los economistas hablan de mecanizar el agro y aumentar la producción. En general y en conjunto se mira el asunto como un tópico de

laboratorio; teorizantes, políticos, científicos todos buscan experimentar en las grandes masas campesinas.

Nadie se ha preguntado si el indio tiene un alma.

Me encontré, en la calle, con el Lucas Condori, "hilakata" en una finca del altiplano, y le pregunté qué pensaba de la reforma agraria.

—Está bien —ha dicho— tenían que devolvemos las tierras y acabar con el "pongueaje"; pero los mandones de ahora no son mejores que los antiguos patronos.

Lo que anda, pues, en crisis no es el sujeto racial sino el conductor, lo mismo en el campo que en la ciudad.

El indio es la gran fuerza dormida. ¡Saber despertarla! El mestizo es ya el pueblo en marcha: regimentarlo y educarlo. El blanco requiere a su vez una cura de moralidad y conducción responsable.

Ni el látigo de los Soviets ni la democracia remolona harán naciones prósperas de estos conglomerados raciales dispersos en abandono y confusión. Habría que volver a las grandes virtudes pasadas: honor, verdad, severidad, austeridad. La Roma sobria de los tiempos primitivos o el Kollao estoico de los "Mallkus" ancestrales.

¿Integración racial, nacionalismo político, planes de producción escalonada? Inventar fórmulas más prácticas que ligen y obliguen a los hombres mejor que la represión estatal, las leyes escritas que no se cumplen, el partidismo sectario que divide y envilece.

América requiere una cura de amor, una pedagogía de trabajo y disciplina.

El indio es mi hermano. Y el blanco. Y el mestizo. Más toda hermandad es servidumbre voluntaria. Si no soy capaz de abnegación y sacrificio por los demás, se manchará en mis labios la palabra "patria".

DEL TIEMPO Y SU RITMO

Suele decir mi padre, descendiente de los conquistadores españoles:

—Todo cuanto ves y tocas es nuevo, por desarrollar. ¿Dónde mayores oportunidades para ascender? Esta es la maravilla.

Y mi madre, que lleva en las venas escondidos fervores de sapiencia aimára, aclara con melancolía:

—No. Esto es lo más antiguo; tiene algo de cansado...

Embellece el pasado, idealiza el futuro, pero sólo el duro presente dará verdad y sentido a su quehacer. No temas lo severo, lo que hostiga. El joven sudamericano corre peligro de frustración precisamente porque rehúsa un método, una organización interior, una disciplina cotidiana, y prefiere el desorden, la actividad premurosa, la improvisación.

Toda cultura es un camino, y todo caminante un domador de su tiempo y su energía.

Rechazo la crueldad inexorable del reloj: no somos máquinas. Y simultáneamente la despreocupación como sistema de vida. No podemos subsistir desprevenidos en un tiempo de rigor y de fatiga. Divino Mencio: tu doctrina del "justo medio". Progresar sin deshumanizarse. Mucho esfuerzo combinado con cortas pausas de ocio creador.

Junto al técnico, al profesional, cultiva al hombre y al artista. Pueden, deben coexistir en la misma planta humana.

Ni la marcha lenta del aldeano ni el ritmo vertiginoso del civilizado. Un “tempo” moderado, sostenido. Los imperios regulares, las naciones prósperas se asientan en el fluir tranquilo de sus individuos.

—¿Y si nos quedamos retrasados?

—Conservad la dignidad de vuestra marcha. La prisa no es maestra de dicha.

CONTRA EL CAOS

Si miras en torno, si deseas expresar la realidad circundante, parece que reina la fealdad, que los corazones, secos, exprimieron todo el zumo de la vida. Un nuevo modo de sentir, una distinta manera de narrar abatieron los antiguos cánones. Joyce refleja, en el “Ulysses”, el caos y el infierno del espíritu.

El hombre es triste porque lo ensombrece su contorno. Filosofía de tinieblas. Viento de los sepulcros. Alma y mundo se sumergen en la bruma. Negación, desolación.

Duro, penoso transcurre tu quehacer; más difícil aun describirlo. Afuera siempre la amenaza destructiva; adentro la lenta dispersión de la confianza. En sólo un día transcurren tantas cosas, sujeto a tales tensiones te desenvuelves, velocidad y mudanza te acosan tan implacables, que tu persona real, en sentido profundo, cree no existir ya. ¡Imágenes, imágenes; y voces, voces; sucesos, sucesos que no tienen fin! Pasas, te modificas sin cesar, ruedas, vuelves a perderte, fugas, retornas, estás partiendo siempre...

No somos: transcurrimos. Si alguno se piensa dueño absoluto de su pensamiento y de su acción, locura o vanidad. No siente el poder oculto de las redes que lo mueven y lo envuelven.

Serénate: que tu peso y tu medida escapen al torbellino.

Ser americano es, precisamente, ser fuerte y lúcido. Una fuerza sosegada que lucha contra el caos, una noble lucidez que rechaza pesimismo y desesperación, por adverso que el tiempo hiera, por amarga que fluya la sabiduría de los doctos.

No es verdad que la fe se haya perdido: el varón ama su alma, cuenta el vaticinio de lo que vendrá. Supremas cavilaciones. Pocos hablan del Cristo, mas todos vuelven a su misericordia final.

La Estrella de Belén es para siempre.

LOS CONSPIRADORES

El país de los revolucionarios porque sí. Los hay que aman la aventura, el éxito, el poder, el don de mando. Otros rapaces, insaciables, con la palabra "imperio" metida en el pecho. Codiciosos que se emparentan en el tiempo con el fenicio mitológico. Gentes de violencia y de pasión que buscan la pelea sin finalidad. Y acaso —algunas veces— el idealista, el patriota, el conductor responsable extraviados en la marejada de los tumultuosos.

El genio nacional inquieto, inconforme, inventó el deporte favorito de los pueblos americanos: la lucha interna. Se vive en permanente alarma, desconfiando los de arriba, acechando los de abajo. Y no es lo importante que suban unos y otros bajen; ni el impacto de una idea contra otra; lo esencial es conspirar y perseguir.

Este pueblo misterioso ama el misterio. Nadie sabe exactamente lo que hace su vecino. Cada diez hombres, forman una célula; pero entre centenares, ninguna sabrá lo que hace la otra. Los jefes cambiantes, ubicuos. El caudillo desconocido. La acción se prepara largamente, cuidadosamente. El día “X”, cien veces fijado, se postergará otras cien. De pronto estallará como el

rayo. Tampoco los que gobiernan duermen. Cuarteles, policías, armas, hombres velan sin tregua prestos a devolver golpe por golpe. Los viejos luchadores se miden, se vigilan, chocan, se conceden largas pausas para rehacerse, vuelven a chocar; y así sucesivamente, en discordia sin fin.

En las regiones subdesarrolladas, donde todo gira en torno al favor oficial, esta lucha por obtener el poder adquiere contornos de ferocidad. Tiene sus reglas propias, no escritas, que la costumbre impone. La conspiración nocturna, permanente, provoca la represión constante. A veces, los de arriba, se anticipan o inventan rebeliones determinadas que les sirven para desbaratar intentos posteriores y perseguir a todos cuantos les son incómodos, sean o no conspiradores. En otros casos, de abajo surgen delatores que venden la revolución la víspera del día fijado. Algunos, más audaces o más cínicos, se hacen apresar y desterrar con sus propios compañeros delatados. Tampoco faltan los que traicionan desde el gobierno y entregan a los que mandan por situaciones mejores que obtendrán de los que suban. Ambos bandos poseen espías recíprocamente incrustados en sus filas: conocen sus movimientos, y a ello se debe que las conspiraciones pocas veces estallen en lucha sangrienta. Se ataca sin contemplaciones, se persigue con furia, se castiga a culpables e inocentes; el odio y el rencor crecen de ambos lados. Los hay que hacen del arte de conspirar y de la ciencia de reprimir conspiraciones un modo de vida. Surgen y se hunden fortunas. La conspiración tiene a las gentes siempre ocupadas, afanosas, trasladando armas, entrevistando militares y políticos, escondiendo a los perseguidos, llevando mensajes secretos, realizando viajes y comisiones de peligro. A su vez los de arriba despliegan intensa actividad para neutralizar las maniobras de sus adversarios. Y el dinero y la energía humana se derrochan generosamente en este empeño estéril de subir y voltear gobiernos, que al cabo se asemejan en el hábito de dividir el país en favorecidos y perseguidos.



Grabó Víctor Delhez.

“Surgen y se hunden fortunas”.

Nada diré de las grandes revoluciones, de sus caudillos visionarios, esos movimientos populares y generosos que apasionan las almas porque persiguen objetivos supremos de liberación y de reforma. Los pueblos las necesitan de tiempo en tiempo para depurar sus clases dirigentes, sus instituciones, sus costumbres. Están inscritas en el orden biológico del mundo.

Pero la conspiración porque sí, el goce de la acción por la acción, jugarse todo a la carta de vencer o morir, por mucho que revele coraje y abnegación en la persona, es, política y socialmente negativo.

El país desventurado hace insatisfecha a la gente. Y aunque cada tumulto, cada conspiración descubierta, cada golpe revolucionario frustrado aumenten la decepción en los espíritus, todos vuelven a conspirar porque nunca falta el valeroso de palabra arrebatada y voluntad inquebrantable que asegura:

—La próxima vez será mejor.

Sí: hay revoluciones nobles y revolucionarios respetables. Pero son pocos. La conspiración como sistema, en cambio, destroza las naciones desde el tejido celular. Fricción interna, continua vigilancia. Se vive en clima de guerra: siempre los tiros en el aire y la blasfemia en las bocas. ¿Arte de conspirar, ciencia de vida? Equívoco increíble. La manera inevitable cómo los pueblos enclaustrados o atrasados se enfrentan consigo mismos. Siempre el arma pronta, el odio tenso siempre.

Los pasos trágicos del conspirador lo mismo llevan a la gloria que a la muerte.

"PACHA": EL DIOS MÁS REMOTO

¿Cómo seguir el rastro de los dioses abolidos?

Se hallan tan remotos que algunos hasta perdieron nombre. Pero si se profundiza en la lejanía, si se vuelve a la interioridad ancestral, basta una gota de sangre india para reconstituir el tiempo que se fue. Preguntad al suelo, sorprended habla y memoria en el nativo, leed en la brusca cordillera.

Allí están —intactos— en sus sarcófagos de nieve.

No es "pachamama", deidad del quéchua bizantino, a quien se atribuye la creación. Porque detrás de su testa femínea asoma la cabeza viril de "Pacha", dios varonil — el mundo, señor del mundo — padre imperturbable de toda fuerza y todo origen. Es el que da la cifra del espacio infinito y del infinito tiempo, porque los planetas son formas de su forma y los hombres habitantes de su sombra.

"Pacha": el dios cósmico del Ande...

Poco refieren libros y arqueólogos, historia y monografistas. Leyenda, poesía cuentan más. Y ha de mirarse el paisaje con pupila nueva, y al poblador se le robarán los cofres auríferos de su sueño legendario. Así la cuadriga infalible: las piedras inmemoriales, los nevados titánicos, los dragones fosforescentes del mito, y las palabras arcaicas que se pliegan como rosas hurañas.

No a la letra inmóvil preguntéis: manifiesta poco. Más a la fuerza palpitante de la comarca y su poblador: dinámica sin término.

Porque la teogonía americana espera del poeta y no del sabio.

ILLIMANICA DÉCIMA

Como esa otra vez, tres años antes, el pitazo del tren en lejanía, en la alta medianoche, lo sobrecogió de ansiedad y maravilla. Era un llamado. Como el otro que decidió su destino: vibrante, sostenido. Pedía, mandaba.

Con lengua de fuego tocaba el corazón, suspendía sus ritmos, penetraba poros, fibras, espacios, partículas, ángulos, enjambres, ríos y montañas, valles y queiebras, curvas, cintas, líneas, recodos, rectas y dobladas, arterias, venas, músculos, fibrillas, canales, canalillos, círculos, polígonos, huesos, tegumentos, vacíos misteriosos, misteriosas convergencias, colonias, poblaciones sin fin, cielos oscuros, puentes y calzadas, convoyes interminables, asociaciones extrañísimas, piedras, árboles, estrellas, pequeños vientos, estrechos suelos, multitudes, soledades, aros de fuego, cinturones líquidos, terribles ejércitos, ermitas unicelulares. Y se sumergía en el torrente sin nombre de mundos y galaxias que todos llevan aunque nadie pueda expresar, porque biólogos, anatomistas, fisiólogos, químicos, sabios apenas sospechan lo inabarcable. Eso que visto por fuera aparece simple, elemental, reciamente articulado, fácil a la comprensión de un niño; pero que circulado interiormente poco revela porque se trata de un territorio infinito, sombrío, aterrador, imbricado y complejísimo dentro del cual se amontonan, se desplazan, se multiplican, se dispersan y vuelven a ligarse, giran a velocidades increíbles seres innumbrables, cosas, fuerzas, realidades, presencias y fantasmas, voces, toques, ruidos, mares, corrientes subterráneas, lavas, témpanos, auroras, crepúsculos, infiernos invisibles que atraviesan edenes circulares, solistas, corales, hojas, peces, escuadras, escuadrillas, triángulos, nudos, existencias ignoradas, células y mónadas, glándulas, esponjas, folículos, materias pequeñísimas, presencias que nunca se sabrán.

Eso que dicen el cuerpo humano.

Porque todo está adentro aunque todo esté afuera. Y el hombre siente, conoce, late, vibra, recibe y devuelve por la total integridad de su territorio viviente aunque pocas veces, muy pocas conozca la polimultiplicidad de sus reacciones. Y es en los grandes instantes, en las emociones inolvidables cuando toma conciencia de su tremendo poderío, de su indescriptible grandeza y variedad, del pasmo vertiginoso que lo guía en ritmo pendular del Reino Tenebroso al Empíreo del Señor. Y si todo ese universo que lleva consigo y lo arrastra con él dice su voz de mando, entonces la criatura, hechura de su esencia, se levanta y emprende su marcha, ciega o previsible, hacia una meta inexorable que le estaba fijada.

Y esos son los grandes instantes del hombre.

Pero esta vez el pitazo del tren era un fin y no un principio. No ya clarín de ataque hacia la victoria entrevista, el silbo de la locomotora distante se alejaba, se perdía en un renunciamiento angustioso que hablaba de muerte y frustración. La derrota. "Mateo —se decía— eres joven. No importa la caída. Volverás a levantarte cien veces de cien nuevas caídas que te aguardan. Eres joven. No importa la derrota. Tu voluntad se hará nuevos caminos. Búscate otro ideal. Sigue luchando. Múdate y renace. No aflojes en la acción, porque si dejas de actuar es como si hubieras muerto. Si en la política te hundiste, cambia de actividad. Cierra los puños. Coge tu cayado y prosigue tu marcha. En los amaneceres que aun no han sido: ahí te espera el Destino..."

El silbido de la locomotora se alejaba, se atenuaba, cada vez más débil, más indeciso. Después del primer impacto sonoro —vértigo y deslumbramiento— sus voces fueron perdiendo, fuerza y emoción. Era como si le dijeran: ya hiciste tu parte. Ahora llamo a otros. Tú descansa, olvida. Recupérate. A nuevos toca la tarea.

Otra noche, así, sentado en el lecho, el pitazo del tren vibró en sus oídos como la voz de la patria que lo llamaba a la pelea. Tuvo un ideal, un Jefe, compañeros, la fatiga de los días que hermoseaban la tensión de la lucha, el sol de la amistad. Si había un pan era para todos. El deber se compartía. Riesgo y esfuerzo también. Aquellos días... Los ojos se le llenaron de lágrimas,

recordando al Jefe perdido y a los camaradas muertos. ¡No puede ser, no puede ser! Era, sin embargo.

Del corazón afligido, de la memoria intacta, del cerebro retentivo y juzgador fueron brotando escenas, palabras, hombres, circunstancias.

La cinta se desenvolvía hacia atrás y sus cuadros móviles narraban lentamente lo sucedido.

Todo fue cuidadosamente calculado: trabajo de diez meses. Y se desarrolló, en sus primeras fases, con precisión casi matemática. En realidad llegaron a estar a las puertas del éxito. ¿Falló Morales, hubo traición, o simplemente la fatalidad detuvo el golpe revolucionario? Ya nadie podría establecerlo porque Morales se suicidó. ¿Inocente, culpable? En el inmenso fracaso cayeron todos. Las responsabilidades, los esclarecimientos no cuentan para los perdedores. Sólo el olvido. Pero el olvido no alcanza a los protagonistas de la hazaña revolucionaria. Y ellos recuerdan, seguirán recordando mientras vivan. Y Mateo evocaba, dolorosamente, los hechos que precipitaron la caída de su causa, la decapitación de su ideal juvenil.

A las dos de la madrugada se movilizaron las seis columnas revolucionarias, cada una compuesta de cincuenta voluntarios bien armados, bien entrenados, con triple mando para evitar el desconcierto de las bajas en el combate. Una atacó el cuartel general del Ejército, otra el cuartel de Policías, la tercera los teléfonos y servicios de comunicaciones, la cuarta cortó el agua y la luz; las dos restantes detuvieron a los principales hombres del régimen sin poder capturar al Dictador. Todo andaba bien.

Mateo entró al cuarto donde el Jefe impartía órdenes y contraórdenes asediado por un enjambre de hombres o de hormigas que entraban y salían sin cesar. El Jefe, al centro, despidiendo chispas, contagiaba valor y entusiasmo a los rebeldes. Una hora después las cosas andaban bien; pero a las tres y media comenzaron las malas noticias. El Dictador estaba en el cuartel de sus milicias civiles y se le habían plegado dos regimientos regulares. Cómo estableció contacto con los suyos, era inexplicable pues todas las líneas telefónicas fueron copadas por los revolucionarios. Traición, descuido —se decía. Los fieles de la causa no podían dudar de la lealtad de Morales, encargado de cortar las comunicaciones. Siguieron llegando noticias adversas: los cuarteles ocupados por los rebeldes eran atacados por fuerzas de la dictadura. Crecían las bajas. El tiroteo se generalizaba por toda la ciudad. Entonces El Jefe, con grave expresión, tomó dos pistolas y lanzó a todos al combate:

—¡Vamos! —dijo imperioso—. Nuestros camaradas luchan. Nadie debe permanecer ocioso.

Mateo, su ayudante, lo siguió con cinco hombres que formaban su guardia.

Cruzaban la ciudad poblada por los disparos de fusil, el golpe seco de los revólveres y el tableteo de las ametralladoras. Las calles bien iluminadas, vacías. A veces, a la distancia, se divisaba pequeños grupos cruzando de una acera a otra a todo correr. La explosión de un mortero, el paso de un "jeep" disparando, los obligaban a refugiarse en los portales o se tendían en el suelo para evitar ser blanco de las balas. En la cruda noche de invierno, nadie distinguía bien a los combatientes. El desconcierto se apoderaba de todos. Pero El Jefe conservaba su magnífica serenidad, se acrecía ante el peligro y con instinto seguro condujo el pequeño grupo hacia el arsenal donde se libraba la lucha más intensa.

Había que tomarlo a todo trance porque las armas escaseaban. El Jefe, con tres hombres, iba a intentar un ataque por la parte trasera del arsenal. Mateo con los dos restantes, simularía un ataque por el flanco. Se despidieron con la consigna partidaria: ¡Salud y Lucha! La última vez que Mateo lo vio, después del abrazo fraternal, parecía un demonio conduciendo a sus huestes. Se le habían plegado otros rebeldes y con ese puñado de valientes — no pasarían de veinte — intentaría capturar el arsenal. Alto, impetuoso, a la cabeza de los audaces, su voz resonaba potente entre el fragor de las balas: "¡adelante, adelante!"

¿Ángeles o demonios? Mientras se perdían por el filo del lienzo trasero del arsenal, Mateo reflexionaba en lo extraño de la lucha. Peleaban por la libertad, por la legalidad, por la igualdad. Y desinteresadamente, porque no querían capturar el poder para enseñorearse del mando, sino sólo derribar la dictadura y convocar a elecciones para que el pueblo se diera sus conductores. Pero en el ardor del combate luchaban, él y sus compañeros, como poseídos: matar, destruir, aplastar sin misericordia al adversario. ¿Dónde andarían Gonzalo, Raúl, Federico, Luís Alberto, Andrés, Octavio, los camaradas de tres años de lucha y sufrimientos? ¿Estarían, como él, dominados por un anhelo de justicia o serían presa del furor de matar y destruir? ¿El hombre, la fiera? ¿Ambos en uno? "¡Basta! — se dijo a sí mismo — la orden es pelear y vencer".

Tomó posición frente al muro izquierdo del arsenal y con seis hombres que vinieron a reforzarlo abrió fuego. Casi simultáneamente estalló el tiroteo en la parte baja del arsenal desconcertando a los defensores: estaban cercados. Cesó el fuego del interior. Amenguó el de los atacantes. Se veían ya pañuelos blancos en las ventanas. Mateo y sus hombres saltaban de alegría: el arsenal se rendía. La revolución había triunfado.

Con los fusiles en apresto los rebeldes se fueron aproximando a la fortaleza. Se abrían las puertas. Y el momento que la palabra "¡victoria!" asomaba a los labios, una explosión violenta sacudió el aire: un mortero, venido de atrás, despedazaba a un grupo de revolucionarios y echaba sus restos avalar. Otro. Y otro. De todas partes surgían gritos de agonía, maldiciones, aullidos de dolor. Mientras los morteros invisibles sembraban muerte y destrucción, las puertas del arsenal volvieron a cerrarse y se reanudó el fuego de fusilería por troneras y ventanas. Cogidos entre dos fuegos los rebeldes iniciaron el desbande. Mateo, loco de coraje, gritaba a sus hombres para seguir luchando pero ya nadie le escuchaba: la confusión y el miedo dispersaba a los atacantes. Corrió hacia la parte baja del edificio, por donde se perdieron El Jefe y su grupo para reunirse con ellos. Cuando llegaba al ángulo izquierdo del muro, una explosión lo ensordeció: sintió dolores agudísimos en el talón y en el brazo y perdió el sentido.

Había estado en el glorioso combate del arsenal pero nunca supo cómo se desarrollaron las acciones de la revolución ni cómo terminaron los hechos. ¿Quién dice la verdad después de una lucha civil? Las pasiones son demasiado fuertes, ciegan la razón. El vencedor se atribuye los heroísmos, el vencido tiene que soportar desprecio y olvido. Casi todos los componentes de los seis grupos de asalto murieron; los pocos que salvaron se exilaron y por temor a la represalia del Dictador contra sus familias, callaron.

A Mateo le salvó la vida una chola compasiva que amaba a los valientes:

—¡Niño! ¿Cómo pues te has metido en estas cosas?

Curó sus heridas, lo escondió, y como no era un dirigente después de algunos meses pudo transitar las calles sin ser perseguido. Pero el partido y el ideal quedaron sepultados en su corazón.

Porque sucedió que conforme pasaron los días y se fueron esclareciendo los hechos, cuando se despojó a la revolución del marco de honor y de heroísmo que algunos le dieron —El Jefe, entre todos — salieron a flote cosas increíbles: una red de espías del gobierno había seguido todas las maniobras de los rebeldes. Morales cumplió como bueno; eran otros los traidores, y no pocos. El dinero y la delación habían hecho la mejor parte. Porque así acontece siempre: las revoluciones fracasan cuando el régimen reinante conserva unidad y fortaleza para defenderse. Ese fue el error de cálculo del Jefe: pensar que la dictadura estaba cuarteada por disensiones aparentes cuando en el fondo se sostenía compacta y vigorosa.

De los compañeros de lucha sólo uno, Octavio, sobrevivió. Fue desterrado y Mateo no tuvo el consuelo de una voz amiga para la confidencia en el infortunio.

Cerróse en un altivo silencio. Nadie escuchó un reproche de sus labios.

En las noches de insomnio solían visitarlo los camaradas desaparecidos. Volvía a escuchar el verbo fogoso de Gonzalo, recordaba sus ademanes expresivos. A Raúl, callado, le brillaban los ojos negros. De Federico amaba la pronta decisión, el carácter íntegro y leal. Luís Alberto... ¿no había sido el satírico, el burlón, el que amenizaba las reuniones con su ingenio fácil y dardeante? Andrés, exponía sus ideas con ingenua sencillez. Del economista y preciso Octavio recogían los consejos cabales, los cálculos oportunos. Y sobre todos brillaba el Jefe, siempre activo, infatigable, animoso, irradiando bondad y carácter, como penetrado de una misión para encender las almas jóvenes y llevarlas a la victoria. Mateo, benjamín entre los rebeldes, les entregó a todos su fe y su decisión; y de todos aprendió algo para seguir viviendo.

"Política, no más" —pensaba. Los mejores desaparecieron. ¿Qué podría yo hacer en el turbión de los malignos? Evocaba las palabras del Jefe: "Es mejor seguir la línea recta. El poder no es nuestra meta; nuestra meta es el ideal. Algún día terminarán el fraude y la mentira: preparémonos para ese día. Porque no sólo de triunfo y poderío se hace la vida de los hombres. Y servir es, acaso, la forma más alta del humano destino."

Servir... ¿qué es servir?

"Déjate de disquisiciones éticas". ¿Qué pueden las palabras frente a los hechos? Se agolparon en su memoria los incidentes de los últimos días anteriores al estallido de la revolución. Esa noche en la quinta de Luís Alberto, en torno a la hoguera que alimentaban crepitando los maderos: de pronto, en la frente del Jefe, se fue dibujando una rosa de sangre, ancha, intensa que se extendía hasta cubrirle el rostro. "Siempre soñando, Mateo" —dijo Raúl. Serían los lampos de la hoguera. Pero no eran los lampos de la hoguera, porque la rosa había dibujado con trazos nítidos la forma y el movimiento de sus pétalos. Sus venas sangrantes discurrían lentamente: podían contarse. Luego una araña de largas patas. Una cortina de vivos lacres. Una secreta caligrafía de incógnitos mensajes. Detrás de la centauro carmesí se veía, claramente, la faz pálida y serena del Jefe, los ojos como sin vida, como yerta la boca. Y nuevamente todo se redujo a una rosa de sangre que se inmovilizó en la frente. Un segundo, una hora... ¿Qué sabemos del tiempo? Y estaba Andrés, adolescente, enamorado de la esposa del Jefe: sólo él, Mateo, había sorprendido su secreto, su conflicto entre la lealtad debida al amigo y la pasión que le inspiraba la dama irreprochable. Y esas idas y venidas sin tregua buscando el contacto con los sindicatos obreros, con los estudiantes, con los siempre descontentos que pululan en los países pobres al acecho del motín y del botín. "¿Por qué no lo dejan tranquilo al Tomás? Ya tiene dos heridas por culpa de ustedes. ¡Bochincheros!" Y la opulenta frutera los expulsaba iracunda de su casa. Otros acudían voluntarios, soñando en mejores salarios, en aventuras peligrosas, por puro machismo porque el machismo es la enfermedad de los pueblos débiles. ¿Y de dónde salía el dinero? Siempre hay dinero junto a los que conspiran, oculto su origen, callada la entrega. Dinero para comprar conciencias y alquilar servicios, armas, alimentos, movilidades, ropa, y hasta los excesos de los inescrupulosos que tomaban la revolución como un medio de vida y de regalo. Esa mañana, en su arenga a los fabriles, Gonzalo estuvo magnífico. Despertaba el entusiasmo en los rudos obreros, enardecía a los jóvenes. "¡Libertad con privilegio económico no es libertad: es esclavitud!" Y las cholitas se agrupaban en torno al líder, lo llenaban de mixtura, de flores. "Este es nuestro jefecito, a éste lo hemos de seguir!" O la soberbia pelea cuando atacaron el diario oficial, a golpes de puño, a palos porque carecían de armas de fuego. Federico, atleta y corpulento, llevó la peor parte pero también causó los mayores destrozos. Los agredidos se defendieron bien. Los nuestros, más valientes, porque corrían el doble riesgo de la pelea primero y luego la persecución despiadada de la dictadura. Los otros se defendieron valerosamente. Nadie se corrió. Tanta energía, coraje cuánto por una simple divergencia de ideas, de jefes, de líneas políticas. ¿Por qué? La montonera criolla es el símbolo de la insurrección interna: todos armados o desarmados, pero siempre unos contra todos. Sólo el encuentro internacional en el estadio, el cuadro propio contra un equipo extranjero, hacía el milagro de juntar las voluntades. Y sin embargo las gentes son buenas, quisieran vivir en paz, acordar ideas, sentimientos. ¿Qué es lo que las enardece y enloquece? A Mateo no le gustó la entrevista con los estudiantes. Octavio, mintiendo — así es la política — los azuzaba contra el régimen. "Todos son vendidos, entreguistas, reciben sueldos de gobiernos extranjeros, están realizando grandes negociados, tienen fortunas en el exterior..." y los estudiantes abrían los ojos espantados, creyendo al narrador. "Mañana, mañana mismo saldremos a las calles. ¡Viva la huelga estudiantil!" Con los maestros no fue más clara la cosa: exigían aumento de haberes, asunto laudable porque se justificaba con el alza de vida, pero detrás se movían las consignas de los

partidos de oposición: conversaciones con el Gobierno, no. Pedreas, disturbios, asaltar las casas de los maestros desafectos a la huelga. Y a los obreros se les calentaba la cabeza con los abusos del régimen, ciertos unos, inventados otros. Otras noches se reunían con militares descontentos o ambiciosos, planeaban motines y desórdenes. "Hay que eliminar físicamente a 100 personas; es la única manera de voltear a la dictadura." Pero El Jefe rechazaba siempre, con energía a los iracundos. Pelea y osadía, sí. Asesinatos, ¡no! Otras veces se distribuían para la tarea de zapa en las redacciones de los periódicos y los micrófonos de las estaciones radiales: la oposición es la favorita de la opinión pública. Sembrar rumores, difundir noticias falsas, poner títulos capciosos que no tienen relación con el texto de las crónicas. Exagerar, deformar la información, sembrar duda y desconfianzas. ¿Cómo caen en el lazo periodistas y radialistas? Ellos hacen su tarea: la información oficial es lacónica, pesada. Lo que interesa es lo que causa sensación. El opositor siempre tiene razón, aunque no la tenga... Pero junto a los excesos de los descontentos, Mateo pesaba asimismo los errores y desmanes de la dictadura. Eran muchos y gruesos: incompetencia, inmoralidad, violencia, el terror y la delación campeando en el ambiente, nepotismo, compadrerío, desconocimiento de los fueros legales, en vez de las leyes, capricho y abuso. ¿Podía tolerarse semejante iniquidad? Entonces se olvidaba de las propias fallas y su sentimiento de justicia se volcaba, colérico contra los adversarios. "Barrerlos, barrer con todos, expulsarlos a tiros o a patadas!" Era joven y la juventud ardía en sus venas. ¿A qué venimos a la vida si no es a luchar, vencer, perder, volverse a levantar?

Luego, el Jefe, remediaría todos los males del medio. Pondría a los buenos en lugar de los malos. Cortaría de raíz peculados y desafueros. Haría imperar la ley. Daría paz y libertad para todos. Iniciaría una época de oro, imponiendo la moral y el desarrollo. ¿Sería posible belleza tanta? Una sombra de duda cruzaba su mente, mas se rehacía prontamente: nada es imposible, todo puede vencerse, organizarse si los jefes saben conducir y las masas obedecer. Mateo creía, en ese tiempo, ciegameamente en la justicia y eficiencia de su causa.

Un rayo de oro en el horizonte.

Tantos preparativos, cuántas maniobras para desembocar en dos horas de lucha que definieron esa inmensa acumulación de energías. Dos años en dos horas. Enterrados los muertos, limpiadas las manchas de sangre, ahuyentado el estampido de los disparos, la vida volvería a reanudarse. A las doce del día, a las seis de la tarde, la ciudad soportaría sus dos habituales estrangulaciones de tráfico. El Prado es una garganta con ramificaciones flanqueantes que dispersan el río humano. Abajo las zonas residenciales, arriba los barrios populares. Villa Victoria, Pura-pura, Churubamba, la avenida Buenos Aires, las nuevas barriadas que trepan por los flancos de los montes y se enseñorean de la faz pelada del altiplano, seguirán soportando su carga de miseria. Sopocachi, Miraflores, Calacoto y otras áreas de espacio más abierto, guardarán horas menos duras. Porque aquí —y en toda ciudad— la distribución urbanística tiene relación con ciertas leyes enigmáticas, que conceden a morada y morador distintas apariencias, diferencias esenciales del ser y del vivir. ¿Somos una nación, una ciudad, siquiera una comunidad de seres vinculados entre sí? La misma revolución ¿interesaba a todos, o sólo a la pequeña y belicosa minoría de los ansiosos de poder? Los diarios agitarían la conciencia ciudadana, las radios propalarían rumores increíbles; y al cabo todo reanudaría su marcha habitual. Porque la sangre, el tumulto, la violencia no cambian el ritmo cotidiano de los pobladores de la urbe. Unos, pocos, luchan, mueren, vencen, son vencidos, se entregan a Eris; la lucha de todos contra todos conmueve a minorías; pero otros, muchos, prefieren la pequeña marcha lenta de los días conocidos. Y si el Estadio sacude veinte mil gargantas los domingos, si los cines contienen cien mil pupilas ávidas de novedad, las callejas empinadas, las oficinas, las casas tranquilas, los conventillos, los parques, las calles y avenidas, los jardines, hospitales y cuarteles, las fábricas ciernen cuerpos y almas que desligados de mando, gloria y poderío son sin embargo el magma permeable que sostiene la hazaña o peripecia de los menos. "Vas a ordenar, a regimentar las acciones de quinientas mil personas: ¡absurdo! Por querer preverlo todo, el político cae en la utopía". Pero los perfeccionistas no se rendían fácilmente. Y refutaban a los negadores con igual ardor. "La sociedad humana, cada vez más complicada, exige patronos, sistemas cada vez más rigurosos. Nadie debe quedar librado al azar". Y la ciudad, con sus mil contradicciones y sus diez mil problemas era el centro de reformadores y de satisfechos, porque todos querían conmoldearla a su deseo, elevarla en torres de acero y cemento, cruzarla de vías aéreas, llenar sus quiebras, bajar sus colinas, desfigurar sus líneas naturales con artificiales geometrías, como si las grandes

dificultades del convivir entre hombres y mujeres, fuera sólo un gigantesco problema de tecno-estructura. Porque La Paz, con la gente más levantisca y emprendedora del planeta, es también un recinto geográfico que llama a la acción, a la aventura, la arcilla cósmica en perpetua revolución de la naturaleza y de las almas.

¿Cual era el resultado del movimiento idealista que se proponía cambiar las cosas?

El partido deshecho, perseguido en sus restos. Muertos El Jefe, cinco amigos dilectísimos, trescientos camaradas. El Dictador fortalecido por la terrible derrota revolucionaria. Sin causa, sin bandera, sin hogar político: "¿qué eres, tú, Mateo, perdido en la balumba criolla? Un derrotado, un hijo del azar. El abandonado de la suerte". Ayer tenía el calor de los ojos y las voces amigas; hoy sólo ruina y soledad.

Qué caída... Durante dos años sueños de gloria mecían tu juventud. Habías imaginado un amanecer radiante en el cual las legiones revolucionarias, después de aplastar a la dictadura, habrían convergido a la Plaza Murillo, allí donde entre tiros y discursos se deciden los destinos de la nación andina. Todo debía haber salido, necesariamente, bien. Pocos muertos, perdón generoso para los vencidos, el orden mantenido después del combate. El Jefe habríase asomado al gran balcón central del Palacio de Gobierno, rodeado de un bravío Estado Mayor y frente a las turbas delirantes cuadrando la plaza histórica, pronunciaría una pieza oratoria estupenda; la mitad deshaciendo el pasado, a golpes de escalpelo, la mitad levantando el futuro con toques de cincel. Y la libertad ardería en los ojos, las gargantas cerrarían de tanto gritar, la Patria Mejor se alzaría en el canto de los niños, en el júbilo de los mayores. "¡Hosanna, Hosanna, estamos salvados!" Hermano con hermano, libres, dichosos, dueños de un destino más feliz, revolucionarios, vencidos, indiferentes, políticos y no políticos, militares y civiles, clericales y laicos, viejos, jóvenes, adultos, todos unidos en un gran abrazo confraternal... Y Mateo soñaba escuchar de una boca cualquiera:

—¡Qué grande es nuestra causa, Mateo, cuán noble y poderoso nuestro Jefe! Dichoso, tú, amigo y ayudante del nuevo libertador.

Ese debió ser el natural desenlace de la lucha, de las fatigas y los obstáculos vencidos, del ansia inmensa de mudanza que agitaba los pechos revolucionarios.

Pero el sueño de gloria y de grandeza había sido aventado. ¡Qué caída! Estaba solo. Ya nadie podría devolverle El Jefe, los camaradas desaparecidos, la causa sagrada que se aniquiló en dos horas de lucha. Su juventud valiente y orgullosa era sólo una bandera en harapos... Frustración, frustración.

El pitazo de la locomotora ya no era el llamado de la Patria, no era un acicate a la acción. Era una despedida. Llamaba a otros, a los nuevos elegidos, para futuras hazañas libertarias. Con profunda angustia recogió los últimos sonos del tren que se alejaba en la noche, que ya no hablaba para él. "Mateo, revolucionario vencido: ¿qué hiciste de tu juventud?" Lágrimas viriles rodaron por su rostro, apretó mandíbulas y puños, y pensando en el gran conductor desaparecido, en sus lecciones sabias, en los camaradas muertos, en las multitudes irredentas, en las generaciones mozas ansiosas de guía, en esa Patria invisible, inasible, quemante de amor y de dolor, de incitación al deber, juró reconstituir la causa mutilada o inventar otra. Buscar un jefe o hacerse jefe. Abatir al Dictador. Dar libertad a su pueblo y paz a su conciencia. Imponer el ideal de los rebeldes sobre el crudo materialismo de los conformistas.

Y aunque ya se habían extinguido los pitazos de la locomotora en la noche silenciosa, le pareció que volvían a buscarlo. Regresaban para él. Era, nuevamente, un llamado a la fe, a la acción heroica y audaz. La esperanza levantó su pecho. De fiera se poblaron sus ojos. El gozo se apoderó de su alma.

Se asomó a la ventana. En el cielo lunado, Illimani, el jefe inmarcesible, custodiaba la noche con sus tres gibas sagradas. Salió a su encuentro. Absorbió la lección callada de nobleza del Sacerdote de Nieve y de Basalto. Abajo la ciudad de cien mil luces parpadeantes fingía una bahía maravillosa. Arriba el enjambre de las estrellas acercaba Dios al corazón. Y Dios, Ciudad y Sacerdote decían dos palabras longuivalentes de amor y de sabiduría:

—¡Atrévete, atrévete!



Grabó Víctor Delhez

"... el enjambre de las estrellas acercaba Dios al corazón".

Y la montaña nevada inalterable, que sufre en el tiempo y comanda en el espacio, enseña —para siempre — que almas montuosas y montes como hombres crecen en misión de pesadumbre.

"Illimani": el Fascinante, el que deleita, el que asombra, es también el enseñante prodigioso que conduce al dolorido magisterio del bien pensar.

Y está escrito que la voluntad erguida como el monte es designio de varón y conductor.

Así, al sepultar su juventud cándida, inexperta, supo Mateo Montemayor que nacía a otra segunda, viril, sapiente juventud. La que debía conducirlo a un destino de tensión y de pelea. Caballero de la Patria para siempre.

Porque hay unos que nacieron para sufrir y comandar.

MUSICA Y POLÍTICA

El Día de la Patria una daga se hunde en mi costado: ¡cuán fuerte ella, cuán desventurada!
Y nosotros, sus hijos, inermes y confiados. Un año más, una oportunidad menos.

Bolivia: tres sílabas que rodaron, musicales, por el labio sangrante de Bolívar.

¡Qué potencia masculina para sobrevivir!

Jamás se dio, en el drama sudamericano, uno como el nuestro henchido de hervores y contrastes, de errores y caídas, labrado en el desorden y la imprevisión. Sin embargo el ideal invicto, la indestructible esperanza, oro fulgurante en las almas.

Combate con el destino y con los hombres.

¡Cuan arraigados a la pequeña patria histórica, y qué ajenos a la gran patria natural!

¿Si no somos capaces de organizar —cada una en sí misma, y en relación articulada con las demás —estas jóvenes repúblicas nacientes, cómo pensar en la gran Patria Sudamericana del futuro?

Faltan hombres, grandes ideales, conductores atrevidos y esforzados, masas cohesionadas en el ímpetu creador.

¿Dónde está el nuevo horizonte?

No me habléis de razas, clases, ideologías gastadas, grupos y partidos. Las repúblicas se rechazan, el continente se fragmenta. Cristo y Platón ya no mueven al ciudadano. La materia humana necesita un soplo renovador que la vuelva a su propio centro, solidaria, señora en sí misma, generosa y fecunda para concertar hombres, ciudades, pueblos, naciones, continentes.

Acercar las gentes como se conciertan las estrellas. Volver al gran estilo policoral de Haendel y de Bach: que las patrias canten alternativa y simultáneamente, donde todas las voces tengan igual valor melódico, trabadas unas en otras para mayor encanto de su poderío, como si el misterio de su movimiento naciera y hallase fin sólo en la variedad contrastante de su juego múltiple y diverso. Que la gran política del futuro se base en el orden racional y lógico del contrapunto: patrias de inventiva independiente, pero siempre en razón al "cantus firmus" continental, apoyándose unas a otras en la grandiosa tranquilidad de los coros concertados.

Que todo brote como en la polifonía compacto, libre y al mismo tiempo ligado entre sí, en la sostenida continuidad del torrente que arrastra y encadena su caudal. Verdad que la política es más difícil que la música, carece de un respaldo lógico y matemático, pero si nos nacen —o formamos— grandes maestros del contrapunto internacional, capaces de configurar las líneas esenciales de una nueva convivencia, también los pueblos se aproximarán en nobles coros concertados.

Todo es problemático, mudable, imponderable en lo político —dirá el escéptico.

Es probable. Pero se trata, justamente, de remodelar o re-inventar el arte de conducir a los hombres. Y no a la dura Esparta se ha de volver los ojos cansados, sino a las repúblicas ideales de los grandes genios creadores. Dice más de los hombres, de la ciencia de conocerlos y manejarlos, de su destino misterioso, de su dolor fecundo, de su renaciente alegría, y del sentido general del mundo Beethoven en sus nueve sinfonías, que Marx y todos los utopistas políticos que en el planeta fueron.

Por eso diré que América pide más al sentimiento que a la implacable razón. Y su hado cimero será uno sereno y musical, apesar de las tristezas y desgarramientos del presente.

¡Oír, saber oír! No hay política de vuelo más largo.

AQUÍ ME QUEDO

En la mañana soleada, encontré a Bernardo, viejo amigo de la infancia. Bordea los 45, tiene hogar dichoso, fortuna, posición social, trabajo agradable. Nada le falta, y acaso por ello mismo se da el lujo de ser pesimista.

—Esto está perdido —ha dicho—. No hay nada que hacer...

Lo he mirado largamente. Hubiera preferido desviar la conversación, pero he debido contestarle:

—Los pueblos no se hundan; sobrenadan. La vitalidad se afirma en la desdicha.

—¡Mira hacia atrás! ¡Hace 30 años vivíamos mejor!

—Tal vez unos pocos, pero la mayoría era más desventurada.

—Te van convenciendo los demagogos.

—Nunca los escucho. Creo, por propia observación, que muchas cosas deben cambiar en nuestro continente; ese cambio tiene que ser desfavorable a las élites.

Bernardo se ha excitado:

—¿Eres cándido, eres estúpido? No hay puesto para nosotros en este remolino de los instintos. Es un carnaval...

—No importa el destino de uno, mas la salvación de muchos. Guardaré la patria en soledad, seguiré haciendo mi tarea. Volveremos a edificar nación desde la conciencia. Día llegará en que la ley vuelva a predominar sobre el juego libre de las pasiones.

—Con tu pluma y tu prestigio podrías vivir feliz en Europa...

He replicado serenamente:

—Un hombre sube o cae con su patria. Creo en América del Sur, en sus pueblos viriles, desordenados, más cerca de la emoción que de la lógica. Aquí me quedo.

ÉTICA Y ESTÉTICA

Consideradas en su general manifestación social —gustos y costumbres— las gentes actuales dan la impresión de amar fealdad y sequedad. A fuerza de violentar su potencia receptiva cavan el descenso del entendimiento, debilitan el rayo azul de la sensibilidad. Minan sin descanso el cimiento lógico de la mente, la envenenan con pérfidos néctares. Cuanto más plural su actividad, se disocian con mayor rapidez en lo interno.

La nueva instrumentación, para orquestar los ruidos de la presión moderna, se manifiesta por el lenguaje descarnado y la hipertrofia del mal. Sensaciones: es la búsqueda del lector avezado. Aquel que cuente los asuntos más horribles en el estilo más descarado, será favorito de los públicos. ¿Para qué nombrar libros y autores que todos conocen?

Sexualismo, inmoralismo, crímenes y escándalo: es una cabalgata apocalíptica.

Quien no cultive, quien ignore los cánones del idioma seco, crudo, y del tema escalofriante, no será escritor de su época. Suciedad, escualidez, cinismo: he aquí los guardianes del gusto actual.

Entonces ¿para quien compone aquel que elude los zócalos inferiores del mal gusto?

No importa ser leído o permanecer desconocido, escribir para hoy o para el tiempo. Evitar la deserción del espíritu, el envilecimiento del pensar y el expresar, la vida enmascarada: esto es lo que cuenta.

Y aunque sean las minorías letradas — culta es otra cosa — las que impongan el patrón literario y artístico, se ha de pensar también en las muchedumbres que recién despertarán al libro y a la estética.

Creo en los hombres, en las mujeres, en la juventud del continente que amanece. Escribiré para ellos, para las inteligencias que aún no han sido, y no buscaré la fama huidiza de alas frágiles, sino la serena tensión del que busca un camino de comunicación noble. Porque éste es el natural destino del que nació artista o escritor: suscitar, en los otros, anhelos de ascenso y de verdad, una aspiración a la armoniosa vida, al recto pensar, al moderado sentir.

Las literaturas y las artes volverán a resurgir del vórtice crepuscular que las envuelve, si el alma se rebela y deja oír su voz de protesta. Es imposible deshumanizar a la criatura humana, es ilícito afeardar a la naturaleza, hermosa por sí misma. Y desesperación, miedo, psicosis de abatimiento y nerviosismo, mal gusto, escándalo, crimen, sexualismo sin freno, estupidez, hastío y desazón pueden vencerse.

Cuando la voluntad flaquea, volver al sentimiento. Poned vuestro amor, vuestro cuidado, en un pequeño ser, en una planta, en una estrella, en cualquier animalito de Dios, en ese desventurado que necesita ayuda y el mundo renacerá tierno y fragante cada amanecer.

¿El universo es insondable? Tampoco reconoce dimensiones rigurosas el espíritu. Se agota la cantera para el débil, jamás al esforzado. Y no son lo importante nombre, renombre, premios, la fama del "best-seller", la perfección estilística, la astucia con que se urden relatos para provocar asombro, mas el fervor del que levanta su tienda bajo el cielo. Una historia, una narración, son vivienda de almas, no pozas de confusión. Casa de humildad y de alegría aunque narren sucesos tristes, porque descargaron el corazón de quien las dijo y se dirigen a otros que esperan cercanía.

Y al muro que se derrumba se ha de oponer la nueva morada en construcción.

EROS 2 — NUEVO ENCUENTRO

He vuelto a verla. Estaba en un grupo de amigas. Su voz bien timbrada, su dicción clara dominaban sin esfuerzo la charla de las otras jóvenes.

Desde una mesa próxima pude observarla con detención. Inquietas, gesticulantes, las muchachas se afanaban por hablar; pero cuando ella lo hacía, las demás callaban para escucharla. Yo no podía recoger su conversación; sólo frases aisladas. De pronto una resonó clara, vibrante, en mis oídos:

—Yo no quiero mentir...

Era ella. No sé, exactamente, de qué hablaban. Las otras se alborotaron; parece que deseaban convencerla, pero mi desconocida movía lentamente la cabeza y en sus bellos ojos oscuros una grave firmeza repetía "no".

Ignoro cómo terminaría la discusión. Se levantaron, se despidieron y se alejaron por parejas. Ella se marchó con una airosa rubia que contrastaba con su gracia morena. Yo las seguía

discretamente, sin hacerme notar, sumido en el goce indescriptible de ver dos jóvenes caminando rítmicamente como árboles tranquilos mecidos por el viento. No voltearon la cabeza ni parecían reparar en los transeúntes, como si un interior recato les dictara el modo de conducirse, esquivas y lejanas, inmunes al torpe asedio de los hombres.

"Yo no quiero mentir..." —pensaba en tanto la seguía—. Es linda, maravillosamente formada, y no tiene temor de parecer anticuada. Si en este cofre de perfecciones físicas hay, además, un alma inteligente, valerosa, que conoce su camino, esto significa que voy detrás de la mujer ideal. Porque ella — la mujer ideal y real — existe, estoy seguro, no en la loca ofuscación del enamorado, sino en la gozosa certidumbre de la evidencia en sí. ¿Filósofo? No sé... Esta mujer admirable a la que voy siguiendo me sugiere que nada podría suceder con mayor fortuna a un soñador, que tropezar con la compañera perfecta guardadora de su reposo y de su dicha. Esta joven se mueve tan segura, camina con tal distinción, su voz suena tan pura y tan firme como las notas de una sonata clásica, que me hace pensar en la lejanía ideal de las estrellas: más amadas cuanto más distantes...

Bien sé lo absurdo de mi anhelo: habitamos dos mundos tan distintos que probablemente jamás la conoceré. Pero es mejor soñar con un grande amor inaccesible, que entregarse a la abyecta multiplicación de fáciles aventuras. El hombre actual ignora el amor a fuerza de conocerlo demasiado. Y lo ha despojado de misterio y dificultad, las dos fuerzas enigmáticas que lo encienden y alimentan. Un amor puro, lea, persistente puede ser la clave del universo. Mujer, no mujeres. Búscala, y si la encuentras, una vez elegida dale majestad y trato de reina, apóyate en ella, toma su virtud, entrégate entero y confiado, porque no hay mejor guardadora que la Bien Amada...

Las dos jóvenes se despidieron y ella prosiguió su marcha serena.

Se detuvo frente a una casa, probablemente la suya, y antes de ingresar a ella miró al sesgo por donde yo venía. Nuestros ojos se cruzaron a pocos metros de distancia.

Así deben mirar las diosas: altivas, interrogadoras, sin llegar a la soberbia ni al menosprecio, porque nos saben criaturas de su perfección, dócil instrumento de su encanto.

Un mirar tranquilo, más curioso que interesado. Luego su figura se desvaneció en el vano de la puerta.

He soñado que la desconocida me sonreía con gracia indecible.

DEFENSA DE LOS DEMORADOS

¿Por qué ese sentimiento de frustración frente al europeo y al norteamericano? ¿Es que no podemos trabajar y producir como ellos?

El individuo sí, el conjunto social todavía no. Allí el varón se despena por ganar, producir y acumular bienes. Aquí faltan incentivos, transcurrimos libres, descuidados; un "tempo lento" hace al hombre risueño, indiferente. ¿Y qué importa si unos pueden más, otros menos? ¿Es que la persona se medirá solamente por su capacidad de rendimiento en talleres y oficinas?

Buscar, buscar... Hombres, máquinas, quehacer regimentado. ¿Será siempre el mejor el eficiente? Buscar los hombres en Dios, buscar a Dios en los hombres. Y no una misma dimensión externa se ha de pedir para todos, más la pluralidad del acontecer de intimidad. Destinos hay que no explicaría razón alguna...

Virtud cardinal del sudamericano: rinde poco, acaso, pero no se rinde. Es dueño de su alma y de su destino. Genial en su libertad y en el extravío. En cambio el otro, el transatlántico o pancivilizado, de tanto producir y acumular se despersonaliza en el grave sentido humano y divino para convertirse en pura fuerza de trabajo y de placeres. Vive atado.

Ni los "tests" ni los fulgores de la inteligencia cuentan, cuando aminoran el sentimiento, la ética instintiva, el espíritu de amor y reverencia a todo cuanto existe.

No somos los primeros ni los más aventajados. Conforme. Mas la esperanza de un nuevo amanecer late, larvada, en nuestra América pausada y confusa.

Sumérgete en tu tierra y en tu pueblo: de su limo esencial brotará la nueva verdad.

EL VENCEDOR ATRIBULADO

Encuentro con un escritor. Anda triste, desalentado.

—¿Qué sucede?

—Lo de siempre: no tengo dónde publicar y para hacerlo debo suplicar. Luego mi trabajo sale mal titulado, lo cortan, se coloca en el sitio menos visible. ¿Escribo tan mal que lo mío desagrada? Finalmente los comentarios mordaces o el silencio.

—Todo lo que cuentas demuestra la calidad de tu obra. Falsedad, mezquindad, te acosan porque vas subiendo. No son malas las gentes: protervos son los de tu oficio. Te niegan porque no te alcanzan.

Mi amigo el escritor Tobías insiste desconfiado:

—Palabras bellas, Mateo, me sirven de consuelo, pero no remedian el caso. Estoy cansado de limosnear acogida. Veo tanto estulto, tanto mediocre, mejor acogido y aun exaltado desproporcionadamente.

—Es que no dan sombra...

—¿No es el mundo suficientemente grande para acoger a muchos, a todos, sin que la silueta de uno incomode a los demás?

—Todavía no aprendiste que el escritor debe hacerse perdonar su talento como la mujer su belleza. Lo sobresaliente hierde. Aprende a callar un tiempo; después serás acogido sin recelo.

Tobías se defiende:

—¿Para qué escribe el escritor? Yo necesito ser leído, discutido. No importan los ataques, las incomprendiones. Lo único que no perdono es el silencio.

—También tienes tu parte de culpa. Eres egoísta, quieres perturbar a los demás, tocar sus corazones, herir su inteligencia. ¿Por qué extrañar que se resistan? Si fueras tonto o vulgar, tus necesidades ni los rozarían. Tu pluma fastidia porque lleva carga de centella, no permite reposo, incita, acicatea. Dices cosas fuertes en forma bella; y el éxito elegante no se admite sin cólera.

—¡Calla, Mateo! Viertes frases amables para que olvide mi fracaso.

—De ninguna manera. Precisamente porque te combaten con recursos mezquinos, porque te niegan, y pretenden confundirte con el montón, sé que eres un vencedor.

—Cuando hice periodismo, cuando manejé revistas, y en todo tiempo, ayudé a muchísimos. Busqué comunicación, reconocí valores logrados, estimulé a los jóvenes. No supe de envidias ni de emulaciones. ¿Por qué ahora sólo recojo ingratitud e incomprendión?

He reprendido a Tobías:

—¡Sé justo! Pudiste ser generoso porque tu sol era interior: calentaba para todos. Las almas pequeñas, estériles, heladas ¿cómo podrían transmitirte el fuego que apenas tienen para sí?

—Quisiera estallar, alguna vez, y decirles todo cuanto pienso...

—La única forma noble de venganza: superarse. Escribe cosas más hondas y más bellas. No hay desquite mejor, porque ellos te leen, te admiran en silencio, aunque te muerdan vocingleros.

—No los entiendo — ha dicho mi amigo el escritor —. En las épocas de retiro me llaman "soberbio". Cuando vuelvo con ímpetu a la pugna de las ideas me califican de "mesiánico". ¿Qué quieren?

—Que no escribas más. La inteligencia, el más alto don del hombre, es también la más perversa de las fuerzas disolventes. Entre escritores, entre artistas, nadie escucha a nadie. No hay jerarquías, ni escala de valores, porque cada cual se piensa supremo en sí mismo.

—Entonces, para calmarlos...

—No publiques tanto. Espera que te soliciten. Pero escribe, escribe siempre; el tiempo y las generaciones pasarán por su criba lo que hagas. Ten confianza: cuando nadie recuerde los nombres de tus envidiosos, todavía se hablará de tí.

Tobías ha sonreído esperanzado:

—Gracias, Mateo, me devuelves la confianza.

—Ve con Dios, Tobías. Si no cargaras tu madero, no serías digno de hablar a los hombres.

PUREZA INVICTA

¡Qué dulce y serena la naturaleza! ¡Cuán turbulento y maligno el hombre! Despertar el Ángel en las almas. ¿Pero cómo ejercer misión de angelidad, si tu mismo transcurres prisionero del ambiente?

He visto caer a los más fuertes, resurrecciones increíbles de los postrados y los débiles. ¿Quién sabe cómo reptar la Serpiente en el interior de cada cual?

Persigo una moral de pureza invicta: tolerante con los demás, inflexible conmigo mismo.

No tengo enemigos, aunque me circundan desafectos. Sólo veo manos fraternas aun en los puños airados. Nos des conocemos.

¡Qué fácil es vestir la armadura del luchador, y cuán difícil ceñir la túnica del que busca conciliar!

"Missa Solemnis". El solista llama a la concordia, y el coro, en grandiosa fuga, se dispara a las estrellas. No importa la cólera de la orquesta; es por la escala de las voces que el dolor se vierte en alegría y la palabra "resentimiento" huye de los espíritus medrosos.

Como quería el músico inmortal: surgida del corazón, pueda ella encontrar el camino de los corazones.

REVOLUCIÓN

Nueva amenaza de revolución. Flota en el ambiente, la presienten todos y acomodan su conducta al éxito o al fracaso del golpe que se prepara.

¿Qué otra cosa es Sudamérica sino un campo perpetuo de discordia y conspiración?

Ahora el asunto cobra mayor gravedad, porque todos quieren matar. Para los de abajo se trata de eliminar a los principales personajes del régimen gobernante; para los de arriba, es cuestión de descabezar conspiraciones por mucho tiempo, haciendo desaparecer a los jefes y estado mayor de la revolución.

¡Matar, matar, y aniquilar físicamente todo cuanto amenaza la propia conveniencia!

Uno del partido gobernante me ha dicho enfurecido:

—¡Tenemos que aplastarlos sin compasión, porque tampoco ellos nos darán cuartel!

Otro de la oposición conspirante ha establecido:

—Esta vez será la decisiva. Después de tantos años de vivir marginados de la protección de la ley y del trabajo tranquilo, es un deber acabar con estos desalmados que han deshecho el país.

La eterna rencilla. Unos y otros se consideran, mutuamente, bárbaros destructores de la patria.

Se han reforzado las guardias en cuarteles y policías. Las rondas nocturnas se intensifican. Las estaciones de radio velan sin descanso. Un tráfico invisible de armas mantiene a todos ocupados: esconderlas, descubrirlas. La prensa contraria se envalentona, la oficial parece acobardada. Los partidos a la expectativa, los negocios se retraen, la actividad de cada ciudadano gira en tomo al posible desenlace. En vísperas de una revolución seria, nadie se arriesga demasiado; pocos son capaces de salir a defender su causa, muchos los que confían pronunciarse cuando ya se perfila una solución. Porque éste es el mal de las democracias jóvenes, turbulentas, desorganizadas: se espera todo del hombre y del partido que asciendan o de los que saben mantenerse en el poder.

¡El poder! Encantamiento y maldición, según se trate de vencedores o vencidos. ¿Quién supo cruzar el puente entre medrar y gobernar?

Estos pueblos de turbión, politizados en exceso, y en las formas más primitivas e irresponsables, pagan un precio durísimo por aprender el ejercicio de la verdadera democracia.

La ciudad está en fermentación. Hay un clima de ansiedad y desconfianza. Todos quieren pelear.

Tropas en las esquinas, estudiantes que desfilan enardecidos, pedreas, discusiones, golpes, gases para dispersar las manifestaciones. Odio en los ojos, tempestad en las lenguas...

¿Qué puede hacer el hombre de ideas cuando se desbocan las pasiones? Nadie le hace caso: hablar, escribir cosas inútiles. La bestia despertó en los corazones. Luchar, vencer, aplastar al contrario es lo único importante.

Las revoluciones nacen de un anhelo de justicia, de una cierta fatiga de los hombres y los vicios. Se traman y resuelven en pequeños círculos cerrados: políticos, militares, intrigantes, sujetos que juegan a los dos bandos. El pueblo, siempre cándido, será echado a las calles para decidir la pelea final.

Una mística revolucionaria sacude al sudamericano. La sangre corre generosamente por un ideal de cambio. Los déspotas y los inmorales son aventados. Nobles teorías, grandes planes, un primer tiempo de moralidad y realizaciones justas. Luego las instituciones reformadas y los nuevos funcionarios cristalizan en el hábito. El poder corrompe, debilita el mando sin trabas. Y al cabo todo regresa al punto de partida: los vicios y los hombres fatigan a las mayorías olvidadas.

—Es probable que así sea — dice un viejo político— pero es peor caer en el escepticismo del indiferente. Las revoluciones, por breves y torpes que sean en el impulso inicial, dejan a la postre un saldo favorable. Se avanza difícilmente, pero se avanza...

Todos quieren reformar el país, la ley. Nadie piensa en el ciudadano ni en el hombre.

UN INDIECITO

Esta mañana, contemplando la cara de un indiecito.

Por el rostro infantil nos habla Dios. ¿Cuál es la cosa viva más hermosa, más dulce de la creación? Una carita de niño: lo dice y lo sugiere todo. No ya los padres que concentran en ella sus mimos y sus sueños; aun quien ignore el goce de la paternidad, aun el taciturno, aun el desdenguado, no hay ser que no se sienta sobrecogido por el misterio de un rostro inocente.

Esa promesa de dicha que se desprende de la sonrisa de un pequeñuelo...

Amar y comprender al niño da la medida de la nobleza humana.

Pero acercarse, intentar entender la maravilla de un retazuelo indio, es cosa mayor. Se le ve como más desamparado, más necesitado de ternura. Así, pequeñín, travieso o quieto. Con sus grandes ojos oscuros; su tez morena tostada por el sol, curtida por el frío; su mirar inteligente y puro que reclama acercamiento. El mocosuelo indígena es la patria abreviada: nos habla del pasado grandioso, del abandono incierto en medio de una cierta dicha, del futuro noble y remontado...

Como el beso de la Musa en la frente del poeta. O el vuelo del colibrí por los caminos azules del aire. La cara del indiecito, si sabéis recoger su recóndito encanto, es un poema que Dios dejó caer al suelo una tarde que anclaba descuidado.

UNA PREGUNTA

Deberíamos partir desde el espíritu: una fe, una mística de la acción cotidiana, un entusiasmo ardiente salvarían hombres y naciones. Pero estas muchedumbres que sólo piensan en acumular bienes, viajes, placeres, espectáculos, políticas y chismorreos ignoran de dónde vienen y a dónde van.

Lo incomprensible: que en un balance apreciativo del mundo atómico, nueve décimas aparentan pertenecer al Diablo y sólo una a Dios.

Las visiones del varón de Patmos con su monstruoso simbolismo y sus cambiantes equivalencias de sentido, son menos complicadas que la marcha apocalíptica de la sociedad actual.

Profundiza, profundiza... También el caos, el crecimiento desmesurado de las fuerzas, miedo y orgullo tienen su ley.

El astronauta que desprendido del mundo gira en su redor a distancia inverosímil, es el símbolo de la nueva locura: se arrancó de su pequeña residencia y ahora comienza el juego del juguete en el eterno espacio.

El mito de la energía: el Leviathan moderno.

Papas, emperadores, guerreros; ninguno llegó donde alcanza el político actual, dueño del mundo. ¿Cómo se acordará de Dios, del alma, quien tiene bajo la presión de un dedo el destino de la humanidad?



Grabó Víctor Delhez

“La vida que sube: ese debe ser el individuo”.

Y en esta carrera frenética hacia el dominio técnico y la expansión de poder ¿qué pueden importar a los fuertes y a los grandes los pueblos débiles, los subdesarrollados, los ignorados y menospreciados sudamericanos?

No basta la piedad cristiana para resolver el destino de estas masas siempre más numerosas, más necesitadas siempre.

¿Entonces?

NOVELA Y NOVELISTAS

Diálogo con el profesor Maidana, hombre avezado en literaturas.

—El tiempo de la América telúrica y regional pasó. La protesta social cede terreno. Nos hemos mineralizado en un escenario geográfico y humano demasiado trajinado. La novela americana necesita espacio nuevo, aire para respirar. Otros temas, distintos sujetos, hasta una técnica diferente para presentar conflictos y narrar los hechos.

He preguntado, descontento:

—¿Es que Gallegos, por ejemplo, no es un novelista digno de contar y cantar nuestra realidad continental?

—Lo es —dice Maidana— pero sus relatos pertenecen a un mundo en trance de extinción. Lo que interesa es el venezolano de hoy, el de mañana. Menos costumbrismo, más exploración psicológica.

—¿Qué quedaría de América suprimido el paisaje?

—El hombre, siempre más importante que el paraje en que habita. Suprimir el paisaje no; reducirlo a justa proporción, porque siempre el personaje es más que su escenario. ¿No atrae mejor la mirada el verde tierno de la hoja joven? La vida que sube: ese debe ser el objetivo.

—Usted prefiere a Carpentier, Asturias, Murena, Mallea; tal vez Sábato, Vargas Llosa, Fuentes, Cortázar, García Márquez, escritores inteligentes, complicados.

—Absolutamente, éstos son el otro lado del problema. Mallea, ciertamente, no maneja personajes, sino ideas. Es un Huxley menor; ensayista extraviado en el relato. Escritor refinado, de minorías, culto en exceso, ni llega ni interpreta al hombre medio sudamericano; y esto es lo que interesa, llegar a los más, revelar la problemática del habitante común para aprehender la verdad general en que se mueven un pueblo, una sociedad, un grupo de gentes. Borges, el sol frío, alumbraba pero no calienta.

—Pero ese determinismo ambiente — replico — desembocaría en simple y exclusivo realismo descriptivo. La novela ecuatoriana, por ejemplo, aun con todo su vigor expresivo, padece de tipismo regional: por manifestar al hombre-masa, del medio indígena o mestizo, ha estereotipado sus fórmulas. Icaza, Pareja Diez-Canseco, Aguilera Malta — están engrillados al tremendismo de la protesta social.

—No existe, en rigor crítico, una novela ecuatoriana; sólo novelistas que describen cosas, maneras, personajes que transcurren en el Ecuador. Insisto: no seguir en el "manierismo" de la postura folklórica y costumbrista. El tiempo del gaucho, del llanero, del indio, del "roto" como curiosidad arqueológica o nativista, pasó. Ahora interesa el hombre, cualquiera que sea su condición social, en su virtualidad esencial. La política y la sociología deforman la visión del novelista actual. Existe una distorsión artística por presiones de la tendencia normativa.

—Justo: pocos quieren ser artistas, casi todos literatos-comerciantes o peor aún hacedores sociales. El escritor superinteligente de nuestro tiempo quiere estar bien informado, saber de todo, regular la actividad que lo circunda. Es el magíster insoportable, el pedante a toda máquina...

—Bien — dijo Maidana — no exageremos. Existen, también, los otros, artistas que componen sus relatos despreocupados de recetas y técnicas en boga. Ni muy leídos ni bien entendidos, su verdad subsistirá a despecho de la generación que los contiene. Su meta no es el éxito, sino la delicia desinteresada de contar. ¿Midió Ud. el abismo que media de Hesse a Sartre? Este llena todas las bocas de hoy; aquel toca los corazones finos y llegará también a los que no nacieron todavía...

—¿Qué aconsejaría usted a un joven escritor con vocación del oficio?

—Según su temperamento, su formación mental. A usted, por ejemplo, le diría: haga abstracción del tiempo, cúrese de adulaciones y pinchazos. Relate lo que vea, diga lo que siente, invente su tema, su estilo, sin afán de novedad; que asunto y forma le broten de la vena interna como corriente fidedigna. Sea honesto, temple su propia lira.

Hemos discutido, luego, acerca del literato-comerciante, el diestro organizador y administrador de su talento, el que se debe a su ambiente y a su público. Sus composiciones pueden ser subjetivas, realistas, fantásticas, de tendencia crítica y social, secas, descarnadas, puramente objetivas, no importa, en tanto no falten los ingredientes conocidos —y buscados—: mucho sexo, angustia psíquica, interjecciones, procacidad. Que acose, que acorrale al lector, que lo despierte con rudeza, con morbosidad, hasta sacudir al ser enfermizo, masochista, un poco histérico que duerme en el fondo del lector contemporáneo, asediado de temores y sensaciones nuevas.

—Son peores, todavía, los que hacen política con la literatura, los "hacedores de la sociedad"...

—De esos ni hablar — contestó Maidana — como el cacique político son ambiciosos, insaciables, venden su mercadería al mejor postor.

—¿Cómo podría defenderse el escritor de la presión social que lo estruja sin piedad?

—El escritor, como hombre, tiene que afrontar sus deberes, su responsabilidad social; el escritor, como creador, no tiene relación con la necesidad de las gentes. Vea usted, por ejemplo, a Guimaraes Rosa, a Paso, a Marechal, a Rulfo, a Lesama Lima: con una sola novela, crean o recrean un mundo nuevo, intransferible.

—El camino verdadero mira al contorno, quiere también profundizar... Folklorismo, cosmopolitismo... Yo no sé decir si es más importante la expresión de lo nativo o el ansia de universalidad.

—¿Lo esencial? Todo... o nada. No mueven al artista fuerzas determinadas, más el flujo vigoroso — variable siempre— de oposiciones e influencias encontradas. Escriba, cuente, opine libremente desligado de público y de crítica. Ahonde, ahonde... La necesidad ronda al creador, el dolor de expresar inventa los arcaduces de la acción.

Y el último consejo de Maidana resuena todavía en mis oídos: mire al hombre como es, no como lo deforma la literatura moderna. Al hombre actual, natural, con su carga de saeta al porvenir. La vida no es tan baja ni miserable como la describen. Idealice sin perder contacto con la tierra.

LOS CROTALOS

Detesto a los profesores de café: en torno a una mesa plantean y resuelven todos, todos los problemas del mundo y del país.

Su veneno se filtra lento, inexorable: descorazona a los hombres maduros, vuelve impacientes y ambiciosos a los jóvenes. Esta cátedra diaria de cinismo, de crítica barata, de charlatanería disuelve la moral social, debilita al individuo.

Pero salgo a la calle y respiro con fruición el aire puro de la mañana. Luce un sol radiante. Pasan lindas muchachas. Un amigo saluda raudo y cordial. La montaña, al fondo, enseña sus pináculos de nieve en un cielo de cobalto y mar profundo. El cuerpo me pide andar con rapidez, la cabeza bulle de ideas, de las otras, las nobles, que bañan y refrescan el mundo.

¡Juventud, salud, plenitud! ¿Cómo se puede caer en negación y en resentimientos, si el sólo hecho de vivir es un canto a la proeza del hombre y su destino?

Apartarse del frustrado, del envidioso, del rumiador de maldades. En el café es mejor meditar que discutir.

ILLIMANICA NOVENA

Sucede que si quieres tener una comprensión cabal de la ciudad debes frecuentar la en todos sus planos, recorrer la de norte a sur, hacia el este, hacia el oeste; invadir sus costados y sus meandros; subir, bajar, mil veces, porque ella está como escalonada en los aires y su movimiento intenso brota justamente de la extraña irregularidad de sus niveles térreos, siempre en extrema tensión de agitación. Si pasaste unas horas en ella — viajero rápido— nada sabes. Si la habitas quieto en tu casa o movilizándote, sólo haces el camino cotidiano, tampoco la conoces. Porque ella se da únicamente al curioso, al inquieto, al que le busca sentidos entrañables; a quien nunca se cansa de interrogar a los númenes telúricos y a los genios geológicos. ¡Terrible y prodigiosa inarmonía: cuanto más miras menos entiendes, porque está hecha de claves y sorpresas que se

dan sin darse, vertiginosamente desiguales en el tiempo! Mírala con ávidos ojos descubridores, métetela adentro, intenta organizarla, reorganizarla mejor en función de tu cuerpo y de tu inteligencia: cada vez la sentirás más inasequible. Porque aun cuando conozcas sus barrios todos, sus calles y callejas múltiples, sus rincones más apartados, su anfractuosa geografía, siempre quedan cosas, mirajes, perspectivas que no llega a incorporar la retina, pues ella, la ciudad, estrella trágica, nace, muere y renace cada instante en el periplo de sus palingenesis visuales. Y verla es no verla a un tiempo, volver a poseerla, perderla en mudas repentinas, reencontrarla en violentos accesos aprehensivos. Las habrá más grandes, poderosas, hermoseadas por la técnica urbanística, pero ninguna la aventaja en el don interno de expulsar formas y animar visiones. Porque es ella, la única, la mansión del espanto y del sosiego, distinta siempre y siempre lo habitual, corredora de velocidades desiguales, nido, núcleo animador, bomba centrífuga, cometa errante, fijador decisivo, samiri y acicate a la vez. Y si la quieres entender, prostérnate, ruega a la Mamita Thosenkaya: acaso ella, con su pureza virginal, podrá acercarte al arcano de sus revelaciones. Porque la ciudad de los asombros se entrega al rendido y no al soberbio. Y un último misterio: moviliza las estructuras panorámicas, toda la ingeniería de la tierra y de la urbe, sus perspectivas móviles en función del Gran Nevado, deidad visible, eje invisible de la muralla cisandina. Si sabes verlo y entenderlo, él te revelará secretos vedados a los que pasan sin profundizar la magia de su presencia portentosa. Porque de la más alta quietud fluye una como corriente oculta que ata y anuda para siempre el Monte Insigne con la Hoya Milenaria. Y si quieres saber mucho de la Ciudad, pregúntale al Gigante que la custodia. El estaba ahí, millares de años antes que la ciudad naciera, guarda las genealogías más remotas, absorbe y expele las metamorfosis del ámbito orográfico. Pregúntale: es el oráculo que nunca deja sin respuesta.

La roca y el vacío. La tierra atormentada. El monte de illimánica grandeza. Aéreas densidades. Fantasmal lamparería. El combate de la luz y de las sombras. Flechas y filos de vértices agudos. El Hoyo y la Montaña. Entiéndelos, relacionalos, y la verdad de Marka-Marka, ciudad de las ciudades, se posará en tu mente.

Iba por el centro de la calle para evitar ser seguido por los sabuesos de la policía. "Federico: entregarás este mensaje al coronel Mendivil. Nadie debe saber su contenido". Y el revolucionario subía por la calle Sagárnaga, típica y multicolor, confundándose entre la muchedumbre. Vísperas de un prestazgo, los cholos capitaneaban a la turba indígena. Un solo remolino de gentes se movía, apretadamente, a lo largo de varias cuadras. Era difícil avanzar. "Tu no fallaste, Federico. Lo tendré en cuenta". Faltaban pocos días, horas acaso, para que estallara la revolución. Y él debía entregar el mensaje a toda costa. Un poncho polícromo revoloteó sobre su cabeza. Se sintió apretujado entre los bailarines enmascarados de tufo alcohólico. Quiso abrirse paso con los codos. Pero la muchedumbre compacta lo bandeaba de un lado a otro sin soltarlo. Era más un retroceso que un avanzar. "¡Maldición! El coronel se cansaría de esperar, abandonaría su escondite y no podría cumplir su misión". Siguió empujando, siendo empujado. No podía romper el cerco humano. De pronto un bailarín alto y membrudo se separó de la ronda sudorosa y tras él se fue Federico, saliendo a duras penas. Ahora la presión era menor pero insistente: podía proseguir cuesta arriba. "No me gusta la actitud de Gonzalo: se está ensoberbeciendo. Aspira a sustituir al Jefe. Se esfuerza en superarlo en oratoria, hace sutiles juegos en los diálogos con los camaradas. Se trae algo entre manos que no acierto a comprender. Y sin embargo es tan señor, tan simpático, tan jovial... Pero yo no seguiría a Gonzalo, porque le falta ese no-sé-qué que hace a un jefe y lo impone sobre los demás". La turba seguía presionando. El continuaba avanzando por entre ella, difícilmente, penosamente, pero avanzaba. Había cubierto dos cuadras; le faltaban dos más para salir del bosque popular poderosamente agitado. "Luís Alberto era otro de los sospechosos, demasiado lisonjero, burlón otras veces, buscando siempre la manera de hallar los puntos débiles y señalarlos solapadamente..." Una chola, maciza, de un empujón estuvo a punto de hacerlo caer. Todavía, insolente, le espetó: "¡Ay, guá. Jovencito, mire ps por dónde va!" Un codo desbrujulado le dio en la sien. También él transpiraba, se sentía naufragar en el inmenso remolino de caras y de cuerpos sudorosos. Pensó, por un instante, que jamás llegaría a su destino ni a tiempo, porque la masa humana compacta cerraba sus vacíos y un solo oleaje arrastraba a los bípedos de acera a acera, de arriba hacia abajo o en sentido inverso. Claro que hizo bien en meterse en la multitud porque lo seguían los agentes de la Secretaría; ahora estaba seguro de que habían perdido su rastro. Y él tenía que cumplir su misión, como cumplía, siempre, todo cuanto se le encomendaba. "Tu y Mateo —había dicho El Jefe— son mis mejores hombres, los amigos en quienes más confío; pero no lo digan porque no hay que herir a los otros". Bandeándose entre las

polleras multicolores, las caretas grotescas, las máscaras diabólicas y los disfraces abigarrados, siguió empujando, empujando, empujando hasta que finalmente cedió la presión de los cuerpos y pudo moverse con menor dificultad entre la muchedumbre. Eran tantos, tantos... "Haremos la revolución para todos estos, porque la igualdad es nuestra meta; para todos, para todos. ¿Pero podremos conseguir que todos se bañen, vístan mejor, y abandonen estas orgías carnavalescas en las cuales consumen, en siete días, lo que ahorraron en el curso de un año?" Poco a poco fue raleando el gentío, hasta que pudo alcanzar el filo de la quinta cuadra, donde sólo se apiñaban unos curiosos.

Jadeante se apoyó en un poste eléctrico y arrojó una mirada final a la culebra sinuosa de la cual había salido. Eran muchos, miles. Se estremeció al pensar que muchos miles más, tal vez millones aguardaban la voz de mando, el impacto redentor de la revolución. No era para un grupo de jóvenes idealistas para quienes debían cambiar las estructuras y abrirse nuevos caminos de superación; sino para estas masas abandonadas, ignorantes, sudorosas, ahítas de animalidad. "¡Ámalos, son tus hermanos! Ellos no tienen la culpa de ser tantos y tan desamparados". Una onda de afecto volvió a confundirlo en el gentío, mientras el cuerpo se negaba a reanudar el odioso contacto apenas roto.

Su vista, aguda, creyó divisar, separado aun por muchos cientos de cuerpos, a uno de los agentes de la Secreta. Se enderezó y caminando a toda prisa, ya por calles desiertas, se encaminó hacia el escondrijo de Mendivil.

Chato y recio el coronel lo recibió sin esconder su nerviosismo.

—¡Su mensaje!

El coronel, impaciente, leía el mensaje. Cuatro hombres en la estancia. Uno que salía y entraba como lagarto silencioso: miraba, escudriñaba. Otro tomaba notas. Un tercero escribía en papelitos azules con lápiz. Aquel yacía, pensativo, sentado en un camastro. "Puede ser, puede ser... ¿Por qué diablos me metí en este lío? Ya es tarde para darse la vuelta. Si pudiéramos leer en el libro del mañana: ¿será el éxito, la derrota será? Faltan pocos días para dar el golpe. Creo en El Jefe, pero este coronel autoritario me da miedo; es valiente, es leal, ¿y quién asegura que podrá arrastrar a los oficiales comprometidos? Esto va a terminar en una hecatombe. Todos quieren pelear, matar. Tú mismo: ¿no tienes ganas de entrar en combate? ¡Bah! El revolucionario no analiza: se lanza a la acción". Federico miraba y aguardaba en silencio.

El coronel terminó el mensaje:

—Oiga joven: ¿están seguros, allá abajo, para salir el momento preciso, no fallará nadie?

—Todo anda bien, mi Coronel. Nada fallará.

Mendivil, ríspido:

—Lo mismo fue la última vez, y sólo salió una tercera parte de la gente. Los últimos cartuchos de mi pistola serán para los cobardes.

¡Alarma, se acercan agentes de la Secreta!

Levantaron la alfombra, abrieron el piso y se escondieron en un refugio subterráneo. Los seis hombres desaparecieron en segundos.

Cuando los agentes entraron al cuarto una chola con tres niños en el suelo jugaban en la estancia.

El jefe de los agentes —cuatro caras de hurones husmeando— ordenó imperioso:

—Revolverlo todo. Al que los encuentre, un millón de premio.

La chola levantisca y buenamoza los apostrofó con arrogancia:

—Contra las mujeres y los niños siempre. ¿Por qué no pelean con los hombres? ¡Velay: valientes con los chicos, maricones!

El polizante quiso darle un manotazo y teparle la boca. Pero la chola era arisca y buena moza. No hacerle caso. ¿Y si volviera, seguiría tan esquiva? Tenía muchos pesos en el bolsillo...

Diez minutos más tarde, cansados de la pesquisa abandonaron la casa.

—¡Chao, rica, te lo he de regresar! —dijo el sargento en tono festivo.

—¡Que te cargue el "supay", maricón! —contestó la chola furiosa.

Claro, si la buena moza era la concubina del Endara que estaba oculto en el refugio ¿cómo ni por qué iba a traicionar a su hombre?

Salieron los escondidos y Mendivil, enérgico, profirió:

—¡Perros malditos! No volverán antes de ocho días, y antes ya estaremos en el poder. ¡A trabajar, compañeros, la victoria se aproxima!

Era enérgico el coronelito. Un mestizo de pelo en pecho, de esos que se juegan la vida cuando creen en su causa. Volitivo y mandón se puso la capa militar y salió apresuradamente.

Caía la noche. Bajaron desde las zonas altas y se internaron en el corazón de la urbe. A esa hora los obreros y los empleados se recogían a sus casas. El tráfico de vehículos era intenso. Los cines se llenaban de gentes y los bares de parroquianos. La gente, cansada, quiere reposar. La hora ideal para conspirar: de 7 a 9. Ríos, ríos, ríos de gentes y de automóviles por todas partes. Las luces multicolores ponen de fiesta la ciudad. Los hombres buscan la aventura en las calles, las mujeres aguardan en el hogar, los audaces pechean al destino en cada esquina. A Federico le tocó inspeccionar la casa donde guardaban el armamento para el día Z. Entró por un estrecho zaguán, oscuro y maloliente: 20 ametralladoras, 300 fusiles, 600 revólveres. Bastante munición. Todo estaba en orden.

—Ustedes tres —dijo Mendivil dirigiéndose a Federico, Luís Alberto y Octavio— comenzarán mañana en la noche la distribución de las armas de acuerdo al plan acordado. Para el jueves todo debe estar perfectamente repartido y en buenas manos.

Al día siguiente, después de la medianoche, se inició el tráfico peligroso.

Dos cabezas, invisibles, dirigían las dos operaciones encontradas. Una procuraba tender la red de armas ofensivas por toda la ciudad; otra debía impedir que los revolucionarios lograsen su objetivo. Porque como acontece, casi siempre, en las rebeliones criollas, ambos bandos, el de arriba y el de abajo, estaban recíprocamente informados de sus actividades: espías, soplones, traidores realizaban su tarea astutamente, sin que faltara el pillastre mayor que juega a los dos cartas simultáneamente. La una ordenaba desplazamientos sucesivos de pequeños grupos sigilosos que se deslizaban atrevidamente evitando las patrullas de la guardia nocturna. La otra mandaba movimientos tácticos para cortar y detener la traslación del armamento. Cuadro mental de la cabeza que conspira desde una buhardilla: "ha comenzado el plan. Gonzalo, Raúl, Andrés y los estudiantes dirigen grupos ficticios para distraer a la policía. Federico, Luís Alberto, Octavio y los líderes obreros de confianza distribuyen las armas. Mendivil es guapo: protegerá a los amenazados. Los "jeeps" policiales serán evitados por nuestras patrullas de vigilancia —el sistema de silbidos es perfecto — y unidad por unidad (hemos recomendado no más de cinco armas en cada vehículo), llegará a su punto de destino. El cholo Fortunato es una ardilla: sabrá engañarlos. Las mujeres del pueblo son abnegadas, pero las nuestras tampoco fallan. Si supiera, el estúpido, que son ellas las que lo derribarán: tantas cartas, fugas, ardides, mensajes peligrosos que hicieron arribar a término. Lo mas difícil, alcanzar el túnel de Killi-Killi, donde se guardan las granadas de mano. ¡Mateo, rápido: hay que prevenir a Murieta, ha sido delatado y debe trasladar su puesto!

Cigarrillos y trago para los centinelas. Seis noches consecutivas y nuestras bases quedarán perfectamente equipadas. El día del asalto, si cogemos al déspota, que no lo maten; juicio legal y las leyes dirán. ¿O soy demasiado blando y los míos exigirán justicia? Hay tanto dolor en torno... Pero es mejor reprimirse, derramar la menor sangre posible, hacer escapar a los menos culpables... ¡Cállate, Julia, sé lo que debo a tí y a mis hijos, pero la Patria es primero! Tenía que ser, inexorablemente, así. Después me rebasarán los buenos de hoy que el poder transformará en malignos como los que vamos a derribar. ¿Más qué importa? Uno debe inmolarse para que suban los demás. ¡Moverse, muchachos! Los agentes de enlace son los héroes de esta semana difícil. Mateo: haz llegar estos mensajes a los puestos 5, 11 y 24; son los más vigilados. Donde haya peligro, que actúen las patrullas de borrachos ficticios. Y apurarse, apurarse: falta media hora para el amanecer". Cuadro mental de la cabeza que reprime desde el gabinete presidencial: "si serán burros: creen que duermo y sigo todos sus pasos. Sé que están distribuyendo armas. ¿Qué hace el imbécil del Jefe de Policía que no los captura? Los informes son precisos: comenzarán a moverse esta misma noche. Tengo diez hombres por cada faccioso; 5000 contra 500, no pueden ser más. ¡Llame al Ministro de Gobierno: que me avisen si funcionó la trampa de Killi-Killi! Tomen mujeres de obreros, de rehenes y a los que no duermen en sus camas, mañana los detienen: estaban conspirando. No me toquen a los estudiantes: esos son los verdaderamente peligrosos. Serán aplastados antes de diez días. Represión sangrienta y general. Saco 500 afuera y vuelve la tranquilidad: seis meses de paz. Podré gobernar. Hasta la próxima. Valiente el Jefe de la Secreta, pero no suficientemente astuto: todos los datos que le dieron las mujeres del otro bando resultaron falsos. Lo engañaron. Pero se desquitó haciendo hablar a los sospechosos. Torturas... ¡Bah! ¿Quién no torturó desde el poder? Para qué se meten a machos. Si me cogieran ¿no me despedazarían a pedacitos? Esta noche estrenarán los reflectores de largo alcance y descubriremos movimientos a la distancia. ¡Comuníqueme con la base de Miraflores: quiero noticias! Refuercen con triple guardia los cuarteles. Vigilen las calles circundantes. A todo el que me anuncie la eliminación de un adversario, en pelea o por la espalda, cien mil pesos de premio. Y si cae el Jefe de la Oposición, matarlo, de cualquier modo. Fingir que sucumbió en pelea, hacerlo desaparecer. Mi tiempo y mis energías tienen un precio. Méndez, Velasco, Maldonado, Heyden, Lucero... ¿llegan a diez mis enemigos mortales? Cortarles la cabeza, que se vayan al infierno. Ya fregaron demasiado. No hay campo para ellos en este mundo ni en este país. ¡Fuera! Ayudante diga a los jefes de cuerpo de la vigilancia nocturna que utilicen morteros a la primera agresión. No hay piedad para los que pretenden destruir el orden legal. Al Canciller que prepare un comunicado: el Gobierno Nacional fue agredido por grupos desesperados que atacaron los cuarteles, siendo rechazados por sus gloriosos defensores. El gobierno tuvo 14 bajas y los atacantes sólo 5. Mentir, mentir... La política es el arte de mantenerse en el poder, la ciencia de engañar y dividir. Ya son 9 años. Tengo para 15 más. ¿O más...? ¿Quién sabe? A veces extraño a Romanesco, el único que me decía la verdad. Lo hice tirar por la espalda porque hablaba demasiado... Romanesco, era un amigo. Pero el poder es más bello que la amistad. Solo subí, solo reino, solo duraré o me precipitaré hacia abajo... Nada importa: gobernar es mandar. Aplastar a los que se opongan. Nada hay más terrible que mi voluntad".

Y por las ondas secretas que fluían de los dos cerebros en pugna, diez o quince mil personas dejaban de dormir. Las calles desiertas registraban el paso de grupos apresurados, cautelosos, sierpes inquietas que reptaban hacia distintas metas perseguidas por otras hileras recelosas que se movían desconfiadas. Y lo curioso es que esa primera noche no se encontraron gobiernistas ni revolucionarios, acaso porque sus sistemas informativos, demasiado perfectos, se anularon recíprocamente. Y hasta la madrugada hubo una sucesión multiplana de cosas, gentes, meditaciones, cálculos acuciosos. Militares meditabundos, periodistas desvelados, políticos en acecho, obreros y estudiantes en misiones peligrosas. Policías huroneando calles y recintos. El ministro de Gobierno no podía dormir: era el más odiado, injustamente. Contrariamente, el de comercio, tres veces pícaro, se divertía cínicamente. A las seis de la mañana, el indiecito Quispe abrió el portal de la casa a Andrés: —"Que no te vea el patrón, niño; te ha de pegar". Quillares, un diputadillo vividor que nadaba entre dos aguas, temblaba en su cama: —"Que triunfen, esta vez, porque las represalias del Dictador serán terribles y entonces perseguirán a todos". La mujer del Jefe y la esposa del Dictador, víctimas mayores, tampoco dormían: sus hombres en pelea, ellas en sufrimiento.

Con el sol se disiparon sombras y conspiradores. La ciudad recuperó su aspecto habitual. Muchos conocían las andanzas nocturnas, pero diarios y radios las ignoraron. Las fábricas se

poblaron de obreros, las escuelas de niños, las oficinas de empleados. En los cafés pontificaban los estrategas desocupados. Hervían los ministerios, los bancos, las empresas de gentes apresuradas. Al mediodía otra vez las congestiones del tráfico: llegar cuanto antes al almuerzo y al descanso antes de reanudar actividades. Revolución ¿quien piensa en revolución? La ciudad y sus gentes trabajan, se mueven sin descanso, andan tan atareadas que nadie piensa en alterar el orden normal de las cosas. Pero esos pocos que urden y desbaratan los desórdenes, los aviesos que enredan y desenredan la madeja de las conspiraciones, seguían vigilando su curso inexorable. Menor y más disimulada, la acción rebelde hacía el contrapunto a los movimientos del gobierno.

—Cuando la calma es más extendida, es cuando hay que vigilar mejor —impartió, como consigna, el ministro de Gobierno.

La segunda noche, El Jefe reunió a su estado mayor para planear una nueva estrategia, porque la de la noche anterior podía ser, ya, del dominio de la policía. El estaba tranquilo, como siempre. Mateo lo vio inclinarse sobre el plano de la ciudad que todos examinaban con gran atención. Distribuyó los grupos; organizó el sistema de transporte de las armas; cambió consignas y santo y seña; señaló las debilidades, los errores de la jornada anterior; con precisión maravillosa indicó el esfuerzo y las fallas de cada cual. Conocía a sus hombres admirablemente. Cuando Mendivil quiso aventurar un juicio logístico, sin fundamento, lo cortó instantáneamente demostrándole su error: "Coronel, usted es un valiente. Todos lo admiramos. Deje usted estas minucias a los encargados". Era magnífico verlo dominar la teoría, la táctica, el manejo de personas y situaciones. Era un verdadero conductor. Octavio, frío y reservado, se preguntaba: "¿Será tan hábil, tan capaz en el gobierno? Porque conspirar no es difícil, gobernar es problemático..." Gonzalo absorbía, absorbía. Luís Alberto hacía chistes que nadie recogía. Y el cholo Fortunato sorprendió a los concurrentes al proponer que las cholas de los mercados difundieran rumores de alza de precios, fomentando las colas en los puestos de venta.

La Tomasa repartió el café caliente y en la pausa que siguió los conspiradores se miraban, meditaban, más de uno desconfiaba. ¿Cuál sería, entre los 22, el espía del Dictador? El Jefe, pensativo, sorbía lentamente el líquido. De pronto, alzando la cabeza dijo con voz varonil:

—Está todo bien calculado: en siete días más, ¡arriba o muertos!

Un escalofrío recorrió a varios de los circunstantes.

Porque no era cosa de broma. ¡Qué va! Esta vez la revolución iba en serio. Y todo conspirador, hijo del azar, sabe que su vida pende de un hilo. Así fue siempre, desde los tiempos del Inca que aplastaba inexorable a los que osaban alzarse contra su reinado de origen divino, hasta los mandones republicanos que sometían leyes y Nación a su férrea voluntad. Este es, justamente, el signo inconfundible del acontecer criollo: la incertidumbre, el afán de mudanza, el peligro constante. La vida no es segura para el de arriba ni para el de abajo, porque una revuelta armada, una intriga, un exceso de poder, una imprudencia de los descontentos, cualquier incidente pueden precipitar muertes y desgracias. Y el obrero que trabaja mecánicamente en la fábrica, el maestro que dicta su clase a desgano, el político que pasea, orondo, por la calle Comercio, o los lenguaraces del Prado, un simple agente de policía, el tempestuoso líder sindical o el intelectual pacífico, están expuestos al vaivén de las pasiones. Nadie se siente seguro en la balumba política. Y ésta es la palabra sacramental que asfixia y a un tiempo sacude a las gentes; porque todos hacemos política, en el hecho, de palabra, o en la imaginación resentida de quien se cree olvidado. En las naciones de menor desarrollo relativo el sector público es muy grande, el sector privado muy pequeño; a ello se debe que la mayor parte de los ciudadanos gire en la órbita oficial o contra ella, mágico sol de atracción que aproxima o rechaza. "Esclavos, somos esclavos del quehacer político —pensaba Raúl— ¿y para qué? Poco da que suba uno o descienda otro. Las cosas no cambiarán mucho. Pero lo interesante es la lucha porque sí: gritar, protestar, organizar mitines, combatir contra el más fuerte ¿no son signos de vida? Pues bien: ¡vivamos". Y ésta es, también, una forma de hacer política, o ser presa de ella: empujar a los demás, agitarse con ellos, buscar el tumulto y la protesta. El inconforme, rey del mundo para los descontentos; el inconforme, culpable de todos los males para los satisfechos.



Grabó Víctor Delhez.

“... y la causa consistía en derribar al Dictador”.

La tercera noche Mateo y Gonzalo ascendían una cuesta escarpada por los flancos del cerro de Killi-Killi para reunirse en la vivienda del platero Marcos con otro grupo rebelde.

La pendiente, empinadísima, detuvo su marcha. Jadeantes dieron cara a la ciudad de luces fosfóricas. No llegaban, hasta esa altura, sus ruidos ni sus vértigos, pero una grandiosa majestad subía de la inmensa cavidad elevada en sus laderas por millares de puntos luminosos. Nacimientos aéreos que parecían flotar en los aires. Reanudaron la marcha sobre el tosco empedrado y llegaron a la casa del platero. Un hombre moreno, bajo, bien vestido, abrió la puerta. A la luz de la vela brillaron los ojos desconfiados.

—El santo y seña...

—Dios y Chacaltaya.

Un cuarto de adobes con techo de calamina. Por piso la dura tierra. Las paredes cubiertas con páginas en colores de revistas. Todo hacinado: camas, mesa de comer, taller de trabajo. Así viven muchos, aparentando bonanza en el bien vestir, sin comodidad, sin higiene, sin espacio vital. Los niños crecen en las habitaciones como plantas sin luz, sin aire.

El Marcos era un partidario leal: lo entregaba todo a la causa; y la causa consistía en derribar al Dictador. Su alma, su familia, su taller estaban a disposición del Jefe.

Gonzalo y el Marcos examinaron las muestras de balas: requerían leves limaduras para ajustar al armamento.

Mateo se sobresaltó:

—Esto retardará la revolución —dijo— son miles de balas.

—No — replicó Gonzalo— se trata sólo de una pequeña partida; no serán más de 500 tiros. Pero el Jefe quiere responder por las vidas de los nuestros.

Luego el platero les informó de la llegada de cuatro mineros de Huanuni que debían volver con instrucciones para provocar el alzamiento en aquel centro estañífero, provocando rebeliones en cadena de Catavi y Siglo XX. "Mañana, a la misma hora, vendrán aquí". Marcos recibió el dinero para comprar a un cabo y a dos soldados de la guardia del Palacio. Les avisó que un periodista, fingiéndose amigo, en realidad servía al servicio secreto del Dictador. Acordaron otras medidas de urgencia.

Un ruido en la puerta hizo saltar a los conspiradores. Pero el Marcos sonrió despectivo:

—Gatos que pelean —dijo lacónico. —Los "polis" no suben hasta aquí.

Se despidieron del platero y luego de un descenso difícil, a pesar de la claridad lunar, reanudaron su misión de enlace: debían cruzar calles apartadas hasta empalmar con las faldas del cerro de El Calvario donde los aguardaba el cholo Fortunato con una partida de estudiantes.

Casi una hora de marcha. Coloquios encendidos. Callados soliloquios. "Estos son los que valen, leales, decididos. Yo te digo, Mateo, que nada son los conductores ni las élites, esos famosos líderes altos o medios; es el hombre de base el mejor. Todavía no sabemos el valor ni la medida de cuanto puede dar el pueblo". ¿El hombre o la masa? La masa y el hombre. Son las partes indivisibles del hacer humano, del desenvolver político. No hay límites definidores. Y si es verdad que la política envilece a muchos, es cómodo medio de vida para otros, trae un aliento épico a las vidas, da un sentido de coraje al hombre, hace más noble y más digna de ser vivida la existencia. Enardece. Porque si no fuéramos esos pocos, que sacrificamos todo y exponemos la vida afrontando la muerte, desafiando al peligro, las ciudades transcurrirían semi-muertas en la monotonía de un vivir sin alteraciones. "Pero también el riesgo constante, el barullo de todos los días, degeneran en práctica viciosa, Gonzalo." Eso es para las gentes sin espíritu. El pueblo, en su gran mayoría, nace sin sol, vive sin sol, muere a oscuras. ¿La revolución no es el pan de su voluntad, mantenerse en el poder o ejercer el derecho de luchar por él no equivale a dar un sentido activo a la vida? Que los señores y los ricos gocen de su bien pasar; el pueblo requiere lucha, movimiento. Ni el estudioso acobardado detrás de sus libros, ni el comerciante calculador junto a sus cuentas merecen respeto. Un hombre se mide por su atrevimiento al riesgo, a la aventura. Y aquí, en otras ciudades, donde fuere, no son los mejores los que triunfan en minúsculas empresas de provecho personal, sino aquellos que como El Jefe lo entregan todo al ideal, a la causa, a un logro superior que escapa al interés del individuo. ¿Será verdad, será mentira? Hasta qué punto Gonzalo, el más ambicioso, es sincero en su defensa del pueblo que en el fondo detesta? Mateo, tampoco tú, idealista, estás libre de duda y confusión: te asedian el temor y los contrastes cotidianos entre ideal y realidad. Todos son buenos, parecen leales; pero quisieras verlos más enteros de conducta. Dos hombres hay, siempre, en un conspirador: el valiente que se arriesga a todo, el calculador que se mide y se retrae...

Los dos amigos avanzaban hacia el cerro de El Calvario y entretanto otros pequeños grupos de conspiradores se dispersaban en misiones análogas por la ciudad. Rompiendo la intimidad de la noche, ese ejército silencioso, de puntillas, se deslizaba por calles y cerros en fantasmal peregrinaje. Y si un cerebro gigante se hubiera puesto a meditar sobre el tamaño de los montes que cerraban el anfiteatro de la urbe, y la poderosa voluntad de las hormigas humanas que hacían vibrar callejas y laderas de una estremecida ansiedad, no sabría dónde reconocer mayor carga de fuerza concentrada, porque los montes son el alma de la ciudad, estáticos y firmes, pero

también los hombres son su cuerpo en movimiento, dinámicos, ansiosos, los que urden las grandes proezas o naufragan en las grandes desdichas sobre la tierra imperecedera.

Y el Nevado imponente, que dicta su armonía al paisaje bajo el esplendor lunar, es también el viejo centinela, el joven guerrero inmarcesible que impulsa a los conspiradores y a los defensores del poder.

Es por dormirse a sus pies, por despertarse al clamoreo de sus cúspides nevadas que se hacen y deshacen las revoluciones. ¡Padre Illimani, protégenos! Indios somos de origen y de hechura. Que a tu sombra florezcan las khantutas rojas de nuestra sangre.

AL AMANECER

Me gustan conversación y controversia, pero yo suelo elegir mis contrincantes. No te des a tontos ni a enanos. Un cierto nivel espiritual aproxima a los afines.

Hoy he sentido el deseo de soledad: fui al parquecito donde transcurrió mi infancia, un pequeño recinto circular empinado sobre la ciudad. Contemplando el paisaje he vuelto a sentir la transfiguración mística del recuerdo.

Aquí brotaron los primeros versos, teñidos de melancolía. Después renegaría de muchos, pero entonces brillaban, todos, como signos de un alfabeto encantado. Abrían puertas fabulosas que nunca pude volver a trasponer. En ese tiempo podía multiplicar los minutos observando a la mariposa inmóvil posada en el suelo. Los árboles mecían dulcemente su fronda como escaleras verticales y flexibles que se perdían en el cielo... Por el estanque flotaban seres misteriosos que no podía visualizar. Los gritos de los niños me llenaban de gozo. Polvo y piedra eran mis hermanos. El sol me acariciaba el cuerpo y lo tensaba de un nuevo ardor. Por el trino de los pájaros sorprendía unos hilos de plata y de rubí entre el alma que se inquieta y el mundo que se entrega a su ansiedad.

Allí estaban, también, como agazapadas en su energía contenida las montañas lentas, augustas, poderosas. Sentía la pesadumbre cósmica de su grandeza. Y unos bisabuelos entrañables, cargados de sabiduría, brotando de la meditación y del paisaje, me incitaban a la acción: política, arte, negocios, manejar hombres, aventuras, volver la patria al Mar... ¡Qué sé yo!

Leyendo la escritura sacra del contorno montuoso se me fue aclarando el espíritu: aprendí armonía en el paisaje, constancia de los árboles, gravedad en la montaña.

Ese era el hombre ideal, surgido en los refugios del artista, porque el otro —el activo— transcurría impulsivo, presuroso, presto siempre al salto y la proeza, rebelde a la reflexión que llegaba cansada, en retardo continuo.

Juventud: cuando la sangre es el piloto y la razón el pasajero.

Y esos largos días colmados corriendo detrás de una pelota. Horas furiosamente vividas en la carrera vertiginosa, en el quite diestro, en el remate preciso del gol inatajable.

—¡Qué zurda, Mateo, y qué maniobra!

El desborde vital era tan recio que después de un partido podíamos comenzar otro; y aun había reservas para cambiar golpes o emprender nuevas peripecias.

El que tuvo adolescencia más honda, infatigable para la acción, asiduo en el meditar, ese es el elegido. Porque los hay predestinados al esfuerzo y a la búsqueda, y al que persiste se reservan hallazgo y recompensa.

Ahora comprendo que en la infancia y en la primera juventud larvado, preformado existía el hombre que soy. Y a todos deseo, para sostén de sus fatigas y contentamiento de la vida futura, un

amanecer rico de incidencias y recuerdos. Porque varón fuerte es quien absorbió temprano los tajos del carácter y la materia flexible del sentimiento explorador.

EL NEGADOR

—Es un invento del alma humana... —dijo con tristeza el filósofo.

Quedé aterrado y balbucí:

—No, no... Imposible... Él existe, más allá del mundo, ajeno a nuestra comprensión. Lo siento, aunque no pueda explicarlo...

—Llaman fe al exceso de sentimiento que Oscurece la razón.

—Y usted, ¿jamás creyó?

—Creí en otro tiempo, influído por la familia y por los curas. El discernimiento me ha llevado al vacío: nada existe verdaderamente, todo transcurre. Y El no está aquí ni allá, es sólo un símbolo para aspirar a las cosas más altas, la esperanza vana de algo mejor. Eternidad, palabra absurda. Lo único que debe consolar al filósofo es la brevedad, la fugacidad del ser.

Me revolví con entereza:

—Anda usted equivocado. Dios existe, aunque sólo se manifieste en la evidencia del alma del hombre. Lo siento, lo adivino, no puedo entenderlo. Esta impotencia de comprender es el principio de la revelación. Usted huye de Él, pero Ello está buscando, y sabrá encontrarlo.

El filósofo ha sonreído con tristeza:

—Si supiera cómo deseo dar con Él... Pero no existe. Y no es la soberbia intelectual la que anida en mi espíritu, sino la dura necesidad de reflexión. No existe: precisamente por ello todos los ateos y razonadores somos tristes, pesimistas, porque sabemos que a la postre nadie hay para perdonarnos la negación y las dudas, nadie que nos brinde un saber de salvación. Como tiene dicho el poeta-pensador: "Sólo el hombre oye al hombre. No hay puentes ni distancias en el piélago azul."

—Yo no siento así. Al contrario, tengo la sensación de ser visto y asistido por un poder extraño que no alcanzo a determinar. Claro que mis acciones son sólo fruto de mi albedrío, pero no sé... hay cosas, cosas que no están en los libros ni en las manos del hombre, y que de pronto dibujan como relámpagos mi camino y fortalecen mi fe en Él...

—El soñador —dijo melancólicamente el filósofo. —Yo ya no sé soñar. Pienso, indago, reflexiono. Acaso esto es lo único que realmente existe: el poder del ser humano para pensar el mundo y pensarse a sí mismo a través de las infinitas variaciones de la mente en movimiento.

—También hay una santidad del buscar —he contestado. — ¿No será que usted se salvará por medio de la duda y de la negación, que lo hacen desdichado aunque se esfuerce en aparentar contento?

—Yo no soy desdichado — ha terminado el filósofo. — Compruebo que no hay principio ni fin, permanencia ni trascendencia. Somos nosotros mismos dioses y criaturas de la proeza viva. Uno acaba y todo acaba. Somos chispas.

Pero cuando se alejaba la chispa humana descreída, una gran figura blanca indecisa seguía sus pasos. ..

NUESTRO MUNDO

El ámbito indio, el medio mestizo, la configuración occidental: he aquí cuanto constituye el mundo americano.

Somos poliformes, plurales. No acabamos de nacer todavía, substancia que se modela y modifica. A mitad de camino entre el primitivo pánico, indolente, supersticioso, y el civilizado frenético, codicioso, irrequieto.

¿Qué sabe el antropólogo de estos cruces increíbles?

Un indio que cruza por la calle lleva más carga de historia que cien textos ordenados de saber occidental. El mestizo es todo él, pasión de vida, tensión indescifrable, cielo e infierno a la vez; ¿quién recogió la carga positiva de su ímpetu biológico? Y el blanco europeizado —sin ser Europa— resulta en América planta joven de raíz antigua. Es viejo, es nuevo, se asemeja y se distancia a un tiempo del patrón occidental.

Los americanos del sur: eso que nadie ha medido bien todavía con vara de verdad...

El continente se busca en la desventura y en la confusión, también en el ideal y en las revoluciones de los pueblos y las almas.

Los nuevos guías preparan el amanecer con voces fidedignas. ¡El pueblo, los artistas, el pensador: de allí vendrán!

DEL ENIGMA ÉTNICO

Observación que rige para todas las naciones americanas con áreas indígenas y mestizas.

En Bolivia, Tamayo odiaba al blanco, Arguedas al cholo, Moreno al indio. Los tres se equivocaron, porque indio, cholo, blanco son formas cambiantes y simbióticas del enigma en que hierve la raza. Les faltó olfato para aspirar las densas resinas del mestizaje.

En Bolivia —y en América— los pueblos se hacen conforme se descubren: la mitad graves de niebla, la mitad ricos de lumbre. Y es la clave amarlos, mejor que meterles bisturí. Sacar el arcángel detrás del falso antropoide fraguado por los resentimientos.

Bien mirado, el gran mestizo — que acerca al indio y al blanco — es la realidad viva del continente.

Quien no lo entienda así no podrá manejar estos pueblos admirables de América del Sur.

Diré, más adelante, qué carga de misterio y de relámpago conduce la palabra "mestizo".

Romper prejuicios, desastar la incompreensión. ¿Por qué se quiso tipificar un continente con la imagen de un supuesto ser inferior? Arte y antropología diseñaron la zona oscura de las nuevas razas con olvido de sus potencias creadoras. Hay que subir diez grados sobre los equívocos de la literatura costumbrista, del folklore pintoresco, del exotismo de las guías turísticas.

El sociólogo novecentista pretendió dibujar un tipo de sub-humanidad a la medida de su miopía. Novelaron, otros, escenas y psicologías mal asimiladas, cargando el drama humano en melodrama literario, y enardecido el lenguaje de esencias penetrantes. Nada de esto es, ciertamente, el mestizaje. Quitadle la cáscara artificiosa de inferioridad con que lo envolvieron cuatro siglos, y el hombre general de América se convertirá en el varón universal del mundo.

No es el mestizo un puente étnico entre los blancos y los indios, más la síntesis unificante, reconciliante de ambos. Integra, sube, mejora. Nivelada para arriba como la cumbre que arrebató el paisaje y lo transmuta de revelaciones.

UN ÓPALO FATAL

El hombre que era, ahora sucede.

Sucede que vivimos descontentos, desorientados. Ya no se pregunta al misterio porque el misterio no existe: el mundo perdió su dulce faz escondida. Norteamericanos, rusos, finas inteligencias europeas lo saben y responden todo. Máquinas llameantes recorren el espacio. Otras hablan, discurren, calculan cual cerebros mágicos. Las gentes se afanan rodeadas de problemas y en el mayor de adecuarse a un mundo siempre móvil, exigente siempre. No queda tiempo para meditar.

¿No buscó el antiguo el principio del movimiento continuo? Nosotros lo habitamos, somos traslación sin pausa. Avanzamos, mudamos sin descanso, nadie quiere detenerse. El espíritu — apetencia pura — se apodera de cuanto se le ofrece o imagina. Música y literatura, arte y artesanos, físico y químico, políticos y técnicos no buscan ya formas de la verdad, de la belleza, de la equidad, más el secreto de dominar la materia y disfrutar sus indecibles poderíos. Sensaciones. Inventos. Vértigo. Romper la línea de los horizontes.

—Mateo: ¿por qué vamos perdiendo el derecho a ser libres?

—El hombre en movimiento es la imagen fiel del universo en expansión. Somos libres dentro del encadenamiento.

—¿Es que no podremos ya captar el alma del momento, vivir lo eterno en lo fugaz?

—Reprime tus instintos, enjaula tus pasiones. A la quietud se llega por la renuncia. Acaso la salvación consista en ir contra el tiempo que nos circunda como un ópalo fatal.

LOS AMIGOS

Si pudiéramos recordar cuánto dimos y recibimos de los amigos...

Los años dan la clave del vivir, los libros el secreto del mundo; pero únicamente la ronda de los amigos te entrega la cifra de tu personalidad, porque mirándote en ellos, te construías.

Pienso en la recogida gravedad de Ernesto Maidana. Cojeaba ligeramente. Dibujaba a maravilla. En el noble rostro varonil sobresalían dos grandes ojos de vicuña. Dicen que tenía sangre real de los aimáras. De habla contenida, dócil a toda tarea difícil. Oigo su risa moderada. Me baño en la suave melancolía de su figura lenta, persuasiva.

Roberto Lenner, atleta instintivo, me dio el sentido de la precisión y la elegancia. Nos aventajaba en saltos y carreras. Escalaba cerros increíbles. Vencía obstáculos aparentemente insalvables. ¿Cómo alcanzó ese dominio extraordinario de los músculos, esa difícil armonía de la fuerza y la actitud? Lo veo avanzar en la pista del estadio, luciendo tres medallas de oro y no sé cuántas de plata, como un joven griego abandonando la palestra.

¡Tremendos alemanes en fibra sudamericana! Gerardo Kellermann lo podía todo. Aguzaba su inteligencia, concentraba la voluntad y casi siempre surgía vencedor. Primero en matemáticas y en química. Gran jinete, deportista innato. Entusiasta, desenvuelto, para él no habían problemas. Era rico, apuesto, atrevido. ¡Cuán lejos debía llevarlo el destino! Su ambición estallaba como los primeros acordes en la sonata Op. 12 N° 1 de Beethoven: viril, imperiosa, inatajable.

Era el trío adolescente, antes de entrar al pórtico de la primera juventud.

Bondadoso, sereno, Maidana no le pidió mucho a la vida. Es médico. Lo veo poco. Pero cuando nos encontramos regreso de golpe a los tiernos años y me siento en deuda con este hombre declaro mirar y gestos pausados. No pedir, no mortificar, entregarse al dócil juego de hacer gratas las horas. Te comprendo ¿qué importa que tú no puedas comprenderme?

Lenner y Kellermann eran bolivianos de padres alemanes. Recia mezcla de la fibra nórdica con la flexibilidad latina, pero en ambos predominaba la voluntad. Jugaban al ajedrez como si se jugaran la vida. No cedían en las disputas. Competían en los deportes. Leales y abiertos, en ellos la acción era el motor primero. Amores, peleas, fatigas, inquietudes... todo se doraba al sol ardiente de la amistad que acerca y ennoblece.

Roberto, Gerardo, debieron ir muy lejos... Estaban maravillosamente dotados. ¿Quién hubiera podido presentir el dramático final de estas naturalezas excesivas? Soberbia, exceso de confianza en la propia fuerza, renunciamento... Uno se quitó la vida como Kleist. Otro terminó en financista como Rathenau.

Recuerdo la frase del poeta: "La Alemania hiperbórea dé los ojos azules". Ella se los llevó.

Si tuviera que comenzar de nuevo, pediría a los Dioses devolverme al afecto y al espolero de los amigos distantes.

EL HOMBRE Y SUS FANTASMAS

Es errado suponer que de un tajo se divide el monte para darte paso. O que una luz igual y persistente alumbra el camino. Las luces son muchas: desorientan. La roca cede después de innumerables tentativas. Nadie conoce su senda ni el poder de la brújula que lleva. Si el hombre busca la unidad es justamente para librarse de la plural tendencia de sus aficiones. Se quiere ser algo, alguien para desenmascarar al títere de cien cabezas que nos atraviesa. Si tuviéramos tantas personalidades como experiencias profundas hemos vivido, de cada cuerpo, de un alma sola, brotarían escuadras, tal vez ejércitos. Y éste es el secreto mayor del ser humano: a un tiempo compendio del mundo, fábrica de caracteres, taller de equívocos y posibilidades, lo múltiple, ondeante, inasible; pero también en la osatura estructural y en el ánima recóndita un solo, intransferible, dichoso y desgraciado ser.

Porque se puede imaginar diez, cien formas diversas del ser o del hacer, mas sólo una de ellas cuajará en sólida materia. Del álveo original nacen muchos arroyos; sólo uno alcanzará curso extenso. Puedes intentarlo todo, bordear la sima abismática de las transformaciones personales: ser uno imaginando muchos. Llegar al tope de los desdoblamientos increíbles: cinco, siete, diez vidas en una. O diez proyecciones fantasmales que confunden sino y trayectoria. ¿Quién sabe si es o está siendo?

El alma joven se reparte y se fragmenta en la embriaguez del mundo que amanece. El espíritu maduro se reconcentra y distribuye en vasijas diferentes que apuran el licor que lo consume.

¡Mira con fijeza, observa cuidadoso! Nadie sabe verdaderamente quién es, cómo se tejen y destejen los hilos de la forma individual. Persona, destino, como el viento: llegan y se van. Jamás conocerás a los que te rodean. Ni el soliloquio te devuelve la redonda verdad del mundo, de los otros, de tí mismo. Oyes lenguas extrañas que no entiendes. Pero marchas, siempre, al encuentro de tu verdad y de la ajena. Quisieras fijarte en la forma estampada que el espíritu desenvuelve. Y buscas, buscas sin tregua... Y esa búsqueda nunca colmada es la que da sentido a tu existencia y al juego elevado de tu mente.

No es imposible que una misma persona se desenvuelva en tres planos diferentes, simultáneos. Quien piensa que un grande amor absorbe la vida; que una tarea de investigación confina en sí mismo al individuo; que el ideal de una lucha determinada amarra y cómo devora al idealista, se equivoca. Podría suceder que amator, estudioso, luchador avancen por tres planos

varios pero comunicables entre sí. Podría suceder. Y aun habría espacio en esa triple energía humana para acoger otros volúmenes proyectados desde la haz de la conciencia, porque el hombre es el fabricante inaudito que extrae de sí la madeja fabulosa de las personalidades.

Nunca fuiste uno. Eres muchos... Y uno sin embargo.

Y la vida no es el proceso geométrico, ordenado que el artista reproduce con fidelidad, sino la sucesión móvil, sinuosa, indecible e inaprehensible de hechos e ideaciones que nadie puede definir con precisión.

Ignoras lo que eres, cuánto puedes, dónde se detendrá la rueda. Si te atreves a pulsar las mil cuerdas dispersas de la cítara interior, recogerás melodías estupendas.

El hombre y sus fantasmas. Este es el problema.

EL GIGANTE

El paisaje urbano no es, ciertamente, muy extenso, pero la cuenca que lo contiene sí: rica de sorpresas. No contornos lineales de mar, lontananzas rígidas de pampa; Mas bien el horizonte voluble, de magias circulares, abierto y cerrado en todos sus ángulos.

Horizonte movable, de altibajos, como si el anillo gigantesco de cerros y quebradas que ciñe la ciudad imantara la mirada a cada instante. Pero entre las últimas calles del perímetro urbano y la línea elevada, tensa, lejana del altiplano y las montañas, se abre un reino misterioso, que no tiene fin... Esa zona despoblada casi, esa orografía accidentada son como el alma de este paisaje sublime, la región intermedia que aproxima la ciudad de los hombres, prendida en la desgarradura andina, y la morada de los Dioses suspendida en el vértigo de los nevados impasibles.

Cuando el Monte Tutelar se pone a travesear con las luces y las sombras, peloteando nubes, los poetas y los niños recogen el idioma de sus juegos.

Me echo a rodar por las calles, trepo cuestas, bajo pendientes, doblo recodos, asomo a las perspectivas abiertas de las avenidas, o me deslizo en las gargantas de las calles coloniales: de todas partes me sorprende el bulto armonioso de roca y nieve que escamotea y muda sus formas a medida que se mueve mi ángulo visual.

Nadie puede andar por la ciudad sin la compañía inevitable del gigante.

Llega de cualquier modo, brusco, lento, aparece, desaparece, reaparece. O se da en la majestad impresionante del impacto directo: cuando fulge como un Dios en el crepúsculo sangrante. Domina y deja libre a la ciudad. Un compañero desmesurado sigue mis pasos. Está ahí, allá, al alcance de la mano, lejos del ojo, presente, omnipresente, como si fuera la puerta y al mismo tiempo el corazón de la ciudad.

¿Cuántos son los que conocen el secreto del tabernáculo geológico?

Visto de ciertos parajes o rincones, también el gigante muda de apariencia. Dice palabras nuevas. Por las mañanas una oración de salud y de esperanza brota de sus flancos. Al mediodía es el dictador tranquilo de las formas. Cuando la tarde cae ordena los fillos y las sombras.

Una sola mirada al coloso armonioso, y me siento invadido de fuerza y de belleza. O medito en larga contemplación de sus cumbres remontadas, y me parece estar tocando las puertas del misterio...

"Illimani". Esa catedral esculpida en la cordillera.

COMARCA Y COSMÓPOLIS

¡Qué reinos de la voluntad y del espíritu descubre el sudamericano cuando debe comandar!

Milenios de sabiduría: faltan. Técnicas elaboradas: no abundan. No tuvimos edad media ni renacimiento: recién vamos a nacer. Pero si europeo, eslavo y norteamericano nos superan en el plano científico, nosotros, las gentes del Sur de América, aun en medio a la pereza y el desorden los aventajamos en pureza del pensar, en las finas tensiones emotivas, en esa reserva intacta de fe y de esperanza que devuelve al hombre al equilibrio del mundo.

—Somos inferiores, Mateo. Ellos siempre ven mejor y rinden más...

—Te equivocas. No son más aptos; son más rápidos, lo que es distinto.

—Pero ellos viven menos apremiados, su nivel de vida es más alto, satisfacen deseos y necesidades a un ritmo todavía lejanísimo para nuestros pueblos poco desarrollados...

—¿Y quién ha dicho que el progreso en la comodidad sea el fin último del hombre? Vuelve a tu centro: es posible que la torpeza aparente, la marcha tarda, la desadaptación al ritmo cruel y veloz del transcurrir moderno sean las defensas naturales del sudamericano.

—No te entiendo...

—¿Cómo podrías entenderme si tu espejo y tu brújula miran a Europa y Norteamérica?

El amigo se ha ido enfadado.

¿Que estamos limitados, en cierto modo impedidos de brusco surgimiento? Posible. Pero el "tempo lento" en que se mueven hombre y sociedad del novimundo, importa a la vez tardanza y salvaguarda. El comarcano consciente de sus límites, rico de interioridad ¿no sería la contracifra del cosmopolita anegado de poderes y sensaciones?

Quien quiera mandar ha de absorber primero el flujo de dolor y de miseria que mana de las muchedumbres. Y esto es antes que los espejismos transatlánticos que en la América mestiza pueden servir de ideales remotos, más no solucionan vivencias perentorias.

POLÍTICA Y ESPÍRITU

Dice el no militante:

No creo en el tentador que profiera insinuante: "si no tienes conciencia social, si no descienes hasta el obrero, si no sales a la calle para batirte por una idea, no cumplirás tu deber de hombre."

El falso. Porque no todos pueden ser revolucionarios, líderes, políticos.

Y haré mi camino desoyendo tentaciones y censuras.

Anduve en andanzas políticas y sólo saqué basura y decepción.

El motor primero del poder es la opulencia económica y la opulencia económica desemboca en disolución moral. Otros ambiciosos se desentienden del dinero pero quieren mandar sin restricciones, sentirse dioses: pueden levantar fortunas en un parpadeo y derribar otras que costaron lustros de sudor, elevar mediocres y voltear eminentes, atropellar la conciencia colectiva,



Grabó Víctor Delhez

“... pueden levantar fortunas en un parpadeo y derribar otras...”

poner arriba lo que estaba abajo y a la inversa. Estos son satánicos, para quienes su voluntad es un ejercicio desenfrenado.

Atesorar, mandar, imponerse por el terror: meta de malvados.

La América instintiva debe aguardar, todavía, que florezca en abundancia la planta rara del conductor virtuoso.

No es que rehuya mis deberes cívicos. He servido. He sufrido. Hice mi parte en el combate. Ahora trabajo para un tiempo mejor. Acaso leyendo, meditando, el varón continental aprenderá a conocer sus caminos.

A mis hermanos del hemisferio digo con palabra de verdad:

—Que cada cual haga su tarea a la medida de su capacidad y de su esfuerzo. Todo quehacer es necesario, noble todo empeño. Si dejáramos a unos pocos el extravío del mandar, los pueblos se ordenarían menos turbulentos.

EROS 3 – GRADIVA

La había seguido varias veces sin atreverme a dirigirla la palabra. Discreto, respetuoso, la contemplaba desde una distancia prudente. Probablemente ella comprendió que en mis ojos no había deseo, sino adoración: su mirar fugaz ni alentaba ni expresaba rechazo.

Esta mañana, al salir de una tienda, llevaba tres pequeños paquetes en la mano; uno de ellos se deslizó y cayó al suelo. Me aproximé, lo levanté, lo puse en su diestra.

—Gracias —dijo ella— luego con curiosidad preguntó: — y usted ¿quién es?

—Soy el autor de los versos que ha recibido.

Ella me contempló mientras en los bellos ojos oscuros asomaban curiosidad y desconfianza:

—No me gustan los versos — agregó lentamente.

Su respuesta me paralizó. Era la primera vez que una linda muchacha manifestaba desvío por mis poemas. Proseguimos hablando de cosas triviales. La invité a caminar por el parque. Fuimos andando. Después nos sentamos en un banco de piedra. Ella estaba tan hermosa que apenas me atrevía a respirar. Me oía con interés, daba respuestas justas a mis preguntas incoherentes, y sorprendida por mi actitud y por el desconcierto que revelaban mis palabras, dijo con fina sonrisa:

—Es la primera vez que converso con un desconocido, y tan extensamente. ¿Podría saber cómo se llama?

Mateo Montemayor, el estudiante Mateo Montemayor: ¡estúpido! ¿Tiene tal poder disolvente el amor que olvidaste tu personalidad? Me presenté balbuceante, me disculpé, tropecé en la explicación. Supe que ella se llama Gradiva. Cerré los ojos y ví una estrella en la noche cerrada de mis imaginaciones. Una risa alegre me despertó:

—Es un nombre cualquiera. ¿Qué más da?

Luego llamó a un vendedor de manzanas, cogió una, me ofreció otra, y sus dientes perfectos se hincaron en la fruta sin despojarla de su corteza. Comía como hablaba, sin afectación, con elegante naturalidad. Yo la contemplaba absorto: esta joven aristócrata tan bien educada, tan discreta de maneras, tan deslumbrante de porte y de belleza ¿cómo había soportado mi compañía? El sol daba en su tez porcelana, no tenía afeites, apenas el toque rojo de los labios. Hablaba con animación, dejando escapar una sutil ironía en sus juicios. Representaba 20 ó 25 años, pero en el diálogo traslucía una mayor madurez mental. ¿Creemos, todos los amadores, que la Elegida posee el cuerpo perfectísimo, la cara más linda, el espíritu más inteligente y exquisito? Yo había seguido y observado largamente a Gradiva antes de aproximarme a ella, y ahora que la tenía a mi lado me parecía un sueño: era superior a todo lo soñado y esperado. Una joven adorable y al mismo tiempo la mujer enigmática y triunfal que embriaga los sentidos como el sol encerrado en la púrpura del vino. Mientras escuchaba la música de su habla, pensaba en la compañera ideal para hacer el camino de la vida, en la madre de mis hijos, en la amada inmortal del hombre y del artista... Era absurdo pero era así: recién la conocía y ya me sentía ligado a ella al tiempo que la incorporaba a mi destino.

De pronto ella se puso de pie:

—Debo irme —dijo— y tendiéndome la mano añadió — adiós.

Su silueta esbelta y armoniosa parecía una estatua animada en la mañana radiante. Su mano era cálida, firme. Los ojos se pusieron graves: no podía leer en su hondura misteriosa.

—¿Volveré a verla? —pregunté con timidez.

Gradiva me miró cordial, el relámpago de la duda cruzó un instante por sus ojos, y sus palabras resonaron con firmeza:

—¿Tendría objeto? Yo soy mayor que usted. El estudiante Mateo Montemayor debe seguir su camino.

Quedé aterrado. ¿Cómo explicarle lo que ella representaba para mí? No lo hubiera creído. La diosa griega estaba, ahí, con su mano en la mía, irradiando nobleza, encanto, motivo de amor y admiración, sin que mi lengua pudiera traducir mis sentimientos. Entonces vida y destino se rebelaron por los ojos, los celadores sin engaño, los defensores mejores cuando el alma vacila, y la miré con tal intensidad y pesadumbre que ella, comprendiendo intuitivamente mi penar, dejó abierto el horizonte:

—Tal vez nos encontremos...

Y se alejó con paso rítmico, con esa gracia indefinible de porte y movimiento que hermosea la figura amada. Sin voltear la cabeza. Ni me había ofendido ni me había dado esperanzas.

Gradiva es una diosa. La mujer perfecta. La amada imposible. Porque ¿cómo confesarle mi amor, si todo concita a separarnos? Es bello sin embargo y ennoblece pensar en la mujer soñada... Porque el fin trascendental del varón no son la rápida aventura, la soberbia conquista, el rendimiento de la fortaleza asediada, sino dación, entrega, la consagración del fiel caballero a su casta deidad, más amada cuanto más inaccesible.

He pasado la noche en vela, en diálogo sin término con ella.

OPTIMISMO HEROICO

Si refieren que aun acaricia el trino del poeta los oídos, que el artista se sumerge en sus reinos de cristal, que santo y filántropo erigen silenciosos sus torres de amor, regocijaos! Estos honran la condición humana.

Son pocos, porque la sociedad actual tritura al poeta, al santo, al artista, al filántropo: pide hombres de voracidad, no de creación interior. Y a éstos los aplasta, los detesta; si son débiles los desprecia. Sólo el animal de presa —el tigre, el oso, el halcón— tienen cabida en sus cubos murados de vidrio o en sus plazas extensas que surcan los aeroplanos sedientos de poder.

A no ser que el genio se comercialice, vistiendo libreas complacientes, sirviendo la mercadería que le piden, humillándose a quienes le son inferiores: entonces puede subsistir seguro y regalado. Prostituyéndose.

Pero no es cierto que la fe se haya perdido. Ceñimos coraza de dureza para no aparentar debilidad, mas el varón ama su alma, sirve un destino, cuenta el vaticinio de su porvenir.

Y aunque dureza, cinismo, maldad, egoísmo acrecentado hayan invadido las Tierras Jóvenes, debemos tener confianza en la gente americana: desviada momentáneamente, volverá a enderezar rumbo y destino.

Vivir es noble, aunque alas trágicas bordeen la sombra de los días. Y los idiomas opulentos, majestuosos, como árboles de grande sombra, aunque pocos profundizan su magma flexible y providente. Bello es vivir, renacer cada jornada como el sol a despecho de guerras y de crímenes. El hombre en la historia persiste inmortal: el portento es el signo de su permanencia. Lo oscuro se va, perece. Sólo queda el ascenso de las muchedumbres a la luz.

La risa de un niño, el vuelo de un pájaro, la ternura de la madre y de la esposa, toda cosa bella inscrita en la naturaleza o emanada del hombre, rescatan de miseria. No importa que Elohim, el serafín vencido, recupere los reinos terrestres. Las almas fuertes, libres, no sucumben a su hechizo.

Y ésta será nuestra misión: formar seres diamantinos, claros de esencia y de apariencia. Corazones ardientes, que no se avergüencen de adorar a Dios en los templos ni de velar por el prójimo en las calles. ¡Almas generosas! Las multitudes nuevas que llevarán su eléctrico mandato

a las figuras heladas de millonarios, banqueros, políticos, industriales, comerciantes, técnicos y sabios.

Porque no sólo razonando, en dinámicas ganancias se hace el hombre. Y las viejas civilizaciones que a la fría cerebralidad lo fían todo, pueden aniquilarse en el vórtice de su propia grandeza. Y día llegará en que cederán su monstruoso poder por un rayo de sol y de ternura humana.

Somos los despojados, los débiles, los subdesarrollados. Pero somos también los más puros, los más fuertes en sentido de futuro. Los que esperando ganan con su anhelo la siembra portentosa.

Libertad, soledad, reencuentro fraterno con los demás. Nunca olvidar el sacro mensaje del pensador: reina sobre el hombre una necesidad implacable, y su grandeza reside en que puede luchar con ella, y dirigirla finalmente a una conciliación después de largas fatigas y trabajos.

Luchar para conciliar: ¡qué hermosa tarea!

Que los hombres nuevos posean un optimismo heroico, aquel que sabedor de todo lo corrupto asuma vocación de combatiente responsable, y aunque el mal predomine lo afronte con entera decisión. Porque quien se desgarrar, ese se salva. Y nada es más grande que una lucha generosa sin codicia de victoria ni temor al infortunio.

FIDELIDAD

Estoy herido por el menosprecio de las viejas culturas y la explotación con que nos asedian las nuevas.

No quiero parecerme al ruso, al europeo ni al norteamericano. Quiero ser el hombre del Nuevo Mundo, sin inhibiciones somáticas ni espirituales. Distinto, porque fidedigno. Sin complejos para arriba ni para abajo.

Mestizo y mestizaje: nervio de América, razón del mundo. Porque siempre razas, culturas, religiones entrecruzaron.

El alma perpleja del sudamericano no alcanza a entender esta ley biológica de lo histórico: pueblo o persona que encabeza, expía su audacia en sufrimiento. Formarse es desgarrarse. Para ser nosotros mismos, requerimos una escuela de dolor y sacrificio.

No se trata de ser los mejores; se trata de alcanzar a los buenos y a los aptos.

EL MATERIALISTA EMPEDERNIDO

Un estudiante me ha dicho en son de reproche:

—¿Qué ideal nos han dejado? La política, el comercio lo envilecen todo.

Lo he mirado con tristeza:

—¿Y quién te dijo que el ideal se hereda? Búscalo en tus venas: brotará de tí cuando tengas la fuerza para proyectarlo al exterior. Comercio, política no hacen la vida aunque la alimenten. No reduzcas tu horizonte; hay muchas maneras de actividad en el alma del hombre y en la vastedad del mundo. Organiza la tuya con tu propia simiente, sin pensar en la ajena.

El ha insistido, ceñudo:

—No creo, no quiero creer. Todo es mentira... Usted defiende a los otros para justificarse a sí mismo.

—¿Por qué empeñarse en la negación si el sentimiento traiciona tus palabras?

—El sentimiento... ¡Bah! ¿Quién cree, hoy, en el sentimiento? Sólo con audacia, sin ataduras morales se alcanza el poder, y el poder es la única verdad. Esto lo vemos desde la escuela.

Este pequeño cínico, este mal digeridor de Nietzsche y de Sartre, sólo expresa la desesperanza juvenil del tiempo actual. Equívocos pichones de mandones: absorben, solamente, la oscura enseñanza de la lucha por el poder y no el sentido responsable de su aceptación y su desvelo.

—Escucha —he contestado—. ¿Si vieras a un amigo ahogándose en el río, tenderías la mano para salvarlo?

—¡Claro que sí! —ha dicho prontamente.

—¿Lo ves? Tu corazón te descubre: eres noble aunque te enmascaras de dureza. Pero la bondad es más difícil que la audacia. Niega, niega cuanto quieras. Una sola acción bella te salvará. Veo una luz en los ojos que te redime de palabras crueles, no sentidas aunque proferidas.

—¿Mateo, se está burlando usted?

—En absoluto. Cuando arrojes la cáscara de la petulancia y del cinismo aparente, madurará tu juventud. Serás de los buenos. Lo presiento.

—No me gustan los profetas. Me acerco a usted porque sabe escuchar sin enojarse, pero quiero serle franco: no me gusta su idealismo gaseoso ni lo que prometen sus ideas. Parece que vive usted en un mundo imaginario.

—Yo, en cambio, creo en tí. No importa tu desvío ni tu negación cuenta. Celebro que seas rebelde, que no quieras entregarte. A la hora tardía volverás a mí como yo regresé a los viejos maestros desdeñados.

El estudiante, reprimiendo un gesto de vacilación, ha dicho nerviosamente.

—Usted es un soñador trasnochado. De seguirle, sólo conseguiríamos ser apaleados, luego despreciados. Hoy el mundo quiere líderes enérgicos, dinámicos, capaces de todo!

—Nunca quise que nadie me siguiera. Soy el eterno aprendiz; ¿por qué me confundes con los que tienen destino de comando? Hornero, ciego, conduce dócilmente con su canto mejor que Alejandro con su espada victoriosa. Un "andante" de Beethoven cala más hondo el corazón humano que la estrategia del político soberbio. Y toda la ciencia del hacedor de millones no vale una lágrima infantil. Olvidas al hombre por el veneno de manejar multitudes.

El estudiante, enfurruñado, ha dicho:

—Mandar es mejor que soñar. Ustedes, los poetas, no comprenden que rectitud, belleza, generosidad pasaron a la historia. Hoy basta una fría visión del mundo, el don implacable del mando.

—Si miras bien, detrás del político atisba el demagogo, el disolvedor de armonías. Al soñador lo sigue el Ángel.

El estudiante ha estallado en sonora risa:

—¿Pero usted cree, todavía, en los ángeles?

—Con la misma fe que tu crees en políticos y banqueros.

Me miró, sorprendido:

—¿Cómo sabe usted que yo admiro a los banqueros?

—Política y amontonar dinero ¿no son lo mismo? Buscas el poder porque aspiras a tener fortuna; necesitas de la fortuna para acrecentar el ansia de poder. Dinero y mando son las drogas del moderno: ya estás bajo su imperio.

El se ha desconcertado un tanto. Ha callado unos instantes. Luego, sincero y grave, ha proferido:

—Quisiera entenderlo, pero no puedo; nos separan tantas cosas... Estudiando filosofía, me parece que usted es un platónico, recargado de helenismo y cristianismo. ¡Si todo fuera tan noble y tan armonioso! Ni veo ni entiendo esa supuesta arquitectura. Siempre me gustó Heráclito, la discordia, el fuego, la doctrina de la lucha sin descanso. Vivir es combatir, derribar, volver a edificar; la lucha de las desigualdades y las ambiciones. Justamente lo contrario de lo que usted predica: una colosal desarmonía.

—En cierto modo —he replicado— es así: pero también el combate y el desorden hacen su camino. Si crees en la lucha permanente, si el poder es tu meta, pues ya tienes el ideal que te faltaba: pelear, vencer, perder, volverse a levantar, seguir peleando. No es un ideal muy noble mas no deja de ser un ideal. ¡Y quién sabe para qué te servirá, a tí y a los demás!

El estudiante se ha despedido altanero:

—Yo soy joven, Mateo; puedo reírme de sus críticas.

Cuando se alejaba le grité:

—Confía en tí mismo, mas no te ensoberbezcas. Juventud no es impunidad, es una marcha sujeta al error y a la desilusión. Sé digno de ella. Ya ves que no todo es mentira. Por ahora soberbia y ambición te guían. ¡Cuídate, son peligrosas!

No me amargo. Veinte años atrás yo habría hecho la otra parte del diálogo. Creo en este joven levantisco. Y no me gustan los que siguen dócilmente, sino aquellos que se rebelan y avanzan solitarios.

LOS VENCEDORES

Este es nuestro material humano: el hombre joven de la joven América en marcha. Si fomentamos sus cualidades negativas, el balance dará pérdida. Si sabemos orientarlo, habrá ganancia segura.

Esos campos abandonados, esas fábricas descontentas, esas minas tumultuosas, esas muchedumbres anarquizadas, esos grandes vacíos naturales, esa tristeza de la frontera y de la aldea, lo son, en primer término, por la corrupción y la ineficacia de las ciudades.

Si pudiéramos articular otro lenguaje, enseñar nueva conducta, se formaría mejor el hombre americano, sería más apto para insertarse en las civilizaciones regimentadas y productivas que señorean el mundo.

Donde pongáis la mano hallareis la veta virgen. La naturaleza opulenta y varia, inmensa; el poblador sano y noble, capaz de altas proezas. Pero no se encontró aún el secreto para proyectarlos en esfuerzo solidario al porvenir.

Estamos pasando un largo túnel...

¿Llegará el día en que el impulso revolucionario de las patrias mestizas se transmute en pedagogía colectiva, en construcción civil? ¿Venceremos del engaño y del desorden? ¿Serán derrotados el demagogo y el mandón?

Debemos pensar que sí. Un ansia ordenadora, responsable, el trabajo compartido y solidario, la verdad en las bocas, la moralidad en la conducta nos darán patria mejor.

Afuera los pájaros cantan a la aurora.

El sol alumbrará muchas veces nuestro camino.

Y no es que cerremos los ojos a la dura realidad, ni que se desconozca las penurias que nos afligen: todo está por hacerse, tarea de gigantes lo que se ha de enmendar. Pero se comenzará con rigidez monástica: áspero con uno mismo, tolerante con los demás.

Y a mis hermanos de América diré con labio fraternal:

—Desatad el nudo que amarra vuestras gargantas: ¡orad, volad, cantad! Porque plegaria, sed de ascenso, música dilatan el horizonte de los pueblos.

Todos somos necesarios, nadie indispensable. El drama por superar es éste: que nadie se sienta isla dentro de la isla. Vuelvan el diálogo, la libre comunicación, la cordial convivencia. Que la gran Patria Continental sea una creación armoniosa, exilando la dentellada y el tumulto alevosos.

—Mateo —ha dicho un fantasma lejano— ¿quieres ser engañado una vez más?

—No importa —he contestado—. Puedo soportar la traición, el abandono, el olvido para labrar la felicidad de los que vienen. Somos tantos y dispersos. Nadie sigue al profeta pero el profeta prosigue su andadura.

DOS HOMBRES. DOS AMIGOS

He visto a los mejores caer devorados por el dragón de la necesidad.

Carlos Ledezma Guzmán: no hubo mozo de planta más gallarda ni desplante mayor. Personalidad irradiante, agregaba a la prestancia física el don innato del mando. Alto, delgado, musculoso; un joven Apolo que dominaba el boxeo, la natación, los caballos, el tenis. Un deportista con cabeza y sentimiento, además. Amaba la música, los versos, los bellos cuadros y las lindas mujeres. Era fuerte, audaz, acometivo. Se ganaba voluntades. Ensayó el periodismo y las letras con éxito. Todo lo hizo bien: buen oficial en la guerra, empleado apto en las oficinas, sagaz diplomático. Sabía mandar, organizar, era el primero en absorber los riesgos y en soportar las fatigas del trabajo. Infundía confianza a sus jefes, admiración a sus subordinados. Hombre brillante y eficaz a la vez, con algo de pionero y de dandy. Debió llegar muy alto.

Dos terribles enemigos le cerraron el paso, los mismos que le dieron sus mejores victorias: el mundo, el eros. Orgullo de los salones, imán para las mujeres, su tiempo se fue en conversaciones vanas y en conquistas sin término. El hombre de mundo y el don juan apagaron al ser espiritual. Es, sin embargo, un vencedor. También es justo reconocer que la fortuna le fue adversa: le dio todo sin concederle la cima.

José María Vidangos. Un mozo que no sobresalía por apariencias exteriores: todo él abierto a la tensión intelectual. Clara inteligencia, empeñosa voluntad, también como el otro culto y sensible, emanando simpatía, proyectándose en la juventud sobre la triple ruta del político, del financista, del hombre de sueños e inquietudes humanistas. El ámbito interior más vasto y resonante: un artista le acariciaba el alma. Perfecto en la amistad y en el diálogo. Le ví ascender lenta pero seguramente su destino: diplomático, diputado, ministro, finalmente gerente de una

poderosa firma industrial. Aun le dio la suerte dos cosas que pocos alcanzan: un hogar feliz, independencia económica.

Por fuera: un triunfador. Por dentro: un desencantado. El anillo de acero de los negocios y la preocupación oficinesca le han robado el corazón. Ya no lee, no mira el paisaje, no escucha melodías de Beethoven, no escribe. Trabaja, trabaja sin descanso. Es un prisionero de su oficio.

¿Y los dioses que habitaban la juventud de Ledezma y de Vidangos?

Fueron: ya no son.

La otra noche tropezamos los tres, después de mucho tiempo.

—¿Te acuerdas de Stenka Razin, de Sachka Yegulev, de Sánin, del Bolívar legendario de las mocedades?

Hemos hablado de los versos de Tamayo y de Neruda. De las sonatas de Beethoven que estremecían las noches lejanas. De Goethe, maestro sumo; de Hafiz y de Khayyam, los encantadores. Hemos recordado a Keyserling y a Spengler, a Unamuno y a Ortega, los excitadores de nuestra juventud. Revivimos los grandes partidos de fútbol, las bravas peleas, la lucha de cada uno en medio de victorias y derrotas por el ascenso en el mundo...

—Los sueños de entonces: ¿en qué medida se realizaron?

Nadie ha querido contestar.

—Sueños... ¡Oh! —ha dicho Ledezma golpeando la mesa con el puño— las horas que nos quedan a vivirlas, no a soñar.

Vidangos ha mirado nervioso el reloj:

—Tengo que volver a la fábrica: hay trabajo esta noche. Al despedirnos les he dicho simplemente:

—Esta noche no hemos dedicado un recuerdo a Gradiva ni a Ingeborg...

Ambos me han mirado sorprendidos:

—Mateo, soñador incorregible —dijo Vidangos— ¿todavía piensas en ellas?

Ledezma, el hombre fuerte, ha acentuado la presión de su diestra:

—Hasta pronto.

No sé si dos lágrimas temblaban en sus ojos o fue el cintilar de la luz en sus anteojos.

¿Quién es aquel que llega a ver su ideal? ¿Cuál realiza en plenitud vocación y tarea? A pesar de su dolor y sus contrastes, destino supremo es el del artista que enriquece su vida con su obra, en el puro goce desinteresado de crear.

Ledezma, Vidangos... ¿Quién podría decir si han caído o subieron más bien? Es probable que no se hayan realizado en el sentido soñado; es probable, también, que la superación les hubiera llegado de otro horizonte. No lo sé. Pero acudir a ellos es encontrar esas cosas que van desapareciendo del mundo: honor, capacidad, dignidad, simpatía. La hombría plena. ¿Qué importa que el creador se haya apaciguado en ambos? No todos pueden ser artistas. Y bien mirado, acaso es mejor que el artista magnífico, o el que realiza seguramente su vocación, aquel que hace su oficio y su tarea de hombre aun contra su ideal.

Mi respeto acrece por quienes no se dejan vencer por el hado. Vidangos y Ledezma son dos tipos estupendos.

ILLIMANICA OCTAVA

—El viejo está rabioso —dijo el doctor Meneses, jefe del partido de gobierno—. Hoy nos ha zarandeado a todos...

Bajaban las escaleras del Palacio de Gobierno y su secretario, el abogado Petricelli, joven despierto y leal al político le susurró:

—Doctor, tenga cuidado. No vuelva a llamarlo "viejo". Le harán el cuento y el Dictador se enfurecerá. Varias personas lo escucharon y bien sabe usted cómo le envidian el cargo.

Meneses se encogió de hombros como si le importara poco la advertencia, pero dentro de sí sintió un ramalazo de miedo. Romper con el Amo era despedida y persecución. Horrores.

Arrojó una mirada agradecida al secretario:

—Es el dueño y el prisionero del sistema —replicó a guisa de explicación. Ya no sabe otra cosa que vigilar, desatar persecuciones, urdir intrigas. ¿Despedirme a mí? Conozco todos sus secretos. Nadie lo serviría con mayor eficacia. ¡Bah! El, sin Meneses, es mitad de lo que aparenta. No se atrevería. ¿O cree usted...?

—Señor —contestó Petricelli— usted me ha enseñado que en política nada es imposible. Hay que tener cuidado.

Meneses y su secretario se alejaron con rápido andar. Ese mismo instante el dictáfono transmitía al jefe del servicio de seguridad del Dictador: "Sigán todos sus pasos. Quiero saber exactamente, lo que hace, con quienes se entrevista, si lo visitan militares y políticos". Toda la mañana, durante cinco fatigosas horas, el Amo concedió audiencias cortas y largas que suspendía a voluntad: embajadores, ministros, políticos, periodistas, amigos, economistas. Tenía la peculiaridad de interrumpir las entrevistas y entremezclarlas con otros asuntos; así el visitante se desconcertaba: "¿no le interesará lo que yo decía?" Esas pausas le servían para elaborar las decisiones finales. Manejaba hombres y cuestiones con mano pronta y dura. Nada de vacilaciones. "Vacilan, únicamente, los tontos y los débiles". Era hosco, burlón, gustaba asustar. Nadie podía preciarse de su amistad. Mantenía a distancia a las gentes y hostigaba sin descanso a los áulicos. Siempre solo, como reza la sentencia ibseniana: "el hombre fuerte es el hombre solo, y cuanto más fuerte, más solo". ¿Por qué lo seguían partido, fuerzas del orden, obreros, campesinos? Porque era un gran constructor, y toda la organización moderna del Estado, los avances sociales y económicos habían salido de su cabeza visionaria, de su poderosa voluntad. El país soportaba la tiranía como precio del progreso. Las minorías rebeldes, siempre descontentas, las mayorías satisfechas del orden, de la prosperidad. Pero eran nueve largos años de poder omnímodo y los excesos del mando, los abusos de los favoritos, el terror partidista generaban nuevas protestas.

Entran, salen, unas veces con la satisfacción pintada en la cara, otras humillados, ofendidos, descontentos. Larguísimas esperas. Presidentes hubieron educados, afables, de honda calidad humana, capaces de comprender la razón que induce al ciudadano a visitar el Palacio de Gobierno y pedir o exponer su caso. Eso era en otros tiempos. El Dictador recibía por una suerte de masoquismo: le gustaba hacer padecer al visitante, ponía el dedo en su llaga, lo destrozaba. Luego, indiferente, lo despedía con una evasiva o una promesa a largo plazo. Pero la corriente humana jamás termina, porque en estas democracias criollas donde vidas y haciendas dependen del favor oficial, nadie puede sustraerse al contacto con el señor supremo que el pueblo elige en las urnas para dictar su voluntad a los demás.

Un saludo, una audiencia, una promesa presidencial pesan cuanto el derecho a vivir. ¿El desdeñado? Enemigo para siempre. Y nadie es completamente libre en la seudocracia sudamericana, ni los ministros aparentemente todopoderosos que rodean al jefe del Estado, ni los pacíficos ciudadanos que necesitan del favor oficial. Todos viven prisioneros de la densa malla de

influencias e intereses que los envuelve. Cualquiera conoce o adivina las fatigas de la gente que ronda los pasillos del palacio; nadie sabe las torturas —mayores— que padece el hombre de gobierno. Si el Amo saludó menos ríspido a otro ministro, si concedió más larga audiencia a un segundo, si invitó a cenar a éste, si aquel obtuvo lo que a él mismo le fue negado; si las acciones personales suben o bajan en el partido gobernante y en las bancas del Parlamento; unos son hábiles para hacer dinero, otros en la adulación, aquellos en la intriga palaciega. ¿Cómo medir el punto exacto hasta donde puede avanzar el grado de eficiencia de un ministro? El Dictador quiere que sus colaboradores del Gabinete sean eficientes, rápidos, dinámicos; pero la mucha personalidad lo incomoda. "Si la política es el arte de resolver problemas — decía el ministro de Finanzas — es también, de contrafondo, la ciencia de desbaratar intrigas. Se pelea por dentro y hacia afuera". Ese asiento no le corresponde a ese otro ministro; me corresponde a mí. Y ese viaje, esa misión de privilegio, esa confidencia, esa charla secreta con el Presidente, esas minucias de la precedencia y el favor del que manda. ¿Sabe, nadie, el padecer de un ministro en pugna eterna con los demás, ansioso de sobresalir, entre todos, en el favor del gran mandón?

El Dictador hablaba poco. Prefería que los colaboradores expusieran sus ideas. Pidió la palabra el Ministro de Gobierno y denunció los preparativos de la revolución.

—Debe estallar en dos meses más — expuso —pero todo está bien controlado. Los cogeremos con los dedos en la masa.

Fue prontamente desmentido por el Ministro de Comercio:

—El colega está atrasado en treinta días; el movimiento subversivo, tengo datos precisos, se producirá antes de un mes.

—¡Usted no puede estar mejor informado que yo!

—Desgraciadamente lo estoy. ¿Sabe, el señor ministro, que en la reunión de anoche se acordó iniciar la distribución del armamento introducido por la frontera peruana?

El ministro de Gobierno saltó en su asiento:

—¡Es falso —expresó iracundo— no hubo tal reunión! Precise la fuente de información si quiere ser creído.

El ministro de Comercio sonrió con suficiencia:

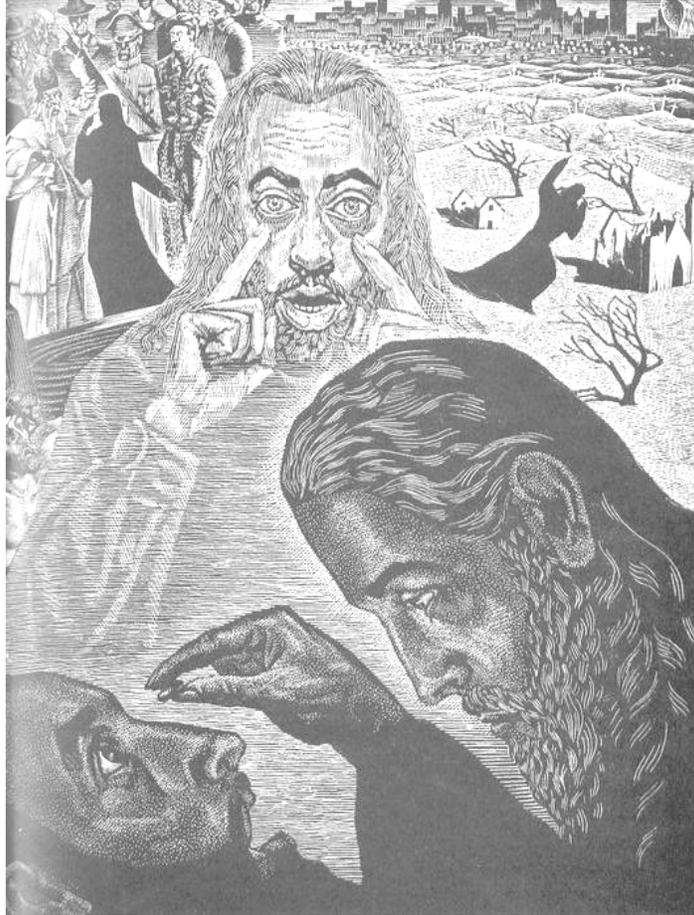
-Está en juego el honor de una dama, señor ministro, y yo soy un caballero. Mantengo mi denuncia pero no puedo revelar el origen de la información.

Un murmullo corrió por el Gabinete Ministerial. ¡Ah el afortunado que en lides de amor descubriría revoluciones! Una mirada general de simpatía rodeó al denunciante, en tanto el contrincante se achicaba en su asiento.

Siguió un debate, inclinándose la mayoría por la noticia lanzada por el ministro de Comercio. Pero el guardador del orden se defendía con habilidad haciendo vacilar a los más convencidos.

—¡Basta! —profirió el Dictador inclinando la cabeza toruna sobre la mesa y mirando al fondo en forma inquisitiva—. Sé quién le dio la información a usted (al ministro de Comercio) y sé quién lo engañó a usted despistándolo (al ministro de Gobierno). La revolución estallará antes de un mes.

El ministro de Comercio se puso rojo: su secreto estaba descubierto. El de Gobierno empalideció: había sido burlado y el Amo no perdonaba a los ingenuos.



Grabó Víctor Delhez

"Se pelea por dentro y hacia fuera".

La sesión continuó en modo normal. Se atendieron diversos asuntos administrativos: decretos, contratos, resoluciones. El Canciller quiso disculpar una "gaffe" del embajador de Nordlandia, pero fue interrumpido por el Presidente: era un desacato más que una falta de etiqueta. Se daría 24 horas al insolente para salir del país. No importan las consecuencias: primero es la dignidad de la Nación.

Una onda cálida circuló por los asistentes. El Dictador creció en la admiración de los ministros. Podía tener muchos defectos — y los tenía, sin duda — pero en las grandes situaciones, aunque Mandatario de un país pequeño sabía enfrentar a los representantes de Estados mayores.

Todos querían quedarse, siquiera unos minutos, segundos con el Presidente después de la sesión de Gabinete, pero éste los despidió con un seco "Buenas noches" y se retiró a su despacho.

Meneses abandonó el palacio acompañado por el ministro de Educación, miembro de su partido.

Doctor —manifestó el Ministro— ¿qué ha sucedido? El Presidente no le ha dirigido la palabra en toda la sesión. ¿Existe algún motivo de distanciamiento?

El jefe del partido gobernante, con falsa risa, contestó rápido:

—¡Nada, nada, absolutamente nada! El estaba caviloso, simplemente. ¿No vió usted que me hizo un ademán afectuoso al despedimos?

Había sido al contrario: arrojó una mirada final a todos los Ministros y saltó, deliberadamente, al doctor Meneses. ¿Cómo ignorarlo? El ministro de Educación estimaba a su Jefe y no quiso aumentar su preocupación.

Meneses se fue a una reunión del partido, belicosa como de costumbre. Después de nueve años es difícil contentar a todos. El partidario —y con mayor fuerza los líderes— exige mucho, rinde poco. ¡Qué difícil es mantener el equilibrio entre ambiciosos, intrigantes y desesperados! ¿Y por qué estoy aquí, haciendo de pararrayos, debiendo soportar toda la carga de iniquidades que El comete? Si no le debiera la fortuna que hice a su lado... Estaba encadenado al mandón.

Petricelli entró corriendo a la sala. Era una información urgente y lo sacó al pasillo.

—Doctor: es lo que usted temía. He tenido que enamorar a la doncellita para arrancarle la verdad. El ministro de comercio visita a la amante de usted por las noches. Tengo la evidencia de que se trata de la señora Carlota.

Meneses prorrumpió en exclamaciones de furor:

—Ah pérfida, maldita, desgraciada! Engañarme con el rufián ese... (Tan hermosa, tan arrogante, tan exquisitamente femenina. Cómo había endulzado sus horas de luchador...! La traidora). Ahora le contará mis secretos, lo hará fuerte con las armas que yo le dí. Y el desgraciado quiere saltar de la sub Jefatura al primer cargo en el Partido: desplazarme, a mí, a quien todos deben lo que son, porque sin Meneses no hay partido!

Petricelli compadecía a su jefe. Más éste reaccionó velozmente. Le ordenó que fuera a su casa y lo aguardara allí. Él terminaría la sesión del Partido. Esa misma noche planeaban la intriga necesaria para desacreditar al Ministro de Comercio ante el Dictador. "A mí no me vence fácilmente. Veremos quién puede más."

Pero la imagen de la bella traidora lo perseguía sin descanso. Reprimiendo una maldición ingresó a la sala y presidió nuevamente la sesión.

En otra casa de la ciudad, se reunía un grupo de oficiales del Ejército bajo el mando de un joven General:

—Camaradas — manifestó el General, un hombre de fisonomía atrevida y simpática — ya hemos soportado muchos años al Dictador. Nuestra Patria está envilecida por los abusos del tirano. Debemos derrocarlo. Yo reconozco las virtudes del líder de la oposición, a quien sus seguidores llaman El Jefe, es un hombre superior, un idealista, pero no debemos dejar que las fuerzas armadas vuelvan a empantanarse en el partidismo civil. Ellos que hagan su revolución, nosotros haremos la nuestra. Rompan contactos con los opositores. Nos alzaremos solos.

Los oficiales deliberaron largamente y al cabo acordaron respaldar la tesis del general: conspirar solos.

Más cautos que los civiles resolvieron organizar las bases de rebelión en el interior del país. El golpe sería en la sede del gobierno, pero los preparativos se harían lejos, y al fin todos los movimientos de sector convergerían a la capital.

Entonces, paralela a la actividad de los civiles, comenzó a moverse la maquinaria militar, también larga y silenciosamente incubada.

Terminado el gabinete del Dictador, Juan José Iriarte, ministro de comercio, voló a la casa de su amiga.

La hermosa mujer lo acogió con magnífico desplante:

—El éxito se lee en tus ojos, Juan José. Cuéntame, cuéntame detalles.

—Lo apabullamos, querida, no pudo defenderse. Quiso discutir conmigo. Se enfureció. Me amenazó. Luego exigió que diera la fuente de información... ¡Figúrate, delatarte a tí! Le dije que yo era un caballero y que jamás daría el nombre de la informante. Lo dejé seco. Los colegas, todos de mi parte. Y al final el golpe teatral que nadie esperaba: el Viejo dijo que sabía quien me había dado la noticia (esto no es verdad, Carlota, no es verdad, querida) y también cómo se había engañado al ministro de Gobierno.

—No sabe nada — dijo la mujer —. Es su táctica para asustarlos a ustedes. Los domina porque es el más inteligente.

Tranquilizado, Iriarte cogió las manos de la bella, las cubrió de besos y se entregó a la embriaguez del triunfo:

—¡Imagínate! Todos pendientes de mis palabras. El muy bobo rojo como un camarón, atropellándose en cuanto decía, echando chispas por los ojos. El Presidente lo miraba cruel y agresivo, como gozando en la confusión del encargado de custodiar el orden que sabía menos que el ministro de Comercio. ¡Ah, qué gloria! Cuánto te debo, queridísima, cuánto... Eres estupenda. Ahora sí que estoy seguro de vencerlo como vencí a Meneses: a uno le quito la amante y al otro le arrebató el favor del Dictador. ¿No es admirable?

La señora Carlota se irguió en su espléndida apostura. Encendió un cigarrillo y paseando por la estancia detuvo al excitado con una risa burlona:

—¿Que tú le quitaste su amante a Meneses? ¡Tonto, mil veces tonto! Yo dejé a Meneses porque me cansé de él. (Nadie sabrá, nunca, que lo encontré besando a mi sobrina, nadie conocerá mi humillación. No pararé hasta verlo en el patíbulo). No hables disparates. Tampoco creas que será fácil derrotar a Riva Palacio, el ministro de Gobierno. Es más ducho que tú, y te ha de tender muchas trampas. No te duermas, vigílalo. Y no vuelvo vas a decir que me ganaste, porque la verdad es que yo me dí, porque quise, y hasta cuando quiera. No olvides que el día que se me ocurra iré donde el Dictador y él estará a mis pies, como tú, como Meneses...

Iriarte miró con recelo a su amante y todo su entusiasmo se vino al suelo.

—Está bien — barbotó —.Tú diriges, yo — te seguiré. Pero no me prives de tus besos, porque muero.

Se aproximó, afectuoso, mas la bella lo detuvo con un gesto despectivo.

—Primero tienes que derribar a Meneses, quitarla jefatura del partido. Después te diré cómo enredaremos a Riva Palacio. Y hoy no me harás el amor en castigo por tu insolencia.

Y los ojos verdes, de gata, enormes y huraños, despedían fulgores de cólera.

El ministro de Comercio contemplaba con admiración a la hermosa mujer. La deseaba, la adoraba. ¿Qué era la política junto a ella?

Él salía pocas veces del Palacio. Poseía sus hombres, cientos, miles de tentáculos que recorrían el país y lo informaban de todo. Y aunque su mente despierta estaba como repartida en la vasta extensión del territorio y hasta el total perímetro de la ciudad, su voluntad se concentraba en el punto preciso donde debía ajustar al adversario. Era famosa su frase: "Primero acabamos con éste y después buscamos a los otros". A los enemigos decididos los aniquilaba sin contemplaciones, no por el burdo asesinato, sino por medios más sutiles: desquiciaba sus hogares, hacía quebrar sus negocios, promovía incidentes físicos o judiciales que desprestigiaban a las víctimas, impedía que les diesen trabajo. Pocos eran, como El Jefe, los que podían oponerse al

Dictador; aquel era rico, de moral intachable, lo quería el pueblo, lo admiraban los estudiantes. "Señor: está creciendo mucho, se está haciendo peligroso." El Presidente los miraba con desprecio: "¿No se han dado cuenta que no es un político, si no un soñador? Este se va a destruir solo..." Lo preocupaban más el jefe del Partido Verde y el jefe del Partido Azul, hábiles políticos que le tendrían mil trampas; y ese general de aviación que iba cobrando ascendente en los oficiales jóvenes y en los campesinos por sus ideas de justicia social. A todos les llegaría su turno: la máquina infalible del poder da cuenta con todos los que se le oponen. "No tengo amigos, sólo servidores." Después de nueve años había que inventar un nuevo juguete para entretener a las muchedumbres, algo que fuera más allá de las primeras medidas nacionalistas... Pero extremar lo social dentro de lo económico, ¿no equivalía a debilitar la concentración de poder necesaria a sus fines? Un nuevo juguete... El ejército civil... La militarización de las escuelas... El servicio público, obligatorio... Primero poner en fila a los que me colaboran; ya se están independizando en exceso. Voltar a Meneses.

Se abrió una puerta lateral y por ella penetró la señora Carlota, elegante y muy hermosa. Se sentó en un amplio sillón con el arte consumado de una modelo descarada: la falda un palmo encima de las rodillas, el busto firme, insinuante, como en las fotografías de la Gina y de la Loren.

El Amo echó un vistazo despectivo a la hermosa. Se frotó la frente con la diestra y con los ojos cerrados dijo brutal:

—No me interesan tus piernas ni tus senos. ¡Habla!

La señora Carlota tragó la afrenta. Se dominó. Luego con voz serena informó todo cuanto sabía. Pero conforme avanzaba en su exposición un secreto viento de venganza le recorría cuerpo y alma. "Lo abandonaría, sí, lo abandonaría." Seguían las informaciones.

—¿Es todo? — preguntó el Dictador impaciente.

—Es todo.

—¿Y no pudiste arrancarle nada al general Solórzano?

—Ese bruto está enamorado de su mujer. Ni siquiera quiso salir conmigo.

—Enreda al hijo; es un muchacho que se embriaga y hablará.

—Lo intentaré.

Un golpe seco en el escritorio y la voz imperiosa:

—¡Lo harás!

La señora Carlota fue despedida. Salió resentida, furiosa. "Viejo idiota: te crees el más fuerte. Yo puedo arrastrar a muchos hacia donde yo quiera. Nadie sabe que eres mi tío; Tengo tu sangre, y la sangre joven vencerá a la sangre vieja. Viejo idiota!"

El sábado ocurrieron muchas cosas en la ciudad. El Dictador recorrió los cuarteles. Los jefes de los partidos de oposición se reunieron para acordar nuevos planes. Una huelga de los fabriles en Achachicala fue aplastada antes de producirse. Los estudiantes salieron a las calles, rompieron vidrios y apedrearon automóviles. Un camión rompió los frenos en la Jenaro Sanjinés y fue a estrellarse contra la verja del templo de San Francisco: dos muertos, seis heridos. Inundaciones en el Beni, sequía en Santa Cruz, cabildo abierto en Sucre porque no se atienden sus problemas. Los periódicos acumulan calamidades. Se suspendieron los vuelos internacionales debido al mal tiempo. Los mercados se alborotaron por el alza de precios de los víveres. En tres ministerios, ceremonias de firma de sendos convenios de ayuda exterior para el desarrollo. Incendio de una fábrica de pinturas: sin víctimas, trescientos mil dólares de pérdidas, todo asegurado. En cancha barrosa, con fina lluvia, "Bolívar" vence a "Wilstermann" por dos goles a cero. Peleas y contusos. La exposición botánica muy visitada. Un concierto musical con regular

asistencia. Las muestras de pintura atraen público. El viejo John Wayne, la bella Sofía Loren, James Bond y Claudia Cardinale agotan las boleterías de los cines. En los barrios pobres los chicos patean pelotas de trapo, los trabajadores beben, cantan, se divierten, las jovencitas preparan sus galas domingueras. Deslizamiento de tierras en Miraflores. Los torrentes acrecentados por las lluvias inundan algunas casas y arrojan las piedras de los cerros a las calles: gran movilización de las cuadrillas municipales. Muchos matrimonios, muchas fiestas familiares. Nadie ha preguntado cuántas personas fallecieron y cuántas murieron: un Ángel inscribe con pluma invisible 73 y 108. Los contrabandistas del mercado negro jugándose el pellejo metieron, de noche, varios bultos: ahora disfrutan de su audacia. Conferencia en la Universidad: el escritor Fernández denuncia los abusos del régimen con valentía y precisión. Los estudiantes lo sacan en hombros. Llega la policía y escritor y estudiantes son apresados. Se anuncia la próxima llegada de un presidente extranjero: inmediatamente la población se divide; unos lo aplaudirán, otros le arrojarán huevos y tomates. Los chóferes de los viejos omnibuses se mueren de envidia cuando se ven aventajados por las poderosas máquinas de los nuevos omnibuses. En el largo trayecto de Calacoto al centro urbano, los pequeños "volkswagen" se desesperan cuando los sobrepasan los raudos "chevrolet". Y los salones de baile y las cafeterías se pueblan de parejas ansiosas de olvidar las fatigas de la semana. Y los ricos echan su dinero y los pobres se pegan a los receptores de radio para oír la vida que no pueden vivir. Y el periodista Billy recibe plata con una mano para golpear con la otra al que le mandan. Y el comentarista radial Don Juanito se vengará de quienes lo saludaron mal. Y el diputado Quillares, aceitunado y amariconado, sigue urdiendo maldades con su pluma falderilla. Y los hombres de negocios, fumando ricos habanos, proyectan nuevas operaciones provechosas. Y los hombres audaces urden revoluciones, intrigas, desafueros, porque el mundo es de los audaces. Y las mujeres castas se recogen en el refugio del hogar, mientras las otras se divierten como pueden. Porque el sábado se hizo para eso, para olvidar las miserias del rudo pasar. Y también la ciudad se engalana y moviliza los días, las tardes, las noches sabatinas, como si quisiera recoger las cien mil vibraciones por segundo que la ansiedad y la ilusión ponen en los corazones sobresaltados. Y si quieres tomarle el pulso a la ciudad, lo harás desde las horas tempranas cuando despiertan los mercados, hasta el nocturno ajeteo que se inicia en el crepúsculo. El hoyo vibra, se agita, se desplaza en grandes ondas concéntricas y en corpusculares flúidos de materias casi inmateriales. El sábado la ciudad y sus gentes vuelven a nacer. Pero ésta, la nuestra, aunque no posea la extensa gama de diversiones y variedades de otras mayores, tiene mayor intimidad, porque cada cual ha de sacar de sí la fuerza motora que lo proyectará en la general alegría de su morada secular.

—Usted me está minando el cargo — dijo Meneses irritado.

—¡Doctor! —replicó el ministro de Comercio— ¿Cómo puede usted decir eso? Pero si yo le debo todo lo que soy. La última vez que el Presidente nos reunió en palacio, justamente yo le dije que Meneses era insustituible en la dirección de nuestro partido. Recuerdo que estaban presentes Nicolás y Gonzálvez: pregúnteles...

—Me lo avisaron. Pero ellos y usted callaron lo ocurrido en la reunión secreta de la Célula Mayor: usted habló de rotación de hombres, del cansancio de los nombres. y la alusión estaba dirigida...

—¡Doctor! — interrumpió el ministro de Comercio — pero si no se trataba de usted, porque...

—¡Cállese, estoy hablando! Sé perfectamente los pasos que se dan por todas las figuras del partido. No lo he llamado para discutir, si no para notificarle que una nueva demostración de deslealtad de su parte y romperé toda relación con usted. Yo no admito ingratos ni traidores a mi lado.

El ministro de comercio, rojo de vergüenza o de indignación; se esforzaba por no estallar:

—Señor Meneses, cómo me apenan sus palabras. Qué injusto es usted. Nadie le ha servido con mayor lealtad que yo. ¿Acaso ha olvidado usted las grandes jornadas? Cómo es posible, señor: dar crédito a los intrigantes que intentan dividirnos...

Meneses paseaba nervioso por la estancia con las manos en la espalda. De pronto se detuvo y mirando fijamente a su interlocutor barbotó:

—Está bien, olvidaremos las diferencias. Usted sabe que si caigo yo, caerá también usted. Sabemos quien ideó y quien ejecutó el "affaire" de los tractores; ¿no es cierto? Bueno pues, que no se le olvide a usted tampoco. Ahora necesito que me averigüe con quienes cenó anoche el Dictador y qué acordaron. Un camarero me dijo que hablaron de mí pero no retuvo bien lo dicho. Averíguelo. Y mándeme otro joven del partido; desconfío del actual.

El ministro de comercio se inclinó servilmente:

—No sabe usted lo feliz que me hace recobrar su confianza. Doctor Meneses: el Amo está enfermo. No durará mucho. Todos esperamos que usted será el sucesor. ¡Usted!

Meneses lo miró desconfiado:

—Seamos realistas — dijo —. Lo que ahora interesa es no perder la dirección del partido.

—Señor —balbuceó el Ministro de Comercio— yo quisiera explicarle algo, algo que me atribuyen sin el menor viso de verdad. Yo nada, nada... es decir la conozco, naturalmente... pero... en realidad es sólo amistad... Yo nada tengo que ver con la señora Carlota...

—Señor Ministro — cortó Meneses tajante — los caballeros no mezclan a las damas en sus diferencias. Buenos días.

Pequeña victoria. El jefe del partido de gobierno había dado dos lecciones a su rival.

Manejando su "Mercury" fue a visitar a su amigo Germán Luciales, el jefe de policía. Este habitaba una gran residencia Con jardines en Calacoto. Era ya noche avanzada. Perros amaestrados y agentes de civil vigilaban la residencia. Detuvieron a Meneses varios minutos y cuando el político comenzaba a impacientarse apareció un sargento presuroso:

—Perdone usted, doctor. Hemos cambiado el personal de vigilancia esta mañana. No lo conocían...

Luciales lo acogió con sincero afecto. Eran camaradas de veinte años, en las duras y en las maduras, sin una falla. Lo que siempre le admiró y le envidió el jefe del partido, era su sangre fría, su absoluta serenidad para enfocar los acontecimientos. Y fue precisamente con ese magnífico aplomo que lo recibió:

—Pedro — expresó — esta vez la crisis va en serio. Sé que el lunes me cambian de destino. Me reemplazará un hombre de confianza del Presidente. Presumo que fue sugerido por el Ministro de Comercio. ¿Por qué, el Amo, que antes no podía soportarlo, ahora acepta todas las sugerencias de este bribón? Meneses recibió el impacto sin ocultar su temor.

—Esto es grave — replicó — verdaderamente es grave. Tú tienes en las manos todo el control de la situación. Con otro, nuevo, y adicto a ellos, estamos perdidos.

—Yo lo reo, también así...

—¿Cómo podríamos parar el golpe?

—Es tarde ya. El Presidente ha firmado el decreto nombrando al nuevo Jefe de Policía. Lo posesionarán el lunes.

Meneses calló recorriendo la estancia en silencio. Luego cauteloso aventuró:

—¿No crees en la posibilidad de un golpe? Todavía tenemos en nuestras manos las fuerzas del poder.

—Lo he pensado — contestó Luciales — pero es imposible. Los obreros, los campesinos, las milicias civiles, aun los partidos que le temen y lo odian estarían con él, no con nosotros. El representa la estabilidad, el orden, palabras mágicas que acobardan a los hombres. Sería una aventura suicida. ¿Por qué no te vas al exterior?

—Tendré muchos defectos — arguyó Meneses — pero cobarde no. Afrontaré las cosas como vengan.

—Eso esperaba de tí — agregó el jefe de policía —.Tampoco a mí me aguardan días tranquilos. Me destina a un puesto fronterizo. Investigan mis actos en la jefatura. Perseguirán a mis colaboradores. En fin: como tu dices: afrontemos los hechos.

Iban ya a despedirse, después de una larga conversación sembrada de cálculos y conjeturas, cuando Meneses preguntó a Luciales:

—¿Averiguaste algo de la señora Carlota?

Germán Luciales se turbó un instante. Luego recordó suavemente:

—Yo te había dicho que no pelearas con ella. Tengo la evidencia de que es la amante del ministro de Comercio. Más te sorprenderá saber que la otra noche, por una puerta secreta de palacio, visitó al Presidente...

—¡Imposible! — manifestó Meneses —. Lo odia a muerte.

—También yo lo creía así. Pero lo ha visto y no una sola vez.

—Entonces, la muy perra, jugaba a tres ases: con el Presidente, conmigo, con el ministro de Comercio!

—Olvídala — aconsejó Luciales amistoso —. Es una mujer soberbia pero peligrosa.

Mientras subía de Calacoto, por la avenida iluminada y solitaria, cruzándose de vez en cuando con otros vehículos, Meneses meditaba. Matarla, sí, matarla. Todavía tenía la llave de su casa. Podía entrar y sorprenderla, matarlo al rival también. ¡Bah! Solución cinematográfica. Tenía mujer, hijos y no podía arrastrarlos al escándalo. Los amaba, a su modo egoísta, sin renunciaciones. Eran los suyos. ¡Pero qué hermosa era Carlota, la traidora! Acariciar sus piernas: la delicia más grande del mundo. Y sus besos... Y esos ojos verdes, pérfidos, en los cuales naufragaba su voluntad. Entregarse precisamente a su rival, y hacer la espía para el Dictador. ¡Santo cielo! Si era un monstruo de traición... Olvidarla, sí, como aconsejara Luciales. Habían cien mujeres bellísimas que vendrían a su lado, si él se lo propusiera. Cien más como ella, la pérfida, ninguna. ¡Al diablo las mujeres! ¡Me quitarán la jefatura del partido, comenzaré de nuevo, desde abajo y tumbaré al viejo. El tiempo juega a mi lado. Soy joven todavía. Podré vencerlo, a él y a todos los lacayos que se humillan en su torno. Podré vencerlo, podré vencerlo..."

En la curva de Rosasani, dos cuerpos echados de bruces en el camino le hicieron detener el vehículo. Frenó y se disponía a descender, cuando se le acercaron tres hombres con pistolas y los cuellos de los abrigos suspendidos para esconder las caras.

—No se mueva, doctor — dijeron mientras los otros dos se levantaban burlones —. Sólo queremos prevenirle. Usted ha sido bueno con muchos de los nuestros. Usted no es un verdugo como el Viejo. Retírese del gobierno antes de que sea tarde. La hora de la venganza se acerca. Váyase. No siga con los verdugos del pueblo.

—Gracias — dijo prudentemente Meneses —. Señores: buenas noches.

Y el "mercury" se perdió velozmente en el camino.

El defecto de las conspiraciones y los conspiradores, en las tierras vírgenes de América naciente, es que son muchas, paralelas, divergentes. Y los hombres tantos...

Conspiraban, en el partido de gobierno, unos para voltear al Dictador, otros para ganar poder a su lado, algunos tentando contactos con la oposición. Los de abajo conspiraban más y se dividían mayormente: con militares, sólo entre civiles, en agrupaciones de partidos, en movimientos puramente obreros, en frentes juveniles y osados que carecían de buena conducción. Los líderes proliferaban, todos querían mandar. Muchos eran los entusiastas, pocos los sacrificados y esforzados. Cada noche son miles los que no duermen pensando cambiar las cosas, cada mañana muchos asimismo los que se levantan ansiosos de pelea y de victoria. Porque Sudamérica — y en ella este país, y en él esta ciudad — es una lucha incesante por el cambio, la mudanza, todo cuanto signifique agitación, renovación. ¿Quién pudo decir que no fue, alguna vez, revolucionario, de hecho o de intención, si la revolución, gran culebra sacra, habita en el interior del sudamericano, propicia siempre al estallido? Porque no importan los lamentos de Chopin en el civilizado o las quejumbres del charango y de la quena en el nativo; sino que la sangre se tensa y se alborota en todos los hijos de Dios cuando la injusticia y el abuso reinan sobre la tierra. Y entonces las cosas vienen porque sí. Y el pueblo tranquilo, la ciudad febril se orientan hacia nuevas metas de felicidad, vedadas o fidedignas. Y es por ello que no es inútil ni se pierden nunca las grandes energías de los inconformes que pretenden cambiarlo todo, aun a sabiendas de que serán devorados en la tremenda empresa. Porque los elegidos para conducir saben — criaturas trágicas — que son escogidos también para sufrir y expiar las culpas de todos los demás. Y la revolución, que devora a sus hijos, a los mejores, porque prefiere que los otros se maleen en el gobierno y el uso y abuso del poder, es la gran madre trágica que mata para dar vida, vive matando y renaciendo de muertes sucesivas, destruye para subsistir. Y quien no se acercó a ella, quien no absorbió su mensaje trascendental de riesgo y sacrificio, no es hombre entero ni mujer completa porque ignora el oráculo heraclíteo: todas las cosas provienen del fuego, del combate. Un solo varón vale por treinta mil si es capaz de riesgo y sacrificio. El destino es la necesidad. Y la discordia sostiene el mundo. Y el astro y el hombre son fuego comprimido. "Polemos", el combate es el padre de todas las cosas. Y el que vive cerrado en lo suyo, ignorando la virtud de exhalación hacia el mundo, hacia sus seres, no es digno de nombre ni renombre.

También el Gran Padre Blanco conoce tristezas, pesadumbres. Suele cargarse con la iniquidad y la miseria de los pobladores de la hoya. Sufre como ellos, sufre por ellos. Absorbe sus se-cretas corrientes pesarosas. Se cubre de nieve para esconder su llanto y su amargura. Entonces los días grises, los vientos helados, la atmósfera saturada de electricidad.

Y esos crepúsculos que lloran sangre, esos encuentros mágicos del día y de la noche, esos combates a espada de la luz y de la sombra, al pie del Dios Inmóvil, son en verdad el dolor del mundo, la pesadumbre de la ciudad que acude al numen tutelar en demanda de amparo y de consejo.

"Illimani" sufre y comparte con nosotros. Venévalo: de sus cimas empinadas baja la Vida, baja la Muerte, hermanas del hacer humano. Compréndelas.

RESTITUCIÓN DE LA CONFIANZA

¿Lo que necesitamos? Un nuevo coraje para la mente anohecida. Volvamos a escuchar el grito desgarrador de Karamazov:

—¡Si todos no se salvan, qué importa la salvación de uno solo!

Podemos ser arquitectos en el derrumbe o edificadores de convivencia.

¿Por qué vivimos asustados? Asediado por problemas, dudas, temores, el encobardecido no encuentra su camino. Los peligros lo asedian, la desconfianza lo atenaceaba. El Estado moderno ha engendrado una sociedad cruel, rígida, monótona, opresiva. Nadie le dice que se puede ser feliz lejos de la concentración de poder y de la planificación de las riquezas. Que es preciso partir del hombre para ordenar la sociedad. Una civilización que gasta U\$. 14.000.000.— de dólares por hora

en armamentos ¿cómo podrá guiar hacia una meta de salvación? Nadie quiere ver que al varón de presa debe suceder el varón de responsabilidad. La fuerza nos ha hecho intolerantes.

¡Miremos en nosotros mismos: allí comienza la vorágine moderna! El sensualismo de los artefactos caros y los placeres baratos ha envenenado a los seres humanos. Se atribuye todo al Estado porque se ha perdido esa fe misteriosa en los hombres que hizo posible al Cristo iluminado.

El mundo requiere un nuevo estilo de verdad, de concordia, de moderación interior frente al externo frenesí.

No desesperar del hombre: exigirle una tensión constante.

No dejarse dominar por el pánico: afrontar intrépidamente los riesgos de disolución

No caer en pesimismo ni en inercia: porque sólo quienes luchan y se esfuerzan son dignos de salvarse.

Lo que no se ha aprendido todavía: que del corazón de los hombres nacen bonanzas y catástrofes.

¡Menos cosas, menos ambiciones, menos sed de grandeza y poderío!

Una sonata de Mozart contribuye mejor al equilibrio del mundo que un texto de Marx.

Un paisaje esclarece la inteligencia más hondamente que el espectáculo de una fábrica en marcha.

Un poema liga las almas cuanto no lo hace un código de leyes.

No importa que la muerte aceche en las yemas de los dedos que oprimirán los botones destructores. Aun rodeados por tinieblas, debemos esperar que aun habrá una aurora más.

Porque ésta es la suprema inteligencia del hombre: batirse por la libertad de comprender y no abdicar jamás de la voluntad de dignidad en el reposo y en el esfuerzo.

Si el mundo real nos hiere, el mundo ideal nos restituye.

Apesar de sus angustias, de sus cotidianos problemas, de las horas de confusión y extravío, la joven América no admite el fin del mundo ni sepultará la civilización.

No es que desconozcamos la realidad lacerante que nos circunda, ni el peligro de aniquilamiento en torno. El hombre vive alejado de Dios. Pero aun sabedores de fatalidad, queremos ser portadores de dicha y de esperanza.

Y ésta será nuestra tarea: restituir la confianza, volver un sereno valor a las mentes ensombrecidas.

DOS TENSIONES

La maravilla de la antigüedad, es que eran pocos.

Nosotros somos tantos, en progresión multiplicadora, que nadie podrá abarcar ni definir lo que somos, cuánto hicimos. Gentes, acciones aparecen y se borran: huracanes que siguen a huracanes, multitudes que aplastan multitudes.

¡Gózate de habitar la gran extensión americana, donde todavía el hombre es habitante, no número!



Grabó Víctor Delhez

“... una sociedad cruel, rígida, monótona, opresiva”.

DEL POLÍTICO

Así como en física, mientras más se ahonda menos se comprende porque materia y energía se desvanecen en abstracciones cada vez más sutiles y remotas, nadie, en política, dirá que ha entendido el juego si se atiende a su abismal profundidad.

Nada supone que unos se mantengan en el poder y otros sufran por el llano. Muchas veces quienes se piensan dueños hacen de esclavos, y el desvelo acecha al poderoso mejor que al necesitado. No hay leyes ni sistema para manejar a los hombres. El más avisado puede fracasar en las tareas de gobierno y el torpe o lerdo persistir. Tiene más de fantasmagoría que de ciencia. Un factor imponderable puede alterar todos los supuestos lógicos del cálculo razonado. Es ilógica, inesperada, sorpresiva siempre. Poco significa que un conductor se mantenga airoso en el potro: es su obra lo que cuenta. Y si algunos piensan que la frialdad, la capacidad para maniobrar, la dureza son la coraza del político, una chispa de indignación, un sentimiento noble que se propagan de alma en alma, bastan para derribar al más fuerte. La fortuna, veleidosa, reparte sus cartas falsas: nadie sabe por qué unos duran mucho y otros apenas.

—La política es un juego — alegó Bernardo — y como todo juego tiene sus reglas.

—Sí — repuse — pero esas reglas no son rígidas ni permanentes; mudan sin cesar.

El me miró desafiante:

—Un político experto puede afrontar cualquiera situación.

—Afrontar no significa resolverla...

Y mientras escuchaba su extensa perorata meditaba en su accidentada trayectoria de caudillo popular. Bernardo Filandro había sido dos veces Presidente, varias hombre fuerte del gobierno, muchas conspirador. Conocía perfectamente las dos caras del poder y la oposición. Era valiente, inteligente, voluntarioso. Urdía sus planes sin descanso y luchaba tenazmente por verlos realizados. De opositor era temible: se multiplicaba ante el peligro. De gobernante le ocurría lo que a muchos conductores instintivos: la fruición del mando frenaba su aptitud de constructor, y una vez arriba los planes de Estado se entorpecían por su dedicación al partido, a la actividad proselitista, al pequeño y agobiante mundo de las cosas pequeñas donde naufragan las mejores voluntades. Al estadista sucedía el cacique. Enredado en intrigas y maniobras mezquinas que él pensaba desenredar a maravilla, su mayor tiempo transcurría en la fatiga partidista, en el arte de contentar a los suyos y de agraviar a los rivales. Aun sabiendo lo que podía esperarse de su monomanía maniobrera, no se podía prescindir, en el juego político, de su figura y su experiencia.

Para sus seguidores un Mesías, que los llenaba de bienes y de honores. Ante sus críticos un déspota, un sectario, que castigaba duramente a los descontentos. Era, a un tiempo, patriota y estadista, politiquero y mandón. ¿Y cómo podrían ser distintos los conductores de estos pueblos niños?

—Aplazaremos la revolución por unos seis meses — dijo cortante Filandro—. Nos delató Mendeso, y habrá que reconstituir los contactos tácticos...

Yo recordaba una confidencia anterior:

—¿Pero cómo pudo usted confiar en ese traidor, que ya le falló otra vez?

Bernardo sonrió cínicamente:

—En política no hay traidores ni leales — repuso — sólo personas que hacen el juego. Yo le ofrecí una suma y el jefe de policía otra mayor. La próxima vez apuntaré más alto.

Bernardo me escucha con benevolencia porque sabe que no entiendo de política y que digo lo que siento.

—Le veo joven, fuerte, ¿pero para qué volver al poder si en un tercer período no podrá usted realizar lo que dejó de hacer en los otros dos?

Su frente se contrajo pero su voz no se alteró al contestar:

—Yo no soy un idealista, Mateo. No creo poder reformar el mundo ni los hombres: me limito a manejarlos.

Con pena he recordado nuestras antiguas conversaciones veinte años atrás, cuando él y yo soñábamos en una patria ideal... La experiencia ha convertido al soñador de antaño en un político realista, astuto, frío y calculador. Mandar, dominar es su divisa. Si el país progresa, mejor.

—Volveremos con absoluta seguridad — dijo rotundo; y luego seductor: necesitamos gente nueva... ¿por qué no viene a nuestro lado? También el artista es un ciudadano: lleve sus ideas, sus iniciativas a la vida pública, haga obra para los demás. Yo le daré todo mi respaldo.

Me ha tocado sonreír a mi vez:

—Bernardo, nos conocemos. Amo la línea recta. Usted debe recorrer, necesariamente, otra sinuosa. Yo sería un mal político; déjeme donde estoy.

El me ha contemplado caviloso. Luego ha dicho en voz baja:

—A veces, en las nieves del poder, hace falta la compañía de un alma cálida...

He comprendido su soledad esencial. ¿Pero no es ésta la virtud del auténtico conductor?

Y el político, en verdad, ¿no es más un auriga de hombres que un constructor de pueblos?

He lanzado mi anzuelo protector:

—¿Por qué no escribe usted sus memorias? Serían muy interesantes y aleccionadoras.

—Soy positivista — repuso Filandro — en política y en todo. Hago la historia, no me interesa escribirla. No creo en la fama sino en la acción; hace rato que eché mi honra a los perros. Pero mientras pueda conservar el volante lo tendré en mis manos: es lo único que cuenta para el político.

—La acción por la acción, aunque desate tempestades que lo envolverán a usted mismo... Es suicida...

—Sí — cortó Bernardo — ya sé su teoría; gobernar no es únicamente mandar y mantenerse en el poder. Según usted consiste en buscar la felicidad o la menor desdicha de las gentes. Pero las gentes nunca serán felices. Simplemente quieren ser mandadas; yo las mando y las inquieto. ¿Para qué más? La solución por el desastre no deja de ser una solución.

—Pierde usted la perspectiva y la serenidad. Bernardo: usted envejece.

—Al contrario — ha dicho él jovial — me remozo, porque el cinismo cruel y la dureza inexorable son las armas del caudillo. Ayer expulsé del partido a dos talentos noveles que me hacían sombra; esta mañana se incorporaron setenta nuevos adherentes. ¿Ve usted? La política es el arte de lo posible: todo anda bien en tanto no desmaye la voluntad del que conduce.

—Tiene algo del tablero de ajedrez — he contestado — pero no basta adivinar las jugadas del contrario y calcular bien las propias: un incidente cualquier echa por tierra toda estrategia. ¿Quién conoce, verdaderamente, las reacciones de la muchedumbre? Ustedes, los que dirigen, sobrevaloran su fuerza y minimizan la del adversario: por eso caen y esterilizan la obra creadora.

Filandro se ha explayado largamente sobre el tema: es un teórico estupendo. Oyéndole se creería que la más vieja, la más difícil de las ciencias humanas — manejar hombres, afrontar conflictos — es sólo un juego de niños. Pero un análisis tranquilo de la realidad devuelve otra imagen: política es, siempre, lo imprevisible. No sólo cuentan el coraje del hombre, su experimentada maestría, más también el azar, las decisiones de los otros, los yerros y los factores imponderables. Nunca se sabe bien lo que vendrá. Criticar es simple, gobernar complicado. El poder corrompe y desgasta. La política absorbe todas las savias vitales y humanas de los pueblos chicos: los envenena, les impide el sano desarrollo. Es una plaga.

—Pero sin ella — termina Bernardo — ¿podríamos subsistir?

Y le he visto marcharse ufano, ágil, tras la nueva aventura que costará muchas lágrimas.

MYSTERIUM TREMENDUM

¡Desgárrate, desgárrate! Sufre y aguanta: es un camino para llegar a El.

Y no lo busques únicamente en lo recto y en lo bueno, porque abarca la totalidad.

Esa fuerza insondable y misteriosa...

No se ha superado la fórmula senequiana: es el todo que es y el todo que no es.

Mundo, universo, son sólo espejos de su grandeza. Busca en tu interior: su huella es más visible.

Y aparta la idea de un padre protector que debe satisfacer todo cuanto pides, porque también de negaciones brota la virtud.

Y busca, busca, sin que nada detenga tu porfía: porque El está en todas partes y en ninguna.

Ese fuego que te devora, ese vacío que amenaza desintegrar tu mente. "Mysterium tremendum".

Es innecesario nombrarlo: la fe es recóndita, callada. Siéntelo en el aire que respiras y en la idea que te quita el sueño.

BEETHOVEN

Si existe una como religión de la música. Si se quiere explorar las áreas conocidas y las regiones ignotas del mundo sonante. Si por libre decisión o por azar alguien se sumerge en el océano de los sonidos organizados por el hombre, ansioso de saberes y sentires. Si fuese dable, por influjo de un solo maestro, acercarse a cuanto proyectaron muchos, recogiendo primero y desplegando después las formas, combinaciones y encantamientos del arte sonora, en su total grandeza y variedad, podría afirmarse que el sumo sacerdote del nuevo dogma se llama Beethoven.

Nunca faltaron críticas aminorativas contra el gran mago de la explosión romántica que fue, a un tiempo mismo, el más severo y concentrado ingeniero de las estructuras musicales. Para muchos Bach sublime y Mozart delicioso lo exceden. A otros los sobresalta la fuerza enérgica, viril que desata tempestades; la intensidad del sentimiento; el estilo épico y patético a la vez; el brusco diálogo de dolor y de alegría que cose como un hilo de fuego el cordaje beethoveniano.

Bach eleva. Mozart apacigua. Beethoven conmueve y estremece.

Los críticos sapientes atentos sólo al flujo de las ideas musicales, a la rigurosa construcción interna, dirán que todo es neto, discernible en el gran compositor. Pero Beethoven no se ha de medir únicamente con la regla milimétrica del geómetra especializado, bajo la lente implacable de los técnicos. No es sólo un problema de ciencia constructiva, de sapiencia ideadora de formas renovadas. El mundo de las abstracciones explica pero no agota al genio creador que se manifiesta por las dos vertientes del sentimiento y de los enlaces expresivos.

Cien años después Strawinsky apela al método polirítmico en "Petrouchka". Disonancia. Politonality. Una "realidad sonora" — dice el compositor — que elimine la anécdota, el sentimiento, y lo pintoresco.

Pero en tanto Beethoven exista el sentimiento es su reino natural. Su música no se reduce a esa búsqueda de posibilidades técnicas, de estilo libre, de formas casi amorfas, que desemboca en una economía de puro rigor constructivo. El gran sordo habría rechazado el atonalismo de Schoenberg, esa técnica abstracta, pura, matemática, más obra de la lógica que de la sensibilidad. Ni habría aceptado la música de Honegger o de Berg que — dice Schaeffer — es más una investigación científica que un arte de expresión. Estas músicas novísimas que excluyen al sentimiento y operan solamente para la inteligencia, son en verdad la negación del "pathos" beethoveniano, todo él transido de humanidad.

Es que a diferencia de muchos artistas contemporáneos, Beethoven no cultiva lo acrobático porque vive sumergido en el mundo trágico y teológico del hombre que interroga a Dios.

Nadie le aventajó en grandeza y riqueza del soplo inspirativo, en el tejido plural de la construcción sonora. Acaso algunos podrán superarlo en determinada disciplina, en el logro de una tarea final circunscrita, presentándose nítidos y mejor redondeados; pero Beethoven los distancia en el esfuerzo ciclópeo del diseño escrutador, en la originalidad de la arquitectura varia y poderosa, en el fervor desgarrado de la intensidad expresiva.

¿Por qué volvemos, siempre, al grande hombre y al músico insigne después de los alejamientos momentáneos?

Porque su mensaje de amor, de sufrimiento, de lucha y de belleza no reconoce término: está fluyendo siempre, se renueva desde su propio centro, nos anima y reanima. Es la incitación al deber, a los más altos sueños, la flecha disparada a las estrellas. Y al mismo tiempo, en medio a su fuerza sagrada, impelente, que nos hace valientes, generosos, se presenta como un remanso de paz henchido de ternura, ennoblecedor de penas y melancolías. Si escuchaste muchos años, largamente, la música de Beethoven, puedes decir que conociste el mejor maestro, el amigo fiel, el sugeridor inagotable de universos anímicos. Porque él lo revela todo: el trágico esplendor de la energía que habita la voluntad, la delicadeza aérea de la meditación y del ensueño, las metamorfosis innumerables del ser y del sentir. Es — como apunta Mann — el Príncipe Solitario en el reino del Espíritu. Y sin embargo le fue concedido el mayor don de comunicación que jamás ejerció hombre alguno.

El más universal, el más confesional de los grandes compositores. Se dirige a todos y trabaja, secretamente, para inteligentes y sensitivos. No es un clásico. No es un romántico. No toca exclusivamente los registros religiosos, dramáticos o líricos. Es una suma de todos ellos. Épico, trágico, solemne, impetuoso, tierno y delicado sucesivamente. Su riqueza temperamental es tan diversa cuanto su gama expresiva: lo abarca y lo vierte todo. Padre de los estilos, su lengua sabia y dolorosa se reconoce por la nobleza viril de la frase, por la hondura de la expresión, por el vuelo de las imágenes. Para unos hijo del dolor y de la angustia; para otros señor de renacimientos y alegría.

Su música es la historia del alma.

Caídas y victorias. Penosas confidencias. Claridades y penumbras. Los grandes júbilos y las difíciles empresas. Altas disciplinas, sueños vertiginosos, hondos trances reveladores. Amor, tristeza, ambición, desaliento, ansias de gloria y de poder. Terror y maravilla. Luego soledad, concentración. Furia y sosiego. El refugio de los grandes: la conciencia. La miel de los pequeños: el sentimiento. En la vida el hombre se hace entre hombres, a zarpazos, golpe por golpe. En el arte el hombre se aniquila para salvar al creador. Y es ley que para alcanzar el rubí sangrante de una obra inmortal, se inicie el oficiente en los misterios del penar profundísimo, del trabajo lacerante, de la envidia y de los odios que persiguen al artista.

Componer música es renovar el corazón del hombre y sacudir el corazón del mundo. No puede reducirse a una simple operación intelectual — como sostienen algunos — porque la música brota de la carne, de la sangre, de la mente. Es alma vibrante, difundidora de virtud. Es vida vivida, desvivida, renacida, flujo eterno del espíritu a los reinos oscuros del sonido que espera ser arquitecturado en formas armoniosas y accesibles.

Pero Beethoven no es sólo grande entre los grandes taumaturgos del cosmos musical: es también primero entre los hombres por su fuerza moral y la nobleza de su carácter. Excede a sus rivales por su vida infortunada y la capacidad para luchar contra un destino adverso. De las pocas páginas que se conoce de sus famosos "Cuadernos de Conversación", se desprende un alma fuerte y hermosa, la fuerza viril de una voluntad inabdicable. Revolucionario, generoso, combatiente por la verdad y la justicia entre los hombres, es el verdadero intérprete del sentido noble y renovador que tuvo la Revolución Francesa apesar del horror y la violencia iniciales. Es el primero en dar, a la música, un sentido profundo de humanidad: la saca de las cámaras reales y la arroja a las multitudes. El "Fidelio", la "Missa Solemnis", las grandes sinfonías y particularmente la "Novena" exaltan la sublime fraternidad de los seres. En un abrazo inmenso el compositor reconcilia el mundo con las generaciones.

Este genio inabarcable que las minorías refinadas quisieran guardar para sí, aunque no puede llegar en su grandeza cíclica a todos, es el primer artista que ansía ser amado y entendido por todos. Sus audacias técnicas envuelven, a veces, como un velo denso sus creaciones (los últimos Cuartetos, la Sonata Op. 106, el tercer movimiento de la Sonata para piano y violoncello Op. 102 N° 2); pero con frecuencia el toque emocional llega directo y limpio a los oyentes: recordemos las sonatas románticas y familiares, la Op. 13, la Op. 27 N° 2, la Op. 57, la "Serenata, el "Septimino" la Primavera, los primeros Tríos, el encanto de los "Lieder", la misteriosa poesía de "Adelaida", la fina melancolía del "Für Elise". Y aunque no puedan ser abarcados en su total grandeza y complejidad, también los victoriosos Conciertos para Piano y las inmensas Sinfonías tienen pasajes, voces patéticas, frases vibrantes que alcanzan lo mismo a las naturalezas problemáticas que a las almas sencillas.

Beethoven ha sido el mayor inventor de grandes ideas musicales y de las frases íntimas, sutilísimas, sugeridoras. Pensad en esos temas, esos giros, esos aires inspirados que tocan lo más hondo del corazón, que esmaltan de belleza y de esperanza sus composiciones. Buscad esas hondísimas motivaciones acústicas, esas fulguraciones del sentimiento en las Variaciones sobre la Flauta Mágica Op. 66, en el "andante" de la Sonata para piano Op. 2 N° 3, en "La stessa, la stessissima", en los "andantes" de los Cuartetos Op. 59 N° 1 y Op. 59 N° 3, en las sonatas para violín Op. 12 N° 2 y Op. 47, en el estudio A Elisa, en el "adagio" de la Op. 74, en una variación cíclica de la Op. 120, en el "andante" de la Sonata Op. 110, en el "adagio" de la Op. 10 N° 3, en el Trío al Archiduque, en la perfectísima columna griega de la Sonata Op. 69.

Tierno y poderoso a la vez, expresa la llameante embriaguez y el delicado sosiego de la vida. Es la suya una música trascendida del soplo divino y de las hondas tensiones humanas. Para hombres, para dioses. Mann adivina en sus últimas composiciones cien destinos, cien universos de contrastes rítmicos que se pierden en alturas vertiginosas. Mensajes aterradores que no fueron descifrados. Pero el atormentado que llega a las cúspides extremas de la tristeza, es también el libertador de la "Dorotea-Cecilia", el vencedor de la "Novena", el luchador triunfante de los grandes Conciertos.

Su obra monumental, infinita como la naturaleza misma, enseña sin descanso:

—Olvida tu tormento.

Toda ella exhala una lección sostenida de fe. Una sabiduría de atrevimientos. Un mandato de juventud osada y fuerte.

Esa mezcla inaudita de inteligencia y emotividad, de realismo trascendental y magia imaginativa, de comprensión del mundo y ahondamiento en el hombre sólo se dio con parejo vuelo en Shakespeare, en Goethe, en Dostoiewski; pero Beethoven, el "luchador eterno", los supera en el drama de la elaboración interna, en la antinomia patética de hombre y artista, en el novedoso fabular de una fantasía siempre despierta que después de los estallidos de la plenitud vital se somete, dominada, al rigor obstinado de la organización estilística.

—No existe regla que no pueda ser infringida por la belleza.

Es sentencia de Beethoven. ¿Pero qué es la belleza y cómo definir el límite preciso en el cual el buscador puede transformar los alardes técnicos en elemento expresivo, o la magia emotiva en eslabonada construcción de normas rítmicas? De la lucha dura y penosa, desgarrante, con las dificultades formales, sale un orden libre y gozoso que embosca finalmente los sufrimientos vencidos. El testador de Heiligenstadt podía violar las reglas justamente porque había agotado sus fronteras. Cerebralidad y sentimiento buscaban otras alas para trascender la hondura y significación del impulso creador. Y si Beethoven es el gran explorador del alma moderna, es porque la audacia de sus búsquedas no conocía términos. Vertiginoso jugar con fuego. Al extenuarse su vida sueña, en su proyectada Décima Sinfonía, reunir la historia del Cristo con la leyenda de Baco; ligar en grandes corales sagrados los "alleluya" cristianos con los mitos griegos, el cántico eclesiástico y la fiesta báquica. ¡Reconciliación imposible! Mas toda regla puede ser violada, o al menos se ha de intentar rebasarla sien el horizonte inmediato se divisa otra línea desconocida que inicia la apertura a mundos más nobles y más altos.

Otra vez expresará con grave convicción:

—Sólo con el trabajo obstinado puede el hombre honrar a su Creador.

Es la ética y la estética del artista. La negación de aquella "música absoluta" preconizada por los dómines contemporáneos. Porque el grande arte no es sólo la obra en sí, sino ésta más el "yo" del creador. Pensamiento, sentimiento. La marcha que no termina nunca. Esas quejas desmesuradas, esos júbilos estremecedores. Ese penar que es un vencer. Esa fatiga constante que se alimenta de sus propias revoluciones interiores. Esa ley moral que exige esfuerzos mayores, renovados, al más osado y al más ambicioso. Al que un día condensará su credo valeroso en palabras dignas del bronce:

—Camina, a pesar de todo...

Ambición no al modo egoísta, demoníaco de Wagner, que todo lo reducía, en último término, a su persona, como Bonaparte exterminador de hombres; sino como intérprete-servidor de las muchedumbres, el fiel combatiente, el que se encamina hacia Dios poniendo su fuerza y su talento al servicio de una causa que lo supera y lo trasciende. El hombre defendió enérgicamente su soledad, su independencia. El artista trabajaba para la humanidad reconciliada por la música.

Lo grande y lo mínimo. El torrente y el hilo de agua. De no conocerlo en profundidad ¿quien admitiría que el impetuoso fabulador de la Fantasía con Coros Op. 80 es el mismo autor del fraseo delicadísimo del "andante" de la Sonata Op. 10 N° 3? Esta es la virtud mayor del genio beethoveniano: que tensa al extremo, siempre en modo nuevo, las dos cuerdas simultáneas del dolor y la alegría.

En algunos de sus singulares relatos dice Hesse:

—Hablándome como una hermosa melodía, que alegra y entristece.

¿Y qué composición de Beethoven no alegra y entristece a un tiempo mismo? Esa polaridad maravillosa revela al domeñador del mundo físico y al mejor sondeador del orbe anímico. Porque hay relaciones enigmáticas entre el compositor, la naturaleza y el alma humana. El entendió en grado sumo la estética trascendental del paisaje, su poder irradiante, la fuerza deslumbradora de sus tránsitos y sus éxtasis visuales. Y auscultó con intuición profunda las marejadas, los vórtices pérfidos, las fugas galáxicas del corazón. Se dio a la naturaleza para entender al hombre. ¡Y cómo los comprendió!

Cosa admirable, no repetida en creador alguno. En los tres Tríos de su obra primera, particularmente en la Op. 1 N° 3 está contenido todo Beethoven. Oído, estudiado. Larvado suena en sus líneas el genio que se anuncia y anticipa sus victorias. Como lo sintió el poeta andino:

"Era Beethoven,
dolor siempre sonoro
y siempre joven!"

El "andante" de la Sonata Op. 49 N° 1 es la potencia serenísima de la mayor simplicidad. La Cantata a la Muerte del Emperador José II, una catedral de lejanías sorprendentes. Los tres Cuartetos Rasoumoffsky que componen la Op. 59 son tres templos al dolor humano; al dolor que se transmuta en belleza comunicativa. Pero la última Sonata para piano y el último Cuarteto hablan una lengua que todavía no hemos acabado de entender: habla sobrenatural, cargada de misterio y de sentido, esculpe las almas, fatiga la inteligencia, nos arrastra en su carrera vertiginosa a lo desconocido.

Y no hablemos de las Sinfonías que el crítico sagaz compara con las tragedias griegas por su grandeza y perfección. De las vigorosas oberturas. De los seis Conciertos para Piano, de olímpica belleza y viril contextura, con presencia y mensaje de montañas. Menos, todavía, de las diez Sonatas para Violín y Piano, arcanos de metafísica hermosura. O de los 16 Cuartetos para

cuerdas que requerirían, por sí solos, una vida de estudio y compenetración simbólica con su creador para alcanzar la gravedad de su hondísima congoja y el enigma de sus juegos tectónicos. Beethoven, mundo de mundos, no puede ser aproximado en una sola tentativa.

¿Quién era este genio que podía pasar febrilmente de la dulzura serenísima del "Andante Favorito" a la potencia dichosa de la Sonata para Violín Op. 12 N° 1; o de la inmensidad solemne de la "Missa" Op. 86 a la perfección armoniosa del Tercer Concierto para Piano y Orquesta; que en las primeras obras juveniles transcribe la belleza apolínea de los amaneceres, en tanto que en las composiciones postreras nos conduce a la noche profunda y misteriosa?

El se ha descrito a sí mismo en tres pensamientos magistrales:

—La vida sólo se engrandece y embellece por la imaginación.

—¿Qué puedo ser yo? ¡Ser más que el Destino!

—La música es una revelación más alta que toda filosofía.

Cuanto más te acercas a Beethoven, mejor lo sientes y lo estudias, mayormente te enriqueces en el reino del sentir y el meditar. Porque el sumo sacerdote de la música es también el maestro predilecto, el que con mayor acierto te conduce a la verdad, a la belleza, al reencuentro del hombre con su alma, con su mundo, con su Creador.

Yo lo llamaría el Amigo Fiel: aquel que nunca engaña ni desfallece en el diálogo. La estrella que te llama desde una misteriosa lejanía.

LA GRAN PUERTA

¿Por qué el vano de puertas y ventanas, para el antiguo aimára, tuvo forma trapezoidal? Un arquitecto diría: para resistir mejor la carga de los muros y el peso del techo, porque su técnica constructiva se orientaba a la firmeza, a la perdurabilidad.

Mirado el caso desde el ángulo esotérico, se sospecha que el "kolla" o el "aimára" —voces sinónimas— habitaban dos planos: el físico y el extrafísico. De este lado y del otro lado de la Puerta. La montaña era esa puerta, el símbolo visible del invisible muro que conecta las dos áreas habitables del antiguo andino; el ligamen concreto que materializa esa unión sutil. Y el trapecio, forma geométrica que el paisaje daba al ojo con mayor instantaneidad que la meditación a la mente, le recordaba el contorno del monte con sus flancos tendidos y en aproximación.

La montaña fue deidad y símbolo a la vez. "Kollo", en aimára litúrgico, significa el cerro que adorarás. Y en significación oculta trasciende a "puerta" o acceso a lo desconocido.

"Illimani" — el Gran Señor de las Nieves — era, en tiempo remotísimo, la Gran Puerta, la que conduce al país del que nunca se regresa. "Por ahí se va al misterio" — pensaba el aimára — y la gran masa de roca y hielo era el centinela inmutable que separa y al mismo tiempo reúne lo presente con lo ausente.

Tiempo hubo en que "Illimani", dintel de lo incomprensible, sublimó el enigma cósmico y se dedicó a la Luna, astro de la Noche, en tanto que "Illampu", el otro tatarabuelo de las edades, se consagró al Sol, señor de los Días. Porque ambos montes excelsos eran dioses telúricos, benéficos y destructores alternativamente.

Y en el vano que se dibuja en el trazo del trapecio, flota una lámina de aire y de silencio cuyas vibraciones delicadísimas sólo recoge el ensimismado en el enigma de la tierra y su mensaje.

Dos almas tiene el indio: "jayu", el alma visible o manifestable; "ajayu", el alma invisible y sólo presentible. Y el andino de la primitividad americana, o el kolla que le sucede, transcurren

absortos en la lenta fricción del cuerpo físico con sus dos desdoblamientos ultrafísicos. Tres como uno.

Río escondido la sangre, petrificado río la cordillera. Y todos — hombre, montaña — tienden al Sol, "Willka", el Río Mayor, fuente de vida y de castigo. Porque cuando el monte perdió su poder primordial y se desvanecía la "Chamajpacha" o Edad Oscura, el astro de oro pasó a reinar en el corazón sorprendido del aimára. Y entonces ya no era temblar ante el misterio de la sombra nocturna, más el regocijo de las luces que esclarecen.

En el fondo todo es igual: el monolito extático o el animal que se traslada. Quieta, la piedra vuela. Veloz, el cóndor permanece. Todo transmuda. Tiempo sin tiempos. Espacio: lo que domina tu mirada. Y el antiguo no padeció de angustia fáustica porque "Wirakocha" le infundió sentido de su poder y de su límite. Supo señorear, adentrarse en lo suyo. El universo le pertenecía: era universo.

Si preguntas al astro, dirá: no existen límites. Si al guijarro importunas, responderá: lejanía no hay, todo vuelve a su centro. Y el pensamiento es una acción que no conoce término; la acción un pensamiento en perpetuo desarrollo.

Horizontal, multiplana, la metafísica aimára lo abarca todo en el llamear de una sola mirada: puede avizorarse mucho aunque no sea dable abarcar el conjunto. La mente, transfigurada en monte, domina el ámbito que habita. El monte, protector o amenazante, cobra apariencias de varón inquieto. Es padre, abuelo, compañero y "achachila" o antepasado.

Y otras verdades descienden por el polvo fino de la nieve, y otros misterios suben por el río vertical de la sangre. Y esto lo supieron los antiguos amautas, intérpretes celosos de las remotas teogonías.

Y el kolla que se sumerge en la tierra y transubstancia con el monte, es el supremo hierofante que se niega a transmitir su ciencia ignota, sapientísima, porque se ha de hablar para el que asienta y profundiza; no para el que pasa.

Y montaña, puerta, trapezio significan lo mismo. Y agrega Nayjama, el Buscador, que se requieren treinta años de búsqueda, de concentración y de silencio, para entender el alfabeto incógnito del Ande y su habitante.

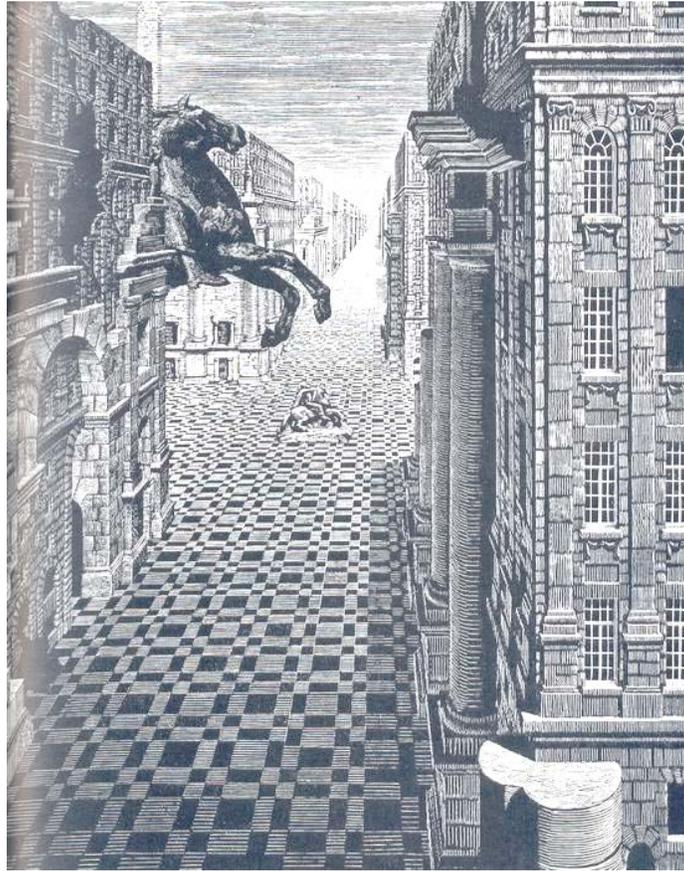
COMPRESIÓN

No reniego de mi tiempo: me guardo, simplemente, de sus excesos y locuras. En cierto sentido, todo es comprensible, aunque no halague la lógica ni el gusto. El físico nuclear, el pintor abstracto, el biólogo que rastrea en la célula infinita, el literato atormentado no tocan ya nuestras cuerdas sensibles: las exceden. Pero son inevitables. Están buscando, anuncian el tiempo que vendrá.

No desesperar: cosas hay que no entendemos porque nos faltan las antenas requeribles. Tanto se ha mudado el mundo, que el alma no se reconoce ya. Los jóvenes procuran adaptarse de cualquier modo; las gentes maduras se resisten a cambiar. Cuán pocos intuyen que es ésta la mayor de las revoluciones humanas: la que instaura el reino de la novedad y la mudanza.

Si tienes 20 años, no puedes soñar en destruir el mundo para edificar otro mejor. Si bordeas los 40, se te hace difícil entender por qué el riesgo, el vértigo, un monstruoso poder de dominio de la materia confinan los valores humanos en un área estrecha de acción. No eres, más, el señor del mundo; apenas una tuerca insignificante.

Pero te quedan, siempre, la facultad de rebelarte, el instinto de claridad. Y quien aspira a comprender, el inconforme, es siempre la sal de la especie humana.



Grabó Víctor Delhez

“Por ahí se va al misterio”.

EL VIAJERO

Diálogo con el zapatero:

—Don Mateo, quisiera conseguir una beca para el chico.

—¿Quieres que corra mundo?

—Que aprenda una profesión, que sea mejor que yo, que conozca tantas cosas que no llegan a nuestras montañas... Mi mujer suele decir: "Somos ignorantes porque no nos movemos; si pudiéramos viajar..."

—¿Y tú piensas que viajando se resuelven todos los problemas?

—Todos, no, pero muchos sí. Quiero que el chico aprenda a moverse entre extraños, que sepa buscarle la intención al más taimado. Aquí todos nos conocemos demasiado. Muchos, que viajaron, volvieron cambiados: hasta lo que dicen parece mejorado. Y cuentan tantas cosas, y aprenden tales habilidades...

—¿Y quien te dijo que no se puede aprender y mejorar sin salir del terruño? No niego que es más conveniente correr mundo: otras tierras, otro cielo, nuevas gentes. En cierto modo se asimila con mayor rapidez, se ensancha el espacio exterior, como se acrece el alma. Pero en otro

el muchacho se desarraiga de su suelo y de los suyos; respira un aire más sutil que le crea no esperadas urgencias. Y al cabo, si tu chico se va, regresará no tuyo: diferente y lejano.

—Eso dice mi mujer: "que viaje pero que sea corta su ausencia". Si se aleja por mucho tiempo nos olvidará.

—Si lo adivinas ¿por qué te empeñas en causarte daño y en hacérselo a él? Los viajes breves son necesarios, hoy más que nunca. Cinco o seis años de ausencia, en cambio, son decisivos para el estudiante y para su familia: casi siempre es más lo que dañan que cuanto benefician. ¿Has medido lo que quieren decir cinco, seis años que sustraes al encanto de la vida familiar? Ellos no volverán: los perderás para siempre.

El zapatero ha dubitado. Luego como temeroso:

—Nos sacrificaríamos por él. Lo extrañaremos mucho, pero si es necesario para su progreso, aceptaremos la separación.

—Muy noble —le he contestado — desde el punto de vista paterno, más queda otro aspecto primordial. ¿Has pensado que al trasladarlo a un ambiente mejor organizado, más refinado, de mayores apetencias físicas y acicates espirituales, sembrarás en su alma la semilla de la ambición desapoderada? Cuando retorne se sentirá extraño al terruño, a su familia, a las viejas costumbres. Será un trasplantado. Tendrá a menos ser hijo de un zapatero y verá como aminorados a sus paisanos.

—Entonces cogeré mi lezna y le zurraré como cuando era niño.

—Ya no podrás zurrarle porque será un hombre libre, independiente, capaz de ganarse la vida y de hacerse respetar por sí.

El zapatero me ha mirado con desconfianza:

—¿Usted cree, don Mateo, que el chico renegaría de nosotros, que no comprendería nuestro sacrificio?

—Tu chico es de buena cepa, pero un alejamiento prolongado lo malearía. Hazlo viajar, en ausencias cortas que lo restituyan siempre a vuestro lado. Que no pierda la cálida, la entrañable influencia del hogar. En los años decisivos de la adolescencia, al despuntar la juventud, el muchacho requiere consejo, compañía, comprensión. Nadie se la dará mejor que vosotros. Trasplantado a otro medio brotará un hombre nuevo en él, eficaz para moverse en el mundo exterior, reducido en su espacio interior. Porque es el alma la que se pierde en esas largas ausencias, en esa ruptura con la familia y con la patria.

—Es que yo quiero que progrese...

—Si el chico tiene pasta lo mismo crecerá aquí que allí. Si las alas lo apuran, que vaya y regrese. Vuelos cortos, porque los muy largos disuelven al hombre interior y lo convierten en esa fea, anodina, monótona y uniforme cosa que llamamos el varón internacional.

—Difícil es escoger don Mateo... ¿Qué será lo mejor para nuestros hijos?

—No te ciegue la perfección, maestro. Conténtate con lo razonable y lo posible. Ayuda a tu hijo sin soltar las riendas.

ESTILO Y TEMPESTAD

Al idioma se ha de ofrendar, si no en períodos certeros, en el juego rítmico del clásico, ni con los primores del estilista levantino, siquiera en la gozosa certidumbre del que ama su herramienta y su tarea.

Bien mirado, el narrador actual falsifica lo que fue. Lo distorsiona, lo empalidece, lo deforma: no alcanza a reproducirlo en su virginal lejanía evanescente. En su relato persisten las líneas de fuerza, las voces sugestivas del apartadísimo pasado, mas huyeron soplo y perfil recónditos. Se habita un cielo azul que azula mundo y vida; se escribe encapsulado por un firmamento gris. Aunque lo sucedido muerde y no suelta, contarlos no transvive el ímpetu sagrado que pasó.

El recuerdo es una imagen: jamás la imagen superó la tensión gravitante de los hechos.

Porque el suceso es así: una sola vez y para siempre. Evocarlo es reducirlo, despotenciarlo. Pocas veces — poeta o prosista — dan la sensación profunda del hecho original. Y éste es el enigma vivo de la memoria y de las artes: cuanto más próximo el aristado confín, menos se divisa; y sólo aquel que es capaz de hundirse en remota soledad puede volver atravesado de relámpagos.

El lenguaje, si quiere ahondar, resucitar, ha de haber grandeza y majestad de mar. Solidez de montaña. Cóleras aéreas. Encantamientos del fuego y de su llama. Didáctica genial: evitará los artificios retóricos, la hojarasca descriptiva, el desbordamiento emocional. Será fuerte sin exceso, delicado sin sensiblería. Correrá suelto y ligero como la sonata mozartiana. Buscará en el hombre, en el mundo, las maravillas del ser y el persistir; revelará asimismo fatigas y miserias sin mando de insistencia. Como la música se henchirá de sonos. Como la pintura encenderá el color en sus formas. Como la estatuaría entregará el secreto de sus proporciones. Como la arquitectura guardará relación entre su interna geometría y su exterior apariencia.

Así el cuchillo que cercena en la fría impavidez de la carne inmóvil, la memoria cortará sin vacilar la masa oscura de las reminiscencias; así se narra, se recrea. Y al primer tajo se inicia el combate: lo ido y lo que evoca buscando definición en su pelea. Conforme acuden las antiguas presencias olvidadas — claras o borrosas, desmelenadas, pertinaces — chocan las palabras con ellas, se friccionan, se desesperan por robarles su secreto, pugnan por romper su estructura entrañable, por atomizarla, para reconstituirla luego en pedacitos de un mosaico fantástico a gusto del recordador. Pugna salvaje: las imágenes que se resisten a devolver el esplendor inicial; el idioma que pretende vivificar lo evaporado. Ellas son fuertes, compactas, se apelotonan cual nubes de verano, esconden sus formas en una sucesión de planos y de masas, pelean y resisten, no quieren ser desintegradas. El es tenaz, inexorable, las acomete, las despedaza a dentelladas, a zarpazos les roba su secreto. A veces captura ricas presas, a veces vuelve con las manos vacías. Porque no basta recordar; sugerir la potencia intacta del recuerdo es más difícil. Entonces las imágenes toman su desquite, introducen su propio desorden y anarquía en las filas contrarias, descomponen el orden lógico de los vocablos, invierten las metáforas, abren falsas perspectivas de tiempo, distorsionan los ángulos de enfoque. Apolo y Picasso. Puede el miniaturista flamenco reconstruir la lineal hermosura del paisaje, la veracidad expresiva de las figuras: todo nítido, capturable, magistral de forma. Pero el escritor combate en zona de nieblas. No ve: adivina. Una vaga penumbra, cierta voz ultratumbal, el dardo que hiere la memoria olfativa, un grano de arena que vuelve a rozar la mano yerta, el mínimo sabor podrían destruir o levantar el edificio evocativo. Nada es verdadero, todo cierto.

Forma tu habla como elevas tu casa: con amor, con paciencia, con búsqueda secreta de rigores y alegrías.

LOS INGRATOS

Un verso de Lope acude a mi memoria cuando veo cruzar a mi lado al amigo de antaño que pasa sin saludar:

“... que del sol del bien hacer
es sombra la ingratitud...”

Lo encontré huérfano y le dí aposento en mi corazón. Hícele rico, dile ciencia de vida, compartí con él mi pan y aumenté su parte. Aprendió a manejarse entre hombres, bebió cultura de mis labios. Cuando recordaba cómo lo ayudé a surgir, brotaban lágrimas de sus ojos:

—Has sido más que un padre — decía —jamás podré pagar lo que has hecho por mí.

Saldó su deuda con ingratitud y con perfidias. Como las saldan, casi siempre, los que merecieron favores.

No puedo odiarlo: he olvidado, simplemente. A veces pienso en los años felices, cuando creía en su afecto. Y esto me basta. Prefiero recordarlo así.

Y no es uno, que fueron varios. Pero tu fe no se ha quebrado: seguirás confiando en otro, el que te espera tras un recodo del camino. Día llegará en que alguno te amará, te será fiel, sin necesitar de tí.

Y ésta será la mejor recompensa para el que supo edificar tiendas ajenas.

LOS DOS IMANES

Europa es la música que sale a nuestro encuentro y nos tiene, siempre, en tensión de aniquilamiento. América el sonido en el cual nos sumergimos sosegadamente porque lo organizamos nosotros mismos.

La cultura europea es una de saturación y anegamiento; por fáustico que sea su contorno, por ilimitado y lejano, se precipita sobre el alma y la carga — recarga — de inmensa pesadumbre por la pluralidad de sus incitaciones. La cultura americana brota de un centro quieto; es otra de exploración y descubrimiento, que va despertando el alma a medida que le entrega el lento desarrollo de sus percepciones.

Europa acumula, es circular y multiplana. América se despliega lenta y lineal: está buscando, se busca todavía.

Todo, de allí, desciende conformado en rígidas geometrías: nada o casi nada se puede agregar a la sabiduría razonada, quintaesenciada de los milenios. Aquí, en el novimundo, sorpresa y peripecia surgen espontáneas: canon y revolución contrapuntean. El hombre está siendo, lo rodea una atmósfera de gozosa libertad. Sabe menos, no puede tanto, pero se mueve en medio virgen con la mente fresca como criatura natural más próxima a su contorno físico.

Europa acosa, cerca, limita al tiempo que profundiza y engrandece. América ensancha, dilata, abre los horizontes, si bien en alguna forma su enigma no siempre desemboca en sentido de hondura y poderío. De allá descienden los inmensos corales de una fuerza ahíta de su propia grandeza. De acá sube la melodía rota que conduce a los amaneceres que aún no han sido.

El prisionero de la lógica y el cazador de las emociones. ¿Quién irá más lejos?

EROS 4 – REVELACIÓN

La encontré después de mucho tiempo: hermosa, digna como siempre. Anduvimos largamente, hablamos de todo. Luego sin poder ocultar mi inquietud deslicé:

—La he visto acompañada y no siempre por la misma persona.

Gradiva dejó escuchar su risa encantadora:

—Uno es ingeniero, el otro abogado — dijo — buenos amigos.

Los celos me mordieron y cauteloso pregunté:

—¿Está de novia? Tal vez la molesto al acercarme...

—No — dijo ella suavemente — nadie tiene todavía el derecho de impedir que hable con quien me plazca.

Y me miró curiosa como inquiriendo a dónde iba la pregunta.

Yo era muy joven, entonces: tenía veinte años. Ella algunos más. En cierto modo me intimidaba. Toda mi audacia juvenil se desvanecía bajo su mirada inteligente y el equilibrio de su juicio. Era noble, sencilla, conservaba pura el alma, pero una ciencia oculta de la vida corría detrás de sus palabras: parecía adivinar mis pensamientos, lo esclarecía todo sin asomo de sapiencia, con un tacto maravilloso. Hablábamos largamente, sin reparar en la hora y mientras el hilo de la conversación se desenredaba de sus carretes áureos trazando una caligrafía prodigiosa en los cuadernos del tiempo, yo sentía la poderosa atracción de su belleza. Cuerpo de la mujer amada, recinto sacro. No había tocado aún su piel y la imaginaba centro de delicias. Apenas me atrevía a seguir, furtivamente, la línea dócil de sus formas: las piernas de elástica esbeltez; la doble hermosura redondeada de las rodillas prodigiosas; el misterio ascensional de los muslos rotundos que se articulan en la soberbia perfección de las caderas armoniosas. El busto pleno y levantado me turbaba. Su boca: el cofre de los encantamientos. La gracia indecible del rostro. Y una tal dignidad de porte y movimiento que enaltecía su persona.

La voz clara, bien timbrada, conocía las pausas dulces de la confidencia y la ternura: poblaba el mundo.

Y cuando yo alzaba la mirada y me sumergía en sus ojos oscuros, una dicha secreta me remontaba en sus alas de oro. Mirar es más que hablar. Ver es trascender. Y el niño del dardo eterno enseña ciencias del miraje antes de disparar el arco. Nada hay tan hondo, indescriptible, como el deliquio de mirarse en los ojos de la amada.

¿Era, verdaderamente, mi amada? Era la mujer que yo amaba, cosa distinta. Yo veía el abismo abierto a mis pies: un muchacho de veinte años es sólo un muchacho de veinte años. Una joven algo mayor, sin dejar de ser una joven, es ya la mujer entera, labrada, y pulida por una sabiduría de anticipación: antes de los veinticinco ella absorbe todas las pulsaciones de la naturaleza, tiene la intuición de su destino y el dominio de sus facultades. Para el varón jamás termina el aprendizaje de la vida: se forma lenta y gradualmente. A la mujer le fue dado aprehender el sentido de las cosas en un matinal deslumbramiento: está en la raíz del suceso como apunta el filósofo y es ya maternal aun siendo virgen. La madurez le viene de golpe como coronación de una precocidad constante que la ubica, casi siempre, delante del niño y del adolescente. Yo no comprendía bien estas cosas por ese tiempo, pero las intuía confusamente. Asediado por el oscuro misterio de la carne y las claridades ofuscantes de la personalidad en formación, apenas si alcanzaba a entrever que era poco más que un niño para aspirar al amor de Gradiva.

Ni siquiera le había confesado que la amaba. El rechazo habría sido la única respuesta lógica. Verla, escucharla, eran las fronteras de mi ventura.

Pero un día, de pronto, la extraña idea fue cobrando cuerpo en mi alma ansiosa. ¿Por qué no aspirar a la más difícil tarea? Un amor imposible se acentúa a la medida de sus dificultades: lo más lejano, lo inaccesible son la meta del atrevido y del amante. Guardé mi sueño en lo recóndito del corazón: que nadie lo descubriera, ni ella siquiera. Y un sol nuevo alimentaba mis días, y me sentía fuerte, engrandecido a mis propios ojos, porque conquistar su amor se me antojaba la mayor hazaña; y presentía, confusamente, que alcanzada ella el mundo me abriría todas sus puertas.

Fuí pues un victorioso cuando sólo era un soñador.

Ella se levantó ligera y mirando el reloj profirió:

—Es tarde. Hemos hablado mucho.

Mientras recorríamos el parque solitario, en dirección a la verja de salida, agregó:

—También a usted deben esperarlo. Estamos retrasados.

—A mí nadie me espera — repliqué —.Vivo solo.

Gradiva me miró intensamente. No sé si era una gota de oro que el crepúsculo vertía en sus ojos oscuros, o un sentimiento desconocido que me pareció sorprender en su mirada tierna y pura; pero yo la sentía más próxima.

Caminamos un largo trecho en silencio. Al despedirse creí recoger una vibración nueva en la mano temblorosa y una dulzura extraña velaba su mirar.

—Volveremos a vernos, Mateo — dijo ella. Era la primera vez que escuchaba mi nombre en sus labios.

Y sentí que una puertecilla misteriosa se abría en mi destino.

LA PRUEBA

Reflexiones de antaño.

Es desesperante: todo parece tender al Mal. Son ya largos años que predominan abuso, violencia, inmoralidad. Esto ocurre con frecuencia en las repúblicas sudamericanas: el caudillo y su sistema de opresión arrasan las instituciones, destruyen los valores, imponen la ley férrea de su codicia y su capricho. Quien no está conmigo está contra mí. Se violenta la dignidad de las personas, se tortura y despoja a los disidentes. Sociedad, economía, cultura gimen bajo la mano del déspota. Arbitrariedad, inmoralidad son la consigna para aplastar vidas y haciendas. De nada sirven denuncia, protesta, rebeliones: todas son cruelmente aniquiladas. Los hombres viven temblando, las mujeres despavoridas. Crecen los niños desconfiados, rencorosos.

La delación, la tortura, la persecución implacable ahuyentan a muchos. Los que permanecen se preguntan si valen de algo rectitud, valor, inteligencia, capacidad.

Pocos saben que toda fuerza maligna lleva en sí misma el principio de su destrucción. Pocos pueden resistir y aguardar sin perder la esperanza aunque sea insólita la carga de penurias.

Las dictaduras, visibles o encubiertas, son la lepra de América. Pero también el obispo leproso está en los caminos del Señor. Combate y resiste sin desmayo: una aurora aguarda siempre detrás de la maldad y la crueldad del poder sistematizado en represión.

Estos dardos punzantes convienen mejor al modelado humano que todas las primicias refinadas de Epicuro.

Acepta tu carga de angustia y sufrimiento. Porque la búsqueda de Dios es también la aceptación necesaria de lo incomprensible.

Volverán reparación, libertad, días tranquilos si eres digno de lucha y sacrificio.

DESPERTAR AL HOMBRE

Poner en fila estas largas muchedumbres de indios y mestizos: amarlas y encaminarlas rectamente a una vida mejor. ¿Pero quien se acerca en trance de misionero o redentor? Caciques y demagogos impiden la liberación real de los pueblos americanos.

La política — mejor dicho su deformación fisiológica, la politiquería — atenta contra el campesino y el obrero. Los quiere esclavos, fácil instrumento de sus fines de dominio. Los malea desde el instante mismo que toma contacto con ellos.

Guiarlos para que se guíen por sí mismos, lejos de los partidos, de los sindicatos, de líderes y caciquillos sería la misión más noble.

¿Pero es que podrían andar por sí solas estas multitudes secularmente abandonadas? Podrían, si tuviéramos el desprendimiento y la constancia para orientarlas sólo a su propio provecho.

La nación cristiana, la democracia política sólo serán posibles, en el Continente Joven, el día que indios y mestizos adquieran la plenitud de su libertad y su dignidad humanas.

Despertar el hombre en ellos, el varón integral, antes que el dirigente sindical o el mandamás.

¡Míralos crecer en sus campos y en sus fábricas como plantas sanas! Son el humo de la ciudad y la sombra viciada de los civilizados que los desvían de su natural ascenso.

—Respétalos en su inocencia original: no los corrompas. Déjalos crecer libremente, sin presiones interesadas. Te darán a tí y a la patria, a la sociedad futura, ópimos frutos.

Este fue mi consejo a Nivardo López Endara que pretendía organizar un partido agrario para escalar el poder.

ILLIMANICA SÉPTIMA

—No — dijo El Jefe — sería prematuro. Estamos todavía en el período de organización. Los fracasos anteriores se debieron, precisamente, a error de cálculo. No hemos reunido el armamento ni tenemos bien preparada la gente para una acción armada.

—Jefe: — replicó con ardor Gonzalo — eso no importa. Si estalla la revuelta todo el pueblo nos seguirá. La gente saldrá a las calles, asaltará los cuarteles, allí tomaremos las armas que nos faltan... ¡Decidámonos! El Dictador conoce nuestros preparativos y un día cualquiera deshacen nuestro partido.

El Jefe esperó otras opiniones. Escuchó con calma a los informantes y cuando Raúl, siempre valeroso, se manifestó partidario de atacar, propuso conciliador:

—Hagamos una pausa hasta el próximo mes: son 30 días. Entonces tomaremos una decisión. Todos acataron la medida.

Los 23 hombres abandonaron la casona de la calle Yanacocha y se dispersaron, hacia rumbos diversos. Federico, Mateo y Luís Alberto custodiaban al Jefe.

—Señor —expresó Federico —¿Por qué ha postergado usted el golpe? Hay mucha decisión en la gente.

—No lo dudo —contestó El Jefe—pero debo cuidar por todas esas vidas que confían en mi conducción. No es el momento.

Mateo, receloso, anotaba:

—A mí me parece que hay un espía entre nosotros. Hacemos un plan y al día siguiente lo conoce y lo anula la Policía. ¿Quién será?

—¡Son fantasías! — alegó Luís Alberto —. Es que algunos hablan mucho, y lo que cuentan en sus casas llega a oídos del gobierno.

El Jefe se detuvo en la calle empinada, solitaria, y en voz baja dijo:

—Yo me negaba a reconocerlo, pero Mateo tiene razón: evidentemente, hay un traidor entre nosotros. Puedo responder del núcleo inicial, de los fundadores del partido: 10 hombres; de los otros 13, con quienes formamos el Comando Central, ya no. El espía es tan hábil que no despierta la menor sospecha... No deja huella... Analizo, escruto en cada cual, y no encuentro rastro ni indicio algunos. ¡Desgraciado! Si lo cogemos...

—¡Hay que tirarlo! —exclamó rotundo Federico.

El Jefe esbozó una sonrisa.

—Primero encontrarlo — contestó —. Después decidiremos su suerte. Pero matar no: es un ser humano.

Dejaron al Jefe en su nuevo domicilio (cada noche dormía en una casa diferente para evitar ser capturado) y luego los tres conspiradores se retiraron a sus hogares.

Germán Luciales, acompañado por dos oficiales de su guardia, hacía el habitual recorrido nocturno. Había descubierto el lugar donde se reunían los conspiradores. Conocía algunas de las casas que daban asilo al Jefe, podía detenerlo, pero prefería esperar. Las cosas no habían madurado aun lo suficiente para temer el golpe armado. Eran pocos, más decididos. ¿Por qué el Amo, tan penetrante en sus juicios apreciativos, y Meneses despierto como el que más, desconfiaban de los otros partidos de oposición, calificando de "líricos" a éstos que tenían una fe, una bandera, una férrea voluntad de combatir? "Son pocos, ciertamente. Y el que los conduce no es un soñador como creen muchos; es un idealista. Este se jugará la vida cuando lo juzgue necesario. Redoblaré la vigilancia. El golpe más peligroso vendrá por este lado." Azules, verdes y amarillos son partidos de oposición constitucional: gritan, protestan, lanzan proclamas, critican todo y no aportan nada. A veces reciben dinero del gobierno y para disimular mejor insultan. El Amo los deja hacer, los desprecia. También hay que vigilar al general Denevi, joven, amigo de los gestos intrépidos. No habló, todavía, de revolución; pero ¿por qué se aproxima tanto a los campesinos, por qué arrastra a los oficiales con actitudes moralizantes? Este dará que hablar en el futuro. ..Simpatizo con él pero yo me debo a Meneses. "¿A qué grupo pertenecerá ese cholo Fortunato que detuvimos ayer? Me está agitando los mercados y esto siempre fue principio de rebelión. Lo haremos hablar ¡qué diablo! Y hablará." No sé por qué Meneses no sigue mi consejo: "la diablesa" provocará su caída. Doña Carlota: pocos pasaron por tus brazos, todos caeríamos en ellos si tú lo dispusieras. Un estremecimiento recorrió el cuerpo del Jefe de Policía. La hembra maldita: no sabía si la odiaba por el mal que hacía a su amigo, o porque jamás se había dignado mirar a Germán Luciales, gallardo vencedor de fortalezas femeninas. El profesor José Lardizábal tiene una novia preciosa, cándida como un corderito. Ella me servirá para vigilar a los "líricos". ¡Caray! Si las mujeres sobran, cada vez más numerosas y más lindas. Hay que estar ciego para detenerse en una sola. Para hacerles el amor, sí. En política no: mienten y disimulan mejor que los hombres. El duro empedrado le lastimaba los pies. Los oficiales fumaban, habituados a los silencios de Luciales. De pronto el Jefe de Policía se detuvo en una casita de dos pisos de apariencia colonial. Una ventana enrejada desfallecía hacia el suelo. "Esta vez los pescamos. ¡Adelante!"

Entraron bruscamente, Luciales pistola en mano, los oficiales con sendas metralletas.

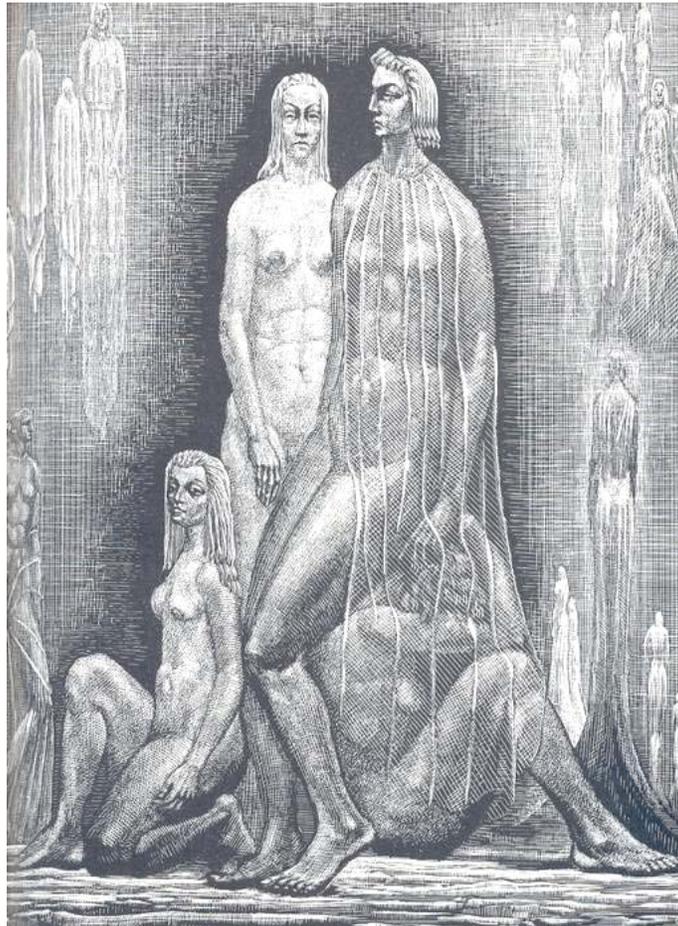
—¡Manos arriba!

Las seis personas que ocupaban la humilde estancia de ladrillos, alumbrada por velas, retrocedieron atemorizadas.

—Es inútil resistir —dijo Luciales imperioso—. 50 hombres rodean la casa.

Examinó uno por uno a los detenidos y se detuvo en el último que tenía la cara agachada. Lo miró fijamente unos instantes. Luego, con fuerza, le arrancó los bigotes, la peluca y apareció la calva. Al verse descubierto el hombre reaccionó con viril energía:

—¡Canalla, esbirro! — le espetó sin miedo a las armas que le apuntaban.



Grabó Víctor Delhez

“La hembra maldita: no sabía si la odiaba...”

Luciales sonrió seguro y sarcástico:

—¡Nada menos que el sub jefe de la Guardia del Dictador! Y mal disfrazado... Vamos, vamos coronel Luzardi, lo creía más inteligente. Hacerse coger en una ratonera...

—Nadie está libre de traidores — repuso el apresado —. El redactor Billy era el único que sabía de esta reunión. ¡Cerdo, cerdo como usted! Estaba vendido a la policía.

Luciales dejó la pistola en la mesa.

—Señores — dijo a los oficiales — van a ver una pelea de machos. Con el coronel Luzardi peleábamos ya desde que éramos cadetes. Nos mediremos una vez más. Si gano me lo llevo preso; si él gana lo dejarán partir.

Luzardi alto y delgado. Luciales de mediana estatura, de espaldas fornidas. Los primeros golpes demostraron que la lucha sería pareja, porque si Luciales asestaba puñetazos tremendos y se movía seguro, Luzardi, mejor boxeador, paraba rápidamente los golpes y los devolvía con nerviosa decisión. Golpe va, golpe viene. Ninguno cedía al otro. Tenían una capacidad increíble de absorción al castigo físico. Los oficiales y los cinco presos no podían creer en tanta resistencia. Luzardi comenzó a sangrar de la boca y de la nariz; Luciales tenía un ojo mal. Pararon la pelea, se miraron, se midieron y luego, con furia renovada, se lanzaron uno contra otro. No había un juez

para regular el combate. Combatían limpiamente, como si no estuvieran los otros, ateniéndose solamente al odio que los perseguía desde la juventud. Los dos atletas luchaban con ardor. Dos veces cayó Luciales, cuatro Luzardi pero ambos se levantaban con presteza. Un fuerte "swing" en la oreja hizo trastabillar a Luzardi. Este dió un paso atrás, hizo un juego de piernas, un quite y un rechazo al estómago seguido por un violento "hook" a la mandíbula pusieron fuera de combate a Luciales. Este permaneció unos segundos sin sentido; luego se fue incorporando.

Luzardi, jadeante por el esfuerzo desplegado, se limpiaba la sangre. Uno de los oficiales le apuntó severo:

—¡No se mueva!

Pero ya el Jefe de Policía recuperaba el mando:

—Basta oficial — dijo con voz libre de rencor —. Ha ganado limpiamente y yo respetaré mi palabra.

Miró a los otros cinco presos, pensó un poco y luego conciliador agregó:

—Váyanse a sus casas y no vuelvan a meterse en estos líos. La próxima vez los friego a todos...

Después volviéndose al vencedor que aparentaba estar en peores condiciones que el vencido, le tendió la mano:

—Coronel Luzardi, no importan las diferencias políticas. Usted es un hombre valiente y a mí me gustan los hombres valientes. Váyase a una embajada esta misma noche y salga del país. Hay orden para eliminarlo.

Luzardi vaciló unos segundos:

—Gracias — repuso — no olvidaré esta lección de hombría. Y se marchó lentamente como si no creyera, todavía, en su suerte y en la nobleza de su adversario.

—Muchachos — finalizó el Jefe de Policía — ha sido una jornada brava. Unos picantes y una cervecita nos caerían bien. Vamos a despertar a la Mercica.

Y se fueron los tres, cansados y hambrientos a reparar energías.

El indiecito Quispe, ágil y chispeante, bajaba por un sendero cerca del "Pampjasi". Allí, próxima a la cumbre, próxima al cielo estaba la casucha de sus padres, labriegos que vivían al margen de la vida urbana. Para visitarlos vestía su pantalón de bayeta, calzaba ojotas, se ponía el poncho multicolor. Era un muchachito quinceañero, de ojos oscuros y vivaces, que se cortaba el pelo muy corto porque cuesta la peluquería. Pero en la casa de los patrones, donde servía de jardinero, y atendía la mesa cuando llegaban las visitas, vestía a la europea: el saco blanco, impecable, calzado de cuero, pantalón oscuro, camisa bien planchada y corbata. La tez cobriza y los rasgos mongólicos denunciaban la procedencia aimara; la fisonomía inteligente y simpática, la dicción clara hacían olvidar el pigmento de la piel. El José Quispe era un diestro en todo trabajo manual. Estudiaba en el Nocturno Ayacucho y cuando se graduara de bachiller ingresaría a la universidad. Esta era su vida habitual, pero más interesante era la otra, la escondida vida en que lo había sumergido el "niño" Andrés, primogénito del industrial Ramírez. Andrés, dos años mayor, era el modelo para el indiecito que adoraba al joven. Inquieto y romántico, Andrés Ramírez inició a José Quispe en los misterios de la conspiración. Intervenían en reuniones nocturnas, conducían mensajes secretos, visitaban a personajes peligrosos. "Mira, José, en la vida hay que aspirar siempre a lo más grande, a lo más difícil. Parece imposible voltear al Dictador, pero no es imposible. Cree en El Jefe, con él lo hemos de hacer caer un día..." "Otras veces el "niño" Andrés se sumía en melancólicos pensamientos; salía de ellos, bruscamente, y se llevaba al José a trepar cerros. "Está enamorado, qué será... Ni a mí me ha dicho nada. Qué será..." Aunque el José Quispe era su confidente, camarada en toda aventura ¿cómo podía Andrés Ramírez decir a nadie que amaba a

una dama irreprochable que le doblaba la edad, y que para colmo de males era la esposa del Jefe, del hombre que despertaba mayor admiración en su ardiente juventud?

Era domingo, día franco para el indiecito Quispe. Andrés lo llamó, partieron juntos y por el camino, mientras el "Opel" lo corría velozmente, le fue explicando el asunto. Había que avisar primero a la señora Julia (¡la bellísima!). Luego irían a la imprenta. Y por último recogerían un dinero que esa misma noche entregarían en la casa de Raúl.

La señora del Jefe los recibió angustiada:

—¿Vieron a Ricardo, está a salvo, cuándo piensa regresar a casa?

Vestía con sencillez. Nada en ella había de llamativo, nada que pudiera incitar a los hombres, a no ser su espléndida apostura, la hermosa cara morena.

Andrés apenas podía expresarse frente a su ídolo:

—Sí, señora... Estuvimos con él... Anoche, es decir antenoche, en el sitio convenido. No hay peligro... Es decir lo hubo... Pero ya pasó. Ahora está bien escondido. Le manda muchos cariños, para usted y los niños. Una de estas noches vendrá y el José Quispe se lo avisará a usted.

La señora sonrió con amargura:

—Claro: él sigue jugando al héroe y nosotros sin poder dormir por miedo a lo que pueda pasarle.

Discutieron largamente sobre la marcha de la revolución. "El dice que usted y los chicos abandonarán la ciudad ocho días antes del golpe." La respuesta no se hizo esperar: "¡Nunca! Seguiremos aquí. Su mujer y sus hijos correremos su suerte." ¿No había manera de apartar lo de la insensata aventura? Imposible: eran muchos los que confiaban en él, tantas vidas que dependían de su mando. "Pero no se aflija, señora, todavía faltan muchas semanas, tal vez meses; y la cosa no será sangrienta, porque el Jefe lo está previniendo todo. Es posible que el Dictador caiga sin disparar un tiro." La señora Julia miró desconfiada al muchacho: eso dicen todos, para tranquilizarnos a las mujeres. Si no sabré yo su valentía... "Qué malo está el café — pensaba el José Quispe — la señora no ha debido prepararlo. Es la burra de la Justina." Pero la Justina era la sirvientita que le quitaba el sueño y el José Quispe, pensando en ella, se tragó el café endulzado por su recuerdo. "Le llevarán esta carta mía y me traerán la contestación. Cuando puedan". Andrés tomaba la misiva de manos de la señora Julia y se le antojaba que era ungido caballero por la mismísima Reina de una patria imaginaria. "Señora: ¿podemos hacer algo más por usted... por don Ricardo... por los niños?" La voz le temblaba. ¿Había adivinado su secreto? Ella lo miró con dulzura; luego severa advirtió:

—Andrés, usted es como un hijo mío. Un hijo ¿está claro? Así lo queremos Ricardo y yo. Cúidese, cúidense, no sean temerarios. Que Dios los acompañe.

Hizo la señal de la cruz sobre las cabezas de los dos muchachos y los ojos se le llenaron de lágrimas.

"Cómo lo quiere, cómo lo quiere. Yo también debo amaros así.

Al abandonar la casa del Jefe, Andrés Ramírez no pudo esconder su emoción:

—Josesito: ¿has visto qué linda es la señora?

Y el José Quispe que tenía el alma pura, poética, de los indios amadores de su tierra, repuso sencillamente:

—Es como la retama, bonita y con su olor...

Después de cumplir los otros cometidos, al caer la tarde, cuando la muchedumbre abandonaba el estadio de Miraflores y otras multitudes se agolpaban en las puertas de los cines, los dos amigos llegaron a la casa de Octavio, otro dirigente de la conspiración. Era un hombre poco atrayente, de pocas palabras, frío y seco; pero el Jefe confiaba en él por su lealtad y su despierta inteligencia. Era, además, rico y podía confiarse en él para mover fondos sin que se deslizaran partidas. Le dieron el dinero y el rico Octavio sin convidarles ni siquiera una triste coca-cola, dijo dirigiéndose al mayor:

—Escucha bien lo que voy a decirte, Andrés. No debo escribirlo porque podrían cogerte el mensaje. Dí a nuestro Jefe que la gestión con los militares retirados concluyó bien: están con nosotros. Que no se preocupe por las otras conspiraciones, son indecisas, carecen de buena dirección; la nuestra les lleva seis meses de ventaja. Que no largue todo en las reuniones del Comando Central: son muchos y se ha filtrado algún traidor; el plan mayor debe ser conocido sólo por el Consejo de los Diez. Están llegando los fondos, hasta algunos del partido de gobierno están contribuyendo; ese desleal del diputado Quillares nos ha servido de enlace. Todo anda bien. Le dirás, también, que no me gusta la elección de Potosí para el próximo mitin: todavía no hemos ganado a los mineros. Es peligroso, que aplase el mitin para enero.

Andrés y el José Quispe fueron a casa de los Ramírez a cenar. Luego con pretexto de ir al cine volvieron a rodar las calles. A pie, porque el coche de los Ramírez podía ser identificado por las patrullas policiales.

El domingo nace feliz y muere penoso. Son tantos los que se movilizan, se trasladan al campo, abandonan sus casas. La ciudad se estremece, un largo temblor sacude sus vértebras. Nadie puede quedarse quieto los domingos, porque aun los reposados y los viejos estancados en el hogar, son sacudidos por las ediciones de los periódicos, los programas dominicales de las radios, las noticias deportivas. Hay accidentes, peleas, sucesos raros. Sólo la política enmudece el día séptimo y deja un paréntesis de paz a las gentes. Los pudientes bailan, beben, se divierten hasta cualquier hora: pueden dormir el lunes. Pero los necesitados, los sujetos a horario y oficina prolongan también la diversión, como protesta contra el quehacer que los esclaviza. Y el que despertó en domingo, confiado y animoso, dispuesto a grandes acontecimientos, se acuesta por lo general cansado, hastiado, con pequeños sueños. Qué fría, qué desolada se ve la ciudad en el crepúsculo dominical. Los que regresan del campo sólo desean entrar de una vez a sus hogares. Miles se encerraron por dos horas en los cines. Tiendas y oficinas cerradas. Otros han quedado en sus casas. La corriente de omnibuses y automóviles se atenúa. De Calacoto suben muchos vehículos. De El Alto bajan otros, tantos que recorrieron el vasto altiplano: Tiwanaku, Copacabana, Huatajata, Sorata. Y otras columnas suben, jadeando, hasta La Cumbre trayendo a los viajeros que quisieron sumergirse en el cálido abrazo de las vegas yungueñas. Hay quienes, partiendo el sábado temprano, visitan el Beni misterioso, desconocido casi, la opulenta Santa Cruz, Cochabamba, la radiante, y regresan en avión el domingo por la tarde. Pero el pueblo, en grande mayoría, si no permanece en sus incómodos hogares, ha ido también al campo, donde le agrada mirar los altos cerros, buscar flores, beber cerveza, bailar cuecas, cantar coplas, discutir, armar camorras, reconciliarse. "Esta bien hermanito, perdoná. No he querido pegarte fuerte. ¿Otra cervecita? Pero no me la mires más a la Gregoria, ¿ya?" Y las guitarras y los charangos, las mandolinas y las radios a transistor difunden por valles y quebradas, dondequiera que hayan gentes presas del vértigo dominguero, músicas y alegrías que expanden la ciudad a través del júbilo de sus gentes. Entonces ella, la celosa, se inquieta por los moradores que la abandonan, aunque sea fugazmente. Quiere acortar el domingo, pide que venga con rapidez la noche, para que todos se restituyan al gran cuenco acogedor. De Río Abajo, de Palca, regresan grupos nómades. Con las primeras luces nocturnas se acelera el retorno de los viajeros. Hay más público en las cantinas y en los bares, en las plazas de barrio, en los billares. Y aunque las calles sigan semi-vacías y el tráfico no tenga la intensidad de los días habituales, la ciudad se tranquiliza porque sabe que faltan pocas horas para que la gran corriente humana y la tensa masa de las movildades reanuden su agitación cotidiana. Y los que rezaron fervorosos en las iglesias, los que vivieron una doble vida en la pantalla animada, ganadores y vencidos en el estadio y en las pugnadas deportivas, los que condujeron sus vehículos a velocidades locas para salir de un paisaje a otro paisaje, los que se divertieron ajenos al tiempo, o los que permanecieron tranquilos con un libro, estudiando, descansando en el seno de la familia, vuelven a pensar en el mañana que los acosa desde las últimas horas domingueras. Y el paréntesis del séptimo día es siempre inquietante,

incitante, en la ciudad del hoyo inmarcesible, porque la tienes siempre al alcance de tu mano, aunque sus grandes custodios, los nevados insolentes, parecen distanciarla en el espacio. Y ésta es la gracia del domingo, que te permite mirarla, admirarla despaciosamente; descubrir sus galas; penetrar en su enigma y en el sentido de sus metamorfosis estupendas. Porque si bien miras, si mejor comprendes, existe en esa tempestad petrificada del paisaje una como magia química que transforma y volatiliza todos los elementos cósmicos del contorno, para confundirlos y volver los a recrear en el estupor reconstitutivo de los largos mirajes absortos. La Paz, entonces, niña dominical, joven y bella, esconde bajo sus largas peso tañas de hielo el ardor de sus volcanes dormidos. ¡Saber mirarla!

El coronel Mendivil, impetuoso, puso sus condiciones:

—Confían en mí, o estoy de más. Entro a la conspiración, y reconozco su jefatura (al Jefe que lo escrutaba atentamente) pero los militares retirados deben someterse a mi mando!

Mateo quiso replicarle, pero un ademán del Jefe lo contuvo. Luego hablaron Federico, Raúl y Octavio, insistiendo en que la revolución contaba ya con largos meses de cuidadosa preparación, en tanto que Mendivil era nuevo, recién llegado casi, y aun no había dado prueba de sus condiciones.

Hizo el militar un gesto brusco, anunciador de un retiro fulminante. El Jefe lo contuvo con sereno gesto:

—El coronel Mendivil es un militar de honor. Podemos confiar en él. Tendrá el mando de las fuerzas armadas que pueda comprometer. Pero como ningún golpe militar tendría efecto si no lo inicia y respalda el levantamiento popular, nosotros fijaremos el día y la hora en que deberá estallar la revolución.

Gonzalo, nervioso, intervino:

—Señor: el coronel no puede pretender un mando único. Son mandos plurales los que se necesitan para una rebelión.

Mendivil volvió a molestarse y fue nuevamente tranquilizado: bajo su dirección estaría toda la acción militar.

Después de una corta discusión sobre las ventajas y desventajas de la participación obrera, Luis Alberto preguntó:

¿Y cuándo pondrá el huevo la gallina?

Algunos soltaron la risa; otros se fastidiaron por la actitud burlona del preguntón. El Jefe, tranquilo y preciso, expuso el cuadro de la situación. No había por qué precipitarse. La revolución de los verdes, un año atrás, y la revolución de los azules algo después fracasaron justamente por falta de coherencia en las acciones, por no haber engranado bien los dispositivos de ataque y defensa. "¿Creen ustedes que se trata sólo de atacar cuarteles y meterse al Palacio?" Hoy el aparato del Estado es inmenso, complicado, y si no consideramos detenidamente la estrategia múltiple para paralizar sus centros nerviosos, estamos fundidos. "¿Y qué hicimos en seis meses de preparativos, Jefe?" Seis meses son poca cosa para derribar un régimen fortalecido en nueve años de poder ininterrumpido. El Dictador prepara su reelección, aparentemente constitucional. Llevará de Vicepresidente al diputado Quillares, neutro y felón, que lo mismo coquetea con el gobernante que brinda apoyo a sus opositores. Es un intrigante, un cobarde, siempre empujando a los demás y escondiendo la mano que tira la piedra; ¿pero no fue siempre la política campo vencedor para cobardes e intrigantes? Gente leal la hay, sin duda, pero poca. Tenemos que ampliar nuestros cuadros de activistas y adiestrar los comandos de asalto. Requiere tiempo y dinero. "A propósito: el financiamiento no anda bien. Muchos prometen y entregan pocos, más por miedo que por libre decisión. Sin dinero no hay armas y sin armas no hay revolución." También cuentan las deserciones, los timoratos que se asustan, retroceden y no cumplen lo pactado. No hay temor de ser delatados, mas es difícil cubrir los huecos que dejan. Y algo que a ustedes parece interesarles

poco, pero que a mí me quita el sueño: carecemos del número mínimo de hombres de Estado, administradores, técnicos que se necesita para hacerse cargo del poder. "Señor: ¿y la fe que usted nos infunde, no basta?" La fe es para ganar la lucha; la preparación y la capacidad para sostener el gobierno. No, no es lo difícil la revolución. Con valor, energía y rapidez se puede vencer; lo difícil es organizar un gobierno democrático después del gran vacío que dejará la caída de la dictadura. "Vamos, muchachos, a dormir. Mañana tendremos otra jornada dura con los deportistas".

Salían de dos en dos, con pausas calculadas, cuando un vigilante dio la alarma: "¡policías!"

Todos se atropellaron para subir a los tres automóviles estacionados a cierta distancia de la casa donde se habían reunido. El Jefe sonrió, conmovido por la cobardía de los más.

—Yo no corro — expresó —. Si nos salvamos, bien. Si nos prenden, la cárcel es la mejor escuela para el revolucionario.

Federico, Mateo y Raúl lo cogieron de los brazos y apresuradamente lo metieron al vehículo más próximo.

—Señor, esta es la única vez que no manda usted. Tenemos que cuidarlo para la revolución.

Los coches de los facciosos arrancaron con cien metros de ventaja sobre los carros policiales. Al enfilarse la recta de Calacoto, los rebeldes tuvieron la sensación de estar a salvo. Poco duró su alegría. En el retrovisor del último automóvil de los que huían, pronto se reflejaron las luces del primer vehículo de la policía, y ésta se prendía tenazmente a las lucecitas rojas en fuga por la cinta del camino. Al entrar a Obrajes los persecutores habían ganado cincuenta metros sobre los perseguidos. Más potentes las máquinas o más diestros los conductores, los policiales se aproximaban a su presa. Cruzaron Rosasani a gran velocidad, gimiendo las llantas sobre el cemento. En la cerrada curva de San Jorge habían perdido otros veinte metros. Pero en la recta del primer tramo de la avenida Arce pareció que ganaban otra vez terreno: los tres carros de los facciosos, a toda máquina, tragaban distancias. El primer vehículo tomó la curva de Isabel La Católica con gran impulso, patinó un tanto y reanudó su marcha. El segundo, en el cual iba El Jefe, conducido por Raúl, apagó sus luces y a gran velocidad se desvió por una callejuela hacia la derecha. Los del tercero, comprendiendo la maniobra, siguieron hacia el segundo tramo de la avenida Arce. Los carros policiales, fijos en las lucecitas rojas que escapaban por la vía central, no se dieron cuenta de la evasión del segundo carro. Siguió la carrera loca por las calles de la ciudad. Y el segundo coche de los rebeldes, tranquilamente, saliendo del desvío volvió a bajar hacia Obrajes en busca de nuevo refugio para El Jefe.

El Dictador, ceñudo, ordenaba al ministro de Gobierno:

—Aumentar las patrullas de vigilancia. Es en la noche que se mueven mejor. Primero me capturan al traidor de Luzardi, y cuando tengamos la casa en orden, cargamos contra los otros. Y al tonto ese que se hace llamar el Jefe, ubicarlo, arrestarlo y azotarlo. ¡Aquí no hay más Jefe que yo!

El joven Billy, cara de guarda, entró presuroso:

—Señor Presidente: ¡están reunidos en una casa de Calacoto, en la calle 22!

El Amo lo miró burlón:

—Ya lo sabía. Han caído o están por caer en mis manos. Pero tú sigue insultando al gobierno, para despistarlos mejor.

Tocó un timbre y entró el edecán de servicio:

—¿Está Meneses?

—Hace media hora que espera, Excelencia.

—Que siga esperando.

El Dictador quería que el periodista se enterara de la humillación que infligía al exfavorito. "Mañana, el periódico, lanzará la especie".

Otro timbre. Otro edecán.

—¿Y el Ministro de Comercio?

—Acaba de llegar, señor Presidente.

—Que pase.

¿Qué mayor humillación para un ministro, que ser pospuesto por otro? Y para un valido ¿que prueba mayor de su caída que verse precedido por el rival en ascenso?

Iriarte entró gozoso, triunfal, mientras Meneses sentado en un sillón de espera bebía el café más amargo de su vida.

Unos suben, otros caen, Manda el que puede, conspira el que no puede mandar. Todo gira dentro de la órbita política en las pequeñas naciones subdesarrolladas. Pero aquí el territorio es inmenso: podría contener más de cien millones de almas y alberga apenas cuatro. Y estos pocos pelean, tenazmente, por el poder que raras veces saben utilizar.

Y el gran Coloso de Nieve cobijaba, paternal, en su sombra augusta, los sueños y desvelos de los hijos de la urbe. "País de montañas tan grandes para hombres tan pequeños" — dijo, alguna vez, el crítico pesimista. Pero no es así: porque los hay grandes, nobles, penetrados del sentido heroico de la vida, aunque no siempre la victoria corone sus esfuerzos. Y el Navío Blanco petrificado en sus hielos conoce y protege a los nautas del riesgo y la aventura. Porque son suyos. Y uno son la grandeza del monte y el dolor del hombre, que trabajan para el tiempo.

"Illimani" guarda las hazañas del paceño. Su materia es la revolución de las formas. Imítalo: moviendo, deshaciendo, rehaciendo perdura el hijo de las cordilleras. Que tu vida tenga grandeza y movimiento de montaña.

LA NOBLE ESPERANZA

No es verdad que la fe se haya perdido: el varón ama su alma y cuenta el vaticinio de su porvenir. Supremas cavilaciones. Pocos piensan en Cristo, en el Buda, en Wirakocha porque la idea de Dios no tiene acceso al área soberbia de los sabios y los técnicos.

Por descompuesta que aparente la sociedad mecanizada, por extraviado que aparezca el varón actual, ni ateísmo ni desesperanza ganarán la batalla final: porque el hombre es planta joven, puede soportar cien mil derrotas y volver a levantarse. Al cabo romperá las ligaduras del extravío y de la duda.

No me dejo engañar por el torrente desenfrenado que baja de una Europa desgarrada por dos guerras espantosas ni por la marea existencial que mira en trance de disolución al hombre, cuando en verdad sólo se trata del juego palingenésico para avanzar a un nuevo tipo de humanidad.

En literatura, nadie quiere ser comprendido, sino sólo causar asombro. Estupefacer al lector, torturarlo, angustiarse, cortar la respiración a fuerza de escándalo y violencia, dar vida frenética en redomas de perversión: esto es lo anhelado. Cuanto más inteligente sea el escritor, será más complicado y se gozará, a su vez, en enredar, excitar y desconcertar a quien lo lee.

Es la técnica del ruido, la ciencia del impacto circense, una rara mezcla de trapeceista y de payaso.

Pero éstos, aunque sean los más avisados, son los menos. Las gentes quieren ser salvadas. Se salvarán.

No basta amar, sufrir, inteligencia, experiencias sensorias, técnica expresiva, atmósfera o estilo. El fantasma brota del relato mismo. En el fondo, en rigor crítico, no hay estilo: sólo el escritor que conforma por el milagro idiomático el rayo anímico animador de su tarea. Despertar el entusiasmo, volver a encender el fuego abolido, edificar pacientemente el templo y las columnas. Amar la construcción que nos construye. No hay mejor clave.

Y aunque escuchéis mil veces sostener que la investigación del átomo, los astronautas, el poder mortífero de las armas destructivas, la política, la economía planificada, los grandes desastres naturales y las matanzas colectivas, una sociedad competitiva que adora el éxito abruman a la humanidad; que el hombre se ha vuelto cínico y codicioso, sensual, violento, maligno y descreído; que poco o nada se puede esperar ya del utilitarismo y los peligros reinantes; pensad mil veces que en medio de la tormenta se anuncia el advenimiento de la espiga.

Porque mundo, sociedad, no son originariamente malos: los emponzoñan con carga de maldad y de extravío. Y el hombre es bueno, a pesar del látigo que lo obliga a callar y del dinero que lo envilece y lo despeña.

Artes y literatura resurgirán del vórtice crepuscular que las envuelve, si el alma se rebela y deja oír su protesta. Porque así como es imposible deshumanizar a las criaturas, es ilícito afeardar a la naturaleza, hermosa por sí misma. Y la desesperación de ver cerrado el horizonte — miedo, psicosis de abatimiento, mal gusto, escándalo, crimen, alienación, sexualismo, violencia, hastío y desazón — puede vencerse. Cuando la voluntad flaquea, volver al sentimiento. Poned vuestro amor en un pequeño ser, en una planta, en una estrella, en un ideal lejano, y el mundo renacerá tierno y fragante cada amanecer.

LUZBEL

¿Qué sería de Marcial Sedeño?

En la escuela era el estudiante más rico de habilidades: todo lo podía, lo mismo trepar una ladera escarpada, aventajar a los demás en el manejo de la pelota de trapo, recitar largos poemas, que agrupar a los amigos con su palabra chispeante, promover pequeñas aventuras, urdir bromas y zafarse de situaciones azarosas.

Cuando alguno se veía en apuros murmuraba:

—Marcial me ayudará.

Porque tenía un corazón generoso, siempre dispuesto a socorrer al prójimo y un ingenio fértil que jamás se rendía a las dificultades del momento.

En la Universidad su inteligencia se hizo más aguda, su sensibilidad se expandió, nada escapaba a su curiosidad. Andaría por los 22; yo rondaba por los 18 pero tenía la sensación de que nos separaban muchísimos años de saber y de experiencia. No podía seguirlo en sus travesías estéticas cuando pasaba con fácil dominio de una fuga de Bach al análisis de un lienzo del Greco, de un poema de Píndaro a la descripción de un torso de Miguel Ángel. Sabía demasiado. La biblioteca de su abuelo, una retentiva prodigiosa y su talento natural le hacían accesibles vías del conocimiento que otros difícilmente alcanzan a lo largo de toda una vida.

Pero no sólo era un saber, culto el suyo: conocía, además, esa ciencia escondida del vivir que sólo confieren prolongadas experiencias. Sabía de comidas y de vinos, las artes del protocolo y de la reciprocidad, la manera cabal de adecuar una carta a su destinatario, el modo mejor de componer un discurso. Seducía a las mujeres con su palabra brillante y desarmaba a los hombres

con su perspicacia intuitiva. Se hacía amar, se hacía desear. Su compañía era una fiesta espiritual.

A veces — muy raras veces — solía asaltarme la duda. ¿Por qué lo sabe, por qué entiende de todo? Es como si quitara a las cosas el esmalte de su profundidad. Se aproximaba con fría seguridad a un problema, y aquello que no podía resolver plenamente, quedaba al menos iluminado, en cierto modo esclarecido por su penetrante indagación.

Un día que yo alegaba acerca del velo poético que parece cubrir el mundo, su risa desdeñosa me cortó el discurso:

—El misterio no existe — dijo — todo puede ser explicado. No hemos desarrollado aun, las antenas innumerables de la inteligencia que nos permitirán abarcar la magia recíproca del universo y de su criatura.

Siempre lúcido, sapiente siempre. Poseído por una fiebre dinámica que lo inducía a proyectar empresas inmediatas o remotas y esforzadas tentativas, se me aparece, todavía, en el aura dorada de la adolescencia distante, como un demiurgo infatigable.

Lo envidiaba secretamente, sin odio, sin maldad, con esa suerte de sana emulación que despierta el espectáculo de una poderosa personalidad.

¿Era un sabio, una anticipación de tiempos por venir?

Hablaba, a veces, de mundos desconocidos, de cosas tan extrañas, de relaciones tan oscuras y enigmáticas entre el universo físico y la criatura mortal que ponía espanto en mi espíritu. Y no era triste, solitario, como suele acontecer con las inteligencias privilegiadas, sino más bien alegre, decidor, sin que nada dejara entrever el drama interior.

Marcial Sedeño despertaba el entusiasmo en los corazones jóvenes: los empujaba hacia la acción. Pero no había terminado de promover una determinada empresa y ya se hallaba urdiendo otra. Pasmaba a todos con el poder de su imaginación y la fuerza incontenible de su voluntad. Si hubiera sido político habría alcanzado varias veces el poder.

—¿La política? — anotaba despreciativo —. Si el mundo es tan vasto y tan diverso ¿por qué enredarse en las disputas de los hombres?

A mi primo Julián, que solía estallar en raptos de cólera, lo curó definitivamente con estas palabras:

—Todos llevamos una fiera dentro, lo mismo el salvaje que el civilizado. Del modo cómo reaccionamos frente a ella se mide nuestra posición. Si la dejas en libertad, eres un bárbaro. Si la reprimes un hombre culto. ¡No te dejes mandar, manda!

Yo lo admiraba profundamente: Marcial Sedeño fue un ídolo de mi juventud apasionada. Veo surgir del recuerdo su cabeza agresiva, de facciones dominantes, sus espaldas cuadradas, su mirada inquisitiva.

Cierta vez cayó de su texto de química un pedazo de papel, y en él, escritas a lápiz, como si fueran apuntes para verter después a un "diario", leí estas palabras:

"¡Díos mío! Dormir apenas dos, tres horas. No poder concentrarme en una sola idea, no estar facultado para un solo amor porque me llaman y desgarran todas las inquietudes del Eros intelectual. ¿Si ellos supieran que el más fuerte de los hombres es en verdad el más débil? La inteligencia sin reposo desmedra. La voluntad sin descanso anula. Quisiera no saber, no poder algunas cosas, para volver a descubrir el misterio del mundo. ¡Dichoso el que puede concentrarse en su tarea! La mente múltiple, plural, activísima, desordena la sencilla armonía que creaste. Luzbel me ronda".



Grabó Víctor Delhez

“Hablaba, a veces, de mundo desconocidos, de cosas tan extrañas...”

Nunca conté a los demás lo que decía el pedazo de papel. No quise robarles la fe en el mago.

Poco tiempo después Marcial Sedeño se despidió de nosotros: iba al encuentro de Australia, el continente perdido en el océano. Dicen que el barco que lo conducía naufragó. Y ya no supimos más de él.

EL DESCONOCIDO

Una gran mancha colorada en el cerro: es como si el cerro te enseñara su corazón. Pero no podemos conocer el corazón del indio porque lo esconde la parda uniformidad de la desconfianza. Tierra enigmática.

No con palabras, no con leyes, no con técnicas modernas te acercaras al corazón del indio. Procura entrar en su órbita, en su estilo; que él penetre a los tuyos. Y cuando el gran puente sea salvado, piensa, todavía, que hace falta una larga siembra de paciencia y comprensión para acercarse a los olvidados.

Tiene, el nativo, un fondo natural de rectitud: lo corrompen las astucias y malicias del blanco, la perfidia mestiza. ¿Pero es verdaderamente pérfido el mestizo, o sólo un incomprendido mudable en sus esencias?

Suele ocurrir que la indagación de lo indígena desemboca en perplejidades para el americano culto. ¿Qué le pediréis al indio si no habéis entendido aun al señor civilizado? De cierto modo, nuestra miopía para invadir las zonas afectivas y reactivas del alma vernácula, trasunta la propia impotencia para conocernos. Conducimos mal porque nos sabemos poco.

El indio, en su estado actual — díganlo sociología, economía — es un reproche a la conciencia. Queremos verlo en marcha a un plano de superación social, pero ella supone, al mismo tiempo, contaminarlo con los morbos de egoísmo y de crueldad que fatigan al moderno individuo de las urbes.

Y éste es el problema: la Arcadia nativa, en su medio y en sus hábitos, lo aleja y lo retrasa del vértigo contemporáneo. Su rescate por la ciencia y por la técnica, su modernización, incorporarán grandes masas humanas a la explosión de avidez, de maldad en competencia que azota a la humanidad.

Pero la maldad subsistente no es razón para dejar de reverenciar la vida. Y el indio tiene pleno derecho a ser oído y aceptado en la sociedad moderna.

Es un hermano. No deprimirlo: levantarlo.

PERPLEJIDAD

Por grandes que sean las decepciones del vivir, por altas las dificultades, no perder la confianza. Te acosan, te hostigan para madurarte. Una sonrisa desvía el curso parabólico de los resentimientos.

Si intervienes en política te atribuirán todo lo malo, te desconocerán en el acierto. Pagarás un precio por el sol de las ideas y otro en la lumbre de la fortuna. Más el mordisco en la mano bienhechora que la gratitud esperada. Siempre la necesidad en tu camino. Hostiles los días y las noches sembradas de inquietud. Como de gran fatiga brotando los felices sucesos. Sube tu obra creadora con la firmeza y elegancia del fuste de la columna griega: nadie sabe lo que cuesta su vertical constancia. La envidia fulvicornia acecha siempre. Y siguen, al atisbo, los rencores infundados, las antipatías mal habidas. Avanzar, en la selva de los hombres, es sufrimiento y decepción.

No abras las puertas de tu debilidad a nadie: que ella sea interior, como senda escondida. Restaña tus heridas en silencio.

Una sonrisa, el piadoso olvido, la consagración a tu tarea deben sustraerte del peligro de pensar en cobrar agravios.

Haya confianza. Sé fuerte frente a la taimada fortuna y agradecido a la adversidad que te endurece.

Porque está escrito: venimos a combatir. Y el que busque ascenso mayor será presa de las dificultades.

¿Aún no aprendiste la lección de los andantes dolorosos de Beethoven?

El hombre se hace, desgarrándose. La obra es mítica y perfecta a un tiempo mismo. Fluye el vivir cual río de zozobras.

Debe ser, necesariamente, así: afirmate en la permanencia del cambio y de la lucha.

EN EL PARQUE

Es en el parque remontado en un promontorio encantador. Al fondo bulle la ciudad. Un festón de montañas en el horizonte circundante. Altos árboles. Vacíos aéreos. Sombras sosegadas en la dulce claridad del atardecer.

Una pequeña mariposa se ha posado en el suelo, junto a las piedrecillas del sendero. El sol arranca mágicos destellos de sus alas afelpadas. Esa diminuta máquina movable que parece ignorar el reposo en el aire, se ha petrificado en el suelo. Es un imán, es un oráculo: atrae a sí, está a punto de entregar su secreto. ¿Hay algo más frágil y fascinador en la inmensidad del paisaje? Una pequeña mariposa absorbe mi atención, concentra en su leve superficie el misterio del ver y el meditar. Cuanto más la contemplo se me va afinando el alma: siento el llamado de cosas recónditas, la presencia de fuerzas invisibles.

Una mariposa inmovilizada en la tarde...

Levanto la mirada y a pocos pasos, en un banco próximo, veo a otro espectador sumido, como yo, en la contemplación del gracioso lepidóptero.

Debe ser un estudiante, porque estamos en época de exámenes. Yo tengo mi Plotino en las manos. El tiene a su lado un Testut. Aun no sabe que lo miro mientras mira. De golpe he retrocedido en el tiempo: así era yo veinte años atrás. Me invade una ternura desconocida por su juventud triunfante.

Triunfante en relación a mi madurez desengañada, en la zona de lo puramente biológico; ¿pero quien podría decir lo que coexiste de vencedor, de dudoso, de vencido en el alma de un adolescente? Hay más carga de misterio en el varón imberbe que en el hombre entero.

Es un joven de regular estatura. Negro el pelo, las facciones nobles, hondo el mirar. Viste con sencillez; en el traje algo estrecho se le dibujan la musculatura educada, las bellas proporciones físicas. Probablemente es un atleta y un poeta a la vez. Me voy trasfundiendo en su ser. O lo incorporo al mío, que viene a ser lo mismo. Y lentamente se despliega el abanico de las horas distantes.

Yo era un trepador de montañas...

Nada podía detenerme cuando me lanzaba a la conquista de la mole, puesto el corazón en el alcance de la cima lejana. Con paso indio, corto, regular, sobre la punta de los pies. Si el monte se cortaba a cercén, daba un rodeo por largo que fuera. Acometía taludes escarpados. Resbalaba con las piedras, volvía al ascenso con pasión redoblada. Me asaltaban las ideas más bellas, las locas ambiciones. Pensaba en la amada imaginaria depositaria de la nueva victoria, porque escalar el cerro era una proeza para mi orgullo de adolescente. Una hora de subida, el primer envaramiento en las piernas cansadas. Entonces Aquiles y Ulises daban paso al rústico que requiere descanso: pelaba unas mandarinas y me enjugaba el rostro. Y reanudaba el ascenso con la cara encendida, la camisa pegada al cuerpo, mientras el viento silbaba por las peñas. Subía, subía en fiera competencia con la montaña: o ella me rendía o yo la conquistaba. ¡Cuántas incidencias deliciosas! Trepador un monte es descubrir un mundo inédito. La naturaleza enseña mejor que los libros y los hombres. Templada el carácter, fortalece el cuerpo. Y si sabes interrogarla te revela cosas que sólo su frecuentación entrega. El último tramo era, tal vez, el más glorioso: próxima mi osadía a la victoria, presintiendo los goces de la cumbre, proseguía escalando al gigante con ardor y alegría renovadas. Aprendí a vencer en la constancia, en el esfuerzo redoblado. Padecía de vértigo frente al vacío y me sobrepuse mirando largamente el abismo. Sobre- pasaba el punto muerto de la fatiga. Subía, subía. Una vez, tras varias horas de ascenso, me desmayé en la cima; pero callé el percance para que no me prohibieran repetir la hazaña. Y este diálogo, siempre renovado, de mi juventud ardiente con la montaña impasible ha sido la escuela en que forjé cuerpo y alma al par. Porque ¿hubo algo más sano, más noble, más provechoso que el ascenso solitario del monte formidable?

Era un trepador de montañas...

Cada día una manzana de oro caía hendida a mis pies. Mi amigo era el mejor. El paisaje como recién nombrado me entregaba en versos sencillos la maravilla de sus accidentes. Era el tiempo del perfume de la retama. Los azules del aire dialogaban con los blancos de la nube. La violencia de mis sueños estremecía la arboleda. O permanecía inmóvil sumido en meditaciones confusas. Ignoraba el dardo punzante del dolor y la tristeza del acto frustrado que defrauda. Todo

tomaba el color púrpuro de la victoria, nada parecía imposible. Cuerpo y alma respondían rápidos, flexibles, prestos al combate. El mundo se cubría de hermosura y una fina melancolía restauraba el equilibrio de las horas. Nunca ví el rostro de la muchacha encantada que aguardaba mi ansiedad, pero yo la sentía salir a mi encuentro en el crepúsculo de bronce...

¿Será este joven idealista y enérgico a la vez? ¿Llevará, larvados el hombre y el artista o sólo uno de ambos? ¿Le espera una vida intensa de triunfos y contrastes, el tono gris de una monótona existencia? Su noble frente ¿esconde una grande ambición o la mesura de una firme voluntad sencilla?

De pronto el estudiante levanta la cabeza y me mira con ojos penetrantes. ¿Qué dice esa mirada? Hay siempre dos respuestas para el juzgador.

Es posible que piense, desdeñoso:

—Soy como fuiste; nada tengo que envidiarte. Y es probable que vaya más lejos, porque mi ambición es mayor.

Y es también probable que reflexione tranquilo:

—Ideales, sueños, ambiciones. ¿Para qué? No habito lo imaginario. Estudio medicina porque amo la realidad profunda del vivir. Busco lo que es, no divago. Y detesto a los soñadores.

Nos hemos contemplado unos instantes, no sé si como hermanos o rivales. Luego nos separamos sin descubrir nuestro secreto. ¿Se deleitaría con mis escritos, podría yo ayudarlo en sus problemas juveniles? No lo sé, no lo sabré jamás. Tampoco si se trata de un adversario en potencia que pasando los años me negará como yo desconocí a otros que me precedieron.

El se marcha con su Testut bajo el brazo. Yo oprimo mi Plotino entre los dedos. Tal vez nunca volvamos a encontrarnos. Y mientras la noche se aproxima con paso furtivo he pensado en la infinita soledad del hombre.

El Señor manda:

—Acércate a tu hermano, comparte su aflicción y su inquietud.

Pero la vida separa. Del esplendor comunicante del paisaje se pasa, sin transición, al infranqueable enigma del desconocido inabordable.

Abandono el promontorio con una sensación de vacío en el alma.

EL HERMANO DIFÍCIL

Ciertamente: nadie sabe lo que es un mestizo. Las más audaces teorías de los sabios se estrellan contra este misterio viviente.

Mitad blanco, mitad indio, a veces una mezcla en proporciones desiguales, participa de ambas razas sin expresar enteramente a ninguna. La conformación craneana dice: "es un europeo". Los rasgos somáticos replican: "he aquí al autóctono: Tiene la dinamia pujante del civilizado, escondida detrás de una reserva lejana que evoca los fondos invisibles del ancestro. Unos disimulan mejor esa pugna entre el ansia de darse y la tendencia a replegarse sobre sí; otros no pueden apagar en los ojos su instintiva desconfianza: miran y recelan. Dudan. Esa extraña armazón antropológica, enjaula un alma desconcertante.

¿Cuántas veces se habló de la doblez mestiza? Esos no ven, malentienden, desvarían. Trátase, en el fondo, del juego inexplicable de pasiones encontradas que brotan del doble torbellino de sangres mezcladas. Una orquestación inarmoniosa al primer impacto auditivo que revela lentamente sus hondas estructuras.

Como el misterio, el mestizo tiene mil caras. Díjase que la naturaleza extremó en él las combinaciones biológicas: lo mismo puede desembocar al bien, al mal; o a lo imprevisto. Nadie auscultó suficientemente esta selva espesa, impenetrable, ni su extraña mentalidad que otea cinco puntos cardinales.

El mestizaje: en cierto modo la fuerza original más rica de ímpetu creador que poseen las Américas. Esa escala ascendente, descendente, movable siempre. El mundo indio y la tensión europea, pugnaces sin descanso, cuando el individuo recibe el soplo del talento o de una voluntad poderosa se transfieren a planos remontados; entonces el cholo considerado ser inferior en el pasado, sube enérgico a la categoría del gran mestizo que cambia historia y sociología del continente. Este ser nervioso, contradictorio, espuela de nacionalidades, capaz de largas astucias y brusca decisión, salta la valla de las vacilaciones y se transforma en esa fuerza segura de sí misma que conmoldea la raza y la levanta a mayores destinos.

Alegre, triste. Acometivo e indolente. Cargado de vicios y virtudes. Rara vez definible porque anda en constante evolución. Su alma perpleja como cera; su voluntad de vientos contrarios. Si le buscáis el fondo no lo tiene. Los perfiles, en cambio, de ardiente trazo. La combustión interna lo transporta de febriles acciones a contenidos silencios. Es la esfinge animada, de comunicación gradual. Saberla entender.

¿Superior, inferior a los demás? Ciertamente no. Sólo diferente porque se constituye de jugos extraños y sustancias finísimas que no capta el sociólogo romo. Y así como se conocen instrumentos de precisión para medir los caracteres, a pesar de las taumaturgias freudianas, tampoco es dable asomarse a la sima en que hierven las tensiones opuestas del alma chola sin sentir vértigo. Atrae, rechaza alternativamente. Obsede. Del indio, hermético y huraño, poco se obtiene. Del blanco, extravertido y dominante, casi todo. El mestizo permanece inasible, incomprendible; hombre de sorpresas, no se entrega en una frase ni por un acto. Acaso ni él mismo sabe el fondo secreto de sus reacciones concienenciales o emotivas. Algo de proteico, de mutable eternamente, obra sobre esta rara materia psíquica. Se adivina el nuevo tipo humano, rico de contenido, de fuerza impulsiva, sustentado en rebotes y vacíos interiores. Aparentemente un viajero sin brújula. En la generalidad étnica la voluntad en marcha, en lucha ciega con el destino y consigo mismo.

Ni los rastros atávicos lo explican ni la ciencia geométrica lo define. Es el hermano extraño en la familia humana.

TRES TITANES

Quisiera componer una trilogía andina: tres tragedias. Narrar, poetizar las vidas de Ollanta, de Cahuide, de Huallparrimachi. El héroe que perece por ambición, el que se da por el cumplimiento del deber, el que muere por la libertad.

Transformar la leyenda debilitada y debilitante del "Ollantay" quéchua, restituyendo el hecho histórico a su fuente original: la rebelión de Ollanta, el Jefe Kolla, hombre telúrico, contra el Inka, hijo del cielo y del astro. De Cahuide no se ha dicho nada profundo todavía. Y al tierno y dulce Huallparrimachi apenas se le recuerda en la poesía quéchua y en la leyenda oral de los valles. ¡Qué figuras!

Lo difícil, lo laborioso: investigar el material histórico, crear la atmósfera adecuada, enmarcar ajustadamente leyenda y realidad. Porque éstos fueron tres que se alzaron a la majestad del tipo. Todo en ellos irradia misterio, majestad. Son los grandes ídolos inertes del pasado. Y quien descubra, detrás del cingulo legendario, la fibra humana, habrá realizado tarea singular porque Ollanta, Cahuide, Huallparrimachi — cumbres de la raza andina — peraltan y trascienden el arcano mítico. Son los fabulosos habitantes de un planeta histórico aún ignorado por los frecuentadores del pretérito.

Es difícil comprender a estos seres envueltos en la bruma del tiempo. La rápida observación no los capta enteros; al largo mirar se desvanecen. Se movieron en "tempo lento".

Cavaban hondo. Sumergidos en su medio físico eran no obstante los amos del paisaje. De su fiereza hablan los montes y los ríos. De su inteligencia las piedras labradas, el bloque lítico que liga la ciencia térrea con una astronomía milenaria. De su afinada sensibilidad los ceramios, los tejidos, una geometría maravillosa en el dibujo, y unas músicas, unas imágenes poéticas, apenas recordadas. Empinado en la cima del monte excelso dominaba el mundo geográfico. Cerrado en su adusta gravedad, mandaba el Kolla, el Mallku, el Jefe Antiguo, como mandan las grandes expresiones naturales: con la grandeza trascendida de una soledad enigmática y soberbia. El director de pueblos era rey, sacerdote, caudillo, juez en uno. Debíó tomar su fuerza y su sabiduría del mundo circundante. Entendió, sublimó lo que veía. Sondeador del pasado, auscultador del futuro sólo en la medida que le servían para afianzar su tránsito presente, supo de organizar poblaciones y de mandar hombres como nadie. El guerrero y el jefe de multitudes conjugaban, en el conductor aimára, una misma y férrea voluntad de mando. Desde tiempo inmemorial, las leyendas rememoran a esos jefes grandes y poderosos del pasado remoto que resolvían todas las cuitas del pueblo.

¿De dónde provenía esa ciencia secreta del conducir?

Ni asirios ni sumerios, ni indos, ni egipcios, ni egeos ni cretenses conocieron tal capacidad de asociación en la gleba, tal genio práctico para la conducción. Pasaron milenios, catástrofes naturales. Cambiaron la geología, los escenarios físicos. La raza misma mudó, declinó o fue absorbida en transfusiones increíbles. Pero el recuerdo de Thunupas y de Amautas, de los Kaphajs y los Mallkus primitivos sigue martillando en las orejas del pueblo altiplánico:

—Ellos eran fuertes y sagaces. Lo podían todo...

¿Cómo narrarás su historia distanciada tras velos de oscuridad y lejanía?

Por la persistencia de una búsqueda sin desmayo. Si sales cada día a su encuentro, ellos también estarán viniendo hacia tí. No hay distancias, enigma no existe para el buen buscador. Nayjama sabe que al cabo de un camino se abre otro, pero siempre eslabona sus jornadas.

Y Ollanta, Cahuide, Huallparrimachi, figuras capitales del tiempo antiguo, podrían convertirse o revivir bajo la forma de modernos héroes. Goethe, Schiller los habrían intuído y cantado ya. Nuestro Tamayo, absorbido en su propia titanomaquia, los ignoró.

¡Escúlpelos, escrutador de las edades! Te llaman y te aguardan. Te estaban destinados.

EROS 5 - DIANA VENCEDORA

Desde lejos vi avanzar una silueta indescriptible.

No podía distinguir quien era, porque estaba muy distante, pero su figura perfecta obraba con fuerza hipnótica en mi fantasía. ¿Era ella, era otra? Un rápido tumulto turbó mi corazón. No he vuelto a vivir instantes de mayor ansiedad: era como si la razón de mi existencia, mi destino, la dicha presente, la necesidad futura, se hubieran concentrado en esa silueta lejana. Cierto que yo la esperaba, mas podía ser una desconocida. La duda me oprimía el pecho. Estaba aún muy alejada y no podía identificarla. ¿Gradiva u otra mujer? Conforme se fue aproximando aumentaba mi angustia: la figura esbelta parecía familiar y desconocida alternativamente. El traje oscuro, la mancha clara de un sombrero tirando a casco de guerrero, un cuerpo que se movía armonioso... Estaba todavía distante, no podía determinar quien era. Debí verla o adivinarla desde tan lejos, que tardaba en acercarse. Un deseo furioso de tenerla próxima me enardeció; luego pasé por relámpagos de abatimiento: ¿y si no fuera ella? La figura inquietante venía hacia mí; crecía lentamente, pero crecía; y sin embargo se me antojaba que el tiempo se había detenido. Un espacio inmensurable se abría entre ella y mi deseo. Sentí el vértigo del tiempo que no quiere ser transcurrido. Estaba, no estaba. Venía, no terminaba de llegar... Entonces, locamente, una sombra negra parecía amenazar la radiosa claridad de la tarde y una espada invisible se agitaba en el aire: no sé si iba a cortar mi cabeza o mi esperanza, porque anhelaba conocer tan desesperadamente a la figura lejana, que en ella nacía y terminaba mi ser. La música más hermosa del mundo: ¡era

Gradiva! Una pena cruel, desgarradora: no era Ella... Me desintegraba en la duda y la necesidad de creer. La mujer se acercaba pero no lo suficiente para distinguir quien era; o en mi turbación no acertaba a reconocerla. Como el sol naciente que dora la cumbre de los cerros y no alcanza todavía la honda cavidad del paisaje, un amanecer rico de promesas, misterioso de revelaciones, línea de luz bordeando un orbe de sombras brotaba en mi alma; porque era como si ella estuviera naciendo y conmoldeándose en mi interior mientras yo me desvanecía, me fundía en la figura distante... Por un segundo trasfundimos, o pensé que transfundíamos: era yo, desdoblado, que venía al encuentro de mí mismo; era ella, recreada en mi ansiedad, que debía acercarse al desconocido atormentado. Me sentí suspendido en el tiempo, disuelto en el aire. Algo más hondo que la risa y el llanto capitaneaba mi garganta. Ese andar sin igual, esa majestad de diosa viva: tenía que ser, necesariamente, Ella. Pero de pronto me asaltaba el temor de que, aun siendo Gradiva la mujer más bella y deseada, la sin rival, esta figura temida y anhelada no sería la suya.

Pasaba, bruscamente, del fervor alocado a la disociadora desconfianza. Habité, en Un minuto, los reinos de un año. Todo sucedía tan moroso, tan cambiante, era una mezcla tan extraña de lentitud y celeridad a un tiempo mismo, que no acertaba a explicarme mi propia inmovilidad. La figura femenina se fue aproximando como una primavera largamente deseada: reconocí el maravilloso cuerpo, la cara exquisita, el andar indecible. Los ojos amados me miraban con ternura y una fina sonrisa dormía en los labios expectantes. ¡Era Ella! Pero yo seguí dudando. Faltaban pocos pasos para encontramos y me parecía que el ideal hecho mujer no podía ser ofrecido a hombre alguno. No: era ella, y no era ella... Gradiva de todos los días era el encanto sin término, pero esta mujer que se aproximaba brotaba más allá del encanto y del sueño: transfiguraba toda realidad. Era un nuevo amanecer, una distinta muchacha que jamás había conocido. En esos pocos pasos que aun faltaban, concentré mi voluntad como nunca lo volvería a hacer: pedí a Dios, a todos los dioses que fuera Ella y no otra. Por un instante mi deseo fue el rayo del mundo: así debía ser y no podía ocurrir de otra manera. Ella era para mí, yo para ella. Conocida o recién aproximada, se fundía en el canto de mi juventud apasionada. Una plegaria de gratitud al destino subía por mis venas. Le tendí la mano y no pude ni pronunciar su nombre.

—¿Qué pasa? — preguntó la voz amada y en el juego movable de los ojos y los labios latía la dicha de saberse elegida.

Luego adivinó lo acontecido, vio la eternidad de su belleza reflejada en mis ojos. Comprendió.

Y caminamos cogidos de las manos sin atinar a decimos nada.

—Eres tan hermosa — dije después — que no te reconocí. Tuve miedo de que fuera otra...

Ella sonrió agradecida:

—Siempre estás soñando cosas.

Hablamos largamente, de esos temas pueriles y profundos que constituyen el mundo móvil de los enamorados. ¿Pero éramos, verdaderamente, enamorados? Lo más noble, lo más bello de una pasión juvenil, es esa adoración secreta hacia un ser superior que nos excede. Esa mujer inaccesible: eso es, justamente, lo que ansía un alma atrevida, aun a riesgo de frustrarse en su conquista. Yo la amaba desesperadamente, porque la razón me decía que era un sueño loco, imposible de cumplirse. Repentinamente me entristecí. Y al verla tan linda, tan honesta, incapaz de engaño y debilidad, me pareció entrever el abismo que nos separaba.

—Gradiva — dije y no pude proseguir.

Ella comprendió instantáneamente. Me apretó con ternura la mano. Regresaba la gota de oro en sus ojos oscuros, velados de melancolía:

—Piensa que tengo veinticinco años —repuso en voz baja. Entonces supe que ella también me quería.

VIRIL CONFIANZA LUCIDA

¿Que el universo es insondable? Tampoco reconoce dimensiones el espíritu. Se agota la cantera para el débil, nunca al esforzado. Y no son lo importante nombre, renombre, el ingenio del "best-seller", la perfección estilística, mas el fervor con que se construye la casa bajo el cielo. Una historia, un relato, son vivienda de almas, no pozas de confusión. Casa de humildad y de alegría, aunque narren sucesos tristes, porque descargaron el corazón de quien los dijo y se dirigen a otros que esperan cercanía.

Y al muro que se derrumba se ha de oponer la nueva morada en construcción.

Millones escriben, pero son pocos millares los escritores. Porque escribir, contar, dar ilación a lo evocado es fácil: todos pueden hacerlo. Pero crear, iluminar con la escritura es alta cosa. Y no busquéis el facilismo contemporáneo, la exasperación de los sentidos, el tiburón voraz de la novedad, morbos concuspicentes, el histerismo del sufrimiento voluntario, los tentáculos del vicio; sino el ritmo tranquilo del ser, del transcurrir elemental, el reposo confiado, la serena actividad que por su propio hechizo esparcen bienestar.

Una aldea puede ser más profunda que la urbe tentacular. Un alma simple, contener más carga eléctrica y comunicativa que la personalidad atareada y problemática.

En cierto sentido, para un renacimiento del varón natural, o un retorno a la dignidad del que cuenta y de quien lee, más vale la pura leyenda del serafín de Asís que las historias deslumbrantes del guerrero de La Ilíada.

Hemos perdido el goce del mirar desinteresado y con él la claridad del juicio. No somos malos: nos malearon el andar en iniquidad, la ambición desapoderada de los ansiosos.

Al varón astuto, insaciable, a la hembra insatisfecha se dirige la literatura actual. Supremos gozadores de usufructos. Todo les está permitido: mandan, pagan, deben ser satisfechos.

Pero aunque ellos constituyan mayoría, quedan muchos que aman la vertical rectitud del ser, la belleza feliz o dolorosa del mundo, un vivir desprendido y anhelante. Para esos otros ésta música de esperanza.

Y no creáis a quien narra sucesos inauditos o presenta personajes torturados. El inventario de basuras, la narración catalogadora y exasperante de los novísimos. Ni la falsa juventud de las películas y los barrios bajos. Ni el artificio de la intriga, ni la cínica exhibición de pasiones excesivas que no debieron salir de los cerebros que las engendraron. No son el canto del mundo ni al hombre de verdad reflejan: lo desvirtúan. Rechazad las plumas mentirosas que melodramatizan al gusto sensiblero de la época.

Dostoiewski describió los movimientos, la tempestad en las almas. Sartre y sus epígonos exhiben los monstruos crueles, repulsivos del cerebro, y de un cerebro enfermo.

Si el Viejo Mundo se complace en las delicuescencias del ingenio morbosos, que el Nuevo sea sano, viril, veraz cuanto la naturaleza misma: beldad que mira al equilibrio, al armonioso ascenso, al proporcionado desarrollo del hombre y de su vida.

No se cuenten horrores, sino fulgores del humano destino.

Porque es tarea de varón edificar sobre el amor y la inteligencia de las relaciones. Y todo aquello que aniquila o debilita debe ser combatido y ahuyentado.



Grabó Víctor Delhez

“No se cuenten horrores, sino fulgores del humano destino”.

No busquéis el rumor de las catástrofes inmensas ni la histérica huella del sufrimiento colectivo. Cuando llegue la hora de sufrir, cada cual padecerá su carga de angustia: es ley humana. Pero haya recato en el dolor. Ni los sucesos estupendos ni las vertiginosas historias. Pudiera ser que el trance extático de un "coquero" empinado en la flecha del árbol, esa pequeña mancha de oro del pájaro que enciende la masa oscura de su fronda, encierre el enigma del universo. Pudiera ser.

¿Ha de llegar el Milenio? ¡Que llegue! No fundamenta la manía apocalíptica. La azuleidad del cielo no engaña: el mundo no se construyó para las sombras. Ni las almas mienten: esparcen claridades. Y es hora de elegir libremente, porque como sea el tamaño del extravío crecerá la dificultad de redimirse.

No busquéis el pavor, mas caminos de nobleza. Alejaos del filo del espanto, porque la ansiedad de las criaturas sólo se mitiga en la confianza, en la espera valerosa. Y confianza en la vida y alegría en su corazón necesita el hombre para cumplir el ciclo que le fue asignado.

Y una historia que se cuenta es también como el grano que cae en el surco: habed manos de sembrador si queréis siega promisora.

Y a la serena comprensión de las criaturas van las palabras del meditador: a su bondad, a su ternura. Al poder resurrector de su inteligencia indeclinable.

Porque si uno os habla y encuentra resonancia, la historia se santifica por el Verbo. Y si los labios del narrador granan dicha o esparcen inquietud en los que atienden, regocijaos corazones trémulos: estáis rozando el Misterio.

Y el misterio final de ese pequeño soplo que es la vida humana, linda con tres palabras simples que dicen sin descanso y hasta siempre:

—Amad, creed, confiad hasta el último instante antes de la Muerte.

EL Y ELLOS

¿Por qué los hiciste pobres, miserables, desvalidos? Cuanto más los examino menos comprendo la dureza de su destino. Verdad que algunos se elevan en la escala social, se culturizan, escapan a la crueldad de un bajo transcurrir.

Ni España ni las repúblicas democráticas de Sudamérica pudieron entender ni redimir al indio: políticos, economistas, expertos lo cogen como materia de experimento; en el fondo poco, casi nada hacen por él en un sentido práctico.

¿Es cosa de Dios, es asunto de gobiernos y sistemas?

No lo entiendo, no lo puedo comprender. Todavía el mestizo tiene garras, posibilidades para defenderse. El indio aparece inerme frente al civilizado, a su propia incapacidad de reacción.

Su desdicha me hiera. Me siento impotente para ayudarlo.

El indígena de los altiplanos soporta la durísima carga del medio hostil, de la soledad anti-social, de una reclusión hermética. ¿Cómo romper su clausura anímica, su inercia vital?

He pensado: "Están abandonados de la mano de Dios..."

No había terminado de formular ese juicio, y he reparado en un indiecito de corta edad —tendría tres años — amorosamente abrazado a un corderillo. Está sucio, haraposo, pero un gozo indecible le baña el rostro. ¿Por qué compadecerlo? El niño indio no tiene juguetes o los disfruta muy rara vez. Este muchachito es más feliz con su cordero que todos los niños del mundo. ¿Qué sabemos del misterio de los seres? El indio adulto, el campesino, pueden mover a remordimiento: nos sentimos obligados a responder por su bajo nivel de vida. Pero el niño indio es otra cosa: su alma inocente desborda la estrechez ambiental que lo rodea. No se puede medir con vara de impaciencias. Brota gozoso como planta joven, es un animalito encantador que sobrenada a la pobreza y a la soledad. Construye él mismo su mundo exterior y lo puebla con el otro que le surge de adentro. La personalidad le crece pronta y audaz. Es padre y protagonista de su fábula. Vivaz, malicioso, obstinado en largas mudeces o en súbitos hablares, nada tiene que envidiar a nadie.

Si miras bien, el niño indio está preñado de revelaciones. Por su temprana imagen puedes confiar en el renacer de las razas nativas. ¿Por qué esa promesa incitante de la infancia se malogra o pocas veces madura en realizaciones mayores? Probablemente el medio, la incuria de la sociedad, el desnivel económico y cultural lo impiden.

No obstante creo en el indio americano porque he visto jugar, reír, inventar sus diversiones, amar a todo y disfrutar con nada, a los pequeñuelos quéchuas y aimáras, listos como ardillas, en cuyos ojos oscuros arden no el abandono y la tristeza, sino el fugitivo júbilo y una dulce confianza en Aquel que ha creado las infinitas moradas y maneras de los hombres.

Dios no ha desamparado a los indios. Los va probando.

EL PRISIONERO

Javier Castellanos está desolado:

—¿Puede haber cosa más triste? — dice vertiendo lágrimas de rabia. Yo creía en él como se cree en el padre cuando uno es niño. Lo seguí ciegamente cinco años y ahora veo que no era digno del amor, de la fe de la juventud...

Le escucho en silencio. Que se desfogue.

Es un abogado novel, que desde la Universidad se alistó en las filas de un partido político ganado por la simpatía y el carácter de Miranda, su jefe. Desde el primer encuentro, Miranda fue para Castellanos el arquetipo sin tacha: conductor, padre, amigo, consejero. A veces disgustaba oírle; nadie podía compararse con su ídolo. Le atribuía todas las virtudes, lo cargaba de méritos. Su admiración juvenil, noble, desinteresada no conocía límites. Lo sirvió con lealtad comprometiendo más de una vez su propia carrera porque creía en la "causa": el partido que llegado al poder transformaría la esencia y la existencia de todos.

Esto había durado cinco años.

Miranda, a su vez, apreciaba sinceramente a su joven seguidor. Lo distinguía, confiaba en pocos, como él, para organizar la futura vanguardia de estadistas jóvenes que a su juicio cambiarían la fisonomía de la nación.

Un día sobrevino la primera fisura. Castellanos halló una contradicción, luego una mentira, más tarde el juego dúplice que el otro le ocultó cuidadosamente para no herir su fe juvenil. Entonces, bruscamente, el espíritu crítico reemplazó al ciego amor admirativo. Detrás del Jefe apareció el hombre, y a éste le cargó todos los defectos que no supo ver en el primero. Lentamente fue perdiendo confianza en Miranda y desdibujada la personalidad ideal, el político maniobrero y marrullero apareció en su desnuda realidad.

—Ha jugado con nosotros — agregó — y en la reunión de anoche, a la que prohibió asistieran los representantes de la juventud, ha firmado un pacto secreto por el cual nos vende miserablemente al partido contra el cual luchamos duramente, incluso sacrificando vidas. ¡Es un perro! ¡No quiero verlo más, nunca, nunca más!

No pude sostener discusión con Castellanos: estaba cegado por el odio, con la misma fuerza con que ayer se consumía de admiración. Conozco el proceso del desencanto, lo escuché tantas veces, que no constituye para mí novedad. Los temperamentos más íntegros, los más leales, son los que padecen con más hondura la decepción. Sudamérica es monstruosa, desigual con sus ídolos efímeros: presidentes, políticos, escritores, líderes de cualquiera laya. Les atribuye méritos excesivos, los carga de virtudes incontables. Democracia no existe, sentido de proporción tampoco. Políticamente son comunidades débiles, caudillistas, sociedades invertebradas. Se idealiza al conductor en extremo, el falso líder es empujado por la inconsciencia colectiva sobre los valores sólidos; y al cabo el que mucho pide al ídolo concluye por negarle todo: ve basura en el mármol pretérito. Nuestros líderes no son mejores ni peores que aquellos de civilizaciones más avanzadas, pero su carga es mayor y más fatigosa, porque deben absorber poder, concentrar mandos, extender su acción permanente sobre áreas tan vastas que se disuelven para la acción duradera, malográndose los talentos mejor dotados. La rebeldía, el estado crónico de malestar y descontento de las sociedades sudamericanas, proviene de la inclinación al caudillismo, de la excesiva concentración de poder, del permitir a unos pocos —políticos, economistas, intelectuales— ejercer un mando que no pueden abarcar en el mismo nivel de eficiencia y del que rara vez responden porque los abrumó con el peso exagerado de sus presiones ascendentes en tensión acumulativa.

Sudamérica pide al conductor más de lo que lícitamente puede rendir. Primero semidios, finalmente condenado. Y a esa ebriedad del mando a la que no se sustraen ni los más grandes, se debe la escasez de altas figuras guadoras: el medio cruel, implacable, disuelve a los mejores.

Los europeos, más prudentes, distribuyen con cautela la energía civil y el poder político: a muchos, cuantos más, mejor. Y los renuevan en tanto es posible. No se aferran a jefaturas indispensables, a no ser en tiempos críticos, excepcionales. Nosotros, en cambio, aun descontentos, soportamos el uso y el abuso de presiones individuales. Preferimos el mal líder a la posibilidad de renovar valores. Indolentes al cambio, arrastramos una pesada herencia de inercia y fanatismo que nos impide la visión clara. La problemática sudamericana comienza en el hombre, se agudiza en los hábitos, hace crisis en el criterio superromántico con que miramos al líder, atribuyéndole condiciones mágicas. ¿No es natural que al final desemboquemos en desencanto y resentimiento?

Javier Castellanos ha seguido exponiendo su severa requisitoria contra el jefe abolido. ¿Comprendería mis argumentos? No: la pasión del político, en plena crisis de frustración, no admite análisis. Miranda no es, ciertamente, una figura eminente pero tampoco un líder indigno como lo juzga su antiguo seguidor: es sólo un político, un jefe de hombres, que debe apelar a todos los recursos de la experiencia y de la habilidad para mantener su predominio en la lucha civil. Era un error idealizarlo, y es también un equívoco pedirle alteza de cumbre en el obrar. Pocos saben la carga de amargura y de tristeza que oprime el corazón de un líder. La esconden, y el momento que la dejan entrever dejan de ser conductores para convertirse en melancólicos analistas de sus errores.

—Nos educaba para la verdad, para la libertad — añade Castellanos — y ahora comprendo que eran palabras muertas en su código de acción. Sólo le interesa triunfar. Es un farsante.

He sonreído, escéptico:

—¿Y si fuera, más bien, un prisionero?

El joven abogado ha vacilado, sorprendido:

—¿Prisionero, él, que nunca reconoció más voluntad que la suya? ¡Bah! Miranda es un déspota, un atropellador. No tiene amos ni guardianes; hace cuanto quiere. Y todos lo seguimos estúpidamente.

No conozco personalmente a Miranda, pero he seguido su carrera de jefe político. No es un idealista, ni un moralista, menos todavía un ejemplo para la juventud; es, simplemente, un político. Intrigó y conspiró veinte años para alcanzar el poder sin lograrlo; es lógico, es explicable que ante el riesgo de la frustración permanente, recurra a la componenda para llevar su partido al gobierno. ¿Qué hará cuando sea gobernante? Comenzará, para él, un verdadero drama: conciliar principios y programas con el acoso de las necesidades circundantes. Ofreció tanto y podrá realizar tan poco... Es este abismo entre ideal y realidad el que se devora a los mejores líderes. Partidarios, amigos íntimos, roban su fuerza al conductor: le piden demasiado; émulos y adversarios le niegan todo. Al centro una masa neutral, amorfa que por nada se interesa. Bien mirado, el estadista sudamericano es más digno de lástima que de envidia. Verdad que a veces concentra el poder en modo excesivo, se hace dueño del país, manda y dispone a su antojo. Dictadores, déspotas y mandones son lo habitual, pero ellos mismos van cavando inexorablemente su caída y desprestigio finales. Se pagan altos precios por el derecho de mandar.

—¿Por qué nuestros hombres más brillantes se malean y corrompen? — pregunta Javier Castellanos amargado.

—Porque el medio y las gentes sólo les piden éxito, fuerza, poder. Nadie les recuerda que mandar es responder.

ILLIMANICA SEXTA

Seremos iguales ante Dios pero ante los hombres todos quieren ser distintos. Desde Luzbel hasta Mao, un reformador es siempre uno que desea sobresalir, despegarse de la gran masa común, distinguirse primero para luego dominar y someterlo todo a su voluntad. Napoleones y Alejandros duermen, larvados, en la conciencia más humilde; dadles una oportunidad propicia y se perfilarán en el mundo de las circunstancias. César o Tamerlán, Hitler o Stalin. Roosevelt o De Gaulle. Lutero o Schweitzer. Bolívar o Sarmiento, cazan almas si no pudieron lograr imperios. Y el drama de los grandes es también el calvario de los pequeños. No el amor, sino la ambición mueve el mundo. Porque la línea ascendente de los descontentos, multiplicada en formas prodigiosas, parte y reparte las conciencias en haces sin fin. El aprendiz de zapatero en la calle Graneros, quisiera saber tanto como el oficial segundo; éste envidia al oficial primero; el oficial primero al maestro de taller; el maestro de taller al dueño del negocio; el dueño del negocio minorista suspira por llegar a ser como el fabricante de Cochabamba, que arroja zapatos al mercado en grandes cantidades; éste quisiera tener el monopolio que otro maneja con destreza; el monopolista sueña con regir, él solo, el mercado mundial, que sus fábricas se distribuyan por los cinco continentes; y si el sueño fuera realizable, si su poder industrial fuera mayor que el de presidentes y banqueros, entonces se alzaría contra Dios, porque esa ti es la meta final de los grandes ambiciosos — Nietzsche, el super-hombre — y nadie se detiene una vez iniciada la carrera del poder. Pero nadie quiere parecerse al modelo alcanzado o superado: distanciarse, diferenciarse es el germen invisible. Y lo mismo entre políticos, negociantes, artistas, o simples trabajadores, el motor de la acción es el ansia de particularizarse. Llamar la atención, ser admirado. ¿Quién puede afirmar que la admiración no es el primer paso de la envidia? Pero al celoso de personalidad poco le importan odios, envidias y asechanzas; pagará cualquier precio por el derecho a distinguirse. La ballena y el pececillo, como el águila y la libélula, la rosa y la "puya raimundi" siguen su oscuro designio de prevalencia. Y en la naturaleza inanimada — piedras, rocas, montañas — en el mundo vegetal, árboles, plantas, flores, o en la marejada infinita de los hombres es siempre igual: se nace semejante en la especie, en el orden, en la clasificación cósmica o zoológica, bajo una ley interior que manda crecer y afirmarse en la desigualdad frente a los semejantes. "Amarás a tu prójimo como a tí mismo", pero tenderás a dividirlo de él en el propósito y en la acción. Porque el Cordero de Dios es símbolo del cielo, mas el puma y el halcón mandan en la tierra. La ambición de ser, el ansia de posesión, el impulso de dominio siempre en ascenso exigen diferenciación. ¡Tú, sólo tú, diverso de los otros! Y aunque las calles se pueblen de millares y millares de seres que festejan el carnaval, y las escuelas hiervan de alumnos bulliciosos, o las fábricas y las minas se aglomeren de racimos humanos, siempre existen en las colmenas agitadas de seres unos pocos que recorren el trágico periplo de la ambición. Tienen algo nuevo que decir, algo grande por hacer. No se contentan con transcurrir confundidos en la plebe. Y son esos pocos los que mueven el mundo. Los que luchan por separarse del montón hasta adquirir su caracterización singular. Los capitanes de hombres, en la guerra o en la paz, grandes como Kennedy que quiso abrir un nuevo camino de comprensión a las multitudes de las tres Américas, lamentables como Castro que destruyó sus sueños de idealista con sus violencias. Y si vuelves a la tierra de todos los días, escuela de los tuyos, pan para tí mismo, hallarás la siembra unigénita en el corazón sudamericano, aquí donde la tecnología y las máquinas no cuadrícularon todavía al hombre y su esperanza. Porque si allí, en el norte, la avidez de tener cosas y el amor al éxito configuran la existencia, aquí, en el sur, se vive como despreocupado de las posesiones materiales, pero con una carga mayor de intenciones hacia la hazaña espiritual. El hombre quiere ser hombre, no solamente vencedor. Y eso que llaman civilización es el arte de disimular la envidia y aletargar la ambición, pero nosotros, los sudamericanos, vivimos abiertos a la batalla de los hombres, emulamos furiosamente, queremos, todos, diferenciamos unos de otros. Somos individuos en el sentido profundo del término, no rebaños de fácil manejo. Y esto es lo que hace complicado entender la psicología mestiza — que mestizo es el continente, por evolucionadas o jóvenes que sean las razas que en su seno crecen, se confunden y unimisman — la ciencia de querer ser fidedigno, diverso a los demás siendo uno con ellos, poseedor de su sueño y su destino. El europeo, más sabio, oculta sutilmente sus saberes. El norteamericano inventa y organiza sus técnicas de dominio. Los asiáticos... ¿sabemos realmente lo que son los asiáticos? El sudamericano es el rebelde en potencia: nunca lo someterán imperialismos ni economías de distorsión. El más retrasado en la explosión desarrollista, es en el fondo el defensor del hombre y su dignidad humana. Por eso ama el cambio, las revoluciones,

ejerce el derecho de protesta, practica la moral de renovación. Rasca, rasca en la dura piel de los criollos, del indio, del mestizo, del europeo afincado en las tierras interiores: siempre hallarás un hombre luzbérico, genial, en camino de aventura y novedad. Despiértalo.

—No; yo no quiero ir, todavía, al partido porque no hemos terminado la etapa previa del adoctrinamiento y la organización interna. El día que tengamos en nuestras filas 500 profesionales jóvenes, ese día fundaremos el partido.

Ricardo Vélez Sardón pronunció estas palabras con voz firme.

—Ya hemos esperado mucho — respondió Federico — y la gente se cansa. Nos juzga inútiles.

Luís Alberto añadió que sin partido no había acción y sin acción no hay confianza en el pueblo.

Raúl apoyó a Vélez Sardón pero Octavio y Andrés estaban con los otros.

Mateo, silencioso, expectaba la discusión.

Tomó la palabra Gonzalo y con vehemencia argumentó:

—Mire, Ricardo: todos tenemos confianza en usted, pero las cosas se van dilatando demasiado. El grupo cívico ha cumplido ya su función exploradora, abrió el camino. Ya nos conocen lo suficiente. Ahora es una necesidad biológica, una cuestión de crecimiento ir al partido político. Todos lo piden. No vamos a seguir dando conferencias, repartiendo boletines, o armando polémicas en los diarios. Tiene algo de académico hablar, hablar, y no hacer nada... Ya nos dijeron "los doctorcitos" en alguna hoja de izquierda. Hemos dado mucha teoría, mucha doctrina, y es tiempo de pasar a la lucha organizada.

Ricardo repuso sosegado:

—No es tan evidente que no hubiésemos hecho nada. Nuestra prédica abrió brecha en la sociedad semi-feudal que nos rige. La campaña por defraudación de impuestos contra los ricos ¿no ha conmovido el ambiente político, no están en marcha juicios contra ellos y contra nosotros?

—Queremos actuar, Ricardo, y usted se opone — saltó Luís Alberto.

—Deseo evitar el fracaso de una acción prematura.

—Pero se olvida usted de algo — interrumpió Gonzalo fogoso — y es que nos regimos por una dirección colectiva. Todo debe decidirse por acuerdo conjunto, o mayoritario, de las diez personas que formamos el Comité Central. Pido el voto para resolver si vamos o no vamos al Partido.

Tácticamente era una locura, pero funcionalmente era lo justo. Sometido el asunto a voto, por 8 contra 2 se acordó convertir el grupo cívico en Partido Político.

Inmediatamente Vélez Sardón renunció al cargo de miembro del Comité Central.

— No comparto la decisión adoptada — dijo — que desembocará en el fracaso. Dada nuestra organización democrática, la respeto. Deseo volver a la masa.

Fue instado a desistir de su actitud, pero él permaneció firme en su posición.

—Entonces ¿tampoco intervendría usted, posteriormente, en la revolución en la cual debe rematar nuestra acción futura?

—Estaré en ella, estaré junto a ustedes — repuso Ricardo —. Que la dirijan otros. Si un líder no infunde confianza general, debe dar paso a otro más apto.

Vélez Sardón era el de mayor edad, experiencia, y firmeza en el grupo. Sobresalía por su clara inteligencia, por su coraje para asumir decisiones rápidas y audaces. Infundía afecto y confianza, pero la impaciencia de sus compañeros exigía el partido político que significaría cargos, situaciones, mayor peso de cada uno en la sociedad criolla.

Al día siguiente el grupo cívico recibió la renuncia escrita de Ricardo Vélez Sardón. Fueron a buscarlo a su casa. Unos sinceros, otros taimados, le pidieron retirar la renuncia. Ricardo se negó a complacerlos.

—Ustedes forman mayoría. El grupo se maneja por decisión mayoritaria. Acordaron ir al partido, ¡pues vayan! Yo acato el acuerdo mas no deseo complicarme en la frustración que se avecina. Estaré con ustedes como hombre de fila; elijan otro que me sustituya en el comité central.

Llamaron al teléfono. A poco volvía Vélez Sardón sombrío:

—Se han presentado cinco demandas en los tribunales contra el grupo — informó — por calumnia, difamación y daños a las personas por parte de los millonarios acusados. Habrá que sustanciar las causas en los tribunales. ¿Ya ven que había acción?

Todos se miraron perplejos. Gonzalo, el abogado, precisó el caso:

—Será una pelea dura, larga. La justicia está de nuestra parte, pero ellos tienen el dinero y éste pesa más. Tendremos que atender cinco juicios diferentes, llamar testigos, luchar contra la inmoralidad de jueces y procuradores. La prensa y la radio, en mayoría, estarán con ellos. Y es probable que se pida la inscripción de nuestras casas y bienes para responder a los daños que alegan haber sufrido los angelitos.

—¿Pero no pueden detenernos, verdad? — preguntó Octavio nervioso.

—Nadie sabe cómo deriva un juicio — replicó Gonzalo —. Todo es posible y estos litigios contra los poderosos que prácticamente son los amos del país porque cuentan con la simpatía del Dictador, van a ser sonados... Sí señor: muy sonados...

—Bueno — terció Luís Alberto — en realidad el Grupo Cívico no ha hecho la campaña; sólo Vélez Sardón firmó los artículos. ¿Por qué habrían de arraigarnos a todos?

Ricardo sonrió con desprecio:

—No se preocupen, amigos. Yo soy la parte demandada y asumiré toda la responsabilidad.

Un largo silencio siguió a sus palabras. Se miraron confusos y cuando Mateo propuso, vehemente, que se aboliera el comité central para elegir un jefe, todos reaccionaron con nobleza:

—¡Ricardo, Ricardo!

Y así fue cómo Ricardo Vélez Sardón perdió el nombre para renacer como El Jefe del Partido que soñaba transformar el país.

Sofocado el último intento subversivo con rigor, el Dictador veía optimista el cuadro interno. "Tenemos paz para seis meses." Meneses, el jefe del partido de gobierno, compartía ese juicio mas no dejaba de inquietarse por los movimientos interiores en el seno del régimen: "El enemigo está aquí, entre nosotros mismos. Esas malditas ambiciones entre el Ministro de Gobierno, el general Cruciales, y el Ministro de Comercio. Luego el líder obrero Segismundo Fuentes, también queriendo alzar cabeza. Si el Amo no tuviera a su lado un hombre leal, como yo, ¿qué haría? ¿Por qué desconfía de mí? El muy ingrato..." Tampoco el jefe de policía, Lizardi, dormía tranquilo. ¿Pero es que un jefe de policía puede dormir tranquilo? Debía escuchar, diariamente, cien

informaciones contradictorias, ciertas o erradas, verídicas o imaginadas. Discernir lo que había de real en ellas y lo que se difundía como intriga o maldad contra otros. Cargar con todo el odio de los perseguidos y sus familiares. Vigilar a los políticos opositores, a los sindicatos obreros, a maestros y estudiantes, y a los mismos personajes del régimen. Curas, militares, civiles, empleados y técnicos, a veces hasta extranjeros conspiraban, si no, todos, para voltear al gobierno, al menos para sacar ventajas en el campo político y económico. "¡Desgraciados! Si no fuese la fruición del mando, manejar a miles para vigilar a millones, ¡al diablo la jefatura de policía!" Luzardi era un hombre honesto: ni robaba ni engañaba. Ejercía el poder concienzudamente, se humanizaba cuando veía al adversario en su poder pero lo perseguía implacable hasta rendirlo. Un sexto sentido le hacía olfatear el peligro permitiéndole conjurarlo antes de que fuera tarde. No tenía ambiciones políticas ni sed de fortuna. ¿Para qué? El Dictador estaba en su palacio, salía poco, no recibía a muchos. ¿Quién era el amo verdadero del país? ¿Acaso no salían de la jefatura de policía las órdenes premiosas, el destino de afectos y desafectos? El presidente del Instituto Emisor conversaba con los presidentes de las Cámaras de Industria y de Comercio. "Puedo asegurarles que el signo monetario no será alterado. No hay peligro de inflación. Mantendremos el orden público y la estabilidad económica". Los comerciantes subían moderadamente, disimuladamente los precios. Los patronos discutían los pliegos salariales con los obreros y al final siempre se llegaba a conclusiones satisfactorias. El país progresaba: había nuevas industrias, se abrían caminos, se tendían puentes, aumentaban las escuelas y los hospitales. "Esto es puramente vegetativo — decía un sociólogo — faltan libertad, independencia, juego democrático. Si todos participaran en el quehacer ciudadano sin trabas impuestas desde arriba, avanzaríamos con velocidad tres veces mayor." En el diario oficial le contestaban: "La estabilidad política, el orden social son lo primero." Pero en muchos hogares había llanto y miseria. Y la masa nacional andaba repartida entre los que apoyaban y los que combatían al Dictador: para los primeros todo, para los segundos nada. Así ha sido siempre, en la balumba criolla. No se piensa ni se obra en términos de Nación, si no en términos de tribu. Unos contra otros, el partido frente a los desplazados por una administración pública que no puede contener a todos. Patria, anti-patria, son las armas con que se combaten mutuamente gobernantes y opositores. Y esta mañana, cuando el estudiante de medicina Rogelio Mariñano sale de su domicilio rumbo a la Universidad, no piensa en la anatomía ni en los exámenes de laboratorio: piensa que tiene el deber de intervenir en política para que haya menos doctores y oradores, más sabios, técnicos y hospitales.

La señora Carlota se movía, mimosa, acariciando la frente del líder que fumaba placenteramente un habano:

—Luís Felipe, danos ese contrato. Tú puedes hacerlo. Nadie sabrá tu intervención. ¡Te lo juro!

Meneses miró a la hermosa hembra complacido. ¿Cómo pudo llegar a ella? Era una dama de la más alta sociedad, joven, rica, deslumbradoramente atrayente. Algunos años antes, recién casada, al pasar por El Prado del brazo de su marido, el industrial Antúnez, todos los hombres se volvían a mirar la. Era culta, voluntariosa y poseía esos mil encantos indefinibles que hacen de la mujer elegida el ser más adorable y peligroso de la creación. Los amigos lo entretenían, los políticos lo fatigaban, pero con Carlota podía permanecer largas horas sin reparar en el tiempo. Ese cuerpo soberbio, esa cara, esa elegancia en el vestir y en el andar... Si sólo verla era una delicia...

—Ya te dije que yo no puedo presionar a la junta de almonedas — insinuó cauteloso.

La señora Carlota indagó pérfida:

—¿Debo decir a mi marido que no poseo ninguna influencia sobre tí?

Meneses se sobresaltó.

—No, no es eso. Reynaldo sabe que cuenta con mi apoyo en todo lo que sea legal, realizable, no sujeto a la crítica pública.

—Nadie sabrá que tú interviniste...

—... se tiene que saber.

—Pero tontito, si el que decide es el jefe de almacenes, que anda enredado con mi amiga Leonor. Una orden tuya será recibida con agrado...

—Todo se sabe. Podría llegar a oídos del Amo, y ya sabes que el Amo me distingue precisamente porque no hago negocios...

—.... ¡Cállate!

Un silencio breve. Luego la mujer volvió a la carga.

—Cede, Luís Felipe, no seas malo.

—No puedo; personajes del partido apoyan a otra firma y no me perdonarían que los cruce.

—¡Ah! Entonces tienes que decidir: el partido o yo.

—No seas niña.

La bella se mordió los labios. Dio unas vueltas por la estancia enardeciendo al hombre con el cuerpo ágil y flexible. Luego le echó los brazos al cuello y en voz baja musitó a su oído:

—Perdóname, he vuelto a jugar. He perdido una suma espantosa... ¿Me dejarás sola?

Meneses se desprendió iracundo:

—¡Condenación! ¿Has vuelto a jugar, después de los apuros en que me pusiste hace tres meses? ¡Eres una loca!

Carlota lo miró despreciativa.

—Está bien — repuso glacial — primero es para tí el partido, primero tu santísima tranquilidad. No te preocupes. Haré que me presenten al Ministro de Comercio, ese señor que me devora con los ojos, y él me sacará del lío. Adiós.

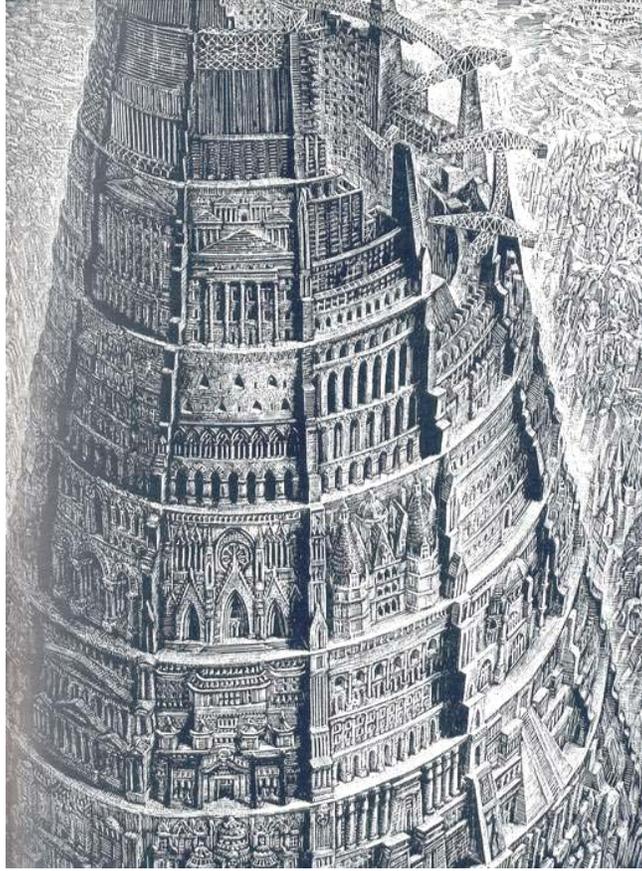
Se dirigía a la puerta cuando Meneses reaccionó asustado:

—¡Pero niña! Si no he dicho que no te ayudaría. Ven, ven; gatita.

La gatita volvió, todavía enfurruñada, esquiva. Y el contrato salió como quería la bella porque en ese tiempo no había hombre capaz de resistir la ofensiva y los mimos de Carlota Antúnez.

El escándalo llegó a oídos del Dictador. "El muy estúpido. Conmigo lo tenía todo. Si se rinde a una mujer, no sirve para la gran política que yo le reservaba." Y ese fue el momento en que decidió precipitar al favorito.

El Ministro de Finanzas, desconsolado, se desahogaba con el Subsecretario, su amigo y protegido. "Usted, que es joven, aprenda y no olvide: es inútil ser honrado cuando se está rodeado de pillos. Ha visto usted con qué esfuerzo, con qué sacrificios economizamos fondos de la reforma tributaria, y ahora, por una orden del señor Presidente, debo entregarlos al partido de gobierno para que sean dilapidados por cuatro caciques y sus seguidores". ¿No es inaudito? "¿Y no podríamos darle sólo una parte y reservar la mayor para fines presupuestarios?" Imposible: él conoce, por su servicio de espionaje, todo cuanto pasa en el ministerio. Por eso, por las órdenes arbitrarias, la inmoralidad administrativa, la indebida disposición de fondos fiscales es que la gente protesta y cree que todos los que servimos en el gobierno somos pícaros. "Señor, todos reconocen



Grabó Víctor Delhez

“Y el contrato salió como quería la bella...”

su integridad. Nadie cree que usted esté metido en esas sucias combinaciones." El ministro de finanzas miró amargado a su colaborador: "¿Y de qué me sirve que me crean honrado si al final, cuando se investiguen los hechos, yo resultaré el responsable?" Vea usted esas juntas de almonedas, esos contrabandos, esos contratos leoninos; todos saben quienes son los autores y los gestores, pero nadie puede hacer nada contra este pillaje organizado. Verdad que siempre ha sido así, en todas las épocas, en todos los gobiernos; y ahora más porque no existe el derecho de protesta. "El poder — recuérdelo — se busca más para hacer fortuna que para ejercer el mando político." El Subsecretario escuchaba afligido. "Ministro: usted tiene medios de vida, ¿por qué no se retira del ministerio? Se está quemando inútilmente en esta hoguera..." El ministro de finanzas no contestó de pronto. Se encerró en sí. Luego, pesaroso, repuso: "El no perdonaría la desertión. Tengo mujer, cinco hijos, una fábrica; ¿lo entregaría todo a su venganza?" Estamos enjaulados — fue su última sentencia.

Cien años atrás la ciudad carecía de árboles. Hoy lindos parques y frondosas arboledas la decoran dignamente, dieron humedad al ámbito seco, humanizaron el paisaje. Dicen los bisabuelos que antaño, pelada y ríspida, los recogía temprano a las casas: a las seis de la tarde las calles se veían desiertas. Polvo y viento las cruzaban sin obstáculo. Y eran frías las noches, seca la atmósfera. A veces, la tristeza, rayaba los corazones. Pero en un centenar de años la ciudad cambió diez veces. De los taludes de los cerros bajan graciosos vallecitos. Las quebradas se pueblan de vergeles. Los sembradíos de los indios esmaltan de verde la hoyada. Bosques de eucaliptos avanzan como ejércitos agresivos contra otras grandes congregaciones de pinos y de acacias. Los sauces bañan su follaje en los arroyos. Estalla el color en los geranios. De las

retamas brota un amarillo imperial que dora y encanta las cosas. Rosas y claveles conceden señorío a los jardines. Alternan las petunias con alhelíes y azucenas. Y aunque no abunden se yerguen arrogantes encinas, abetos, chopos, tilos. Y no se sabe si son más bellas las hayas de apretado follaje o los álamos esbeltos que mece dulcemente el viento de las punas. Cuando la ciudad tuvo extensas arboledas, plantas y flores en varia competencia, quitó el ceño de la frente a los pobladores, hizo más hermosa la vida, y aparecieron las huertas, los días de campo para regocijo del soldado que sale franco del cuartel, del obrero que busca expansión al trabajo monótono del taller, de los enamorados que buscan la sombra de un árbol, de todos cuantos regresando a la naturaleza la encuentran siempre grandiosa, providente, repartiendo galas y regalos sin medida. Y conforme la ciudad avanza hacia los montes, los surca de pequeñas viviendas que se escalonan en ascenso increíble, lleva también consigo el impulso vegetal de sus pobladores. Y los arboles suben hasta la meseta, alcanzan el filo de los cerros, sirven de zócalo a las nieves, paran los vientos y llaman a las lluvias. Y las plantas se multiplican solas o ayudadas por el hombre. Y en la primavera de tibio aliento las ondas florales expanden con tal fuerza su olor, su color, y su alegría que nadie puede sustraerse a su magia combativa. Y porque en la grande altura y en la mucha soledad del ámbito geológico, fue más lento y más laborioso ganar la apertura a los deliquios florestales, los paceños aman el árbol y las plantas, tienen al mundo vegetal como natural aliado de su tránsito terreno. Y sueñan con el bosque verdadero que tendrán un día. Y consideran tan grave cosa derribar un árbol como matar a un hombre. Y los ojos ya no encuentran los parajes pelados de antaño, porque en todas partes por donde la vista vaya, nobles ritmos de troncos y follajes dan calidez al paisaje y sosiego al corazón humano. Y en el invierno andino bajo la gloria del azul cerúleo que festonean nubes blanquísimas, nada es más bello, al esplendor del mediodía, que la danza inmóvil de las arboledas, los ramajes y las flores, fiesta para los ojos, remanso del espíritu, acaso porque Wirakocha, creador, al vencer y alejar a Kjunu, el destructor, quiso dictar a sus criaturas la lección eterna de sabiduría: pasarán los montes, pasarán imperios, los altos edificios, el tráfico insensato que oscurece y envenena las metrópolis; pero mientras existan amor y calor en los hombres habrá siempre lugar para el árbol amigo, para la planta hermana, para la flor amada. Y esto lo sabe el paceño, constructor de su morada, el que ganó con esfuerzo mayor el reino vegetal, hoy orgullo y decoro del hoyo inmemorial.

Tu también, Padre Armonioso, quisiste el cambio. De tus gélidas cimas vino el mensaje de ternura. "Hillemana Culcachata", la sierra hecha de nieves, quiso conocer el gozo de la clorofila, la beatitud botánica. Y comprendiste mejor a tus criaturas cuando las viste modificadoras de su natural arquitectura, ansiosas de verdor y de color.

Y no es verdad que sólo nos mandes ventarrones, corrientes frías, rayos y relámpagos. Porque después del trueno viene la bonanza. Y tú presides también los grandes días cálidos, las mañanas serenísimas, las hondas noches tranquilas. Y eres como más noble y majestuoso mientras los oscuros arboles se tienden a tus pies. Y las plantas crecen al sol que las vivifica. Las flores como guiadas por los círculos magnéticos que irradia tu compás de nieves.

¡Oh bosque sobre bosque de petrificadas arboledas!

Selva inaudita: moviliza tus gérmenes secretos. Catedral de las formas: subyúganos. Fábrica imponente: condúcenos.

Y cuando llegue la hora del último frío, seas tú sepultura y monumento del hoyo y del hoyero.

Así sea.

EL NIÑO PRODIGIOSO

Vivimos a la casa de fantasmas: mujeres maravillosas, superhombres, amigos ideales, jóvenes vencedores, sabios de toda sabiduría; y en verdad el portento vivo reside en un pequeño ser que no habla, camina apenas, y está necesitado de amor y protección.

¿Hay algo más bello y misterioso que un niño, en esa zona indecisa que va del primero al segundo año?

Un montoncito de carne y de huesos. La piel suavísima, dulce el tacto. Los ojos prestos al llanto y a la risa. Un sol de alegría el rostro. La malicia misteriosamente atisbando en los rasgos. Piernas y bracitos llamando a la ternura con sus curvas deliciosas. Desconoce el habla, articula sonidos inentendibles, pero sabe hacerse obedecer. No posee una inteligencia discursiva, racionante, sino un instinto oscuro que puede ascender a la comprensión elemental de lo grato y de lo ingrato. Avanza a tropezones, se bambolea, las manos, ávidas, quieren aprisionar todo lo que se pone a su alcance. Sus movimientos bruscos, son limitados más incesantes: no conoce la fatiga. Tiene un poder de traslación y curiosidad infinito. Como la naturaleza, es siempre jovial, atrayente, no cansa nunca. Y si el niño es uno de tu sangre y de tu nombre, entonces sobreviene la embriaguez del cariño deslumbrado: nada hizo Dios más perfecto ni encantador.

Si te habitúas a su presencia, a su compañía, si te mezclas en el mundo de sus juegos y reacciones infantiles, advertirás que una pequeña criatura es como la clave incomprensible del enigma humano, En ella se encierra y equilibra todo; no sabemos cómo ni por qué, pero al ver cómo se afirma la vida en el niño, se adivina, se intuye el prodigio del existir, aunque no alcancemos a explicarlo y menos a expresarlo en fórmulas comunicables.

¡Extraño júbilo, a nada comparable! Por el solo hecho de existir y agitarse a tu lado, el pequeñuelo te abre puertas de alegría, horizontes inefables que presencia alguna podría aproximar.

Un niño es el ligamen vivo que enlaza cielo y tierra. ¿Cómo pueden haber obtusos que nieguen la existencia de Dios? El y su obra se atestiguan en la maravilla del infante. Verlo crecer y prosperar desde el desamparo absoluto, es la mejor lección que recibe el hombre para sospechar — no puede entenderlo del todo — por qué divinidad y humanidad se aproximan a través del tierno puentecillo de este pequeño ser que concentra la esperanza del mundo.

¡Míralo jugar en el jardín! No hay espectáculo vivo de mayor fascinación. Es un mocosuelo, un hombrecito presunto, que va y viene sin descanso. Tal vez sólo el gorrión se le aproxima en punto a vivacidad y levedad, esa atracción sostenida que gana el corazón y los sentidos. Pero el pajarillo pertenece a otro orden de ternura, se acerca y se distancia sin salir de su zona secreta: puede ser amado, no comunica. El pequeñín, en cambio, suscita aproximaciones, emociones que profundizan la relación entre hombre y niño. Es una varita cálida que retorna al mundo mágico de la infancia, enciende la dicha presente, hace vibrador el porvenir. Con captación súbita te convierte en una criatura inocente, te reduce y empequeñece a su nivel, te vuelve, como él, niño en un reino venturoso de motivaciones sin sentido; o te asciende, de un golpe prodigioso, a la categoría de un dioscecillo que lo puede todo: satisfacer los deseos y caprichos del muchachito, te hace sentir el goce de un poder ilimitado. Compartiendo sus juegos, sus andanzas, eres simultáneamente niño, hombre, semidios.

¿Qué estás buscando en los libros o en la vida? Este pequeño ser contiene el secreto del universo y el enigma de su poblador.

—Xavierito: venga aquí!

Esa personita que corre a tu encuentro, presurosa, emitiendo gritos de alegría, es la imagen de la eterna dicha.

Entiende al niño para soportar al hombre.

SEIS HERMANOS

Aquí están, han venido todos, apenas escucharon mi llamado. Thunupa, Pachakuti, Siripaka, Sariri, Nayjama, Mateo, los fieles amigos del tiempo indestructible. Porque acontece que los otros, los del tiempo mudable y perecedero, se acercan y se alejan, comparten pero rara vez comprenden. Cambian, se transforman. Te dieron horas de regocijo y también días de ingratitud. No es que mude el afecto, es que se transforman los modos del convivir y el compartir. Y es la interioridad excesiva la que te va apartando del diálogo con los amigos. Acaso tú también has

cambiado, y ellos, queriendo entenderte, no te comprenden ya. Pero aquellos, los que brotaron de tu angustia y tu esperanza, esos jamás te abandonan, porque son hechura de tu hueso, río de tu sangre, fiebre de tu pensar y tu sentir.

Son seis mocetones gallardos, de mirar altanero y palabra desenvuelta.

Thunupa, el mayor, ha dicho reposadamente:

—Yo te entregué el hilo del ancestro, te inicié en las verdades del suelo y de la raza. Sólo cumpliste parte del camino: aun te faltan duras vigilias para llegar al umbral de la teogonía andina. Pero la parte más noble, más bella, de tu juventud idealista y soñadora, late detrás de las páginas que inspiró mi nombre.

Pachakuti, el impetuoso, el combativo, me ha reprochado:

—No estoy contento de ti. Te proporcioné un símbolo de lucha, un arma y un escudo, agrupé combatientes bajo tu mando. ¿Y qué hiciste? Por decepciones de orden moral abandonaste la pelea. Hubiera querido verte mandar, organizar, batallar y resistir. Los pueblos jóvenes requieren conductores más que artistas. ¿Es que nadie puede vencer plenamente en esta patria desdichada?

Disconforme con esas palabras, Siripaka, el sereno, me ha defendido con firmeza:

—El trabajaba para un tiempo futuro. No era un guerrero, sino un servidor de la buena causa. Lleva la luz, busca la verdad. No pudo ser el piloto del alma india, el removedor del ímpetu mestizo, ni el guía de las élites criollas, pero ha despertado la fe en los tres reinos étnicos. Su siembra temprana la recogerán otros.

Nayjama, el buscador, ha prorrumpido ardoroso:

—Idealizaste al indio y su proeza. Me extrajiste del sueño de los milenios para infundir confianza y poesía al rudo mundo aimará. Desde nuestro encuentro, acrece la vigencia de los mitos andinos. La hora nocturna dura todavía, pero el río de estrellas que anunciamos conduce al despertar americano. Esos corales sagrados que levantaste al conjuro de mi nombre, resonarán en los tiempos que aun no han sido.

Y Sariri, el hermano ternuroso, el buen caminante, el que quiso trascender el alma india a sus hermanos del continente, ha dicho con amoroso acento:

—Padre, no te aflijas: nunca estarás solo. Nosotros cuidaremos por tu nombre y te daremos un renombre. Tu búsqueda y tu fatigoso caminar no serán vanos. ¿Qué importa si hoy no encuentras campo propicio a tu siembra? Ella mira al futuro.

Mateo, el sexto hermano, el último venido a nuestra congregación, ha prometido:

—Aspiro a expresar lo mejor que me diste, lo más alto de lo que ellos edificaron cuando me precedían en el tiempo. ¡No pasarás! Tú obra en el libro y en la lira. Definitivamente.

He agradecido las palabras de los seis. Y a Mateo, el más joven, le devuelvo el timón que conduce esta historia.

INQUIETUD

Me irrita que nuestras gentes desconozcan la puntualidad horaria, que no cumplan su palabra, que ignoren el orden y el método en su trabajo, que sean indolentes, escasas de ambición, que se resistan a progresar, que cambien incesantemente de parecer en sus convicciones, que se apoltronen en sus vicios y en sus hábitos, que se presenten inmunes al esfuerzo y a la superación exigente, que prefieran la apariencia engañosa a la verdad desnuda, que elijan la charla estéril sobre el estudio o el trabajo fecundo, que no sean meticulosas ni

perfeccionistas, sino mas bien descuidadas y olvidadizas, que se ocupen mucho del prójimo y poco de sí mismas, que busquen la línea de menor resistencia en la vida y en el pensamiento.

¿Y si ésta fuera la felicidad?

EL ENIGMA

Las armas nucleares sobre la humanidad. La explosión demográfica y el hambre. Técnica y poderío económico acumulando potenciales destructivos. ¿Se ha vuelto loco el hombre?

Hemos salido al espacio acaso porque nos sentimos impotentes para organizar la pequeña esfera terrestre.

La literatura actual refleja el estado de ansiedad, de confusión, de angustia suma que atenaza a los hombres.

Desconfianza y alienación son el signo de la época.

Pero nada de esto justifica que te abandones y caigas en temor. Búscalo a El, en medio del extravío y la tempestad. Si el mundo ha de ser aniquilado y extirpada la especie humana, no lo puedes evitar. Agradece por cada nuevo día que te es donado: esto es lo que cuenta. Hay planes ignorados que jamás podremos alcanzar.

Nuestra idea de Dios tiene que cambiar como ha cambiado el mundo. Entre la patristica y Teilhard de Chardin hay abismos que deben ser colmados.

¿Y qué otra fuerza se mueve, oscura, entre Dios y la locura de los hombres?

LÍDERES Y CRÍTICOS

Uno era demasiado político: lo pervirtió el poder. Otro noble pero indeciso: fue avasallado. Un tercero se frustró porque sólo sabía mandar y atropellar. El cuarto ignoraba las finanzas y fue envuelto por la semiciencia de los planificadores. Aquel resultaba estrecho para el cargo; éste otro, sobrado de personalidad, no alcanzó a permear la psicología colectiva. En fin: un trágico desfile de incomprendidos que a su vez no supieron entender cuál era su legítima misión.

Es la historia de casi todas las naciones sudamericanas: siempre falta el conductor preciso para la hora necesaria. Las excepciones poco pesan en el desierto general.

Los europeos, más cautos, no eligen al hombre sobresaliente sino al líder medio. Nosotros preferimos el brillo a la eficacia: el orador, el elocuente, el expositor ampuloso avanzan con mayor rapidez que el profesional medio o el técnico discreto que se limitan a dominar su materia.

¿Deberíamos tener escuelas de estadistas? Sí; y también institutos donde la formación del hombre superior se vigile cuidadosamente. ¿Qué es esto de mandar pueblos y enderezar problemas, sino la tarea mayor para el hombre responsable? Pues a prepararse para ejercer con eficiencia ese duro ministerio.

Fallan las organizaciones nacionales porque el mal viene de arriba: el raquitismo de los conductores contamina y desmoraliza a la masa popular.

El desquiciamiento de las sociedades criollas proviene de la escasez de líderes. Nos faltan equipos de comando, mentes sólidas, corazones nobles, conciencias vigilantes capaces de responder por el mando que el pueblo les confía.

Adulterado el concepto ético — gobernar es contribuir al bienestar colectivo — por la consigna inmoral de mantenerse en el poder a todo trance, el animal político cierra su horizonte espiritual: sólo quiere usufructuar los goces del gobierno.

Para cambiar la democracia sudamericana se debe comenzar por cambiar el hombre del Nuevo Mundo: reeducar al pueblo y al que guía. Dar un sentido moral a la edificación social.

Cierto que no todo se ha de cargar a los que mandan. Existe un vacío difícil de colmar entre sueño y realidad. Las mejores teorías se pulverizan frente al impacto con el ambiente social y psicológico. Gobernar pueblos jóvenes, todavía en formación, es tarea escabrosa: equivale a capitanear ejércitos sin disciplina y sin coraje.

—Nada hay más difícil ni aniquilador que gobernar en Sudamérica — dijo un prócer, de los buenos, decepcionado por el balance final entre sus grandes esfuerzos y los mínimos resultados obtenidos.

Precisamente: porque el riesgo es grande y la tarea ímproba, los corazones más nobles, las voluntades más tensas deben afrontarlos.

Al cabo el más criticado, el más resistido, quien mejor se esforzó por servir a su comunidad, pagará el precio temporal de la impopularidad. En el amanecer tardío que sus ojos ya no verán, su memoria será rescatada de la injusticia y del olvido.

Y al criticón exasperado le dijo Mateo estas palabras:

—No exageres. El que manda es más digno de compasión que de envidia. Su carga lo abruma, su responsabilidad lo destruye. Aun débiles o ineptos nuestros conductores deben lidiar con la inercia ambiente y el escaso rendimiento del material humano. Todos fallamos.

LA VICTORIA

Estas como circundado de aflicciones. Vuelve a una hora de dicha. Recuerda.

Ese día soberbio de las grandes explosiones colectivas. El teatro estaba colmado de gentes, y afuera, en los vestíbulos, en la plazoleta por medio de parlantes el público recogía ansioso tu palabra vibrante: electrizabas a la multitud. Eran dos, tres mil personas, acaso más. Seguían el hilo del discurso con ansiedad, interrumpiéndolo con nutridos aplausos. Describías el general estado de retraso del país; analizabas fallas y defectos; proponías soluciones radicales en pos de una nueva conformación política; social y económica que diera vigencia a las mayorías postergadas. Sin odio, sin violencia, con inspiración cristiana, con sentido democrático, pero con pasión, con ímpetu revolucionario, porque todo ideólogo metido a reformador se deja llevar por el río del fervor que lo escucha y lo acrecienta. Y había caras expectantes, ojos brillantes, manos nerviosas. Y una como corriente invisible de ardores largamente contenidos que circulaba por las almas y los cuerpos.

No eras un político, ni un conductor de multitudes, menos, todavía, el ambicioso que busca poder y gloria. Verdad y justicia eran tu fuerza. Sólo querías despertar a los dormidos, luchar contra la inercia ambiente.

Fuego y poesía: ¿no son las armas del orador?

Conociste, entonces, la embriaguez de la victoria, largamente madurada, porque habían muchos años de estudio, de dudas, de fracasos, de rectificaciones y penoso aprendizaje detrás de esa hora triunfal.

Uno que vence y convence, ha sido, antes, muchos que no podían imponerse. Pero esa tarde la musa te había rozado las sienas, la idea de Patria ardía en tu alma; sentías que además de la multitud que te escuchaba, existía, otra, mayor que te impulsaba desde el fondo de las generaciones pasadas, y una tercera, más grande aun, que te aguardaba en los tiempos por nacer. Desdoblado en las tres áreas de tus auditorios, podías proyectarte, todavía, en los oyentes, captar sus reacciones, medir la intensidad de su fervor y su entusiasmo. Dueño de la herramienta

expresiva, dosificabas cuidadosamente los efectos de modulación, los timbres enfáticos, las cargas y descargas del vínculo verbal. Sentías crecer la corriente magnética de tu palabra en los ojos, en las bocas, en los pechos de las gentes. Delirio colectivo.

Cuando la conferencia terminó, todos querían abrazarte. Las gentes no abandonaban el local. Hubieron gritos, aplausos, empujones. De pronto un grupo de obreros y estudiantes te alzó en hombros. Confundido, tal vez avergonzado, protestaste, pediste ser bajado al suelo. No querías ser confundido con los demagogos. La popularidad no era tu meta. Pero los entusiastas no te oyeron, sus vítores apagaban tu voz. Te llevaron, bamboleante, hasta la plaza central y al pie de la estatua del héroe epónimo te hicieron hablar nuevamente.

Algunos centenares de personas, en su mayoría estudiantes, te rodeaban, no querían irse.

Sucedió, entonces, algo extraño. Un minuto, tal vez sólo segundos. El silencio cayó sobre la muchedumbre. Tú y los más próximos se miraban fijamente. Ignoras, no sabrás nunca lo que realmente pensaban ellos; pero tú recogías en sus pupilas inmóviles el asombro, la admiración, una nueva forma de amor desinteresado. Era como si te pidieran, sin palabras, que la noche triunfal no terminara. Los ojos ansiosos decían:

—Sigue hablando. Queremos saber más. Ensancha nuestra fe.

Ese mirar respetuoso de muchos pedía más. Era un llamado a una aventura mayor, algo indecible que palabra alguna podría expresar. Comprendiste, en el deslumbramiento de un relámpago, a qué metas atrevidas de poder y de embriaguez puede conducir la palabra. Y te sentiste defraudado por no alcanzar a prolongar ese éxtasis de gloria que, formado en los corazones, parecía proyectarse a todo el ámbito de la plaza.

Ellos no querían dejarte. Tampoco tú te decidías a irte. Hubo, aun, el breve lapso de una tensa expectación. Los amigos te volvieron a la realidad: había que irse. Te dolió hacerlo, porque hilos misteriosos te sujetaban todavía a esas caras anhelantes.

En la soledad nocturna, evocando los sucesos de la jornada, pensaste que sólo una vez se mira el rostro de la Patria.

LO INCOMPENSABLE

Nadie puede ser dichoso mientras sufren los demás.

Te rodean la miseria, el desorden, la ignorancia. El hambre ronda los hogares. La suciedad y la dejadez campean. Te duelen el descuido, la falta de empuje de los otros. ¿Qué podrías hacer? Eres tan impotente como ellos para remediar su pobreza. La economía y la política, ciencias imperfectas, no encontraron el modo de hacer felices a los hombres. Y el número, el número que todo lo agrava sigue conspirando contra el mundo: cada día habrá más bocas para alimentar, más necesidades materiales, más requerimientos de los espíritus jóvenes.

¿Quién podrá atenderlos? ¿Existe Dios en el mundo atómico que viene de la injusticia y marcha a la destrucción?

No quieras, no puedes entenderlo.

Avergüénzate del bienestar en que vives comparado con la aflicción de los demás. Pero sigue el ritmo calmo de tu propio destino. No todos nacieron para profetas ni para santos. Cada cual en lo suyo. Un poder mayor juzgará quien fue recto en su camino y noble en su piedad.

EROS 6 — PENAS

—¿Vendrás mañana?

—No — dijo ella. Mañana no.

—Bueno — repliqué yo — entonces el jueves.

Ella sonrió tristemente:

—Tampoco. No sé cuándo...

Mi sangre joven se rebeló impetuosa.

Cien ideas, mil palabras se agolparon en mi lengua. Quise hablar y ni siquiera un sonido articulado salió de mis labios, Pena y decepción, furia y orgullo herido, desamparo, hundimiento, deseo loco de hacer daño y destruirme; todo se movía oscuro y ebrio en mi alma atormentada. La diosa de amor venerada en el curso de los días, se venía abajo en un remolino de cóleras bruscas. ¿Por qué, por qué? Había sido el juguete de una mujer, la víctima de una ilusión, sujeto de burla o compasión... Ella jamás me quiso y me quería sin embargo. Me veía oscilando entre el amante desdeñado y el guerrero impávido que renuncia a su dama por su honor. ¿Quién sería el otro, y existía en realidad? Quería herirla con palabras duras y luego me sentía invadido de ternura hacia ella: no, no era verdad. Ni falsía ni ligereza. Debía existir una razón más honda. Probablemente yo no la alcanzaba. Como el nadador ansioso que después de larga travesía ve que las fuerzas lo abandonan antes de tocar la ribera salvadora, sentía desvanecerse el único acicate de dicha capaz de otorgar un sentido heroico y ardiente a mi juventud. Ella, la mujer más noble y más bella del mundo, se me apareció de súbito como la Amada Imposible de un sueño inalcanzable... Caminaba a mi lado, esbelta, erguida, con la mirada perdida en el confín. Posiblemente adivinaba los infiernos que me despedazaban: y un momento que volvió la cabeza hacia mí debió entrever mi desesperación.

Una ligera presión de su mano. Cuajaron dos lágrimas extáticas en sus ojos oscuros. Y con voz dolida Gradiva dijo lentamente:

—No has comprendido. Lo nuestro no tiene cimiento.

Salí de mi error entre confuso y maravillado. No me despreciaba... ¿Me amaba entonces? Pero debíamos separarnos, Una alegría triste, una melancolía jubilosa danzaban en mi corazón. Un cielo negro, un cielo gris, un cielo azul. Y así sucesivamente. Quería reír, llorar, saltar, gritar, lanzarme a una hazaña desmedida, partir hacia una infinita lejanía... Quería... No sé en verdad lo que anhelaba. De pronto el viento furioso que turbaba mi mente se aquietó y comencé a razonar con calma. Ella tenía el instinto seguro y clarividente de la madre que la naturaleza puso en todo seno de mujer: me protegía, velaba por mi futuro. Dijo algunas cosas tan dulces y certeras que me conmovieron por su verdad y precisión.

—¿Lo ves, ahora? — preguntó con ternura —. Más tarde sería peor.

Yo atisbaba el temblor de la pena en su voz, la emoción furtiva en la piel que cubría su garganta, la sonrisa indecisa que se esforzaba por descorrer el velo de agua en los ojos.

La diosa se convertía en una hermosa mujer que compartía mi amor y mi dolor. Nunca la había estrechado, pero por un instante me sentí más fuerte y protector: quise tomarla en mis brazos y absorber su pena que acaso era más profunda que la mía.

Entonces ella recuperó el dominio de sí misma.

—¿Para qué prolongar esta angustia? Mateo: nunca te olvidaré, pero es mejor que no nos veamos más...

Yo estaba tan aturdido por la tempestad que me sacudía, que apenas atiné a proferir:

—Nunca renunciaré a tu amor, aunque me fuera la vida en ello.

Nos separamos. Esa noche le escribí una carta, esa noche la carta más bella del mundo.



Grabó Víctor Delhez

“Un cielo negro, un cielo gris, un cielo azul”.

Pasó un tiempo cruel de soledad y desesperanza. No la veía, procuraba ignorarla. Probablemente ella hacía lo mismo. Ahondando el conflicto comprendía que no había solución razonable. ¿Basta amar, basta proponerse la dicha con la mujer elegida? Hay que ser alguien, primero; tener algo o mucho que ofrecer; y luego aquello que parece esencial a nuestra sociedad civilizada: el que funda hogar debe llevar larvado al padre de familia, aventajar en años y experiencia a su compañera, ser guía en el espíritu, bastión en lo material. Yo andaba tan alejado de todo ello, que en mis largos soliloquios terminaba por dar la razón a Gradiva. Nuestro amor era prácticamente irrealizable, más bien absurdo. Nadie, ni sus padres, ni los míos, aceptarían que un adolescente se uniera a una mujer ya lograda. Veinte, veinticinco años; sólo nos separaban cinco, pero esos cinco años en contra mía, medidos en términos de evolución biológica, de madurez social, me dejaban muy atrás.

Yo era apenas un mozalbete; ella una mujer.

Veía abrirse un abismo entre ambos que se ahondaba sin posibilidad de ser franqueado.

Y por extraño que parezca de la pena profunda que me invadía brotaba una cierta forma de encantamiento: aun frustrado mi sueño, lejos de ella, Gradiva seguía siendo la llama azul y oro de un fervor secreto. Un amor imposible, en la incierta juventud ¿no es el más bello de todos los amores?

Trabajaba en el Banco, estudiaba en la Universidad, por las noches acudía a la redacción de un diario. Versos, crónicas, ejercicios de crítica ligera. Detrás de una pelota apaciguaba mi vigor físico; la música y los libros tejían urdimbres mágicas para el espíritu. Solitario en la meditación, vibrante en la amistad, seguí habitando ese mundo de dos planos, compartido y reservado a la vez, que constituye el ámbito natural del joven que se busca y no se encuentra. Me sentía dotado para emprender la empresa más arriesgada, desbordaba de ambiciones, quería probar mi fuerza, acumular poder, intentar los más difíciles empeños; y cuando llegaba al límite de mis cálculos ingenuos, tropezaba siempre con la valla de su recuerdo. ¿Qué sentido tendría mi vida si no podía consagrarla a la amada ideal que enfervoriza una juventud ansiosa de victorias? Porque está escrito: si el adulto sale al encuentro de su alma en la búsqueda de Dios, de la fortuna, en los riesgos de la política o en los azares de las finanzas, el joven persigue honor y alegría en el tributo voluntario a la mujer elegida.

Acaso alejado de ella la amaba con mayor intensidad.

Pasaron meses lacerantes. Evitaba los lugares que ella frecuentaba para eludir la tortura de verla y no poder aproximarme. Quería sustraerme al dulce cautiverio de su nombre, pero nada lograba mitigar el recuerdo obsesionante. Yo sabía que esto no podía durar: cualquier día, al abrir los diarios, cuatro líneas anunciarían su boda con otro. ¿Soportaría este final lógico, el derrumbe final de mis sueños? Porque en el fondo, aun a riesgo de aparecer insensato ante mi propio juicio, yo seguía esperando que por un milagro exterior o por un prodigio de mi voluntad, ella volvería a mi lado. ¿Cómo, por qué, cuándo? Lo ignoraba. Creía y desconfiaba alternativamente.

No estaba muy seguro si Gradiva me amaba o si una tierna compasión delicada le había hecho fingir amor para no herirme. Tenía el orgullo a flor de piel. Y después de esos largos meses de angustiada y reconcentrada soledad, decidí el camino salvador: me iría lejos para olvidarla y rehacer mi vida. Apenas la iba a comenzar — fatuidad temprana — y ya me creía con derecho a rehacerla.

Le escribí una segunda carta que se me antojó más admirable que la otra, porque la primera sólo hablaba de mi amor y ésta nueva se esmaltaba de pena y melancolías.

Adquirí pasajes para viajar a Europa, y le pedí que me permitiera despedirme de ella. Cuando todo estuvo listo, acudí a la última entrevista.

EL EXIGENTE

Sucia, sucia, sucia es la política; necesaria sin embargo.

En las patrias sudamericanas, incipientes, subdesarrolladas, todo parte de la política, todo vuelve a ella, todo gira en su torbellino de favores y desfavores.

Es el deber, cuando la practicas honestamente. Es ludibrio si te sirves de ella como instrumento de lucro o de opresión contra los demás. En estas sociedades retrasadas, más próximas al instinto que a la sana razón, la actividad política, más que una vocación, es un arte de vivir. No culpes al sometido al rigor de sus leyes contradictorias: es, casi siempre, un esclavo forzado a servidumbre. El otro, el gran político, el hombre excepcional, es otra cosa: lo medirás con vara extraordinaria. Por uno que hace política de gran estilo, con decoro y esfuerzo creador, hay mil que politiquen sin brújula y sin normas responsables.

¿Qué puedes pedir al indio y al mestizo, si el blanco que lideriza es el primero en pervertirse en la conducta?

La sociología, en el continente sur, se tuerce desde arriba.

—Es desesperante — decía el catedrático Ramírez — la Universidad está infectada de ideólogos baratos y liderillos infatuados. No nos elevamos a la disciplina científica ni al ideal humanista, porque la juventud se deja arrastrar por las pendientes fáciles de la oratoria y la

demagogia. Nadie estudia, nadie persevera; todos se mueven en torno a posiciones y honores transitorios.

—No exagere usted: se hacen hombres exponiéndose a no ser buenos profesionales. ¿Cuántos entran a la Universidad, cuántos se gradúan? Pocos, pero no todos se frustran. De esos fatuos y esos retóricos salen, a veces, buenos estadistas, pensadores, funcionarios ejemplares.

—¡Mateo: usted los defiende! ¿Qué estadistas, qué funcionarios, qué políticos en el sentido profundo de estas palabras, si no saben cumplir un compromiso, respetar una cita, responder por el trabajo que se les confía? Cinco años de estudios en Europa, donde todo es orden y saber responder a cuanto se hace, me hacen desconfiar de la turbulencia y la indolencia criollas. Estamos a la zaga de América.

—En un sentido de organización material tal vez. ¿Pero es que sólo cuentan el rigor tecnológico y los afinamientos burocráticos?

—¡Ah! Las famosas razones, los argumentos de lo espiritual. ¿Y qué significa el espíritu en la sociedad atómica, si no es rigor, precisión? Nuestros hombrecitos instintivos, llenos de pasiones, se pierden en la tormenta organizada de la civilización.

He callado. He recordado que Ramírez es un buen catedrático, un buen ciudadano, acaso hasta un técnico: responde eficientemente en su trabajo. Pero no sabe llevar su hogar, ni educar a sus hijos. Su vida privada es desordenada. Domina el mundo pero no sabe dominarse a sí mismo. Su crítica ¿será objetiva o consecuencia de una semifrustración interior?

—No exigir demasiado a los demás — he dicho suavemente —. Acaso en su aparente debilidad esté su fuerza...

—¡No, Mateo, basta de paradojas! Esto es serio, esto es grave, esto debe corregirse. Andamos retrasados porque no nos exigimos lo suficiente para sobrevivir en este universo mecanizado y complicado en progresión creciente.

—El hombre no puede ser una máquina perfecta.

—Pero sí organizarse debidamente para entender los fenómenos y las máquinas.

—¿Por qué habría usted de pedir que nuestras gentes se esclavicen por el patrón perfeccionista?

—Porque así lo impone la sociedad competitiva en que habitamos.

—Ramírez: usted no mide la distancia entre Europa y América.

—Al contrario; la mido y deploro que sea tan extensa.

No pudimos acordar criterios. El padece un complejo de desconfianza para juzgar a nuestras gentes sudamericanas; yo más bien tiendo a mejorar sus cualidades. Creo en ellas.

Malhumorado, el catedrático ha dicho:

—Ustedes los idealistas, con ese humanismo gaseoso y esa aptitud para esconder las propias fallas, son los responsables de la vanidad criolla. No exigen, no son duros, todo lo encuentran bien. Por eso nuestras juventudes se deforman en el falso orgullo y la suficiencia intelectual.

—Formar hombres no es mandar soldados. El rigor destruye; la templanza conmoldea. La política afea al hombre, lo presenta en su desnuda realidad porque el poder o la persecución del poder desatan al animal de presa en su innoble osadía. Pero esto es igual aquí y en todas partes.

Nuestros políticos criollos no son mejores ni peores que los políticos de cualquier país mejor desarrollado.

—¡Pero usted no ha vivido en Europa, Mateo! Allí los líderes saben disfrazar sus intenciones. Son elegantes de estilo. Manejan diestramente la herramienta de la acción. Desconciertan por su dominio sutil del arte de maniobrar. Miden sus palabras. Aun fracasando arquitecturan su derrota.

—Son más hipócritas.

—¡Basta! — ha concluido el señor profesor enfurecido — con usted no se puede discutir!

Y se ha marchado a pasos precipitados.

He quedado solo. ¿Para qué formamos estos magisteres transatlánticos que lo ven todo bajo la lente de una crítica severa? ¿Por qué mandamos talentos jóvenes a Europa y a los Estados Unidos, que nos devuelven ásperos censores incapaces de comprender la realidad social y el material humano que nos fue donado?

Calma, calma... Los Ramírez perderán la batalla final. La muchedumbre continental sabrá vencer su propia imperfección. Es un error de perspectiva: no se trata de aventajar a otros, sino de ajustar el ritmo lento y seguro de nuestras razas matinales.

LA SECRETA LEY

Cosa maravillosa: cómo se trazan y eslabonan las líneas maestras y los puntos accidentales del vivir.

Nadie sabe por qué vino, dónde va, qué fuerzas lo mueven hacia metas siempre oscuras y lejanas. Somos juguetes del destino. Pero bruscamente, un rayo de lucidez te muestra aquello que no podías entender. Tu soledad fue coro entre montañas. Tu silencio, música. Avanzabas sin brújula pero tu andar resultó más seguro que el de otros. Dudando, afirmabas.

Como el azul hondísimo del cielo sirve para resaltar mejor la verde sinfonía delirante del ramaje, sin el fondo grave del dolor no habría dicha.

Te creías sumido en abandono y confusión: era que rozabas el misterio de un nuevo amanecer.

O en la embriaguez del éxito se cavaban, brucas, las fosas de otro descaecer.

Sentido, contrasentido.

Todo se enlaza tan sorprendente, tan natural a un tiempo, que jamás llegas a comprender los designios del vivir que administras y la inmensa curvatura del destino que ignoras.

Es justo, es noble creer en Dios, pero Dios no ha de trabajar por tí. La tarea interior se labra de esfuerzo y renunciamientos.

El mundo cada vez más complicado, las gentes en malicia ascendente, podrían debilitar tu fe; en el fondo es que El te hostiga para prepararte y endurecerte en misiones mayores y más complejas. No podía ser de otro modo: el hombre actual se expande en la ansiedad y en la ambición, quiere ser cada día más inteligente y poderoso. Es necesario que el espíritu expíe esa sobrecarga de tensiones dominantes.

Todo aparece, para un juicio regulador de pasado y presente, perfectamente explicable.

Mira bien, ahonda: eres el auriga que conduce y es conducido. Y también debe ser así, hijo y sostenedor del destino.

EN LA COMUNIDAD

¿Qué tengo de común con estos indios de tez bronceada, con estos mestizos atrevidos, con estos criollos indolentes que me circundan?

Una es la vinculación real y nacional que te ata a tu contorno: habitas en medio de estas gentes, en cierto modo eres como ellas, y ellas te arrastran en la marea colectiva. Nadie puede subsistir ajeno a la comunidad que lo contiene. Indio, mestizo o criollo europeizante son lo mismo: seres humanos, susceptibles de mayor o menor desarrollo personal.

Pero si ahondas en tu pueblo, si pretendes moverte en el espacio interior que cada cual posee, pierdes brújula y manómetro: no sabes qué medir ni dónde vas.

Porque acontece que el mismo sujeto de una convivencia familiar, apto para el trato cotidiano, aquel que te dio confianza y simpatía en el transcurso de los hechos normales, cuando quieres invadir su recinto espiritual o llevarlo al tuyo no responde con docilidad; antes bien: se cierra, se repliega, se hermetiza. O porque sabe mucho o porque puede poco. O a la inversa. Desconfía o se siente malcomprendido. Ignora lo que tú quieres tratar, conoce cosas que a tí no te interesan. Dijérase que tú y el otro manejan instrumentos mentales diferentes, poseen antenas sensibles desiguales, no coinciden. Y cuando el diálogo podría ser fructuoso, debido a la elevación del tema, a los juegos rítmicos del proceso elocutivo, sucede que algo se frustra en el punto mismo en que nacía: tú y tu interlocutor, por un principio elemental de buena educación, por un sutil tacto se sienten impelidos a desviarse del tema magistral para derivar a los asuntos vulgares: mujeres, cuentos, chismes, política, negocios. Así el conversador de café sustituye al erudito, al humanista, al hombre espiritual del pasado.

Queriendo ser amigo y confidente, terminas en soledad. Te atribuyen orgullo y suficiencia. Es el drama del sudamericano culto: debe hacerse perdonar lo que sabe y cuanto pudo.

Llamas hermanos al amigo y al sujeto que pasa por la calle. Te aproximas a ellos ansioso de intimidad. Deseas compartir con ellos ciencia y padecer, sombras y fruiciones del saber, refinamientos del sentir. Pero sólo encuentras silencio y desvío, desdén o discordancia. Porque muchas veces cae en tierra estéril la palabra del justo, y la grande sapiencia se pierde en la oquedad humana.

Te une a los demás lo que de ellos te separa. Paradoja profunda. ¿Qué puedes pedir al indio esquivo si nada hiciste para romper su soledad? Al mestizo levantisco ¿qué le dirían tu saber y tu poder disciplinados? Del criollo avezado en técnicas de mando sólo recoges artes mercantiles y políticas, raptos de grosero sensualismo, porque quien más tiene y puede más se endiosa a sí mismo y ya no mira límite a su deseo. Entre el mucho abandono y el excesivo disfrute, no se escucha la palabra del Cristo, no tiene vigencia la nobleza irradiante del hombre espiritual. Justamente: por esa desproporción inicial — andares precipitados o indolentes que no ajustan con tu marcha organizada — estás obligado a compartir la carga ajena. ¡Míralos, óyeles, que tu mano y tu mente trabajen a su servicio! Porque es misión de sabedor guiar al rezagado.

Y no importan traje raído, palabra torpe, manera inculta, esquivez o desafecto, porque de grandes obstáculos y sumas diferencias se labra la tarea varonil.

El sol de cada día, la sombra de las noches, la montaña imponente, el río caudaloso, la pampa infinita, la piedra yerta, el árbol florido, el pan y el agua, el viento, el fuego, el aire; todo cuanto vive, se anima o está quieto te une a los demás. Y algo mayor: la responsabilidad de ser hombre, la conciencia de la vocación humana, el sentimiento cristiano. Esa necesidad interna de amor, de comprensión, de participación en el júbilo y en el quebranto de los otros, que religa para siempre la criatura con las criaturas.

Porque si no fuera así ¿cómo se distinguirían las fieras de las gentes?

No vuelvas a preguntar ¿"qué tengo de común con estas gentes"? si en la vida de relación todo se arquitectura hacia proximidad y entendimiento. Todos somos uno.

Tu saber: don de Dios. Tu espacio interior: mando del hado. Tu desarrollo intelectual, tu potencia de percepción sensible: soberbia vana. Te fue dado sobresalir para que puedas avergonzarte de lo mucho que te fue donado, de lo poco que alcanzaste a entregar en beneficio de los otros.

Y ésta es la ley del avanzado: que sabiéndose fuerte, osado, ha de responder por la debilidad que lo circunda.

Y nadie puede ser mayor que su comunidad, porque el varón esforzado resalta y peralta precisamente porque se nutre de la multitud que lo sostiene y lo proyecta en primacías.

¡Dichoso el que puede sostenerse en medio de las flaquezas de su pueblo! Quien lucha y padece por él. Porque es carga de varón asumir su contorno humano y sentirse fraterno aun con los distantes.

CONSTRUCTORES

Alfabetizar, construir caminos, levantar escuelas, mecanizar el agro, crear nuevas fuentes de trabajo, reeducar los hábitos, distribuir mejor la riqueza y las ganancias. He aquí el programa mínimo para todo conductor sudamericano.

Palabras sencillas, tareas ímprobos. Porque planificar es una cosa, realizar otra.

Y lo que falla, en el continente, es justamente la aptitud del que manda para llevar a cabo sus planes de reforma y la capacidad de los que obedecen para llevarlos a conclusión.

El carácter. Mejor dicho: la falta de carácter, los desmayos de la voluntad. Cáncer de América.

Si cada cual fuese amo y servidor de sus pasiones. Si la magnitud de los esfuerzos se aproximara a la estatura de los sueños. Si el rigor del ingeniero y de los geómetras reemplazara a la palabrería de los farsantes, el hemisferio resurgiría del magma ondulante que lo oprime.

Porque todo podríamos hacerlo, si comenzáramos por hacernos.

Voluntades matinales, intrépidas, resistentes, persistentes, templadas en la lucha y en el sacrificio. ¡Constructores!

Esto es lo que necesita nuestra América.

EL VISIONARIO

Leyendo a Teilhard de Chardin, el jesuita visionario, suele ocurrir que el vuelo de su imaginación y la agudeza de su raciocinio abren puertas relampagueantes al enigma del mundo y de la vida. Sientes como si estuvieras a punto de entenderlo todo, al filo mismo del misterio. Tan claro, tan penetrante es su juicio, que despierta en el tuyo fibras adormecidas, te conduce por laberintos insoñados, provoca tempestades súbitas en tu facultad de intuición; y bruscamente, aunque sólo se manifieste por golpes rápidos, efímeros, te encuentras en el linde del saber. No comprendes las sumas verdades, pero es como si estuvieras en trance inminente de comprenderlas.

Dios ha descendido tanto, el sabio-teólogo ha subido cuanto, que ya no se puede concebir mayor aproximación.

Teilhard conduce a los límites del asombro y del temor.

Es denso, difícil, enigmático y clarísimo a la vez. Exige un mínimo de preparación religiosa y científica. Otra dosis de adecuación al método sistemático, al análisis crítico. Mentas disciplinadas en la investigación múltiple y diversa. Un soplo de poesía y de belleza para captar la complejidad estructural de sus construcciones góticas.

Pensamiento catedralicio el suyo, cada vez más vasto y resonante, con la rara y exquisita facultad de tocar las almas y expandirlas a espacios desconocidos.

Tema para un relato de arte mayor: el pensador que al declinar una vida de fatigosa búsqueda, llega al umbral del misterio y teniendo los medios para develarlo renuncia a la última verdad, porque la vida despojada del misterio perdería su sentido y su hermosura.

Teilhard de Chardin: esa espada que te atraviesa el ser.

Vacilas entre el miedo y el asombro maravillado.

ILLIMANICA QUINTA

Cuando se mira la ciudad desde la ceja que la señorea, primero el hoyo aparece inmenso: aterra. Después el ojo habituado al vacío transmite una sensación de encogimiento ¿dónde se extenderá la urbe cuando los habitantes pasen del millón y las casas de cien mil? Pero si se sigue estudiando morosamente la cavidad capitalina, reaparece vencedora su capacidad de expansión porque el cuenco no tiene límites, domina la quebrada, se tiende en pliegues y despliegues, monta colinas y repechos, trepa hacia los cerros, puebla los filos altioplánicos, y allá, en lo bajo, ensancha su poder dilatador. Y así como el indio aprovecha todo plano y hace del risco y del talud campo para sus sembríos, también el poblador se aferra al suelo vertical, inclinado o caprichoso, se adapta como puede a los accidentes de la ruda orografía, y edifica sin descanso, sin regla, sin concierto, siguiendo las líneas mágicas del desorden telúrico. Y entonces, si miras desde arriba, el panorama vertiginoso de torres, calles, casas y arboledas, te parece un laberinto prendido entre el suelo y el cielo. Y si lo contemplas desde abajo, atisbando sus formas desconcertantes del mirador de Killi-Killi, del montículo de Sopocachi, o de cualquiera de las calles empinadas que ascienden hacia la zona del Panteón, se presenta aéreo, remontado, desafiando la horizontalidad de las ciudades planas y monótonas. Y ésta es la fuerza de atracción del solar condoril, hijo de la roca y del vacío, que en la quietud o en el movimiento siempre acusa líneas de tensión para el observador, se está moviendo siempre aun cuando finge estar inmóvil, porque si el gran escenario cósmico trae a la mente el recuerdo de esas grandes tempestades térreas a que aluden las teogonías andinas, el otro, el escenario artificial, fabricado por los hombres, sigue asimismo el curso inextricable de las tormentas visuales, riesgo y capricho para el ojo, rebelión contra toda organizada geometría, escape al sentido de medida y proporción. Ella, entonces, la poderosamente seductora, se reviste de mil formas sorprendidas, se encajona entre riscos, salta elástica por las lomas, baja graciosa las veredas, monta las colinas, tan pronto sigue el curso de ríos y torrentes como les da bruscamente la espalda y se lanza, suelta y libre, a correr por los cortos planos de la hoyada. Se expande a la rosa de los vientos, aprisiona el horizonte en sus ánforas absurdas. Y si alcanzas el mirador ancestral de Achachila. Kursani, o cualesquier de los puntos elevados como "Chiar-Jake", el hombre negro, desde los cuales el indio supo dar nombre a la montaña y renombre a la búsqueda de los dioses abolidos, sabrás por qué la gran morada anilina, la que surgió del cráter del fabuloso volcán extinguido, taller abandonado en mitad de la ciclópea construcción, es en verdad, como el ámbito que la ciñe y la conforma, la más revolucionaria y asombrosa de las ciudades fabricadas por la mano humana. Porque fue hecha sin reglas, ajena a previsión, se multiplicó como el salto del cabrito o del granizo: libremente. Y en tiempo de lluvias, cuando torrenteras y aluviones azotan la hoyada, y sus aguas bajan como toros furiosos por las pendientes, bloquean los desagües, anegan las calles, precipitan mantos de piedra y arena en las vías, cuando las cuadrillas municipales trabajan de día y de noche para limpiar los escombros del limo invasor, los moradores pagan con su cólera el precio de habitar la morada más extraña del planeta.

Y se diría que el paceño, o todo aquel que habita largamente el agujero andino, es también como la urbe que le da vida un revolucionario instintivo, un rebelde porque sí, criatura de largos silencios y altanerías fulminantes. Difícil a la definición y a la captura por fórmulas simplistas.

Aunque no fuera el más decidido en la acción, Gonzalo era el más fogoso en la crítica.

—Mire, Ricardo, tenemos que ser realistas. ¿Qué hizo el grupo en dos años de prédica cívica? La lucha moralizante, por sí sola, no conduce a ninguna parte.

Vélez Sardón contuvo al impaciente. Reseñó todo lo avanzado en la conciencia pública. La campaña contra los defraudadores de impuestos proseguía, indiferentes los más, indignados los menos. Se había señalado muchos errores del Gobierno, sin incitar a la revolución. Se abría campo a una idea socialista, más que en la planificación económica, en la participación efectiva de las mayorías olvidadas en la vida nacional. La prédica para una mejor distribución de la riqueza ganaba campo. Y agregó con esa autoridad moral que todos le reconocían:

—Lo esencial es que estamos formando hombres en el sentido profundo del vocablo. Nada es estéril para el buen combatiente. Estamos preparando el futuro.

Octavio, frío y burlón, dio la sensación de apoyar los reparos de Gonzalo:

—No tenemos recursos para seguir esta lucha desesperada. Ninguno de nosotros posee medios financieros más allá de lo indispensable para vivir. Usted mismo, Ricardo, tal vez el más pudiente, está comprometiendo su situación familiar; usted lo da todo y cada día le cuesta más ganarse el vivir. ¿Es esto razonable?

Andrés saltó vibrante:

—¿Acaso el dinero es todo? Podemos resistir sin dinero...

—¡Claro! —repuso sarcástico Luís Alberto — mientras papá pague todos los gastos.

El adolescente quiso arrojarse contra el provocador, pero Ricardo los atajó con energía:

—¡Déjense de tonteras! No vamos a pelear entre hermanos. Y las críticas para otra ocasión. Ahora vamos a organizar las brigadas de adoctrinamiento para estudiantes: en ellos radica nuestra esperanza.

Discutieron largamente. Gonzalo y Octavio — ocasionalmente apoyados por Luís Alberto— sostenían que la lucha cívica necesariamente debía desembocar en el partido político, porque sólo por éste se alcanza el poder, que es el único instrumento para cambiar las estructuras y mejorar las condiciones de vida del pueblo. Vélez Sardón, a quien seguían los otros seis miembros del Consejo Central del grupo, refutaba esos argumentos. No era el partido político la única solución. Se debía cambiar los mecanismos de la acción. Los partidos llegan corrompidos al poder, desprovistos de una fuerza moral; y es prematuro querer saltar a la gran organización civil cuando no se maduró debidamente. "Todo parto prematuro lleva al fracaso." Más importante es formar conciencias, despertar el sentido de responsabilidad en la juventud. El día que tengamos algunos centenares de profesionales jóvenes en nuestras filas, habilitados para enfrentar la problemática nacional, ese día diremos que estamos preparados para la lucha política y el ascenso al poder. Pero eso está todavía lejos...

—Son dos años que estamos en lo mismo — refunfuñó Gonzalo —. Dos años de larga espera.

El cholo Fortunato pidió la palabra:

—Yo creo lo que dice don Ricardo — adujo —. Los políticos para subir ofrecen todo; después, que se frieguen los cholos. Así no vale.



Grabó Víctor Delhez

“... opinaron que era mejor continuar la prédica reformista...”

—¿Acaso formamos el grupo para cazar cargos? — preguntó Federico.

—Lo cierto es que muchos necesitamos una situación, oficial o privada — repuso Luís Alberto — porque apenas podemos subsistir.

—No entramos a la lucha cívica para acomodarnos burocráticamente — dijo Raúl despectivo.

—Se van desviando del tema — manifestó conciliador Vélez Sardón —. Ahora se trata de establecer la estrategia para el tercer año que puede ser tan duro como los dos anteriores.

Andrés y el indiecito Quispe opinaron que era mejor continuar la prédica reformista, dar conferencias, distribuir boletines en las calles, criticar todo lo malo pero sin meterse en subversiones.

Y así fue cómo el Grupo Cívico se salvó, una vez más, de convertirse en partido político.

Salieron de la casa de Federico, y en la esquina del correo se dividieron en dos grupos, cada uno de los cuales tornó distinta dirección. Cuando el grupo menor ingresaba a la calle Loayza, una camioneta policial lo detuvo. El teniente de carabineros que comandaba a cinco soldados, invitó cortésmente:

—Me acompaña a la Jefatura de Policía, señor Vélez Sardón. Tengo orden de conducirlo.

Los compañeros de Ricardo quisieron resistir.

—¡Es una iniquidad — vociferó Federico — se detiene a los ciudadanos sin orden judicial! No estamos en Estado de Sitio.

La gente comenzó a juntarse. Se alzaron voces de protesta. Los soldados cargaron los fusiles. Raúl, más atrevido, cogió de la muñeca al oficial, mientras éste llevaba la diestra a la funda del revólver. La gresca estaba a punto de estallar. ¿No protege siempre el pueblo al perseguido?

—¡Señores! — irrumpió Ricardo Vélez Sardón con energía — respetemos la ley! Si el Jefe de Policía quiere hablar conmigo debo ir. Gracias, amigos.

E imponiendo silencio a sus camaradas subió a la camioneta que arrancó velozmente.

—¡Qué burro — dijo un transeúnte — esta misma noche le atizan una pateadura que le quitará su amor a la ley!

Llegaron al cuartel de policía. El oficial lo hizo pasar a una oficina mal amoblada. Un foco sin pantalla iluminaba débilmente la estancia. Allí lo dejaron dos horas sin darle explicación alguna.

Finalmente apareció otro teniente de policía:

—Tengo orden de conducirlo — expresó —.Tenga la bondad de acompañarme.

Por el estrecho corredor bajaron al patio central, pasaron a otro interior y se detuvieron frente a una reja. El teniente abrió los dos candados e hizo un ademán:

—Pase.

Vélez Sardón se vio en un galpón vacío, apenas alumbrado por la débil luz del patio. Sólo había hombres, muchos hombres en el recinto. Se apoyó en la pared y después de escucharlos por breves instantes comprendió que lo habían llevado al cuarto común donde se detiene a ebrios y delincuentes. Tenía frío, estaba sin comer, la humedad y el mal olor del ambiente lo enervaban. ¿Cuarenta, cincuenta, cuántos serían? Unos sentados en el suelo, otros fumando, sólo un grupo de locuaces conversaba en voz alta. El primer pensamiento de Ricardo fue para Julia, su mujer, y sus dos hijos: ¡pobrecillos! "Ella sabrá cuidarlos." Detenido: bien. Ya se sabía lo demás: interrogatorio, acaso golpes, un camión y rumbo al confinamiento. Tuvo un acceso fugaz de arrepentimiento: debía haber ido al partido político; a los políticos se los respeta más. Pero luego reaccionó con entereza: no, era mejor así. Debía soportar su carga de padecimientos, porque la Patria no se la conoce si no se la sufre en carne propia. ¡Estaba bien! Aceptaría lo que viniera. Hambre, sed, torturas físicas, soledad. No tenía dinero, ni cama, ni una simple maleta. Dormiría de cualquier modo, o no dormiría. Y soportaría todo con estoicismo. "¿Te metiste a cosas de hombre? ¡A resistirlo como hombre!" Y para sustraerse a la hostilidad del ambiente y de la situación, comenzó a imaginar el argumento de un nuevo libro.

Pasarían dos, tres horas. El reloj de la Plaza Murillo dio las doce campanadas de la medianoche. Ruido de pasos en el patio. Un sargento de largo capote gritó:

—¡Vélez Sardón!

Dos soldados quisieron cogerlo por los brazos. Ricardo, alto y atlético, se resistió con vigor. Iría solo.

—No te insolentes, caballero — dijo el sargento — o te vamos a enchufar unas patadas...

Otra vez los patios, la oscura escalera, el estrecho corredor. Se abrió una puerta y la fuerte luz de la estancia lo cegó. Una voz clara y amable invitaba:

—Adelante señor Vélez Sardón. Tome asiento. Teniente: que traigan un café caliente para el señor.

Era el Jefe de Policía.

—Yo quería conversar con usted, por eso lo hice llamar...

—...detener — interrumpió Ricardo — y no crea que sea la mejor manera de iniciar una conversación, encerrar a un ciudadano entre ebrios y delincuentes previamente, como si se tratara de atemorizarlo.

—¿Usted, detenido con los vagos y criminales? ¡Qué barbaridad! (Un toque de timbre)
Teniente: averígüeme quién mandó al señor Vélez Sardón a la sala común de detenidos, cuando yo instruí expresamente que se lo tratara bien, recluyéndolo en una sala especial.

—Su orden, mi mayor.

Mientras el Jefe de Policía ordenaba unos papeles llegó el café. Explicó, luego, las razones de la tardanza en recibirlo.

—Nosotros tratamos bien a los políticos ¿sabe?

Señor: yo no soy un político.

—Pero está usted en camino de serlo. Los grupos cívicos son el primer paso para la gran aventura de la política.

Descubierto en la primera fase de su juego, no habiendo podido quebrar los nervios de su interlocutor, Germán Luciales decidió atacar a fondo y sin vacilaciones.

Un golpe hábil a la lámpara de mesa y la luz se concentró en el visitante. El quedaba, así, si no en la sombra al menos un tanto en penumbra para absorber mejor las reacciones del interrogado. El rostro del Jefe de Policía revelaba inteligencia y firmeza.

—Voy a cambiar de táctica con usted, don Ricardo. Hablaremos a calzón quitado. ¿Qué se propone usted?

—Simplemente cumplo mi deber, como usted cumple el suyo.

—Bien. ¿Pero dónde va usted con esas conferencias, esos boletincitos sinuosos que sin atacar al gobierno denuncian las cosas que andan mal? Podríamos decir que su grupo cívico desenvuelve una acción subversiva...

—Sería un error. Ni yo ni mis compañeros conspiramos. Realizamos una prédica patriótica simplemente.

Luciales miró desconfiado a Vélez Sardón.

—Siempre me he preguntado por qué el Dictador y el doctor Meneses, los dos políticos más hábiles que tiene el país, no lo toman en cuenta a usted. Yo doy más importancia a su grupo cívico que a ciertos partidos políticos.

Ricardo sonrió ligeramente envanecido:

—Me halaga usted. Yo no quiero mover hombres, solamente busco despertar conciencias.

—¡Ah, un moralizador! Pero ese moralizador lleva tres mil personas a sus conferencias, inquieta a la juventud, conturba al pueblo.

Seguidamente, perentorio, preguntó:

—¿Está conforme con la dictadura?

—No lo estoy...

—Tampoco yo — confesó Germán Luciales — pero mientras la sirva la serviré lealmente. No hay, por ahora, otro camino mejor para este país de partidos descompuestos y hombres serviles.

—¡No comparto su criterio, señor! No todos son serviles ni todo está descompuesto, a pesar de la dictadura.

—Ya va despertando el gallito. Siga nomás, siga nomás...

—No he venido a ofenderlo — dijo Ricardo — pero tampoco es justo que usted me ofenda.

Luciales lo miró fijamente. "He aquí un hombre" se dijo. Toquemos otra tecla:

—Señor Vélez Sardón — deslizó insinuante —. A mí me gustan las causas nobles, aunque están frente a la mía. Admiro a los hombres valientes aunque realicen acciones descabelladas, como la suya. ¿Por qué pierde usted el tiempo con esos muchachitos imberbes que lo siguen? Unos años más y se echarán a perder: lo traicionarán, lo dejarán. Entonces usted, como Busch, de asco por la vileza de las gentes, se pegará un tiro. Yo soy muy amigo del doctor Meneses, él me facilitaría todo. Si no desea incorporarse a los cuadros del gobierno, ¿por qué no candidatea a senador? Tampoco le quedaría mal una embajada... Don Ricardo: usted no ha nacido para orador de feria o redentor de mostrencos. Ministro, senador, embajador: esas son situaciones para usted. Y yo podría contribuir a proporcionárselas.

Vélez Sardón enrojeció de cólera:

— Ni me vendo ni me rindo — expresó con calor —. Puede usted confinarme donde guste.

Y se paró altanero, desafiante.

Germán Luciales se rió en voz baja sacudiendo el cigarrillo sobre el cenicero:

—¡Vaya, vaya! Se ha molestado el doctor. No era mi propósito ofenderlo. Voy a serle franco. Nadie me dijo que lo detuviera. Lo hice por mi propia decisión. Usted no es un peligro para el gobierno, pero lo será más tarde. Quería conocerlo.

Luego conciliador tendió la mano:

—Usted es uno que se ha de romper la cabeza — manifestó en tono que quería ser profético. — Pero al menos tiene el alma limpia en medio de tanta mugre...

Caminaba ya Ricardo hacia la puerta, cuando le llegó la última advertencia del Jefe de Policía, otra vez en tono duro:

—Señor Vélez Sardón: en tanto usted no conspire, podrá caminar tranquilo. Más en cuanto yo tenga la evidencia de que usted anda en trajines revolucionarios, la lucha será sin cuartel. Yo admiro a los idealistas, pero mi deber es destruir a los revoltosos. ¿Entendido?

La respuesta de Ricardo se dejó escuchar nítida y seca:

—Entendido.

Esa noche, en el Palacio de Gobierno, el Amo, acosado por el insomnio, se desvelaba recomponiendo sus cuadros mentales. Los azules y los rojos están aniquilados para seis meses: sin sus jefes, sin sus estados mayores, no podrán actuar bien, y en ese lapso yo reorganizaré el partido de los verdes que me atacará, en apariencia, sólo cuándo y cómo yo lo diga. Los idealistas no me importan: que digan lo que quieran, mientras no pasen a la acción. "Los militares están tranquilos. Tenerlos como los tengo, siempre divididos, intrigando a unos jefes contra otros". Los capitalistas se están alzando, todavía subterráneamente, porque les pongo impuestos les obligo a reducir costos, a cambiar equipos, a mejorar sus productos. ¡Ah bellacos: los salvé del comunismo y ahora quisieran librarse de mí! ¿Me es o no me es fiel Meneses? Vigilarlo: creo que se le va despertando la ambición. Lo opondré a Iriarte, lo haré ministro de Comercio. Mi sobrina es una perra... ¿pero no son útiles sus informaciones? Carlota tiene bien vigilado a Meneses. "Obreros y campesinos son la carne de cañón. Que anden derechos porque no toleraré disturbios." Esos periodistas, esos radialistas, que no exageren sus chistecillos. En cuanto a Billy, el muy canalla, hace cuentos a mi costa y cobra el salario que le asigno. Y es el mayor enredista en nuestro medio. Lo mandaré a veranear al oriente. Los fabriles están mansos desde la última apretada; vigilarlos más, hay mucho comunismo en sus filas. ¿El señor Berdiales quiere ser embajador, y el otro bobo de Monsergálvez director del Banco del Estado? Que se humillen un poco más y que suban su contribución al partido. Este año cerraremos sin déficit, habrá más escuelas, más caminos, más hospitales. Y no dejé que se produjera ningún trastorno serio del orden público. ¿Qué más quieren? La estabilidad política es lo primero. "Antes que yo llegara al poder habían huelgas todos los días, muertos y motines a granel, la moneda por el suelo, la inflación en los hogares. Ahora todo anda tranquilo y todavía se quejan. ¡Cretinos!" El partido está abusando de la fuerza. Ya dije a Meneses que los meta en vereda: todos deben obedecer sus órdenes — las mías — y suprimirse los sectores. Está bien que controlen la política y la economía, pero son tan brutos que todavía no entienden que para mandar hay que hacerse perdonar el mando: disimular, esconder. "Sé las corrientes subterráneas que confabulan contra mí. ¡Infelices! Aun me siento sano, vigoroso, viviré 20 años más, por lo menos 10 en el poder." Todos los hilos siguen en mis manos. Me llaman Dictador porque enseñó a cada cual lo que debe hacer y yo no permito brotes de anarquía. ¿De qué otro modo se podría gobernar en la ingenua Sudamérica? Caudillistas, somos caudillistas, y ¡guay del pueblo que no cuenta con su caudillo! En el último rincón del Beni, en la comarca más apartada de Tarija se sabe quién manda. "Para gobernar bien, nada como hacerse temer: que tiemblen un poco y si se creen machos que me bajen... Gobernar es también prevenir, vigilar. Yo no descanso." Al mayor Luciales lo enloquecen mis planes; es ejecutivo pero le falta malicia para urdir cinco, siete conflictos simultáneos. ¡Bah! Mientras yo tenga cabeza él ejecutará mis decisiones. Mañana, en el Consejo Mixto del Gabinete y del Partido, propondré el juramento de fidelidad al régimen, y quien lo eluda ¡a su casita!

El cholo Fortunato, mecánico instintivo sin escuela, componía todo cuanto se echaba a perder en el barrio de la plaza Riosinho: cañerías, luz, automóviles, radios, cocinas eléctricas, y como era locuaz y amigo de todos, todos lo apreciaban. Alto y fornido, jugador de fútbol, siempre al lado de los débiles, se trampeaba con cualquiera cuando veía una injusticia. Había sido arrestado muchas veces, pegado y maltratado por los agentes que no soportaban su arrogancia, pues aunque no se afiliaba a los partidos, vivaba a los líderes valientes y éstos, por lo común, son opositores, no del agrado de la policía. Pero el cholo Fortunato no se rendía nunca, aunque le partieran la cara y le molieran el cuerpo a palos.

—Mirá — le dijo Santiago Morales — yo entré al grupo porque me gusta el doctor Vélez Sardón. ¿Sabes cómo le hizo cara al Luciales el otro día? De hombre a hombre. Purito macho. ¿Por qué no vienes con nosotros?

El Fortunato lo miró receloso:

—Tal vez más tarde, don Santiago. Esos de su grupo hablan mucho, pero le hacen poco... Don Ricardo es valiente, vaya... ¿Pero acaso ha de voltear al viejo con discursitos?

—Es que estamos preparando la cosa. Ya llegará el tiempo de la acción, y entonces nos gustaría tener un valiente como tú a nuestro lado.

—Gracias don Santiago. No me gusta inscribirme en los grupos: lo malean a uno. Y si estoy con ustedes, como en la pelea del sábado ¿qué más da? Lo justo es ayudar a los valientes.

Se fueron a tomar cerveza donde la Gregoria. O bebieron mucho o Morales fue muy persuasivo. Una hora después se llevó al Fortunato a la secretaría del grupo y lo inscribió bajo el número 139. "¿Tan pocos son — se preguntó el nuevo adepto — y quieren hacer política?" Pero su palabra estaba dada. Y el cholo Fortunato, conquistado por Santiago Morales, pasó a ser uno de los hombres más leales y decididos del grupo cívico.

—Les voy a organizar los fabriles y los ferroviarios — prometió —. Están descontentos de los mandos sindicales y cuando sepan que ustedes los van a ayudar sin pedirles nada, los han de seguir facilito...

Otro día Raúl confiaba a Federico que el bellaco del diputado Quillares le había propuesto un alto salario para informarle de las actividades del grupo. "No le rompí la cara por su calidad de diputado; podía costarme dos años de cárcel. Escupí al suelo y me retiré sin contestarle." Pero desde ese día aumentaron las dificultades en su negocio de ferretería; siempre había inspectores huroneando todo, tratando de sacarle plata. "El muy cerdo". Federico se alarmó. Es el protegido de Riva Palacio, el ministro de gobierno, y juega tan bien sus cartas, que también lo miman los de la oposición. "Este maldito dos-caras ¿cómo puede engañar a los de arriba y a los de abajo?" Era contra toda esta mentira y corrupción que luchaban los del grupo.

—Estoy contra los comunistas — dijo Raúl —. Ni su doctrina ni sus métodos de acción me seducen. Pero al menos éstos son definidos, tienen un ideal, una ideología, sirven una consigna, lo juegan todo por su causa. Los Quillares, en cambio, son la hez de la democracia: ensucian todo lo que tocan.

—Está bien que te desfogues conmigo, entre amigos. Pero sé prudente. Además de sus contactos con el gobierno y la oposición Quillares tiene un periódico y hasta tres radios que lo apoyan. Es rico, maneja mucho dinero. Te hará mucho daño si lo atacas de frente. Espera que nos hagamos fuertes y le haremos morder el polvo.

—No — contestó Raúl decidido — eso no reza con los hombres del grupo cívico. Debemos combatir de frente. El hipócrita y rastrero de Quillares debe ser desenmascarado donde aparezca.

Los acaudalados jugaban sus cartas con habilidad. Apoyaban al Dictador en cuanto éste les pedía y simultáneamente, por aguas submarinas, financiaban revoluciones y huelgas en favor de la oposición. ¿Quién será el cándido de afiliarse a una sola causa? El dinero se apoya en la fuerza y la fuerza se distribuye, inexorablemente, en los dos platillos de la balanza de la fortuna. Tan pronto arriba, tan pronto abajo. Hay que estar bien con todos.

—Todo está tan maleado, tan corrompido, se han desmoralizado en tal grado líderes, partidos y masas, que a veces desespero de nuestra revolución moral — decía Ricardo a los suyos.

Y una de esas noches, comentando el fracaso de una jornada adversa en que todos fueron contrastes, viendo a los líderes cariacontecidos, correspondió al indiecito Quispe poner la nota de esperanza:

—Wirakocha — dijo dirigiéndose a Vélez Sardón — cuando llueve mucho en el campo, los campesinos decimos: pronto ha de salir el sol...

Todos se miraron avergonzados. Quispe tenía razón. El grupo corregiría sus errores y proseguiría la lucha cívica que, aunque nadie lo confesara abiertamente, desembocaría más tarde en combate contra la dictadura.

La señora Julia, triste y resignada, veía cómo Ricardo Vélez Sardón se metía cada vez más hondo en la selva de la política. Hija y hermana de políticos, adivinaba el desenlace. "Se está empantanando; cuando quiera retirarse será tarde." Un oscuro presentimiento le hacía temer por la

suerte de sus tiernos hijos. ¿Por qué una palabra, una abstracción, ese nombre de patria puede deshacer hogares y convertir la dicha en inquietud permanente? ¡Ah patria, patria, cuán cara eres para las madres y las esposas!

Pero la señora Julia no quería debilitar la fuerza ni la fe de su marido. Callaba sus temores. Lo sostenía en las horas de duda, lo reanimaba en las caídas. Sólo la multitud enardecida en pos del nuevo líder y las victorias la hacían enmudecer.

Y el otro, el Gran Confidente, el que recoge toda la amargura de los días desafortunados, las cavilaciones nocturnas, las quejas y reproches de los quejumbrosos, el que abre sus plumas niveas como un pájaro colosal capaz de albergar el dolor del mundo y la tristeza de sus gentes, recibía la invectiva de poetas y soñadores que lo inculpaban de gelidez e indiferencia.

—¡Oh tu, estatua empedernida, nada hay que pueda conmover tu silencio monstruoso de hielo y de basalto!

—¡Cuántos crímenes contemplaron tus pupilas glaciales!

—¡Cementerio helado, tus vientos esparcen pulmonías y catarros, tus hielos nos vuelven insensibles y malvados!

Pero el Amigo fiel no se inmuta. Está acostumbrado a quejas e invectivas. Si no pudieran alzarse contra su alta soberanía ¿a quién acudirían los cuitados? La fortuna, deidad diurna, los hace reconocidos, ternurosos. La desgracia, numen nocturno, los torna ingratos, desafectos. Son sus hijos: debe aceptar los, protegerlos, en la dicha y en el infortunio. Entenderlos, que es la mejor forma de amar.

Montaña insigne, la muy amada, la robadora de corazones, pero también la madre magnánima, incomprendida, invectivada. Perdónanos.

"Illimani" es un estado de alma. El huracán petrificado de la materia. Y en las horas oscuras, cuando se embosca de nubes y de lluvias y el trueno repercute en sus flancos y los relámpagos danzan como vírgenes locas en sus vertiginosos ventisqueros, "Illimani" es el oráculo final donde están inscritos el destino de la ciudad portentosa y la suerte de cada uno de sus hijos.

LA FURTIVA VISITA

La "Fantasía Cromática", el "Für Elise", un lied de Schumann, una melodía de Vivaldi o de Mozart, un coro haendeliano. La primera vez que escuchas estos prodigios musicales te sientes traspasado de intimidad: quisieras comunicar ternura y alegría al mundo y a sus seres.

La música ahonda y ennoblece. Te remonta a reinos invisibles.

Pensabas que ese poder mágico para conmover el corazón por medio de sonidos concertados, estaba reservado a italianos y alemanes, a inteligencias educadas y sensibles.

Una mañana, viajando por el altiplano, detuvimos el vehículo al pie de un otero que apenas verdeaba el sembrío. Éramos tres amigos no muy jóvenes, maduros ya para reconocer las excelencias del vivir. Viajábamos a una mina en la quebrada de Sapahaqui, y nuestras mentes se poblaban de aventuras y de hallazgos.

José, Gonzalo, Mateo: tres amigos en busca de destino. Y esa mañana el destino nos mostraba su faz materialista.

Íbamos a reanudar el viaje, cuando el viento nos trajo el sonido de una quena. Una melodía dulce, melancólica, sencilla. Pocas notas que se repetían con reiteración encantadora. Avanzamos hasta dar con el inesperado tocador; era un niño aimára, de pocos años, que soplabá el

instrumento absorto en su tarea. No parecía reparar en nuestra presencia, y cuando la delicia de la música nos encendía el corazón, Gonzalo no pudo contenerse:

—¡Eh, chico! — gritó — ¿qué es eso que estás tocando?

El muchachito se levantó sin prisa, nos miró con desdén, y sin proferir palabra se fue alejando hasta perderse tras del cerro sin dejar de tocar la quena.

Era una melodía tan pura, tan extraña, que escapaba al poder recreador de las imágenes y de los símiles. No sé con qué podría compararla. Tan simple, tan ligera. Tan alta, inabordable. Pudo ser una composición maestra, de un primitivo europeo, transmitida por arte de magia de los labios de algún remoto español a la boca del pequeño nativo. O más bien un aire rigurosamente vernáculo, procedente de kollas o incas. Para nosotros sonaba desconocido, suavísimo, sugeridor de congojas y alegría al mismo tiempo. Pudo ser el estado de euforia que hace presa del viajero en pos de aventuras; geo-psique, eso que la tierra y el poblador intercomunican recíprocamente; tal vez la belleza intrínseca de la música que sonaba en la quena; o un despertar de la vena admirativa y poética que nos poseía. No lo sé... Era un sonar viejísimo, nuevísimo. Podía trascender la ciencia secreta de un compositor fantasmal hundido con la Atlántida, como anunciar el genio musical e improvisador de un pequeño artista indio perdido en la inmensidad de la meseta.

¿Qué sería?

No pude retener la melodía. Ni Gonzalo. Ni José. Demasiadas prisas, turbulencias nos poblaban el ánimo. Pero cuando pienso en ella creo que los más bellos pasajes de los grandes compositores de occidente, ni los ritmos grandiosos de Bach o de Beethoven, pueden conmover mis fibras acústicas como ese aire indio recogido una mañana en el hosco altiplano.

El misterio es así: se da, no vuelve.

Cuando llegue la hora de la última partida, deseo ver, otra vez, un crepúsculo de castillos róseos formado por las nubes que deslumbró un atardecer en Sopocachi; y escuchar, nuevamente, ese aire indio que se colaba por los tubos de la quena el día que viajamos a Sapahaqui.

No sé si Gonzalo y José, convertidos en graves personajes de la política y las finanzas, recordarán el episodio.

Yo sigo creyendo que esa mañana un Ángel nos detuvo en el camino.

DIOS Y EL DESTINO

Clarividencia: ver cómo se tejen y entretejen los hilos de tu vida y de tu arte.

Si descompones y recompones la trama del tapiz maravilloso, todo tiene sentido, se enlaza dócilmente en ritmos alternados de espera y precipitación. No es lícito seguir el misterioso discurrir día por día; sólo en casuales y espaciados atisbos se te concede contemplar ese mutuo enlazamiento hacia un fin presentido y escondido.

No es el "daimon" socrático, no es el genio luciferino que atormentó los sueños goethianos, no es el terrible antagonista que condujo a Nietzsche a la locura y a la desesperación a Kieerkegaard. Es un guía benéfico, que aun en medio al dolor y a los contrastes, supo llevarte por veredas de claridad.

Es como si todo hubiese sido preparado, desde siempre, para esta lidia laboriosa, porfiada, muchas veces incomprensible entre tu voluntad y el destino. Ignoras cuál trabajó mejor, porque se confundieron tanto que se perdían sus perfiles.

La inspiración existe, la vocación también. Hombre y obra trabajan lado a lado: se forjan recíprocamente. Nadie podría definir sus límites. Al incrédulo, al ateo, al materialista, que sólo se

curan por hechos y razones lógicas, habría que inducirlos a indagar cómo se teje y se desteje la trama de la vida. Si no son ciegos, terminarán por atisbar una fuerza mayor que mueve hombre y destino hacia un centro que renovadamente los precipita hacia el confín.

Ciertamente: es absurdo imaginar a Dios como lo vio el pasado, inserto en el destino individual, único móvil, responsable final de cuanto acontece. Tampoco es admisible pensar que la so- la fe pondrá el mundo a nuestros pies. Eso que llamamos Dios: lo incomprendible, se evade a toda definición. Pero existe, actúa, en formas oscuras, inesperadas, que se escapan como peces al rigorismo del pensamiento.

Si crees en el destino, crees también en el Señor. Amo misterioso de las vidas.

No lo alcanzas, ni lo entiendes. ¿Cómo podrías reducirlo al minúsculo enjambre de tu comprensión?

Pero justamente cuando meditas en el camino recorrido o en la manera cómo se urden los hilos de la tarea próxima, sorprendes el hálito de su mensaje. ¿Está fuera, está adentro, sales de su seno, estás marchando a él?

Nadie lo sabe, ni podría saberlo. No pretendas individualizarlo; sería empequeñecerlo. Y el es, precisamente, la infinitud.

Dios: la palabra cuya llave no existe.

Por ello mismo, el talismán de las resurrecciones. Cree en Él y El te hará fuerte y vibrátil como la vida en ondas de ascenso.

UN CAUDILLO

Las dos culebras que asfixian a las juventudes del mundo, y con mayor facilidad a la sudamericana: poder, dinero. Se busca el poder para hacer fortuna; se acumula riqueza para acrecentar el mando. Círculo cerrado. El veneno ofídico es la voluntad: mandar, usar y abusar del mando, disponer de vidas y haciendas, anular la ley para imponer el propio capricho. Y el oro sirve, a su vez, para comprar conciencias, cargos, honores, hombres, mujeres, amigos, enemigos. No conocen freno. Por eso Dios y el pueblo se alejan de ambos.

—No entiendo tus razones, Mateo — dice Jaime Santayana, un joven político a quien comienza a sonreír el éxito porque está empleando los mismos métodos sinuosos de los viejos caudillos.— ¿Qué otro sentido tiene la vida si no es la carrera por aventajar a los demás?

—El Cristo no quiso sobresalir, si no servir...

—El Cristo no es el hombre común, es el Hombre-Dios.

—Si al hombre común le redujeras la ambición y la codicia, el mundo andaría mejor...

—... o no andaría...

Luego Santayana ha dicho con firmeza:

—Te seguí muchos años, Mateo, en tu prédica y en tus libros. Fui un idealista, jugué limpio, supe olvidar y perdonar. Quería que la patria real fuera tan pura como la patria ideal que me quemaba las sienas. ¿Y qué saqué? Derrotas, traiciones, amarguras. Nadie respondió. Tuve que armarme con los mismos garfios con que los demás me destrozaban y así pude tenerlos a raya. Si hubiera persistido en tus enseñanzas, estaría en un convento o destrozado. El moralista no sirve en política. La política es el combate y sobreviven los más fuertes, los más astutos. No importa la conducta, sino la vitalidad.

—Eso es lo triste, Jaime — le he respondido — que sólo veas un triunfo de la voluntad en la potencia de un conductor de pueblos. Vencer es el señuelo de los débiles. Alzarse en las caídas, persistir en la idea propia, no dejarse arrastrar por la ola del sistema; he aquí la superioridad del elegido. Tú estabas elegido para transformar a tu pueblo y has preferido ponerle rienda y montura: cabalgarlo.

—La política es la fuerza, energía en movimiento. El que se ablanda, el que se detiene, son eliminados inexorablemente. Yo salvé ya, el abismo entre ideal y realidad; sigo queriendo lo mejor para la patria, pero no me detendré ante nada en la captura del poder porque el poder es el único medio posible para reformar y administrar los pueblos.

He recordado este diálogo, viejo de dieciocho años, esta noche en que aún se escuchan disparos en las calles. El presidente Santayana ha sido expulsado del poder constitucional por una insurrección conjunta de pueblo y ejército, cansados de un régimen que duró cinco años. Ha salvado milagrosamente la vida y está asilado en una embajada. Sus enemigos, que son muchos, piden su cabeza.

Como estudiante, como líder joven, Santayana fue un prodigio de rectitud, de renovación social. Sabía despertar la esperanza, infundir confianza, teorizaba con dominio mágico en todos los planos de la política moderna. Socialista moderado, de tipo sudamericano, logró, en catorce años de lucha persistente, levantar un partido que arrastraba a las masas y seducía a los intelectuales por la audacia de sus planteamientos: él quería cambiarlo todo y nada es más atrayente para un país subdesarrollado que la sirena revolucionaria.

¿Por qué cambió radicalmente su ética principista y su estrategia para la acción?

Una vez en el mando disfrutó de doce meses fulgurantes: toda la Nación lo acompañaba. Hizo cambios fundamentales en la estructura jurídica y económica: estaba remodelando nuestra inerte sociedad nacional. Era honrado, castigaba el delito, escogía a los mejores, trabajaba incansablemente, comenzaba a humanizar la política tratando con guante blanco a los opositores. Confieso que creí en su obra renovadora, en su capacidad para el mando, en la firme orientación que anunciaba una democracia dinámica, sorprendentemente cristiana y socialista a la vez.

A los pocos días del primer aniversario de su gobierno, estalló un complot para asesinarlo y esto produjo un impacto profundo en su espíritu: el gobernante democrático, se convirtió, de modo fulminante, en un déspota enmascarado. Interpretaba las leyes a su antojo. Creó un régimen de gobierno basado en el sistema policionario y en el abuso partidista. Corrompió a las masas tolerando sus desmanes y azuzando sus instintos. Persiguió y debilitó a sus opositores. Permitió todo exceso a los suyos. Al finalizar su segundo año de gobierno era el amo del país, su partido la maquinaria omnipotente que regulaba toda la vida de la Nación. Una democracia verbal, en la que nadie creía, era el velo tras el cual ocultaba la tiranía real de sus actos. Su nombre, su partido, su manera de gobernar pasaron a ser símbolos de arbitrariedad y de terror.

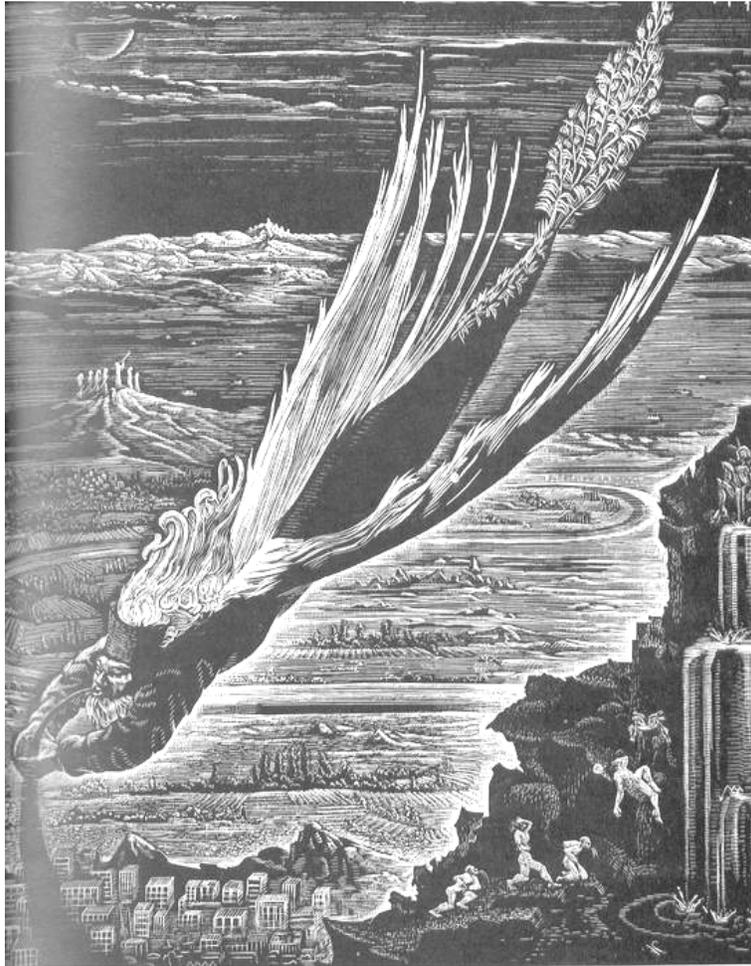
Su caída me ha causado una sensación de pena porque arrastra, con ella, al cuerpo nacional.

Santayana, gobernante, ha destruido la figura de Santayana, el líder de la esperanza.

Es que el poder corrompe, desgasta, desvía al idealista de sus altas metas para encajonarlo y triturarlo en los difíciles caminos del riesgo cotidiano. Tantas son las frustraciones, y tan escasos los que fueron capaces de acomodar su acción a su visión:

¿Por qué la debilidad congénita de las democracias criollas? No hay continuidad en la tradición democrática ni en la experiencia civil. Cuando cae un gobierno, el nuevo debe barrer con todo y recomenzar desde el principio.

El fracaso de un gran conductor — Santayana era un gran conductor — es un retroceso para el país que comandaba.



Grabó Víctor Delhez

“... nada es más atrayente para un país subdesarrollado que la sirena revolucionaria...”

Esto acontece en Bolivia, en Venezuela, en Argentina, en el Brasil, en cualquiera nación del hemisferio sur, democracias endeblas, de tipo caudillista, donde el hombre sobresaliente juega el doble y peligroso papel de constructor y destructor.

Si las instituciones fueran más flexibles, la conducta política menos innoble, y se pusieran límites al exceso de poderío individual, estas naturalezas excesivas se verían limitadas por la fuerza circundante de la sociedad que pretenden dirigir. Pero sucede que la sociedad política criolla es femenina: adora al jefe, se rinde a su hechizo personal, se le entrega sin condiciones, y a la postre, con ingratitud y crueldad también femeninas, se revuelve contra el poderoso y le saca fríamente los ojos.

El estadista-humanista poco puede realizar porque respeta la dignidad humana, se somete a la ley, busca el bien común y debe cargar los errores de muchos. El político-caudillo vence primero y casi siempre cae víctima de sus excesos de poder.

¿Qué sino trágico persigue a los que mandan? Napoleón, el primer político y guerrero de la época moderna, tenía que ser, fatalmente, el mayor cautivo, el prisionero trágico de los hombres y de su alma desmedida.

Pobre Sudamérica: hace hombres que la deshacen y entre sombras, revoluciones, caudillos, transcurre todavía su infancia política.

No adorar al conductor: juzgarle sensatamente, verlo siempre en su estatura humana. Esta sería la conducta mejor para defender a la sociedad y a quienes la conducen.

ANTES, AHORA

Cosa que espanta: el poder de sabiduría, de recreación, de afinamientos de la sensibilidad que conceden los libros, la música, las reproducciones de obras de arte, los medios audio-visuales, las revistas especializadas, el cine, la radio, la televisión.

El hombre de otros siglos tuvo que buscarlo todo por sí mismo. La lectura y la imagen le servían sólo como recursos auxiliares para informarse de su contorno y extender su conocimiento de mundos lejanos. Su saber radicaba en experiencias directas, como hechas de lenta adquisición y pesquisas esforzadas. Para comprender, debía, previamente, buscar, medir, dosificar su capacidad de aprehensión. No eran muchos los canales de su indagar, sino pocos y difíciles. Sacaba de su poder de interioridad la materia de sus reflexiones. Para absorber mucho debía viajar incesantemente, acercarse por sí mismo al objeto de sus desvelos, perseguir sin descanso sus centros de observación. Shakespeare sacó de la vida misma su prodigiosa sabiduría de la naturaleza humana. Beethoven jamás llegó a escuchar la versión orquestada y coral de su hermosa Cantata a la muerte del Emperador José II. Goethe, no obstante su ansia inmensa de saber, no llegó a conocer seres, cosas, libros, documentos que su época no pudo poner a su alcance. El mayor humanista del tiempo clásico y de los últimos siglos, careció de la multiplicidad de fuentes informativas, del flujo torrencial de datos y noticias, de reproducciones plásticas, auditivas y de las galaxias librescas que rodean al investigador contemporáneo.

No por ello es más sabio el moderno; antes bien: aminorados su poder de captación razonada, su finura de aprehensión sensible, porque todo lo recibe elaborado, explicado, perfectamente ajustado en el marco técnico y pulido de la civilización industrial, puede informarse mejor de cuanto le interesa, aunque sepa, paradójicamente, bastante menos que el hombre que le antecedió de su propia realidad viva.

Si se exceptúa el caso del severo investigador científico, del humanista abierto a todas las disciplinas del saber, del artista-pensador que se proyecta a los 360° del círculo mental, la inmensa mayoría naufraga en la vastedad oceánica de conocimientos, de imágenes, de sonidos, de literatura libresca, revisteril, periodística de nuestro tiempo.

El hombre ha concentrado, ha expandido, tiene acumulada tal carga de saberes y noticias, en progresión creciente y multiplicadora, que su mente ha quedado rezagada para moverse dentro de la suprema ley de la complejidad-consciencia, que Teilhard de Chardin descubre como finalidad ascendente de la vida y del alma.

¿No es prodigioso que lo mismo el ser culto y el ignorante puedan escuchar una Misa de Haydn, conocer reproducciones admirables de los cuadros de Rembrandt, de la estatuaría griega, de la arquitectura romana, comprender el gótico, acercarse a la filosofía y a los poetas de ayer y de hoy? Los avances científicos se ponen cerca de la comprensión sencilla de las masas. Se traduce antiguos y modernos con maestría; el mito babélico se desvanece: todas las lenguas y las inteligencias se aproximan. El pesquisidor de cosas y conocimientos tiene a su disposición arsenales fabulosos que se acrecientan sin cesar.

Tanto saber clasificado aterra. Ciencia y cultura, como el universo y el átomo, se hunden en la dispersión encadenada de una multiplicidad sin fin.

¿Qué ley misteriosa gobierna el desarrollo de la sociedad humana? Estos tremendos conglomerados urbanos, de potencia técnica y mercantil incalculable, que intentan los viajes

interplanetarios y pretenden desmenuzar el secreto de la vida, no pueden ofrecer un mínimo de dicha y de tranquilidad a sus pobladores.

Mas bien los acosa de ideas, noticias, imágenes, sonidos, literatura comprimida, ciencia al por menor en grado tal que el hombre medio se siente víctima de la marejada informativa: retina, oído, inteligencia soportan impactos tan numerosos y frecuentes, que es de admirar cómo estos órganos delicados y sensibles no se descomponen por exceso de funcionamiento receptivo.

Vivimos sobrecargados.

Se nos entrega todo hecho, prefabricado, desprovisto de aquella misteriosa dificultad que hizo la delicia del antiguo.

Y el mundo ha crecido tanto, sigue expandiéndose tan velozmente en número y diversidad, que tenemos la sensación de ser briznas cósmicas, juguetes del infinito universo y del saber interminable del hombre.

No obstante, si vences del desmayo crítico ante la impotencia de abarcar el mundo en que vives y te conviertes en la pequeña criatura que desea entender y gustar sólo un fragmento vector del mundo, vuelves a loar al Señor que aun en medio de la confusión oceánica que te rodea, te ha conservado la facultad de discernir, de graduar y acomodar tu inteligencia a la poderosa presión del cosmos exterior, de comprender que mente y sentidos te fueron dados para gobernarte en la gran aventura del saber que no es el saber ciclópeo, imposible del clásico, sino el lento y humilde discurrir de la criatura en la tempestad cósmica que lo sacude.

¿Por que perderse en tanta riqueza, variedad, y exceso de acicates? La dignidad del hombre consiste en su capacidad de juicio para medir y centrar su propia tarea. No es el tamaño del mundo ni la fuga vertiginosa de sus materiales lo que debe inquietarlo, sino la conciencia heroica de sus limitaciones. Precisamente: eres señor del cosmos inabarcable, porque conoces lo eterno en lo fugaz, el débil centelleo de la inteligencia que razona.

Parece que la raza humana marchara a la destrucción y al vacío: no es así.

Mientras haya, unos, almas-islas, que se opongán a las locuras demoniales del saber y del poder desmedidos, habrá esperanza y redención para las muchedumbres desorientadas.

Porque no en el número de los nuevos pitagóricos, sino en el amor y en el ideal del Cristo renacerá la matinal humanidad de los tiempos que aún no han sido.

CON LOS TUYOS

Si me preguntan por qué me aferro al hombre sudamericano y su destino, puedo contestar con una imagen que me sugieren las ramas recién cortadas de la acacia:

—Porque lo miro desvalido, trunco en la plenitud del soñar, confinado en la soledad y en la dispersión de su inmensa geografía, desconocido para el europeo y el americano del norte, distante aun de sus propios hermanos del hemisferio sur.

Sin tensión de continuidad entre un pasado grandioso y el duro presente, ni edad media ni renacimiento le maduraron el saber. Viene de muy lejos por la historia y apenas va despertando en el quehacer económico. La naturaleza enorme y la corta población hicieron su tarea más difícil: tuvo que hacerlo todo partiendo de sí mismo. Fue explotado, reducido, impedido de libre desarrollo. Bien es cierto que a ello contribuyó su natural indolencia, la pluralidad de sus defectos.

Pero por esto mismo, así desmedrado, desamparado, se le quiere más, como se cuida por el hermano menor en proceso de crecimiento y formación.

Puedo admirar al asiático remoto, al europeo dinámico y vertiginoso, al yanqui emprendedor, al ruso acometivo, al hindú legendario, al chino laborioso, al japonés organizado, pero sólo amo, deseo comprender y quiero participar en el drama de la gente sudamericana, porque este es el material humano en que fuí sumergido.

Con ella ascenso y caída, dolor y júbilos, destino de aventurero y penitente.

¿Qué importa que no sean los mejores? Son mis hermanos en la sangre y en la mente. A ellos me debo.

Y pensando en el hombre sudamericano, regreso a un sentir reiterado que me visita con frecuencia:

—Está más cerca de Dios...

¿Por qué? Estas percepciones súbitas del corazón no se explican: ocurren, simplemente. Como la fe, manan sin razones. Te asedian, te hieren, te rescatan en el padecer, te transfiguran en la esperanza. Si miras hondo, te acercan a la beatitud sin dibujarla.

Porque ésta es la verdad del que ama sin esperar recompensa: darse, entregarse a la tarea de los otros. Participar en su esplendor y en sus eclipses. Sentirse responsable por sus yerros.

Y amo, y siento, me considero ligado a la muchedumbre sudamericana porque su destino de lucha y sufrimiento circula por mis venas.

¿Sabe, alguien, si el Señor lloró cuando hacía expulsar al Ángel Caído del Paraíso?

Serafín derribado, hombre resurrecto del tiempo nuevo, yo creo en tí porque al pecar y al padecer, al soportar miseria, ignorancia y envilecimientos del ser, edificas tu morada futura, ganas con esfuerzo y sacrificio tu derecho a la dicha futura.

Planta natural, estrella bondadosa. Así te veo. Aunque me oprimas, me desdeñes, o me niegues. Quiero creerte noble, fraternal.

Y mi destino es sumergirme en el tuyo.

EL TORBELLINO

Si hubiese de hacer una relación de los hombres que cruzaron por mi camino, sería como pretender cazar estrellas: imposible. La cuenta innumerable, y están ya, muchos, tan lejanos... Pero sí podría ordenar la escala ascendente de los amigos y el áspero talud de los enemigos, esas dos fuerzas encontradas que despertaron el fuego misterioso en mi anhelar y supieron avivarlo sin descanso. Así será, hasta el día postrero de la combustión final: ellos siempre acosando, acicateando, yo respondiendo, inventando siempre. Porque nadie es absolutamente un solitario, y aun siéndolo en las áreas de la íntima contracción, de los vacíos creadores, necesariamente debe convivir con su contorno y con sus gentes. El más celoso defensor de su interioridad, yace inerte frente a las vinculaciones del diario vivir. Diré mejor: se puede transcurrir en soledad en el reino del pensamiento, pero el hacer es fatalmente cosa de muchos, solidaria. Quien diga que nadie influyó en su vida, no vivió. Por propia, intensa que sea la luz que irradiemos, pertenecemos al enjambre. Y en la clasificación de amigos y enemigos está, en buena parte, la clave de lo que vanamente llamamos la intransferible personalidad de cada cual.

A los enemigos prefiero olvidar los: sólo aportaron misión de córalos y áspides. Estímulos terribles. Odiosos desafíos. Eran necesarios, mas no les darán cabida la memoria que reconstruye ni el sentimiento que engrandece.

Para los amigos guardo los años finales. Otro será el tiempo en el cual refiera las odiseas, los ulises, las iliadas, los aquiles y los héctores del pretérito colmado de afectos y de acciones heroicas. Porque al sol de la amistad crece toda planta varonil, y el que más da a los otros es, en verdad, quien más recibe.

Otro día recordaré la siembra noble que ellos desparramaron en mi alma, llamaradas del sentir, explosiones venturosas que brotaron de los grandes encuentros fraternales. Otro día.

Ahora debo hablar de René, el rápido, ese amigo que cruzó mi vida como un rayo, inasible, vertiginoso, tan próximo largos años y sin embargo siempre tan distante porque jamás tuve la medida de sus imprevisibles reacciones. Vino de los valles, donde el hombre se hace fuerte y el corazón intrépido. En la amistad y en la acción capitaneaba: delante él, todos detrás. Atleta en el físico, osado en el impulso, ignoraba el miedo y despreciaba el peligro. "La muerte sólo acude hacia los cobardes; evita a quienes no la temen" — solía decir. Escalaba cerros empinados, cambiaba golpes sin odio, acometía riesgos sin motivo. Cuando se hizo hombre pasó a militar, aviador, político y líder. Era rico de ideas y recursos económicos, pero el dinero no contaba para él: lo entregaba a todos sin medida. Vivía lo mismo en las ciudades que en el campo o en lugares apartados. "La geografía no se aprende en los libros ni en los mapas; hay que conocerla con los pies y con los ojos". Dudo que alguien haya conocido nuestro territorio mejor que René, el incansable; punas, valles, llanos le entregaron sus secretos, y las fronteras, el desierto, el bosque, los grandes ríos, los parajes inaccesibles conocían su voz y su pisada. Dromómano, como Bolívar, no podía permanecer muchos días en un solo lugar; era el eterno viajero, en constante movilidad de un punto a otro. Manejaba hombres y aviones con igual destreza, en apariencia desaprensivamente, en el fondo cuidadoso del vuelo y del mando humano. Su quehacer estaba salpicado de anécdotas y peripecias peligrosas. Cuando se le objetaba que volaba en exceso, a veces en aparatos viejos o en condiciones atmosféricas adversas, respondía: "Estoy más seguro allí arriba que aquí abajo". Tenía la fiereza del kolla, la vehemencia del quéchua, la simpatía del varón tropical. Su tez morena curtida por el sol y los vientos, se iluminaba con la sonrisa franca y el brillo inusitado de los ojos oscuros. Tenía el porte y la atracción del caudillo: un gesto, un apretón de manos, una frase oportuna, la promesa vaga, la respuesta enérgica, o la salida inesperada le servían para sortear situaciones. Amigo de la improvisación y la sorpresa, se manejaba y guiaba a los demás con estilo personalísimo que nadie podía captar. Tan pronto aparentaba descuido, indecisión, como se precipitaba en decisiones súbitas de audacia desconcertante. Amaba el riesgo, sabía calcular sus límites, y como era un mago de lo inesperado, daba la solución precisa cuando todos temían el desastre. "Saber callar, saber esperar —decía— es la mitad de la ciencia de la vida". Pero la otra mitad la transcurría hablando, escribiendo, proponiendo, organizando cosas, empresas, multitudes. Leal en la amistad, lo daba todo por salvar a un amigo; a los adversarios los despreciaba y devolvía sus insultos sin reparo. Provenía de una familia de provincia, afincada en el campo y de los campesinos tenía el juicio recto, la moral sana, el afán de enseñar y construir. Sin estudios académicos, sin largas disciplinas, tenía un sentido especial para medir a los hombres; y aunque su juventud transcurrió en el agro, una intuición misteriosa daba a su conducta el fino señorío para alternar con los más encumbrados o con los más humildes. "Hay que sacar todo de adentro, lo demás viene por sí". Alegre, ingenioso en la expansión, era tenaz y concentrado para el trabajo. Yo lo quería, lo admiraba, lo respetaba más allá de la vieja amistad estrechada en la afinidad de ideas, en la lucha, en el recíproco aprecio por la Patria que servíamos, él con su acción, yo con mi pluma. "Mateo: usted mira de muy arriba las cosas; no todos van a reaccionar como usted. En el trato humano hacen falta malicia y cálculo. No hay que ser ingenuos". Pero él también, abierto y generoso, fue traicionado por amigos y personas. Se embarcaba en tantas empresas a la vez, que daba la sensación de estar perdiendo los hilos que las movían; entonces, en el momento crítico, recogía todos los cabos con puño vigoroso y una orden seca bastaba para reanimar a los desconcertados. Siempre optimista, varonil, sabía la ciencia de infundir confianza y el arte de superar obstáculos. Dormía tres o cuatro horas, comía a cualquiera hora, no daba tregua a su energía física que se consumía en viajes peligrosos, en largas correrías, en ayuda moral y material a los pobladores de los lugares más apartados. El nombre de René andaba por todos los labios, significaba obras de beneficio social, aliento a los espíritus. Era un vikingo del tiempo nuevo inscrito en un hidalgo del tiempo antiguo. Desarmaba sin herir, anulaba a sus oponentes con paciencia. Fue el varón de más largo mirar en su generación, y mientras todos, amigos o enemigos seguían enredados en la malla de prejuicios y hábitos seculares, él abría valerosamente camino a grandes cambios, a nuevas formas de convivencia y desarrollo. "Yo no planeo lo que hago; procedo

simplemente. Al intelectual y al técnico les agradan método y programa. Pero a veces es útil atropellar a la lógica. ¿Por qué esa sujeción al tiempo y a un orden riguroso? Trabajemos, avancemos, como sea". Era líder nacional sin ser un político profesional. Enseñaba nobleza, coraje, constancia frente al peligro y a la necesidad. Nunca le vi quieto, jamás en reposo verdadero. Duro con el perverso y con el prepotente, se tornaba bondadoso con el caído. Tenía un impulso vital incontenible, que debía vaciarse en un hacer vertiginoso, y una calidad humana a toda prueba. Le decían luchador, campeón de los humildes, amigo de todos, ejemplo para los hombres de lucha. El actuaba como el torbellino, sacudiendo conciencias, voluntades por donde pasaba, despertando energías, removiendo esperanzas. "Soy un hacedor de Patria — repetía — no me importan la gloria ni el poder". Su nombre y su recuerdo los vinculo a la más honda experiencia humana que conocí en mi tierra de montes, valles y llanuras, donde es difícil la proeza individual y más, todavía, influir en el alma nacional como lo hizo René, el rápido, por la grandeza de su corazón y el flujo torrencial de sus fatigas y sus obras volcadas al bien común de sus conciudadanos.

El hablaba un lenguaje nuevo en lo convencional y empleaba técnicas desusadas para el hacer. Ardoroso, veloz, acometivo, cruzaba como un relámpago el corazón de los hombres. Era, a un tiempo, el varón más cercano y el más distante, porque dándose a todos, no se entregaba a ninguno. Su entusiasmo, su energía constructora despertaron al pueblo, galvanizaron a la juventud, y puso en circulación tal flujo de ideas y de actitudes políticas, que alcanzó la jerarquía de héroe civil por lo hazañoso de su hacer.

Yo trabajé a su lado, igualmente entusiasta, decidido. Pero no podía seguirlo en sus viajes desmedidos ni en sus proezas físicas. Compartimos jornadas tristes, alegres, duras, amables, penosas y grandiosas. Divergimos sin romper, tropezamos sin caer, y el ideal de Patria salvó nuestra amistad. Pienso que René fue el mayor removedor de ideas, el mejor maestro de conducta, el más dinámico hacedor de obras útiles que ha conocido nuestro pueblo. Día llegará en que su nombre y su renombre abrirán el horizonte patrio.

Para entonces guardo sus palabras fraternales:

—Montemayor: usted y yo entraremos juntos a la historia.

EROS 7 – REENCUENTRO

Estuve dos años en Europa. Viajé, aprendí, cambié. Al cabo de ellos volví al solar natal.

No habían variado mucho la joven ciudad ni sus gentes, todavía distantes, con un cierto retardo en relación a las tensiones de occidente. En ritmo lento transcurría todo: seres, sucesos como expelidos de otro planeta o retardados en la explosión de su velocidad vital. En las pequeñas ciudades sudamericanas, en las tierras interiores, aisladas en parte del vértigo moderno, lo primero que advierte el que regresa después de larga ausencia, es el contraste entre rapidez y quietud: allí todo ansioso, acelerado, aquí tranquilo y confiado todo, como si existieran dos mundos diferentes, uno de la prisa, otro del sosiego. Esta diferencia de tensión entre la movilidad europea y la lentitud sudamericana, signa la vida colectiva y hace a la persona allá mejor organizada, más pronta, repartida en plurales y premiosas actividades; acá serena, indolente, proclive al menor esfuerzo, acaso más libre y feliz.

Entré a un Banco, de ayudante de la Secretaría. Reanudé la vida de relación con los amigos que me acogieron jubilosos. Volví al periodismo, me interesaba en política, hacía versos y pequeñas críticas. Atletismo, fútbol, escalar montañas. Y tímidas incursiones por las selvas entonces tupidas del arte y la cultura. Pude abrazar la carrera diplomática, pero no obstante el esplendor de los viajes y las nuevas experiencias, algo más hondo me retenía en el gran agujero andino: no quería conocer más cosas, sino profundizar en las ya conocidas. No era solamente el llama- do de la tierra, el genio cósmico que cautiva y sujeta; era algo mayor, entonces poco discernible, que por aquella época no podía yo distinguir si presionaba en mi ánimo como designio del desatino, o como vocación de interioridad.

Mi sitio, en el mundo, era la joven ciudad. Y el monte insigne que la corona y la tutela, me entregaba, cada amanecer, las mudas lecciones de su sabiduría inmarcesible.

Me sumergía en las aguas tibias, deliciosas del terruño recuperado.

Una noche, en la cafetería, después de haber visto un "western" tan ingenuo como entretenido, Oscar, un amigo bastante mayor, cínico y maligno, pero que en el fondo me quería, se atrevió a preguntar:

—¿La olvidaste ya?

Reaccioné disgustado:

—¿Por qué habría de olvidarla? Simplemente he vuelto a la realidad: sé que no puedo aspirar a ella.

Oscar se extendió sobre el tema. El hombre no debería casarse antes de los treinta. Se alegraba de verme tranquilo y razonable: era lógico. ¿Cómo un muchacho de 22 podía pensar en tomar por compañera de su vida a una mujer de 27? Podía tener todas las virtudes y condiciones imaginables, pero tal como está conformada la sociedad nuestra, ¿cómo ligaría su vida al incierto porvenir de un principiante? "Deja el amor para más tarde — sugería — primero debes hacerte hombre, dar base sólida a una carrera". Apuntó, finalmente, que no me creía con vocación de bancario.

—Deberías seguir la línea de tu familia: políticos, diplomáticos, escritores.

Agradecí sus consejos. ¿Pero quien piensa a los 22 años en el futuro?

A excepción de Oscar nadie me preguntó por ella. Tampoco yo la mencionaba. Dos, tres meses transcurrieron. Había resistido la tentación de llamarla, de buscarla. Orgullo, desconfianza, desesperanza... Recordaba la despedida. Después de oír mi larga y nerviosa exposición, durante la cual describí la imposibilidad de nuestro amor y la necesidad de alejarme, ella había dicho, con los ojos cuajados de lágrimas: "¿Por qué lo resuelves todo tú solo, si somos dos?". Y al final una sola palabra: "Esperaré". Pero yo creía que era sólo compasión, una manera fina, delicada para no herir al pretendiente. Y fue el orgullo el que me mantuvo firme en la decisión de no volver al imposible amor.

¿Pero existe algo más noble, más bello, saturado de melancolía que un imposible amor?

"Piensa en ella como se piensa en una estrella: más amada cuanto más lejana". Y yo sentía que cuanto más se alejaba en el espacio físico, con mayor fuerza poblaba el espacio espiritual. Era mía, solamente mía, la muchacha maravillosa que había dejado dos años atrás. ¿Cómo sería ahora? A veces creía asistir a un desdoblamiento incomprensible: eran dos mujeres distintas, Gradiva, la que me amó, dándome el sueño más bello de la juventud; Gradiva, la otra, la nueva, la que todavía ignoraba cómo sería. ¿Se habría casado? Ni siquiera tenía celos del probable marido; apenas sería para él una mujer, la que le da hijos, lleva la casa, lo acompaña en dichas y percances. Idealizada en el recuerdo y en la ambición frustrada, para mí seguía siendo la diosa inasible que ningún mortal podía arrebatarle.

Por ese tiempo vivía yo esquivando confidencias. No quería hablar de mujeres, tema predilecto de las almas jóvenes. El amor era asunto íntimo, que a nadie interesaba sino al protagonista de su querella. Y descontados los momentos de reflexiva meditación, o de reminiscencia pesarosa, creía poder superar el trance sentimental.

Ella seguía siendo diosa, reina, mujer en mi alma. Pero yo quería ser alguien, hacer algo, y pensaba que los trabajos y los días me darían la fortaleza para surgir del gran amor frustrado.

¡Qué pequeños se me aparecían los amigos con sus pleitos baladíes, sus diminutos amoríos, sus aventuras fugaces y cambiantes!

El verdadero amor es uno y fiel. Mundo y vida le toman por sol convergente de sueños y pasiones. Yo nada le pedía al destino. Que me dejaran su nombre, su imagen, su recuerdo. Mi dicha por la suya. Hay un ascetismo del amor que sólo se practica en los años juveniles: es dar, es darse, generosa inmolación.

Y en ese tiempo era yo el cruzado de una hazaña innombrable. Vencer no era mi meta: servir al ideal aunque el ideal no descienda a la pequeña tienda solitaria.

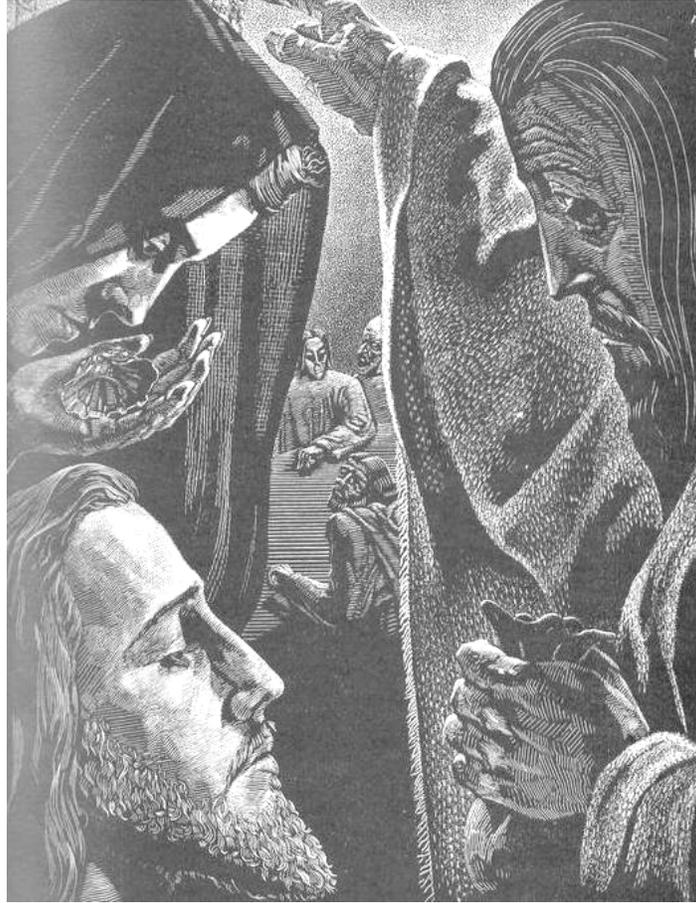
Yo estaba semi-abstraído, un tanto aturdido por el rodar de colores y de imágenes del baile, reconociendo rostros familiares que otros, nuevos, borraban para dejar reaparecer en alternancia renovada. De las arañas de cristal bajaba una luz intensa que ponía extraños reflejos en las caras y en los vestidos. El humo de los cigarrillos tendía un velo de fina bruma. La orquesta esparcía los sonos de una música rítmica y veloz. Apoyado en una columna del salón, veía pasar las parejas que giraban sin descanso. Mozos atléticos, lindas muchachas, gentes maduras que se esforzaban por seguir la ronda ágil de los bailarines juveniles. Como el mar: era un juego de olas y de ritmos siempre recommenzado. De pronto el golpe intenso de un color se fijaba en mi retina y me hacía ver seres y cosas bajo el tinte monocorde y brevísimo de uno solo: todo rosado, o verde, azul, de oro, blanco o violeta. Luego la cinta irisada recuperaba primacía y los contornos se fundían y separaban por la frontera colorística. Sumergido en vagos pensamientos, miraba en parte y desmiraba en cierto modo. Un rostro, una silueta, un gesto, un tocado podían fijar mi atención fugaz. O todo se fundía en la gran masa cromática voladora que arrojaba mi mente a playas desconocidas para devolverla a la orilla original del espectáculo. En uno de esos cambios móviles de la nitidez de los perfiles al predominio de un tinte monocromático, me visitó un verde pálido que resplandecía de fuegos como la luz de un brillante. Giraba, giraba... Se alejaba, volvía, difundiendo una influencia bienhechora en mi interior. A veces me parecía entrever una cara maravillosa coronando la mancha de color, el cabello negrísimo que resaltaba la fina tez, una silueta de acentuada gallardía que danzaba con gracia singular; pero luego demorando el hallazgo personal, volvía a sumirme en el vuelo visual del meteoro verde pálido que ceñía una delgada fimbria avioletada. Giraba, giraba, yo con ella como arrastrado en el encanto de esa figura amanecida en esmeraldas. ¿Por qué buscar en la inmensidad de los cielos el origen de los mundos? Así debían brotar mundos, galaxias, estrellas, de una masa rauda, perfectísima, sustentada en su propio equilibrio y poderío, que se desparramaba al perímetro sin perder por ello la primacía concertada de su fuerza original. Una mancha, un móvil universo, esa presencia verde pálida que se repite con entera majestad. Creía oscilar entre el nacimiento de una estrella y la explosión final de la masa galáctica que se proyecta a los infinitos espacios estelares. Soñaba, me estremecía de un temor sagrado, como si la palabra de Dios me fuera a ser revelada detrás de esas espigas ondulantes, de esos coros virginales, de ese aletear de mundos y promesas que brotaban de un rodar sin principio y sin término. Era una idea absurda surgida de la sugestión de un vestido de mujer agitado por el baile.

Cuando la danza cesó y los bailarines se fueron personificando, clavé los ojos en la silueta verde pálido que se había detenido a pocos pasos de donde yo me hallaba. No podía verle el rostro, porque estaba de espaldas. Esbelta, erguida como una espada, irradiaba majestad. En la nuca armoniosa se asentaba señorial el rodete del pelo negro. Serena, estatuaría, parecía escuchar a los que la rodeaban. Era una soberbia estampa de mujer.

Disfruté de su incógnita fascinación unos instantes. Luego ella se volteó y cuando los ojos oscuros se encontraron con los míos, sentí que el mundo se detenía.

Pueden, dos que se aman, decirlo, entenderlo, explicarlo todo en el contacto fugacísimo de una mirada. ¿No es el relámpago la cifra de la tempestad? Así el mirar, rápido, fulgurante, basta para reducir la vastedad del tiempo a la maravilla del eros.

No sé lo que ella recogió de mis ojos asombrados. Yo en los suyos leí amor, reproche, castidad. Un segundo, un relámpago: las pupilas se dilataron y contrajeron con pasmosa velocidad. Después el recato venció de la sorpresa y se alejó.



Grabó Víctor Delhez

“... como si la palabra de Dios me fuera a ser revelada...”

No se mira así a un desconocido ni a un ser que nos es indiferente. Sólo yo sabía la oculta significación de ese diálogo mudo de los ojos que buscan sin moverse.

En la noche, recordando el encuentro, me asaltó la duda: ¿perdonaba, me quería, simplemente olvidaba? Ella, más sensata, ¿comprendía que lo nuestro era imposible? Dos años podían haberle enseñado cuanto había de vano en el amor idealizado de mi juventud romántica y febril. Desprecio no, ni falso orgullo. Tal vez lástima (me sentí incómodo, herido) o sereno aceptar del destino. En su mirar tranquilo había captado una chispa de oro que decía: me entiendes mal porque no me conoces bien.

Pasé en vigilia, urdiendo mil interpretaciones. Y me dormí al amanecer, soñando que un hada vestida de verde pálido me rozaba la frente con tiernos labios:

—Espero, espero. ¿Por qué desconfiar?

EL COMBATE

Es lícito decir: la jauría de los escritores. Todos se lanzan contra el aventajado. Y aun en el tropel se revuelven unos contra otros, porque el don de inteligencia parece ligado a la facultad de emulación. La envidia, mal diabólico, persigue sin cesar al hombre de pluma y el más envidioso

suele ser, generalmente, quien mayores beneficios recibió del envidiado o aquel que no puede alcanzar el rápido vuelo de sus creaciones.

Así como la mujer bella tiene que hacerse perdonar su hermosura, el hombre de intelecto debe procurar que se olvide su talento.

¿Es ello posible? ¿Cómo conciliar la discreción con el afán de notoriedad que abrumba al escritor? Ni aun los grandes quisieron confinarse en silencio y abandono.

Aun el más humilde necesita el espejo de los demás para ver refractada la propia imagen. El escritor misántropo, desinteresado, no existe casi. Porque escribir, componer, es salir al encuentro de los ecos. Todos buscan ser leídos, interpretados; prefieren la crítica adversa al silencio. Ver el nombre del relato y de su autor en perfiladas letras de molde; un diario, una revista, un libro que contengan lo brotado de la pluma: supremo anhelo, redoblado afán, una vez que el creador bebió el zumo pérfido de la publicidad. Esclavo vive de verse y repetirse en el cristal de las aguas que lo multiplican para millares de lectores.

Dulce victoria sembrada de miserias. Porque excepción hecha de los contados triunfadores, nadie sabe la carrera de obstáculos que antes de publicar algo debe vencer el hombre de letras: ¿saldrá en buen sitio, bien compuesto, sin supresiones, sin errores? A veces la tendida espera, el ruego insistente, la lisonja astuta, hasta la humillación para obtener el derecho de ser reproducido por el registro de las linotipos.

Pero esas dificultades técnicas del oficio, nada son si se comparan con los riesgos para afrontar el oleaje del mundo literario. Amistad entre escritores, cosa rarísima; lo frecuente es la hostilidad de todos contra uno. Y cuanto más sobresalga el infortunado, deberá luchar contra la marejada creciente de los émulos, desleales en su mayor parte, que apelan a todos los recursos para ofuscar la obra bien articulada del maestro en la artesanía de expresarse.

Hacer el vacío: el arma favorita de los envidiosos, de los mediocres. Aun nobles y superiores suelen caer en su tentación.

Porque escribir es como desafiar al mundo. Arte alguno ni oficio mayor ofenden como la proeza de referir bellamente las cosas. Disfrutan y aplauden los que no son del gremio, ajenos a la Vocación, que se saben vedados de competir con el que admiran; pero el que pertenece a la legión de los elegidos, ese no perdonará nunca al esforzado. Escribir, para el escritor, es lidia cruel. Quiere, como el sol, brillar solo y alumbrar sin nubes. Generosidad, nobleza: palabras que ignora la ética activa del escritor, porque la rudeza del oficio le exige egoísmo, indiferencia, bajas tretas para negar la obra del compañero de profesión.

¿Excepciones? Debe haberlas, necesariamente. Empero hay muchos que transcurren larga vida sin haberlas conocido.

—Yo sé, perfectamente, el lugar que ocupó — dice Iván Porcell, novelista, crítico, autor de buenos ensayos, de finos poemas, que como todo escritor sudamericano, ecléctico y plural, ha incursionado también con éxito en otros géneros —. No soy un autor genial, pertenezco al orden de los conscientes de su oficio, que esperan poco de la inspiración y mucho del propio esfuerzo. En nuestro pequeño país, escaso de hombres de pensamiento, donde se publica poco bueno, he publicado, he impuesto mi nombre en varios libros, en centenares de artículos, muchos reproducidos fuera. La crítica me ha sido favorable en sus cuatro quintas partes. Pero cuanto más avanzo en mi tarea, advierto que el vacío se ensancha. Todos hablan de mis composiciones; casi nadie me considera narrador, ensayista, ni crítico. Sólo me conceden primores de estilista, como queriendo negar al pensador detrás de los velos de un preciosismo expresivo. ¿Estoy decayendo?

He sonreído al contestar:

—¿Cómo es posible que un hombre tan inteligente como tú, sea, al mismo tiempo, tan ingenuo? Estás madurando en forma notable. No serás un genial creador en el sentido vasto del término; eres, sin embargo, un escritor de primer orden que puede medirse con los mejores de

nuestro tiempo. He comparado tus últimos escritos con producciones de otros autores de diversas nacionalidades, y créeme: nada tienes que envidiarles. La tierra insular te impide proyectarte hacia el planeta, pero llegará tu hora. No lo dudes.

Porcell me mira entre asombrado y desconfiado:

— Si fuera cierto...

—No lo dudes. Lo que sucede es que la mezquindad de tus émulos te hace vacilar en tu camino. Al principio fuiste aplaudido, porque proyectabas una sombra débil; conforme fuiste avanzando en corpulencia, el ramaje de tu obra oscurece las ajenas. Es todo el secreto.

—Nunca fuí envidioso del mérito de los otros. ¿Recuerdas, Mateo, en los años juveniles? Enseñé a muchos, ayudé a mayor número, compuse innumerables críticas para exaltar y difundir libros de jóvenes y viejos. Generoso en el epíteto, acaso he pecado de excesivo: supe amar, supe admirar. Yo creía contar con centenares de amigos en las letras. En los últimos veinticinco años ¿cuál es aquel que no recibió consagración o pórtico inicial de mis manos? No habité el torremarfilismo; más bien me confundí en el entrevero cotidiano. Libré batallas por muertos y vivos. Negué a muy pocos, afirmé y honré a muchísimos. Ahora, al aproximarme al medio siglo de vida, a los treinta años de actividad literaria, me siento negado, olvidado. Ingratos y desleales si no callan se acercan tan protervos a lo que hice, que sus juicios desdibujados no pueden ocultar el rencor que respiran sus almas.

—Es natural — he respondido — porque ya no perteneces a la cofradía de los principiantes ni de los secundones. ¿Cómo podría perdonarte quien no te alcanza?

Un relámpago de alegría brilla en los ojos de Iván:

—Entonces, tu crees, realmente... que los supero...?

—Claro que sí. Esa es la razón de tu soledad y de su mudez.

—¿Y los desafectos, que escriben cosas destañadas para juzgarme?

—Son dignos de mayor compasión, porque al desnaturalizar su juicio se niegan a sí mismos. Sufren al dosificar su crítica, padecen regateando adjetivos, se desgarran queriendo abajar lo eminente. Ríete de ellos, Iván. Las hormigas pasan...

Porcell se recupera. Ahora luce confiado, resuelto.

—Gracias, Mateo — ha dicho — tu escribes, como yo, y nunca te sentí contrario ni esquivo. ¿No es maravilloso? Has publicado poco, rara vez el éxito visitó tu tienda, y sin embargo siempre veo arder en tus ojos la simpatía comprensiva cuando lees mis trabajos. Nadie analizó mejor mis virtudes y mis defectos. Te debo mucho. Tus consejos me ayudaron a madurar.

—¿Y qué más podrías pedir? Entre escritores, contar con un amigo, es un regalo de los dioses.

—Ya no me ocuparé más de los otros; ellos con su rencor, yo en mi tarea.

—Cometerías un error — he respondido —. Sigue ayudando a cuantos puedas. Ocupate de la obra ajena. Devuelve hostilidad o silencio por nobleza. La tuya ganará calor si la sumerges en la fuente humana. No te amargues, no te aisles. La vocación del escritor impone cercanías.

Iván, avergonzado, ha dicho al despedirse:

—Tienes razón, Mateo. También esta vez seguiré tu consejo. Nuestros adversarios, los malos amigos, los émulos merecen tolerancia, comprensión. Seguiré en lo mío y tomaré parte en el

acontecer del mundo que me rodea. Pero déjame expresar una confidencia: ¡qué duro, qué ingrato es persistir en una vocación de escritor en nuestra naciente Sudamérica!

—Es así. La selva continental de las letras oprime, asfixia. Lucha con ella, pero lucha con nobleza. Un día bosque y maleza desaparecerán, y cuando tu cuerpo se esté disolviendo en la tierra materna, tus creaciones literarias crecerán como árboles jóvenes y erguidos en la comprensión de los que vendrán.

ACHOKALLA

"Achokalla" — dice la leyenda aimára — lo que sonrío al amanecer.

Es una meseta hundida en el altiplano, cercada de filos y de agujas, a la cual se baja por un camino colérico de curvas. Parece un circo, un anfiteatro cósmico. A pocos kilómetros de la urbe, yace la oquedad vertiginosa, brusca y altanera como el suelo que la circunda. Se hace un silencio de milenios: esto es tan viejo. Sigue una frescura de líneas: esto es tan nuevo. Tras la curva final del ascenso, miras el dramático irrumpir del vacío y las montañas y te sientes sacudido por el antiguo encantamiento: el Ande, sabio de sabidurías, renueva siempre la tensión de sus fuerzas fluctuantes. En la mañana invernal se cuele el aire tónico por la piel, paisaje y accidentes se animan de una acción secreta. Miras, miras... y lentamente despunta el coloquio del hombre con su tierra.

Al fondo, soberbio y próximo, ostentando sus perfiles con persuasiva nitidez, solo Señor descomunal del augusto escenario, el Gran Nevado enarca su imponente geometría. De parte alguna se le divisa mejor ni más bello: Achokalla es el plinto misterioso para tamaña majestad. Esta hoya recostada en un dramático henchimiento de la tierra, damero en los sembríos, en los lagos y en los largos pinares verdeoscuros, parece cosa de sueño. Algunas casas se pierden en la vastedad del valle cóncavo. Se diría un paraje deshabitado, de aristas movibles, caprichosas: nada se parece a nada, todo diverso, contrario, raro, incomprensible. Un cielo poderosamente azul se mete al cuerpo, deliquia el alma, da una sensación de profundidad anonadante. Nubes no las hay; sólo el diálogo del firmamento y de los montes. Miras, y ves tanto, tan variado, con tal carga inusitada de motivaciones físicas, que no puedes aprehenderlo todo. La visión circular del viajero se despliega aquí, en planos superpuestos, de ondas sucesivas, que mudan sin descanso el ángulo de percepción y la respuesta cósmica del paraje observado. De pronto un escalofrío de asombro: el sol te ha revelado un galope de montañas en impetuoso movimiento; es una cordillera que corre hacia el este, en carrera remontada, y va a estrellarse en la pirámide truncada del fascinante Mururata. Una mano invisible ha dado el corte transversal al paisaje y el drama geológico resalta desnudo, brutal y celestial a un tiempo mismo.

No mires insistentemente al vacío: llama y obsede. Ni te asomes al filo del abismo: precipita. Pero si planeas la mirada como el vuelo sereno del cóndor, la naturaleza te irá entregando dócilmente sus arcanos.

Achokalla es el reino de la grandeza en movimiento.

Un camino estrecho, incómodo, sembrado de zanjas y baches dificulta el descenso; es el precio para arribar al sitio delicioso, una finca perdida detrás de altas arboledas. La casa nada tiene de notable, como no sea un cortijo al aire libre grato a la merienda. Sólo dos, tres parejas y una familia. Aquí no llegan diarios, política, negocios ni la intriga de las gentes malignas. Tampoco tú podrías hospedar pensamientos mezquinos. La naturaleza, pura y noble, te contagia su secreto poder de contentamiento. Dos perros feazos y mansos comparten los juegos de los niños. Un monito desgrana gracias sujeto a su cadena. El mozo sirve el almuerzo sin prisa alguna. ¿Qué ha sucedido? Los sobresaltos y premuras de la ciudad ¿dónde se fueron? Todos hablan tranquilos y confiados; nada acicatea a la velocidad. El tiempo se ha esfumado de las caras y de las almas.

—¿Estás contenta?

—¿Quién no lo estaría?

Los hijos, alegres y cambiantes, abren las puertas de la dicha familiar. Hay todavía dos personitas que no paran de moverse: Ximena, Javier. Sólo ellas rivalizan en frescura y novedad con los encantamientos del paisaje. Porque un paisaje nuevo, matinal, es como la presencia indecible del niño: milagro sin reparos.

Una pausa en la merienda. Alzas los ojos hacia el monte cercano y entre una combinación singular de lomas, árboles, sembríos que profundiza el estallante azul, te inmovilizas de felicidad. ¿Qué será...?

Dura un minuto, tal vez sólo segundos. Vuelve y desaparece.

El hombre inquieto que te habita se paraliza. Ha trasvolado a un mundo nuevo, de original frescura y novedad. ¿Ver? Revees el paisaje, como transido de ternura. Sientes la onda súbita y fugaz de esos trances místicos en que la naturaleza se abre a tu comprensión. Hondísima dicha... Nada quieres, nada pides. Una plegaria de gratitud florece en tus labios. Esto sólo puede experimentarse en la calma poderosa del paisaje quieto, en el silencio que baja de las altas montañas, en la soledad del reposo rural.

Una música sin acordes, grave y tendida, enlaza espacio y tiempo y los proyecta en dimensión de eternidad.

Otra vez el embrujamiento paisajil te aparta de los tuyos. A corto andar te encuentras solo en un altozano que compartes con un hermano de Platero. El borriquillo de ojos mansos y tu mirar dardeante que busca sin descanso, son las únicas fuerzas en movimiento. Todo lo demás se fundió, se inmovilizó en extática visión. Nada perturba la procesión petrificada de los nevados. Callan los montes. No se mueve una hoja de los altos eucaliptos. Ni la brisa visita los trigales. Una casa lejana, hundida entre árboles y rocas, tiene permanencia pétrea. Otra, más próxima, da la sensación de estar inhabitada. Queiebras y sembríos dialogan en sordina. El aire como afelpado acaricia la piel sin conmoverse. ¿Estás dentro de una campana de cristal? Pero de pronto con brusca majestad el gran coloso amarra tu mirada y la sacude de inquietud. Es el galope inmóvil de las formas. Parece que todo este marco fabuloso de la hoya, el vacío tremendo, sus bordes dentados, de aristas caprichosas y variables, estos lagos apenas dibujados en la tierra, estos árboles tranquilos, estas lomas y planicies dilatadas, estas queiebras vertiginosas, este grandioso coro de montes y vacíos aéreos; más todavía: el suelo todo que se hincha y se remonta, montes y cordilleras, sólo sirven para sostener y enaltecer la presencia del Gran Nevado.

"Illimani", entonces, en la mañana invernal, contemplado desde el interior de Achokalla, surge con la fuerza sagrada de un dios misterioso y avasallante. Lo sabe todo: dicta el equilibrio del paisaje, pasma al hombre y lo sitúa en aminorada relación con tamaña alteza y pesadumbre.

Míralo desde el cuenco indio, soberbio y mayestático. Es la deidad, el sacerdote, maestro y soberano a la vez.

"Illimani", el indescriptible. Porque no ha nacido, todavía, quien ose transmitir el arcano de su presencia portentosa.

Húndete en el monte formidable. Transmigra. Deja que la montaña se aposente en tu espacio interior. Y si estás en Achokalla, agradece a los Apus, señores del paisaje, que te hayan permitido esta intrusión en la intimidad del titán.

No es hipérbole: el monte más bello del planeta debe ser donde la piedra es tempestad, cólera el vacío, y sin embargo grandeza quieta la forma admirada y el ojo que mira. Regreso a los tuyos. Juegan, ríen, conversan animados. La impaciencia y el malhumor huyeron de sus rostros. Son los que tú amas, los de todos los días y no obstante transcurren diferentes. Es como si cada cual hubiera extraído lo mejor de sí mismo para aportarlo al general contentamiento.

Si supiste dar un contenido de amor, de comprensión, al vivir hogareño ¿qué don más alto que aquel que el Señor te concedió al consagrar la jerarquía y el poder bienaventurado del padre de familia?

Y es cosa admirable que los portentos y deliquios de la naturaleza, las soberbias ufanías del paisaje nada sean si se comparan con el pequeño milagro de la ternura familiar. Seres ligados sin leyes y sin lazos, por afinidades misteriosas como aquellas que impulsan en sus órbitas a las estrellas. Próximos y distantes a un tiempo.

En la hoya de Achokalla has sorbido, a un tiempo, los licores de la musa y del oráculo.

ILLIMANICA CUARTA

Ortuvio, ministro de Finanzas, se dirigía tranquilamente de su despacho al Banco del Estado: eran cuatro cuadras y quiso recorrerlas a pie. La intensidad del tráfico lo detuvo en una esquina de la avenida Camacho y desde un grupo de tres personas paradas junto a él, escuchó la afrenta: "Los ministros son unos negociantes y éste el más ladrón".

Llegó indispuesto al Banco. Pidió un vaso de agua. Y antes de iniciar la reunión, se quejó, amargado, al presidente del Banco, antiguo amigo. Hombre rico, de conducta intachable, Ortuvio desempeñaba la cartera de finanzas precisamente por su rectitud, por su capacidad y experiencia en los asuntos públicos. No era un pusilánime, pero jamás había sido insultado así y lo sacaba de quicio que justamente a él, celoso defensor de la hacienda fiscal, se le insultara en plena vía.

Rosaurte, el presidente del Banco, hombre entrado en años, diputado y ministro varias veces lanzó la risa:

—¡Pero hombre, cómo se ve que es usted nuevito en política! A los que gobiernan y especialmente a los ministros, que son los que acumulan mayor poder, se los insulta y difama sin descanso. Usted no está curtido todavía. Yo recibo, cada tantos días, insultos por teléfono, anónimos y también palabrotas por la calle que se deslizan cobardemente, como quien no se refiere a uno, mas claro que la intención es manifiesta.

—Mi primer impulso fue reaccionar — dijo Ortuvio —. Ya sabe usted que fui atleta en mis mocedades: sé pegar y defenderme. Pero el tipejo era un viejecillo, bajo y mal traído. ¿Y qué habría dicho la prensa de un ministro todavía fuerte, agrediendo a un ciudadano?

—Hizo usted bien reprimirse. La opinión pública siempre está contra los de arriba.

Esa noche el ministro de finanzas no durmió pensando en lo injusto del caso: había abandonado sus negocios privados para servir honestamente a la Nación. Escrupuloso, sus actos podía investigarlos cualquiera en la certeza de no hallar nada reprobable. Pero si a los seis meses de asumido el puesto era tan hiriente el juicio de sus conciudadanos ¿qué podía esperar al retirarse del cargo? "¡Maldito sea!" Debió romperle el hocico al difamador... ¿Por qué se metería en política, desoyendo el consejo de su hermano mayor? "Uno hace tonterías, se sacrifica, trabaja para los otros exponiendo su propia dicha, y he ahí el resultado: insultos, ingratitud". ¿Para qué los grandes planes financieros, la reforma impositiva, poner orden en la economía, ahorrar en los gastos fiscales, si la tarea del honrado se mide con el mismo rasero que atrapa a los bribones? "Yo sé la parte sana del Dictador, por eso estoy a su lado. Pero mañana mismo renuncio el cargo".

Pero el ministro Ortuvio no renunció porque el Presidente, con juicio cortante, le espetó:

—Si se acobarda usted tan rápido, quiere decir que me equivoqué al llamarlo a mi Gabinete.

Y la hombría pudo más, en el ministro de Finanzas, que la prudencia. Y siguió en el cargo, absorbiendo, poco a poco, la carga de maldad y de injusticia que acosa al hombre de Estado.

Es en el Estadio donde el pueblo vive y vibra mágicamente. Partido internacional: "Bolívar-River Plate". Lógicamente, los argentinos deben ganar; físicamente mejor preparados, técnicamente más hábiles descuentan la ventaja de la altura con su maestría y estado atlético. Pero el fútbol tiene cosas... Más de una vez se ha visto al pequeño vencer al grande. Y esa tarde concurren 25.000 personas al Estadio si no para ver ganar al cuadro local, al menos para disfrutar de buen fútbol. Perder por 1 a 0, por 2 a 1, sería estupendo; pero empatarle a "River"! sería una victoria...

Día de sol, de luz, de cielo azul y limpio. Las gentes llenaban tribunas y galerías, desbordando aun en muros y techos vecinos. Entusiasmo febril en las "barras" y en los animadores. "Viva el gran Bolívar". "Arriba el invicto River Plate". Dio el pitazo inicial el árbitro y el partido comenzó con esa lentitud primera en la cual los cuadros parecen medirse. Se advertía la mayor estatura y corpulencia de los rioplatenses, que jugaban con calma, con precisión, en tanto los celestes, sin disimular su nerviosismo, intentaban penetraciones que la defensa visitante desbarataba con facilidad. "¡Jueguen, jueguen!" —partió un grito de las tribunas. Habían astros, jugadores de renombre en ambos cuadros, pero ese primer cuarto de hora se vieron pocas combinaciones lucidas y escasas jugadas de maestría individual.

Entonces vino lo increíble. El "maestro" Ugarte, tras realizar un quite al defensor argentino, envió un pase maravilloso a Calla, el interior izquierdo, un muchacho de 20 años que se iniciaba en partidos internacionales y éste veloz, sorprendiendo en su carrera a dos defensas más, remató con un tiro recto y violento que batió las redes visitantes. "¡Gol, gol goooooo!"

Los argentinos absorbieron filosóficamente el tanto adverso. ¿Qué podía significar un gol boliviano a los maestros del fútbol rioplatense? Serenamente reanudaron el juego buscando el empate. La defensa celeste, estimulada por la apertura del "score", respondió reciamente. Una nueva ofensiva del quinteto local terminó en "corner". Sacó el alero derecho boliviano con endiablada precisión. El "maestro Ugarte" estaba bloqueado por el alto defensa argentino, pero mientras el balón venía por el aire, adivinando la jugada de su compañero, se desmarcó rápidamente, un ligero toque de cabeza... y la pelota apareció otra vez en el fondo de la red. "¡Gol, gol, goooooo de Bolívar!"

Sucedió, luego, lo que ocurre a los grandes equipos cuando les toca un día aciago o la subestimación del rival los desconcierta. Los argentinos quisieron forzar el juego pero los bolivianos ya estaban "embalados" en un ritmo de ataque y de victoria incontenible. Frustraban todos los ataques del River, dominaron el medio campo, y con renovada energía y habilidad penetraron al área rival llevando cargas reiteradas que ofuscaban a sus fuertes oponentes. El público no podía creer lo que veía. ¿Este era el imbatible River Plate? Bolívar presionaba, presionaba. Hasta que llegó el tercer tanto: otro pase habilísimo a Calla y el veloz delantero, repitiendo la hazaña anterior, volvió a sobrepasar a dos defensas y un tiro violento alteró la cuenta en favor de los celestes: 3 a 0. "¡Si parece mentira!"

Y no era que los gauchos jugaran mal: jugaban bien, pero la diosa del fútbol que no siempre premia a los mejores, esta vez soplaba del lado de los locales.

Tres ataques argentinos desbaratados antes de llegar al área del gol. Cuatro tiros rasantes sobre el palo. Un rebote en el poste izquierdo: mala suerte.

De contragolpe, la pelota volvió al área argentina. Otra vez "corner" para el Bolívar. El "maestro" Ugarte, marcado por el defensa riverplatense, volvió a desmarcarse en el momento preciso y, aunque parezca increíble, con un toque ligero de cabeza al balón, exactamente en la forma anterior, marcó el cuarto tanto.

No se desanimaron los visitantes. Una combinación afortunada abrió el "score" a favor de River Plate". 4 a 1. Luego vino el 5º gol boliviano, a raíz de rápidos pases de Calla y de Ugarte que remató Plaza, el alero izquierdo, soberbiamente. No se habían acallado los aplausos y apenas puesta en juego la pelota, Molina, en jugada personalísima, amagando el pase, enviaba el balón al arco rioplatense. River Plate, reaccionando, obtuvo el segundo tanto en rápida combinación de su centro delantero con el interior derecho: 6 a 2. Un sueño. "Este es el mejor partido que vimos jugar

al gran Bolívar!" El público vibraba de entusiasmo. Los argentinos, ya desalentados (faltaban diez minutos para que terminara el encuentro) se defendían como podían. Los celestes, bien alimentados por una línea media que proporcionaba el balón sin tregua a los delanteros, ingresaron a esa etapa de floreo, de lujo, que los entendidos llaman la suerte máxima para los buenos futbolistas. Haciendo gala de energía y de destreza, se pasaban la pelota unos a otros con elegancia y seguridad. Pase de Ugarte, pase de Calla, pase de Camacho, pase de Tapia, tiro que va al arco derecho, cambio de juego: el interior izquierdo y su alero se devuelven varias veces la pelota. El "maestro" maneja el balón haciendo filigranas. Toda la línea boliviana se mueve, ondula, avanza y retrocede con precisión matemática. A cada pase una exclamación del público: "¡Olé, olé, olé y olé!" Y de pronto del movimiento de "ballet" de los cinco delanteros partió el cañonazo al ángulo inferior izquierdo del arco argentino. "Gol, gol, goooooool, séptimo gol del Bolívar!" La acción fue tan rápida que al principio nadie atinaba a señalar al autor del último tanto. "¿Quién fue, quién fue, quién metió el último gol?" La respuesta no se hizo esperar: los celestes corrían para abrazar al "maestro" Ugarte. "Ugarte, Ugarte, viva el Bolívar".

Sonó el pitazo final y fue el delirio. El público invadió la cancha sacando en hombros a los jugadores celestes. Los argentinos, caballerosos, los felicitaron por su victoria.

Quien vio la gloriosa jornada no podrá olvidarla. Nunca el fútbol boliviano lució tan hábil y tan alto.

Y al despechado que al salir del Estadio comentaba:

—Es la altura, la altura venció a los muchachos — le respondió enérgico un entendido:

—¡No es verdad, señor mío! En los últimos 20 años vinieron 200 equipos extranjeros a La Paz y 150 vencieron a los nuestros. Jugamos menos pero también podemos ganar!

Si el partido es un espectáculo incitante por fuera, nadie sabe lo que pasa en el interior del laberinto humano. ¡"Desgraciado! Fallar ese pase. ¡Mátelo! ¿Por qué han parado el juego? (Volteándose a la fila superior). Pero qué lindas piernas tiene Carlota Antúnez... Si no anduviera con el idiota ese del diputado Cebrianes". El teniente de policía Rufino Santores tiene la misión de capturar al revolucionario Illanes; mira distraídamente el partido y se mueve discretamente buscando a su presa. Debe estar disfrazado. "¡Bolívar, Bolívar!" Gritaron simultáneamente los dos, luego se miraron, se reconocieron, miradas de odio, y una sonrisa fugaz los unió por unos segundos: Meneses, jefe del partido de gobierno, y Sellares, diputado opositor que habían chocado muchas veces sólo se "tragaban" cuando jugaba el club celeste, pues ambos eran "hinchas" del Bolívar; pero pasaba el instante de júbilo y volvían a dirigirse miradas enconadas. "¿Saldrá el negocio del azúcar? Lo he planeado tan cuidadosamente. Nadie podrá competir conmigo, ni siquiera los veteranos de la hacienda "El Rayo", porque... ¡Fuera el referí, bruto, cochino, animal! ¡Pero qué bestia el hombre: cobrar "foul" al nuestro si es el visitante el infractor! ¡Mátelo al referí!" El comerciante Danieli, grueso y sanguíneo grita como un desafortunado. Hay enamorados que juntan plácidamente las manos: el fútbol es para ellos sólo un motivo que los acerca más. Viejos espectadores de esos que no pierden un domingo; comentan en voz alta las incidencias, vociferan, se excitan con cierta teatralidad estudiada. Diseminados entre la densa multitud algunos gringos, turistas o extranjeros miran sosegadamente el partido: ¿por qué tanta furia? No lo comprenden. Pero si estuvieran en un juego de base-ball o de fútbol en sus propios países, rugirían igual. Y hay señoras que lanzan palabrotas como los hombres, hombres que se vuelven histéricos como las señoras, jóvenes en cuyos ojos arde el anhelo de victoria, ancianos que animan sus debilitados esqueletos, chicos, grandes, altos, bajos, gordos y flacos, confundidos en un océano de vestimentas y colores tan variado, que un pintor podría comprender el sentido verdadero del vocablo "abigarrado". Y las moscas-vendedoras pasan y repasan sin descanso. "Café, café..." ¡Al diablo con los chicos! Pase de una vez hombre, ¿no ve que no me deja ver? En el descanso o cuando se detiene el juego, los enardecidos llaman a los expulsados "A ver, chico, un cafecito..." Las vendedoras-moscas acuden solícitas. A veces, alguna, que fue espantada de un manotazo, se hace la que no oye: pasa de largo. Y sigue el río de acciones en la cancha, el río de pasiones en las almas, el río de movimientos, miradas, ideas y explosiones nerviosas en los 25.000 centros de agitación que el partido ha encendido. "¡Animal, animal, cien veces animal! Errar ese tiro... ¡Pero si estaba a tres metros del arco! (Revolviéndose a otro espectador que atribuye al arquero de River

Plate la salvada del gol) ¡No señor, no fue el arquero, que no fue el arquero; fue la estupidez de ese bestia de Molina que perdió el gol. ¡Maldito sea!" Tres minutos después Molina recoge un buen pase y lo empalma, de volea, al arco en una acción magistral. Entonces el mismo caballero que lo maldecía agitando el sombrero se para del asiento y vocifera desatado: "¡Gol, gol, gol! Viva Molina, el mejor delantero del Bolívar. ¡Qué tiro, qué tiro! (A un niño que lo acompaña) ¿Pero viste hijo qué jugada? ¡Viva Molina, el gran Molina, nuestro incomparable Molina! Los pobres jueces de línea cargan la rabia del público: "laisman" burro, "laisman" animal. Una mujer, indignada, piensa que la bandera roja sólo debía bajar contra los visitantes. Un señor se inclina tanto para seguir las jugadas que parece que se le fuera a quebrar la columna vertebral. Otro se queda en suspenso con frecuencia, pierde el habla, pierde el color, y sólo cuando pasa el peligro se recupera. Y está, también, el señor distinguido, el hombre fino, político, hombre público, modelo de señorío y buena conducta, que las tardes del domingo se desdoblaba en la extraña, terrible, maravillosa, lamentable, insoportable y alucinante personalidad del "hincha". Hay quien sostiene que va al fútbol no para ver el partido, sino para ver a ese señor distinguido que retrocede a la era del clan y del garrote. "¡Rómpale la cara — grita el prócer —. ¡Mátelo al referí! Que lo saquen del juego a ese chanchito... ¿Pero no han visto ese codazo disimulado al estómago de Álvarez? ¡Que lo pegue, que lo pegue... (Un ligero cambio de golpes entre dos jugadores en la cancha). ¡Eso era, bravísimo, que lo mate, así! Y ahora que está en el suelo, píselo y enséñele a ser limpio. ¡Mátelo al de River, mátelo!" Alguno, que lo conoce, sonríe comprensivo: que grite, que grite. Todos venimos a gritar al Estadio. Es un hombre respetable, incapaz de matar una mosca. ¿Por qué no ha de jugar al "hincha" si en su juventud fue jugador de fútbol? Y los políticos siguen conspirando, conspirando, entre jugada y jugada, entre descanso y descanso, mirada va, mirada viene, planeando intrigas, maniobras subterráneas, que otros políticos (los del bando contrario) buscan o adivinan para enfrentarlas, a su vez, con respuestas oportunas. Y los hombres de negocios lanzan cifras al aire, calculan sus acciones, mezclan el espectáculo de afuera con el torbellino de sus planes interiores. Y las mujeres quieren ganar miradas de admiración. Y los hombres gallean, fieros y resueltos, como si fueran a pelear ahí mismo, porque el domingo y el fútbol los enardecen. "¿Por qué no atacan con más fuerza? Ese flaquito se desmorona solo. ¡Que lo cambien, que lo cambien! La "academia" juega muy bien, pero le falta penetración. ¡Adentro, adentro! El fútbol es el gol. Y nada más: el gol!" Y allí, al frente, están las tribunas colmadísimas del pueblo, donde la hoguera crepita con más furia, donde el ingenio es más espontáneo y el lenguaje más atrevido. Allí no se paran en nada. Por cualquiera cosa se trenzan dos y tres a golpes. De allí vienen los aplausos más calurosos, los silbidos más agudos, las explosiones más viriles del furor colectivo. Y también en ambos semicírculos se aglutinan gentes de toda laya, apretadas, unidas en la tormenta del juego que desplaza a veintidós jugadores en la cancha para que sirvan de imán y de acicate a las veinticinco mil fieras que los contemplan. "Sí — dice un profesor campanudo — hemos evolucionado desde el circo romano. Ya no matamos cristianos ni gladiadores. Pero si con intenciones se puede aniquilar al prójimo, vaya, vaya, yo me he devorado a muchos..." Y es interminable el número de soliloquios, de pensamientos encontrados, de diálogos imaginarios, de cálculos rápidos, sorteantes, que se cruzan en batalla protónica por el cerebro de cada espectador, porque el fútbol tiene la virtud de acelerar el flujo de la sangre en las venas y el paso de las ondas eléctricas por los círculos de la mente, al extremo que si un fisiólogo quisiera dar una idea del torbellino intra-atómico, se le podría aconsejar que se aproxime a la intensa movilidad cerebral que despierta en corrientes impetuosas una tarde de fútbol en el Estadio de Miraflores.

Porque es en el misterio de la cabeza humana, y no en la agitación de los cuerpos, ni en el drama del juego en la cancha, donde reside la mágica atracción del fútbol. Allí, en su propio reino interior, donde cada cual transfiere al espectáculo exterior su intimidad retenida, en ese laboratorio bullente desde el cual el individuo se desplaza y se liga a la muchedumbre que lo aguarda, que a veces lo rechaza o debe enfrentar para volver a ser engullido por su tremenda vorágine absorbente, flota el encanto inasible del fútbol que es casi, casi, una tempestad de electrones amplificadas a la medida de la comprensión del hombre común.

Ahora que no todos los hombres comunes alcanzan la visión circular de una tarde de fútbol en Miraflores. Sería mucho pedir. Porque si no tienes la agudeza de percepción para comprender que los domingos futbolísticos, los 500.000 habitantes de la ciudad nada son frente a los 25.000 que viven, mueren, renacen, vibran, se modifican, arden, se licúan, proteos rápidos, encerrando el tiempo en redomas de pasión y encadenando otra vez la energía fisionada, entonces no sabes lo



Grabó Víctor Delhez

“... el río de pasiones en las almas...”

que es, verdaderamente, la ciudad de montes y volcanes, de políticos febriles, de mestizos vehementes y ambiciosos, de indios estoicos, de calles quebradas y ascendentes, de jóvenes atrevidos cuyos corazones apenas caben en los recios pechos varoniles.

Vélez Sardón, acompañado por Gonzalo y Federico, acudió a una sesión secreta del partido de los Verdes que deseaba atraer el grupo cívico a sus filas.

Los hicieron entrar por una serie de cuartos y pasadizos de un antiguo convento convertido en escuela. Las velas alumbraban débilmente los sucios muros y los pisos de ladrillo. Pasaron por tres puertas que se franqueaban con consignas de corte masónico, y se vieron en la sala mayor donde Justínez, jefe del partido, presidía la asamblea.

No habían más de ochenta personas en la estancia. Se les señaló sendos asientos. El jefe de los Verdes tomó el juramento de lealtad a dos nuevos partidarios que ingresaban al Estado Mayor del partido, mediante fórmulas y ritos hartamente pueriles. "Pura bambolla — pensó Ricardo — para impresionar a los neófitos". Después se informó del fracaso de la última revolución. Se atribuyó el fracaso a la delación. Había que eliminar a los cobardes y a los débiles.

—Queremos, entre nosotros, solamente almas puras, corazones fuertes. Los tímidos deben ser expulsados. Hombres valientes: esto es lo que necesita nuestro partido.

Y al decir esas palabras Justínez miró con simpatía a los tres visitantes.

Luego se analizaron las dificultades económicas que pasaba el partido, abiertamente hostilizado por el Dictador. Se habló de Dios, del derecho natural a rebelarse contra el despotismo, de moral y de nobleza. Se habló, asimismo, de actos terroristas para eliminar físicamente a los principales personajes del régimen. El saqueo de dos casas de elementos infidentes fue aprobado por mayoría. A los obreros se les ofrecería aumento de salarios, sin fijar cifras y representación en el parlamento. Para el campesino educación rural y (aquí vaciló la voz de Justínez, terrateniente de antigua cepa) y se revisaría la reforma agraria. Había que agitar a maestros y estudiantes, promover disturbios callejeros, sembrar desconfianza en la policía y en las mismas filas del partido gobernante utilizando rumores, anónimos, insultos por teléfono. "Todo descontento debe ser incorporado a nuestras filas". Y lo principal: aprobarse la lista de subsidios mensuales y extraordinarios para sostener al Partido.

Un señor de bigote negro, ligeramente cano, bien vestido, cuya figura imponía autoridad, respondió al jefe de los Verdes:

—Doctor — profirió lentamente — lo principal son las armas. Sin armas nada se puede hacer.

—Es verdad — adujo Justínez — pero usted sabe que eso requiere largos preparativos. Lo perdido en la última acción ya no se ha de recuperar. Tenemos que adquirirlas, nuevamente, introducirlas al país venciendo grandes dificultades. Distribuir las. Para contar con el nuevo arsenal necesitamos un plazo mínimo de ocho meses.

—¿Y estamos seguros de que esos fondos se manejan bien? — insistió el señor de bigote negro.

—¡No dudará usted de nuestro comité de finanzas!

—Como hombre de negocios estoy acostumbrado a dudar de todos. No es por ofender a nadie, pero quisiera ver cuentas...

Se levantaron voces de protesta. Un grito de cólera. Y Justínez acalló a los disconformes rápidamente.

—El camarada tiene razón. Es el primer contribuyente del Partido y es justo que sepa cómo se maneja su dinero. Mañana J lo visitarán los señores del comité de finanzas.

Luego hubo una denuncia por las actividades del diputado Quillares. "Juega doble — dijo alguien — nos hace creer que está con nosotros, y también informa a Meneses de lo que hacemos". Justínez sonreía con suficiencia: "Es nuestro, es nuestro. Yo sé por qué lo digo". (¿Pero es realmente nuestro este lagarto de sangre fría tan pronto zalamero, tan pronto esquivo, actor y bufón a la vez, que sólo busca aplausos en la Cámara, influencia en los círculos políticos?) Se discutió el peligro de la aparición de una nueva fuerza política: pronto los cristiano-demócratas, organizados en partido, intervendrían en elecciones para ganar bancas en el parlamento; y esto debe verse con cuidado "porque la Iglesia, renovada en sus planteamientos sociales y económicos, si es tomada como elemento de lucha por un partido, arrastrará a muchos".

Se abrió una puerta lateral. Por ella, cogidos de los brazos como reos, entraron dos muchachos jóvenes. Con las caras bajas, mirando recelosamente, se ubicaron frente a la tarima del Consejo Superior del Partido.

Justínez los miró con lástima. Todos conocían el caso: dos adherentes a quienes se había encontrado culpables de ser informantes del Jefe de Policía. La sentencia era justa.

—Sus nombres serán borrados de las listas del Partido. Recibirán castigo físico, moderado, para que no olviden su traición. Y jamás, ni ahora ni mañana, cuando lleguemos al poder, podrán esperar ayuda del partido, ni ellos ni sus familias. ¡Barrer con los traidores!

Los muchachos salieron como habían entrado: vencidos, silenciosos.

—Jefe — irrumpió otro miembro de la asamblea — usted ha planteado la moralización en nuestras filas. ¿Y el jefe de la célula de Potosí, que roba, pega, abusa y se emborracha más de lo debido ¿hace honor al partido? ¡Claro que no! Nos avergüenza, nos hace mucho daño. ¿Por qué se lo aguanta?

Justínez bufó por dentro: se trataba de un primo suyo al cual quería mucho, apesar de sus arbitrariedades, porque le era muy leal. Escondiendo su rabia respondió sereno:

—Se investigará el caso, y si resulta culpable le aplicaremos severas sanciones.

La sesión se levantó luego de acordar medidas de reajuste interno.

—Es indispensable — alegó el subjefe de los Verdes, un señor grueso y bajo — que adoptemos normas rígidas, como en una organización militar. Si nos ablandamos, nos perdemos.

— Señor Benavides — le contestó otro miembro del Consejo reposadamente — no tiremos mucho la cuerda. Una disciplina rígida puede cansar a la gente...

—¿Y usted prefiere que todo se afloje por falta de decisión?

—No.

—Entonces ¿por qué esa resistencia?

—No resisto. Simplemente aconsejo.

—¡Bah! Consejos, consejos...

—Si hubiéramos escuchado consejos oportunos, habríamos evitado la última derrota.

Benavides, alevoso, desvió la discusión:

—¡Está usted acusando al Jefe!

El otro, desconcertado, miró a Justínez. El Jefe del Partido reaccionó con rapidez:

—Camaradas: como han visto aquí reina un espíritu realmente democrático. Todos pueden decir lo que piensan. Nadie rehuye las críticas. Pero no debemos debilitarnos, hay que evitar la división. Ahora a dormir tranquilos porque mañana nos aguarda una dura jornada.

Justínez despidió a los tres visitantes afectuoso:

—Señor Vélez Sardón. Ha visto usted con qué severa moralidad, con qué patriotismo, con qué hombría manejamos el partido. Aquí no hay nada que ocultar. ¡Cómo nos gustaría que el Grupo Cívico se incorpore a nuestras filas!

—Gracias, doctor Justínez. Todavía somos muy nuevos en política. Déjenos madurar.

Mateo los esperaba afuera. Se fueron ciudad abajo, rumbo sur, atravesando las calles iluminadas, silenciosas. A las dos de la mañana, doblando la avenida 6 de agosto para entrar a la Aspiazu, Vélez Sardón resumía la experiencia. Los había conducido a la asamblea para que conocieran las tretas de los viejos políticos. "Hablar mucho de moral y hacer todo lo contrario. El castigo a los jovencitos era simulado, para impresionarnos. Justínez, como Meneses, como Riva Palacio, como Iriarte, como Quillares, es un político astuto. Nunca se sabe lo que verdaderamente piensa. Desconfiemos". Era mejor seguir solos, pocos pero limpios.

Gonzalo y Federico se despidieron. Mateo acompañó a Ricardo hasta el umbral de su casa. Del cielo, enjambrado de estrellas, bajaba un mensaje de felicidad. En el aire tibio se perdían los acordes de una guitarra distante. ¡Qué bello es tener un ideal, seguir a un conductor con pasta de héroe, desvelarse por algo que no todos pueden alcanzar! Y Mateo aspiraba el misterio y el encanto de la noche con pasión ingenua: Júpiter, firme y brillante, es Ricardo; y esa estrellita menuda, apenas visible, soy yo que lo acompañaré siempre... ¿Hay algo más inmenso que el ideal, el valor del hombre para luchar por sus sueños?

Como si hubiera leído sus pensamientos, Vélez Sardón le dijo:

—Mateo: tu alma, tu juventud, nunca las vendas.

Siguieron dialogando en la acera. Ricardo habló de la música de Bach, de los lienzos espiritados del Greco, de personajes de Shakespeare y Dostoiewski. Y del dolor humano y del áspero camino de los reformadores. "Toda grandeza terrestre expía su fuerza en la decepción final". Esto no puedes comprenderlo aún, porque eres muy joven. No, no soy pesimista. Hay que luchar, precisamente porque pocos llegan a ver el sol de la victoria. Y Mateo preguntaba incansable y el otro respondía complaciente. Y hablaron de los versos de Rilke y de Tamayo, del comunismo que traza un arco trágico que va del más bello despertar a la más oscura noche, de la amistad que levanta y edifica, de la ingratitud que muerde, de la ambición devoradora y ennoblecedora simultáneamente, de la necesidad de entrega para realizarse en el espíritu. "Lee los indios, o acércate a ellos por sus introductores occidentales: Rolland, Hesse, Schopenhauer". ¿Las mujeres? ¡Dichoso, tú, si encontraste en una la estrella de tu destino! Las mujeres son una abstracción: hay, solamente, la mujer, primero madre, luego novia y esposa, después hija. Pero llega un tiempo en que todos los dones que Dios o los hados te concedieron, se te antojan excesivos. Te sientes como en deuda por lo mucho que recibiste y lo poco que pudiste hacer. Entonces sientes el llamado a la acción, la urgencia de darte a un quehacer que te supera y te trasciende. "La vida es maravillosa para el que sabe extraer sus zumos deliciosos ¡y son tantos! Pero es más dulce aún, más noble, entregarse a una tarea superior que nada pide, nada espera, porque su recompensa es su mismo hacer. Necesitamos compartir la carga de miseria y de dolor que nos circunda. Para ser hombres enteros, aprender a sufrir y soportar la maldad humana". No, el artista, el conductor, no son lo primero. Son metas, simplemente. Lo primero es el hombre que lucha y padece, el hombre que se hace entre hombres...

Y Mateo se fue entristecido por las calles de Sopocachi, de regreso a su hogar, porque las palabras de Ricardo habían turbado su espíritu. Una vaga sabiduría, una melancólica desazón. Destino, patria, lucha ¿qué son? Y por qué uno que todo lo tiene ha de entregarlo todo, entregarse él mismo, al sucio horror de la política... No se comprende.

Ricardo Vélez Sardón no durmió. Mil ideas encontradas lo asaltaban. Comprendía la grandeza, la miseria de la lucha en que se veía envuelto. Presentía, confusamente, un amanecer heroico que podía costarle vida y dicha: la esposa y los hijos bienamados! ¿Era un conformista, un revolucionario? Y los amigos que lo rodeaban ¿podía confiar en ellos? Del grupo cívico al partido político hay mucha distancia... ¿Conocía, siquiera, su meta? Esta lucha porque sí, este batallar civil, sin programa concreto, sin objetivo de poder ¿no hacía reír a unos, tornar despreciativos a otros? Patria: también te debo mi orgullo, mi reposo. Te acusarán injustamente, te perseguirán, padecerás... Pero de pronto, entre la turba, se alza uno como Mateo: ese te escucha, absorbe tus palabras, quiere ser moldeado por tus manos. Y es mejor formar almas que mandar multitudes...

Y el otro, el Gran Desvelado, sostenía también su eterno diálogo con la ciudad tendida en la hoya.

Porque así nacieron, así fueron juntados, en discordia y en concierto fluctuantes. Ella, la atrevida, cuatro mil veces la unidad lineal del metro; él, montuoso, inabarcable, tres mil veces más altanero y desafiante.

Y es en el arcano nocturno cómo más vivamente se sorprende las vibraciones de su diálogo. Porque ella está como dormida en el gran cuenco acogedor de luces fosfóricas, y él

parece un cóndor blanco inmovilizado en la sombra. Conversan sin moverse. Interrogan al tiempo, señorean el espacio.

Y si miras hondamente las caras de los dos colosos, el Nevado y la Ciudad Andina, dos hermanos gemelos te saludan misteriosamente.

Porque está escrito: mientras Ella subsista, El sustentará sus sueños y sus glorias.

Y el vuelo inmóvil del Cóndor Portentoso sólo se revela a los amadores de su suelo.

EL ORDEN SALDRÁ DEL DESORDEN

No hay nivelación hacia abajo como piensan los marxistas. Es justamente a la inversa: se nivela hacia arriba. Esta es la ley sociológica en las Américas.

El indio quiere que su hijo lo supere, lo manda a la escuela, aspira a verlo de mecánico, chofer, comerciante, empleado, apto para incorporarse a la escala social inmediata superior. Tampoco el mestizo se contentará en su estrecho estamento étnico; trabaja para que vestido, porte, manera lo eleven a una burguesía decorosa; aun el burgués de origen humilde aspira sin descanso al poder económico que le otorgará los refinamientos de la clase alta. Nadie quiere verse estancado ni menos retroceder. Los que nacen y mueren en mísero abandono son los que carecen de carga vital, pero las muchedumbres americanas son un río ascendente en busca de progreso. Cada vez habrá menos indios, menos mestizos, porque la natural ambición y los instrumentos niveladores de la técnica van, como en México, a la fusión de razas y culturas en un tipo nacional.

Si esto supondrá el aminoramiento de las élites, no se sabe todavía. En todo caso el hombre medio continental ganará en fuerza y aptitudes.

Pensar en el retorno a las culturas nativas es un absurdo. Tampoco sería inteligente aferrarse al predominio de minorías ociosas. Vendrá un tiempo nuevo de hombres distintos donde origen, tradición, sangre y dinero no dirán la última palabra. Porque uno es el tiempo histórico y otro el tiempo psíquico, y el hombre americano alterado en su ritmo natural por el choque de Europa con el continente virgen, luego en la fricción formativa entre democracia y dictadura, y finalmente por las violentas transiciones políticas y sociales del siglo XX se va despojando de las máscaras antiguas para encontrar su verdadera faz.

En el mejor sentido teilhardiano, la noosfera lo encuentra disperso, rezagado, mas por ello mismo podría ser el sujeto con mayor fuerza de proyección futura.

No esperemos mucho de los pueblos lastrados por el desgaste de milenios. Las tierras y las razas olvidadas esperan su oportunidad; sabrán tomársela. Y aquí no pesan falso orgullo, mesianismo inútil ni optimismos infantiles, sino la sabia confianza en el poder renovador de la biología social. Y así como astros y galaxias se organizan en un orden espantoso que mente alguna puede concebir porque escapa a la potencia de asimilación del pensamiento humano, también razas, pueblos, naciones obedecen a un esquema aterrador de sucesiones que nadie puede prever pero que se realizan con relación inexorable, porque el mundo fue construído sobre rotaciones en fuga y alteraciones sucesivas que designio alguno podría impedir.

—Esto es metafísica — observó disgustado el antropólogo Iriarte — y así no se puede plantear el destino de las poblaciones de América.

He callado antes de responderle. ¿Cómo hacer entender a un espíritu rigurosamente objetivo, de formación científica cerrada en circuito, que física y metafísica son formas del enigma humano?

— A veces la abstracción filosófica, el sueño poético nos ayudan a comprender el hecho sociológico.

—¡De ninguna manera! — ha objetado Iriarte — esa es la lógica ilógica de los soñadores. Treinta años de estudio de la conformación estructural, de las costumbres, del desarrollo psíquico del hombre americano, sea en las comunidades indígenas, en los medios mestizos y en las áreas de vivir refinado, me permiten asegurar que existe una cierta forma de estancamiento bio-mental en las poblaciones interiores del hemisferio. Si no traemos grandes corrientes de inmigración, razas viejas y sabientes de Europa y de los Estados Unidos, el Sur y el Centro de América desaparecerán en un tiempo no mayor de cien años. Pueblos y Estados actuales serán destruidos y conquistados por sociedades más avanzadas, más aptas para la lucha vertiginosa de supremacías que ha desatado la fisión nuclear.

Hemos discutido largamente el tema sin llegar a ponernos de acuerdo. Un investigador y un poeta difícilmente concuerdan. Pero cuando hube planteado el caso desde el ángulo de enfoque del propio ser americano — ¿serían más felices, menos desdichados, con el advenimiento del progreso y las nuevas técnicas de convivencia social? — el antropólogo ha vacilado un instante. Luego, con energía, ha dicho:

—Eso no cuenta. La nueva sociedad no pregunta al individuo si acepta sus designios. Le impone formas de vida, obligaciones civiles, distribuye el trabajo, reglamenta los ritmos de cooperación social. ¿Qué puede importarle el parecer de uno, de unos, si el interés general exige aceptar esquemas de conjunto? La América de los soñadores debe plegarse al advenimiento de organizaciones planificadas; y en esto la sangre y la experiencia de las viejas civilizaciones occidentales ayudarán a renovar el mundo. Ustedes los americanos del sur sólo serán la materia secundaria de un nuevo experimento humano.

—Profesor — le he respondido — ha perdido usted treinta años de su vida. El orden nuevo saldrá del actual desorden. Creo en las jóvenes repúblicas de la América naciente así como son: en cierto modo débiles, infusas, desconcertantes pero con carga tal de humanidad y de sentido, que cuando llegue su hora — y anda próxima — harán saltar los manómetros del rigorismo occidental.

—¡Vamos! — arguye el profesor madrileño en tono despectivo — ha de decir usted que un indio o un mestizo son mejores que un hijo de las Europas...

—No es cosa de regularse por los cánones de medida de occidente. No digamos más, no digamos menos. Es algo diferente.

—¿Podría usted trasplantar a un americano al alto clima organizado de nuestras urbes presurosas? Fracasaría. En cambio cualquier europeo se adapta en el Nuevo Mundo, absorbe sus esencias y costumbres. Produce tanto aquí como allí.

—Europa lo entiende todo en función del cálculo, del número: he ahí su limitación. América trabaja desde el sentimiento y la despreocupación: he aquí su novedad. Posiblemente no tenemos tantas multitudes aptas, sabientes y organizadas como ustedes, pero en cambio, en un sentido moral, estamos más próximos a los antiguos códigos religiosos, más cerca de la naturaleza y del paisaje, y aunque en el fondo la especie humana es egoísta y voraz en todas partes, entre nosotros persisten ciertas formas de la añeja cortesía, un estilo de vida remansado, señorial, que nos hace olvidar las crueles exigencias del vértigo moderno.

—Usted defiende seres ideales, que no existen — replica el antropólogo. El americano medio, en un cuadro general, es todavía planta en desarrollo.

—Demora no significa, siempre, lo inacabado. Yo creo, más bien, que biológica y psíquicamente el sudamericano cerró su ciclo de crecimiento. En términos de rendimiento útil, de productividad monetaria, puede existir una relativa superioridad occidental. Para un sentir humano integral, circular, que mire al ser interior, a su gozoso transcurrir, pienso que el hombre del Nuevo Mundo puede enseñar — o reenseñar cosas olvidadas a los maestros europeos.

Iriarte se acalora. Enfadado pregunta:

—¿Si tuviera usted una fábrica, pondría técnicos y obreros de fuera o se contentaría con los nacionales?

—Es probable que en ciertos cargos se requiriesen técnicos extranjeros, pero en lo posible y desde luego en su grande mayoría, yo preferiría el material humano en medio del cual nació.

—¡Linda cosa! — contesta explosivo el español — a poco andar su fábrica perdería y terminaría rezagada entre las demás.

—¿Y quien le dijo a usted que yo tendría una fábrica para empinarme sobre todas? He aquí la diferencia: allí la ganancia, la supremacía; aquí el contentamiento con la propia tarea sin necesidad de apagar a los demás. Ustedes construyen para el éxito, nosotros simplemente vivimos. Si pudiera organizar algo, sería una escuela, no una fábrica.

— Por eso se quedan demorados. ¡Vamos, Mateo, que no es usted un niño ni un idealista cándido! Despierte a la cruda realidad que nos circunda. Necesitamos hombres rápidos y enérgicos, no humanistas bondadosos y tranquilos.

Cuando Iriarte se despidió he meditado largamente sobre la verdad y el equívoco de sus juicios. Porque ciertamente de toda discusión brotan lo cierto y lo engañoso, según sea el ángulo de percepción del dialogante. Europa del éxito y de la premura, para Iriarte, no es menos valedera que América del desprendimiento y la tardanza para mí.

Con todos sus defectos, sus fallas, su menor rendimiento activo, y su "tempo" lento y sereno, sigo creyendo en las gentes sudamericanas. Son todavía personas en el sentido profundo del vocablo, no números ni instrumentos de codicia y poderío. Su quehacer no es un deshacer. La familia subsiste, el individuo se desenvuelve en gozosa intimidad. Sociedad y economía no le oprimen: son sus servidoras. El cielo abierto, ancho el horizonte, la mente ocupada en no muchos menesteres ni inquietudes ¿no es mejor que el febril y dramático pasar del habitante de las urbes, acosado de prisas y efectos multiplicadores?

Europa es admirable: asombra y aterrera. América tierna y querendona: se hace amar, se hace desear.

Saber más, poder más ¿no es la característica del europeo? Saber menos, poder menos ¿no será la virtud del sudamericano?

LA ESFINGE POLÍTICA

Yo, Mateo Montemayor, ciudadano de América, no nací para político pero hice política, intervine en ella, porque nadie puede sustraerse en el continente nuevo al menester civil.

Primero critiqué lo que no entendía sino en la superficie. Después formé un grupo cívico, de idealistas, que soñaban enderezar el país por la revolución moral. Utopía. Tan pronto como el grupo entró en contacto con el frío piso de las realidades, se deformó. Lo abandoné exclamando:

—La política es una mugre.

Perdí amigos, prestigio, salud y en parte la fe.

Pero no perdí el amor a mi patria ni la conciencia de mi responsabilidad ciudadana. Entré a un partido que se proponía transformar la sociedad nacional. Alcancé altos cargos, trabajé sin descanso, honesta y redobladamente. Cuando el partido al cual pertenecía se desvió de sus principios éticos, de su programa, denuncié sus desviaciones y fui expulsado de sus filas. Quedé solo. Y al recibir el castigo de la injusticia y de la ingratitud, pude añadir:

—La política es el deber.

No he vuelto a militar en partidos ni en asociaciones. Pero de tiempo en tiempo olvido al escritor para que actúe el ciudadano. ¿Ambición, orgullo, vanidad de figuración en el campo político? No. Simplemente convicción de que nadie puede negar sus servicios a la sociedad que lo contiene.

La patria chica te devuelve bien por mal: no importa. Es el precio que se debe pagar por el derecho de conducir.

Cuando los jóvenes estudiantes se me acercan en demanda de consejo, les cuento mis experiencias. Gané y perdí amigos. No hice fortuna, más bien comprometí lo poco que tenía. Nunca quise tomar parte en revoluciones porque preferí la lucha abierta, declarada. Estuve siempre del lado de la verdad y de lo justo. Reconocí el valor del adversario y al partidario le exigí acción digna. Sostuve la revolución moral: me dijeron iluso. Prediqué la economía al servicio del hombre: se mofaron. Practiqué la política de puertas abiertas, que en torno a una mesa —indicaba— podían solucionarse todos los problemas. Quedé solo. Paralelamente, trabajé sin descanso en las tareas que se me encomendaban. Hubieron muchos más eficaces, ciertamente, pero pocos me aventajaron en decisión para servir a la comunidad. De tanto empeño y fatigas sólo obtuve un juicio lapidario:

—No eres un político...

Verdad. Ni aspiré a ello.

Y al principiante que me pide orientación, suelo decirle que no se precipite. Antes de los 30 nadie debería incursionar en las luchas civiles. ¿Político? Puede serlo cualquiera. ¿Estadista? Llegan pocos. ¿Idealista, severo servidor de su pueblo? Cosa excepcional.

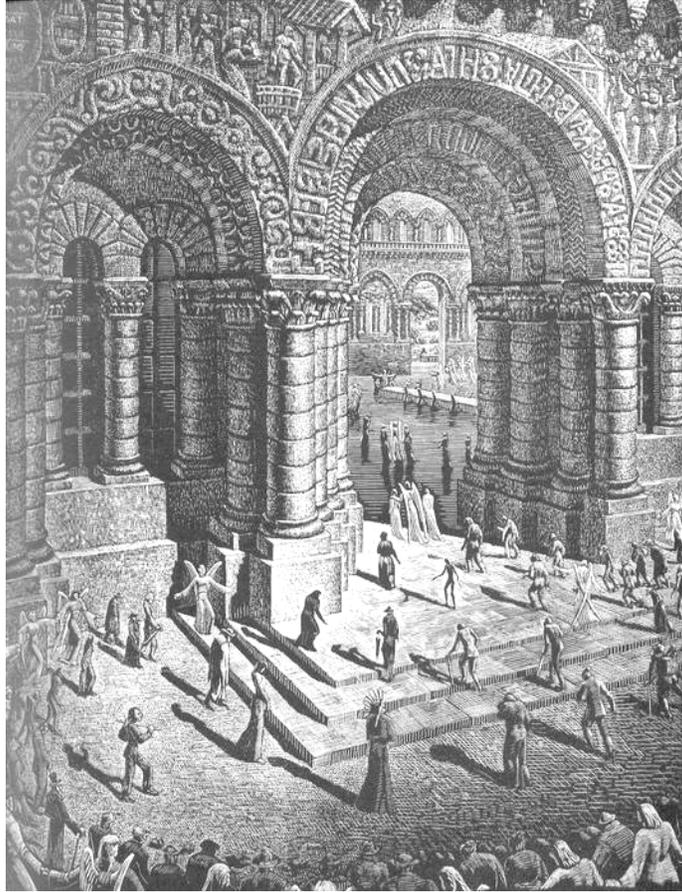
En sociedades avanzadas donde el trabajo especializado impone a cada cual límites de acción, es sencillo elegir entre política y profesionalismo. El sector privado es inmenso, el sector público reducido; pero en las comunidades en subdesarrollo como las sudamericanas, hay que aceptar la carga plural de actividades diversas, opuestas y pasar con largos o cortos espacios del esfuerzo privado al rendimiento público. Es el tributo que nos exige la sociedad en formación.

La gente no es mala; es solamente impaciente, a veces injusta. Se ataca el cargo más que al hombre.

Política, en el continente nuevo, es lo ilógico, la sorpresa. Nadie se extraña por sus desconcertantes resultados: todo es posible. Y no es que me refiera a la América de formación transatlántica, cosmopolita, la de las urbes superpobladas, porque esa se aproxima en estilo y hábitos a Europa, sino a la otra, a la nuestra, la de las tierras interiores, aquella de las ciudades medianas, los pueblos y las aldeas. Los inmensos espacios vacíos crean, a su vez, la soledad de las almas. Las muchedumbres aman al caudillo, lo imprevisible, la magia del coraje. Se guían por el instinto y la intuición; razonan poco. Acaso es una desventaja, para actuar con ellas, la mucha inteligencia y el refinado proceder. Una suerte de primitivismo ancestral hace del político sudamericano un hombre de presa y de sorpresa. No hay metro para medirlo ni tabla de valores que lo ajuste: sucede, simplemente. Está en expansión, en contracción, marcha a un horizonte que sólo cada cual conoce desde su propio impulso interior. Es difícil, extremadamente fatigoso, concertar a estas voluntades dispersas, arbitrarias, que poseen corta conciencia de solidaridad social. Porque el político, en el continente nuevo, es criatura de maniobra y de riesgo: no sabe él lo que busca, corno no sea el designio lamentable de mantenerse en el poder.

La pasta humana; es lo que falla entre nosotros.

La frustración del moralista, del idealista, del conductor honesto y culto, es natural. La selva sudamericana está más cerca, todavía, del animal y de la planta. Deja el sueño de organizar y comandar hombres para gentes de acción. Porque gobernar, reflexionar, ajustar los actos a los principios no es de políticos, sino de soñadores y filósofos.



Grabó Víctor Delhez

“... que en torno a una mesa podían solucionarse todos los problemas...”

—Mateo — me dijeron unos estudiantes — entonces tú nos descalificas antes de comenzar la carrera política. Si somos honestos, fracasaremos. Si nos corrompemos, habremos quemado nuestro ideal juvenil y venceremos a costa de nuestras conciencias.

—Desgraciadamente es así — les he respondido.

Y uno de ellos, el más impetuoso, ha agregado:

—¿Y esto ha sido así, desde que se fundaron nuestras repúblicas?

—Tal vez lo era, también, en la Colonia, durante tres siglos.

—¡Es imposible que no podamos romper el yugo de las malas costumbres! Fundaremos un grupo joven, que después de algunos años de lucha desinteresada se transformará en partido político; y verás, Mateo, que cambiaremos los métodos y las almas. Habrá repúblicas ordenadas y políticas honestas!

No he querido amenguar la fe de los estudiantes. He visto tantos en el mismo trance. Yo mismo pasé la experiencia: me quebró el medio, es decir aquellos en quienes más confiaba. Pero

es necesario que toda juventud viva su propia experiencia, pague su tributo a la verdad. Y con honrada convicción les dije:

—Prosigan en su empeño. Un hombre, un grupo, pueden mudar lo que no alcanzaron muchas generaciones. Es cuestión de fe, de habilidad, de constancia, también del azar; y es probable que las cuatro deidades estén con ustedes.

En política, la historia de la humanidad — con excepciones rarísimas — es la historia de la maldad y la falsía. Pero si no puedes cambiar el mundo político ni la sociedad que te contiene que tu conducta, al moverte en el fango, sea siempre noble y pura. Aun aquellos que te nieguen como político te respetarán como hombre. Y esto es lo que cuenta en el haber del buen ciudadano.

Trabaja, trabaja sin descanso. Lo demás no importa.

EL COMBATIENTE NO VICTORIOSO

¿Por qué enlazan tan finos y armoniosos los rasgos del paisaje, por qué se traban perfectos los muebles y los objetos de una habitación, por qué donde recorre la mirada encuentra una ley de equilibrio, de concertada moderación, que da un sello de bienaventuranza a todo lo existente?

¿Por qué si todo lo creado por Dios, dispuesto por la naturaleza u organizado por la inteligencia humana aparece henchido de belleza y perfección, no podemos acordar entre hombres?

¿Por qué la discordia y el desengaño acosan al ser social?

Es la necesidad implacable — dice el filósofo — que reina sobre el hombre. Y su grandeza reside en que puede luchar con ella y dirigir la a una conciliación final después de largas fatigas y trabajos.

Acaso su mayor virtud sea este destino de combatiente no victorioso, que debe pelear hasta el último instante por la serenidad inalcanzable.

Porque está escrito: eres criatura de esfuerzo y de pesares. Buscar la perfección es tu destino. Lograrla sería tu ruina. ¿Qué haría el mundo sin el dolor y el desencanto? Reconoce que te hicieron para sustentador de tu pelea.

MOZART

No sé si los pensadores o los grandes músicos dicen más.

Aunque musicólogos y críticos se esfuercen, vanamente, por demostrar que las composiciones maestras son únicamente arquitecturas lógicas, construcciones técnicas, esquemas sonoros sujetos a rigor matemático, que nada tienen que ver con el sentimiento ni con la estética, los efectos resonantes de la música en el que oye prueban lo contrario. Una sonata, un canto coral, una sinfonía sugieren plurales encuentros a la inteligencia Y a la sensibilidad. Queda para los entendidos el montaje o el desmontaje de la escritura musical; pero los millones de seres que escuchan las creaciones de los grandes maestros, saben que allí reside toda la ciencia de la vida, el cielo y el infierno de los sentimientos.

Mozart, por ejemplo, que se ha tomado por el genio de la expresión alada, del discurso sereno, de la gracia melódica, si se frecuenta en la honda variedad de sus composiciones, revela una profundidad, una angustia metafísica, un dolor sapiente y trascendente que linda con la majestad de los corales concertados de Bach y con la enérgica belleza de la tempestad beethoveniana. Id a los quintetos Op. K.516, K.593; a la Misa de la Coronación, al Réquiem; al cuarteto K.458; a ciertos pasajes de las sinfonías, de las sonatas para pianos — saber buscar— a invenciones melódicas de los tríos y la música de cámara; a determinadas arias y coros de sus

óperas. Bien: Mozart es el genio; lo puede y abarca todo. Es el mago del claroscuro. Y existe un Mozart interior, como invisible, semivelado por los primores del Mozart externo, que se resiste a entregarse al primer impacto sonoro. De pronto brota en fraseos líricos de los conciertos de violín— en el K.216, en la sinfonía concertante K.364 — y revela una hondura tal que alcanza o supera las mayores concepciones de primitivos alemanes e italianos.

Los conciertos para flauta — sólo las notas frágiles que acompaña la orquesta — encierran más carga de pesadumbre y meditación religiosa que los coros monumentales de otros compositores. Algunas fantasías para piano, trozos de las sonatas, movimientos de los bellísimos conciertos para piano, hacen emerger de un fondo submarino mundos inéditos que nadie atribuiría a su genio fresco, poético y delicado.

En el torrente mozartiano, la abundancia, la riqueza melódica, la variedad, la audacia constructiva, conspiran contra el cazador de hallazgos.

Se diría que es un valle situado entre la vastedad oceánica de las músicas de Bach y la encrespada cordillera de las cóleras de Beethoven. Pero ese valle, dilatado y variadísimo, contiene también alturas de cumbre y grandezas de mar. Porque Mozart conoce todos los registros del corazón humano y aun siendo un genio diurno, apolíneo, que amaba la luz, las proporciones, supo del terror nocturno, de la tristeza fáustica, del sueño vertiginoso que arrastra al hombre y su destino.

Cuando Amiel manifiesta que Mozart es gracia, libertad, forma neta y delicada, naturalidad, belleza exquisita y aristocrática, serenidad de alma ha visto solamente la faz apolínea del genio. Posiblemente había escuchado obras tan diáfanas como el celestial quinteto para clarinetes y cuerdas K.581, o el trío K.498, o fragmentos líricos de La Flauta Encantada, movimientos alados de las sinfonías o de las piezas para piano; esa música predominante en la creación asombrosa del gran encantador.

Pero Mozart puede ser, también, el atormentado, el dramático, el oscuro doliente de los hondos raptos nocturnos. Su inspiración trágica, su angustia vital rezuman en el dolorido sentir de los cuartetos, en el famoso quinteto KV.452, en el pathos misterioso de la sinfonía 34, acaso la más hermosa de forma, la de sentido más enigmático cuyo segundo movimiento trasunta la profunda melancolía del cazador de sufrimientos. Y el arrebatado primer movimiento del Concierto 20 para piano ¿no es un diálogo con el destino, que anticipa los grandes combates beethovenianos?

A corta frecuentación, la música mozartiana aparenta fácil y suave: deleita. Se la busca como un remanso de paz, es armoniosa y sedante. Pero el que ha buceado en los abismos del genio, sabe que el salzburgués domina todos los registros del pensar y del sentir humanos. Tal vez en la música de cámara, más que en los grandes frescos religiosos o en la marejada sinfónica, se absorbe mejor la vena dramática y ternurosa de Mozart, genio de la luz, de la pureza de estilo, de la melodía inagotable, pero también emperador en los reinos sombríos de la tristeza y del dolor.

Sucede que se da un tercer plano en la comprensión o en la aproximación a los edenes mozartianos. Es cuando ya no buscas la finura de la forma ni el patetismo del mensaje, porque reparas en el prodigio de esa construcción intelectual que brilla como una "summa" de saber elaborado, refinado, donde la precisión matemática se aúna al vuelo vertiginoso de la fantasía poética, domados, ambos, por un certero manejo de las formas de expresión sonora. Se piensa, entonces, que acaso — jamás se llega a la certeza en tamañas cavilaciones — ni Bach el inmensurable, ni Beethoven el hondísimo, alcanzaron la ajustada y dolorosa perfección del mago de Salzburgo. No en toda la amplitud de su obra, ciertamente; si en buena parte de ella. También el genio requiere ser espigado.

Si se frecuenta las fantasías para piano y los "adagios" o "andantes" de las composiciones para cuerdas, se llega a pensar que, colocado entre los dos titanes, Mozart, el sutil, es tal vez el más fuerte por la enérgica concentración del espíritu y la maravilla de sus sagaces construcciones. Grandeza y fuerza dando paso a la perfección.

El concierto para piano K.537 llamado de la Coronación es un prodigio técnico, una fuente de sugerencias saturada de belleza. Concilia admirablemente el mecanismo constructivo con el toque poético; y el "largo" es de una tal delicadeza y tenuidad, que apenas deja transparentar la ciencia secreta con que se manifiesta un conocimiento profundísimo de lo vano del hacer y lo fugaz del pensar. Es la música de fondo para acompañar a los rubays del solitario de Nishappur.

Acontece que no siempre puedes escuchar a Mozart porque su mensaje de tan exacto y fino, quintaesenciado en la proporción de sus efectos, suele emboscarse tras el velo de alegres arabescos. La facilidad estilística es la contraparte del esfuerzo en la concepción. En inventiva y variedad nadie superó a Mozart; ¿pero qué cordilleras negras corren detrás de sus cortinas de agua?

Entre los júbilos estremecedores de Haendel y la hondura patética de Vivaldi, Mozart representa la salud del mundo, la juventud del alma, y asimismo, por paradójico que aparente, la angustia recóndita de una madurez submarina. Se presiente, se esfuma apenas vislumbrada.

No sería osado decir que, en cierto modo, Mozart es la culminación del genio occidental en el arte del sonido.

Fantasía, ligereza, finura rítmica al modo italiano en los Divertimientos. En las Serenatas una mayor profundidad emotiva. Por las 49 sinfonías una riqueza inspirativa, el colorido instrumentístico, una gracia melódica que alterna con la viveza triunfal de los arrebatos orquestales. Rivaliza con Haydn en originalidad temática, en el juego vario y cambiante de los timbres instrumentales, en el sfumado del diálogo entre solista y orquesta. Resume a muchos que fueron antes; anuncia a otros que vendrán después.

Y no hablemos, todavía, del Mozart operista, genial y encantador, ni del encumbrado artífice de música religiosa.

No es lícito compararlo con las catedrales góticas que sugiere la música de Bach, con las basílicas romanas que se elevan de las ondas sonoras que propaga el numen de Beethoven, ni con el templo griego que se dibuja detrás de las melodías de Vivaldi, porque las composiciones mozartianas tienen, de forma y de sentido, grandeza, majestad, sentimiento y pureza estilística que abarcan toda la arquitectura del sonido en función de sugerencias ideales. Dijérase que hasta los pináculos de cristal de los cubos modernísimos, y los recintos funcionales secos y desnudos, pueden ser evocados en ciertos pasajes de la orquesta mozartiana.

Como la naturaleza, Mozart conjunciona el mayor esplendor de conjunto con la más honda intimidad discursiva. Energía, ternura en una sola espiga. Nadie ha descifrado, todavía, esa extraña alquimia de hondura germánica y perfección meridional. Seguir su música inspirada y a un tiempo rigurosamente construida, es como ver la mañana, el mediodía, la tarde, la noche en la sucesión circular de un tiempo sin tiempos. Lo guarda y sugiere todo.

Mozart, el menos comprendido, el más enigmático de los grandes compositores del XVIII.

CODA FINAL

Más sobre Mozart. Esa difícil facilidad. Ese rigor geométrico. Esa inventiva sorprendente. Esa precisión de toque y pulimento que trasuntan ciencia suma y arte finísimo, ¿qué hacen, aquí, en nuestra América semivacia, de gentes instintivas, indolentes, que se satisfacen con aires sentimentales y dulzones?

Mozart y la América virgen: polos que no se encuentran.

Porque si él es todo precisión, fibra domada, supremo concertador de sonos y claves constructivas; ella habita en el desorden, libre, indómita, abandonada al juego cósmico y a la pugna emocional.

Yo entregaría la música mozartiana a la avidez de los jóvenes, para que aprendan cómo ensamblian lo fuerte y lo sutil. La manera misteriosa en que el dolor hace la contraparte de los júbilos. Y hasta qué punto la serenidad es el reino de la dificultad y del esfuerzo. Finalmente para que sean rozados, iluminados por la onda de la pura belleza, de la elegancia distinguida y espontánea, de la gracia noble y sutil. Porque todo esto condensa y trasciende Mozart, el más amable, encantador, y a un tiempo mismo el más enérgico y riguroso maestro del discurso melódico.

Mozart: el equilibrio sabio, símbolo del horizonte lejano hacia el cual se encamina la nueva América.

LA DERROTA VENCEDORA

Recuerdo con emoción y pena las noches exaltadas en que soñábamos levantar una patria mejor.

Después de la conferencia cívica —vítores, aplausos, rugidos de la multitud— la cena entusiasta donde se comentaban las incidencias de la jornada. Una fe ardiente iluminaba las caras, todos querían hablar, una fuerza de convicción indestructible asomaba en las palabras y en los gestos. Como sucede a toda generación joven que se imagina que el mundo nace con ella, creíamos, sinceramente, que todo cambiaría sólo porque nuestro grupo así lo tenía decidido.

Ni el poder, ni el partido político, ninguno de los instrumentos realizadores de la acción nos inquietaban. Éramos un puñado de idealistas yeso bastaba. ¡Admirable ingenuidad! No sé cómo alcanzamos a durar cerca de tres años. Sin temor a las represalias de los poderosos, que nos amenazaban y acosaban por mil medios. Sin recursos. Sin una organización proselitista, sin esa máquina eficaz de los cuadros políticos que asegura el éxito de todo movimiento civil, enfrentábamos valerosamente necesidad y peligros. Denunciamos la inmoralidad y el fraude, el retraso y la incapacidad. Pusimos en circulación frases que muchos años después recogió la conciencia nacional. Hablamos de la revisión de nuestra historia, del espíritu de aventura, de la moral de sacrificio, de la nueva Patria, de la revolución moral, de justicia económica y seguridad social, todas esas grandes metas ideales que sacuden a la juventud. Y donde quiera que nuestra voz y nuestra acción se dejaban sentir, encontrábamos, siempre, un mínimo de gentes sanas, dispuestas a cooperar con nuestro pequeño movimiento cívico.

—¿Qué quieren éstos? — se preguntaban políticos y críticos —. No les interesa el poder, ni el partido político, instrumentos lógicos para asegurar todo cambio social. ¡Bah! Son un puñado de locos...

En cierto modo tenían razón. No basta el idealismo puro para operar movimientos de renovación colectiva. Ese noble y bello empuje inicial perdió fuerza y pureza en la fricción de los días. Probablemente yo no fuí el jefe duro y hábil que se requería; o ellos, mis lugartenientes, fallaron en determinadas circunstancias. Nos faltó constancia para persistir en la tarea escogida. Y el grupo se disolvió al primer contacto con la sucia política criolla.

Los recuerdo a todos, uno por uno, sus caras, sus actitudes, su conducta: Pero no quiero nombrarlos, porque a excepción de unos pocos, la mayoría ha cambiado la faz limpia del joven por el antifaz del vividor. A veces nos cruzamos en la calle, queremos no reconocernos, y me duele pensar que expresan una generación más que se frustra.

¿Por qué toda juventud es promesa santa y toda madurez se contamina de las miserias del vivir?

El mal sudamericano: la falta de fe, el no saber perseverar, la inconstancia. Si quieres causa grande y horizonte de gloria, sigue a Bolívar, nuestro padre, el que lo dio todo por la libertad del continente. Una juventud que persiga la revolución integral del hombre, de la sociedad, de la economía y de la política en su país, deberá comenzar por concentrarse en su tarea redentora con desprecio de todas las ventajas inmediatas de un vivir cómodo.

Familia, arte, profesión, todas las formas y deliquios del ego conspiran contra el gran conductor y la grande causa. Aun la amistad es valla si no se pone al servicio del ideal.

No importa que muchas generaciones hayan fracasado. Ni tu propia frustración. Otros vendrán, más puros y más fuertes, que empujarán los horizontes a lejanías remotas. Cada Patria espera y da su guía genial, su juventud generosa y pujante.

Bien aceptados tu dolor, tu sacrificio, aun el desencanto de no haberte realizado en la acción. Abrías un camino. Destino del Bautista, descorriendo los velos para un Señor Mayor.

No te emociones, no te apenes, también desde la sombra sube una fragancia de laureles...

CONTRA DUREZA Y AMARGURA

Hay millones de seres que no saben leer ni escribir. Comen, duermen, trabajan, visten míseramente. Nada les interesa porque lo ignoran todo. A ellos no llega la idea de patria ni el aliento social. Más que vivir, vegetan. Son las gentes de las tierras interiores, diseminadas en los vacíos hemisféricos. Criaturas de soledad y de abandono.

La provincia, la aldea, el campo, la frontera: he aquí las llagas de América.

¿Qué puede hacer por ellas el idealista, si la ciudad absorbe toda su energía? Y en la ciudad misma, cargada de miseria y de problemas ¿cuenta el hombre en el vigoroso sentido individual que tuvo en el pasado?

Se explica pero no se justifica el pesimismo de Sartre y sus epígonos. El existencialismo desemboca en el vacío porque se hizo hueca el alma. Nadie cree en nada, todos desesperan por aquello que no tienen y lo que se les escapa entre los dedos. Desconfiar es el signo de la época.

—Ya no somos hombres, sólo números, fichas, pequeños tornillos en el engranaje monstruoso del Estado.

Es la queja del intelectual, que ve aminorados los antiguos poderes del espíritu.

Y se me han grabado las palabras de Macías Carpio, joven rebelde que encabeza un grupo de artistas inconformes:

—Tenemos derecho al odio, al resentimiento, al descontento, a la protesta agresiva y permanente, porque la sociedad sólo escucha a los fuertes y a los turbulentos.

Cuando examino la profusa literatura contemporánea, saturada de un nihilismo pesimista, esos largos y pesados textos retóricos con que los escritores expresan la confusión actual, me pregunto si la misión del hombre de pluma consiste en adensar los tintes, en hacer más dura la carga opresiva que abrumba al ser pensante. No creo que la joven América naciente deba desviarse por los caminos extraviados de la angustia y la desesperanza. La literatura exasperada y el alma irritada en política son malos maestros de vida.

Cierto que vivir es combatir, que más vale un inconforme que cien resignados, que no podemos negar la quiebra general de los valores. Un clima de bruma y pesadumbre anega al hombre y al escritor que refleja sus conflictos. Pero justamente porque estamos acosados por la duda y el horror al vacío, debemos luchar valerosamente por un nuevo horizonte redentor.

Terrible es convivir en medio de una minoría circundante de ateos y resentidos, de envidiosos y desesperados. Pero el mundo no está perdido ni el prójimo cerrado a entendimiento. Haz tu parte, descende al pantano, comparte la carga y la tarea ajenas. Y así como Schubert extrae delirantes alegrías del dolor más recóndito, saca tú de la oscura miseria que te circunda el júbilo sereno para reconocer que apesar de las negaciones, los peligros, las amarguras del vivir presente, aun te concede el Señor la gracia de la santa naturaleza, de un razonar tranquilo, los mil

pequeños goces de un día bien aprovechado. No es que desconozca el talento dramático y el virtuosismo técnico de nuestros famosos escritores sudamericanos — ensayistas, novelistas, críticos, poetas — pero en general los encuentro saturados de pesimismo transatlántico, como embebidos en la cruel disección interior.

¿Es que vamos a salvar a las masas acentuando su drama con la exposición de las lacras del mundo?

Permanecer indiferente es un delito. No participar en la lucha social también. Nadie puede quedar al margen de la crisis de su ambiente. Hay un lugar en la política, en el campo económico y social para el escritor — ciudadano; pero el escritor — artista no tiene por qué dejarse absorber por las arenas movedizas del irracionalismo disolvente que azota el pensamiento moderno.

—Macías Carpio — dije en otra ocasión a mi impetuoso contradictor — por fundado que sea en sus móviles sociales, no es el resentimiento el mejor camino para superar el subdesarrollo. Tenga fe, busque la vía de la salud espiritual, y las soluciones materiales sobrevendrán por sí.

El joven líder se encolerizó:

—Mateo, no sea usted ingenuo. Con docilidad y prudencia nada se gana. Soy partidario de la prédica amarga, ácida, disgregadora. El político y el escritor, en la nueva sociedad, deben ser intransigentes.

Macías lleva cincuenta años de retraso. ¿Cómo hacerle comprender que la América del Sur no es la Rusia de los Soviets?

No sólo intelectuales y políticos, particularmente los escritores se sienten proclives al desenfreno expresivo. Rinden culto al famoso "machismo" continental: duros, recios, agresivos, ¿Qué pueden importar forma y sentimiento? Lo esencial es asombrar, escandalizar a los lectores. Pálidos epígonos de Céline, de Faulkner, de Joyce, de Miller, no tienen el talento punzante de éstos; eligen la cáscara de sus audacias verbales. El naturalismo del siglo XIX ha desembocado en la patología procaz del XX.

—Yo no quiero que me admiren. Quiero infundir pánico, quiero ser detestado — confesaba un autorcillo de tercer plano.

Es la filosofía del éxito importada de los Estados Unidos y vertida en moldes infantiles para uso de desvergonzados.

A estos hombrecitos sin fortaleza interior, que viven del arrebató epidérmico, de la postura, gigantes en el grito, enanos de conducta, hay que oponerles la verdad inconvencible del auténtico genio creador, primero un hombre, luego un combatiente de sí mismo, cazador de su ideal, presa de su empresa, desinteresado en su faena, criatura de humildad y perseverancia aunque a veces le broten rasgos de enojo o de soberbia.

No acepto que el continente nuevo se suma en el subfondo literario. Ni los desafíos y extravíos de mal gusto. Menos el derrotismo del espíritu que mina individuo y sociedad.

Creo en el hombre sudamericano. En su alma inmortal. En su disposición innata al bien, a la belleza, al sentido de proporción. Por dura que nos acose la vida, una sonrisa puede cambiar el eje del mundo.

EROS 8 — INTRODUCCIÓN A LA DICHA

Pasaron los días, pasaron los meses.

Ella seguía habitando mi corazón pero evitaba encontrarla porque temía la certidumbre de mi desgracia. ¿Me amaba, me había olvidado? De tiempo en tiempo solía verla por las calles de la ciudad. La seguía de lejos, para no ser advertido, extasiado en la silueta maravillosa que se movía

con gracia indecible. Cierta vez, al salir de un templo, tropezamos bruscamente; el encuentro fue tan imprevisto y estábamos tan turbados que apenas pudimos cambiar un saludo, y tras un instante de vacilación cada cual reanudó su marcha en sentido contrario.

¿Orgullo, cobardía, temor al rechazo definitivo? No quería saber la verdad. Prefería, yo, el dulce engaño de suponerme amado, la ilusión de hacerla mi esposa, aunque la serena reflexión me sugería que eso era imposible.

Pero el enamorado se nutre de esperanzas, ciertas o inciertas, y al árido correr de los días que no la encontraba, mi imaginación oponía el recuerdo de trances fugaces que acaso exaltaba en exceso. Por ejemplo, una mañana Gradiva iba en un grupo de lindas jóvenes acosado por señoritos bulliciosos. Yo debía pasar a su lado, necesariamente, y no tuve tiempo para retroceder. Era la hora en que todos salen de las oficinas. Pasaba mucha gente por la acera. Probablemente nadie reparó en mi presencia. Los sobrepasé y al llegar a la esquina volvía la cabeza: ella miraba hacia mí. Otra vez, en una fiesta, ella y yo procurábamos ignorarnos. Miradas furtivas de lejos. De pronto, bailando ambos con otras personas, nos encontramos próximos; fue un segundo, tal vez menos, pero el reproche, la ternura, y una fina melancolía velaban los ojos oscuros. Sentí que el corazón me saltaba. O aquella ocasión que nunca olvidaré cuando al salir de un espectáculo resultamos momentáneamente juntos, y en el hacinamiento de las gentes que pugnaban por salir sentí o creí sentir el roce de su mano en la mía. Y la sonrisa que guardé para siempre un día que sus ojos miraban al sesgo, la boca temerosa no quiso hablar y yo la contemplaba más hermosa que la Sibila Delfica moradora de dicha en la Sixtina.

Llegué a querer mi pena. El amor imposible hacía fuerte y noble mi vida. Cuando reparaba en la frivolidad y la falta de respeto con que los amigos ornaban de conquistas fáciles su camino de triunfadores, con un aire machuno que los envilecía; y si medía su jactancia insolente con el sentimiento tierno y sagrado que me inspiraba Gradiva una extraña dicha inundaba mi ser. Ellos alcanzaban muchas veces lo que yo sentía alejarse sin haber conocido el éxtasis del amor logrado. Pero no me invadía la envidia, sino una suerte de conformismo lúcido, porque al poner la imagen idealizada de la novia improbable en una remota lejanía, donde nada ni nadie podía empañarla, me sentía el dueño sin rivales de un tesoro escondido. Me incliné a la soledad, un tinte de melancolía traspasaba mis versos, soñaba despierto.

Los amigos respetaban pero no comprendían mi reserva.

¿Cómo habría podido hacerles entender que mientras ellos amaban mujeres tras mujeres, yo estaba enamorado de una diosa?

Solía verla pasar o la contemplaba de cierta distancia sin que ella se apercibiera de mi presencia y siempre salía acrecentado por la magia de su encanto. Era tan hermosa, tan perfecta, que las palabras se venían abajo como un castillo de naipes cuando me proponía describirla. La Bien Amada es indescriptible, porque escapa a todo dibujo de la mente. Fina, proporcionada, y a un tiempo misma plena de formas rotundas y armoniosas. Ese andar lento y majestuoso, con cadencias de árbol y de ola. Ese porte arrogante y distinguido. Esa soberbia planta femenina victoriosa de los ojos de los hombres. No la virgen tímida, lánguida, del esplendor romántico, sino la diosa atrevida y fuerte que adoró el heleno: pasaba serena, segura de sí misma, sin hacer caso de los requiebros y las torpezas de los viandantes.

Era como si la belleza se hubiera puesto a caminar.

Irradiaba dicha, esparcía perfecciones. Verla, era sentirse capturado por su hechizo. Querer profundizar en el misterio de su belleza intacta, comportaba, de súbito, la revelación de que Gradiva no tenía dueño; y la conciencia de esa grandeza que se sustentaba de sí misma, la hacía más bella, más deseable. Y no era una figura estatuaría, ensoberbecida por sus dones físicos, sino la mujer espontánea, de noble naturalidad, desprovista de toda afectación. El recato para los extraños. Yo recordaba su voz bien timbrada, dulce de oír como los juegos del agua... La sencillez con que devoraba manzanas en el paseo colmado de muchachas bien compuestas y petimetres presuntuosos... Esa extraña mezcla de vestal y de amazona, que guardaba el enigma de un alma esquiva y podía manifestarse con audacia en los actos de una voluntad señora de su riesgo.

Se burlaba con donosura, sin herir al atrevido o al pretendiente, como queriendo alzar un muro invisible entre el aspirante y su vedada intimidad.

Y si era cierto, que cualquiera podía admirar la rara hermosura de sus ojos, sólo yo me había mirado en el fondo profundísimo de ese mirar encantado; sólo yo había recogido la llamada sutil de ese país misterioso que habitaba la diosa-doncella, mujer y niña al mismo tiempo, también a la espera de un destino ignorado.

Dos, tres veces, en rapidísimos aleteos de pestañas, había sorprendido la ternura escondida de los ojos maravillosos. Detrás de la deidad inaccesible, dormía la mujer. Y Ella era la elegida, una entre todas, porque también yo sabía que bajo la figura perfectísima latían una inteligencia preclara, un alma exquisita, desconfiada de vulgares y osados pareceres.

Pensaba en el bien perdido y mi dolor se acrecía, pero simultáneamente se orientaba a una nueva dimensión donde la angustia se transformaba en lenta y recogida alegría. Era dichoso en mi penar sin horizonte, me iba creando una peligrosa atmósfera de satisfacción en la tristeza, y acaso me habría sumergido en las nieblas disolventes de la costumbre, sólo en mi amor y en mi penar, si un incidente imprevisto no hubiese cambiado las cosas.

Decidí asistir al baile de Palacio no sé si por curiosidad, por salir de mi pertinaz aislamiento, o precisamente porque ella no asistiría, pues la prensa anunciaba que viajaba con su padre.. Bajo la camisa de seda, vistiendo el smoking impecable, ¿qué hombre joven no se habría sentido feliz? Entonces la sociedad era reducida, todos o casi todos se conocían, y esa fiesta anual en el viejo Palacio de Gobierno constituía el acontecimiento cimero en la vida de la población. Allí estarían mis amigos, sus familias, sus enamoradas, políticos, diplomáticos, hermosas damas, hombres importantes, ese mundo movido y variado que mi condición de periodista me hacía frecuentar sin desmedro dé mi soledad interior.

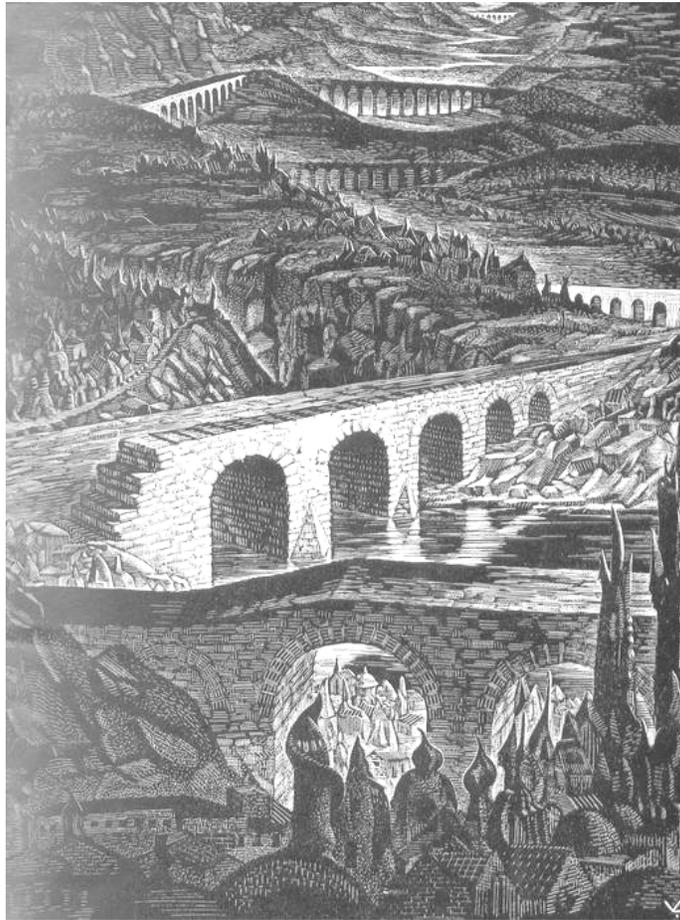
Mientras subía la tendida escalinata, pensaba que en cierta manera era un vencido, un postergado. ¿Qué buscaba? Estuve a punto de volverme y abandonar la fiesta. Bruscamente, otra idea contraria anidó en mis sienes: yo, con mi imposible amor, era más fuerte que todos los jóvenes rebosantes de vida y de ambición. Nadie podía arrebatarme el derecho de amor a Gradiva, ni ella misma. ¿No es más grande el guerrero que sale a librar combate sabiendo que su causa está perdida?

Un jovenzuelo perdido en el torbellino del gran baile anual. ¿qué podía significar? Nadie repararía en mí y yo podría observar tranquilamente a todos. Su imagen inalterable me acompañaría sin descanso, y sufriría, sería dichoso alternativamente, porque pocos alcanzan el don de soñar con el ideal y entrecruzarlo en la trama de su vida.

Al cruzar el umbral del vasto salón era ya el caballero de la Orden que abre todas las Puertas menos Una.

Han pasado tantos años del baile que fijó mi destino, y sin embargo sigue alumbrando mi vida como un sol inquebrantable.

Me parecía estar en el interior de un imperio submarino. Columnas, mármoles, espejos. Las parejas se deslizaban raudas por el parquet resplandeciente. Alternaban sin pausa las orquestas. Una profusión de luces bajaba de las grandes lámparas de cristal o brotaba de los muros. Los hombres condecorados, daban una sensación de envaramiento bajo las camisas rígidas y los altos cuellos duros; las damas enjoyadas, de peinados altaneros, se movían con gracia y distinción. Ellos como de mayor nobleza y simpatía. Ellas como más hermosas. El humo de los cigarrillos, el calor de los cuerpos, la intensa movilidad de los danzantes esparcían una tenue cortina de vapor. En el inmenso salón barroco se formaba una fantasía cromática de luces y colores. Muchachas bellísimas, elegantes, seguras de su natural encanto; jóvenes ágiles y esbeltos en actitudes petulantes. Del gran salón azul, de sus muros celestes, y de los juegos de las luces se desprendían mágicos tornasoles que acentuaban el imperio del oro y del azul. El rápido ritmo de centenares de parejas contrastaba con la severa inmovilidad de los muebles antiguos, los cuadros,



Grabó Víctor Delhez

“... como queriendo alzar un muro invisible entre el aspirante y su vedada intimidad...”

las arañas centelleantes de cristal. Había como un aire estudiado de dignidad en las gentes, y una como grandeza mansa y bondadosa en las cosas. Giraba, todo, en remolinos en fuga que se acercaban o se distanciaban al modo de estrellas misteriosas. Era el cielo en movimiento: constelado de soles nocturnos, de pedrerías fulgurantes, cometas de larga cauda las jóvenes encantadoras, estrellas fugaces las caras de los amigos. O el bosque animado de altos ramajes flexibles que agitaban los oboes de un viento incomprensible: voces y risas, gestos y giros, tropes ondulantes de seres nobles y simpáticos cuyas figuras viven todavía talladas en la madera del tiempo. Estaban todos, amigos y enemigos, lindas y anodinas, cautivadores y desagradables; pero en verdad nadie aparecía realmente desagradable en ese torneo de belleza y distinción donde cada cual si no sobresalía por natural señorío, se hacía perdonar la opacidad del propio lucir en el general contentamiento de la asamblea. Y las miradas se buscaban, los murmullos volaban como flechas cálidas, el juicio desdeñoso se cruzaba con la apreciación admirativa. Rivales algunos, la mayoría se sustentaba de su propia alegría y poderío, como si un filtro hubiera hechizado a todos dándoles un extraño poder de alteración que convertía las triviales vidas en pasajera grandeza circundante.

Compartiendo la animación de la fiesta pero sin mezclarme directamente en ella, reclinado en una columna, fumaba, miraba, admiraba las excelencias de la vida cuando la contemplan

veintidós años viriles y entusiastas. Ella no estaba en el ambiente maravilloso, en el cual habría reinado sin rival. Tal vez ni siquiera me recordaría... Pero al no estar en la fiesta, me hacía a un tiempo prisionero de su imagen, libre de todo deseo contingente. Yo estaba solo, atado a un amor imposible; me sentía, no obstante, fuerte, poseído de una extraña dicha melancólica. Era un rey, destronado, pero siempre regió en mi soledad y en mi caída, porque amar a Gradiva o su recuerdo, y el misterio de ese amor sin esperanza que no podía confiar a nadie me acrecía ante los demás y ante mi mismo.

La fiesta estaba en su esplendor. Volvía a sacudirme la sensación del antro submarino en el gran espacio cerrado donde el oro y los tintes azules predominaban con insistencia.

Carlos Leiva, periodista y estudiante como yo, se aproximó cordial en son de reproche:

—Mateo: no te vas a pasar la noche sin bailar. Ven, ámate.

Me disponía a contestarle cuando un rayo me quitó el habla y movimiento: soberana en belleza y majestad Gradiva pasaba del brazo de su padre.

Leiva, que ignoraba mi secreto y no había reparado en mi sorpresa me sacudió del brazo:

—¿Qué te pasa? Estás pálido. Has fumado en exceso.

Me dejé llevar a una sala lateral, aspiré profundamente aire puro desde una ventana y volvimos juntos al baile.

—No te preocupes — le dije —. Ya pasó. Te voy a demostrar que puedo competir en agilidad y resistencia con cualquiera. Bailaremos sin parar.

Pero en lo íntimo me sentía como acobardado y angustiado. Bailar con ella aparecía imposible. Sin ella, no tenía sentido.

Y allí, cerca, la diosa marina recibía los homenajes de sus súbditos congregados.

DEL BUEN CAMINO

¿Por qué en nuestra América surgente la juventud, en fuerte proporción, elude las disciplinas áridas, la vocación profesional, el oficio laborioso, para entregarse al fácil torbellino de la política, a las ventajas transitorias del poder?

País en crecimiento, país en movimiento. Se concede a la acción lo que se sustrae al pensar.

Quiere, el joven, despertar prematuro, rápido actuar. Lo impacientan estudio y reflexión. Los grandes espacios vacíos, la falta de competencia, el semidespoblamiento, incitan al hacer. Atropellar, improvisar, audacia en el arranque: he aquí los caminos del estudiante sudamericano que se hace actor de la vida nacional sin haber aprendido el papel humano y social con sensatez.

Noble y alto es ver una juventud apasionada, segura de sí misma, que se embarca en grandes empresas henchida de idealismo. Pero observar la ambición sin causa, la inquietud desmedida, el fachadismo oportunista apena; porque del alma joven se ha de esperar sanas explosiones, no pasiones ciegas.

Aprende a manejar las riendas de tu carrera — diría yo al adolescente.

Un joven estudiante, entre burlón e inquisitivo, dicho:

—¿Cómo podremos creer lo que dicen ustedes, los intelectuales, si sólo nos dan contradicciones? Yo quiero seguir un camino determinado; digamos, por ejemplo, la política, y usted mismo, señor Mateo, me abre y me cierra el camino.

—¿Cómo así?

—En uno de sus ensayos dice usted: "La política es una mugre". En otro: "La política es el deber". ¿Cuál dice verdad y cuál miente?

—Ambos son verdaderos, según el tiempo y la circunstancia en que los apliques. Si la tomas como un simple medio de ascenso y figuración, si abusas del poder y de la intriga, si te envileces en el ejercicio de la fuerza, la política es ciertamente una mugre. Si la ejerces con vocación apostolar, tomando sobre ti la carga de los demás, con un sentido responsable de tu tarea, del servicio a tu comunidad, la política resulta el deber supremo. No hay contradicción; hay solamente diferencia de enfoque y de conducta.

El estudiante se ríe sarcástico:

—Yo no entiendo esas sutilezas. Yo creo en la política porque es el mejor instrumento para surgir rápidamente.

Y esto es, también, verdad.

Parece que un genio maligno sopló al oído de jóvenes y estudiantes:

—Busca la línea de menor resistencia: ella te abrirá todas las puertas.

Líderes y masas quieren mandar, obtener todo, derribar cuanto se oponga a su capricho. La educación de la voluntad deviene satisfacción de los deseos y apetitos. Esta profunda inmoralidad es la que desvía y frustra a muchos. Adular al poderoso, menospreciar al débil, intrigar con todos, contra todos, mentir, fallar a la palabra empeñada, aprovechar cualquiera coyuntura para aplastar al rival.

La avidez de poder malogra la voluntad.

Pero yo tengo fe en la juventud. Sé que saldrá de la vorágine. Y volverán constancia, disciplina, esfuerzo sostenido. No importa la pasajera confusión. La rebeldía exasperada de hoy será la energía dominada de mañana. No desespero.

Verdad que mi palabra no es escuchada ni mi conducta sirve de norma. Modelos fáciles embriagan a los que comienzan, porque en tiempos de transición mandan audaz y vocinglero; pero ello no define permanencias. La juventud hallará por sí misma su camino.

Y al desorden, al nihilismo, al éxito fácil, sin escrúpulos, opongo una ética de rigor, una estética de esperanza. Y a los jóvenes digo, a las almas que despiertan:

—Os exijo porque os amo. Buscad la senda más larga y más penosa. Ceded el paso a logreros y arribistas: persiguen metas efímeras. Porque la buena victoria se alcanza fatigando el carácter. Y nadie es hijo del azar, sino criatura de su hechura. No os amarguen éxitos ajenos ni rápidos encumbramientos. Persistid en la virtud, en la justicia, en el culto a lo noble y a lo bello. Porque no el dominio y usufructo del mundo material dignifican al hombre, mas la ciencia interior que guía a una conciencia recta, la sumersión en los valores del espíritu.

Perder, ganar... ¿Qué significan? Sólo cuenta el combate que se libra con fe, coraje, y arrebatada decisión.

Y al joven enseña que no se aproxime al maestro brillante, sino al sincero. Porque palabras sencillas y vida digna conducen más lejos que los ejércitos de Alejandro.

EN LA MISTERIOSA LEJANÍA

Es un pueblito perdido en la vastedad de los altiplanos. El camino pasa por la plaza principal, pero como ésta carece de atractivos y el paraje se presenta desolado, los viajeros pasan de largo. Nadie ha preguntado su nombre. Nadie se ha interesado por los dos o tres mil habitantes que lo pueblan, ni por los núcleos indios aledaños. Para el turista ávido de novedad y movimiento, es un sitio muerto que nada dice a su mirada inquisitiva.

Si los viajeros se hubieran detenido un par de horas en el pueblito habrían conocido unas huellas de dinosaurio petrificadas en la roca. La iglesia colonial, producto del barroco americano, que en sus muros, lienzos y ornamentaciones atesora delicias del arte mestizo. Una caverna maravillosa, a pocos kilómetros del villorrio, capaz de satisfacer al espeleólogo y al aventurero. Ceramios finamente trabajados. Aguayos multicolores de fuerte urdimbre. Habrían visto las danzas totémicas de los indígenas, exóticas de ritmo y vestimenta, cuya significación simbólica se pierde en el tiempo. Habrían recogido los aires melódicos y monótonos de músicas primitivas. Del monte próximo, una leyenda. Del lago, una tradición. Del arbolar que agita el viento, una conseja. Y del habla poblana unas vetas lingüísticas, unos modos de expresión arcaicos y exquisitos, como solían manejar los clásicos. Aquí un organismo marino que el tiempo convirtió en piedra; allí unos estratos geológicos que hablan de millones de años pasados; más allá una estatuilla armoniosa que evoca civilizaciones desaparecidas. Paleontólogos, geólogos, arqueólogos tendrían mucho que observar. El sociólogo se nutriría de verdades nuevas, el folklorista y el esteta absorberían esencias jóvenes. Los campesinos se manejan por usos e instrumentos viejísimos. Hay un observatorio solar, allá en la cima de un cerro distante, que se ignora si fue obra del Inca o de los Kollas. Y dos "pucarás" o fortalezas eminentes que guardan los valles de acceso al pueblito. Y tantas cosas más en el paraje y sus habitantes que sólo revelarían la búsqueda inteligente y la amorosa frecuentación.

Así son los pequeños pueblos interiores de América, de la América india, de la América mestiza, de la América no transatlántica, no cosmopolita, no desarrollada, que viven fuera del tiempo vertiginoso de yanquis y europeos.

No diré que sean cosa mayor ni mejor que las ciudades o las urbes donde el moderno transcurre asediado por las incitaciones del contorno, resistiendo las múltiples presiones del medio y de las gentes. Pero sé que frente al brutal ordenamiento civilizado, basado en el número, en el aprovechamiento matemático del tiempo y del espacio, en la tensión igualadora de la técnica y las máquinas, estos oasis reducidos y alejados de arcaica geometría, guardan veneros de ternura para el buen buscador.

Puede llamarse Achumani, Toro-Toro, Sipesipe, Achokalla, Monterani... Un torrente de nombres y pueblos remotos, de poética genealogía, que una diáspora secreta dispersó en la abrupta geografía del hemisferio sur.

Son tantos, tan bellos, tan diversos entre sí. Dicen que los diosillos comarcanos los protegen, los esconden del mirar comercial y explotador. Tal vez un día la explosión demográfica y el progreso de las comunicaciones rompan el sello de su misteriosa lejanía.

No será muy pronto. Entretanto yo exalto a "Pacha", el Dios Cósmico del Ande, la deidad más antigua y más oscura en la teogonía andina, que dejó la impronta de su genio legendario en el paisaje, en la raza, en la memoria de las generaciones. Porque estas cosas, estos hechos, estas presencias escondidas que apenas dejan entrever su mensaje, tienen en verdad raíces tan lejanas que la Colonia y la República absorbieron y modificaron sin apenas comprenderlas.

No repares en lo excelso ni en lo numeroso solamente. También conviene aproximarse a lo pequeño y solitario.

ILLIMANICA TERCERA

La receta era simple, si se la sabía aplicar; y él venía aplicándola con éxito infalible. Vigilaba, vigilaba sin tregua, contaba con el mejor servicio de informaciones secretas. Sabía los

pasos y los propósitos de conspiradores y opositores. Varias redes de espías abiertos y encubiertos que operaban aun dentro de los círculos oficiales, le permitían conocer, diariamente, el movimiento político en el país. Y con extrema precisión, pues sus informantes, temerosos del castigo si se equivocaban, evaluaban previamente las noticias. Movía los hilos del juego con habilidad, muchas veces provocando situaciones que los otros no se atrevían a suscitar. Graduaba justamente las probabilidades de riesgo, hasta las afrontaba deliberadamente, pues conocía su fuerza y la de sus adversarios. Sabía cómo y cuándo comprar o desarmar a un enemigo tocando los puntos vulnerables de la miseria humana. Y cuando se cansaba de vigilarlos, del ajetreo interno, requerido de tiempo para emplear sus energías en cosas mayores, dejaba que se produjera el estallido revolucionario; algunos muertos, muchos heridos, una redada de 200 o 300 cabecillas en partidos y sindicatos y se ganaba ocho a diez meses de calma, los suficientes para desarrollar su tarea administrativa, los precisos para que los diezmados volvieran a reconstituir sus filas. Entre las suyas, naturalmente, procedía por rotación, por cambios rápidos de hombres, por enfrentamientos entre los más encumbrados. "¡Que no se vayan a engrerir, caracho! El poder es cosa efímera. Sintiendo inseguros serán siempre leales". Y los otros, los rebeldes, que piensan que trasladando al día las horas de una revuelta en la madrugada tendrán éxito, "desgraciados": están tomadas todas las medidas para evitar el estallido. ¿Cómo pueden confiar en la victoria si los resortes del poder — cincuenta contra uno — están, invariablemente, del lado de quien gobierna? "Los Verdes conspiran activamente; antes de 3 meses les sentaré la mano. Es más peligroso Benavides que Justínez: habla poco y obra más. Los grupos cívicos no son inquietantes, por ahora. Abren campo a nuevas ideas, a métodos desconocidos en el ambiente, pero cuando ingresen a la acción política, desenlace inevitable, comenzarán a cojear como los otros. Esos idealistas, esos soñadores románticos que creen que manejar masas es tan sencillo como pronunciar discursos líricos... "El ejército está tranquilo; hay que seguir azuzando a los tres generales más ambiciosos entre sí, pues el equilibrio nace de su división". Democracia ¿qué es democracia? La libertad sólo condujo, en estas naciones subdesarrolladas, al tumulto, al desorden social, a la anarquía política. Bien podían agradecerme, los infelices, civiles y militares, la paz, el orden, el progreso que les vengo asegurando desde hace ocho años. ¡Los muy bandidos: critican todo y no aportan nada a la gran construcción nacional! No puedo hacer nada efectivo por el pueblo porque el pueblo no ha despertado todavía: no es su hora. Mi sucesor tendrá que organizar las masas. Pero falta tanto, todavía...

El Amo gobernaba con mano de hierro. No admitía deserciones, desvíos en su campo, ni alzamientos en el contrario. Gobernar es mantener el equilibrio entre los que mandan y los que censuran. Y a los teóricos que le aconsejaban programas doctrinales, planes definidos para el progreso, el Dictador respondía secamente:

—Hacer, hacer cosas, como yo las hago, todos los días. No hay mejor programa ni planes más definidos.

Del otro lado no se pensaba lo mismo. El gobierno estaba entregado a la oligarquía financiera, o la manejaba a su antojo, mas siempre defendiendo sus intereses. Daba espaldas a la clase media, vivía olvidado del pueblo y de los campesinos. En apariencia la ley, en el hecho el uso y el abuso del poder, el capricho del gobernante y de sus áulicos. Los negocios no prosperaban si no otorgaban participación al régimen. Se violaba el refugio familiar. Se detenía ciudadanos, se los maltrataba, se los torturaba; largos y penosos confinamientos doblaban su voluntad. Parientes y amigos sufrían la embestida de los sayones policíacos. El amigo del Dictador, el próximo al mundo oficial podían esperar cualquier beneficio; los adversarios, los alejados, sólo inseguridad, temor, atropellos. Leyes y garantías se aplicaban unilateralmente en favor del partido gobernante y de los suyos; no contaban para la mayoría desafecta al Dictador.

Dos períodos sucesivos de mano fuerte habían desmoralizado a la ciudadanía: intrigar, lisonjear, someterse al más fuerte era la regla común. Ganar dinero de cualquiera forma también. Y cuando algún osado se atrevía a disentir públicamente, se le hacía apalear por matones adiestrados, o se tocaba cualquier resorte de su vida íntima hasta doblegarlo.

El cholo Fortunato, en su pequeño taller mecánico, se mofaba de las razones de su compadre, Heriberto Castañales.

—¡Macanas, viejo! Todos dicen lo mismo y no cumplen nunca. Tengo 48 años, y hasta "ahurita" no he visto al gallo que responda en el Palacio. Nos necesitan antes de subir... después se dan la vuelta.

El Heriberto insistía, bien adoctrinado:

—Así, solito, no puedes hacer nada. La ventaja del partido político es que nos iguala a todos. ¿Sabes cómo me ayudaron cuando se quemó mi carpintería?

—¡Claro, si eres dirigente de los gremiales!

—No, no era por eso. Es que el Jefe de los Azules, mi Jefe, quiere a los artesanos y a los obreros. Está con nosotros. ¡Recio es!

—Los maneja para sus fines. ¡Qué bobo eres!

—Eso sí que no; a mí no me maneja nadie. Yo estoy con los Azules porque sirven al pueblo. ¿No has leído el proyecto de mejores salarios que presentaron en la Cámara?

—¡Mejores salarios! Heriberto, no seas burro: sabes que no habrá aumentos este año. ¿Por qué le crees al mentiroso y no al que manda?

—El señor Idiáquez no es un mentiroso...

—Los políticos sólo saben mentir, engañar. Te dejas llevar del hocico, como un chanchito...

—Fortunato, no insultes. Acordáte que somos compadres.

—Está bien, retiro lo del chanchito, pero me da pena que te dejes envolver con esos aprovechadores.

Se miraron afectuosos y luego el Fortunato arremetió:

—No necesitamos unirnos para que ellos nos manejen. Algún día tendremos que juntarnos para actuar solos, por nuestra cuenta.

—Es que ellos saben más, leen, se han preparado. Eso de la teoría, de la doctrina, es bien difícil, viejo. Mejor es que dirijan los que han estudiado.

—¿Qué han estudiado? El arte de robar, de mentir, de explotar al pueblo. Heriberto, no seas angelito...

—¿No aceptas entrar al partido de los Azules? Yo te aseguro que te harán líder, jefe de grupo, al tiro.

El Fortunato lanzó una carcajada:

—¡Yo, jefe de grupo! ¿Y para qué? Fortunato, sin patronos, es toda la vida mejor que Fortunato perro del amo. ¡Ja, ja, ja!

El Heriberto, amoscado, bebía su cerveza lentamente. Luego, como inspirado demandó:

—¿Tú apruebas las barbaridades del Dictador?

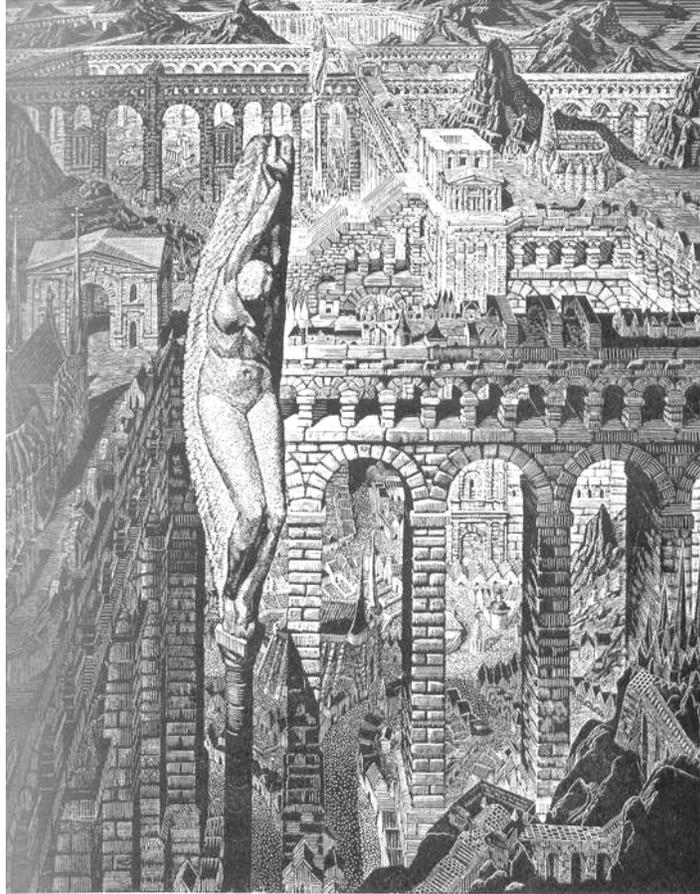
¡Claro que no! ¿Pero qué puedo hacer? Ya me han zurrado treinta palizas por valiente...

—Ya sé que eres guapo... Justamente, por eso, necesitamos hombres como tú en el partido... Si te animaras...

—No friegues, ya, Heriberto. Los cholos debemos luchar y defendernos solos. Yo no caigo en la trampa de los caballeritos.

Y los Azules no pudieron obtener la adhesión del Fortunato, líder nato, sin causa, sin partido, valiente y camorrero, que sabía encender los ánimos obreros sin importarles un ardite las consignas de los políticos.

El Consejo de Gabinete delibera sobre la elevación de impuestos. El Ministro de Finanzas, Ortuvio, propugna el principio social-cristiano: los que más ganan deben tributar más, y se debe reducir las tasas sobre los salarios menores. El Presidente de la República zanja la discusión sentenciosamente: "está bien, subiremos algo a los ricos, pero no mucho, porque una cosa es la teoría y otra el equilibrio real de la economía. Además, ellos están con nosotros". Los diarios acogen contados artículos en favor del gobierno y muchas críticas en su contra; de otro modo ¿cómo vender el periódico si se mostrara favorable al régimen? Las radios propalan chismes y rumores a granel. Las cámaras de industria y de comercio sesionan reservadamente y separadamente para analizar la estrategia que conduzca a la reducción de aranceles, y a la represión del contrabando. Y en los barrios bajos también se reúnen minoristas y contrabandistas, urdiendo nuevas tácticas para escapar a la acción vigilante de inspectores y aduaneros. "Hay que darles más participación". En los colegios unos estudian y otros hacen política. Los cuarteles tranquilos: la disciplina es un encanto. Se agitan los círculos eclesiásticos: ¿por qué la Iglesia habría de mantenerse pasiva? Colocarse al lado de los desposeídos, denunciar al Estado y a la plutocracia es ponerse a tono con las Encíclicas Papales y con las corrientes revolucionarias del mundo. El partido Azul prepara su revuelta. El partido Verde, recientemente golpeado, se achica y disimula: no es su hora. El general Denevi comienza a preocupar al gobierno. "Déle un cargo en el exterior. Los políticos se están fijando demasiado en él". Las cholas de los mercados protestan por la rigurosa inspección de la Municipalidad: los precios se mantienen por fuera y fluctúan por dentro a capricho de vendedora y comprador. Las fábricas de materiales de construcción, albañiles y peones contentos: no hay desocupación, se edifica intensivamente: nuevas casas, nuevas calles nuevos barrios. Los viejos artistas e intelectuales creen seguir siendo lo más importante en la ciudad, sin percibir que ella les reserva un área mínima. Los jóvenes, más realistas, padecen el vacío de la sociedad industrial, mecanizada: protestan, se amargan, son existencialistas, rebeldes porque sí. Sufren el impacto de la deshumanización tecnológica. Un tráfico excesivo, muchos automóviles, muchas motocicletas, muchos camiones, muchos omnibuses, muchas gentes que se aglomeran en las esquinas. "¡Pero vaya usted a buscar un hombre de verdad, un hombre íntegro, en el río ciudadano!" El aire es todavía puro, porque las fábricas no son muchas, están lejos del perímetro central. Los presos, delincuentes y políticos, dudan de que existe un Dios que los desamparó. Los optimistas, agradecidos, creen en Él. Los lustradores de calzado han recogido muchas novedades de labios de sus clientes. En bares, en cafés, en las esquinas, se ha destruído y reconstruído muchas veces el país. "No puede usted negar que esta falta de libertad, este abuso del poder son intolerables. Había que hacer esto, esto, esto y esto". El que escuchaba contesta burlón: "Yo no simpatizo con el Amo, pero antes que él viniera las cosas estaban peor". El crimen de ayer conmueve a la población: una mujer celosa ha matado con un cuchillo a su marido en pleno sueño. El grupo cívico prepara una gira a las minas: quiere conocer y denunciar la realidad social en el subsuelo. Los pro-yanquis aplauden la ayuda norteamericana. Los pro-rusos la combaten soezmente. La mayoría de los pobladores, indiferente, prefiere ocuparse de política interna, del deporte, de los cantantes de moda. Y el correo se llena de gentes que entran y salen cargadas de cartas y paquetes que harán su felicidad o su desdicha. Las tiendas venden bien; mejor los almacenes de comestibles. La raza ha mejorado, biológicamente: abundan lindas mujeres y hombres bien constituídos. Ahora todos visten adecuadamente. Y aunque la ciudad se divide en áreas diversas, sin fronteras visibles, lo cierto es que se la puede recorrer de extremo a extremo en pocos minutos y en visiones sucesivas aparecen, contactados pero no confundidos, el mundo indio, el mundo cholo, el mundo de clase media y el mundo de los pudientes. Y si el tiempo edénico renace para los sanos de corazón que recogen las escenas de paz y de alegría aun en medio del tráfigo urbano, también el infierno apocalíptico brota de la desgracia, de la miseria, del fondo dramático de arrabales y conventillos, como no los presentaría mejor el buril sombrío de Víctor Delhez en sus grabados nocturnos trascendidos del dolor y el sentido del mal que acosan al hombre de hoy.



Grabó Víctor Delhez

“... hija de los montes altaneros, del espacio en movimiento...”

Porque la ciudad es así: todoparidora, magnánima, cruel a veces. Lo encierra y lo entrega todo. ¿Para qué viajar, para qué buscar en remotas lejanías, libros exóticos, o bajo cielos incógnitos? En el hoyo gigantesco surge, se agita, se dilata un cosmos infinito de realidades térreas y humanos haceres, que jamás se agota para quien sabe mirar, para quien sabe absorber las radiaciones galáxicas del solar nativo.

Mateo amaba trepar los montes. Se fijaba una meta distante, se iba cerro arriba, cruzando quiebras y riscos. Conocía las cimas más encumbradas que circundan el cuenco paceño. El Chiar-Hake, el Phamphasi, la ceja de Achokalla, los filos colorados de Calacoto, las vertientes de Achachicala, los taludes que ascienden por el norte y aquel corte de abanico que mira a la cordillera de los Yungas.

Esa tarde, bajo un sol ardiente, escalaba la serranía mirafloreña. Dos, tres horas de ascenso. Faltándole pocos metros para alcanzar la cumbre encontró a un indio joven, de noble aspecto, sentado al borde mismo del sendero. Inmóvil, sin parpadear, escrutaba el horizonte. No reparó o no quiso reparar en el intruso. Mateo pasó a su lado. Avanzó unos pasos y se volteó: el indio no había cambiado de posición, seguía mirando hacia el confín. "¿Es una estatua, es un ser humano?" Una vez en la cima disfrutó a pulmón pleno el aire finísimo de las punas: Se regocijó en la soberbia visión del hoyo paceño y de la quebrada de Irpavi. Allí, en el fondo, un pináculo de

tierra, natural o artificial, le hizo soñar en un enterratorio kolla. El vacío abierto a sus pies le infundía una sensación indescriptible de grandeza y soledad. Pero allí estaba, al fondo, el nevado inmutable para recordarle que aun el abismo obedece a leyes que lo rigen y presencias que lo acompañan en su trastornante realidad. ¡Cuán bella y grandiosa la ciudad natal, vista desde las cumbres, reclinada en el hoyo fantasmal, hija de los montes altaneros, del espacio en movimiento, criatura, ella misma, de los trastornos de la naturaleza y de las revoluciones de la mente!

Bajaba saturado del hermoso espectáculo, después de haber permanecido largos minutos en la cima. Al voltear un recodo divisó al joven indio: estaba en la misma posición que lo dejara al subir al cerro, mirando fijamente a la lejanía. El sujeto le inspiraba simpatía y también la curiosidad jugó su parte. Se aproximó lentamente y cuando estuvo a su lado interrogó:

—¿Qué haces, muchacho, mirando a lo lejos?

El aludido no se dio por enterado. Silencio.

Mateo insistió con suavidad:

—¿Por qué no quieres contestarme? No soy tu enemigo.

Nuevo silencio. El indio seguía mirando a lo lejos.

Mateo se dolió por el obstinado silencio. ¿Sería un sordomudo? Haría la última tentativa.

—A mí me gustan las montañas. Quisiera aprender a mirar como tú, largamente, largamente...

Entonces el muchacho indio, sin dejar de mirar al horizonte dijo tranquilamente:

—Andate, niño. Tú no puedes entender esto que yo hago.

Mateo sintió el áspid del amor propio.

—¡Que yo no puedo entender...! ¿Acaso es tan difícil?

El indio joven le respondió con parquedad:

—Otra cosa es... Mejor sigues bajando.

Mateo miró su faz oscura, los ojos clavados en el confín, la absoluta inmovilidad del cuerpo. Decididamente: no quería conversar ni abrirse al intruso. Continuó el descenso, pensando en las palabras del muchacho: "Otra cosa es..." Otra cosa. El mundo que habita el blanco es uno, el que puebla el indio otro distinto. ¿Qué extraña relación ata al indio y a la montaña? ¿Podrías, tú mismo, permanecer horas, inmóvil, observando el paisaje? Seguramente: no. Ese don de comunicación del civilizado ¿no es una llave que abre todas las puertas; y esa virtud de silencio y recogimiento del indígena no equivale al arte hermético de guardar sus sabidurías? Otra cosa... ¿Por qué otra cosa, otro concepto del mundo y de la vida, otro estilo en la persona y en la relación de convivencia? Cuando el indio se amestiza y a través de dos o tres generaciones se incorpora al vivir occidental, puede alternar con criollos y mestizos; pero si permanece indio de alma, vestimenta, y quehaceres, sólo se abre a sus iguales, es impermeable a los intrusos que penetran su mundo cerrado y desconfiado. No son así los nativos de los valles y los llanos; sólo el indio de los altiplanos es hurafío, reservado. Se niega a entregar sus secretos. No quiere ser conocido. "Mejor sigues bajando..." ¿Para qué quieres subir al misterio del indio y su destino?

Pero Mateo amaba a los indios, campesinos o gentes de ciudad, y se prometía que a pesar de su mutismo vencería su tenaz resistencia: ir a ellos, si ellos no quieren venir a nosotros. Ellos esperan una siembra de comprensión y de ternura: el niño indígena, abierto y alegre, lo demuestra. Sólo el indio adulto madura en desencanto y soledad.

Idiáquez, jefe del Partido de los Azules, sostenía una charla íntima con el teniente coronel Luzardi, subjefe de la guardia de Palacio.

—Faltan cuatro meses, pero como usted ve, mi coronel, el plan es perfecto. Dividimos la ciudad en 76 sectores; a cada uno se le asigna un grupo de choque y dos jefes. Tomaremos los servicios de luz, de agua, de teléfonos. Los transportistas entrarán con nosotros. Usted apresará al Dictador en Palacio y los ministros y demás "capos" del régimen serán tomados en sus casas. Los comandantes de los tres regimientos más adictos al Amo serán eliminados por oficiales jóvenes. También habrá que suprimir al Jefe de Policía. ¿No le parece bien planeada la cosa?

—En teoría, sí... ¿Pero y los hombres?

—¡Nuestra gente es de absoluta confianza!

—No se crea tan seguro. Hay espías y delatores.

—Coronel, no sea usted pesimista. Esta vez la cosa va en serio. Tenemos dinero para "ablandar" a los más duros, decisión a toda prueba, en fin: venceremos!

—Se dice siempre... ¿Y los últimos fracasos?

—Tentativas mal conducidas.

Y el coronel Luzardi argumentaba, desconfiado:

—¿Se alzarán el pueblo? Sin él nada podremos.

—Ya lo hemos previsto. Haremos bajar de peso el pan días antes, habrá ocultación de víveres. Una ola de rumores propalará que el gobierno suprimirá los aguinaldos a empleados y obreros. Sacaremos los estudiantes a la calle la víspera y sacrificaremos a dos o tres, por la espalda, para presentarlos como víctimas del régimen...

—¡Pero eso es asesinato! Yo no retrocedo ante matar políticos corrompidos, mas eliminar estudiantes inocentes...

Idiáquez se mofó sarcástico:

—¡Vaya, vaya, no le conocía esos sentimentalismos mi coronel!

—¡Matar estudiantes, no!

—Bueno, pues: los balearemos en los pies. ¿Conforme?

Antes que Luzardi pudiera contestar, entró un hombre y entregó un paquete de regular tamaño al Jefe de los Azules. Este, volviéndose al visitante, se lo entregó expresando:

—Estamos de suerte, mi coronel. Aquí tiene estos cincuenta millones: son para usted.

Luzardi rechazó con la diestra y repuso secamente:

—Yo no me vendo. Usted sabe que entro en esto para vengar la muerte de mi sobrino Filiberto.

Idiáquez sonrió desconcertado:

—Bien, bien, pero podría usted necesitarlos para sus soldaditos...

—Actuaré solo.

El político, receloso, preguntó:

—¿Pero entra usted?

—¡Claro que sí!

—Bien, pues. Entonces no conviene que nos veamos más. Hay mucho espionaje. Le avisaremos tres días antes la hora exacta y la fecha del alzamiento.

"Es decidido, pero la conciencia le pesa más que las espuelas" — comentó el uno. "Estos zorros, duchos y capaces... Puede vencer... y una vez arriba ¿sabrá gobernar? No es mi problema" —pensaba el otro.

Petricelli, secretario del Dr. Meneses, intentaba un "flirt" con la bella Carlota Antúnez para sonsacarle secretos de Justínez, jefe del Partido Azul, cuya oficina frecuentaba aquella. Gonzalo "trabajaba" el ánimo de su amigo Federico "tenemos que entrar en política, hermano, porque de idealistas puros nos vamos a morir de hambre. El grupo debe transformarse en partido". Germán Luciales vigilaba al general Denevi y al coronel Luzardi. El ministro de gobierno desconfiaba del ministro de comercio Iriarte. Justínez, jefe de los Verdes, no podía tragar a Idiáquez, jefe de los Azules; odio recíproco. La revolución podía fracasar pero no darse la mano los rivales. El director de "La Opinión" ensalzaba al Dictador y por debajo se entendía con los conspiradores. El director de "El Telégrafo", más cauto, dosificaba críticas y elogios. Las radios, entre chistes e historietas de mal gusto, vapuleaban a políticos y personajes: sufrían, igualmente, el honrado Ortuvio, ministro de finanzas, y el pícaro Riva Palacio, ministro de gobierno. Luís Alberto, Raúl, y Octavio preparaban la tramoya para una nueva conferencia de Ricardo Vélez Sardón, que versaría sobre la revolución moral. "Este es un iluso — decían los entendidos — hablarnos de moral cuando todo es dialéctica entre política y economía". El doctor Meneses seguía gozando de la confianza del Dictador: todos sus tiros tendían a debilitar la posición de Riva Palacio. El redactor Billy difamaba a su gusto pettechado en su condición de periodista. Benavides, subjefe de los Verdes, tendía las primeras redes para suplantar a Justínez en la dirección del partido. El diputado Quillares seguía hablando de todo sin comprender bien nada. Julia de Vélez Sardón presentía que el grupo cívico no acabaría bien; temblaba por el marido y por los hijos. ¿Sabes, los hombres, las noches sin sueño, las lágrimas escondidas que llevan, con la política, a sus hogares? El indiecito Quispe y el joven Javier realizaban correrías por los barrios bajos cumpliendo misiones ligeras. El coronel Mendivil no encontraba un político valiente y honesto para lanzarse a la revolución. Los potentados lisonjeaban al Amo y bajo cuerda ayudaban a los revoltosos: el dinero alcanza para todos. Rogelio Mariñano, estudiante de medicina, soñaba cambiar la sociedad de raíz: algo nuevo, nuevo, totalmente distinto a lo ya realizado. Ni Lenin, ni Mao, ni Castro; algo mejor. El cholo Fortunato y el Heriberto Castañales proseguían bebiendo cerveza sin entenderse cuando hablaban de política. El Dictador, encerrado en su sombrío palacio, cavilaba intrigas, detenciones, cortar las ganancias de los desafectos, aumentar las de sus partidarios, reorganizar el partido, introducir nuevos métodos de espionaje, apoderarse sutilmente de las industrias, controlar mejor al comercio, una nueva política económica, que engrandeciera la Nación en lo mercantil y sometiera con mayor amplitud hombres y partidos a su voluntad. Y habían miles, miles, miles de hombres y de mujeres, cada cual con su problema, su necesidad, su acción inmediata o futura, casi todos vinculados, dependientes, influidos por la maldita política que lo mueve y maneja todo, directa o indirectamente. Y la novela, como la ciudad, aunque aparente pequeña es infinitamente grande, porque si fuera lícito desdoblarse en el drama individual de cada uno, nunca se terminaría de abarcar y comprender la grandeza y la miseria, el núcleo diamantino de cada hazaña personal, la tremenda lección de energía humana contenida en cada acción por mínima que parezca. Porque se puede revelar y concertar el quehacer de algunos, de muchos, como hicieron Dickens, Balzac, Dostoiewski, pero nadie tiene cien mil ojos ni un millón de mentes para abarcar la sucesión de seres, de sucesos, de problemas internos y exteriores, acciones que explotan irremediabilmente cada veinticuatro horas; cosas, hechos, personajes maravillosos que pocos conocen y nadie recoge en su afán multiplicador. Recorre, solitario, una calle. Mira la multitud que pasa. Piensa en los que habitan esas casas. Son, como tú, muchos en uno. Cada cual un mundo, el torbellino cada cual. Si los pusieras en fila podrías escalar, sobre ellos, las más altas montañas. Si descubrieras sus pensamientos, podrías alcanzar los confines del universo que no es curvo ni finito como quieren los sabios, sino eterno, abierto siempre, haciéndose, huyendo vertiginoso de esa otra fuerza que

quisiera compendiar y comprender lo que le excede. Porque si entendieras la carga de dolor y sacrificio que comporta la vida múltiple, obstinada, estrecha del hombre de ciudad, sorprenderías la santidad de sus pisadas. Te dolerías de él, de los otros, de ti mismo, todos prisioneros del dédalo fatal que circunda con leyes y anillos filiformes todo hacer, todo pensar humanos. Vivimos dentro del Leviatán. Otro vivir más puro late afuera, presentido apenas, en el alto sueño del poeta, del pensador, o del artista. Y Moby Dick, la Ballena Blanca, que atormentaba las horas de Melville, es también el cetáceo descomunal que te contiene, te acosa, te devora y te devuelve, te vuelve a capturar, te fascina y te transporta, te mira, espantosamente grande, desde lejos, te habita, pérfidamente pesaroso, pesa en tus poros y en tu ámbito exterior, está en tus ojos y en tu conciencia, severo, hostigador, en su terrible pesadumbre.

Porque la ciudad, la población, si sabes verlas y entenderlas en su trágica magnitud de aceleración numérica, son la voz de voces, el canto del mundo, la galaxia sinfónica que oído alguno puede recoger en su total grandeza y multiplicidad. Porque no nos fue dado el don de comprender lo Uno, sino solamente lo particular y fenoménico. Y si la Ballena Blanca te anonada, vuelve la mirada al colibrí y al pececillo: también allí residen el enigma y la clave del enigma.

Y esa presencia colosal que deslumbra tus días y reviste de majestad tus noches, severo conductor, callado acicate para el agitado y para el tranquilo, es otra forma del misterio que puebla la inquietud del hombre.

Porque antes hablaron los nevados. Y fueron Dioses.

Y ahora, abolidas las antiguas deidades, quedan las moradas telúricas como testimonio de su hacer y su palabra.

Y ese monte indescriptible — azul y nieve, oro y rosa, violeta y púrpura, verde y azafrán — es también el coro de las almas de los héroes del tiempo de Aka-Pacha-Urake, la Piedra que Señorea la Tierra.

Y si miras en la hondura del gigante, Illimani te responderá:

—Calla y absorbe. Tu alma es puente vivo. Alcanzarás la otra ribera si sabes persistir.

CUANDO LOS DIOS SE ROMPEN EN TU CORAZÓN

Entre un pasado grandioso, de líneas titánicas, y un futuro imprevisible con carga de saeta ¿por qué nos tocó destino de pueblo retrasado? Es la queja de las colectividades de menor desarrollo. Cuando el joven sale de su patria y recorre las urbes, observando el mejor grado de organización, la vida aparentemente más cómoda y regalada del civilizado, se rebela contra pobreza y privaciones. Unos avanzados, poderosos; otros débiles, en retardo ¿por qué?

Es difícil explicarlo. Hado y naturaleza proceden como fuerzas ciegas: no escogen, generan simplemente.

Al que padece hambre y necesidad no le contentarán tus reflexiones. Rebeldes, amargados, agitadores son el producto de una sociedad mal organizada; ¿es que hubo, alguna vez, sociedad bien conformada? La insatisfacción es connatural al hombre. Pero en los países retardados, donde la juventud mira bajo el horizonte y cortas las posibilidades de surgir, el descontento acrece hasta alcanzar la dimensión de lo negativo. Quiere destruir o no hacer nada. Carece de fe. El odio al destino y a los hombres pervierte su sentido moral. Son los rebaños extraviados.

¿Qué podrías hacer por ellos?

La patria te induce a servir al bien común; a la turba no le interesa ser exhortada. Este conflicto trágico entre vocación de conducir y rechazo del medio es el aire que respira el pensador americano.

Aquí se vive, se pelea, se disputa. Pensamiento y diálogo quedan para una estrecha minoría.

—¿Y no has perdido la confianza en estas gentes que te niegan y te rechazan? — pregunta Salvador Muriarte, un ingeniero que dice admirarme sin comprenderme porque no entiende por qué el artista debe enredarse en la maraña de la política.

— No la he perdido.

Muriarte me mira burlón. No quiere herirme, pero su naturaleza realista lo lleva a insistir:

—Si ellos no te aman ¿para qué te les aproximas? Tu voz, tus escritos son como reproches que los agravian.

—Ellos tienen el derecho de negarme, yo el de persistir en servirlos.

—En la juventud te conocí luchador temerario: lo desafiabas todo. Ahora parece haber cambiado la espada del combatiente por la cruz del misionero. ¿No será una especie de masoquismo por el sufrimiento deliberado?

He sonreído con tristeza:

—Cuán poco me conoces, y hemos convivido treinta años. Luchador, misionero, destinos superiores. Soy sólo un soñador, un moralista que no pretende arrastrar a los hombres.

—Nunca he comprendido por qué los que mayores favores recibieron de tus manos son tus más ardientes negadores. Hay una conspiración del vacío y del rechazo contra ti. Mateo: sigues siendo un niño, todas tus energías se pierden en el mar de la envidia. La conjuración de los mediocres crece en relación directa a tus éxitos.

—Es, justamente, lo que jamás perdona la sociedad pequeña: el éxito. Hay que pagar un precio en la cima política o literaria. Y no es que me considere un victorioso; sólo un caminante que supo hacer su camino. Nadie sabe el dolor de los guijarros que me destrozaron los pies, ni la fuerza de los dardos que sangraron mi corazón. Fue don de Dios que al término de una empresa denodada me aguardara un canto de pájaros: conocí muchas auroras, y ellas me reconcilian con la ingratitud de los hombres.

Muriarte no quiere darse por vencido:

—Si ellos te niegan y combaten ¿por qué no les das las espaldas? Mira más lejos, estás vinculado a centros mayores. Viaja. Devuelve golpe por golpe: atácalos también.

—Aquí está mi tarea. No debo desertar.

—¿Y por qué has abandonado tu posición de peleador?

—Se pelea en la juventud, por una causa. En la madurez hay que integrar. Concilia, reconcilia. Quien comparte el poder no tiene derecho a herir a nadie, ni aun a sus adversarios. Quien sabe, tal vez cuando baje al llano me volverán las ganas de luchar...

—¿Recuerdas los tiempos de la pelea contra la oligarquía minera? Fueron tres años maravillosos. Yo te seguía, entonces, porque me arrastraban tu coraje, tu fe, tu palabra encendida de ímpetus revolucionarios. Nunca ví lucha tan desigual: todo el país, controlado por el dinero, contra el puñado de hombres que conducías. Nada podía detenerte: ni el peligro ni las amenazas, ni el anillo económico que nos presionaba por todas partes. No sé cómo pudimos resistir tres años: tan pocos contra tantos, sin más armas que tu pluma, tu palabra, tu asombrosa actividad. ¿Por qué abandonaste la política que te habría llevado a la cumbre?

He callado un instante, he madurado acaso mi respuesta:

—Cuándo los dioses se rompen en tu corazón ¿no es mejor desaparecer?

—Estás fantaseando, Mateo. Tenías tus amigos cerca.

—En la juventud ¿los dioses no son los amigos?

Salvador Muriarte ha vacilado, acaso ha comprendido el drama que nunca quise revelar. Luego en voz baja ha dicho:

—No te entiendo, Mateo. De pronto se paralizaron tu tremenda voluntad y tu valor; pareció quebrarse tu fe...

—Ve tranquilo hermano — le he contestado — fe, valor y voluntad subsisten entregados a causa mayor.

¿Cómo hacerle comprender que más vale renuncia justa que victoria dolosa? ¿Que saber perder es más alto que poder vencer?

¡SALVE PALLAS AMÉRICA!

¡América, América! Vuelve a entonar los himnos sagrados que sacudían los ámbitos sonoros. Y tu muchedumbre sea una, y tu inquietud la misma, serpiente de oro en el espinazo de la Gran Cordillera que se hunde en el Antártico, águilas de cinabrio en las vertientes que se derraman a los Dos Océanos. Dicta tus oráculos de fuego al negador y al descreído, envuelve en un círculo mágico los veinte planetas del Sol meridional. Que tu marcha majestuosa congregue el fervor de las montañas, llame al tumulto humano en los estuarios y en los padres-ríos, los bosques como de música, las llanuras tendidas y articuladas a manera de manos ansiosas. Sea el recinto de la Esperanza magisterio del Ideal, máquina para la Acción. Y sus gentes se busquen, se acerquen sus gobiernos, porque la hora del entendimiento ha llegado. No voces aisladas ni pequeños orgullos excluyentes, mas el coral unánime que vertebra y fortifica. Vienes del silencio misterioso de los milenios, marchas a la oscuridad de los evos: tránsito palpitante ¿quién podría contener tu voluntarioso despertar? Deja para otros las urbes monstruosas, los puentes fabulosos, las ingenierías desmedidas; las maravillas de la ciencia y de la técnica; aun la exploración y el dominio del Universo: el interior y aquel de las estrellas incontables. Resérvate y señorea las almas, abre tus alas al mundo siempre nuevo del amor y la virtud. Sé territorio del sueño, sembradío de nobleza. Que nadie se arrepienta de habitar tu suelo y de mirar tus cielos. ¡América, América! Madre de la eterna verdad, juventud del mundo, esmeralda de vívidos fulgores. Osario de los imperios desvanecidos, cuna de civilizaciones matinales, refugio del pensador y del poeta, haya canto de ruiseñor en tus voces, ternura de vicuña en las imágenes que te recrean y proyectan a la esfera del amoroso sentir. Pero también el oso, el cóndor y los pumas levanten la fuerza de tus brazos, porque es tiempo de vigor y de pujanza, y aun siendo magnánima debes calibrar tu poder de resistencia. La más antigua, la más joven de las vírgenes telúricas, enigma y promesa a la vez. Dea de la fraternidad y la confianza, todos en tí, tú para todos. Tierra temprana, aire nuevo, mares sin fin, fuego que se alimenta y nos exalta. Templo de las Vestales del Espíritu. Ábrete al mundo, contén el mundo en tí. Custodia los reinos de la Libertad y el digno hacer del hombre, porque te fue donado destino de guardadora y de iluminación. Catedral del Misterio. Cuna de las orografías exaltadas, de los portentos hidrográficos, de los grandes espacios vacíos y las inexploradas cerrazones vegetales. Cofre y giróscopo a la vez. Reino de la distancia, árbol sin prisa. Como de islas espejeantes el llamado de tus insólitas comarcas. Tú habla sencilla y verdadera. De las ruinas apenas reveladas, del subsuelo encubridor, sube el temblor de las antiguas teogonías: Dios era todo y el habitante del Nuevo Mundo heredero de las viejas sofías ancestrales. Porque el recinto geográfico y la peripecia humana acordaron aquí construcciones superpuestas. Planos sobre planos. Lo que sorbió el océano y el monte devolvió. Cielo sin velos, suelo de mil claves. Abuela de las edades, madre incomprensible, hermana siempre para el peregrino y el sufriente. ¡Oh tú, la Bien Hallada, escultura del tiempo, música del sueño, devoradora del dragón y la mandrágora, palabra de Dios en el paisaje y en el hombre. ¡América, América!

LAS TRES MARIÁS

Hay cosas que la palabra no puede transcribir: fueron, subsisten más allá de toda explicación.

¿Qué está buscando el necio si el milagro lo visita, se va, regresa, aletea en su redor?

Una niña, una pequeña criatura, hija de tu sangre y de tus modos interiores, es el don mayor. No admite comparanza en la memoria: lo excede todo. Sol de ternura hizo tus días dichosos, leve el anillo de tus noches.

Se llamó Beatriz, la que transcurre en el Libro de los Misterios. Hermosura sin término. Gracia sin fin. Un clavo de oro te sangra el corazón.

Se fue, volvió.

Y es Sonia, la encantadora, que enciende todo lo que toca.

Una hija mujer... ¿Hay algo que evoque mejor la palabra ternura? Y qué metamorfosis increíbles: pequeña, niña, jovencita, mujer. Siempre a tu lado, abriendo las puertas de oro de una pura alegría, dorando penas, alejando cavilares, como hecha de soles y de estrellas. Sagaz, mimosa, adivinando tus deseos, ahondando en tu inquietud. Esa mujercita que compartió tu anhelo de artista, tus luchas de hombre, tus sueños y maneras intransferibles ¿cómo llega al hondón de tu conciencia? De sus llantos y sus risas, de su capricho y su inquietud se tejen los hilos de tu vida. Dictadura imposible de abolir. Cuando la tristeza o el desaliento te visitan, sus manos apaciguan toda duda, su voz tierna desvanece los quebrantos: te escuchas a tí mismo en esa interior sabiduría que con lengua nueva te devuelve a la antigua intimidad resucitada. No quisieras cederla a nadie, porque la piensas superior al mejor de los compañeros. Pero la muchachita madura, se hace a su vez una esposa fiel portadora de dicha para quien la enlazó a su existir, y no obstante ha reservado para tí lo más noble de su ser: te sigue, te comprende, conserva sobre tí ese viejo poder moderador de los años tempranos, cuando dabas todos los reinos del mundo por una sonrisa suya. En el otoño, al caer de las hojas en el tiempo de los azafranes, es ya una madrecita que levanta tu pensamiento y alegra tu corazón. Se acerca a Bach, lee Camus y Katzanzakis, colecciona libros de pintores. El don de simpatía pone el mundo y las gentes a sus pies. Todo lo que en tí fue reserva, soledad, ensimismamiento, melancolía, en ella se volvió jubilosa expansión, sociabilidad, magia secreta, femineidad recóndita que transfirió al arte de vivir política, diplomacia, tacto, todos los toques sutiles de la personalidad en función de las relaciones humanas. Naturaleza armoniosa nació para acercar e infundir confianza. Hija del amor y la felicidad, es promesa y recompensa a la vez. Nada puedes pedirle al destino: una hija mujer te dio la eterna juventud del ánimo, la alegría que siempre recomienza, el reconocimiento a los hados.

Cuando creías agotado el ciclo, llega Ximenita, la tercera mensajera del Señor.

Bellísima, adorable como sus dos antecesoras. Unos pasitos trémulos, los primeros balbuceos, más gestos que palabras y se apodera de tu voluntad. Te quita el peso de los años, te hace niño, te devuelve al reino encantado de la fantasía. Es un pequeño sol que rige todo el curso de la vida familiar. Crece lentamente, despierta a la inteligencia y a la sensibilidad en modo asombroso. Dios te mira, te habla en el ascenso de la dulce criatura. Vivaz, ocurrente, dominadora indiscutida, su gracia y su hermosura anuncian el futuro señorío que nadie osará desconocer.

Beatriz, Sonia, Ximenita... Tres seres diferentes y un solo misterio de amor.

LA HORDA Y EL ARQUERO

Es ley de vida: si negaste, serás negado. Te correspondió destino de crítica y pelea. Juzgaste, unas veces con justicia, otras equivocado. Ruidoso en la polémica, tajante para la

réplica, suscitador de controversias. Iconoclasta en la juventud, seguiste siendo rebelde e inconforme en la madurez. En política y en sociedad supiste vincularte a los otros, pero como artista te volviste hermético y solitario. ¿Cómo podrían entenderte los émulos y los mediocres? Su conjuración es natural, es la conjuración de los despechados y los enanos.

En Sudamérica, y en las pequeñas ciudades interiores, el drama del escritor acrece. Como no existe propiamente un clima cultural campean el chisme, la intriga, los rumores. Audaces, ignorantes, envanecidas medianías se apoderan de los medios de expresión y dan paso sólo a sus iguales; para el talento reservan vacío o pérfidos ataques.

Crítica no existe, jerarquía de valores tampoco, trato asiduo de los clásicos o de inteligencias irrumpientes menos. Lo que interesa es trabar a quien asciende, mantener el bajo nivel de los iguales. Existe una como bastardía del intelecto, sorda y tenaz, que por la fuerza del número cierra las compuertas de la publicidad al no iniciado en la cortesanía de sociedades, grupos y capillas.

¿De qué se ha de quejar el artista contemporáneo, si el viejo y grande Goethe en su agosto declinar tuvo que soportar ataques enconados y vacíos espantables? Nadie le perdonaba el encumbramiento olímpico por encima de rivales y mediocres.

Es natural que así sea. Alto precio se paga por el derecho de tener nombre y renombre. La serpiente de múltiples cabezas acecha al temerario que osa distinguirse de la masa oscura de los aspirantes. ¡De cuántas y tantas miserias se labra la travesía del escritor! Recuerda la cara de búho del crítico que aconsejaba: "¿Por qué pretender medirse con los modelos universales? Es mejor ser modesto, medirse solamente con los valores del propio país". Aquel que calló treinta años porque cada libro tuyo le envenenaba el seso. Los muchos a quienes enseñaste gramática y estilo, los más ingratos. El dómine ignorante que pontificaba petulante: "No sabe escribir; es sólo un preciosista, le falta profundidad". Los falsos discípulos que se apoderaban de tu obra, la saqueaban sin compasión, te plagiaban con inaudito descaró y a la postre, siendo hechura e imitación simiesca de lo tuyo, te negaban peso y valor. La recolectora de datos eruditos que erigida en juzgadora te encuentra "absurdo y frívolo y ligero". Y la legión de los envidiosos que con bromas de mal gusto y rumores pérfidos descalifica obras que ni siquiera leyó. Y el tropel de los "amigos" que al no entender te encontraban "oscuro y enigmático". Y los falsos admiradores que desfilaron en fila india por tu tienda para devolverte después sólo abrojos, dentelladas. Y el fatuo de cabeza levantada que antaño te escribía cartas rendidas y luego, despechado de tu alejamiento, comentaba: "Ha escrito mucho, ha perdido calidad, se pierde en sus palabras". O el taimado que no atreviéndose a herirte por su mano arma otras para esparcir calumnia y maldad en torno a tu hacer. La cara que se demuda al verte después del éxito del día anterior. Aquella otra que se volteaba porque le duele un saludo. La mano que se tiende desleal después de haber llevado una croniquilla pérfida contra ti. La horda de los hipócritas, amable cerca y mordaz distante. La legión más numerosa de los cultos y bien dotados que calla porque sabe que el vacío es el arma mejor para batir al adversario. Todos, o casi todos merecieron ayuda, estímulo, apoyo decidido al hombre y a la obra, y fueron los primeros en negarte o en ignorarte. Bastan, como ejemplo, ese hombrequito arrogante, fatuo, ignorantón, que no alcanzando la tensión de tus libros, te niega y te socava. Ese otro, necio y vacuo, siempre mirando las nubes y loando a los mediocres. Y tantos, tantísimos más que arrojaron piedras a tu huerto... Unos de frente, rencorosos; otros agazapados, solapados; los más conjurados en el silencio y el desvío.

Repito: es natural, casi diría que es necesario que así sea. Sin lucha, sin negación, sin contratiempos ¿cómo podría madurar y afinarse la obra creadora?

Bien mirado, es más lo que debes a los envidiosos y a los émulos que a la comprensión de los amigos, porque la ruindad de aquellos te acicateó en escuela de perfección. Vacíos, ataques hacen al escritor; elogios, logias los debilitan y los pierden.

Comprende su drama y su miseria. Ni te sientas superior a ellos porque nadie puede juzgar a su prójimo. Admite que el mundo fue bien construido y que es precisa la desigualdad de los ánimos. Porque soledad, ingratitud, envidia fortalecen al artista y devolviendo libros, ideas, te cobras la más noble de las venganzas.

Se quejan los débiles. El fuerte calla y espera. Vendrá su hora, aunque muchas veces llegue tardía cuando ya el soñador duerma bajo el suelo.

¿Y si no sólo fuese la animadversión externa? Examínate: es posible que tu orgullo, tu distanciamiento, tu concentración en la tarea de escribir hubieran sido interpretados como esquivas o indiferencia. Un saludo distraído, una visita eludida, la negativa a comentar un libro, crean enemigos. Con mayor razón la probidad del crítico: si juzgaste a muchos, con verdad y con justicia, es natural que debas soportar su desdén. Te piensas un buen escritor; acaso no lo seas. Y si lo fueras ¿por qué pregonarlo y hacerlo sentir todos los días? Es probable que tú mismo hayas creado el clima de rechazo a tu obra.

Céntrate, busca el equilibrio entre los dos polos de tu ser y el hacer de los otros.

No los desdeñes: acéptalos en su profundidad humana. Deben ser así.

¿No ves la mano de Él en esta marcha de dolor y privaciones? No es que obligadamente la visión cristiana del mundo suponga renuncia y sacrificio, pero humildad, desprendimiento hacen el contrapeso de la grandeza. Si verdaderamente te crees llamado a una misión de orden superior, entrégate a ella con fervor de asceta. No trabajes para tu gloria: date al Señor, que es darse a los demás. y evita el peligro luciferino de la séptima soledad, aquella que quitó el juicio a Nietzsche y ronda siempre a los engreídos.

También, en un sentido profundo, escribir es parte de la búsqueda de Dios.

Eduardo Brower, viejo amigo, hombre de letras con una veintena de volúmenes que acumuló premios y fama merecida fuera de la patria, cosechando silencio y odios gratuitos en ella, no parece muy convencido por mis razones. Es un mundano, un victorioso, acostumbrado al aplauso circundante; no quiere ser propuesto.

—Me agrada escucharte — ha dicho entre pesaroso y amable — porque aclaras los problemas. Pero olvidas que la vocación del escritor es la lucha por aventajar a los demás.

¿Cuándo hubo autor sin vanidad? Ni santo ni monje, el que compone quiere que su composición sea difundida en letras de molde. Hipócritas los que alegan que no les importa el juicio ajeno: es la más alta forma de soberbia prescindir de los otros. Yo amo la popularidad.

—Paga, entonces, el precio que la deidad exige.

Brower ha replicado melancólicamente:

—Lo vengo pagando hace tiempo en moneda dura y constante. Pero me revientan la ingratitud, la traición, eso que has denominado la conjuración de los mediocres. ¿Por qué la sociedad literaria ha de ser gobernada por los arribistas y los tontos?

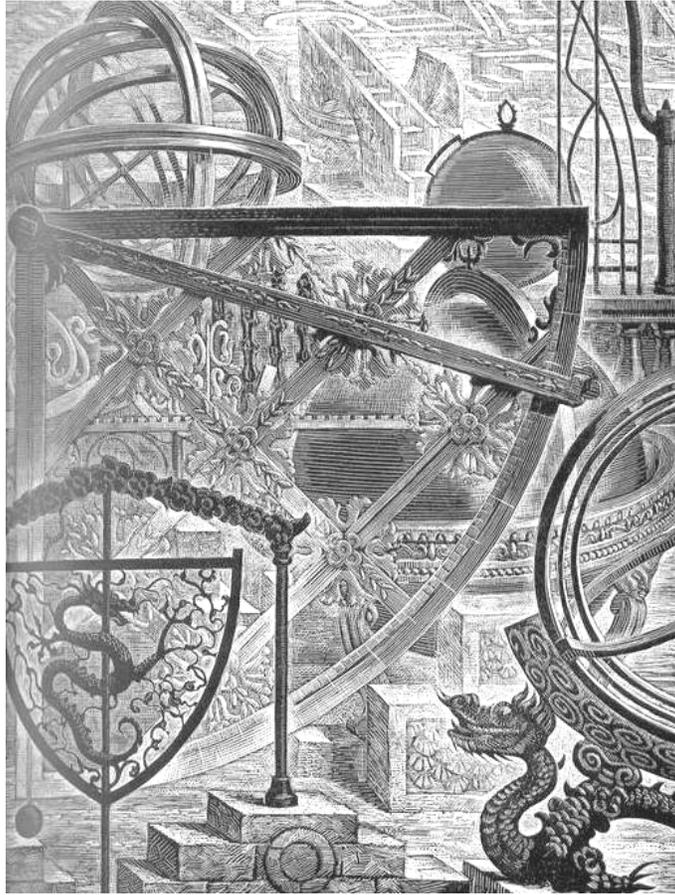
—Deja el gobierno de los grupos sociales a políticos, técnicos y organizadores. Tú límitate a expresar tus ideas, a la tarea espiritual. ¿Ibas a militarizar también la crítica y la opinión? Escribir no equivale a enseñorearse del mundo, sino a profundizar su sentido misterioso en la meditación. Estás escindido: Napoleón o Goethe.

—Siempre fue mi modelo Goethe... — ha contestado resuelto Eduardo Brower.

He sonreído irónico al responder:

—Recuerda el verso famoso: “La recompensa del ruiseñor que canta es su propio canto”.

Brower se aleja silbando y ágil por el parque.



Grabó Víctor Delhez

“Admite que el mundo fue bien construido y que es precisa la desigualdad...”

MADRE ENTRAÑABLE

Hay un color aimára que paleta alguna reproduciría. Y un aire quéchua que sólo la flauta nativa recupera. El milagro andino es uno de interioridad y lejanía. Para entender al mestizo, debes adentrarte en el torrente sanguíneo que lo mueve. Y si de la América virgen se trata, yo te diré que a ella te aproximes en son de verdad y de amistad. Porque no el turista apresurado, el cronista rápido ni el analista petulante levantan los velos que la encubren. Mas un niño verá más lejos con mirada de pureza. O un anciano remansará en sabiduría sus esencias entrañables. Porque el hombre nuevo de la nueva América no se levanta en la prisa, no en el rigor matemático del civilizado, ni su paisaje, su morada y sus modos peculiares proceden del vértigo racionalista que todo lo analiza y lo disuelve.

Acércate despacio, reverente: la virgen duerme.

Sin envidia para el sabio o el investigador, porque el poeta puede más.

Y no te dejes alucinar por esos talentos fríos que con técnica transatlántica pretenden conducirte al vórtice de la narrativa moderna, toda macerada en difícilísimo y confusión. Famas efímeras. Ni reflejan el ámbito continental ni su poblador medio: sólo las minorías delicuescentes que se atormentan por un pensar abstruso y los juegos malabáricos de la técnica "joyceana".

América es otra muy distinta cosa, que rebasa asimismo la frontera folklórica o lugareña.

Siéntate, como el indio, en un peñón adusto y mira, mira largamente en el paisaje y en el hombre. Al mucho ver, al mucho meditar brotará detrás de la máscara turística el rostro joven de la ignorada juventud del novimundo.

Porque ésta es la paradoja extrañísima del orbe meridional: que siendo el más antiguo subsiste en lo más nuevo. Sus enigmas bajo el suelo, en el aire. Sus pueblos y comarcas apenas entrevistados. Lejano el morador. Y unos toques del sentimiento y unas maneras del convivir que escapan a la maestría del indagador. Porque dicen que del misterio indio, de la turbulencia mestiza, de la contradicción del blanco, unidos y a un tiempo separados en órbitas diversas, se forjó la sociedad continental, una y simple, plural y compleja, tan rara, desconcertante, que no se encuentra en los relatos de los novelistas ni en los cuadros de los sociólogos. Porque si las cosmópolis son América, América no es las cosmópolis. Ni sólo el tinte folklórico. Ni únicamente el desgarrado mestizo. Ni el negro elástico ni el indio adormecido. Ni el descendiente de europeos trasplantado al suelo virgen, que a su vez lo domina y lo transforma. Sino una coacción singular que lo reúne y lo confunde todo sin que cada parte pierda su típico acento, aunque finalmente se organicen todas en proporciones variables y mudables que desorientan al psicólogo y al estadístico.

No el monte, el río, la planicie, el valle, la comarca característica. Ahonda en el poblador y en sus enigmas, en su manera de reaccionar contra la naturaleza, contra el mundo, contra los hombres. Alma pánica, viejísima, y al mismo tiempo ser joven, nuevecito, como lluvia recién llegada que ignora las ataduras y los cuadrículados del supercivilizado occidental.

Las piedras hablan. La tradición oral también. Y el nativo, si sabes aproximarte, ganar su confianza, te dirá lo que sabe del pasado. Pero el americano del sur es quien debe informarte por sí mismo de su duro presente y de su hermoso porvenir.

Para hablar del continente, hábitalo. Convive con sus gentes. Ahuyenta lo exótico y lo epidérmico. Busca la hondura humana, sondea en su lenguaje, míralo moverse en la corriente de las pasiones y en el estilo general de vida. Gánale el corazón primero, y luego el ser elemental y la conciencia inteligente te entregarán uno a uno sus secretos.

Porque la gente sudamericana ama la confianza aunque no la busca. Y quiere ser encontrada, no obstante su reserva inicial.

Verdad que el mundo se hace pequeño, se uniforma y se monotoniza. Los avances tecnológicos borran las diferencias. El nuevo siglo verá las naciones cada vez más semejantes. Pero nuestra América de los grandes espacios vacíos, de las comarcas lejanas, de los grupos humanos ignorados, subsistirá muchas lunas todavía. Y ella será el último refugio de la aventura y de lo extraño, el reino de la novedad y la esperanza.

Porque está escrito: de la brusca Cordillera bajarán las nuevas revelaciones y de los bosques inviolados, de las tépidas llanuras, de las cuencas de los grandes ríos brotarán las leyes de la comunidad futura.

Y el terráqueo ignora que el nuevo mundo ha de ascender recién al tiempo universal del amor y la expansión fraterna. Reserva del planeta.

SECRETA VOCACIÓN

—Sexo, escándalo, crimen, siembra de vocablos obscenos, alienación. He aquí la brújula del escritor moderno. Bajo una técnica refinada que descompone la estructura tradicional del relato y altera los tiempos y mezcla las escenas, introduciendo vientos de locura en el hilo de la narración y en la mente del lector, el escritor es hoy un maestro de exasperaciones. Quiere sacudir.

—No quiero ser un escritor moderno.

—Entonces no serás leído, nadie publicará lo que imagines. Si no satisfaces el gusto en boga, mejor callar.

—¿Oyes esos Coros lentos y profundos del Padre Victoria? Compondré para Dios y para el tiempo.

EROS 9 — CONSAGRACIÓN DEL AMOR

Tenía la seguridad de que iba a ser rechazado. Imaginaba el desprecio de los cortejantes, las risas de las mujeres. El suelo se había abierto en una sima ancha y profundísima imposible de franquear. Alzábase, además, el muro de las parejas. ¿Cómo llegar a ella? Raíces invisibles me ataban al piso de parquet. Los destellos de las luces volaban como pájaros locos. Paralizado, impedido de movimiento, sentía rota la voluntad. Ella no había reparado en mi presencia; estaba allí, a pocos pasos, rodeada por un cerco de señores y jóvenes. El misterio de la noche parecía haberse refugiado en su figura magnífica y erguida. La seda granate del vestido hacía resaltar su belleza morena. No podía recoger lo que hablaban, pero de pronto sonrisas fugaces cruzaban la cara perfectísima. ¡Dios, si estuviera junto a ella! El muro de las parejas crecía desmesuradamente, el abismo se ahondaba, mi cuerpo adormecido se negaba a dejarse conducir. Miraba, admiraba, no salía del estupor y del asombro. Me mordí los labios para no gritar. Luego, bruscamente, creí que dos lágrimas de fuego rodaban por mis mejillas. Una tempestad me agitaba por dentro, pero la misma intensidad de sus raptos me ataba a su centro impidiendo la acción externa o manifiesta. Era como si todas las figuras, las voces, las luces, los ritmos, las líneas y los juegos contrastantes de la fiesta convergieran al hechizo radiante de la diosa, mientras yo me sentía aminorado, perdido. Dos, tres, cinco veces el mundo se derrumbó y se reconstruyó vertiginosamente en mi ansiedad: miraba en fuga todo y todo detenido. Un sol negro y un sol de oro alternaban sus círculos cambiantes. Amor y respeto, pena y orgullo, atrevimiento y soledad se disputaban en mi alma; y yo presentía una amarga derrota que se acercaba con pasos afelpados.

De pronto Gradiva encontró mis ojos y en los suyos, hermosísimos, brilló un relámpago de ternura y comprensión.

Fue bastante. Cesaron temor e incertidumbre, me sentí poseído por una súbita audacia, y avanzando decidido llegué al grupo el instante mismo en que la orquesta reanudaba el baile.

Sin decir palabra, aprovechando la indecisión de dos señores que pretendían invocar su derecho a danzar con la bella, la tomé en mis brazos y pronto girábamos en el torbellino.

Dimos las primeras vueltas en silencio. Ella seguía con docilidad mis movimientos, como si constituyéramos una pareja largamente familiarizada con los pasos, los giros y el concierto de los cuerpos. La dicha golpeaba en mi corazón. Quise hablar y las palabras se inmovilizaron en mi boca. También Gradiva callaba. ¡Danzar, soñar, volar! No sentía mis pies, mis brazos, mi cuerpo, sino esa proximidad sagrada de la Bien Amada. No había osado, antes, rozarla siquiera; ahora tenía en mis brazos, junto a mí, a la muchacha maravillosa que me devolvía al júbilo del mundo, al goce de vivir. Ella danzaba con gracia y dignidad, lejos de la provocación y las astucias de su sexo; yo respetaba su recato, pero aun sin buscarlo no podía evitar el contacto de las piernas firmes y ágiles, el roce tibio de los altos senos, la dulce cercanía de la espalda flexible; y los giros rápidos del baile me aproximaban a la nuca adorable, a los hermosos hombros redondeados, a la cara indecible que coronaba el cuerpo soberbio y deslumbrante. Cambiábamos miradas rápidas, temerosas, presintiendo el final de la danza que nos volvería a separar. Luego yo volvía a ceñirla con ternura sin ofender su pudor: una ligera presión de las manos, un roce de las sienes, la vibración de los brazos que busca y aproxima. No podía explicarme dicha tanta en tristeza tan profunda, porque si el presente se resolvía en felicidad, el futuro se anunciaba gris. "La mujer más bella del mundo está en tus brazos" — murmuraba una voz lejana. Y otra voz, más cercana, agregaba: "Mas sólo por el término de un baile". Mi amor reencontrado se alejaría nuevamente, acaso para siempre. Yo no atinaba a expresar mi dicha y mi angustia. Tampoco ella profería palabra. Y aunque me sentía el hombre más fuerte y más dichoso de la tierra, el otro, que me habitaba simultáneamente, el pesaroso, el acongojado no pudo evitar que dos lágrimas se deslizaran por el cuello de Gradiva.

Ella se desprendió un tanto, los ojos oscuros brillaron de pasión y en voz baja dijo lentamente:

—Te esperaba...

Dos palabras, dos alas. Sentí que me transformaba en el dueño del destino.

Lentamente, con mano maestra, la naturaleza me fue revelando en la amada la mujer. Yo era muy joven aún, no tenía esas prisas eróticas, esa obsesión sexual que atormenta a los seres cansados; hasta pensaba que un imaginar arrebatado hacia lo meramente sensual macularía a la Elegida. Pero el baile vertiginoso despertaba también al hombre y paulatinamente fui saliendo del país armonioso del soñador para entrar a la selva terrible y ardiente de Eros. Las primeras vueltas se llevaron pena y alegría: me entró el deseo de perfección, de ajustar tan exactamente el movimiento de nuestros cuerpos jóvenes, como para arrancar el entusiasmo a los demás. Efímera vanidad. De pronto un perfume de perfumes trastornó mi sentido olfativo; no era solamente la esencia concentrada del pomo parisino, sino ese aroma indefinible – cada mujer tiene el suyo — que brota y se combina de la carnadura constitucional del ser, de la piel fragante, de la sedosa cabellera, de esos olores suavísimos que surgen de las partes tibias del cuerpo, un algo hecho de muchos, un efluvio en que se mezclan la natural disposición del cuerpo sano y fuerte con los toques del químico-perfumista que hace más tierno y fino el roce con la velladura de la piel femenina. Aspiré, me embriagué. Porque no era únicamente la fragancia artificial que cualquiera mujer esparce si sabe usar la magia perfumística; era ese olor característico que sólo se da en una sola mujer, y que parece compuesto de la substancia somática y también con las excelencias del alma. Oler bien, trasfundir al compañero un como bálsamo que conjuga la gracia y la ternura es un milagro; ese milagro me despertó al conocimiento verdadero de Gradiva. Me sumergí en esa aura de rosa y de retama que exhalaba su cuerpo. Tuve la revelación de que ese olor de mujer debía acompañar y encantar todos mis días. Era la puerta que me abría los misterios del amor porque al trasponerla comprendí que sólo ella me estaba destinada y que sólo en ella podría realizarme. Sentíme ágil, vencedor. Crecí diez años. Y así como la fragancia exquisita de su cuerpo me hacía viajar en el tiempo, anticipando maduraciones ulteriores, supe, bruscamente, que yo podía ser esposo y amigo de la Bien Amada hasta hoy inaccesible. Sus piernas ágiles y duras, de diosa helénica, no se rozaban: acordaban en encuentros fugaces y precisos con las mías. Sus brazos hermosamente redondeados presionaban en llamadas súbitas. Los senos firmes, levantados, me daban el doble apoyo musical de su ternura. Osado y varonil mi brazo derecho ceñía su esbelta cintura, mientras el izquierdo daba ritmo y dirección a la danza. Me ardían los dedos, con una suave llama de calor, cada vez que presionaba la tibia y dulce piel de Gradiva. El corazón me latía fuertemente, no de fatiga, sino de ansiedad: creía estar haciendo mi dicha y al mismo tiempo me asaltaba la duda de no poder conservarla. Se rozaron nuestras sienes, la ceñí más estrechamente en mis brazos, y cuando el cuerpo maravilloso respondió a mi llamado, comprendí lo terrible y sagrado del amor que anuda dos vidas para siempre.

—Mateo...

—Gradiva...

No eran pensamientos oscuros los que cruzaban mi mente; eran sensaciones cálidas, extrañas que despertaban un hombre nuevo mientras caía la cáscara del adolescente. Besé apasionadamente su hombro desnudo y me encendí como un vino. La sentí vibrar, temblar bajo mis labios. La hermosa amazona se transformaba en mujer enamorada. Y éramos ya novios y esposos sin haberlo dicho, porque amor verdadero no requiere de la entrega. Seguimos bailando, abstraídos del contorno, en tanto un suave incendio nos transportaba a un país desconocido. Eran otros y éramos los mismos, pero como desligados de los viejos temores, ahora miradas y sonrisas brotaban de una hondura nueva. Cazador y amazona habían medido sus fuerzas, se sentían iguales, se reconocían dignos de pertenecerse. Pero llega un instante que sobrepasa dicha y razonar: hablan solamente los cuerpos, ángel y animal cruzan sus redes, y el fuego y el vértigo son las puertas del conocimiento mayor. Tengo la diosa en mis brazos, maravilla de gracia y de belleza; la inteligencia adivinadora, la ternura comprensiva, la bondad fluyen de sus ojos, de su piel, de su rítmico accionar. Es mía: suprema felicidad, pero también soy suyo: altísimo deber. Y al girar veloz

de nuestros cuerpos enlazados se fueron borrando luces y contornos, el baile se transformó en vuelo, flotábamos en un aire irreal, como desasidos de toda corporeidad, en tanto unos tintes áureos y rosados, apenas insinuados, daban apariencia de amanecer al espacio infinito. Nada, nada, solamente tú y ella como suspendidos en el delirio de una intimidad que ignora el mundo. Jamás mi sangre ardió más impetuosa. Me espanté de mi fuerza y de mi desbocada ambición. Era el viajero del espacio, dominador del tiempo, me acercaba a soles remotísimos, veía nacer estrellas y estallar las novas, la danza gótica de los astros que esconde la cara de Dios; era sujeto y animador a la vez del escenario inabarcable que nadie puede retener porque sólo se sospecha si la saeta del Eros te traspasa en cuerpo y alma. Herido, reconstituído, sangrante de ansiedad, presentía las nupcias del día y de la noche en el encuentro girante de nuestros cuerpos que se buscaban para siempre. Así la Madre-Eva debió iniciar al torpe Adán en el prohibido conocer, pero luego él se enseñoreó por el pecado del mando que impone pesadumbres. Y no hay mitologías ni leyendas que puedan explicar el estallido cósmico, la reconstitución prodigiosa que se verifica cuando dos soles-seres se encuentran, se aman, se funden en un vértigo de dicha y de dolor. Porque también se levantaba una sombra de temor, de dolorida inquietud en medio de la fuerte alegría de ese viaje a lo desconocido. Cuanto ella sufra y padezca repercutirá en tu sangre. Sus decepciones te aminorarán. Crecerás en su anhelo y en su júbilo. Compartirán la carga de las horas negras, ahondarán en la quietud y en la esperanza. Sólo en sus labios beberás la dicha. Por su palabra sabiduría y fortaleza. Y detrás de la espada de fuego invisible, sutilísima, que guarda los deliquios de la piel, esperan el paraíso y el infierno de la carne, fiesta de los sentidos, claustro de los hijos que vendrán, primera y última enseñanza del misterio primordial, porque dos que se miran, se adivinan, se tocan y se funden aunque en espíritu se rescaten es por la carne que viven, se transfiguran, padecen y se purifican en el gran resplandor del mundo y de la vida. Y era como si el contacto ardiente, fundente con la Bien Amada me hubiera conferido todos los poderes del saber y el realizar. Porque no eres, tú, solo, el dictador en la acción, el amo de los deseos, sino que ciencia y técnica manan de entrega de mujer y no hay sapiencia entera ni destino varonil perfecto, salvo aquellos que roza y santifica el toque sagrado de la dea inmortal.

Y seguimos bailando, o volando, o suspendidos en un aire irreal. Altísimas cordilleras de montañas imponentes se alzaban del oriente; por el poniente desfilaban movibles catedrales del gótico flameante. Y alternaban instantes de absoluto vacío en que sólo Ella y yo girábamos estrechamente unidos, con un volver de estrellas y planetas que se empequeñecían para caer dardeantes en la tierra misteriosa y se remontaban, acreciendo, para aumentar el esplendor de las galaxias celestes. Y sentí vergüenza y confusión de ver tanto y adivinar cuánto. Y entonces supe que el sexo existe y es el río primordial que no se traspone sin asombro y sufrimiento. Porque amar es conocer, conocer es penetrar el misterio, el misterio se divide sin entrega, y la entrega del hombre en la mujer, de la mujer al hombre, es el único resquicio que nos fue dado para cumplir función de eternidad en lo fugaz.

Cuando la orquesta cesó, nos desligamos sorprendidos y asustados. Una presión final de su mano y el mirar intenso y dichoso de los ojos Oscuros acompañaron la última palabra dicha en voz baja:

—Esperaré...

Luego la rodeó otra vez el enjambre de los cortejantes que se precipitaron a su encuentro. Hubo casi un choque entre un embajador y un joven diputado que se disputaban el próximo baile. La vi desaparecer en el remolino de las parejas. Después de un tiempo que me pareció interminable, reapareció cerca de la columna en la cual me hallaba apoyado. Danzaba erguida y distante, sin cruzar palabra con el hombre que la conducía, perdida la mirada en lejanía; pero al reparar en mi presencia la diosa esquiva volvió a transformarse en mujer. Un relámpago de alegría le encendió el rostro, la sonrisa dijo más que las palabras, y el mirar profundo de los ojos hermosísimos me recordaba que no había soñado.

Y así fue cómo yo, Mateo Montemayor gané el corazón de Gradiva, la mujer más bella y codiciada de aquel tiempo.

DUREZA, SAGACIDAD

Rusia no alcanzó su grandeza actual por el genio visionario de Lenin, sino por la crueldad sistemática del georgiano que la oprimió treinta años. La historia del mundo, de las naciones, repite el conflicto sempiterno: los idealistas abren el camino, pero son los realistas, duros y fríos, los que lo recorren hasta el fin.

En nuestra América, agitada por el hervor de los cambios sociales, que muchos conciben sólo en trance de estallido revolucionario, nadie ha dado, todavía, la fórmula del gobernante ideal. El humanista fracasa por exceso de rectitud moral. El político superior es vencido por los demagogos. A la rigidez del conductor militar sucede, casi siempre, el desborde de las pasiones civiles. Dictadores no se soportan por muchos años. El demócrata se ve asediado por el bandidaje de los caciques criollos, que pelean el poder cargo por cargo, intriga tras intriga. Un economista, un técnico, serán arrollados por la presión de las fuerzas políticas. Al estadista de vuelo no se le permite desenvolver sus planes, porque tiempo y energías lo aniquilan en la pequeña disputa cotidiana. ¿Es que no hay grandes políticos, guías de pueblos? Los hay, sin duda, pero parlamentos, medios de expresión, el rumor callejero, la acción anárquica de los grupos conspiran para debilitar al gran conductor en desmedro de la colectividad. América no es suelo propicio para el héroe civil.

Problema insoluble: el grande, debe ser derribado. El mediocre no alcanza a realizar obra sólida.

¿Vamos a desconfiar de nuestra propia capacidad para edificar naciones, del acierto en la escogencia de los líderes?

En modo alguno. Pero será sabio formar conductores idealistas y duros a un tiempo, que sin desmedro de la dignidad de la persona humana, metan en orden a criticastros y agitadores. La política entendida como vocación ética, el espíritu de solidaridad social, la admisión de una escala de valores, el reconocimiento del gran hombre: estos son los ingredientes que nos faltan.

He dicho finalmente a Luís Barcia Jordán, un descorazonado que se siente aplastado por la miseria del politiquerismo criollo:

—El hombre se hace entre hombres, el político en la política, el grande con las debilidades de los pequeños. Desde el útero materno el hombre lucha por salir, sobrevivir.

Barcia Jordán, un hombrecito como hay tantos, que sólo acude en demanda de consejo cuando se ve derrotado, alega pesimista:

—He luchado con buenas y malas artes; todas me fallaron. Usted sabe, Mateo, que nunca fuí creyente ni me llevé de idealismos gaseosos. Soy un realista, pero a veces pienso que existe la suerte; a unos los levanta, a otros, como a mí, los persigue sin descanso...

¿Cómo decirle que le faltan fe, voluntad, constancia, coraje, habilidad, las cinco puntas de la estrella que hacen un líder?

—Escuche, Luís: no mire tanto a los demás. Mire en sí mismo. Puede que verdad y fuerza le broten de adentro.

Barcia me ha mirado receloso. Y al despedirse ha deslizado adusto:

—Debo hacerme duro. Es el martillo staliniano lo que nos hace falta.

El hombrecito equivocado se embosca, una vez más, detrás de la vacilación y la inconstancia. Aun no puede aprender que la política es más sagacidad que mando, responsabilidad que poder. Ocho días atrás predicaba el poder del diálogo, la fuerza invencible de la persuasión.

Y son éstos liderillos sin causa y sin brújula los que aminoran la confianza de las muchedumbres.

No; no son hombres fuertes, sino espíritus de conducción, firmes y sagaces a un tiempo mismo, los que requiere nuestra América convulsa que no debe mirarse en el espejo occidental ni en la experiencia es lava porque hombre y tierra del noyimundo germinan diferentes.

LA SAETA SIN TÉRMINO Y SIN CLAVE

La nave se desliza silenciosamente en la noche profunda. Reposo en cubierta. La idea de Dios aletea en los aires.

La vieja concepción tutelar del Padre Omnipotente que vela por cada cual, ya no satisface a todos. No lo encontramos en el átomo ni en la infinitud del universo, aunque los mueva. Si chocan dos galaxias ¿quién fue el autor? Esos mundos lejanísimas, inmensurables, que estallan y se fragmentan como energía en expansión ¿qué ley vertiginosa los desplaza?

—Es Dios —dicen los teólogos.

—Es la fuerza ciega de la naturaleza — responden los sabios.

Si Dios existe ¿por qué el universo siempre en fuga, desastre y recuperación? Si Dios no existe ¿por qué esas fuerzas cósmicas desmedidas, viajando a velocidades increíbles, sin meta y sin control?

Nadie pudo entender el orden mágico del desorden sideral.

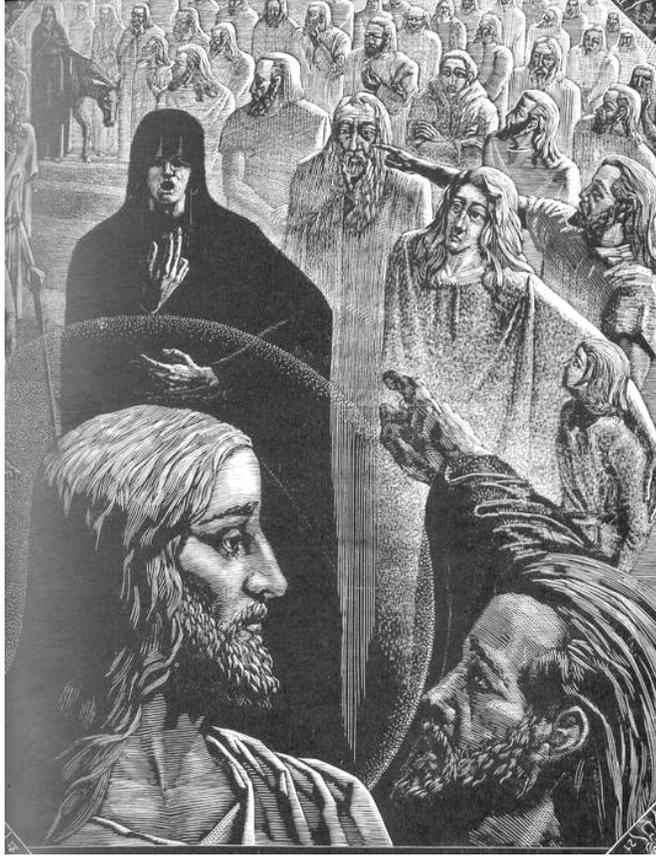
Para el hombre actual, para el supercivilizado — matemático, químico, físico, banquero, técnico — no hay milagros. Lógica y ciencia separan lo divino de lo real. Empero la duda, la meditación suele visitarlos y una voz recóndita pregunta:

— ¿El existe, en verdad, o es una idea? ¿Está arriba, está abajo, nos envuelve o se aleja de nosotros? ¿Cuida por cada uno o se ha desligado del destino personal? Y las hambrunas y las guerras, el horrendo padecer de muchos, dolor y catástrofe sacudiendo el mundo ¿por qué no quitan la fe y sigues pensando en la divinidad protectora y materna, más allá de todo mal?

Conforme se avanza en la exploración del universo, en el análisis de la materia, el concepto de Dios aparece racionalmente inexplicable. De Séneca a Rodolfo Otto, muchos dieron definiciones aproximativas; nadie centró el misterio primordial. Creador y criatura hacen una relación hierática: no puede ser desvelada. Si un día, remotísimo, alguien pudiera parar el vuelo de la saeta inalcanzable... Si se recorriera el manto espeso de la Noche sideral y fuera fijado el rumbo ciego del acontecer humano. Si se supiera por qué nacen, corren vertiginosos y se pulverizan mundos, estrellas. ¡Qué desdicha! La inteligencia despojada de su facultad de batirse con el enigma, conociendo y dominando todo. Sería, también, otra forma de llegar al vacío.

Didáctica incomprensible: El te acercó a su misterio y luego te distanció para no quemarte en su grandeza.

Los textos bíblicos, los relatos más antiguos, hablan de 6 a 10.000 años; pero aparecen culturas más remotas, huellas inextricables, evidencias sorprendentes de pueblos que se hunden en el tiempo. Para el hombre fáustico, que tiende sus antenas insaciables hacia un pasado y un futuro que acrecen sin límite, a la medida desorbitada de su ciencia y de su técnica, de su voraz imaginar, cortos quedan los cálculos conocidos. Se requiere un nuevo Pablo para reconciliar mente y conocimiento. Y un nuevo Agustín que nos devuelva a la iluminada relación de alma y Dios. Teilhard de Chardin ha sentido el vértigo que sube del saber científico; por sus textos asombrosos conocemos que toda medida de apreciación y comprensión parece corta para la inmensa



Grabó Víctor Delhez

“Para curarnos de soberbias y descreimientos, Dios nos entregó al Cristo...”

revolución espiritual que se aproxima: el poder de abstracción y síntesis reconstitutiva de la mente humana se anega en la infinitud de la materia.

Intuímos la idea de Dios. No podemos centrarla en puntos de amarre y permanencia.

Es un sentimiento antes que una acción inteligente. Un despertar; y quien amaneció en su nombre — aceptándolo, dudando, aun en la negación — es ya criatura de vigilia. Vivirá espantado de su osadía, gozoso a la manera de San Juan de la Cruz, atormentado como Miguel de Unamuno. Buscando siempre lo que no se puede alcanzar.

Dios y mundo no se contraponen pero tampoco se identifican. ¿Obras separadas o una finalidad suprema, incomprensible, relaciona el orden oscuro de su relación secreta?

El universo cada día más explorado, el hombre cada vez mejor conocido, rebasan la noción de la divinidad antropomórfica. Tan grande majestad, obra tan inmensurable — la infinitud dirá el filósofo — no pueden ya entenderse con la vieja astucia escolástica. La idea de Dios ha crecido dentro del hombre juntamente con su dominio científico y su concepto del cosmos. Nos

anega en su pavorosa inmensidad y necesitamos una nueva instrumentación mental para poder aproximarnos a tan misteriosa oscuridad.

Para curarnos de soberbias vanas y descreimientos, Dios nos entregó al Cristo, al cual nos acercamos por la fuerza radiante de la revelación divina y de su aproximación humana. Pero el Dios-Hombre, el Hijo del Padre, aun siendo Dios mismo era sólo una manifestación de su grandeza, y a pesar de la suma sabiduría de sus palabras y parábolas dejó semilla de esperanza y redención en el hombre, más no la explicación del sentido del mundo y de la vida. Cristo es la figura más pura, más noble en la historia de la humanidad. La luz por la cual viajamos al encuentro del Creador. Pero en el eterno viaje de hombre y universo ¿no habrá una relación de distancia y lejanía que el Señor mantiene para recordarnos subordinación a un proceso de destino revelado?

Algo infinitamente pequeño se puede sospechar de la relación Dios-hombre. Algo infinitamente grande nos separa de la relación Dios-universo. ¿Por qué esa multiplicación de fuerzas, mundos, cargas y descargas de energía, fugas alocadas, explosiones y palingenias siderales? Hemos inventado el tiempo, la noción de espacio, la expansión de la energía ¿y por qué astrónomos, físicos, matemáticos, con todo su saber, están más lejos de la divinidad que una viejecilla o un pobre niño abandonados en el pórtico de un templo?

Cada nuevo descubrimiento, cada invento más, cada revelación sobre la estructura del universo y la maravillosa complejidad de la vida, no sabemos si reducen o ahondan el abismo entre alma y Dios. Ves más, abarcas más... pues menos sabes! Se justifican la deidad mitológica y el "Theos" cristiano en tanto hombre y mundo se confrontaban con rigor geométrico; mas en la infinita inmensidad, multiplicidad y confusión del tiempo actual, rota toda medida de relación armoniosa, soma y psique amenazan estrellarse en el vacío.

No mirar demasiado lejos, no profundizar en exceso. Goethe lo sabía y supo detenerse en el justo límite que impide el paso a lo inasequible. Nietzsche violó las reglas del juego y se sumió en las nieblas de la locura. Porque El ha puesto el enigma, la distancia, como cercos impenetrables para escapar a la avidez de comprensión de sus criaturas.

Para un sentir metafísico, Dios habita un tiempo nocturno: está siendo siempre. No puede ser detenido ni entendido.

Y no es verdad la irreligión del porvenir de que habló Guyau, ni la "caducidad de esa ilusión" que ensombrecía al viejo Freud, porque hoy aumenta la voluntad de creencia en las almas. El anhelo de inmortalidad es el hombre mismo, y cada día habrán más templos, más sacerdotes, más creyentes.

Dichoso el creyente, simple, candoroso, frente al vacío letal del racionalista y del técnico superdotado; porque también éstos buscan al Señor en sus horas de angustia.

¿Qué es Dios, qué no es Dios? Y el hombre ¿puede asomarse a ese "abismo de sin igual hondura" que jamás vencerá?

Donde fracasa el matemático vence el metafísico.

Eso que te descentra, eso que te vuelve a fijar en tí mismo. La interrogación al infinito. La inquietud que siempre recomienza. Un temor, una ansiedad, una esperanza que no tienen principio ni fin, porque acechan desde la eternidad. El vértigo de la duda. El reconocimiento por lo recibido. La zozobra de aquello que no puede arribar. Amor, nobleza, generosidad. La facultad de arrepentirse por los extravíos. El don de sembrar bien y caridad. La elevación inteligente y sensible. Las espuelas ascéticas del obrar y el meditar. Los deliquios del buen vivir, las espinas y contrastes del humano quehacer. El entusiasmo por la vida, la meditación ante la muerte. El dulce amanecer, el claro mediodía, la transfiguración crepuscular, pero también la oquedad y las penumbras de lo adverso. Lo eterno en lo fugaz. Lo finito en lo infinito. El punto y la línea. Tal vez el fino rayo de luz de una mirada, acaso el ligero roce de una sombra. Todo. Nada.

El hombre es sólo el sueño de una sombra como enseñaba Píndaro. ¿Y cómo podría la sombra que sueña alcanzar la suprema grandeza de su Creador?

No digas, nunca, "esto es Dios" o "esto no es Dios", porque nada sabes de cuanto proviene de sus fuentes. El es y no es a un tiempo mismo. Revela y esconde. Se entrega y se aleja. Dí, simplemente, que ciertos estados de ánimo, iluminaciones de conciencia, toques fugaces de intuición religiosa te aproximan a la idea de Dios y a su sentido.

El gran enigma reside en su eterna juventud.

Más no puedes pedir. Dudas porque crees. Y ésta es la manera más noble cómo El te acosa y fortalece, porque dolor, incertidumbre, constancia en la búsqueda y en la tensión de sus avances son agua de vida, palabra que esclarece, la saeta sin término y sin clave que te lleva a los reinos del Señor.

ILLIMANICA SEGUNDA

Yo propondré a los tres: Riva Palacio por el partido, Quillares por la oposición, Rosales independiente. Los tres tienen condiciones, aunque el primero es tal vez demasiado joven; el segundo muy bellaco; el último inexperto pero dinámico. Al Presidente le gustan estos juegos: nombra un ministro y descabeza a la oposición. He dicho a cada uno, separadamente, que es mi candidato. El Amo, hermético, nunca dirá que yo le presenté tres nombres y quedará bien con todos. "Presente nombres" — era una orden. ¿Pero sabía el Presidente que me entregaba un arma más? Dos años que me encumbró a la jefatura del Partido de Gobierno; hasta hoy ningún roce, ningún desacuerdo. "Yo no tengo ambiciones, señor. Iré donde usted mande". Esto es lo que le gusta al Viejo. No he formado grupo, mantengo el equilibrio entre las dos alas y el centro del Partido, procuro contentar a todos. Conozco los anzuelos que el Presidente me larga de vez en cuando: "Pero Dr. Meneses, usted debería organizar un grupo renovador dentro del Partido: los jóvenes lo seguimos. Láncese..." Pocos días después, el Presidente, distraídamente, me larga otra de sus frases favoritas: "No haga Ud. caso a los jóvenes ambiciosos. Hay que mantener la unidad del Partido". Nos adivinamos las jugadas, nos conocemos bien. No me cogerá desprevenido. A veces me da la sensación de que me empuja deliberadamente; quiere que yo presida los grandes actos públicos, que dicte conferencias, que reúna a la prensa y explique la política del régimen. El viejo zorro no cae en la trampa. "Señor: el pueblo quiere verlo. ¿Por qué no aparece usted en la gran concentración del 25?" Su respuesta fue seca, fulminante, sobre todo veraz: "El pueblo no me quiere. Yo gobierno, hablen ustedes". También él conoce su juego. ¿Pero está realmente cansado? Tendrá 65, 68 años... Se le ve fuerte, lúcido. Hace vida sobria. No tiene amigos, no se le conoce parientes. Nadie comparte sus planes. Habita un plano infrahumano. Sólo dos veces me invitó a su departamento privado: esa noche que me hizo escuchar música de Wagner (el abrumador Wagner) durante tres horas despegando apenas los labios; y aquella otra sesión de lectura — él leía Plutarco, a mí me había entregado la Historia Romana "revise usted lo que dice Mommsen de César" — sólo interrumpida por la entrada del negrito que cada hora introducía el café. Es culto el Viejo, y muy leído (¿a qué hora lee?) ¿y por qué quiere probarme a mí, que sabe no soy hombre de letras ni de artes? En esas dos ocasiones, las únicas, me pareció que vacilaba. Me llevó a su guarida, me emborrachó de música y de historia. Pero lo cierto es que de esas reuniones salieron dos decisiones fundamentales para el país y para el partido. ¡Es un diablo! Nos parece cansado, aburrido, y de pronto el viejo lagarto aletargado corre de prisa por el borde del abismo y nos deja a todos atrás... ¡Es un diablo! Nos metió en vereda a todos. Claro que le tenemos miedo. ¿Cómo podría haber gobierno sin temor al que manda? Discrepo de su crueldad, pero sabe mandar. ¡Vaya si sabe! Y el Dr. Meneses no se sentía, aun, suficientemente fuerte para disputar al Amo el poder. "Es mejor esperar, es mejor esperar..."

La hermosa Carlota Antúnez entró a la casa de su hermana Julia radiante como la mañana de junio.

—¡Hermanita: Riva Palacio será ministro y Juan José su secretario! Ya verás los negocios que podremos hacer.

Julia cortó a la entusiasta:

—Ya sabes que Ricardo no admite nada incorrecto, y menos negocios con el régimen. ¿No leíste su última conferencia? Es de censura, justamente, a los que aprovechan del poder para hacer fortuna...

—¡Pero qué pesado es tu marido! El idealista... ¿Y hasta cuándo vas a vivir encerrada en tu casa?

—Si soy feliz en ella ¿para qué salir?

Carlota miró a su hermana despectiva. Le llevaba dos años, era más bella, pero nada hacía para hacer resaltar sus encantos. Las dos hermanas se amaban entrañablemente, a pesar de la diversidad de sus temperamentos. Carlota apasionada, impulsiva, ansiosa de figuración, de poder, robadora de voluntades; Julia serena, recatada, consagrada al marido y a los hijos.

—Con esa cara, con ese cuerpo... ¡Tú serías la reina de la sociedad, hermanita! y como además eres callada y el misterio atrae a los hombres...

—¡Calla, Julia! Que si te oye Ricardo...

—¡Oh! El tontísimo de Ricardo. Otro bobo. Sólo piensa en tí. Ustedes no saben gozar de la vida, de su juventud, de su atractivo personal. ¿Te has fijado que Javier, ese adolescente que adora a tu marido te mira mucho?

Julia se ruborizó y replicó enojada:

—No digas sandeces. Los jóvenes miran a todas las mujeres.

Carlota volvió a la carga.

—Si Ricardo, con la inteligencia y el carácter que tiene dejara los sueños para dedicarse a las cosas prácticas, verías las maravillas que tendríamos: tú, casa en Calacoto con piscina, yo una quinta con parque y terrazas en Miraflores. Tú un "Mercedes", yo un "Chrysler". Todos los años un viajecito a Europa, por la costa azul, por Venecia, por España... Nadie nos ganaría en belleza ni en vestuario. ¿Qué: no somos las mujeres más hermosas de La Paz? Tenemos derecho a tenerlo todo. Si a mí me tocó un tontolón como Juan José, tú tienes al superdotado de Ricardo y éste quiere a toda la familia, aunque a veces me cargan sus sermones.

—Sueña, sueña, es el soñar no hay ofensa. ¿Pero sabes tú si eso es lo que queremos Ricardo y yo?

Carlota miró a Julia entre enfadada y compasiva:

—¿Todavía no comprendes que sólo entrando en política se puede llegar a rico?

—Ese es mi temor. Ricardo comenzó a juntarse con esos jóvenes del Grupo Cívico y creo que se va aficionando a la política, pero no en el sentido que tú piensas. El piensa que la política es el deber: quiere servir, no quiere mandar. ¡Si oye decir que sobre la fe de los otros hay que hacer dinero!

— ¿Y cómo abrirse campo sin dinero?

—No lo sé. A nosotros nos basta con lo que tenemos, lo suficiente para vivir.

Carlota se levantó nerviosa:

—¿Vendrán a la comida que damos el martes? Sólo estarán pocos amigos.

—Ya sabes que Ricardo no desea alternar con los amigos de Juan José.

La otra se acercó mimosa y acariciando los cabellos de su bella hermana imploró:

—Tú puedes conseguir que él ceda. He ofrecido presentarlo a un señor que quiere conocerlo.

—No puedo, hermana. Sería engañarlo.

—Bueno: adiós. Tengo mucho que hacer hoy.

—Adiós, Carlota. Y cuídate. Te afanas demasiado.

Cuando Julia contó la visita de su hermana a Ricardo, éste se encogió de hombros. "Tu hermana es loca; la soporto por el amor que le tienes". ¿Pero no se daba cuenta, la tonta, que él buscaba, precisamente, la reforma de la sociedad? No leía sus artículos, no asistía a sus conferencias, no asimilaba sus ideas. Y esto pasaba en sus propios familiares; ¿qué podía esperar de los demás? En cuanto a ella, Julia, podía estar tranquila: no pensaba entrar en política. La prédica reformista no pasaría del plano moralizante. No se dejaría arrastrar. "¿Acaso no tengo carácter? Dije no y será no". Pero Julia escuchaba sus confidencias, oía sus planes, medía el ardor de cada experiencia y la desconfianza crecía en ella cada vez con fuerza mayor. "Está embrujado, está embrujado. Por noble y puro que sea su propósito, ya le gusta mandar, ver que puede influir en las almas jóvenes. Ellas lo empujarán a la acción". ¿Por qué Ricardo Vélez Sardón, ciudadano ejemplar, el mejor padre, el mejor esposo, que vivía feliz entre los suyos, atendiendo su imprenta, sus libros, tenía que ser el conductor de esa nueva corriente de idealistas en la cual ella identificaba, junto a los buenos camaradas, a los débiles y a los traidores? "Pero si yo no soy el jefe, nadie es jefe. Es una asociación libre de conciencias rebeldes que dirige un Comité de Diez. No te preocupes, gacelita: nadie me ofrecerá la jefatura ni la aceptaré". Pero la señora Julia sabía que su marido, hombre superior, estaba destinado a comandar. Y su instinto de madre y esposa la inducía al recelo. ¿Por qué se le ocurriría esa tarea misional para reformar las prácticas políticas? Revolución moral... ¿quién recogía, con sinceridad, su prédica? Sólo los jóvenes, los ingenuos. Los políticos se reían, no lo tomaban en cuenta. Esa lucha cívica tenía mucho de pueril, de quijotesca... Pero el día que el Dictador despertara de su indiferencia y diera un coletazo...

Mateo estaba sentado en una colina, a mitad de camino entre las montañas y el cuenco de la ciudad. Miraba, fascinado, el solar natal, siempre el mismo, siempre nuevo. Ni Walt Disney, con su magia inventiva, habría podido concebir una residencia humana más extraña, distinta en cada metro cuadrado de superficie, dinámica en sus líneas y sus curvas encontradas, intensamente movida por el espacio envolvente que la mecía. Así, pequeña y varia, la mirada podía recogerla amorosamente en el fulgor del mediodía. La joven ciudad, creciendo con lentitud en la grandeza del anfiteatro andino. Todavía la naturaleza excedía, con mucho, el esfuerzo del hombre. ¿No era mejor así? Un refugio abierto en la inmensa desolación del altiplano. El paisaje titánico, agresivo; la ciudad pequeña, acogedora. Uno que la mira desde lo alto, se siente dueño y prisionero a la vez. Puede contenerla, entera, en el relámpago de una mirada; se siente cosa suya, definitivamente. Y esto es lo que no acontece con las metrópolis gigantescas, que no se pueden abarcar de un golpe de ojo, ni amarran con la emoción del terruño a la medida clásica, porque escapan ya al juicio razonado de la criatura que las mira. "La ciudad es bella, te pertenece y eres suyo, cuando alcanzas a trasladarla a tu ámbito interno o si te proyectas en su campo visual sin fatiga". Y ésta, enclavada en el hoyo inverosímil, es la más tierna y graciosa de las moradas inventadas por el hombre porque se abrió, como flor de alturas, en el paraje áspero y grandioso, justamente para que el alma descansa de las terribles presiones del medio circundante. La Paz... ¡cuán grato resuenan nombre y presencia física en quien mira! Nacer, vivir, perdurar en esta comarca ideal, es en verdad un regalo de los Dioses...

De abajo no subían ruidos ni se divisaba el movimiento humano. Era mucha la altura, inmenso el vacío. Todo aparecía quieto, sumido en el natural concierto de líneas dóciles y volúmenes apacibles. Un sentimiento de gratitud crecía en su corazón hacia la Joven Ciudad que se entregaba y atraía con indecible encanto.

¡Qué hermoso era contemplarla así, dulce y tranquila en el esplendor del mediodía!

Mateo se sentía como los antiguos Señores del Ande, hijos de la hazaña trascordada, que desde un peñón insigne dominaban ciudades, multitudes. ¿No era, éste, el reino de su mirar y su querer? El paisaje fabuloso ¿no le entregaba sus claves trágicas? La ciudad ¿no lucía perfecta, serenísima? La había visto tantas veces... La miraría tantísimas más... Y nunca terminaba su hechizo natural.

La tienes en el rayo del ojo que mira. La posees en el cuenco de la mano. La aspiras con olor a eucalipto y a retama. La oyes en el viento y en la música secreta de las quiebras resonantes. La gustas en sus extrañas disonancias de la forma que evocan los preludios debussyanos. Es toda tuya, eres, todo, para ella.

—Mateo: ésta es la dicha, sentirse uno con su suelo y su morada.

De pronto una cinta de plata, de bruñidos fulgores, hirió sus ojos. Había rayado el paisaje, súbitamente; y estaba, ahí, audaz y agresiva. ¿Qué sería? Mateo cerró los ojos y volvió a abrirlos esperando que la visión se despejara. Pero no: la cinta estaba ahí... Una corrida rapidísima, otro centelleo en el aire, y un segundo hilo o banda metálica vibró en el espacio. Luego cables, muchos cables... ¡Era un puente colgante! De monte a monte cruzando el vacío todopoderoso. Pero era imposible; ¿qué hacía el tremendo puente colgante sobre la hoyada andina? No tenía sentido, era un absurdo real y económico... ¿Para qué serviría? Mateo rió en voz baja; estaba soñando, en pleno día... Pero miró otra vez la gran cavidad y vio que brotaban nuevos puentes y calzadas sobre el vacío. Y las casas, al fondo, crecían desmesuradamente: treinta, cuarenta, cincuenta pisos verticales. Y altas torres para recoger máquinas voladoras. Y vías suspendidas unas sobre otras, por las cuales circulaban a gran velocidad millares y millares de vehículos. Y enormes naves aéreas surcaban el cielo a grande altura. Y en los planos inferiores se movían como mariposas gigantes los helicópteros. Y había otros artefactos mecánicos que subían y bajaban con gran facilidad. Y los funiculares trasladaban la carga humana de los cerros al fondo de la quebrada del Chuquiago. Y las casas y las arboledas eran tantas que no se podía contarlas. Y la ciudad enorme y vertiginosa había crecido en modo tal que ofuscaba la visión y el juicio: debía tener varios millones de pobladores. Y todo estaba lleno, ocupado, distribuido, concertado maravillosamente, de manera que las grandes corrientes de seres y vehículos se movían dócilmente, rápidamente por los puentes altísimos y los sobrepuentes que se cruzaban en todas direcciones. Y era una ciudad de ciudades, multiplana, en el hoyo, en el aire, en la planicie de los cerros, habitando el suelo y el espacio, de intensos y muchísimos colores, de una intrincada ingeniería, de acumulaciones colosales que sin embargo engranaban unas en otras y podían suscitar movimientos ordenados de muchedumbres y artefactos mecánicos.

Mateo se frotó los ojos, negándose a admitir la espantosa realidad. Los abrió nuevamente y ahí estaba la ciudad-colmena, monstruosa, inabarcable, aplastando al paisaje que se había convertido en una selva de torres, puentes, caminos terrestres y aéreos, acero, vidrio, cromoníquel, substancias extrañas inventadas por la química, máquinas y artefactos rarísimos, movido el todo por corrientes interminables de personas y personas..."No puede ser, no puede ser..." Pero la metrópoli babélica estaba ahí, al alcance de sus ojos y de sus manos, y el estrépito subía del abismo y se extendía por los ámbitos del aire. Y en vez de la dulce y quieta ciudad familiar, era, ahora, la terrible y vertiginosa urbe superpoblada de la acumulación sin fin y el movimiento sin reposo. Tremenda, inmensa, odiosa, porque la obra humana no puede ser tan vasta ni pesar tan duramente en las criaturas que la miran...

Y Mateo se persignó como si hubiera visto una visión infernal. Y al punto se disolvieron la urbe febril y sus descomunales edificios y el paisaje y la ciudad regresaron a sus naturales dimensiones.

Y Mateo se dijo que había viajado en el tiempo, viendo por unos instantes una ciudad monstruosa que fue o sería a miles de años de distancia, o un engendro del diablo que suele turbar las visiones y pensamientos del hombre con el poder desmedido que lo ofusca y lo persigue.

—Ya son ocho meses de actividad y aun no tenemos un local propio — aventuró Federico descontento.

Gonzalo atajó al compañero impaciente:

—¿Y qué podemos hacer? Casi todos somos pobres. No tenemos dinero para costear el lujo de una oficina.

—Habría que pedir plata a los amigos ricos -insinuó Octavio cínicamente.

—¡No! — profirió Raúl — eso sería caer en el chantaje de los partidos. Nosotros no debemos pedir ni recibir dinero de nadie!

Ricardo los escuchaba apenado.

—¿Para qué quieren un local propio? Para competir con los políticos. Lo mejor del Grupo Cívico es que no tiene casa propia porque vive en nuestros corazones. Nos reunimos en cualquier parte, ocupamos la casa de uno, la oficina del otro. No estamos sujetos a residencia fija, ni a horario, ni a disciplinas burocráticas. Sólo actuamos cuando creemos necesario actuar. ¿Para qué más? El aire que respiramos es la libertad.

— Bueno — replicó Octavio —. ¿Y dónde vamos con la famosa libertad?

—Yo pienso como Ricardo — argumentó Luís Alberto — no estamos obligados a la organización oficinesca, ni a la tarea cotidiana. Esto es lo que más vale en nosotros: ni afanes políticos, ni ambición de poder...

—¿Y esto es razonable? — preguntó Federico.

—Naturalmente.

—Toda organización, por pequeña que sea, tiene un fin.

—La nuestra lo tiene — terció Ricardo — primero despertar conciencias, formar un estado de alma en el pueblo. Después veremos qué rumbo tomamos.

— Es muy temprano para querer actuar en forma sistemática — añadió Raúl.

Javier, el más joven, arguyó fogoso:

—Deberíamos abrir un libro de inscripciones. Hay muchos jóvenes que quieren ingresar al Grupo Cívico.

—Paciencia — le contestó Ricardo — todo será a su tiempo. Y tú — dirigiéndose al indiecito Quispe — ¿qué opinas?

El adolescente se ruborizó.

—Yo sólo sé que creo en ustedes...

Vélez Sardón le echó una mirada afectuosa.

Luego se enzarzaron en una de esas famosas sesiones de autocrítica, inventadas por algún desocupado para hacer perder el tiempo y para debilitar a toda organización humana. ¿Qué era el Grupo Cívico? Una fuerza moral. No: una fuerza viva, operante, que hacía su oscuro camino lentamente, acaso con excesiva lentitud, pero hacía su camino. Ni el Gobierno ni los Partidos la tomaban en cuenta, pero el pueblo y la juventud sí, aunque carecían de la capacidad para asimilar su estilo, su nuevo estilo de lucha. "Somos demasiado quijotesco, lindamos en lo gaseoso, estamos en un camino sin horizonte". ¿Acaso nos organizamos para un fin utilitario? Ninguno de nosotros es político de vocación, aunque, indirectamente, hagamos política al ocuparnos de problemas nacionales. ¿Que dónde va el Grupo? Abre camino, simplemente. Otros recogerán la

cosecha de nuestra siembra juvenil. "¡Demasiado desprendimiento!" Aquí lo que falta es una cabeza que dirija. Mateo, el silencioso, habló parcamente: "¿Por qué apurarse? Todo anda bien. El Partido nos dividirá". Después de prolongado debate triunfó la tesis de seguir como Grupo Cívico, sin organización vertical, sin el mando único que desata las ambiciones y provoca los descontentos. Los últimos comunicados del Grupo habían sido rechazados por los periódicos. "Nos acuotaremos — propuso Luís Alberto — y sacaremos boletines que nosotros mismos repartiremos en las esquinas". Todos aprobaron, pero el desconfiado Octavio, al levantarse la reunión pensaba: "¿A qué conduce tanto ardor, si no sabemos qué queremos ni dónde vamos?" Ricardo, intuyendo sus dudas, le palmeó afectuosamente el hombro: "No seas desconfiado. Ya llegará el tiempo de la acción en gran estilo. Esto es más grande que nosotros. Todavía no lo captamos bien". Octavio, sorprendido, calló y se fue turbado.

Cuando se retiraban a sus casas, Ricardo dijo a Mateo y a Raúl:

—He recibido anónimos amenazantes e insultos por teléfono. Tratan de asustarme.

—¡Si pudiéramos pescarlos!

Vélez Sardón sonrió tranquilo:

—Son futezas para quebrar los nervios. Pero los míos están bien templados.

Y aunque el Partido de Gobierno y los Partidos de Oposición hacían el gran juego dramático en la escena pública, el diminuto Grupo Cívico, todavía sin jefe, sin local propio, sin adeptos, sin fuerza organizada y operante, hacía lentamente su camino. No buscaba el éxito ni el poder; sólo quería persuadir. La revolución moral era su punto de partida, su meta la transformación social y económica de la sociedad sobre nuevas bases de justicia distributiva. ¿Pero cómo se podría conseguir tan altos objetivos sólo por medio de conferencias, boletines y discursos en las radios? ¡Bah! Déjenlos: son unos ilusos — pensaban los políticos. Son valientes y hay que seguirlos, difundían las voces populares.

Eran los días anteriores al gran estallido revolucionario preparado por el Partido de los Verdes, que el Gobierno reprimiría sangrientamente, debido al trabajo de sus espías filtrados en las filas de los rebeldes. Aunque muchos pelean honesta y valerosamente por sus ideales, conspiran por convicción, entregan vida y reposo al propósito conspirativo, son muchos, también, los que lo hacen por cálculo, cobardemente, empujando a otros, escondiéndose, procurando tener un pie con los de arriba y otro con los de abajo. Y existen espías, delatores, falsos y traidores como en todo hacer humano. Y el dinero y la máquina avasalladora del poder hacen lo demás, cuando medran la vanidad herida, el despecho, la impaciencia, la sucia envidia que aniquila las más altas empresas del hombre.

Y esto es lo que malogra y desprestigia las revoluciones sudamericanas: que pocas veces la causa es justa y los jefes dignos. Por eso triunfan. Y muchas veces el rencor y la ambición, la sed de mando y de venganza debilitan a los falsos líderes. Por eso pierden.

Y el pueblo escucha tantas promesas incumplidas, recoge tales palabrerías huecas, observa un divorcio tan acentuado entre la prédica y la acción, que pocas veces se decide a respaldar la acción reparadora de los verdaderos revolucionarios, aquellos que se dan por amor a la libertad, a las instituciones, a la dignidad del hombre y al orden institucional que lo ampara.

Y el descontento, la crítica maligna, el rumor protervo, la calumnia, abren siempre paso al tumulto y al propósito conspirativo, cánceres de América, que no pudo desprenderse todavía de los charlatanes de plazuela, de los estrategas de café, de los retóricos del parlamento y de los diarios, narcisos que se venden al primer postor si les ofrecen algo, o se convierten en furibundos detractores si no les dieron la pitanza que buscaban.

El Dr. Meneses confiaba a su secretario Petricelli:

—Este Justínez es un idiota. Yo le dí a entender que conocíamos todos sus trajines. Que se acercara a nosotros. El se cree demasiado fuerte y no sabe que sus mejores hombres están conmigo.

Petricelli admiraba a su jefe. Quería aprender cómo hacía para mover todos los hilos del juego político, incluso los del adversario. Pero el Dr. Meneses, cauto y socarrón eludía las preguntas de su secretario ¿cómo conservar su adhesión, su admiración, si descubría la geometría interna de los movimientos de un ministro de gobierno?

El otro, el político mayor, rey de los tiempos, gobernador del espacio se alza en la lejanía, o se aproxima al mirar atento, como ignorante de la hazaña y de la miseria humana. Mas las inscribe, todas, en sus vetas minerales, las despeña en sus aludes, las esparce en los ríos que nacen de sus cumbres, las arroja a los vientos que estremecen sus flancos. Y en los azules ventisqueros o en los filos enhiestos, como grandes corales solemnes, circulan las ansias y las voces de los pequeños hijos del Monte Insigne, providente, que para cada uno significa asilo y ternura sin término. Porque lo mismo el desterrado que añora el trébede de sus cimas que sostienen el cielo, o el embriagado que culpa a la suerte de su desdicha y su malestar, rinden mente y corazón al Gran Confesor, al padre comprensivo que recoge todas las cuitas, entiende los sueños más descabellados, mezcla y ordena las mil barajas dispersas de la existencia.

Es el verdadero Padre de Familias. El demócrata sin restricciones que iguala a todos en la majestad de su presencia inevitable. El amigo sin mengua, desde que nacemos hasta que desaparecemos. Siempre el mismo.

Porque "Illimani", ara indescriptible, es templo y libro y canto y oráculo a la vez. Lo sabe todo.

Y en las olas congeladas del Mar que fue otro tiempo, duermen los sueños y los himnos del pueblo enclaustrado que un día romperá su soledad y sus cadenas.

EL ACOSADO Y LA JAURÍA

—Habría querido llamarme Bernardo del Ande — dijo Bernardo Montalván — porque todo mi quehacer de hombre y de artista está como sumergido en el contorno físico que me rodea.

Vanidad, ambición — pienso — pero también nobleza y fidelidad hacia el terruño.

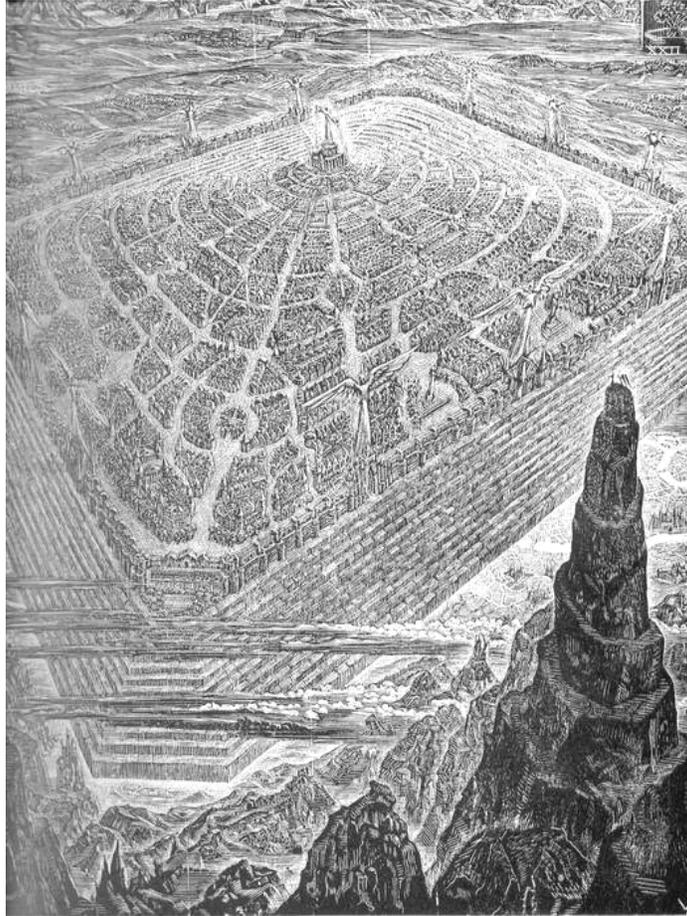
—¿Qué importa la cáscara personal si se perpetúa la nuez del bien hacer?

Montalván ha sonreído con amargura:

—Tu siempre sacas conclusiones sabias, Mateo, pero los hombres de carne y hueso queremos un renombre también con esqueleto y carnadura. Leonardo da Vinci, un hombre, una época, un paisaje en un alma; ¿no es la síntesis más estupenda? Esto es lo que busco: volverme uno con mi tierra, con mi pueblo, sumergirme en el misterio de su perdurancia. Perderse hombre y nombre en el claustro telúrico para reaparecer en el mensaje trascendido del paisaje humanizado por la búsqueda porfiada.

—Prosigue tu tarea sin desmayo — le he respondido —. No esperes ecos ni estímulos. Acaso un día escritor y obra se identifiquen en el abrazo definitivo. Pero la consagración final te será impuesta desde afuera: no la escojas tú mismo.

Montalván es el prototipo superior del intelectual sudamericano que habita país chico, no por la dimensión geográfica, sino por el escaso desarrollo cultural. Sus obras se leen y se malcomprenden; la crítica interna las ignora, resbala por ellas, apenas las enuncia. Difunde ensayos y trabajos en revistas y diarios extranjeros, alcanzando resonancias que no encuentra dentro del propio contorno. Pero no llega a los grandes tirajes ni a las traducciones, acaso porque no está en la onda de los tremendistas modernos: concepción y estilo, en él, rezuman nobleza,



Grabó Víctor Delhez

“... volverme uno con mi tierra, sumergirme en el misterio de su perduranza...”

claridad, cualidades que soslaya el gusto actual. Montalván puso en circulación muchas ideas, conceptos nuevos, agudos planteamientos, con visión sagaz de su patria y de su poblador, del hombre sudamericano y de la América virgen, proyectándose también hacia las áreas de una meditación universal del hombre, del mundo, de la vida. Es, tal vez, uno de los últimos humanistas en el alborear de la era tecnológica. ¿Quién lo sospecha, entre nosotros? De tiempo en tiempo llega un viajero avisado, trepa a la montaña, dialoga con el pensador una hora y deja el juicio ajustado y veraz:

—Un hombre, un pensador, un artista. No pensé encontrarlo en estos yermos.

Pero Montalván no es sólo un escritor. Tiene que ganarse la vida duramente, como todos, intervenir en política, hacer pequeñas transacciones comerciales; polemiza, da conferencias, hace periodismo y habla por radio. Tiene amigos, relaciones sociales, enemigos, admiradores y detractores. Es un varón moderno en el sentido de la actividad plural y varia. Alma abierta y generosa impulsa el bienestar de muchos, tiende siempre la mano al necesitado. Ha sido un líder, más de una vez, y otras tantas ha renunciado a ser un líder. He pensado, con frecuencia: ¿por qué este hombre de excepción, tan bien dotado por la naturaleza para mandar y organizar, con una energía increíble y una capacidad de rendimiento inagotable no alcanza el reconocimiento público?

Después de largo meditar creo tener la clave.

Bernardo Montalván es dos hombres en uno. El político, el organizador, el ser social actúa en un plano; el usual, el conocido por todos los que se desenvuelven en su medio y entre sus gentes. El escritor, el varón de ideas, el artista, se mueve en otro hartamente diferente; defiende su intimidad hogareña, su retiro de creador, labra su quehacer solitario, elusivo, no por egoísmo sino porque no existe otra manera para defender la enérgica concentración del artista. Y esto es lo que no perdonan grandes ni, pequeñas sociedades; que alguien pueda bastarse a sí mismo, que ponga valla y distancia a la curiosidad ajena.

Quien acepta al hombre rechaza al artista; o la inversa, se reconoce la fuerza del creador y se niega la tarea del ciudadano. Nadie debe vencer en dos esferas distintas — es la consigna aldeana — y el que no pueda deslindar fronteras entre hombre social y hombre-artista, merece el vacío o el repudio de las hormigas que difícilmente arrastran su carga personal.

El produce mucho, yo muy poco. Nos atraemos, nos necesitamos. De diálogos reveladores y actitudes nobles está hecha nuestra amistad; pero la vida es complicada, habitamos en ciudades próximas y los reencuentros no son fáciles.

He lamentado la soledad del varón espiritual:

—Nunca estoy solo — ha dicho Montalván — tengo mi mujer, mis hijos, el paisaje, los libros, los discos, las obras de arte y el mundo en ebullición de las ideas.

Tiene Montalván otra virtud: ignora la envidia, es un escritor que habla bien de los escritores, admite méritos en muchos que le están por debajo o se comportaron injustos con su obra.

Nobleza, encima de talento y productividad ¿no es una injuria para la fauna de los resentidos?

¡Pobre y grande Bernardo Montalván, enamorado de su patria y de su América, buscador de perfecciones en el hombre, servidor del pueblo, varón de soledades en su arte, criatura de comunicación y de esperanzas en su quehacer social, uno y muchos en la pluralidad de su acción repartida, señor en un tiempo de bellacos y follones!

—Volveré en la primavera — me ha expresado — con el nuevo fruto de mi venganza, porque yo me vengo de negadores y enemigos lanzando libros. Este será el veintiuno (católico, adverso a las supersticiones, pero poeta al fin, Bernardo cree en el poder mágico del número 21) y me llevará a la cima o me precipitará en la sima.

Cuando Montalván se va, recuerdo a ciertos émulos y detractores de su obra.

Los más hábiles ignoraron sus libros, no quisieron emitir opinión. Otros los combatieron crudamente, injustamente, negándoles vigencia ética y estética. Algunos disimularon el malestar que les provocaba su aparición con frases triviales y lisonjas de compromiso, señalando, aviesamente, pasajes y páginas de menor contenido. Hubieron los "suficientes" que quisieron mirar desde arriba lo que les excedía en talla y magnitud. Pedantes sin preparación para juzgar. Chistocillos, ignorantes, envidiosos, resentidos, perversos, malévolos, buscadeslices, ironistas de mal gusto y sobre todo la turba de los improvisadores de tierra adentro, aquellos que se ocupan de todo sin conocer bien nada. Recuerdo, entre todos esos pólipos de la vida literaria, crítica y periodística, a Eugenio Montoro, político fracasado que después de los cincuenta quiso hacerse escritor y guía de almas sin salir, jamás, de una vulgaridad manifiesta. Ignoró, sistemáticamente, a Montalván y a muchos que lo superaban largamente. Para él, para Montoro, siempre 4 columnas, grandes titulares, aunque sus trabajos fueran la esencia de la necedad y la futilidad. Se comparaba con los grandes, era el rey de los lugares comunes, escribía, escribía sin descanso en una suerte de grafomanía petulante que no dejaba tema ni personaje sin su veredicto grotesco. Escribía, escribía, sigue escribiendo; dudo que alguien pueda seguir sus trabajillos de topo literario. Otro, ya desaparecido, era Rigoberto de las Muñecas, hombre versado en letras, crítico agudo, borrachín y

destemplado, dado a exaltar a los pequeños y a disminuir o hacer el vacío a los bien dotados. Cuando Montalván publicó su tercer libro, le dedicó una página periodística pretendiendo demostrar que el autor no sabía escribir. Era alto, miope, de ojos de búho: envidia y malignidad le cruzaban el rostro. Fue adversario tenaz del culto y del inteligente, porque buscaba la supremacía entre los mediocres. El más divertido — aunque no el menos nocivo — fue Oscar Quintana Furriol, metido a crítico sin pasar de escaso comentarista de novedades bibliográficas. Presuntuoso, vengativo, dueño de una revista literaria, hacía pagar a escritores y artistas su comportamiento social. Desprovisto de conocimientos en la materia, realmente inculto, suplía su falta de preparación con juicios atrevidos, largas transcripciones, y burlas dudosas que sólo encubrían su incapacidad para acometer un análisis serio de la obra elegida. Gordito, bajo, parlanchín, asiduo concurrente de peñas y cafés, se erigió en crítico a fuerza de pontificar y cruzar lisonjas con otros escritores bien situados que le devolvían incienso. Pero nadie como el inefable Pontevedra, Ulises Pontevedra, escritor de segunda fila, prolífico y polígrafo, explorador de todos los géneros literarios, retórico por excelencia, que se veía a sí mismo sujeto y juez de un trascendental destino, siempre listo a difamar al émulo en las letras y a exhibir sus propios méritos. De folletitos de 80 a 100 páginas quería hacer libros; de una explosión lírica, ensayos; del arrebatado evocativo, un juicio histórico. No abandonaba el bastón ni las polainas; cruzaba, olímpico, calles y avenidas, respondiendo el saludo sólo a personajes o gentes de su preferencia, que no eran muchas. Ignorantón y presumido, volteaba espaldas al mérito ajeno y sólo quería oír hablar de Ulises Pontevedra. De tiempo en tiempo venía la "ola" de los nuevos, los que se alzaban contra todo nombre y toda obra porque gritando se imponen los débiles; nadie interpretó mejor ese orden de los moluscos avinagrados como Tarcicio Manta Luz. Mulatoide el físico, amariconada la figura pretendía compensar las desventajas del porte con un verbalismo torrencial. En la narrativa imitaba simiescamente a los franceses; resucitaba vocablos arcaicos para dársela de buen castellano; decía crítico porque hablaba de libros y de autores con rebuscado alarde. Metido a político, a economista, a orador, despreciaba profundamente su medio y sus gentes. Carente de ingenio, hacía chistes burdos. Origen, educación y temperamento lo inclinaban a la derecha, pero Manta Luz quería pasar por hombre de izquierda. Cursilón y maligno, lanzaba flechas a quien no podía contestarle; callaba, empero, ante los fuertes. Era el perfecto "nuevaolero", advenedizo, fastidioso, metido a jefe de capilla y a liderillo, sin ningún respaldo moral. Tantos de éstos Tarcicios aparecieron y desaparecieron en el camino de Bernardo Montalván sin dejar huella ni recuerdo. Yo los evoco porque la marcha del escritor sudamericano está sembrada de Montoros y Manta Luz, alacranes, fatuos, amargados que muerden el talón que no se digna aplastarlos.

Y existen, todavía, audaces, provincianos, metebullas, que juzgan obras que no leyeron y dibujan vidas que ni entienden. ¿Qué pueden contestar los escritores de vocación a estos escritorcillos de opereta?

Montalván tiene razón: la mejor venganza consiste en seguir produciendo libros fuertes, claros, diamantinos. Las diatribas se desvanecerán como la espuma en la ola.

Camino que mira para adentro el del escritor sudamericano, en las pequeñas ciudades de la América interior. Soliloquio. Porque conforme se le ahonda el pensar, maduran las técnicas de la expresión, y se le afina el decir, crece la distancia del lector medio atento a novedad y amenidad.

Por eso diré que hay una suerte de heroísmo callado en el hombre de letras, que lo induce a cumplir una misión de entrega sin aguardar recompensa.

Escritor — el verdadero, de vocación y persistencia — se da pocas veces; y pocas madura en la perfección de la obra bien lograda. Aquí, en el Nuevo Mundo, se labra contra el medio y a pesar de las gentes. Penosamente, difícilmente.

¡Grande y pobre Bernardo Montalván, habitante de un país ideal que embellece con su ardor y con su ingenio, mientras el mundo real que lo contornea se empeña en acosarlo y destruirlo!

UN SENDERO EMPINADO Y DISTANTE

Después de muchos años de mirar atentamente el paisaje de Calacoto, he descubierto un camino que serpea sobre el lomo mismo de los montes.

¿Cómo no lo había visto antes; por qué ahora tiene un sentido de mensaje y revelación?

Mis piernas y mis años ya no me darían la fuerza suficiente para trepar la extensa y erguida serranía: me quedaré sin saber dónde nace, cómo se desenvuelve, y hacia dónde conduce esa senda misteriosa que sólo ciertos juegos de luz permiten entrever a la distancia.

Pero ese camino ignorado sugiere más de cuanto enseñaron otros largamente explorados. Lo miro, lo pienso, me siento atravesado por la línea móvil que recorre el espinazo de la montaña y se pierde en el cielo azul escondiendo su descenso por la otra vertiente de la sierra.

Hay también un sendero empinado que conduce al corazón del indio y del mestizo. Lo descubrimos al atardecer, cuando las mejores energías, la ternura joven se gastaron en empresas olvidadas.

Si lo hubieras recorrido en hora oportuna, la vendimia habría sido generosa.

Juventud que te quiebras las alas en el politiquerismo que oscurece, en la vana ambición del mando y del dinero, aprende a escalar montañas, sigue el sendero desconocido, busca el camino que te aproxime al indio y al mestizo porque de ellos tomarás tu fuerza y tu destino.

Pero buscar un camino de verdad, de hermandad, no es empresa de acrecentamiento individual, riesgo de ambicioso, sino entrega silenciosa.

Si quieres que los cholos y los nativos integren la patria sociedad, harás sacrificio de tus privilegios y tus dones. El buscador de caminos es asimismo el soldado que se inmola para que sus compañeros prosigan por el desfiladero peligroso.

Ese camino misterioso que roza las nubes y se pierde altanero en el cielo, enseña que desde el duro suelo se hace la tarea humana.

Busca y hallarás. Sueña y te será devuelto tu desvelo.

AVANZAR HACIA LAS ALTAS ALEGRÍAS

No es verdad que la joven América sea sólo un hacinamiento de villas-miseria, de analfabetos, de indios y mestizos sin horizonte. Esa es la visión deformada del sociólogo empecinado en relieves negativos, del escritor que hace bandera de un falso sentimiento de protesta social.

Miseria, atraso, subdesarrollo, bajos niveles de vida los hay en todas partes y aun en las naciones poderosas. En el continente sur resaltan con coloración más acentuada, porque los contrastes son más violentos y las capas sociales más diferenciadas.

Ni el campesino es bruto ni el obrero bestial ni el varón de clase media primitivo; menos, todavía, el hombre de clase alta desesperado o alienado como pretenden, vanamente, describirlos los imitadores de la amargo-crítica europea.

Rotundamente: no es verdad.

Porque sucede, más bien, que no contaminado por los aires deletéreos del refinamiento y la perversidad modernos el hombre sudamericano transcurre en tiempo de inocencia, en estado de salud mental, ajeno a las tensiones exasperadas del descreimiento contemporáneo.

Y de cierto os digo:

—Si echáis la sana semilla en los corazones de la muchedumbre del mundo nuevo, habréis la buena cosecha. Mas si en sus venas se infiltra el veneno del morbo disociante, tendréis gérmenes de horror y destrucción.

Porque las gentes del Sur pueden ser guiadas, preparan un futuro mejor. Y un día terminarán la coca en el indio, el trago en el mestizo, ocio y abundancia para los cultos. Y entonces sobrevendrá el tiempo nuevo, la mayor aventura étnica y social de las muchedumbres americanas.

A esa hora distante, perdida en la maraña de los eones y los evos, traslada Mateo Montemayor su fe y su esperanza:

—América del Sur se salvará de locos y negadores. La planta humana rebrotará de sus montañas y sus selvas más fuerte, limpia y olorosa que nunca. Llegará una época de altas alegrías.

DEL MONTAÑÉS Y DEL HOYO INMEMORIAL

Una de las reglas de los cistercienses aconseja fundar conventos o retiros en hoyadas, para limitar la vista y hacer que el alma se recoja sobre sí misma.

Saludable previsión si se refiere al desenvolvimiento de la vida espiritual, mas para el habitante del Gran Hoyo influye también en su acontecer natural. La hoyada limita por el perímetro físico, detiene y contiene con la línea rígida de los montes; la sociedad montañesa frena por la hosquedad, la desconfianza, el desafecto de las gentes. Dijérase que hombre y paisaje se reservan, se concentran en una suerte de soberbia elemental. ¿Cómo se logra el montañés, no el poblador de los planaltos dilatados, sino el hoyero confinado en su anillo topográfico? Acosado por el medio físico, el bajo nivel medio que lo rodea, y las enérgicas incitaciones de la naturaleza y de la sociedad humana, el hoyero interviene activamente en la formación, en la transformación de su contorno social y natural. Y aun siendo, cada cual, isla en el Ande, se proyecta sagaz, comunicante en el quehacer colectivo. Alma de varios registros — saber tocarlos — el varón de la altura en oquedad es abierto y recogido alternativamente. Sabe amar, sabe replegarse en egoísta indiferencia. Confía, desconfía. Es capaz de la mayor abnegación o de los pequeños gestos mezquinos. Toda la fuerza atómica del intra-mundo continental bulle en su sangre: haría estallar el mundo. Pero asimismo se aventura en los espacios estelares del amor y la constancia: reconstituiría la trama del universo. Amiguero, solitario simultáneamente. El hombre-muchos. Se puede definir, captar al valluno y al llanero, naturalezas simples, jamás del todo al montañés de la hoyada, alma compuesta que guarda la fórmula de sus ingredientes y encierra el secreto de su conducta como un taciturno monje cisterciense.

Para una teoría del recogimiento que puede resolverse en explosiones temporales de la máxima energía creadora ¿hace el contorno físico al hombre, modela el hombre su morada? Geopsique — dirá el sabio: naturaleza y hombre trabajan simbióticos Por eso el hoyo limita y expande a la vez: he ahí el enigma. Retiro y aventura. Despoblada inmensidad. Pasión del "homo dynamicus" que se ha de serenar en la austera majestad del cingulo paisajil.

Vana sería o imperfecta la radiografía del hoyo y del hoyero.

Y no se me pregunte qué pienso del ando-montañés, porque soy uno de ellos, criatura de contradicciones y sorpresas. Y a pesar de lo mucho que sufrí por sus injusticias, sus desvíos, el inmerecido desafecto, los acepto como son, con sus virtudes, con sus defectos. Y si tuviera que escoger el lugar y las gentes de un segundo nacimiento, volvería al Gran Hoyo, a sus seres que signados por la paz se manifiestan en guerrear perpetuo.

Yo tomo, de ellos, la parte noble y creadora. Los sé fuertes, varoniles, emprendedores, leales cuando profundizan el vínculo fraterno.

La América interior en parte alguna se expresa y alquitara mejor que en la hoyada inmemorial, al pie de la Olímpica Escultura, donde un silencio de montañas, una austeridad monástica, el esfuerzo porfiado y persistente esconden la lenta elaboración de las razas futuras.

Cielo, infierno están en el terreno suelo. Y antes de elevarse al reino ulterior de las bienaventuranzas, el monje cisterciense y el habitante de la hoyada deben cumplir misión transitoria pero dura de su contingencia física.

Empinado, elevadísimo, recogido en la grandeza de sus torres pétreas, dice el Agujero Insigne que la hoyada aparta pero no limita. Materia y matemático nacen de la energía concentrada, no de la dispersión.

Y quien mira y sueña en la altura sueña y mira diez veces.

LA DEIDAD INCOMPREENSIBLE

—Mateo: todo es mentira, traición, bajeza, indignidad. El ladrón dice ladrón. El pícaro triunfa. El intrigante sube. La ingratitud y la perfidia nos acechan. ¿Ha sido siempre así?

—Ha sido siempre así.

Jerónimo Andulce es un ingeniero que creyó ser útil si intervenía en política. Joven, sano, impetuoso, el carácter viril lo arrastró a nobles empresas. Luchó, venció, cayó, se levantó diez veces. No fue líder de masas porque el entero, el que dice la verdad no agrada a la muchedumbre. Pero un discurso suyo, una crítica oportuna, un rasgo de audacia hicieron tambalear gobiernos y presumidos. No obstante, después de diez años de actividad; civil, su partido se mantiene pequeño, no son muchos los hombres de valer que forman su estado mayor. No sabe medrar, no es oportunista, no persigue el poder por el poder. Un aire de quijotismo y renunciamiento ha impedido que suba más alto.

—Soy un ingenuo — comenta amargamente —. A mí cualquiera me hace creer en su honradez y en su capacidad; y la política es la ciencia de saber medir a los hombres. No sé desconfiar, no sé distinguir.

—Es posible que no sea usted un conductor político, en el sentido avasallador del término — le refuto — pero su dedicación desinteresada al menester civil le ha creado fama de buen ciudadano; y es esto lo que cuenta.

—Buen ciudadano, al que pocos escuchan y menos siguen. ¿Qué hice, de positivo, en esta larga insistencia para depurar nuestras costumbres? Nada, en verdad.

Es la queja de todos los varones justos que incursionan por un ideal de sociedad mejor en las luchas internas, y se ven defraudados, abandonados. Incitan al cumplimiento del deber, nada ofrecen, no saben manejar la inmensa maquinaria de poder que significa una palabra audaz, una inteligencia ofensiva, un grupo, un partido, una posición agresiva en la disputa por la opinión pública. Forman la estirpe de los idealistas que no pueden evolucionar al tipo frío, sin escrúpulos del tropero, aquel que maneja hombres por el dominio de los instintos mejor que con la nobleza de los sentimientos.

—Es un error — le digo — pensar que sólo el éxito cuenta en política. Cierto que la historia sólo recuerda a los vencedores, pero también los grandes perdedores, los que sirven sin esperar recompensa — y en verdad casi nunca la encuentran — hacen su parte en la construcción civil. Ninguna tarea es vana. Sembramos para los que vendrán. Ni usted mismo puede juzgar el valor secreto, proyectado al futuro, de sus palabras y sus actos en el campo político.

—Esa promesa de supervivencia no me consuela — insiste Jerónimo Andulce—. Vivo en mi ambiente, en mi época, quisiera que la moral social triunfe sobre el sucio maniobrerismo de los capitanes de la política, de la economía, de una burda opinión pública movida por intereses mercantiles y ambiciones egoístas. Yo soy ateo. No me interesa el más allá, sino la pequeña periferia que contornea mis acciones. Cada día veo menos hombres dignos, más sinvergüenzas. ¿No es lamentable? Hubo tiempo en que yo pensé estar bien dotado para una tarea de limpieza y re-construcción...

—No siempre, o rara vez los mejor dotados llegan al mando. Su misma rectitud les impide subir. Son los que mejor se adaptan a su medio los vencedores, porque la mecánica social parte de la astucia y se afianza en la ausencia de escrupuloso. Gran hombre y gran político confluyen sólo por excepción.

El ingeniero reacciona con violencia:

—¿Pero qué ley natural, qué móvil psicológico, qué flujos o reflujos escondidos hacen que los pueblos caigan en las redes de quienes pueden perderlos, en vez de escuchar la voz de sus salvadores? Los grandes no suben o suben rara vez; los grandes se frustran; en cambio abundan los mediocres, los inmorales, los arribistas que saben persuadir. Esta quiebra de la escala de valores destruye nuestras sociedades incipientes. ¡No debe ser!

—Desgraciadamente, es. Nadie ha descubierto la fórmula para mejorar el manejo de las multitudes. César, el mayor caudillo de la antigüedad, era en verdad el pillastre más insigne. Sobre un fondo negativo de maldad y disolución, suben los héroes.

Jerónimo insiste: lo descorazona hacer el inventario de los grandes y pequeños Mandatarios que tuvo la República. Los fundadores asesinados por la ingratitud. Otro organiza el país en 10 años de férrea administración y se le recompensa con 100 años de odios y desprecio. Un cuarto, que salva la Nación en los campos de batalla, muere exiliado. El quinto, el sexto, el séptimo podrían llamarse los integérrimos: uno es traicionado y muere en ostracismo; otro apenas si se recuerda por los idealistas; el último, que reconstruye el Estado después de la guerra que nos deja mutilados, sin mar, el forjador de la conciencia nacional, es olvidado por la historia y por los críticos de pacotilla. El presidente-geógrafo, el presidente-hacedor, el presidente-voluntarioso, todos tres conductores dinámicos, son negados. Otro, jurisconsulto e innovador, cae bajo los embates de la plutocracia oligárquica. Queda sólo el recuerdo alentador de dos mandatarios militares, que abren el surco socialista, y otros dos civiles, de posición revolucionaria, cuya actuación, demasiado próxima, no permite todavía un juicio desapasionado. De los miserables e incapaces no quiere ni hablar: los pasa por alto. Pero detrás de la corta estela de los buenos guías de la nacionalidad, evoca a tantos otros, legisladores, ministros, altos jefes, estadistas, políticos, oradores falsos, intrigantes, señores de oropel y de traición, aduladores, ladrones, en suma: la gama infinita de los presupuestívoros; y estos son los que a la postre hacen la historia y deshacen la patria. ¿Es que el mundo se sostiene por la ley del desastre?

Le he contestado que el mundo fenomenal es incomprendible para el vaticinador de pueblos. ¿Qué es mal, qué es bien, y cómo deslindar lo beneficioso de lo negativo? Todo se mueve tan íntimamente entrelazado, que nadie podría distinguir lo útil y lo innecesario cuando se trata del acontecer colectivo. Leyes extrañas manejan el suceso público; a veces infortunio y derrota engendran nuevas fuerzas; o acontece que la victoria sume en ulterior desajuste. Nada es, pues, accesorio ni fuera de lugar. Todo tiene su clave si se miran hombres y sucesos en serena perspectiva de tiempo.

Andulce vuelve a protestar:

—¡Mateo! Eso es inmoral; a poco más y establece usted la teoría del optimismo transigente: todo estaría bien, aunque todo fuese censurable...

—No apruebo lo arbitrario; simplemente verifico que el mundo bascula entre lo que aparenta bondad y lo que denuncia dureza. ¿Cuál es la verdad? Existe, tal vez, un designio religioso que nos conduce por el desaliento y el sacrificio a la consecución de los más altos fines.

Jerónimo Andulce se enfosca. No le agrada mezclar política y teología. El es recto, sano, inflexible. "Conmigo no hay transacción" — suele decir; y acaso a esta rigidez de su carácter se deba, en buena parte, la frustración de su destino político.

Se aleja el ingeniero a pasos rápidos, probablemente disgustado por mis opiniones. Yo sigo meditando en la oscura trama del acontecer sudamericano: más cerca de la luz cuanto más se adensan las sombras. Y un secreto instinto me advierte si no serán verdaderamente necesarios el cacicazgo, el desorden, la ineptitud para que redentores y ordenadores hagan su tarea profiláctica. Un mundo perfecto ¿no sería absurdo y anti-humano?

EROS 10 — MATEO, AMADOR DE GRADIVA

Como todo era maravilla y presagio en esos tiempos, yo no atinaba a salir de mi confusión: ¿había sido un hecho real, tangible, el baile en el Palacio y la actitud de Gradiva importaba una definición de nuestras vidas; o la ternura maternal que late en toda mujer la había llevado a encantar esa noche con la promesa de un amor que ambos sabíamos imposible?

No podíamos vernos con la frecuencia deseada y esas largas pausas entre uno y otro encuentro, sembraban la duda en mi alma. Cada vez que yo expresaba mis temores o que la tristeza velaba mi semblante, ella decía sonriendo:

—No te preocupes; esperaré...

Pero yo reflexionaba, en anchos monólogos silentes, cómo podría vencer los obstáculos que nos separaban: la diferencia de edad, la posición social, la imposibilidad en que me encontraba, desde el punto de vista económico, para fundar hogar y sostenerlo. Era empleado de banco, periodista y atendía una secretaría privada; podía enorgullecerme de tres actividades, mas, en el fondo, sólo era un principiante. Podía despertar simpatías, voces de estímulo, porque la juventud concita dóciles aperturas en la gente mayor, a condición de que ocupara el lugar que me correspondía. La sociedad no tolera que el recién iniciado pretenda disputar situación o privilegios a quienes los alcanzaron después de muchos años de persistencia y sacrificio. "Jovenzuelo — me dijo cierta vez un dómine altivo — todo será a su tiempo. Trabaje y espere". Y esto podía aplicarse — me decía yo — a mis amores con Gradiva: ¿por qué había escogido una mujer en vez de una chiquilla, por qué precipitar el curso natural de la vida? En verdad, no tenía edad, experiencia, medios, nada que me permitiera ambicionar el supremo deseo de conquistar a la muchacha más hermosa y distinguida de la ciudad. Pero era así: la amaba, quería hacerla mi esposa y ninguna consideración racional podía apartarme del ideal de juntar para siempre nuestros destinos. La espera sería muy larga. Sus padres no aceptarían cederla a "un niño" como despectivamente había comentado un miembro de la familia. Y labrarse una posición para fundar familia aparecía tan remoto, que a veces desesperaba de alcanzar mi sueño. "Dios nos ayudará" — repetía la amada. Yo prefería confiar en el destino, un vuelco de fortuna, algo extraordinario que me transformaría de muchacho en hombre capaz de realizar sus ambiciones.

Supe que un señor acaudalado, treintañero, al saber que yo acompañaba a María, a quien había cortejado con insistencia anteriormente, al ser impelido a provocarme y recuperar el campo perdido, había dicho desdeñoso:

—Yo no compito con mocosos. Que deje de verlo y volveré a buscarla.

Mis padres vivían, entonces, en el extranjero, muy lejos. Sólo me abrí a Carlos Linford, el mejor amigo, quien después de escucharme pacientemente sentenció:

—Siempre te he admirado por tu carácter y tus arrebatos, pero me parece que esta vez vas demasiado lejos... Gradiva es una mujer magnífica. Nosotros, adolescentes, estamos muy por debajo de ella. ¿Por qué echarte la carga de un matrimonio prematuro? Te aplastará. Renuncia a ella y vive tu juventud en libertad...



Grabó Víctor Delhez

“... la primera derrota que templó mi juventud y me enseñó a desconfiar...”

Ni reflexiones ni consejos hicieron mella en mi espíritu. Se me había hecho tan familiar su presencia, que no podía concebir la vida sin tenerla de compañera.

En el Banco, mis superiores estaban satisfechos de mi trabajo. Me adapté al modo sobrio e incisivo del Gerente, gané su confianza, y cuando el Secretario de la institución renunció — yo era, entonces, jefe de la secretaría — el alto funcionario me propuso para reemplazar al empleado saliente.

Cuando comuniqué la noticia a Gradiva, una mañana en que el Prado resplandecía de fuerza y de belleza, como reflejando mi entusiasmo desbordante, ella dijo cautamente:

—Sería maravilloso... Pero esperemos que te designen.

Pocos días después me llamó a su despacho el Presidente del Banco, un político avezado, un prohombre del país a quien yo respetaba y admiraba.

Suave, pausado al hablar, me miró con cierta ironía detrás de sus lentes de oro y cuando yo me aprestaba a escuchar de sus labios el mensaje de mi felicidad, me espetó el discurso que jamás olvidaré porque fue la primera derrota que templó mi juventud y me enseñó a desconfiar de los hombres y a revertir sobre mí mismo:

—Joven Montemayor: el Banco está muy contento de sus servicios. Tiene usted encomiables aptitudes, usted hará carrera entre nosotros. Pero si ahora, cuando apenas ha

cumplido usted los veintidós años, lo hiciéramos Secretario de la Institución, en primer lugar le haríamos un daño porque no conviene su ir tan rápido a los jóvenes; luego se producirían protestas de otros que con mayor antigüedad aspiran al cargo. Tenga usted paciencia; en tres, en cuatro años mas será usted nuestro Secretario.

Impulsivamente lo eché todo por la borda, sin poder esconder desencanto e indignación:

—Señor — repuse — si el Banco no me considera digno de ascender a Secretario buscaré otra situación.

Y sin dar lugar a su respuesta abandoné la oficina del Presidente.

Encontré trabajo en una empresa minera y advertí a la mujer amada:

—Esto aleja la posibilidad de casarnos.

Ella sonrió con ternura:

—¿Qué importa? — dijo —. Tenemos la vida por delante. Hiciste bien en renunciar. Aguardaremos.

Recuerdo, con profunda gratitud, esos días claros, radiantes del pre-noviazgo que sólo conocíamos ambos. Porque a pocos fue donada la virtud de cambiar la juventud por el paraíso. Y esas mañanas de gloria en que la vida entera parecía suspenderse para recuperar su ritmo de fuego en los ojos de la Bien Amada, en verdad no pasaron, nunca pasarán porque se inscribieron tan hondo en el sentir del amador que siguen latiendo cordiales, generosas, como un flujo eterno de dicha y de paz que no conoce fin. Era tan simple, inefable... Esa mano que transmite su calor y su ternura. Esos ojos que infunden confianza y alegría. Esa sonrisa que despliega todos los encantamientos de la vida. Esa voz pura, indefinible como el agua. Esa inteligencia serenísima que discierne con tacto infalible. Esa hermosura suprema que enciende todo lo que toca. Esa presencia amada que llamas Gradiva. Yo me sentía a su lado el hombre más poderoso del mundo y el más feliz. Todos los poderes y tesoros del planeta se disolvían al conjuro de su nombre. Si no conociste la mística exaltación de aquel que cambiaría todas las glorias y las dichas del mundo por una sonrisa de la Bien Amada, diré que no supiste amar. Porque amor es la entrega total, la inmersión en la persona elegida, y el héroe no existe si no encuentra el ser meritísimo ante el cual ha de rendir sus armas, su grandeza y su victoria. Y ella era todo para mí. Por eso diré que si la plenitud de las excelencias terrenas es accesible a todos los hombres, sólo entreven la infinitud del Creador y el enigma de sus bondades múltiples los que amaron, padecieron y se extasiaron en ojos de mujer.

Se dirá que exagero, que el amor me ciega, porque el hombre que lee o escucha no es afecto a las hipérboles, rechaza los sortilegios del afecto desmedido; cree ser engañado. Pero si uno t entre miles tuvo juventud dichosa, amor feliz, y fue tocado por el beso de la musa mientras la presencia de la elegida revestía de mágicos tintes corazón y paisaje, ese comprenderá la verdad de mis recuerdos.

El parque lleno de gentes que cruzaban sin cesar, nosotros solos en un banco del paseo. Cercados por un círculo encantado que nos aislaba del mundo, nada veíamos que no fuésemos nos- otros mismos. Largos silencios conmovidos alternaban con las pláticas extensas. Lo que hablábamos siempre nuevo, lo callado sugiriendo luz de amaneceres.

Tenía el porte sobrio, elegante, de la mujer de clase. Vestía con innato buen gusto, sin que pudiera definirse si era la sagaz combinación de colores, el toque de un detalle, o la gracia femenina de sus movimientos lo que concedía espiritual delicadeza a su figura. A veces me quedaba absorto en su belleza cálida y perfecta. Cogía su mano aristocrática y me hundía en el ónix negro de sus ojos: un mensaje sin voces, sin música, temblaba en la gota de oro que encendía sus pupilas. Y si al escuchar su noble inteligencia me parecía que Dios o el Destino me enseñaban los caminos de la verdad, en los silencios remansados yo sentía girar sobre sus finos

goznes unas puertas invisibles que me abrían la entrada al Edén perdido, que hombre y mujer recuperan, fugazmente, en los transportes extáticos del amor profundo, puro y verdadero.

—¡Qué hermosa y qué buena eres! — solía decirle —. ¿Por qué Dios me eligió para darme la mejor de sus criaturas?

Gradiva callaba, emocionada. Sus ojos se llenaban de lágrimas y una ligera presión de la mano expresaba su reconocimiento.

A su lado siempre me sentía dichoso y confiado. Cuando nos separábamos volvían a asaltarme las dudas, el recelo, la natural desconfianza por el futuro incierto.

Sus padres no veían complacidos esa amistad que ya alzaba murmullos. "No debes bailar tanto con ese muchacho, ni alentar en él esperanzas que no pueden cumplirse" — le reprochó un día severo su progenitor. Gradiva reservada, independiente, se limitó a callar. Y al contármelo agregó: "No te preocupes; vendrás a casa. Jugarás ajedrez con mi padre, a veces te dejarás ganar, le hablarás de política y acabará por comprender. Mi madre adivina lo nuestro y estará de nuestro lado".

La salida del Banco me hizo comprender el valor fundamental del dinero en la sociedad humana y en el destino de sus seres. La diferencia de años, la escasez de recursos se me antojaban dos cordilleras que debía vencer a pie, solo, en una marcha penosa y erizada de peligros.

Una mañana al abrir los diarios, tropecé con la noticia inesperada: Gradiva era la Reina de los Juegos Florales.

Nos encontramos en el parque; yo tristón, malhumorado, ella corriéndole la malicia en la sonrisa y en el mirar. Tras un corto diálogo me cerró la boca con sus finos dedos:

—Tonto — expresó —. ¿Cómo crees que lo aceptaría? He contestado que no.

—¡Cómo! ¿Y tus padres?

—Estaban descontentos, acaso adivinaron el motivo de mi rechazo... Pero si tu no ibas a ser mi caballero ¿qué otra cosa podía hacer?

No comprendo por qué tanta juventud se agosta en lupanares y aventuras donjuanescas, cuando no hay destino más noble ni más bello para el hombre que se inicia como un amor casto y profundo. Yo agradezco al Señor por el privilegio de haber encontrado la novia eterna que incendió mi adolescencia y dio sentido a mi vida de artista y luchador. Pero ese amanecer de la pasión fiel, siempre renovada ¿quién podría describirlo? Sólo una vez hay veinte años y si ellos afloraron en amor encantado, es definitivo. Dichoso aquel que consagró a la Bien Amada: es hijo del destino, protegido de los dioses. Porque quien se entrega se acrecienta. Y Mateo, amador de Gradiva, iba creciendo en su ternura indescriptible.

Y llegó el día de gloria en el cual le dije convencido:

—Ya nunca volveré a dudar del futuro. Gradiva, novia y esposa, a tí consagro.

Y los ojos oscuros ardieron de dicha y un casto beso me tocó los labios. Y no el deseo, sino la infinita confianza y el hondísimo amor se aquietaron en el pentagrama del instante.

SUEÑO DEL ABISMO ARMONIOSO

Estaba al borde de un inmenso pozo insondable que descendía en espiral. Era un monje que con un compañero entonaba un canto gregoriano tristísimo, patético, que me hacía llorar por su sentimiento y su ternura. Así cantando, desgarrándonos, descendíamos como flotando en el

aire, contorneados por el muro en espiral que se iba dibujando en paisajes fantasmales de una tal riqueza de líneas, de formas, de contrastes, que de sólo verlos quedaba el alma en suspenso. Era un lento y prodigioso girar de escenas novísimas, fulgurantes, que esparcían, a un tiempo, ansiedad y sosiego en el espíritu. Entonces al terror trágico del abismo sucedía una sensación de paz, de encantamiento, que ahuyentaba todo temor. Jamás hombre alguno pudo contemplar tal sucesión de paisajes de maravilla concertados en escala de revelación: era la tempestad petrificada del Ande supernatural, un goticismo pluralísimo y radiante, la dinamia secreta que parecía brotar de la melancolía india y de la fáustica ambición occidental. Y una voz muchas veces secular musitaba de lo hondo: "Misterio aimára, sin voces y sin clave; entiéndelo cayendo y resurgiendo". Mi compañero había desertado. Yo estaba solo, no sé bien si cantando o escuchando un canto desolado y patético, flotando o sumergido en el gran vacío del pozo desmesurado que con sus paisajes movibles y fieramente acicateantes, me conducía, no obstante el dolor y la tremenda tensión agitadora de su; visiones circulares, hacia un dulce, infinito sosiego indecible. Y era un desdoblamiento que terminaba en incomprensible unidad, como si el sufriente fuese, a la vez, materia de reposo y bienaventuranza. ¿Existe una solución mística a la oposición del bien y del mal? Yo sentía un estado de síntesis final, donde lo bello y lo perfecto vencían del genésico desorden, de la culpa original; y no sabía donde poner mi atención: si en el prodigio del paisaje transformante, ahondador, o en la tristeza lacerante del canto gregoriano. Y a este sueño dissociador, integrador, lo bauticé el sueño del Abismo Armonioso. Porque de paz y alteración está hecha la jornada humana; y si eres capaz de absorber la doble vibración que te expande y te devuelve a tu propio centro, eres ya criatura de elección. Y el que narra y transmite su experiencia, por desbocada que aparente la imaginación, está oficiando para otros y en el tiempo.

MIRAR AL HORIZONTE

¿Por qué sólo historias de campesinos, de obreros, de estudiantes, de soñadores y rebeldes, como si la humanidad americana se redujera a pocos tipos determinados, prescindiendo de la inmensa variedad original?

Un cuadro analítico, calibrador de la novelística continental da mayoría aplastante a peones, bandidos, trabajadores humildes, empleados, patrones abusivos, caciques y seres frustrados. La caricatura y la sátira eligen débiles víctimas. El sociólogo mira hacia abajo, el narrador se compadece del oprimido. Se historia lo negativo, se ignora al victorioso. Locos, resentidos, atraen mejor que los grandes ambiciosos y las figuras trágicas, como si los destinos en sombra fueran semillas siniestras de toda inventiva. En el fondo, el novelista sudamericano, con excepciones, padece de un estrabismo melodramático, es sádico y ultra-naturalista, se inclina a la protesta social, es proclive a la amargura y al desencanto. Pocos relatos quedan en la memoria, furtivos protagonistas en la sensibilidad del lector.

Y no es que no sepan contar; los hay que fulguran con luz propia: hábiles, precisos, dueños de una prosa opulenta, cultos y sagaces, se hombrean con los narradores occidentales o norte-americanos. El reparo a nuestra narrativa no es al escritor, que conoce y domina su profesión, sino al hombre que inserto en el escritor se ciega a la maravilla de los paisajes, a los temas inéditos, a los protagonistas ejemplares de la inmensa y varia humanidad americana.

En la historia o en el pasado, lo mismo que en el riquísimo presente, el hemisferio sur escapa todavía (y esto será, dichosamente, por mucho tiempo) a la mecanización de la sociedad y de los tipos humanos.

¿Por qué narrar miseria, desventuras, injusticia de personajes patológicos, si frente a ellos canta la vida encarnada en seres claros, saludables cuyo tránsito vital tiene mayor carga estética y ofrece recursos dramáticos más lícitos, porque en ellos se afina la sensibilidad y es más difícil de capturar la Complejidad psicológica?

Un artista, un novelador, deben reflejar su época y su medio: en suma, su pueblo. ¿Pero qué es un pueblo? Aquí comienza el conflicto; porque los hay — son muchos — que tipifican al pueblo en sentido de la masa, de los destinos proletarios, del abandono y la miseria, como si sólo existieran los pobres y los infortunados; y existen algunos — son pocos — que recorren la infinita

gama de la variedad humana y dan al pueblo categoría oceánica, que absorbe y comprende a todos, lo mismo al desdichado que al poderoso, como Dostoiewski, que juntó príncipes y enfermos, fuertes y débiles, felices y malaventurados, victoriosos y humillados, a veces naturalezas contradictorias en un solo personaje.

Y ésta es la huella que se debería mostrar a narradores y cuentistas de la América naciente: la variedad en la pluralidad. Ahondar en las urbes y en las aldeas, y en los seres dinámicos que las pueblan. Porque aún esperamos los arquetipos de nuestra epopeya social, las figuras ejemplares, los personajes desconocidos que pasan todos los días a nuestro lado y que podrían revelar destinos asombrosos, historias verídicas o fábulas de estremecedor aliento.

En un cierto sentido hay que ennoblecer la tarea del novelista sudamericano. Enseñarle a ver, a escoger, a expresar con mejor acierto en la búsqueda la hermosa y opulenta realidad que lo rodea. La caricatura y la sátira, la protesta política, la crítica social, el resentimiento han puesto vendas en nuestros ojos: vemos lo malo y lo oscuro; la luz nos hiere, seres y Cosas nobles se ignoran.

Para ser digno intérprete, guía de este mundo que amanece, el escritor debería evolucionar desde adentro. Mudar de alma y de visión. Confiar en sí y en la vida. Estimular las fuerzas jóvenes y sanas que lo circundan. Levantar la mirada al horizonte, porque es horizonte lo que falta a muchas comunidades cerradas, a muchos escritores confinados en la inventariación de miserias y ruindades de la estirpe humana.

DIOS EN EL HOMBRE

Católico militante, cristiano de verdad ¿quiénes lo son? El transcurrir actual, presuroso y exigente, deja escaso tiempo para los deberes del culto y la meditación religiosa.

Buscamos a Dios en la vastedad del universo sideral, en la infinitud del átomo, olvidando que su morada natural es el alma del hombre. El cosmos, siempre en expansión, la materia siempre en contracción impiden a los sabios y a los investigadores concentrarse en esa pequeña y misteriosa circunstancia de la fe. El mundo moderno, como desencantado de amor y revelaciones, sólo cree en la fría y cruel certidumbre a que arriban físicos, matemáticos y químicos, sacerdotes de la religión de la energía y las transmutaciones abstractas de un pensar que bascula entre dos vacíos permanentes.

Frente al "átomo irrisorio" de Jean Rostand, extraviado en un cosmos terrible, inabarcable, prefiero creer, con Teilhard de Chardin, que mundo y conciencia crecen y ascienden paralelos: convergen. Cosmogénesis, cristogénesis. El Universo puede centrarse en el Cristo, y su figura solitaria, excelsa, es un resumen vivo de la ley universal. El mundo se realiza en nuestro espíritu; nuestro espíritu hace y da sentido a su vez al mundo. Cosmovisión sintética: el Señor te ordena entender la fundente trascendencia de espíritu y materia. Originario y destinado a un mismo tiempo, el hombre es un ser que resume el universo en fórmulas ingeniosas; pero está sujeto a un Poder Supremo que ensancha y restringe alternativamente sus facultades de síntesis, de análisis, de armar y desarmar esquemas abstractos que pretenden hallar explicaciones últimas al misterio del ser y de la vida.

Todo esto es denso, oscuro, incomprensible como el espectáculo del cielo estrellado, como el lento y enigmático rotar de los astros. Aun los teólogos insignes y los filósofos creyentes no pueden esconder la soberbia de una inteligencia que se juzga próxima a lo divino. Los santos cuentan su experiencia pero no la transmiten porque no estamos capacitados para absorberla en profundidad: oímos solamente. Y cuanto más te adentras en el misterio religioso menos entiendes, porque esa es la ley: perturbarse, padecer, antes de alcanzar remansos de paz en el meditar.

No es la música de Bach, pero sí lo que anima la música de Bach. No está en la guerra ni es la paz, mas pueblos y caudillos le impetran por duro que sea el humano destino. Hambre, enfermedad, catástrofes no fluyen de sus manos; sabe en cambio la manera de aliviarlas y en el trance peor levanta el corazón del hombre. No es el esplendor del paisaje, la naturaleza estupenda, la variedad oceánica del mundo y sus maravillas vivas, pero sin El mundo, naturaleza y paisaje

carecerían de sentido. El todo que es y el todo que no es lo resumía el viejo Séneca, en definición que no ha sido superada; eso que ves no puedes precisarlo; lo invisible, menos; y al cabo acontece que Dios es inaccesible a la comprensión de sus criaturas.

La vieja imagen antropomórfica, paternalista, no sirve ya. Ni la idea del Ser Omnipotente que se pensaba ocupado en guiar los hilos de las hormiguitas humanas. ¿Hay alguno que hace y deshace a la medida del entendimiento de cada cual? Hoy el Señor es más un gran sentimiento que una grande idea: búscalo en tu corazón; allí reside, y en el dolor y en la necesidad de tu prójimo. Caridad, bondad, generosidad son las claves para reconocerlo aun sin poderlo ver.

No es presunción, no es necedad, pero cuanto más medito en la Europa lejana y en la América que habito pienso que aquí, Dios, toca más hondo acaso porque ciencia e inteligencia no turbaron todavía el sentimiento ni la gratitud de las criaturas.

Da, sirve, sacrifica lo tuyo por lo ajeno, ama, cree y espera. Que el amor sea tu norma y el entusiasmo tu conducta. Porque es bello y noble el quehacer humano, aunque lo traspasen duda y pesadumbres.

Y Mateo Montemayor piensa que por vasto y poderoso que sea el mundo futuro de los hombres, aunque las líneas de su voluntad se tiendan hacia los astros, y el cosmos físico aparezca como sometido a su dominio, la idea y el sentimiento de Dios florecerán fragantes en la criatura humana porque sin ellos no tendría sentido el tránsito terrestre ni el pensamiento alas para volar.

Porque el Señor es, finalmente, eso que te levanta, te fortalece, te inquieta y te apacigua en la gozosa certidumbre de un encuentro ulterior que eleva y dignifica la vida del creyente.

Nada le pidas: no es Dios dador, únicamente. Si te dio don de amor, don de confianza, ya te dio mucho.

Una gran sombra blanca nimbada de luz sigue tus pasos. No te vuelvas a mirarla. El Cristo vela por los confiados y los fuertes. Y ese es el puente invisible que Dios ha puesto entre su incomprendible majestad y la fragilidad de sus criaturas, para recordarnos que hay un camino de salvación. Camino eterno.

LA OLVIDADA, LA PRETERIDA

Un país inmenso y vario, rico de todas las riquezas naturales, privado de su mar por una guerra injusta, sin contacto directo con el Pacífico ni con el Atlántico. Semidespoblado, se contrajo en sus límites territoriales. La geografía difícil impidió su articulación interna. La heterogeneidad racial agravó su aislamiento. El divisionismo y la discordia impidieron su rápido desarrollo. Y no obstante un alma nacional valerosa, pujante, se alza contra el destino y los infortunios.

Las patrias sudamericanas, cuanto más golpeadas por la fortuna, acosadas por el menor desarrollo y las propias fallas interiores se yerguen altivamente, ennoblecidas por el dolor de una lucha sostenida que no comprenden las naciones mayores.

Nos juzgan orgullosos y somos, simplemente, dignos.

A los menospreciadores que se afianzan en el mejor potencial económico, habría que recordarles cuánto hicieron la desdicha humana y el esfuerzo de los postergados por un avance general de la humanidad.

Así como existe un orden mágico en el desorden, hay también una grandeza escondida detrás de la aparente debilidad de las naciones de menor desarrollo.

Comunidades en retraso, desorganizadas... ¿Qué sabemos? Se despeña el torrente sin amos, nadie sabe cuándo. Y aquella, la prisionera, la olvidada, vuelve sobre sí para dispararse, mañana, con impulso mayor a un nuevo amanecer...

DOS PRECIPICIOS

Jacinto Pérez Mayorga pudo ser un vencedor y terminó en derrota. Audaz, enérgico, volitivo tenía el desplante de los grandes ambiciosos, fibra polémica, y una pluma agresiva que nada respetaba. Comenzó en literato y acabó en político. El miedo de unos y la adulación de otros lo perdieron: llegó a sentirse insustituible en la lucha social y en el liderato del intelecto. Despreciaba a políticos y a escritores. Panfletario temible acumulaba dicterios sobre los rivales, reducía historia y sociedad a un polvo negro, destrozaba reputaciones y personalidades.

Odio, ira, soberbia fueron sus guías.

Fortunato Rivales, a la inversa, quiso levantarse por la moderación y la sociabilidad. Tímido, calculador, empeñoso sin estruendo, contemporizaba con todo y con todos. Evitaba las decisiones difíciles. Oscilaba de un círculo a otro. Quería ser reconocido como maestro de equidad. Pero tampoco llegó a imponerse ni en política ni en literatura, porque le faltaron don de mando y vocación de escritor. Y ese don indefinible de la personalidad, que si mucho impone y si poco oscurece.

Temor, cálculo, halago a los demás lo condujeron.

Ambos figuraron largamente en política y en literatura. Compusieron libros, ocuparon altas situaciones, llenaron páginas de diarios y revistas. Hablaron mucho, dieron que hablar. Pero después de treinta años de actividad, no encuentro un joven que quiera ser Mayorga o Rivales.

Cierto día en una paginilla redactada por estudiantes iconoclastas, en la que se definía, a veces justamente, a veces caprichosamente a figuras de la generación pasada, encontré estos juicios lapidarios, tal vez excesivos, que reflejan en cierto modo el tránsito estéril de ambos personajes:

—Es un odiador — decían de Mayorga.

—Es un cobarde — calificaron a Rivales.

Son, verdaderamente, los dos extremos de los cuales debe cuidarse el hombre joven. Porque si el odio es negativo, el cálculo debilita. Son fuerzas destructivas de la nobleza masculina: una desemboca en matonaje intelectual o físico; la otra empalidece despojada de coraje, que es la virtud más alta de varón.

Somos amigos. Aunque no frecuentamos los mismos círculos ni solemos vernos con frecuencia, a veces me reencuentro con ellos, con cada uno de ellos, pues Rivales y Mayorga se detestan recíprocamente.

La última vez que ví a Mayorga, algo envejecido por los años, me lanzó estas palabras orgullosas que expresan el equívoco de su vida:

—Soy el único revolucionario en este país de cobardes. Y el único que sabe escribir. Lo demás, basura!

En torno a una mesa de café, Rivales aventuró este otro juicio respecto a sí mismo que revelaba tanta amargura como la de su émulo:

—He sido amable y tolerante con todos. ¿Por qué me hacen el vacío? Se olvidan de mis hechos, de mis libros. Trabajé toda mi vida por el país, por su cultura. ¿Quién lo reconoce?

No son, ciertamente, vidas ni libros ejemplares los de Mayorga ni los de Rivales. ¿Por qué? Sería difícil, largo explicarlo; ambos son inteligentes, se movieron en muchas direcciones,

sobresalieron del montón. Pero no atrae ni lo que hicieron ni cuanto dijeron. Acaso porque a uno le faltó el don de amar y al otro lo desdibujó el exceso de temor.

Amor, valor ¿no son los polos del destino masculino?

MATERIA DE TU CANTO

Lo que me centra en América: su desdicha.

La miro, en veces, como el padre amoroso que se enfervoriza en los quebrantos del hijo enfermo.

La sé grande y hermosa en su genealogía natural, le adivino el futuro remontado, pero le calo miserias y fallas, todo eso que en el hombre y en su medio trasciende a minoridad.

Habrán lugares más bellos para un vivir confiado. Seres más cultos, refinados, vástagos del diálogo platónico. Pero yo amo a la muchedumbre sudamericana, su morada difícil, porque ellas son la materia de mi canto, brújula de mi pensamiento.

Y sueño el día de los pueblos en que todos se pondrán en marcha, anunciados por un vuelo de cóndores triunfales.

Entonces no habrán sido vanos la inquietud dolorosa ni el meditar introspectivo.

Porque América, la nuestra, es vocación de siembra y sacrificio: la sangre duele y se conmueve presintiendo las hazañas que no fueron todavía.

LEGADO AL HIJO

¿Qué le dirás a tu hijo cuando sea mayor?

—Le diré que cumplí mi deber como él debe cumplir el suyo.

El deber; ¿qué es el deber?

—Eso que te manda desde adentro: Dios, conciencia, aviso siempre alerta.

¿Querrías que te repita?

—Nunca. Aspiro para él destino nuevo, fidedigno.

Podría rebasarte...

—Sería mi gloria mayor.

¿Y si negara todo cuanto soñaste y realizaste?

—No importa, en tanto afirme su propio sueño, su acción intransferible.

Lo piensas diferente a tí.

—Distinto o semejante no interesa; lo sueño labrador de su proeza, a su modo, en el estilo al que estaba destinado.

Sufriste mucho por él.

—Estoy dispuesto a sufrir más.

Fuiste severo con su conducta.

—No quise que la vida lo encontrara blando y débil. Interiormente te enorgullece.

—Como jamás lo estuvo padre alguno.

¿Y si cayera en desviada frustración?

—Lo amaría más, por sus desventuras.

Olvidas las diferencias y choques de carácter.

—Fueron tan necesarios como acuerdos y ternuras.

El día que su nombre resuene más que el tuyo; ¿habrán celos?

—Buscaré gozoso la sombra para que él brille solitario.

¿Qué le enseñaste?

—Rectitud, carácter, nobleza, constancia.

Algo en particular...

—Que cuanto más pesa el nombre ilustre, mayor la responsabilidad, porque toda verdadera grandeza linda en humildad.

Te envidio: eres un padre.

—Soy apenas un servidor de Dios. Enseño lo que me enseñaron. Después del nombre de esposa, la palabra hijo encierra toda la gravedad y la belleza de la vida.

ILLIMANICA PRIMERA

La envidia es el pecado capital de América. Vino de España, se incubó en el Mediterráneo, fue traída por franceses e italianos. O el inglés que no revela sus enigmas, o el es lavo apasionado la trasplantaron a las tierras vírgenes. O estaba, sencillamente, en el indio, como está en el portugués y en el asiático. Herencia o condición congénita es para el mestizo lava en acción. Y todo aquel que nace, pisa, genera y permanece en el suelo continental se siente asediado por el terrible vicio: codiciar al vecino, sus virtudes y sus bienes, desear le mal, difamarlo, negar lo, emplear dardos punzantes contra su honra, es el pasatiempo favorito del sudamericano. Entre políticos, entre escritores el fenómeno se agudiza y toma la forma del odio patológico, como si el carácter y la inteligencia fuesen los mejores conductores del calor maligno que afiebra al bien dotado. Si la envidia amarga al individuo, que debe luchar a brazo partido para imponer un nombre, es también el mal nacional que destruye o debilita las altas empresas colectivas. Preguntad a los Estados de menor desarrollo o a las comunidades locales por qué se paralizan, se retrasan. "Es la envidia que nos muerde y nos devora". Cada uno contra todos, todos contra cada uno. Si hay excepciones poco pueden frente a la corriente general. Es peligroso sobresalir en el medio criollo. El Inca, astuto, quería las muchedumbres anónimas e ígnaras. La Colonia vivió del rumor y las consejas, hincando garra en el prójimo. Con la República sobrevivieron, abiertamente, maledicencia, chisme y rencor. ¿Por qué ese, uno, habría de sobreponerse a los demás? Quede en su casa y calle sus méritos. "Nadie debe encumbrarse en el montón". Porque la ley es esa: todos se deben a todos y aquel que se empeña en distinguirse, saliendo de las filas comunes, es un traidor. ¿Pero si el mundo marcha al trabajo en equipo, a la organización solidaria, si requiere líderes, conductores, técnicos, especialistas que sobresalgan, precisamente, por su talento y sus dotes individuales, cómo podremos progresar con masas amorfas y dirigentes acobardados? Que hayan líderes y técnicos, mas que no pregonen su valer. Que sirvan silenciosamente. Eso va contra la naturaleza humana: sin iniciativa, sin capacidad de personalizarse, sin el poder de



Grabó Víctor Delhez

“... la envidia que nos devora. Cada uno contra todos, todos contra uno”.

diferenciación que da rasgo y estilo a la proeza humana, seríamos animales. ¿Y no lo somos? "El odio, la envidia, son las dos grandes palancas que mueven al hombre; sin ellos el mundo sería un rebaño de ovejitas". Sería, entonces, la guerra perpetua, la eterna destrucción; siempre odiando, envidiando siempre, ocupados sólo en atacar y aniquilar al eminente. La negación pura. No nacemos para herir, para matar, sino a la inversa: por el amor y la solidaridad resisten las sociedades humanas. ¡Mentira, mentira! Cada ser es envidioso, sabe odiar, codicia lo que el otro puede o tiene. "Los malos instintos se doman, justamente, por la moral, por la religión, por el sentimiento innato de justicia que alienta en el hombre". ¿Para qué seguir discutiendo? Lo evidente es que la envidia es la yedra fatal que impide el crecimiento, aquí y en todas partes.

Ricardo Vélez Sardón, industrial de profesión, aficionado a las letras y a las artes, irrumpió en el debate:

—¿No somos nosotros mismos, este puñado de amigos, un desmentido a cuanto se ha dicho? Nos une una amistad de muchos años y jamás se vio la envidia entre nosotros.

—Es que somos un oasis en el desierto — adujo Gonzalo.

—Ahora hay que replantear el tema de la otra noche — terció Raúl — ¿qué significa la conferencia de Ricardo y qué nos corresponde hacer?

—¡Oh! Eso no tiene importancia — replicó Vélez Sardón — cualquier otro habría hecho lo mismo.

—No es evidente — refutó Luís Alberto — porque los diarios vienen comentando, desde hace una semana, el hecho. Han glosado muchos de los conceptos de la conferencia de Ricardo y le dan un contenido, una trascendencia que ni el autor ni nosotros, sus amigos, supimos darle.

Se discutió largamente los valores y los defectos de la primera actuación pública de Ricardo Vélez Sardón. A Gonzalo le brillaban los ojos. "Es algo nuevo, nuevo. Otra idea, otro estilo, un líder recién nacido!" Federico y Octavio no parecían tan convencidos: eran más realistas; todavía había mucho que ver y hacer... ¿Qué significaba el hecho de que un hombre de trabajo, al rayar en la cuarentena, saliera del refugio hogareño, de su ocupación habitual, de su amor a los libros y a la belleza, para incursionar peligrosamente en política? "¡No, esto no es política!" Es deber ciudadano, es actuación cívica, es denuncia social, pero no es política porque no se aspira al poder, no hay partido, ni se quiere mandar. "Por el momento no es política, mas todo es política cuando se habla al pueblo".

Vélez Sardón advertía, inquieto, cómo el entusiasmo ardía en los ojos de sus amigos. Esa conferencia preparada y realizada al impulso de un deber concienical, había sacudido a todos. ¿Qué debían hacer?

Tocaron la puerta y entró un adolescente. Bajo, rubio y delgado, cruzaba sus ojos una llama de fervor:

—¿Usted es el señor Vélez Sardón?

—Yo soy.

El muchachito lo abrazó sollozando:

—Señor... Yo estuve en su conferencia... Yo lo silbé primero, después lo aplaudí... Y ahora, ahora...Este... ¡Quiero estar siempre junto a usted!

—¿Cómo te llamas?

—Andrés.

Y Andrés, el estudiante, fue quien con su fe decidió lo acordado esa noche en la casa de Ricardo Vélez Sardón. Se fundó el Grupo Cívico para abrir campaña contra los plutócratas defraudadores de impuestos, para predicar la revolución moral, para luchar por un ideal de renovación social. "Sin hacer política militante, sin mezquindades, nada de jefes ni de caudillos". Ricardo impuso que el grupo se manejaría por un Comité Superior formado por los diez fundadores.

Mientras Gonzalo y Raúl redactaban un proyecto de manifiesto, Vélez Sardón se aproximó al ventanal por donde entraba el tibio aire de verano. La noche oscura acentuaba el misterio de la hora. Los compañeros hablaban en voz baja. Arriba la ronda silenciosa de los astros: "flores son de la noche las estrellas". Del jardín subían emanaciones de los pinos llovidos, fragancia de rosas y jazmines. ¿No era demasiado tarde, entrar a los 40 en política? Porque no había que hacerse ilusiones: la aventura cívica, la prédica moralizante, tarde o temprano desembocarían en acción política directa. Lo presentaría. Y esto significaría sacrificar la dicha familiar, la bien amada Julia; los tiernos hijos, su pequeña industria, su amor a los libros, a las artes, al tranquilo vivir. ¿Pero cómo podía defraudar a los amigos, a los otros, a Mateo, ese joven que le había escrito de Oruro: "he oído su conferencia por radio. Bolivia está con usted. Viajaré a La Paz para conocerlo. No está usted solo; estamos muchos a su lado". ¿Por qué, por qué? ¿Qué demonio lo había impelido a salir de su refugio privado para irrumpir en la vida pública? De la noche vernal descendía una paz inmensa, bienaventurada. ¡Cuán vasto y sereno el cielo estrellado! Si los hombres pudieran

organizarse así: con lenta y poderosa majestad. Le pareció que una voz lejana brotaba de la sombra: "¡Ricardo, Ricardo, es vida nueva. Te aguardan días grandes, tristes días. Atrévete!"

Volvió al centro de la sala. Leyeron el proyecto de manifiesto. Ricardo añadió algunos conceptos y fue aprobado. Ya nadie podía echarse atrás.

Y el Grupo Cívico se organizó al impulso del más puro patriotismo. Ninguno pidió nada para sí: todos querían dar, darse, en una noble entrega solidaria.

Cuando la sirvientita circuló la postrera taza de café entre los asistentes, una ola de fervor cívico inundó los labios y encendió las miradas. Gonzalo, observando la grave melancolía que asomaba a los ojos de Vélez Sardón, se aproximó confidencial:

—¿Duda o temor, Ricardo?

—Algo más serio: la responsabilidad de conducir.

—Todos te apoyaremos. Tú eres el jefe.

—No quiero comandar. Sólo quiero Servir.

Y una estrella remota, remotísima, acaso sólo la luz de una estrella extinguida parpadeaba incesante en el oscuro cielo, lejana, lejanísima, como los ideales del Grupo Cívico que todos creían al alcance de la mano y sólo Ricardo presentía confundidos en un resplandor estelar distanciado, misterioso.

Salen como arroyos, como torrentes, como ríos alborotados, se esparcen por calles y plazas, llenan la ciudad de mandiles blancos y chaquetas oscuras o multicolores. Sus gritos y sus voces, sus carreras y sus saltos, unos en automóviles y en omnibuses, otros sencillamente a pie, de las manos de sus padres o solos, alegres, confiados, la mitad llenos de sueños, la mitad grávidos de preocupaciones, pero siempre ágiles, risueños, se desbandan hacia los horizontes como palomas blancas en pos del palomar. A las doce, a las cuatro, señorean con su bulliciosa irrupción el ámbito ciudadano. Alteran el tráfico, y está bien: tienen primacía. Cuando se los mira, en bandada, en tropel, en pequeños grupos agitados de risas y de coros infantiles, se abre el alma al encanto de su cercanía.

Son los estudiantes. La fuerza joven de la joven ciudad.

Los días ordinarios la gente poco repara en ellos: esos estudiantes, esas colegialas que pueblan las calles son la sonrisa del día, pero no todos tienen ganas de sonreír al día ni a las obras de Dios. Pasan indiferentes. Mas los días de fiesta los delantales blancos y los trajes azules confundidos con la tricolor se apoderan de la ciudad y de sus corazones. Jóvenes gallardos y hermosas muchachas desfilan por las arterias principales y van a reunirse en torno a los monumentos de los héroes. Y están todos: los hijos de los señores y de los empleados, de los cholos y de los indios, porque la escuela los nivela y los confunde. Y es al pie de una bandera, a los sonos del himno vibrante que sacude las gargantas, cómo la Patria se encuentra o se reencuentra cada vez que los estudiantes la cantan y la sirven con amoroso afán. Y para acogerlos y darles paso, la ciudad paraliza sus transportes, los vehículos se acumulan en las vías de acceso, cierran las tiendas y los Bancos, las bandas atruenan los aires. Hay regimientos vistosos, fuerzas obreras, organizaciones femeninas, grupos de técnicos, veteranos y excombatientes, pero el pueblo prefiere a sus estudiantes — trajes azules, delantales blancos — que se congregan en los altares del rito cívico y después se desparraman por la zona céntrica poseídos del soberbio desplante juvenil. Y han venido de todas partes: bajaron de las villas altioplánicas, subieron de la quebrada, están los de Calacoto y los de Achachicala, los de Villa Victoria y los de Muyupampa, los mirafloreños y los sanpedreños, los de Sopocachi, los de Caiconi, los de Munaypta, los obrajeños, los de las zonas centrales, los del Cementerio y los de Tembladerani. Muchos tienen bandas engalanadas, otros sólo su fiereza en agraz. Y cuando la ciudad los ve pasar, altivos y entusiastas, renace en ellos, se confunde en su alegría y en su fuego, pone banderas en sus torres, repican

sus campanas, detiene el latido de su tráfico, viste de fiesta y de rumores para regocijarse en lo más bello y lo más noble que alberga su recinto: la juventud, la juventud!

Junto a ellos pasan profesores y maestras, la legión de los enseñantes. La ciudad los tiene de toda edad y procedencia. Son los que alfabetizan, los que educan, los modeladores de almas y conducta. Vienen de cualesquiera capas sociales, unos por vocación, otros por necesidad. Forman la sufrida clase media, escasa en recursos, que lo mismo sirve en los grandes colegios o en las escuelitas apartadas. Misioneros, oficiantes del saber. Nadie los gana en abnegación de la tarea diaria: a veces luchan con la lluvia que se cuele por los techos rotos; faltan pizarras, bancos, material didáctico, escasean lápices y cuadernos; hay ventanas sin vidrios, cuartos que no son aulas, pero ellos suplen pobreza y deficiencias con su inmenso corazón. Enseñan, educan, se prodigan en guiar conciencias. Y también la ciudad, aunque no pueda darles mejores moradas, les reserva su afecto, los alienta por todas las zonas y los barrios donde propagan su evangelio de altruísmo. Y lo mismo en las arterias centrales, en las calles principales o en las apartadas, en los flancos de los cetros, en las quebradas, en las poblaciones-satélites del planalto frío y ventoso, siempre hay un maestro, una maestra, a los cuales acuden los niños ansiosos de aprender.

—¿No podríamos movilizar a los maestros en una inmensa cruzada de alfabetización, manejándolos discretamente para que sirvan los fines del gobierno? — preguntaba un político avezado.

—Déjelos tranquilos -le repuso un diputado-profesor.

—Podrían entrar en nuestro juego...

—Nosotros intrigamos, enredamos. Ellos educan, clarifican. ¿Para qué mezclar el vinagre con la leche? Respetémoslos.

Y los maestros desfilan dignos y tranquilos. Poco piden, nada ceden de su intransferible órbita de acción. Para ellos rara vez llega la gloria, casi nunca la bonanza material.

—Yo no los quiero a todos — decía el estudiante Andrés — algunos son muy severos, molestan, se hacen antipáticos...

—¡Calla! — le respondía su padre — ellos son mejores que nosotros. Algún día comprenderás lo que les debes.

Cuando contó la charla con su padre al indiecito Quispe, éste por primera vez se le enfrentó:

—No hables así, niño Andrés. Yo los quiero porque — ellos me enseñaron a leer, a contar, a escribir.

Andrés miró sorprendido a su compañero de juegos. ¿Era también un sometido? El buen estudiante debía ser, a su juicio, un rebelde. No aceptar todo lo que dice el padre ni cuanto enseña el maestro. Disentir, protestar, buscar nuevos caminos sin aceptar todas las reglas. El inconforme: he aquí la meta buscada. A no ser que tropecemos con un ser verdaderamente superior, audaz, inteligente, seguro de su inteligencia y de su fuerza. A ese sí que podríamos seguirlo y obedecerle sin discusión.

Pero esa tarde, observando al profesor que dictaba la clase de geografía con precisión, con dignidad, a pesar del traje raído, de los zapatos viejos, de la tristeza que sus ojos no podían esconder. Javier se avergonzó de haber renegado de los maestros. Este que cumplía noblemente su vocación ¿no era, acaso, más grande que el grande hombre seguro de su talento y su poder?

—El cuadro es completo, señor Presidente — decía el jefe de policía Luciales — y lo tenemos todo bien controlado. En dos meses tendremos la conspiración de los Verdes. Seis meses después seguirán los Azules. Pasado un año surgirán nuevos partidos o grupos, también

subvertores en potencia. Los líderes están fichados, seguimos todos sus pasos, conocemos sus movimientos. Serán neutralizados a su turno.

Seguían con un puntero los puntos rojos y blancos de un enorme mapa colgado del muro: "estos son los puntos vulnerables, las vías de acceso para movilizar nuestras defensas, los depósitos de armas, la ubicación de las reservas estratégicas; y tenemos, todavía, los servicios de emergencia de agua, de luz, de comunicaciones, por sí se capturasen los esenciales". Al Amo no le parecía mal la obra de sus hombres. Paseaba por la estancia, ligeramente encorvado, silencioso, despertando el recelo de sus visitantes. De pronto, con brusquedad preguntó:

—¿Qué hace el general Denevi? ¿Vigilan a Mendivil? ¿Saben ya quien me la juega dentro del Palacio?

Luciales reaccionó con prontitud:

—El general Denevi no es aún de peligro, señor. Está madrugando mucho y ha descubierto su juego. A Mendivil lo tenemos correteado: anda oculto, cada noche cambia de escondite. El lunes tendré el nombre del que nos traiciona en Palacio.

El Dictador los miró con dureza:

—Vigilen mejor. Pueden retirarse.

Al salir el Dr. Meneses, jefe del Partido de Gobierno, comentaba compungido: "cuando está malhumorado es insufrible. Nunca trabajamos mejor que esta semana, y ya ves la recompensa. Nos despide secamente".

—Pero nos conserva a su lado — anotó Luciales risueño — y esto es lo importante.

"Cierto, cierto — pensó el Dr. Meneses — mientras no nos largue todo está bien".

Y volvieron a sus respectivos despachos a seguir urdiendo intrigas y maniobras, para dormir más tarde con un ojo abierto y el otro cerrado, porque en el tumulto criollo nadie puede vivir tranquilo: arriba o abajo hay que vigilar sin tregua. La revolución acecha a la vuelta de una esquina, al cabo de cualquier minuto. Acecha, llama, espera. Hay que saber recibirla y afrontarla.

Todos ofrecen lo mismo: cambiarlo todo de arriba a abajo, radicalmente. Terminarán robos, abusos y corrupción. Los negocios públicos se harán a la luz del día. No habrá compadreríos ni favoritismos. Se elegirá a los mejores sin distinción de colores políticos. Las reformas jurídicas irán a la par de las transformaciones sociales. La economía se ordenará rigurosamente, orientada hacia una justicia distributiva. Guerra a los imperialismos políticos y financieros. Reforma moral. Nueva estructura administrativa. Se admitirá la libre empresa pero antes que ella las entidades paraestatales jugarán rol esencial en la planificación económica. En fin: el paraíso!

Y el pueblo, cándido, cree siempre a los revolucionarios, sinceros o insinceros porque piensa que cambiando los gobernantes mejorará su situación.

Entonces los criticones, los predicadores, los demagogos con piel de redentores, engatuzan a la juventud, envenenan al pueblo, empujan a universitarios, a maestros, a obreros, a huelgas y motines. Provocan disturbios. Invocan la libertad y los derechos humanos que no saben respetar. Encienden los ánimos: no importa que corra sangre y sean muchos los vapuleados. Se mueven, se mueven febrilmente en pos de agitación y de tumultos.

La revolución ideal, la verdaderamente depuradora, ordenadora, la que cambiará la ingeniería jurídica y económica; la revolución moral, severa, inflexible para reformar la sociedad con hombres nuevos; la revolución dinámica, eficiente, a la altura de los problemas y necesidades presentes, esa no llega nunca. Por eso el sudamericano y el boliviano, eternos rebeldes, sueñan y conspiran sin tregua. Luchan por Maya, la ilusión, esa fuerza mágica que cambiará su estilo de "vida, que hará su dicha, su progreso y que no arriba jamás.

¿Qué importa? Si no tuviera la esperanza ¿qué le quedaría al hombre de las tierras interiores, al hombre del montón?

—Mateo: ¿y si ese Vélez Sardón resulta tan falso y charlatán como los otros?

—¿Qué más da! Me gustan sus ideas. A lo mejor ésta es la verdadera revolución que todos esperamos...

Al día siguiente estaba en La Paz. Ardía de impaciencia por conocer al animador del Grupo Cívico. Llegó de noche y no podía conciliar el sueño. De pronto el silbato de una locomotora distante invadió su corazón: era un llamado imperioso, un lenguaje misterioso que despertaba su voluntad. ¡Despierta, despierta, te están aguardando! ¿Quién podía ser...? Más que una voz humana, más que miles de voces humanas, era un mensaje, un mandato, un idioma preclaro hecho silbo y melodía. ¡Levántate, levántate! "Es cosa del "sorojche" — pensaba — el mal de altura, que atenaza a todo el que vuelve a la hoyada". Pero no era el mal de altura. Se sentía bien. Nervioso, inquieto, mas sano al fin. La locomotora se alejaba en la profunda noche y su llamado persistía insistente: ¡Ven, ven, te esperamos! ¿Qué podía ser, quién era en realidad? Ni la voz de su padre en la infancia distante, ni la dulzura de la madre llamaban de modo tan hondo y seductor. ¿Por qué? ¡Bah, delirios de poeta. No era nada... Pero el silbo de la máquina, debilitándose en los aires seguía repercutiendo en su corazón: ¡camina, camina, no es tiempo de reposo; De pronto las lágrimas acudieron a sus ojos: ¡sí, era ella, era la Patria que lo llamaba con voz metálica y sonido desgarrado! Sordo y laxo mucho tiempo, tantos años, ella reivindicaba sus derechos. Lo llamaba. Era la Patria, que se valía del silbido de la locomotora en la soledad nocturna, para recordarle su existencia, el deber de amarla y de servirla sin descanso...

Mateo: es la Patria que te he visitado en el misterio de la Noche, ella también nocturna y misteriosa. Te necesita.

Y Mateo regó con sus lágrimas el primer encuentro con la Dama Esquiva a la que pocos, muy pocos ven la faz augusta porque no todos son dignos de su amor, de su alteza y su servicio.

Y Cuando Mateo se asomó al balcón, allí, en el fondo, bajó la noche lunada, emergía la gran masa pálida del Caballero de la Patria, todo él magnífico, imponente, haciendo guardia bajo las estrellas a la diosa invisible que amarra y engrandece los corazones con su hálito inmortal.

Porque la montaña es, asimismo, una forma, un símbolo, una expresión quieta y animada a la vez de la deidad escondida. Y el Gran Nevado — plutónico ayer, ahora sereno, de plástica hermosura — es centinela y puerta a un tiempo de los tiempos felices que vendrán.

Lee en la roca, en la nieve, en el vacío. Escribe, inscribe tu ambición y tu ternura en las alas del Cóndor Blanco que vigila al este de la ciudad indescifrable.

Y si eres agradecido, si quieres manifestar a los Dioses tu reconocimiento por haberte permitido el diálogo grandioso y sostenido con el Achachila Mayor de la insigne Cordillera, dí que sólo el genio desaparecido de Bach, de Haendel, de Beethoven, podría transmitir, en raptos sinfónicos catedralicios, en sublimes corales sagrados, la grandeza y la majestad del monte más bello del planeta.

Porque "Illimani" es esa música largamente aprendida, que requiere una vida, un amor, una estrella para llevar la palabra de Dios al corazón del hombre.

MEDITACIÓN CREPUSCULAR

En tono grave, de viola, transcurre tu meditación crepuscular. Ya nada puede herirte. Sientes, sufres por condición humana pero la serena comprensión cierra tus días. Nocturno se hace tu pensar y aun retraído estás más cerca de los hombres. La lucha se volvió vigilia, calma el desasosiego. No es que hayas perdido coraje o ímpetus bravíos: es que los sofrenas, los

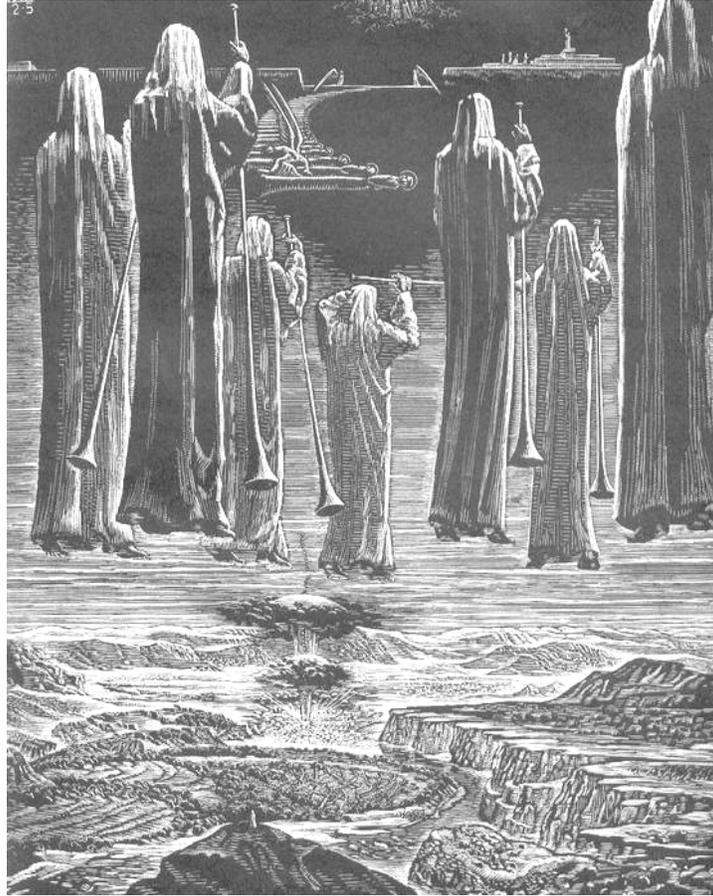
encauzas. Ni la pasión de verdad ni el afán de justicia te abandonaron. Ahora puedes resistir mayor carga de injusticias, absorber mejor la parte oscura del destino. Aprendiste que lo esencial no se pregona, porque se apoya en sí. Vives lo eterno en lo fugaz: extraes de cada cosa, de cada ser, de toda experiencia un saber de revelación. Viejo y cansado, gran compañero, el mundo de los anochecerdes despunta nuevo, siempre joven, en tu voluntad matinal. El vino de la acción no se subió a la cabeza, ni la soberbia perturbó tu mente. Sigues siendo el varón justo y sabio que soñó tu juventud ardiente. Y al Señor se eleva tu plegaria de reconocimiento por lo mucho que recibiste y lo escaso que alcanzaste a devolver.

Así sea.

BACH

Puedes explicar a Beethoven por la fuerza del sentimiento y el vuelo dramático de su música. Mozart es asequible por la gracia y finura de sus líneas melódicas, por el misterioso encantamiento de su poesía sonora, alegre y melancólica alternativamente. Pero de Bach ¿qué puedes decir de Bach, si es la música toda, en su mayor grandeza y variedad? De primera impresión se diría el torrente impetuoso que nada puede contener, sin origen, sin fin, la pura fluencia sonora. El lenguaje natural de los sonidos. Monte, mar, bosque, huracán, incendio, fuerza de la naturaleza: está, ahí, para ser sentida y admirada. Existe por sí misma. Nada podrías agregarle, sustraerle nada: es la perfección de lo espontáneo. Pura y simple en su nacimiento, avanza siempre al orden misterioso de lo difícil. Una sonata, una partita, una toccata parecen construcciones sencillas, suelen revestirse de monotonía en ciertos pasajes; pero si oyes con atención, si profundizas, lentamente se te abren los laberintos ocultos del astuto y sagaz arquitecto: Bach es el artesano mayor, el mejor artista. Nadie lo superó en la ciencia de elaborar estrictamente y dosificar con precisión matemática el valor de sus ideaciones musicales. Su aparente facilidad es, en realidad, resultado de un saber largamente adquirido. No sugiere solamente: enseña, encauza, rigoriza. En otras músicas te sumerges, paseas por ellas como en medio de palacios encantados que divisas y dominas sin abdicar de tu propia sabiduría auditiva o mental; Bach, en cambio, te invade, te penetra, te anega, se apodera de tí como una inmensa marea aterradora de la que sólo puedes resurgir si alcanzas las claves poco accesibles del ingeniero fabuloso. No escuches lo que digan técnicos y críticos; te abrumarán de teorías y sandeces. Pero si la música es, a un tiempo, construcción inteligente, sentimiento, y dominio de técnicas intelectuales y sensitivas que deben acordar en final entendimiento, pide al hombre de Eisenach geólicas del hombre que ascienden a la morada del ángel. Virtuosismo trascendental: el que se apodera de tí, te sacude, te conmueve, te hace dichoso. Por ejemplo esa Fantasía Cromática, suma y pasión del arte pianística aunque fuese compuesta para clave. Ese fluir ordenado, alborotado, de fantasías súbitas y contrastes rápidos, esa expansión que sabe detenerse y contraerse para volver a reanudar su marcha rítmica y brillante. Ese cometa sonoro. Velocidad, meditación en una sola espiga. Es la alegría noble de quien sabe su juego y lo transmite con gozosa plenitud del trazo dibujístico. Porque Bach diseña y encadena las formas musicales, teje lienzos poéticos, recama las aéreas vestiduras de la estructura sonora: es un portentoso improvisador, un fantasista que sujeta el vuelo libre de su inspiración a los cánones rigurosos del fraseo y la armonía. Y en la Fantasía Cromática hay un espíritu travieso que en giros rápidos y sobresaltados arpeggios nos conduce a un mundo siempre nuevo de sorpresa y maravilla. Se ha querido ver en las fugas y preludios del Clavecín Bien Temperado sólo una catedral de enlaces mecánicos, una voluntad estilística expresada en formas rigurosamente combinadas, como obedeciendo a un propósito didáctico, seco, descarnado, que se resuelve en maestría técnica de severa andadura. Nada más errado. En los 48 Preludios y Fugas del Clavecín Bien Temperado, hay muchos que constituyen poemas de belleza y sentimiento. No imagines al gran viejo irradiando chispas porque sí; evócalo, más bien, sumergido en la potente marejada de su sapiencia constructiva, pero sin abandonar un punto la ternura secreta de su alma grande y delicada. El preludio 1 es un alado llamado a la fe; noble y alegre, te conduce con serena confianza al remoto horizonte. Del 4 se levanta una queja dulce y resignada, de hondísima emoción, como labrada en suavísimos penares. El 11 es una oración doliente, de profunda religiosidad, que con sonos graves y sencillos expresa la majestad serena de la muerte. Por el 13 corre una cascada fulgurante de luces y colores que se embriaga de júbilos recónditos. El 16 es un puro tejido melódico, un diálogo de la ternura con la gracia. Ahonda en el 22: es el llanto de un niño asustado. Del 27 se alza un vuelo de pájaros veloces. Por el 28 discurre el lamento de un cautivo. ¿Quieres sondear la patética confesión de un alma apasionada y dolorida? Escucha el preludio 37:

su fina y estremecida melodía tiene de ternura poética y calma religiosa a la vez. Es bellissimo, perfecto. La marcha alegre y confiada del caminante matinal resuena en los acordes gozosos del preludio 41. Hay otro que es un himno a la vida. Aquel exaltador de las honduras del pesareso meditar. El que fuga con gracia indecible. Uno que apacigua la amargura con nobleza resignada. Toda la gama del sentir humano, en variada policromía, hasta rematar en el preludio 48, feliz despedida del guía enigmático, del gran compañero que iluminó la ruta del ansioso. Sutilmente, júbilos y penas, tormentas y remansos de paz se tejen en la música bachiana, como el andar humano, contrastante de luces y de sombras. Pero si Bach es el padre de la melodía que brota siempre nueva, siempre joven de su estro inagotable, es en verdad soberano omnipotente en los reinos del contrapunto y la armonía porque en ellos se despliega radioso su genio poderoso y fecundísimo. La gran orquesta lo descubre señor de mundos y formas contrapuestos. Dijérase que al pasar de los deliquios de la música de cámara a la explosión concertada y jubilosa de la música instrumental, como se ensancha y enriquece su fuerza creadora. En la maravillosa Suite N° 2 para Flautas y Cuerdas, de cromatismo avasallador y delicadeza exquisita, pintor, músico y poeta conjugan sentimientos. Por los 6 fulgurantes Conciertos Brandeburgueses, henchidos de sabiduría en la composición, discurre el doble viento egregio que mueve las velas del técnico eximio y del soñador inspirado. Un concierto para piano, para violín, flauta o clave, no pierden jamás la línea discursiva del instrumento solista; antes bien, la acentúan y acrecientan en deleitosa cercanía, mientras la masa armónica de la orquesta despliega sus ondas sonoras con tranquila y espléndida efusión. Así el Concierto para 4 clavicémbalos BWV 1065, es un portento de goticismo formal y de efusiones místicas que compositor alguno pudo acordar con tacto más ajustado. Tres violines, tres pianos — siempre el fondo avivador, remontado del conjunto instrumental — son, para Bach, tres mensajes concordantes pero distintos que se eslabonan en unidad temática indestructible. El piano alcanza fronteras acústicas desconocidas; el violín como recién inventado; la flauta y el clave traspasados de intimidad a través del alto y difícil virtuosismo. El mago atiende a todo: sereno transcriptor del drama del mundo, su capacidad inventiva y retentiva recoge y enlaza todas las líneas del universo del sonido. Paisajista, miniaturista, sabe los secretos del pintor de frescos y las sutilezas del maestro de caballete. Ingeniero, matemático, pero también poeta, improvisador, da a cada instrumento el acento unipersonal de su propia órbita intransferible: una partita para piano, una tocata de violín, una suite para violoncello tienen algo de revolucionario, de epifánico: anuncian, distienden, introducen al lejano amanecer de días y cosas que no fueron todavía...Y en el conjunto orquestal las armonías contrapuntean, se distribuyen sabiamente, se disparan al infinito horizonte para regresar dócilmente al llamado de la vara del hechicero. Bach ha dado a la orquesta dimensiones mayores, calidades múltiples, abundancia de claridad y de complejidad a la vez, que pocos discernen al primer impacto. Se diría que en él el tejido orquestal brota y se renueva por sí mismo, fluencia eterna jamás debilitada. El órgano y la voz humana fueron los instrumentos más insignes de su arte de compositor. Nadie se explica por qué pasión fáustica el clásico narrador armonioso de Toccata y Fuga en Do Menor, se desdobra en el oscuro y metafísico, en el árido expositor de El Arte de la Fuga que se reviste de formas duras, abstractas, para esconder el secreto de su voluntad de soledad. El órgano, en el autor de las Pasiones, abre un mundo oceánico; ¿quién se atrevería a explorar, por sí solo, la extensión del océano? Pero es en los grandes corales sagrados, en la voz humana, en la música religiosa — cantatas, oratorios, misas — donde el genio de Bach se escapa a la comprensión común para elevarse a las estrellas o descender al abismo de los átomos. ¿Cómo podrías captar en un primer encuentro la monumental grandeza de la Pasión según Mateo, el "pathos" sensible y conmovido de la Pasión según Juan? Su potencia lírica y dramática rebasa el poder de absorción del esteta o del que escucha. Los hermosísimos recitativos, las invectivas corales, el tratamiento prodigioso de los cobres, de las cuerdas, de los instrumentos de viento y del órgano para acompañar a la voz humana, y los grandes coros concertados, a pesar de la complejidad de la arquitectura sonora no disimulan el vigor de la expresión sentimental. Porque Bach, frío, intelectual cuando quiere demostrar su dominio de la materia acústica y de la ciencia de componer, es también el creyente que ha visto la cara del Señor detrás de la zarza ardiente, y en él forma y sentimiento se enlazan indivisibles en una dinámica expresiva que recorre la gama inmensurable que media entre la angustia y la alegría. Se ha dicho, probablemente pensando en las Pasiones y en las Cantatas más grandiosas, que oír la música de Bach es como escuchar al Creador conversando consigo mismo. La imagen es hiperbólica mas tiene algo de cierto: Bach crea, recrea sin descanso. Oírlo es sospechar cómo sería recibir el mensaje divino. ¿Por qué esos nombres respetuosos, casi reverenciales de las grandes cantatas? ¿Por qué en las Pasiones y en las Misas su genio como se eleva y se agiganta? ¿Por qué el sentimiento religioso se exalta y clarifica a través de estas obras



Grabó Víctor Delhez

“Épico misterio: la eternidad asoma detrás de los corales dichosos”.

insignes que unimisman lo profano con lo místico? ¿Por qué esa potencia expansiva para expresar el dolor, el júbilo, los grandes arrebatos orquestales? En grandeza de concepción ¿quién lo supera? En hondura de sentimiento ¿quién lo alcanzó? El gran compositor cristiano es, en el fondo, el primer humanista de los tiempos modernos porque su música contiene y trasciende todo el drama humano y el misterio divino enlazados en férvido ascender. La vehemencia conmovedora del solista vocal contrastando con la explosión arrebatada de los coros magníficos, equivale al diálogo sonoro de alma y mundo: nunca se dijo tan sentido ni tan hondo el aproximamiento de arte y religión. Épico misterio: la eternidad asoma detrás de los corales dichosos. El Señor consagró al Elegido para que transmita el enigma en voces y músicas de inextinguible poderío. Y el genio del designado se acrecienta y enriquece por una voluntad de realización que no reconoce paralelo: obras tantísimas, sueños formidables, vastas construcciones, remansos de paz y de ternura, cordilleras que custodian vallecitos encantados. El grandioso creador de la Misa en Si Menor, de las Pasiones estremecedoras, de las Cantatas vertiginosas y triunfales, es también el transcriptor delicada de la Fantasía a la Memoria de mi Padre, del Capricho a la Muerte del Hermano Dilectísimo, de las Variaciones Goldberg, del patético recitativo de la Cantata N.51. Puede serlo todo, lo es, en realidad. Y adentrarse en el océano de Bach es como sumergirse en músicas sin origen y sin término, ser penetrado por la esencia del mundo que trasciende a mensaje del Señor. Es el torrente: está fluyendo siempre. Y si escuchaste recogido, conmovido la Pasión según Mateo, acaso su obra cimera, yo diré que fuiste elegido, señalado, porque oír la música de Bach cuando refiere el drama del Señor es absorber la mayor descarga de energía transmutada a formas bellas que pudo concebir la mente humana. Y te veré más noble, bueno y tranquilo, como transfigurado

en tu soñar y en tu quehacer, porque aquel que se aproxima al creador de Eisenach se fortalece en su grandeza, en su virtud, y aprende a ser, a un tiempo, pastor y conducido. Porque fue escrito: uno será dotado de dones tan excelsos y tan varios, que en él me reconoceréis; música de músicas. Y ese torrente que ya no te dejará dormir, ese árbol extático de múltiples raíces y frondas indecibles, que capturó la inteligencia y la sensibilidad del hombre que oye para siempre, se llama Juan Sebastián Bach, el escogido, el mayor creador que dio y dará la planta humana.

ERAS 11 — LA ESTRELLA EN EL CAMINO

Habíamos vencido tantas pruebas que ya nada parecía poder oponerse a nuestra dicha.

Pero bruscamente el rayo bajó del cielo. Ella era una intrépida amazona, aficionada a las carreras y a los saltos. En un certamen hípico el brioso alazán que montaba la descabalgó con violencia hiriéndola seriamente.

No pude verla cuando sucedió el accidente porque no tenía fácil acceso a su casa. Dos días después fui a preguntar por Gradiva y me recibió su hermano Julián:

—Está muy lastimada — dijo —. Los médicos han reservado el diagnóstico hasta poder estudiar las radiografías y comprobar cómo reacciona su organismo.

Quedé sumido en dolor y desconcierto. ¿Ella, la mujer perfecta, herida, postrada en su lecho de dolor, sin que yo pudiera hacerle llegar una palabra de consuelo? Nuevamente el abismo de las edades me hacía sentir su vacío oprobioso: no era lógico que visitara su casa con frecuencia. Se me veía como un visitante inoportuno; y se me antojaba que en cada uno de sus parientes próximos latía esta pregunta: ¿Qué puede importarle a este jovencito que Gradiva esté de cuidado?

Veinte días después del accidente volví a ver a Julián:

—La herida es fea — me dijo con pesar — y los médicos no se atreven a predecir si sanará o bien si quedará inválida.

Y Julián, un hombrón treintañero, me tendió la mano en un gesto fraternal.

Me arrojé en sus brazos y estallé en sollozos. No le dije nada ni él me preguntó la razón de mi pena. Más que conocerla la adivinaba. Nunca olvidaré la nobleza, la gentileza de su conducta. Me dio un oporto para reanimarme y al despedirme, en la puerta ya, manifestó gravemente:

—Confiemos en Dios.

Esa noche escribí una larga y conmovida carta a la Bien Amada. "Es a ti a quien yo amo — le decía —. No puedo concebir la vida lejos de tu presencia. Nada significa cómo salgas del accidente: mañana pediré a tus padres que me dejen casarme contigo. Eres mi esposa, mi compañera y nada me separará de tu lado".

Cumpliendo mi promesa al día siguiente visité a don Fabián, el austero patricio cuya presencia me imponía un temor reverencial. Pero la desgracia de Gradiva me había hecho hombre, y estaba decidido a defender nuestro destino.

Hablamos largamente. El patricio me escuchó afable pero firme, sin aceptar mis argumentos.

—Hijo mío — expresó al finalizar la conversación — no insista usted. No es que yo desconozca sus méritos, ni la simpatía que despierta un afecto sincero como el suyo hacia nuestra hija; pero el caso es que si antes sólo existía el obstáculo de la diferencia de edades, ahora se agrega la desgracia del accidente. No malogre usted su juventud: cuando usted tenga cincuenta años, nuestra Gradiva ya estará en el tiempo en que las mujeres se llaman a retiro. Serán infelices,

ambos. ¿Cómo, a su corta edad, se echará sobre los hombros la carga de una esposa mayor agravada por la desgracia que puede dejarla inválida?

—Don Fabián — le repliqué con igual firmeza —. Ya estoy cansado de ser tratado como un chiquillo. Sé perfectamente lo que hago. Escribí ya a mis padres que soliciten a usted la mano de su hija y aunque sea poco usual lo que hago, me anticipo, respetuosamente, a decirle que con la protección de Dios y con el permiso de ustedes, sus padres, yo seré el esposo de Gradiva.

El caballero frunció el ceño. Luego, con una leve sonrisa, preguntó:

—Joven Mateo: ¿no cree usted que es mi hija la que debe resolver este problema?

—Verdad, señor. Pero yo sé lo que ella piensa.

Don Fabián recorría la estancia a lentos pasos. De pronto se volvió sin esconder su emoción:

—Muchacho, tiene usted un alma noble; mas ahora está bajo una impresión muy fuerte, muy sentimental, propia de sus años. No es en tal estado cómo deben tomarse las grandes decisiones de la vida. Nosotros también estamos embargados por la pena y la duda. Dejemos que el tiempo haga su obra.

Veinticuatro horas después recibía la respuesta de Gradiva. Los pronósticos no me favorecen — expresaba — y no deseo que unas tu destino a una mujer inválida. Te quiero. Te devuelvo tu palabra.

Inútilmente busqué verla. Se negaba a recibirme. Pero yo le escribía diariamente, le contaba cómo avanzaban mis planes, le pedía consejo, le aseguraba que en corto tiempo más estaría absolutamente sana y que nos casaríamos de inmediato.

Soñando siempre — decían sus cartas — y sin referirse en lo mínimo al proyectado matrimonio, me hablaba sensatamente de mil temas bellos y agradables en el tono afectuoso de una amiga mayor.

"Es inútil cuanto hagas por desalentarme — le manifesté en otra misiva — porque tú sabes, perfectamente, que nuestro destino está trazado. Sólo espero el día que te pongas en pie para llevarte al altar. Tengo fe inmovible en Dios, en nosotros mismos, y sé que ese día se aproxima".

Pocas semanas después, el milagro se produjo. No hubo que operar, ella fue recuperando admirablemente, y un día de gloria que yo considero el mejor de mi vida, Gradiva me envió un breve mensaje:

—Ven mañana a casa — decía — porque quiero dar el primer paseo apoyada en tu brazo.

La familia me acogió con visibles demostraciones de afecto. La señora Livia no podía disimular sus lágrimas. Los hermanos me abrazaban conmovidos; y don Fabián, con gesto señorial, anunciaba:

—Joven Mateo: dé usted el brazo a su novia.

Ella estaba, acaso, un tanto delgada, ligeramente pálida. Como siempre: gentil, bellísima, así requerida de cuidados y ternura, más hermosa y encantadora que nunca. A través del velo de las lágrimas los ojos oscuros brillaban como soles. Tampoco yo pude hablar los primeros instantes. Cuando me hube serenado le dije alegremente:

—Nunca dudé de este final dichoso. Ascenderemos juntos la infinita colina de la vida.

Su mano presionó dulcemente la mía y los ojos maravillosos se anegaron de paz:

—El Señor y tú me sanaron — respondió. — Te esperaba.

Y desde entonces no existió para mí otra mujer que Gradiva la Bien Amada, madre de mis hijos, refugio de mis penas, remanso de mis alegrías, inspiradora de mis sueños, guía de mis buenas acciones, sol para la familia, luz de nuestro hogar, fuente prodigiosa de bondad y de nobleza, el mayor don que jamás recibió hombre alguno porque transporta el cielo a la tierra. La única...

(Gradiva, reclinada en mi hombro, lee estas líneas muchos años después, cuando ya el crepúsculo desciende con el tiempo transcurrido).

—Mateo, mentiros) mayor — dice la voz; más querida del mundo, mientras me miran risueños los ojos oscuros que siguen guardando el misterio y el encanto de la vida — ¿No ves que caminamos ya hacia la vejez próxima?

Pero yo sólo veo; a mi lado, a Gradiva de veinticinco años, eternamente bella, eternamente joven, noble, bellísima y radiante como la Estrella que alumbró el Nacimiento del Señor.

EL CAOS Y LA DICHA

El mundo está entrando a una zona de locura: cada día más problemas y más difíciles de resolver. Por donde indague tu razón, por donde interroguen tus asombros, sólo encuentras nudos y falta de horizonte. Dijérase que el hombre ha complicado en tal modo su existencia, que únicamente puede esperar un ascenso en la dificultad, el descanso en la tempestad. El quehacer cotidiano transcurre entre tensiones extremas y peligros sin cuenta. Al ser organizado del siglo XIX ha sucedido el ente sin brújula del siglo XX; no el hombre-masa, ciertamente, siempre ajeno a los vértigos de una mente ejercitada, sino el hombre-minoría por cuyo meditar circulan los torbellinos galácticos de la materia cada vez más desmedida y poderosa, del espíritu siempre en expansión.

¡Cuán distante el tiempo de los grandes humanistas, que si no podían comprenderlo todo, lo vislumbraban por geniales intuiciones!

Hombre y mundo no pueden, ya, ser aprehendidos. Nadie alcanza las síntesis finales. A los dos infinitos clásicos del cosmos sideral y del cosmos del átomo, se ha sumado la tercera infinitud de la materia organizada por el hombre. Saber y técnica aplastan al individuo. Todos somos ignorantes en esta época de alquimias supernas, cuando todo se mueve en estado de mudanza y de fusión: divisiones y multiplicaciones fabulosas que desbordan el poder conceptivo de la mente común. Ni el sabio puede, arrancado a su área vocacional, abarcar o incursionar, siquiera, en la prodigiosa grandeza y variedad del universo artificial creado por los hombres.

Existe una desmesurada desproporción entre el vertiginoso crecimiento y expansión del mundo material, y la lentísima y modesta movilidad del ser espiritual que se mira, aterrado, cada vez más reducido y extraviado en la inmensidad, en la complejidad cósmica.

—¿Pero no es el espíritu el que ha creado ese infinito ascenso de la materia?

—En cierto modo, sí...

—Entonces el hombre está avanzando, también, al ritmo de su morada y de sus medios, aunque transitoriamente la rapidez y novedad de esas explosiones de energía que lo traspasan, desde adentro y por afuera, no le permitan acomodar su pequeña humanidad en el tremendo misterio de las fuerzas que se le revelan.

—Escucha, Mateo: estas cosas me producen mareo y confusión. Así como no alcanzo a concebir magnitudes que se miden en años-luz, tampoco entiendo los abismos en que se pierden el sabio y el hombre inteligente. ¿Para qué tanto saber?

Fanor Latazzi es un epicúreo: quiere gozar de la vida sin preguntarse para qué existe. Su inteligencia natural no desea angustiarse en la interrogación al misterio. Jovial, precipitado, cambia rápidamente de tema, como si temiera profundizar el análisis. De pronto, enérgico y veloz, con esa seguridad del hombre rico y culto que ha viajado mucho, ha emitido estos juicios singulares:

—¡Mira! Después de algunos meses de absorber los flujos del pasar norteamericano, o de haber transcurrido en el vivir intenso de las urbes europeas, me gusta volver a nuestras lentas y pequeñas ciudades sudamericanas. Allí, aparte de las presiones materiales, hasta el pensar es cruel: alma y mente tienen algo de ávido, de insaciable. Créeme; no se puede ser feliz en el reino del número, de la codicia multiplicada al infinito: tener más, saber más, poder más, y sentirse empujado por olas gigantescas de seres, de cosas, de conocimientos que te disuelven... Prefiero este remanso de nuestro acontecer criollo, que nos devuelve a la naturaleza, a la propia intimidad. Un europeo puede ser más inteligente, más cultivado, mejor organizado para la acción que nosotros; pero dudo que pueda disfrutar del solaz de este domingo tranquilo, en el cual, sin movernos de tu jardín, hemos hablado de tantos temas sin sentir la presión caótica de las urbes tumultuosas.

—¿Eres realmente dichoso aquí, en esta elevada ciudad andina, que vive retrasada cincuenta años del vivir moderno?

Latazzi vacila al contestar:

—Sí... Soy dichoso... Claro que después de algunos meses me canso, también, de este ritmo reposado y la sangre me tira al remolino de la alta civilización; pero esa es la maravilla, que oscilando entre las extremas tensiones del vivir artificial y el pasar natural, me rejuvenezco, todo en mí como cambia y se renueva con tejido distinto. ¿Cómo puedes, tú, permanecer anclado en este hoyo tranquilo?

—No estoy anclado: viajo siempre. Viajo con la imaginación. Un libro, un cuadro, una porcelana, el dibujo siempre nuevo del paisaje, la música, los misterios de la noche, la maravilla de la meditación, escribir — arte mayor —, el contacto con los amigos y las gentes, en fin: la vida que transcurre ¿no es bastante para renovar las células?

Fanor sonrío escéptico:

—Lo que no comprendo es cómo estás siempre al día, entre lo clásico y lo nuevo. Se diría que los hechos y las personas vienen a centrarse en tí...

—Es que los busco.

Latazzi impaciente, ha contestado:

—En Europa me parece que tengo un corazón mecánico, siempre atareado, dirigido más bien por urgencias exteriores. Aquí recupero mi alma, me siento libre y natural. Como si dijéramos la diferencia entre el cohete sideral y el pájaro que vuela. Tiene cosas nuestra América...

Tiene cosas nuestra América, que sólo habitándola se absorben. ¿Qué importa que el mundo altamente tecnológico y las urbes de allí y de aquí aceleren y mecanicen el vivir? En nuestras tierras interiores, en las pequeñas ciudades sudamericanas, el geniecillo de la felicidad, retoza burlón, travieso, movable y rápido como el vuelo de los colibríes.

TERCERA MEDITACIÓN DE TIWANAKU

Esos hombrecitos de piernas cortas y brazos ágiles, que parecen correr hacia el horizonte. Enmascarados. Ellos guardan la clave del enigma.

Es en la Puerta del Sol, llamada también la Puerta de la Tierra y con más propiedad la Puerta del Misterio. Es en Tiwanaku, la metrópoli legendaria de los andobolivianos, a 3800 metros

de altura sobre el nivel del mar. En el inmenso bloque lítico los tiwanakus grabaron su mensaje —todavía indescifrado— y se pintaron a sí mismos: pequeños, enérgicos, siempre en movimiento, ocultando las caras bronceadas detrás de la máscara totémica.

Corren en torno a la ciudad famosa, a la portada estupenda, y a sus constructores versiones tantas y diversas que es difícil precisar quién acertó y cuáles divagaron a su antojo. Dicen que la edificaron razas desconocidas — lemures, atlantes, antis — los kollas, antecesores de los incas, los proto-aimáras, y aun que los tiwanakus fueron una raza que desapareció en el tiempo sin dejar rastro somático ni psicológico.

Nada de ello se ha probado en el plano científico, porque se ignora quienes fundaron la célebre metrópoli.

Frente a la portada monolítica conocida hoy como la Puerta del Sol, se pierden por igual investigadores y poetas. Monumento religioso para unos, es sólo una estela guerrera para otros. Se le atribuyen condiciones de calendario solar. Sería un recordatorio de ritos agrarios. Acaso un friso alusivo a conocimientos astronómicos. O el portal del dios Wirakocha. Más allá, todavía: la cosmo-magia de los pueblos telúricos que eternizó en la dura andesita el encuentro y la simbiosis perfecta del hombre, del animal y de la naturaleza. Tal vez la representación antropomórfica de Pacha, el Dios Cósmico del Ande, la deidad más antigua que conocieron los primitivos pobladores de las cordilleras. Nadie sabe quien es el personaje central que empuña cetros de mando o estólicas de combate, ni las figuras que le rinden tributo y convergen hacia él.

Mayor, aún, el enigma de los monolitos: dioses, reyes-sacerdotes, caudillos militares, amautas del poder civil, representaciones trascendentes de los poderes naturales.

Nadie sabe quienes fueron los tiwanakus. Su ciencia militar, su organización civil, su religión, su sentido del arte y de la vida. Una inteligencia superior se desprende de sus construcciones pétreas, de sus esculturas hieráticas, de los símbolos y figuras ideográficas que ornamentan portadas y monolitos. Esa civilización cerrada en su propio saber se enterró con sus claves orientadoras y sólo nos dejó el misterio de su tránsito terreno.

Es lógico que arqueólogos y científicos interroguen a las ruinas, a la materia inerte que aun mutilada entrega vestigios del pasado. ¿Pero se ha meditado lo suficiente en esos hombrecitos misteriosos que corren por el friso de la Puerta del Sol?

Así como es un error pensar que Bach compuso el Arte de la Fuga sólo como una especulación didáctica acerca de la teoría del contrapunto, en un magistral alarde de voces superpuestas; persiguiendo únicamente la exposición abstracta de un sistema constructivo, ignorando la magia espiritual que flota detrás del intelecto que organiza la materia musical, esa profundidad subyacente, cálida; inspirada que se entrega lentamente, difícilmente, porque tal vez el gran compositor quería esconder el sentimiento y la belleza de su último mensaje debajo del orden frío y riguroso de sus catedrales técnicas; en modo semejante se diría que el genio colectivo de los tiwanakus escondió en el orden grandioso, estático y abstracto de su arquitectura y de su estatuaria, en la severidad geométrica de sus figuras y sus trazos ornamentales, en el cerebralismo ajustado de monumentos y monolitos, una sabiduría profunda del encuentro y del concierto de hombre y naturaleza, al tiempo que un sentimiento sofrenado de las ternuras del vivir y de la gracia del pensar. Poetas que se elevaron a magos, a geómetras, a duros guardadores del enigma cósmico. Sabían de Dios o se alejaron de su cercanía. Pueblo crepuscular, viejísimo de saberes y técnicas añejos, hundió en la piedra su voluntad de creación y estilizó en formas simbólicas su delicado sentido de la línea.

Bach y los geómetras de Tiwanaku esculpían en bloques gigantescos, con un sentido matemático de las proporciones: nada de más, nada de menos. Orquestación y arquitectura se manifiestan por la grandiosidad monótona de un hermetismo apariencial que entrega difícilmente su secreto, porque su poder lírico, recogido y refrenado, vibra como encapsulado en rígidos cánones formales. Síntesis expresivas de un tecnicismo magistral, árido, cerebral, la fuga de Bach o el monolito tiwanakense se sumergen en el sonido y en la piedra con oculta energía de concentración. Son. Viven desinteresados de toda trascendida explicación.

—Una inmensa mole, misteriosa y oscura, que niega toda vía de acceso a cuantos quieran penetrar en ella para violar su secreto — dice un crítico del Arte de la Fuga.

Exactamente lo que se puede aplicar al monumento o al monolito de Tiwanaku: mundos cerrados en sí, herméticos, nocturnos, que rechazan todo acceso a su interior revelación.

Y sin embargo hay o debe haber un desfiladero que conduzca al núcleo espiritual del contrapunto y al centro irradiante del estilo octogonal que configura toda la plástica tiwanakense.

Supremo intelectualismo: de tanto saber parecen no decir nada. Y esa fría voluntad de rigor que eslabona las formas constructivas, embosca, en el fondo, un sentimiento dominado, una tensión dominante de pureza estilística.

Bach y el Tiwanaku, separados por miles de años en el tiempo, son expresiones cimeras del arte nocturno y sugestivo en que cuajan las culturas crepusculares. Habla sapientísima. Se la adivina más que se la entiende.

Pero si el hombre de Eisenach posee los grandes registros corales, las cantatas, oratorios y pasiones para devolvernos a Dios, a la cercanía humana, a la fina belleza auditiva de sus inmortales composiciones, el ingeniero-geómetra de Tiwanaku no dejó literatura escrita, himnos, poesías, ni voces que aproximen el enigma de su tránsito terreno.

El hombre-Bach está más cerca de nosotros que el hombre-Tiwanaku.

Y si el Arte de la Fuga puede sufrir el asedio de la inteligencia que indaga y el acoso de la sensibilidad interrogante, devolviendo atisbos de comprensión al que pregunta, el arte monumental de Tiwanaku guarda celosamente sus secretos. Hermética y esfíngica la Puerta del Sol. Apenas en marco sibilino la Puerta de la Luna. Devastado el inmenso recinto de Kalasasaya. Dislocados y dispersos los bloques imponentes de Puma-Punco. Figuras, glifos, ideogramas como si provinieran de otro planeta: nadie los entiende. Y al cabo el monolito, cifra y resumen de la civilización perdida, concentra en su estatuaria rígida la filosofía geognóstica de los andinos. Porque fueron hijos de la tierra, adoraron a las montañas, y un animismo trascendental los mantuvo unidos a la deidad que les daba vida y a la naturaleza que resistía su dominio.

Si bien se mira, las piedras, las figuras, los trazos geométricos del Tiwanaku hablan de un pueblo geólatra, zoólatra, astrólatra a un tiempo mismo. Eran pan-animistas y para ellos todo tuvo presencia, mensaje y sentido.

—De tanto saber, de sentir tan hondo y vario, acabaron en hierofantes de la economía expresiva — dice un pensador —. Tan lejos fueron los tiwanakus en ciencia constructiva, que nadie los supera en la técnica primitiva ni en majestad simétrica de las formas.

(Sólo que no eran primitivos, sino más bien artífices del milenio, clausuradores de viejísimas sapiencias, el pueblo agonista que luchó hasta el último día por salvar su existencia y su cultura. Tiwanaku es, todavía, un vasto taller abandonado).

Un sabio ruso y otro francés, sorprendidos por el enigma de esta alta civilización perdida en la Gran Cordillera de los Andes, han formulado una teoría novísima: fueron habitantes de otros planetas que llegaron a la Tierra en naves espaciales y desaparecieron después por guerras, catástrofes naturales o inadaptación al nuevo escenario. Teoría fantástica que no resiste el menor análisis.

La ciudad-santuario, fortaleza y centro metropolitano que levantaron los proto-kollas o sus antecesores en el tiempo, fue obra de seres terráneos. Basta ver los puntos de contacto con los monolitos toltecas de Tula, en México; con la arquitectura monumental, rígida, de precisión abstracta de los egipcios; con la pesantez de los volúmenes y el geometrismo riguroso de que hicieron alarde otras razas primitivas. También los templetos subterráneos hablan de ritos funerarios, de un culto esotérico que linda con las divinidades chtónicas de la Grecia matinal.

Fundó y levantó Tiwanaku — por lo demás no una, sino varias ciudades superpuestas, al extremo de que los arqueólogos señalan cuatro y cinco periodos sucesivos con características distintas — una raza de agricultores, guerreros y artistas, que poseyó profundos conocimientos astronómicos, de ingeniería civil, organización social, y que irradió su energía conceptora por toda la extensión altiplánica extendiéndose al Perú, al Ecuador, al norte de la Argentina y aun a zonas de la Amazonía boliviana-brasilera.

En El Tambillo, una colina situada pocos kilómetros antes de llegar a Tiwanaku, se divisa un paisaje lunar. Al fondo la Gran Cordillera, festonada de nevados colosales. La llanura seca y dura, con grandes grietas y cráteres pequeños. Acaso la verdadera ciudad-santuario se escondía detrás de la serranía de Achuta, y era un centro místico apartado de la metrópoli civil.

Magia del Kollao. Nubes de maravilla, de blancor deslumbrante, sobre montañas azules que se hunden en el horizonte. El planalto tendido, silencioso. Sopla el viento punero sin descanso. Colinas recostadas en la planicie. Una columnita de polvo anuncia la llegada de un vehículo que parece moverse apenas en la inmensidad de la meseta. El paraje hosco, soledoso. ¿Cómo pudo existir aquí una metrópoli?

Posnansky — padre y precursor en los estudios tiwanakenses — opina que el clima en la ciudad prehistórica era muy distinto del actual, y que una remoción del cingulo climático precipitó la hostilidad física del paraje. Aun siendo válida la teoría, no se comprende por qué los fundadores no la ubicaron en vallecitos próximos mejor protegidos y benignos.

Hay quienes piensan que antiguamente las aguas del Lago Titikaka lamían los muelles de Tiwanaku. En la actualidad, situada a corta distancia del lago, dijérase que la ciudad misteriosa es el punto de amarre para un triángulo geográfico formado por las tres grandes cumbres del Illampu, del Wayna-Potosí, del Illimani. ¿Tuvo móviles iniciáticos, para el hierofante andino, la fundación de Tiwanaku?

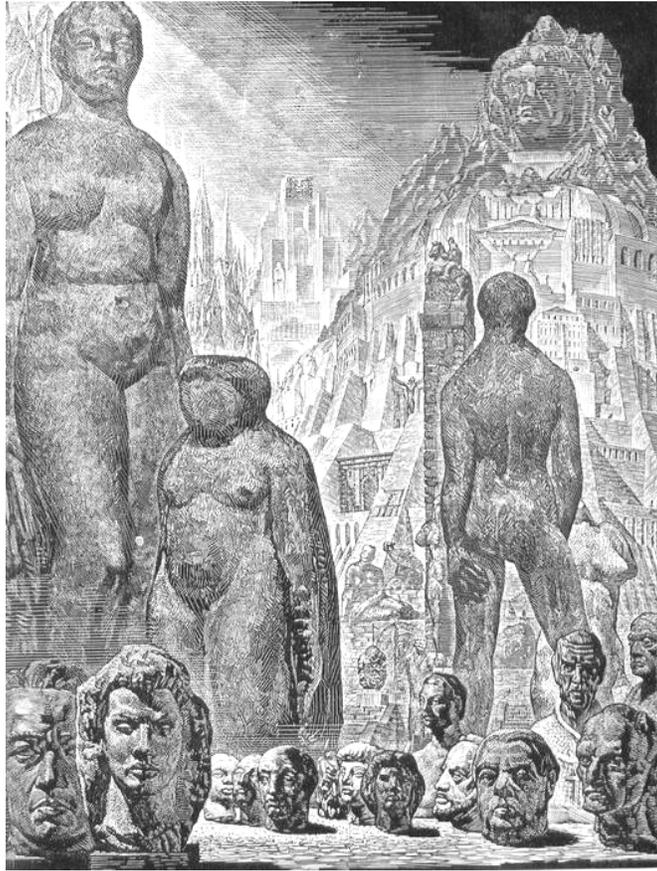
De la cima de Akapana, colina artificial, se abarca el yacimiento arqueológico que hoy tiene algo más de 20 hectáreas. No es mucho lo que se puede avizorar porque la parte mayor de las ruinas se halla todavía sepultada.

Lo más grandioso, con carga más honda de pesadumbre y de misterio son los bloques colosales de Puma-Punco, moles increíbles que no se explica cómo pudieron mover y organizar los pequeños pobladores de la urbe legendaria. Dicen, los mitos, que Wirakocha fundó, destruyó y volvió a reconstruir Tiwanaku. Los abundantes restos de puntas de flechas hablan de numerosísimos combates. Antes del éxodo final, existieron, sin duda, en el mismo recinto geográfico, varias ciudades que se sobrepusieron en el tiempo.

Absurda la tesis de que hombrones desaforados, gigantes tal vez, erigieron la ciudad famosa; y que desaparecidos ellos, una raza posterior compuesta por seres de menor estatura talló la piedra y esculpió los monolitos. Ciudad y moradores fueron uno. Acaso la modesta dimensión somática los proyectaba a creaciones desmedidas: quisieron ser por encima de sí mismos. La masa humana más que el arquitecto conceptor.

A nosotros, modernos, atormentados por la velocidad y el sentido de proporción, se nos escapa la relación oculta de hombre y masa en el pasado andino. Para ellos, acechados por la dinámica de la naturaleza, lentos y tranquilos, arquitectura y escultura fueron escudo protector contra los peligros del cosmos agresivo, cambiante, que acrecían las guerras y reyertas de los hombres. Templos, fortalezas, palacios en escala mayor; las viviendas individuales reducidas y estrechas. Porque el hombre era menos que su creación. Y sólo al Dios telúrico, al Rey-Sacerdote, o al Gran Guerrero se consagraron monumentos y estatuas imponentes.

Puma-Punco habla de un saber lítico que se perdió en los siglos.



Grabó Víctor Delhez

“Fueron ciertamente grandes, fuertes, osados por su genio constructor...”

Del gran recinto rectangular de Kalasasaya — que pudo ser el gran Templo Solar de los Andes como pensaba Posnansky — de la formidable escalinata pétrea que conduce a su interior; del monolito Bennett; de la maravillosa Puerta del Sol; de otros monumentos y construcciones tiwanakenses emanan la severa grandiosidad del conjunto, la energía concentrada del técnico que domó la piedra y la habilidad del artesano que interpretó su ciencia, y un sentido sutilísimo para alcanzar la perfección en el acabado y los detalles: ese ensamble ajustado entre las piedras, el pulido finísimo de las superficies, la precisión de los ángulos y las aristas, el dibujo limpio en la decoración, ese prodigioso signo escalonado que da vida y cómo anima toda la estilización geométrica, la alternancia pertinaz del cóndor y del puma, del pez y del guerrero, y ese ordenamiento riguroso en la estatuaria y en la cerámica.

Fueron ciertamente grandes, fuertes, osados por su genio constructor, y simultáneamente sutiles, delicados, en el arte de reproducir la belleza sensible del mundo y de la vida.

Si de la contemplación de las ruinas se pasa al estudio de los ceramios tiwanakenses, se adquiere la sospecha de que ellos fueron seres que ignorando el contrapunto constructivo, la magia plural de los estilos, y aquellos refinamientos expresivos de las sociedades largamente ejercitadas en la reproducción dibujística, tuvieron comprensión innata del modo cómo se organizan los volúmenes en el espacio, intuición de las formas, y un sentido peculiar para la representación artística del mundo y de sus seres. Y tal vez — nuevamente la proximidad a Bach— un dominio espantable de la construcción múltiple, de la estilización alada, del juego y contrajuego

de los ritmos lineales, en una suerte de sapiencia de la composición que todo lo formaba y concertaba con acuerdo a plantas mentales de difícil elaboración.

Distante de Akapana, lejos de las ruinas, como un huso horizontal que termina en declives piramidales, se alza un montículo de tierra grande y alongado. Es una formación geológica — dicen los investigadores. Podría ser, también, el enterratorio de los emperadores de Tiwanaku.

Los monolitos resumen y trascienden el arcano de la raza que los erigió. Tallados en basalto, en andesita, en granito, en rocas eruptivas, miden dos, cuatro, seis metros de altura. Carecen de la elegancia, de la perfección estilizada de las figuras egipcias, pero por su ajustada simetría, por su hondo hieratismo, por la simplicidad de sus trazos geométricos sorprenden al espectador. Sería acertado estudiar, profundizar en el monolito Ponce, no tan grande pero mejor conservado que el monolito Bennett; y en dos estatuas de basalto, de menores proporciones, una ubicada en el Museo de Tiwanaku y otra en el templete al aire libre de Miraflores. Estas tres figuras podrían aproximarnos la presencia humana del poblador de la ciudad famosa.

—Exageras, Mateo — dijo un contradictor — ni la piedra ni el pasado se humanizan. Déjalos como son: enigmas que pasaron.

Y Mateo Montemayor concluyó solitario su tercera meditación de Tiwanaku, porque nadie quería seguir escuchando sus razones. ¿Cómo hacerles entender que en el fulgor del mediodía, el monolito acosado por los dardos de la luz, por los juegos del aire, por la magia móvil del espacio, habla y transmite sus secretos; y que en el misterio de las noches salen de su pétreo figura los hombrecitos ágiles y activos que lo construyeron?

Porque el misterio de Tiwanaku se resuelve así: busca al hombre en la estatua y en el friso de la Puerta del Sol. En el contraste de los altos monolitos verticales y de los hombrecitos que corren hacia el Jefe Enmascarado, está la clave del enigma. Porque el hombre que fue se refugia en la piedra. Y la piedra puede devolvernos a la proximidad del alejado.

LA FE CONTRA EL NÚMERO

Creced y multiplicaos, el mandato bíblico, se ajustaba a un tiempo de inmensos espacios vacíos.

Hoy el número atenta contra la supervivencia de los muchos que acrecen sin cesar. A corto plazo el planeta no podrá contener ni alimentar a las masas humanas que aumentan en progresión geométrica.

El dios teológico enfrenta a la deidad económica.

Diferencia profunda; antes los hombres dirigían o creían dirigir los acontecimientos; hoy los acontecimientos empujan y precipitan a los hombres. Ya nadie manda, en realidad. Todos somos arrollados.

Destino heroico el de las gentes atómicas: tener que afrontar el poder aniquilador de fuerzas que una vez desatadas lo invaden y avasallan todo.

Pero la fe no ha perecido. Y aun en trance de extinción, el ser pensante estima que número y energía serán dominados.

DEL ÁNGEL Y DEL ARTE

Todo arte es interior; y así, necesariamente, debe ser.

Porque te sacas algo de muy hondo para hacerlo vivir, bien conformado, en el ámbito exterior.

Y así como la matemática no puede calcular hasta el final misterio de la materia y sus enigmas, tampoco es dable descifrar por qué el espacio interior se traslada en fuerza monitora al exterior espacio en eterno movimiento.

Por profundo que cavén técnica y estilo, la manera personal con que cada artista elabora sus fantasmas aunando ciencia y experiencia que brotan del contorno, el Ángel habita una residencia invisible que sólo intuye el concentrado creador.

Das, entregas tu mensaje. No importa la dimensión de su resonancia, silencio, olvido. Desdichado el que exige al mundo y a sus émulos; ese no alcanza el misterio de la sumersión, de la enajenación, del divino poder oculto que redescubre las substancias y las reviste de forma bella y duradera.

Quieres ser leído y admirado. Es natural. Mas si te pusieras a pensar en los abismos que separan al cosmos intuible del cosmos real, te avergonzarías.

Suprema sabiduría: el inventor, los inventores del canto gregoriano que no querían ofuscar, sino únicamente dejar fluir el sentimiento de gratitud al Creador en formas limpias, remansadas, como fluye la vida interna restituyéndonos al equilibrio espiritual después de haber afrontado los poderosos movimientos del mundo y de sus cosas.

Ni libros ni maestros ni sagaces disciplinas lo hacen todo. Ayudan, solamente.

Para tocar la mano del Ángel, primero oscuridad, recogimiento.

AHONDAR EN SI, PARA EXPANDIRSE

Fiel a tu medio y a tu pueblo. Este fue el último consejo que dí a Sebastián Ricaurte, joven ingeniero que se estrenaba en política, ansioso de métodos nuevos.

—Mateo — arguyó — si miramos mucho hacia adentro ¿no habrá peligro de encuevarse, de quedar rezagados del progreso mundial?

—No lo creo — contesté — porque mirando, hondo, en lo interno, es como mejor se afirman los pueblos para la convivencia internacional.

Ricaurte me mira, desconfiado. Luego dice:

—Para dinamizar multitudes, hay que enseñarles a levantar la mirada al horizonte. Yo quisiera que nuestras gentes superen el provincialismo de las costumbres para alzarse a cosas nuevas.

—El aprendizaje de técnicas y modos ajenos, no está reñido con la profundización de lo fidedigno. Es el hombre el que cuenta, y no los materiales que asimila más allá de sus fronteras. Ningún Estado se formó de la periferia al centro, sino a la inversa. Un alma nacional es más importante y valedera que todos los saberes importados.

—¿Y si las gentes giran dentro del círculo vicioso de formas pesadas, arcaicas?

—Enseñarles a vencer de la inercia y del hábito corrupto.

—Provincialismo, universalismo. En el punto en que ambos se juntan está la encrucijada para el estadista moderno.

He disimulado una sonrisa. Y he contestado:

—Es justamente al contrario, provinciano y universal, al reunirse, constituyen el punto de arranque de toda formación supra-nacional. ¿Quiénes más provincianos que los griegos? Fueron

maestros de universalidad del mundo antiguo. ¿Cuáles más ahincados en lo suyo que rusos y norteamericanos? Configuran el escenario del planeta precisamente porque partiendo de lo fidedigno pueden levantarse a lo general. Toda fuerza irradiante nace del núcleo.

Ricaurte se defiende con buenos argumentos.

—Si admito a mi pueblo, a mi medio, como son, caería en lo negativo porque resignarse con lo conocido equivale a estancamiento.

—Has interpretado mal mi consejo — replico —. No te conformes con lo establecido, pero para iniciar cualquier trabajo nuevo, parte de la entraña, no del contorno.

—Yo quisiera insuflar, a todos nuestros compatriotas, las sanas costumbres, el sentido de responsabilidad, la actividad organizada de las grandes naciones.

—Estudia, primeramente, las dimensiones de la fuerza nacional. Ahonda en las almas. Mide la capacidad de asimilación y el tiempo de absorción que demandarán las mudanzas colectivas. Nadie nace sabio ni apto al rápido desempeño. Un guía, para infundir confianza, tiene que descender al nivel medio de la muchedumbre que congrega. Sé uno con tu raza, con tu morada física, con tu comunidad; luego podrás elevarlas a planos superiores.

—Soy perfeccionista; deseo que todo se haga bien desde el primer instante.

—Ideal remoto, no constructivo. Pocos te comprenderán y menos podrán seguirte. Baja, previamente, hasta los que saben y pueden menos.

—La impaciencia me devora. Veo tanta miseria, tanta inutilidad que me circundan.

—Sin fe, sin paciencia, sin constancia no crecen árboles ni pueblos. Mide tu gente si quieres conmoldear tu sueño.

Ricaurte se impacienta:

—Mateo, tu me frenas ¿no comprendes que busco el látigo del Cristo para expulsar a mercaderes y fariseos?

—No es el caso — le digo con firmeza —. Violencia y nervios son mala receta para nuestros pueblos jóvenes. Mandar es enseñar. Despierta las voluntades, pero no mates su confianza en sí mismas. Nadie puede ser más grande que su pueblo. Confía en él, parte del terruño, afiánzate en la morada nacional. Cuando los propios jugos hayan nutrido tu tarea, verás levantarse fácil y gracioso el ideal de patria grande que te atenacea.

El político-ingeniero se ha extendido, luego, acerca del temor de encuevamiento que podría significar el mirar excesivamente la patria chica. Teme caer en receloso y provinciano. No quiere aislarse. La montaña le aparece yugo y estancamiento. Quiere proyectarse hacia afuera. Nueva prédica, nueva acción para el pueblo dormido.

Le he replicado con firmeza que partir de sí no entraña limitación. Se encueva sólo el que se cierra a las incitaciones del contorno propio y de los horizontes lejanos. Se puede ser, al mismo tiempo, fidedigno en la vocación de permanencia, universal en el trance de expansión comunicante. La montaña no detiene, no confina: es la fuerza soberbia que impulsa a nortes magnéticos. Si quieres ser hombre del mundo, serás primero criatura de tu provincia y tu terruño. Palabra y acción nacen del alma, no pueden ser impuestas de la exterior contingencia. ¿No quieres aislarte? Comienza por imponer tu propia verdad. Únicamente se proyectan más allá de sus fronteras los pueblos que afirman la nervatura espiritual de la hazaña interior. Ser, para trascender. La nueva prédica, aun revestida por moldes ajenos, deberá ser entrañable, es decir: intransferible, como brotada de la propia experiencia, de la connatural necesidad. Y las grandes acciones que despierten al pueblo dormido, y lo movilicen hacia metas superiores, tendrán si alas de huracán, ímpetu de mares altaneros, raíces sólidas de árbol y de monte. Porque sólo de sí mismo generan y

se perfeccionan hombre y pueblo. Porque sólo se expande lo que sabe contraerse, lo que vuelve a tenderse a las lejanías, lo que se repliega finalmente, y así sucesivamente, en el eterno juego de las mudanzas esenciales.

—Filosofías, filosofías! — ha dicho Ricaurte alejándose colérico.

Y he perdido otro amigo por enseñar la verdad.

DESCENSO A LOS INFIERNOS

¿Por qué Miguel Ángel pintaba sólo cuerpos, rostros, eludiendo el paisaje, la decoración de fondo, los accidentes ornamentales?

Cuerpos, almas, personas. Es toda la ciencia del conocimiento humano. ¿Para qué mundos, excelencias del ver y del dibujo, si cielo e infierno se refugian en un rasgo, en una cara, en modos del ser y del aparentar? Grandiosa es la creación, indescriptible el cosmos, el contorno vivaz, maravilloso; pero sólo el hombre habla al hombre y el sumo saber, al cabo, es transmisión de absorbidas experiencias. Nada enseñan física y geografía si no son referidas al varonil acontecer. Porque toda pirámide de orgullo, de fuerza, tiene por sustento amor y dolor de criatura. Es él quien hace, quien idea: amigo o adversario, hermano o contrincante. Por inmenso que aparente el universo, por inabarcable que se extienda el artificio civilizador, nada serían si no los colmara una lágrima, una sonrisa, un grito, un desafío del hominal sentir.

"Homo sum". Toda hazaña, toda desdicha revierten al tránsito terreno.

Ni Osiris ni el Zeus Chtónico, ni el Diablo ni Satán, ni las transfiguraciones del Dante o de Rimbaud. El hombre aventó o cree haber aventado las fantasmagorías de teólogos y de poetas. Demonios, esqueletos, fuego, tormentos infernales no decoran ya el austero escenario subterráneo del moderno. Todo lo accesorio está demás. Símbolos, alegorías, artilugios del representar también. El hombre existencial traslada al ultramundo su soledad, su angustia desesperada, su nihilismo esencial. El infierno — si hay infierno — no es macabro ni terrorífico. Es vacío, cosa peor. Nada hay que ver, nada por hacer. Sólo de vez en cuando — lampodoforias febriles — asedian al condenado cuerpos y rostros de los enemigos y de los malquerientes. Porque ese es el castigo de los réprobos, del hombre de la nada, de la náusea, del absurdo, de la desesperación y las negaciones sin descanso: que al vacío sólo sigan ámbitos fugaces poblados por el odio, la envidia, la traición.

¿Habrá algo peor que transcurrir rodeado de perversos enemigos y gratuitos odiadores?

No tormentos físicos, sino padeceres psíquicos acosan al habitante del inframundo actual.

Y cuando el nuevo Orfeo desciende a los infiernos, no baja al antro de los abismos ni soporta los horrores del infame descenso. Ni llamas, ni culebras, ni caras espantosas, ni atroces sufrimientos. El buscador de sensaciones y calidades exóticas saldrá defraudado del periplo maldito: ya no existen escenarios fantásticos, montajes melodramáticos, las visiones exasperadas del asirio, del egipcio, del griego que medievalistas y románticos elevaron al cubo. Ahora el camino es más terrible y más difícil porque nadie acompaña al peregrino. Andar sin fin y sin descanso. Casi a ciegas, entre grises y cúmulos de sombras. Sonido alguno raya el espacio. Ni formas ni presencias. Se llama y nadie responde. Se busca y no se encuentra asidero. Avanzas, avanzas... y es como si no te hubieses movido del mismo sitio. Un ver que es un no ver. Caer, caer... ¿pero realmente se cae o se flota en el vacío? Nada y nada...

Y sucedió que cierta vez, después de permanecer tres días con tres noches en la cima de un monte concentrado en su pensamiento para dirigirlo a metas desconocidas, quiso el moderno "bodisatva" penetrar, en vida, a los infiernos. Y emprendió su viaje, sin moverse, solitario y valeroso porque el hombre es también un pequeño dios que crea, deshace y recompone el mundo. Y cuando agota sus representaciones del Mal, indaga y lucha porfiadamente para sustituirlas con otras, nuevas, que le otorguen novedad en las percepciones mentales y sensoriales. Porque;

mudar, renovar es la ley del ser pensante y sólo se detiene lo muerto, lo acabado. Y la idea y la vivencia del infierno existe desde que el varón es varón en el fondo recóndito de su alma. Y a ellas marchamos, inexorablemente, en esta vida y en la otra.

Inició el "bodisatva" su marcha atroz en el vacío, creyendo, en un principio, que había iniciado el descenso al ultramundo. Pronto salió de su error: avanzaba en un ámbito sin límites, sin puntos de referencia. Ni alto, ni bajo, ni izquierda, ni derecha. ¿Por qué las praderas "chtónicas" del antiguo tendrían vigencia para el hombre de la era astronáutica? No hay mundos subterráneos, caídas ni ascensos en el vértigo circular del buscador de hoy. Se va, se va...

Y el "bodisatva" caminó tanto, tantísimo que le pareció que nunca llegaría a su fin. Su marcha duraba una eternidad, rendía al corazón más valeroso. Porque sucede que no sucede nada y esa inutilidad del ser y del querer, ese descenso o trayecto interminable en el vacío que finge no tener fin, es la tortura inicial que supera los delirios de poetas y demonios para castigar el orgullo de los humanos.

Nietzsche conoció la séptima soledad. Pero hay una octava, una novena, una más profunda e indiscernible soledad en la cual la mente que indaga se pierde en el pavor de lo absolutamente confinado a sí mismo. No hay nada ni nadie, porque si no tienes con quien comunicar aun existiendo no existes. Te anulaste no por sumersión en la divinidad para que ella rebrote en tí y te devuelva a la conciencia de tu pequeñez, sino por el infinito abandono, por el total desamparo. El mundo sin criaturas ¿no es ya el averno?

Esto sentía el "bodisatva" arrepentido de su travesía, soportando el espanto del vacío y de la soledad que lo circundaban.

Con infinita paciencia, con admirable valor proseguía su marcha o era llevado; porque no padecía fatiga ni ansia de reposo, sino sólo el deseo de saber. Y avanzaba en la nada hacia nada. "Esto es el ultramundo — pensaba — la oquedad esencial, todo suena a hueco, nada para sentido y definido. Entonces ¿para qué mi búsqueda porfiada? ¿No habré encontrado el infierno el instante mismo en que iniciaba mi camino?" Y aun así, atormentado, vacilante, el "bodisatva" continuaba su marcha en una monotonía agobiadora que le hacía perder su conciencia individual.

Y pasaron largas ondas de tiempo, más que días, más que años durante las cuales el buscador aprendió que buscar es perderse en lo buscado, que el Bien y el Mal son formas del enigma, que interrogar es ya encontrar y sin embargo que aun arribando a ella a la Verdad jamás se llega, porque como dijo bellamente el poeta andino: "detrás de una verdad hay siempre otra verdad más verdadera".

De Beethoven a Kafka hay una línea de dolor y de angustia que los hombres creen no puede ser superada. Pero el "bodisatva" supo que la capacidad de sufrimiento del humano no tiene límites, y en tanto proseguía su andadura hacia los infernales territorios absorbió tal carga de pesadumbre y desesperanza, que se sintió anonadarse en el vacío universal.

Nada y nada... ¿Qué es el hombre en un acontecer sin mundo y sin criaturas?

Era ya una conciencia vencida, una chispita a punto de consumirse, cuando de pronto brotó una pálida luz verdosa y se encontró en un pequeño anfiteatro rocoso con poyos, en cada uno de los cuales se divisaba un bulto. Conforme aumentaba la luminosidad del paraje los bultos se fueron perfilando mejor: en cada poyo había un sapo de tamaño humano, de cabeza monstruosa y disforme, la boca ancha y perversa, los ojos siniestros, fluyendo una baba viscosa de los belfos malignos.

El "bodisatva" se sorprendió: ¿ese era el fin de su terrible vagar? No comprendía qué relación podía existir entre su anhelo de llegar al ultramundo y esa reunión de sapos fatídicos, casi inmóviles, que apenas se concretaban a mover lentamente las cabezas fatales y a echarle miradas iracundas. ¿Sería, al fin, el antro buscado o el portal que conducía a un misterio ulterior? Parado frente a los enormes batracios, sentíase perplejo, no sabía qué hacer pues no había salida en el pequeño anfiteatro. De pronto uno de los sapos lo miró con mirada pérfida esbozando una sonrisa

odiosa: el "bodisatva" se sobresaltó. ¡Cómo! El sapo era su mayor enemigo en la tierra, el primero que lo traicionó, el que con mayor saña lo calumniaba y perseguía, el más enconado de sus difamadores; el siguiente un feroz envidioso; el tercero un odiador gratuito; luego el amigo desleal; más allá el murmurador envenenado; y así sucesivamente: la asamblea de los sapos era, en realidad, una congregación de sus enemigos, envidiosos y odiadores, de los que más lo habían hecho padecer en el mundo, una concentración de maldades. Y los hombres-sapos, sin habla, sin acciones, se limitaban a mirarlo con tal carga de odio y perversidad que lo anonadaban como si fuera el mayor criminal frente a sus jueces implacables.

Después de un largo espacio de tiempo, el "bodisatva" comprendió que a la tortura del vacío y la soledad sin término, seguía el martirio del odio y del desprecio que no tienen fin. El odiado y los odiadores, nada más. Un mirar protervo que hería y llagaba. Un desdén cruel, insistente. Una maldad silenciosa que se filtraba lenta pero inexorablemente por sus venas. Y ante el furor de los sapos-hombres el "bodisatva" se sentía desarmado, impotente, desgarrado, vencido porque no había un resquicio de amor ni la más mínima posibilidad de comunicación con la asamblea cruel y vengativa de sus enemigos.

Se abalanzó contra uno de ellos creyendo poder derribarlo mas tuvo que retirarse defraudado: era duro como la roca que lo sostenía, nada podía mellarlo. Ni el agredido ni los demás hombres-sapos se alteraron; siguieron impávidos, monstruosos, casi estáticos moviendo apenas las cabezas malignas, arrojando odio y desprecio y una baba amarillenta que manchaba aun antes de tocar. Y no sucedía otra cosa que el suplicio del humillado frente a sus enardecidos odiadores. Algo peor que vacío y soledad: el agravio inmerecido, la maldad que ronda persistente, el encono destructor, la soberbia despreciativa, la envidia cáustica, el enojo porque sí, el rencor inmotivado, la rabia y el resentimiento gratuitos, el desafecto permanente, la enemistad biliosa, el desdén que aborrece, el furor del despechado que si pudiera matar mil veces, mil veces mataría.

Y si el vacío y la soledad habían llevado al "bodisatva" a la desesperación y al aniquilamiento, el odio maligno de los sapos-hombres lo carcomía lentamente.

Creyése nuevamente perdido. ¿Qué podría contra el eterno aislamiento y contra la despectiva agresión? Primero la Nada, luego el Odio. Los infiernos del moderno están aquí y allá: el mundo es ya, en cierto modo, el ultramundo. Y confundidos hombre y demonio fabrican el vacío y tejen maldad. Y no sigas buscando, porque se pierde, uno, en la búsqueda final; y si encuentra no tiene explicación el hecho metafísico. Porque así fue escrito: padecerás misterio y oscuridad aunque provengas de la luz. Y descender es ascender, aunque tal vez no te hayas movido un milímetro del sitio en que se inició tu búsqueda.

"Estoy perdido" — se dijo el "bodisatva". El que vio la cara de Dios o quien descendió a los infiernos no vuelve ya. Se aterró a la idea de padecer, eternamente, en los dos círculos fatales de la nada y del odio, porque esa debía ser la sucesión alternada del castigo máximo: períodos de ansiedad solitaria, períodos de perversa hostilidad. Contra vacío y soledad ¿qué puedes hacer? Pero bruscamente un rayo de comprensión acudió a su espíritu: si los hombres-sapos conservaban parte de su esencia humana, podía herirlos y vengarse de su monstruoso encono. ¡Es claro, es claro! Los conocía uno por uno, sabía sus fallas y defectos, estaba informado de sus malas acciones, de sus vicios y pasiones. El "bodisatva", con su pluma encendida como un carbón ardiendo, podía describirlos, retratarlos, transportarlos a una posteridad en toda su maldad y su fealdad. Los destruiría o al menos los confinaría al desprecio general.

Cada sapo-hombre pasaría, por la magia de su pluma, al antro de perdición donde moran los perversos. Como Dante a sus adversarios, el "bodisatva" escarnecería a sus enemigos.

Se preparaba a iniciar su tarea, cuando sintió que un ala misteriosa agitaba el aire y una voz profunda dijo:

—Te estás volviendo sapo...

Aterrado se tocó las piernas: unas como escamas le recubrían la piel y su boca se iba distendiendo y el cuerpo se le ensanchaba y se volvía blando, y un hilillo blanco bajaba de sus labios.

Entonces el "bodisatva" comprendió. Pidió perdón, oró, renunció a denigrar a sus persecutores. No quiso ser juez ni castigador. Recuperó su total dignidad física y moral de varón justo. Porque el hombre nació para amar y comprender, no para herir ni condenar a los demás.

Y recordó la historia maravillosa que narra Ferid-Uddin- Attar el perfumista, el poeta, el místico de Nishapur, en su "Man-tik-al-Tayr" o Coloquio de los Pájaros. La historia del Ave Simourgh (Simourgh es la Verdad). Treinta pájaros, encarnando el espíritu ansioso de treinta sufíes, decidieron buscar y encontrar al rey de las aves que es, también, el rey de la verdad: el Simourgh, pájaro fabuloso que ningún mortal ha visto. Para ello emprenden una travesía fatigosa y llena de peligros. Tienen que cruzar los valles de la Búsqueda, del Amor, del Conocimiento, del Desprendimiento venciendo mil incidentes y riesgos. Luego al atravesar los ámbitos del valle de la Unificación, aprenden que todas las cosas son una; en el valle del Estupor se despojan de todo sentimiento de existencia individual. Muchos de los pájaros creen perecer, desmayan, se angustian, llegan al séptimo valle del Anonadamiento y tocan a las puertas de la morada del Rey de la Verdad y de las Aves. Son recibidos por un Ministro del Rey, quien enseña, a cada uno, el registro de sus pensamientos y de sus actos. Los peregrinos, abrumados de confusión, se hunden en el polvo. Empero, de ese polvo, se levantan de nuevo como formas de luz, y entonces se les revela que ellos y Simourgh (uno de cuyos nombres es, también, Treinta Pájaros) son uno y lo mismo; Se hunden, pues, los buscadores en Simourgh y Simourgh renace en ellos, porque todo es igual, uno y lo mismo.

Y al volver de su travesía a los infiernos, supo el "bodisatva" que nada se pierde ni nadie puede ser condenado por su igual, porque aun los que nos parecen malos o desviados, están cumpliendo designios enigmáticos que no alcanzamos. Y los hombres-sapos son tan necesarios como la flor y la estrella, y vacío y soledad tallan el alma del hombre como el viento y el agua las rocas.

Porque todo está bien aunque todo aparente mal. Y es el mayor misterio que el hombre mismo fabrique su terror y su delicia.

ETERNO RETORNO

El escritor quiere ser leído, quiere ser entendido. Pero acontece que leen pocos y comprenden menos.

¿Te vas a molestar?

Ni grandes ni pequeños resisten el impacto con las inteligencias que interrogan. Cada cual lleva al libro y al autor su propia imagen deformada de hombre y obra. Ignorantes, pontifican. Ensimismados, desdeñan. Tontonazos, creen interpretar. Cándidos; ven su propia candela y no la llama que podría alumbrarles el camino. Maliciosos, tergiversan y enredan deliberadamente las sendas que llevan a la meta de una sana comprensión. Finalmente la envidia hace la tarea mayor: desvía intenciones y propósitos, silencia lo esencial, relleva lo accesorio, busca reducir el diamante a carbón.

No pidas mucho, no busques gloria efímera. Pasarán los años, pasarán los terribles contemporáneos. Un día victorioso, bajo el mismo sol, frente al mismo paisaje, en el mismo parque bienaventurado que cobijó tus sueños, un estudiante abrirá las páginas de un librito tuyo, su corazón latirá más aprisa leyéndote, se humedecerán sus ojos y ese homenaje silencioso te rescatará de la maldad y del olvido.

Y no importa que para entonces yazgan tus restos bajo tierra, porque el amor desinteresado de los lectores que aún no han sido transportarán tu nombre y tu renombre a la tierra prometida.

FAUSTO Y NAYJAMA

—¿Qué haces, qué haces?

—Pienso en el Viejo Mundo cargado de seres y de cosas.

—¿Por qué sufres? ¿Qué te desvela?

—Pienso en el Mundo Nuevo vacío de comunicación, confinado en soledades apartadas que debieran fundirse en una sola gravedad meditativa.

—¿Y cuál sería la diferencia esencial entre ambos tipos de humanidad?

—Que el hombre de occidente vive sus revoluciones en disputa con la materia, con el mundo; en tanto el sudamericano transcurre en pelea con las tempestades que se agitan en su alma. Este necesita amor, aquél freno y tensiones en equilibrio. No es difícil entender al ser organizado; en cambio es casi inasible comprender las mutaciones del que se va formando. El europeo avanza entre "summas" de saber y de poder; el hombre del novimundo se mueve desconcertado por su propia revolución interna, que le impide organizarse bien para el dominio de su contorno.

—¿Reconoces la distancia que los separa en la escala de valores?

—No: más bien los homologo en humanidad y los vuelvo a separar en la carga de espiritualidad y de sentido.

—¿No estás razonando como un buen europeo, lógico, agudo, que mide todo en términos de razón y proporción?

—Absolutamente. Prefiero la verdad sencilla del sudamericano, hijo del sentimiento y la sorpresa.

—Entonces ¿por qué las cuitas del preocupado? Cada cual hará su camino sin tocarse.

—Es que deben tocarse, confundirse y volverse a separar. Y éste es el drama del hombre nuevo: que absorbiendo todo el pasado querría ser, también, todo el futuro sin renunciar a su alma joven.

—Europa es Fausto: no tiene término.

—Sudamérica es Nayjama, el nuevo indio de las vírgenes Américas. Comienza apenas y andará muy lejos.

LA BÚSQUEDA FINAL

Cuando el hombre oyó la voz de la montaña, púsose en marcha como la flecha hacia su blanco.

Y fue que Mateo Montemayor partía en su búsqueda final.

Caminó desde la aurora hasta los últimos oros del poniente: era la hora séptima. Detúvose entonces a corta distancia del Nevado Maravilloso, cuya materia poderosa se agitaba en ondas fugitivas, y alzando la vista miró, miró como nunca hombre alguno hubo mirado.



Grabó Víctor Delhez

“Pasarán los años, pasarán los terribles contemporáneos”.

En la augusta soledad crepuscular, sólo se escuchaba el tumultuoso corazón del hombre y el lento respirar de la montaña.

Sintióse Mateo lleno de pavor, infinitamente pequeño, solo y desamparado frente a la tremenda grandeza del monte. Esa terrible solidez de la materia. Ese poderío gravitante. Esa pesadumbre y esa majestad anonadantes. Pero siguió mirando en desafío, valerosamente, hasta que le pareció que la colosal masa de nieve y roca se movía lentísima mudando de apariencias. De pronto, una catedral se fue insinuando en la plástica armonía de los hielos. Y monjes misteriosos encendían luces secretas en el laberinto de oscuros corredores mágicos: deliquios de la púrpura, tintes vagos del gris y del violeta, oros fuertes y oros trémulos, pálidos verdes, tonos del azafrán y del jacinto, azules metálicos, ultramarinas celestías. Se encendían millares de luces, millares de luces se apagaban. Colores que transfunden en colores, tonos que transmigran a otros tonos. Multicolor algarabía. La tierra, en sombra, lo destacaba todo. El cielo, diamante azul, y la nieve, ebria de luz, todo lo fundían. Luego el batallar cromático se fue fijando en pulverulentas agonías: un tinte róseo hizo frontera entre la tarde y la noche.

Entonces Montemayor sintió la voluntad imperiosa de ingresar a la imponente catedral de porcelana rosa que se fue haciendo transparente, transparente hasta que la interna geometría de sus formas se dibujó detrás de los nítidos vidrios de la nieve.

El hombre avanzó algunos pasos y bruscamente la catedral se desvaneció ante sus ojos: vióse, otra vez, sujeto al sagrado terror del monte y sus enigmas. Mas su anhelo no cedió y quiso entrar al Gran Nevado con el mismo fervor que había querido invadir la catedral de rosa transparente. Siguió avanzando con paso firme, y a medida que avanzaba se aminoraba el monte y crecía el caminante. Era como si la gran masa sombría y luminosa a un tiempo, se fuera disolviendo en su nervioso y diminuto cuerpo. Era como si su cuerpo diminuto y nervioso se transfundiera en el monte titánico y sombrío.

Silbaron los vientos, retumbó el trueno, un coro de relámpagos coronó la cumbre. Mateo siguió su marcha impávido, sumergiéndose en la colosal desarmonía. Cada paso, más difícil que el anterior: lentamente, dejando atrás la jauría de los terrores y la gavilla de los asombros. Era el siervo fiel, el siervo intrépido saliendo al encuentro del dios omnipotente. Era el dios omnipotente que se revela al siervo fiel. Cuando llegó junto a la montaña, pareja en estatura de su ambición y su locura, pudo mirarla frente a frente, cara a cara, deseo con deseo, porque su deseo era también presencia de montaña.

Y el hombre entró en el monte. Y el monte entró en el hombre. Transfundieron.

Cuando Mateo hubo traspasado la montaña, se sintió henchido de su inmensidad y poderío. Quiso gritar, quiso danzar de júbilo. Mas sus nervios no le obedecían, sus músculos se petrificaban, su sangre se detuvo. Una quietud helada de nieves fue cayendo sobre su nuevo ser; sólo el pensamiento seguía latiendo en su inmensa grandeza desolada. Y visto de lejos, Mateo era un vertiginoso promontorio majestuosamente erguido hacia el poniente.

—Miró el transformado hacia el levante, y vio que el monte que atravesara se empequeñecía rápidamente hasta convertirse en un puntito negro que se ponía a caminar. Y la montaña-Mateo sintió que algo del hombre-Mateo se alejaba en ese puntito presuroso. Y el gigante recién nacido lloró por el gigante desaparecido.

Y una voz dijo desde un tiempo sin tiempos:

—Mateo Montemayor, un día te llamarán Mateo del Ande, porque tu pasión suma hizo en el diálogo constante de hombre y monte la armonía final del poblador que se integra en su morada.

Y la montaña miraba al poniente. Y el hombre avanzaba hacia el levante. Hasta que un día infinitamente lejano se vuelvan a encontrar. Porque si el hombre siente con ímpetu de monte, hay montes que vibran de pasión humana. Y transmigran lo colosal y lo minúsculo. Y está escrito que si un alma se apacigua en el sosiego de la piedra, puede la piedra volver a la movilidad del alma.

Pasarán los milenios, pasarán las tempestades geológicas, pasarán los torbellinos del hombre y su destino. Y habrá siempre un sueño como un monte en el ardor del soñador, y un titán esculpido en el Nevado Prodigioso: despiértalo.

Hubo uno que quiso ser espuela para el incrédulo, ala para el hombre de fe. Amador de su suelo y de su raza. Hermano de los hombres. Profeta sin discípulos porque le tocó misión de paz y de verdad, en un tiempo en que los hombres sólo aceptaban consignas de mentira y destrucción.

Y así termina el libro de Mateo Montemayor.

Nota del Editor: COLOFÓN en la primera edición del año 1969.

El autor agradece a su querido amigo don Ernesto Burillo, maestro mayor de artes tipográficas; a todo el personal técnico y trabajadores de la Cooperativa Burillo Ltda, a los señores Von Bergen y Wituchter y al técnico señor Herzenberg, así como a otras personas de "La Papelera", por el cuidado, capacidad y celo puestos en esta edición.

Los 30 grabados de Víctor Delhez así como la cubretapa en colores fueron impresos en "La Papelera" S. A.